

Selección RNR

MARA OLIVER

Almas de
LUNA



Romance Paranormal

Almas de luna

Mara Oliver



1.ª edición: julio, 2017

© 2017 by Mara Oliver

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-780-1

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi hijo Miguel,
alfa y omega de mi mundo.
Y para mis hadas madrinas, Laura y Lola,
que me quieren y me encienden y me esperan
cuando estoy apagada porque saben de amor,
de fuego y de sombras.w*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo I

1

Capítulo II

2

Capítulo III

3

4

5

6

Capítulo IV

7

8

9

Capítulo V

10

11

Capítulo VI

12

13

14

15

Capítulo VII

16

17

Capítulo VIII

18

19

Capítulo IX

20

21

22

23

Capítulo X

24

25

26

Capítulo XI

27

28

29

Capítulo XII

30

31

32

33

Promoción

Capítulo I

CORAZÓN DE FUEGO Y SOMBRA

«Inclinado sobre el abismo infernal, un árbol altanero».

W. H. Auden



2007, domingo 30 de septiembre.
Luna de frutas, gibosa menguante.

—Ha llegado a su destino —anunció la voz del GPS.

—¿El Matadero? —Raúl Montenegro leyó en voz alta el nombre del local, frenó en seco su todoterreno y añadió entre dientes—: Encantador.

Mantuvo encendido el motor mientras comprobaba que la dirección era la correcta. Aunque el haz luminoso de los faros se perdía al final de la calle, Raúl podía distinguir las verjas del cementerio bajo la luz de la luna. Si se lo proponía, podía incluso contar las plumas en las alas de los ángeles de piedra de las primeras tumbas.

No había duda, estaba junto al edificio que había mandado construir para Isaac y sus chicos perdidos. Sin embargo, el restaurante que esperaba encontrar en aquella esquina se había convertido en un club nocturno.

Observó la larga fila de roqueros de la acera y sonrió. No le extrañaba que los humanos hiciesen cola para entrar en El Matadero, él mismo había marcado los cimientos con savia de laurel y regado el hormigón del encofrado con su sangre, era un reclamo muy poderoso; incluso había dejado parte de su sombra en el sótano, encerrada en el pentagrama que formaban las columnas de carga.

Había sido una obra de ingeniería mística que incluía su propio sistema de seguridad: una red de quinqués de gas que mantenía cinco llamas encendidas sempiternamente para crear las sombras vivas que les defendían de cualquier amenaza sobrenatural.

El ritual de protección y prosperidad era infalible, repelía a los demonios y atraía a los humanos. Aquella noche parecía funcionar mejor con las mujeres, que ocupaban dos tercios de la cola, lo que era más que conveniente. Algunas de ellas repararon en los ojos claros del recién llegado. Raúl había heredado

el iris subyugante de los Montenegro, una amalgama de verde malaquita, junto con las facciones más agraciadas de los genes: cejas enarcadas, oscuras, pulcras y perfectamente perfiladas; pómulos prominentes y los hoyuelos perfectos de una sonrisa canalla.

Raúl Montenegro contempló a las jóvenes con denuedo y se preguntó si entre ellas estaría la chica de la profecía. Arrancó el motor y condujo despacio para echarle una buena ojeada al negocio.

Los ventanales del restaurante seguían allí, pero tapiados y pintados de negro, junto con todo ese lado de la fachada. La puerta de cristal había sido reemplazada por un portón de hierro oxidado y una ristra de viejas bombillas iluminaban el nombre y el grafiti de un carnero degollado.

—Realmente encantador —masculló.

Lo era, debía serlo. No había un sitio libre en aquella calle y tampoco en la avenida del camposanto. No iba a poder aparcar en toda la manzana y rodeó el edificio despacio, buscando el vado del taller mecánico y cruzando los dedos para no encontrar un coche mal aparcado.

Raúl conocía el lugar a la perfección porque lo había hecho construir él mismo desde los planos, aunque solo lo había visitado en persona una vez, para ungir los cimientos.

El edificio tenía tres plantas de viviendas. Isaac y sus chicos vivían cada uno en su propio apartamento y el resto de pisos permanecían libres, disponibles para su alquiler en caso de que no prosperasen ni el taller mecánico, ni el restaurante reconvertido en antro; sin embargo, eso nunca ocurriría, ambos prosperarían.

La sangre de los Montenegro era poderosa y atraería a los humanos y su dinero, sin importar el tipo de servicios que allí se ofertasen. Isaac podría haber montado una galería de arte con unos garabatos de preescolar y todos los cuadros habrían encontrado comprador.

Raúl Montenegro se había asegurado a conciencia de que su manada de mestizos saliera adelante al estilo tradicional de su estirpe: con trabajo duro y la suerte de cara.

Lo había planeado todo al detalle, incluso les había regalado un coto de caza a las afueras de la ciudad, para que pudiesen correr a sus anchas durante las noches de plenilunio.

De igual modo, el edificio no tenía tejado y culminaba con una enorme terraza diáfana para que tomasen la luna en el resto de sus fases, cómodamente desnudos y lejos de ojos curiosos.

Los bloques de alrededor no eran muy altos y frente al taller mecánico solo había un parque y el cementerio más grande de toda la ciudad. Vivían en el emplazamiento perfecto, cerca de un campo santo donde los demonios ferales no pudiesen darles caza, al menos no a pie, si los encontraban.

«Alborada e hijos» leyó para sí y volvió a sonreír al ver el nombre del taller, la mueca de satisfacción se ensanchó al encontrar el vado libre. Aparcó y confió en que su buena suerte continuaría unos minutos más. No podía permitirse que una grúa se llevase el todoterreno, no con la basura llorosa que llevaba en el maletero.

Sacó una bolsa de hamburguesas de la guantera y se dispuso a darse un buen atracón. Había cenado antes de salir del hotel y después había parado en un restaurante de carretera para hacerse con aquella bolsa. Raúl era prudente y sabía bien que no debía realizar el ritual estando hambriento, no podía permitirse perder el control aquella noche.

Se tragó dos hamburguesas casi sin masticar. Las había pedido poco hechas, pero debió haber especificado que las prefería crudas. Asqueado, las sintió caer a plomo en su estómago y se acordó del lobo del cuento, aquel pobre animal al que los pastores engañaron dándole de comer piedras envueltas en tripas de cordero, para tirarlo al río y ahogarlo.

Raúl Montenegro debía engañar a su lobo y saciarlo, para que no se comiese a nadie esa noche.

Salió del coche con una tercera hamburguesa en la mano y tamborileó los dedos por la carrocería negra. Al llegar a la parte trasera del todoterreno, sus nudillos repiquetearon contra la chapa y preguntó divertido:

—¿Tienes hambre, carne?

Sus orejas se movieron de un modo sutil y salvaje, para percibir la respuesta de un gemido asfixiado.

Raúl Montenegro abrió el maletero y la presa que gimoteaba dentro empezó a pestañear. Los párpados eran lo único que podía mover aquel desgraciado, sus manos apenas se retorcían en las esposas y sus piernas luchaban inútiles contra las cuerdas que las aprisionaban. Incluso sus pupilas estaban fijas en la mirada cruel de Raúl Montenegro y dejaban en un segundo

plano borroso su feroz fisonomía y su traje italiano de diseño.

—Te voy a quitar la bolita —anticipó Raúl y se puso un dedo sobre los labios—, pero no quiero oír ni una sola palabra, mucho menos un grito. ¿Lo entiendes, carne?

El hombre asintió y, cuando se vio libre de la mordaza, pudo distinguir los detalles que había explorado con la lengua. Aquella bola azul de silicona tenía marcas de distintos dientes por todas partes y se contaban como las muescas en la culata de un revólver. Una por cada muerte.

El hombre se estremeció al imaginarlo y Raúl se recreó en la imagen. Se veía a sí mismo como un justiciero, como el juez y verdugo de aquella inmundicia. Para él, la presa merecía comer tanto como seguir respirando, pero contuvo las ganas de partir su débil cuello y le metió un trozo de hamburguesa en la boca, obligándole a masticar.

El hombre comía y lloraba. Raúl le alimentaba sin mediar palabra y vigilaba los alrededores. No quería verse obligado a atacar a algún testigo desafortunado, aunque en su maletero quedaba espacio para otro cuerpo porque aquel individuo nauseabundo no abultaba nada. Más que carne, era un saco de huesos cubierto de piel cetrina y una mata sudorosa de pelo pajizo.

El saco de huesos estudió a Raúl a través de las lágrimas y el horror. Se había esforzado en memorizar los rasgos de su secuestrador para describírselos a la policía cuando le encontrasen, pero los detalles se diluían a los pocos minutos, como si estuviese drogado. Pelo lacio, brillante y oscuro, en contraste con los ojos verdes más claros que jamás había visto... Eso era todo cuanto podía decir, que le había asaltado alguien muy alto, atractivo como el demonio, de unos cuarenta años. Puede que tuviese algunos más, el hombre no estaba seguro. Nunca antes se había fijado en alguien tan mayor y, sin embargo, había sido incapaz de rechazarle. Había aceptado primero una copa y, poco después, pasar con él la noche.

Decidió que no le diría a la policía nada de eso último, no quería que se enterasen su mujer y sus hijos. Diría que le habían asaltado en un semáforo para robarle y nunca volvería a hablar de lo estúpido que había sido siguiendo a aquel ángel como un corderito hasta el aparcamiento. Nada más llegar al coche, se había transformado en demonio, le había sacudido una patada y postrado de rodillas. Después, le había atado, amordazado, izado en el aire como un fardo y lanzado al interior de aquel maletero que apestaba a orina,

su propia orina.

Su secuestrador era un loco peligroso y en cuanto lo sacase de allí, él le daría lo que le pidiese.

Raúl Montenegro se sopló el flequillo con desidia. El saco de huesos tomó nota de cada cana que veía en sus sienes, incluso midió los centímetros de las entradas en su frente y, al bajar la vista, se vio reflejado en los ojos del maníaco, unos ojos verdes que a veces parecían relucir como los de un gato en la penumbra.

Eso tampoco se lo diría a la policía, ni les hablaría de lo rápido que se había dejado seducir por aquella sonrisa de satisfacción plena, igual a la que veía en ese momento.

—¿Quieres saber por qué sonrío así, carne? —le preguntó Raúl. Al momento, dejó de alimentarle, tiró los restos de la hamburguesa por encima de su hombro y volvió a amordazar a su presa—. Sonrío porque me estoy viendo a través de tus ojos y me gusta lo que veo... También escucho todo lo que piensas, sí. A mí no me puedes engañar, carne. Lo sé todo de ti, pero tú no sabes nada de mí. Tengo más de cincuenta años, podría enseñarte mi DNI y verías mi fecha de nacimiento y hasta mi nombre. No me importaría, porque no se lo vas a contar a nadie y mucho menos a la policía, te lo aseguro... Y eso de que tengo entradas ha sido un golpe bajo, te quedas sin postre.

Un coche atravesó la calle principal. Los ojos de Raúl Montenegro se giraron veloces para atrapar la luz de los faros, que se reflejó en sus pupilas de depredador nocturno.

La presa empezó a hiperventilar. No podía dejar de pensar en lo que le había dicho el maníaco, lo de que le podía leer el pensamiento. Era una locura del todo imposible, tanto como aquellos ojos que cambiaban de color, pero parecía real.

Pensó que quizá estuviese bajo los efectos de una droga muy potente, algo que el secuestrador pudiera haberle echado en la bebida, algo que le aturdió tanto que le volvió incapaz de hacerle frente en el aparcamiento.

—No podrías hacer frente ni a alguien de tu tamaño —le escupió las palabras con asco—. Pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad, carne?

Raúl Montenegro se miró por última vez en aquella mente abúlica y la usó de espejo. Se colocó el traje, se limpió los dientes y se puso un cigarrillo

entre los labios.

Con una mano se encendió el pitillo y con la otra cerró el maletero, entonces sus ojos se encontraron con la luna sobre la línea de edificios del horizonte.

Habían pasado tres noches desde el plenilunio, pero todavía deslumbraba, casi llena, intensa y vigorizadora.

—Hécate, te lo ruego —susurró Raúl con vehemencia—. Por favor, no permitas que mate a otra chica esta noche. No lo permitas.

Se concentró en su plegaria, tomó aire y echó a caminar seguro de sí mismo.

Su elegante figura acaparó todas las miradas en cuanto dobló la esquina y retomó la calle principal.

Fumaba como un galán de cine negro y su sombra, que amplificaba el efecto, le precedía grácil y esbelta. Le abría el camino hacia la entrada del pub y la muchedumbre se apartaba, porque ningún pie se atrevía a pisar aquella sombra dominante.

Raúl disfrutaba viéndose pasar en todas aquellas mentes. Los humanos le miraban cautelosos, él pasaba imponente y deseable como solo podía serlo un macho alfa, cautivador desde todos los ángulos.

No iba a ser difícil encontrar una chica dispuesta a arriesgar su vida por unirse a su manada de mestizos. Él sabía que podría presentarse bajo una capa negra, blandiendo una guadaña y aun así se le echarían encima decenas de voluntarias, devotas y dispuestas como las concubinas del diablo.

En los últimos veinte años, Raúl Montenegro solo había intentado llevar a cabo aquel ritual en dos ocasiones, en ambas había fallado.

No parecía posible transformar a una hembra en lobo, los cuerpos de las dos mujeres anteriores habían rechazado el cambio y Raúl se había visto obligado a sacrificarlas rápido, para ahorrarles horas de agonía. Como eran almas inocentes, Raúl había pagado por sus muertes y había pagado con creces.

Aquella noche sería distinta, no volvería a fallar. Esa noche lo cambiaría todo.

«Es mi tercera oportunidad y es la definitiva», se convenció. «Tres es el número mágico, tres son las caras de Hécate... Te lo ruego, diosa Luna, que

así sea».

Apuró el cigarrillo y continuó avanzando. Tentado de regresar al coche a cada paso que daba, siguió adelante, henchido de fe y esperanza.

La sombra de la Suma Sacerdotisa se le había aparecido unas horas antes y había profetizado que una hembra despertaría al amanecer. No podía equivocarse.

La Suma Sacerdotisa de la manada de Fronda nunca mentía y jamás fallaba en sus predicciones. Sus palabras de ayer eran el futuro del mañana y cuando le había asegurado que él sería el artífice del cambio, Raúl Montenegro le había creído de corazón. Por eso estaba allí, no conseguía imaginar otro modo de cumplir la profecía por su propia mano. No podía dejar embarazada a ninguna mujer e incluso si lo hubiese hecho, hacía más de medio siglo que no nacían hembras en la manada. De sus vientres y semillas solo nacían machos.

Estaban malditos.

A Raúl solo se le ocurría una manera de que una hembra abriese los ojos al llegar el nuevo día gracias a él y estaba dispuesto a saltarse todas las normas para intentar el ritual de la luna de sal y sangre, por tercera vez.

Su esperanza rozaba la codicia de la trascendencia histórica que prometían anteriores profecías. Él tenía que elegir una mujer y él era el macho alfa, cabeza de familia de los Montenegro. Tal y como decían las premoniciones de antiguas Sumas Sacerdotisas: de la sangre de una estirpe imperial, llegaría una hembra cuyo poder devolvería la prosperidad a los lobos de Fronda.

Raúl creía que aquella noche encontraría a la chica de la profecía más codiciada, a la elegida bendecida por la muerte.

Sumido en su esperanza como en un halo de luz, alcanzó la entrada de El Matadero y se puso el primero en la cola. No iba a esperar para entrar en ninguna parte, no lo había hecho en su vida y no era momento de cambiar de hábitos.

Él era un alfa, todos los demás le seguían.

Echó una mirada al grupo que encabezaba la fila y les ordenó que le dejaran espacio, con la voluntad de su pensamiento.

La fila se replegó enseguida, aunque se escucharon los gritos de queja de los humanos que estaban más atrás.

Raúl no perdió el tiempo y se encaró con el chico que flanqueaba la puerta. Aquella mole pálida, rapada y embutida en cuero, le miraba perpleja, sin lograr recordarle.

Sin embargo, Raúl sí sabía quién era él. Solo le había visto una vez, seis años antes, pero reconoció sus ojos azul cobalto de cachorro avisado. Masticó su nombre, sin soltar una sola sílaba, y esperó.

El joven se llamaba Héctor, rondaba la veintena y era un gigantón difícil de olvidar. Alto como el alfa, el doble de ancho y fornido como un profesional de lucha libre, lucía la cabeza rapada y una barba de dos días, anaranjada.

Unos aros dilatadores convertían sus lóbulos en aldabas y le daban un aire de buda bonachón. Llevaba el torso al aire, enmarcado por un chaleco vaquero abierto que dejaba a la vista el tatuaje que la mole tenía en el pecho. Era la cabeza de un lobo negro de ojos amarillos, fiel en cada detalle al lobo que en verdad llevaba bajo la piel el propio Raúl Montenegro.

Héctor olisqueó el aire, percibió el fuerte aroma del macho alfa y sus pupilas se dilataron aterrorizadas. Su pierna izquierda se agitó sin que el joven fuese consciente de los espasmos porque estaba centrado en dominar su mente y no su cuerpo.

Consiguió mantenerse sereno mientras calculaba las posibilidades que tenía de sobrevivir y, cuando se llevó una mano bajo el chaleco, para buscar su arma, Raúl intervino:

—Piensa bien lo que vas a hacer, guaje, porque puede que sea lo último que hagas.

El alfa se lo dijo al más puro estilo de *Harry, el sucio*. Se metió en el papel hasta las cejas, enarcándolas sin apenas mover otro músculo del rostro mientras hablaba con el cigarrillo pegado a los labios, imperturbable como *Harry, el Ejecutor*.

Podría haberle tranquilizado, diciéndole quién era él, pero prefirió comprobar la fortaleza del gigante. Raúl consumió el resto del pitillo de una calada profunda y tiró la colilla encendida entre los pies de su oponente.

Los ojos de Héctor siguieron la parábola del cigarrillo como un vigía otearía una flecha encendida acercándose a su muralla. Le pareció que la colilla tardaba siglos en caer al suelo y, cuando por fin lo hizo, la aplastó con una de sus botas. Al alzar la vista se reencontró con la mirada ambarina de

Raúl Montenegro.

El alfa estaba dispuesto a llevar la situación al límite. Sus pupilas brillaron amarillas y las aletas de su nariz exhalaban todo el humo de la última calada, con un gesto fiero.

Sin embargo, Raúl no conseguía doblegar la barrera mental que el chico mantenía. Héctor no le dejaba ahondar en su mente y el alfa solo podía percibir un pensamiento. Ni siquiera era una palabra, era una emoción, el recuerdo más feliz de Héctor: lo que había sentido al dormir la primera noche bajo el techo de Isaac Alborada.

La tranquilidad de saberse a salvo y querido le daba fuerzas y el joven estaba dispuesto a dar su vida allí mismo, protegiendo a sus hermanos.

—¿Sabes lo que soy? —gruñó Raúl.

—Eres... Eres un alma de luna —titubeó Héctor, midiendo sus palabras.

Raúl Montenegro sonrió complacido. El gigante era listo y tenía tacto. No le había llamado licántropo, ni hombre lobo, ni *lupo mannaro*. Había elegido un apelativo de honor que mostraba respeto.

Isaac le había enseñado bien.

—Exacto, soy un alma de luna —confirmó Raúl y su gesto se volvió depredador—. Lo soy de nacimiento, no como tú, mestizo... Tú solo eres un esclavo de la luna. Quítate de la puerta, maldito.

No había modo de que por el olfato se distinguiese un mestizo de un purasangre. Los dos olían a lobo, aunque Raúl podía sacarlo de debajo de su piel en cuanto quisiera, sin dolor y en dos segundos; Héctor solo cambiaba con el plenilunio y su transformación era una sádica tortura de tres minutos.

Eso era algo que ambos sabían.

El alfa había hecho la aclaración a modo de amenaza, pero Héctor apenas se movió, tan solo se le cayeron de las manos algunas de las entradas con consumiciones gratuitas que tenía que repartir aquella noche entre las chicas.

Lo de las entradas había sido idea de Isaac y los pensamientos del joven se centraron en él, en su padre adoptivo.

Imaginó su pequeña manada de mestizos alrededor de la mesa de billar, ajenos al peligro que acababa de presentarse. No tenían ninguna posibilidad de sobrevivir al ataque de un purasangre, escapar por el reservado hacia el taller y de ahí al cementerio no les salvaría. Los *mannaro* no eran demonios

ferales, podían pisar suelo consagrado.

Los mestizos también tenían los sentidos humanos agudizados y un físico resistente, podrían correr durante horas, pero no podrían transformarse a voluntad y aquel purasangre sí podía cambiar, allí mismo y en aquel instante. Héctor sabía que el recién llegado podía abrirle en canal con sus garras y atravesar la puerta, después de atravesarlo a él.

—Esta noche hay una fiesta privada —dijo el joven, tragando saliva e intentando comprar algo de tiempo y una muerte rápida—. Lo siento, pero es solo para mestizos y humanos.

Raúl Montenegro abandonó su charada con una sonrisa genuina y amable. Aquel chico merecía cada gota de sangre que había puesto en él. Le gustaba.

Se colocó el cuello de la camisa y agregó:

—Isaac no te lo ha dicho, pero la fiesta es en mi honor. Ha sido un largo viaje, ya sabes. Soy Peter Pan y vengo desde Nunca Jamás. Mi sombra ya está dentro, me la guardáis en el sótano.

La mandíbula de Héctor se desencajó y el resto de sus músculos se relajaron.

—Lo siento... —se disculpó—, señor.

No podía llamarlo de otra manera. Isaac se había asegurado de que ninguno de sus chicos perdidos supiese el nombre del alfa, ni el lugar del que procedía. Siempre les decía que su misterioso benefactor vivía en Nunca Jamás y que su sombra les protegía.

Raúl e Isaac solo se veían en persona un par de veces al año, nunca en aquel edificio. El alfa era muy cuidadoso y preparaba los encuentros al detalle, con las máximas medidas de seguridad. Los mestizos debían ocultarse bien o les darían caza, tanto los demonios ferales como los purasangre.

Estaba prohibido crear mestizos y por saltarse las reglas la vida de Raúl también corría peligro, si les localizaban.

Todos habían sido marcados con la sangre del alfa, ungidos con un símbolo que les volvía incapaces de recordarle.

Incluso en la mente de Isaac Alborada, él no era más que una sombra amante, la misma sombra que le visitaba en sueños.

Raúl Montenegro entró en El Matadero y fue recibido por una nube de

humo de tabaco, aderezada con *bourbon*, gasolina y el buen *rock* de los años setenta.

Todos los tópicos que había temido encontrarse desde que había visto el nombre del bar y el lobo tatuado en el pecho de la mole, estaban allí dentro.

Una luna llena fluorescente dominaba el techo, las paredes estaban repletas de grafitis que representaban escenas del cine de terror clásico y había salpicaduras de pintura roja por todas partes, simulando las manchas de sangre de una masacre.

La barra del bar era muy larga y también estaba cubierta de pintura hasta formar un charco en el suelo. La atendían dos veinteañeros, una camarera rubia y resultona, que apenas tenía trabajo, y un camarero moreno y fornido que se veía asediado por una horda de mujeres.

El joven tenía los brazos llenos de tatuajes tribales y a Raúl tampoco le costó reconocerle.

Se llamaba Fran.

Fran había sido seropositivo desde los tres meses de vida, pero el milagro de su curación lo había convertido en adulto gracias a Isaac Alborada. El ritual de la transformación había sido muy fácil con Fran, el lobo negro había crecido fuerte bajo su piel y se había comido el virus a dentelladas.

Desde entonces, casi cada año, Isaac intentaba convencer a Raúl de que aumentasen la manada con un nuevo espécimen necesitado, contándole casos que hacían temblar al alfa.

Las razones eran siempre tan aterradoras y convincentes que a Raúl le costaba negarse, pero debía hacerlo. No podían arriesgarse a crear demasiados mestizos.

Accedió únicamente con los cuatro chicos que vivían situaciones más extremas y no tenían familia.

Los cuatro habían tenido suerte y habían sobrevivido al cambio conservando la cordura, pero el alfa no podía transformar a cada chiquillo desgraciado que se cruzara en el camino de Isaac, porque era voluntario en un centro de acogida para menores y allí la mayoría habían sufrido abusos o no tenían a nadie en el mundo o las dos cosas.

Raúl apartó la vista de Fran y buscó a Isaac Alborada entre la muchedumbre. El club estaba abarrotado, pero no le llevó mucho tiempo

distinguir a otro de los chicos perdidos, al más fácil de recordar.

Se llamaba Ramiro, todos le llamaban Best.

En aquel momento, Best se reclinaba sobre la mesa de billar y estaba a punto de golpear la bola blanca con el taco.

Su melena castaña y lacia tapaba la mitad de un rostro nacido para la publicidad de las mejores marcas, era tan larga que le rozaba los dedos y caía sobre la mesa mientras el chico apuntaba con un solo ojo, tan verde como el tapete.

La bola blanca recibió el impacto, chocó contra la negra y la envió a la tronera, poniendo fin a la partida.

—Y por eso me llaman el Best —le dijo a la chica contra la que jugaba—, porque soy el mejor en todo lo que hago.

Raúl escuchó las palabras en su mente con claridad. Best no estaba completamente cerrado, como Héctor, él solo escondía su parte oscura: la mente del lobo y la verdadera razón de su apodo.

Ramiro Márquez podría haber tenido futuro como modelo o actor, si no le hubiese desfigurado un accidente. Desde entonces se escondía tras un flequillo largo.

Con apenas trece años, Best se había colado en los túneles del metro para hacer un grafiti en honor a su padre, en la misma estación en la que este había sufrido su último infarto. El padre de Best era conductor del suburbano y el joven se había hecho con las llaves, por lo que no le costó acceder al lugar, pero no contaba con el vagón de prácticas que le arrolló aquella noche.

Best no pudo esquivar el tren que entró en la estación sin aminorar y fue arrastrado varios metros, quemándose la mitad del cuerpo contra la pared del túnel.

En la residencia de huérfanos ferroviarios, los otros chicos le habían apodado Bestia por la cicatriz que le partía en dos la cara, él había conseguido acortar el mote a Best, a base de carisma.

El mismo carisma que le había hecho ganarse el mordisco del alfa.

Mientras Raúl Montenegro se concentraba en Best, los ojos grises de otro chico perdido le espían desde el tumulto de la pista de baile.

Darío de la Rocha se había incorporado a la familia apenas un par de años antes, pero se había convertido rápidamente en el brazo derecho de Isaac

Alborada, al que protegía como un sabueso del infierno.

Su historia no era mejor que la de Héctor, la de Fran o la de Best, los recuerdos de su infancia aún le hacían despertarse empapado en sudor frío.

Darío era parco en palabras, utilizaba las justas y sabía escuchar, esconderse del mundo y mirar sin ser visto.

Era atractivo en las distancias cortas, pero su belleza no resaltaba entre los humanos del pub como la de los otros mestizos.

De estatura media y constitución delgada, aunque fibrosa, Darío se mimetizaba con el entorno en claroscuros. Su sonrisa se curvaba triste, su pelo ralo mostraba un rubio indefinido y ceniciento incluso en las pestañas que siempre acechaban sus ojos grises, rasgados y sagaces. De la buena vida, él conocía lo que había aprendido en el cine y en los libros, la calle había sido su mejor maestra.

Era un puro nervio, templado y afilado, y en aquel instante todos sus sentidos se volcaban en los movimientos del recién llegado.

El alfa lo atisbó cuando Darío ya alcanzaba el despacho de Isaac. Vio al muchacho desaparecer tras la puerta del reservado y, treinta segundos después, la puerta volvió a abrirse e Isaac Alborada salió al paso.

Era elegante al estilo del alfa, de nacimiento. Su pelo dorado peinaba canas, sus ojos celestes y joviales ostentaban el brillo de un alma vieja. Llevaba una camisa oscura, un vaquero gris y una sonrisa brava.

En su perfección de adonis maduro solo desentonaba la mácula de una cojera.

Marta Alborada dejó el libro que estaba leyendo y empezó a ejercer de camarera. Cargaba tercios de cerveza en las cámaras frigoríficas mientras intentaba escuchar la conversación que su tío estaba teniendo en la barra, prácticamente junto a ella.

Marta le había estado observando todo el día y nunca había visto a Isaac tan taciturno. Ni siquiera había querido discutir cuando Marta le había recriminado aquella absurda idea del domingo de chicas, con consumiciones gratuitas para todas las mujeres que acudieran al bar. Marta no entendía de dónde había salido aquel despropósito sexista. No necesitaban aumentar la clientela femenina, con las asiduas de Fran ya tenían bastante.

Esa noche en el pub estaban las de siempre y muchas otras chicas más y, sin embargo, apenas había trabajo para Marta porque la mayoría acudían al lado de la barra que atendía el moreno de los tatuajes.

Marta podría haber seguido empollando el libro de Derecho Romano si no hubiese tenido toda su atención centrada en su tío. Ver a Isaac flirteando era inaudito.

Ella le incordiaba a menudo diciéndole que tenía el listón demasiado alto, que no podía esperar toda la vida hasta encontrar otro hombre más atractivo que él, porque eso iba a ser difícil. Era su broma particular y Marta empezaba a pensar que su tío se lo había tomado en serio, pero el candidato perfecto estaba delante de ellos.

Los dos hombres se saludaron con un abrazo intenso y prolongado, más que un reencuentro parecía una despedida. Marta habría jurado que si su tío no se hubiese apartado con un mohín receloso, de seguro habría habido algo más íntimo que un abrazo entre ellos.

La joven agudizó el oído, cogió una servilleta y se puso a limpiar el polvo de cada botellín que metía en la cámara.

—Dijimos que nunca volveríamos a intentarlo —le decía Isaac a Raúl en ese momento. Pasaba el dedo índice por el borde de su vaso de *bourbon* y contaba las copas que le quedaban para terminarse la botella.

—¿No se suele decir nunca digas nunca?

—Y también se dice que los locos son esos que repiten el mismo proceso, esperando diferentes resultados.

—Bueno, pues igual hacen los científicos —contraatacó Raúl.

—Los científicos introducen variantes.

—Exacto y hoy traigo una variante. —Raúl dio un trago a su bebida energética y agregó con media sonrisa—: Por eso funcionará el ritual, porque esta vez es diferente. Ya lo verás, no te preocupes, que tu Peter Pan va a encontrar por fin una Wendy... Y la va a convertir en un wendigo, pero uno de los buenos.

Isaac entendió la broma, pero no le hizo gracia. Un wendigo era un mestizo, ese era otro modo de llamar a los esclavos de la luna, aunque solo a aquellos que perdían la conciencia humana al transformarse, se volvían fieros depredadores salvajes y mataban cuanto encontraban a su paso.

El alfa se rio de su propia ocurrencia e Isaac mantuvo el ceño fruncido. Al mestizo le horrorizaba pensar en los wendigos, le revolvió las entrañas hasta la náusea.

Veinte años antes, él había perdido su humanidad igual que un wendigo. Había probado la carne humana y había atacado a una persona, abriendo su pecho y desgarrando su corazón, dejándolo a las puertas de la muerte.

Por suerte para él, Raúl Montenegro había sido muy rápido aquella noche y el alfa había puesto fin a la agonía de su presa. Desde entonces, el espíritu del muerto estaba arraigado a la sombra de Raúl en lugar de atormentar a Isaac.

El mestizo no daba crédito. El alfa quería arriesgarse a aumentar su séquito con un nuevo fantasma, sin que pareciese importarle tomar otro corazón y que otra alma inocente se uniese a su sombra.

—No es una buena idea, no olvides lo que pasó las otras dos veces —fue lo único que acertó a decir.

—Sé positivo —le pidió el alfa, chocando sus vasos con un brindis triste y funesto—. A la tercera va la vencida.

—También se dice que no hay dos sin tres —refunfuñó Isaac, dejando el vaso en la barra sin probar el licor. Sus ojos azules se tiñeron de brumas y dejó de ver lo que tenía delante para recordar una cama ensangrentada y el cuerpo exangüe de la segunda Wendy.

Habían abordado a aquella chica en un bar, no significaba nada para ninguno de los dos y su muerte, aunque demoledora, no fue tan dura como el primer fracaso del alfa.

Raúl Montenegro había intentado el ritual de la luna de sal y sangre con su propia esposa, la madre de sus hijos. Isaac todavía no entendía cómo Raúl había podido arriesgarse a hacerlo, ni la primera, ni la segunda vez. No habría una tercera, si él podía evitarlo.

—Debes tener fe —le animó el alfa con su tono más persuasivo. Se le hacía raro pedirle a Isaac que tuviese fe, él siempre se mostraba esperanzado. Decidió sacar el as que guardaba en la manga y le contó el gran secreto—: Escúchame, la Magna Umbra ha dicho que ocurriría, así que ocurrirá. Ya lo verás, la Suma Sacerdotisa lo ha dicho: una hembra despertará al amanecer.

—No siempre acierta —murmuró Isaac.

Raúl Montenegro le miró ofendido, dejó caer una mano sobre la rodilla mala de Isaac y acarició con cariño la tela, justo sobre la hendidura que unía la pierna del mestizo a la prótesis.

—A veces no entiendo bien lo que quiere decir, porque la Magna Umbra habla con acertijos como todas las profetisas, pero tú eres la prueba de que ella nunca se equivoca —aseveró el alfa y le apretó el muslo para marcar sus palabras—. Tú eres la prueba de que ella siempre acierta, Isaac Alborada. No puedes negarlo porque tú eres mi destino y la Suma Sacerdotisa me avisó de que te conocería, me lo dijo la misma noche en que te encontré... Ella me dijo que tendría tu vida en mis manos y que mi decisión lo cambiaría todo. Tú eres la prueba de que sus profecías se cumplen.

—No lo sé. No es lo mismo.

—Por favor. —El alfa paladeó aquellas dos palabras de súplica que nunca solía pronunciar—. Isaac, ayúdame esta noche. Solo tenemos que elegir una chica y...

—¿Te ha dicho tu bruja que la elijas?

—No exactamente —titubeó Raúl, cruzándose de brazos sobre la barra—. Ella me ha asegurado que al llegar el amanecer, la manada tendrá una nueva hembra y que será gracias a mí. Eso es prácticamente lo mismo... Si lo conseguimos, bueno, no hace falta que yo te diga cómo cambiarían las cosas para todos. Tus chicos perdidos, la nueva Wendy y tú podríais volver a casa conmigo.

A Marta se le aceleró el corazón, pero se mantuvo de espaldas, terminando de cargar la cámara.

Hacía un par de minutos que no entraban más botellas en el hueco, ella solo estaba poniendo unas sobre otras y cambiándolas de lugar, para disimular.

Conocía la doble naturaleza de su tío y también de sus cuatro hijos adoptivos. Ella era la que metía los cinco lobos negros en la furgoneta y los llevaba al coto de caza en las noches de plenilunio. Era la que les dibujaba la luna de sal y sangre en la frente justo antes de que empezase la transformación y también se encargaba de abrirles la jaula y dejarles libres, únicamente cuando ellos le demostraban que podían razonar y quedaba claro que la marca mística había funcionado, que ninguno había perdido la humanidad de su mente al convertirse en lobo.

Su tío le había dicho mil veces que se lavase las manos después de dibujar las marcas del ritual, pero Marta nunca lo hacía. Apenas duraba unos minutos, pero la sensación de la sangre del lobo en sus dedos era embriagadora. Era poderosa porque pertenecía a un macho alfa, concretamente al que estaba confabulando con su tío a sus espaldas.

Ella nunca les había visto juntos antes, nunca hasta esa noche y, sin embargo, estaba segura de que aquel moreno de ojos punzantes debía ser el alfa.

Raúl Montenegro señaló a la joven con la cabeza y se tocó una oreja, avisando a Isaac de que la camarera les estaba escuchando.

—Tranquilo, es mi sobrina —aclaró Isaac, algo incómodo, pasándose una mano nerviosa por su coronilla grisácea.

—Ha crecido mucho —replicó Raúl, inspeccionándola. Únicamente había visto a Marta en una foto y era la foto de un bebé, aunque recordaba que tendría la edad de su hijo mayor, Urso, unos veintitrés años.

El alfa sonrió pensando que harían una bonita pareja: Urso Montenegro y Marta Alborada. Él era el vivo retrato de su padre y ella se parecía muchísimo a su tío, tenía los mismos ojos azules, sinceros y almendrados, e idéntico pelo rubio, aunque el de Isaac ya estaba cubierto de canas en su mayor parte.

Raúl escuchó con atención el corazón desbocado y arrítmico de la chiquilla, contó sus latidos irregulares y erráticos, tan débiles como lo habían sido los de su mujer. A ella la había perdido al dar a luz a Bosco, el pequeño de sus dos hijos. Había intentado salvarla con el ritual de transformación, en vano.

Marta Alborada sufría una dolencia cardíaca similar. Tarde o temprano su corazón fallaría e Isaac lo sabía, aunque no quisiera admitir aquella horrible posibilidad como cierta. Marta era lo único que le quedaba. Su hermana habían muerto en un accidente de coche, junto con el padre de Marta, y le habían dejado una niña de apenas dos años.

Ella se había convertido en toda una mujer, era un espíritu fuerte enjaulado en un corazón débil, pero eso podía cambiar al amanecer y esa otra posibilidad era el brillo de locura que Isaac veía en los ojos del macho alfa.

—Será mejor que pasemos al despacho —rezongó Isaac, señalando la puerta del reservado. No le gustaba cómo Raúl miraba a su sobrina. Los

mestizos no podían leer los pensamientos y solo se comunicaban telepáticamente en su forma lupina, pero Isaac conocía al Montenegro lo suficiente como para adivinar la insensatez que se le estaba pasando por la cabeza al alfa. La idea le horrorizaba e improvisó—: Te necesito ahí dentro... Estamos algo cortos de suministros, ya sabes.

Raúl asintió y al momento se contradijo:

—No, no, no. Lo siento, pero no. No puedo darte mi sangre esta noche, al menos no antes del ritual. Si me debilitas...

—Lo entiendo, es mejor no correr riesgos. —Isaac apuró su bebida y cerró los ojos, abatido.

En realidad no necesitaban más sangre pura, tenían suficientes terminales refrigerados y podrían ungiarse las marcas de luna durante un par de meses más. Había sido un subterfugio de último minuto, una treta fallida; confiaba en que si le sacaba al alfa un par de litros, de seguro Raúl no podría realizar el ritual, tendría que cambiar de opinión y ninguno de los dos llevaría sobre su conciencia la muerte de otra chica inocente. No habría otro espíritu encadenado a la sombra del alfa y mucho menos el de su sobrina.

—¿Vamos? —carraspeó Isaac, dándole la espalda a la barra y encaminándose hacia el reservado, con su cojera habitual.

El alfa le pisaba los talones, de pronto se echó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡Mierda, el coche! Casi se me olvida... He aparcado en tu vado y llevo en el maletero sesenta kilos de carne podrida.

—¿Cómo de podrida? —preguntó Isaac al tiempo que la espalda se le perlaba de sudor frío.

—Podrida hasta la médula, mejor no quieras saberlo.

Isaac Alborada comprendió a qué se refería el alfa y de qué información nefanda le estaba protegiendo. Se acercaba la luna de noviembre, aquella que llamaban la luna del cazador, y la manada debía cumplir la tradición tomando la vida de un alma oscura.

El alfa era quien elegía las presas humanas y para ello recorría la península buceando en las mentes más impías, haciéndole un favor al mundo con su desaparición. Elegía las personas más corruptas que encontraba, las seguía durante semanas y esperaba a que se presentase la oportunidad de cazarlas.

Después, se las llevaba a su casa y mantenía las presas vivas hasta el día del ritual, custodiadas en las mazmorras de la casona de los Montenegro.

La temporada de caza era la excusa favorita de Raúl para las contadas ocasiones en las que podía encontrarse con Isaac en algún motel de carretera.

—Si me das las llaves del coche —le propuso el mestizo—, uno de los chicos podría aparcarlo dentro del taller.

—No me parece buena idea.

Isaac tragó saliva y se parapetó tras su sonrisa más encantadora.

—Así nosotros tendremos tiempo para hablar de la locura que quieres hacer y podré convencerte de que no lo hagas.

Raúl Montenegro sacó las llaves del todoterreno con la celeridad de un prestidigitador y las hizo ondular como un péndulo ante los ojos de Isaac.

—No sé qué pretendes, Alborada —prosiguió con un guiño pícaro—, pero no vas a conseguir convencerme de nada.

Las manos de Isaac se cerraron sobre las llaves y también apresaron los dedos del alfa como una flor carnívora atraparía un insecto.

—Eso ya lo veremos —susurró Isaac—. Creo que merece la pena intentarlo.

Si Isaac Alborada hubiese sabido cómo de podrida estaba la carne que aún respiraba encerrada en el todoterreno del alfa, nunca le habría encomendado a Darío la aparentemente sencilla tarea de aparcar el coche en el sótano o al menos le habría ordenado que no tocara el maletero.

Mientras terminaba de abrirse la compuerta del taller, el chico se sentó al volante del todoterreno y se sorprendió de lo pulcro que estaba el coche por dentro. Por fuera tenía numerosas abolladuras y una capa de mugre de meses, con kilos de lodo en el guardabarros y filas de hojas muertas bajo los limpiaparabrisas. Parecía que el alfa tuviese por costumbre conducir campo a través y, sin embargo, el interior relucía como recién salido del concesionario.

Darío arrancó el motor, la pantalla del GPS salió del salpicadero y una voz robótica y femenina le pidió que dictase el destino del nuevo trayecto.

—El infierno, planta -2 —indicó el joven con media sonrisa burlona.

La pantalla parpadeó unos segundos y su superficie se cubrió de nubes. La

máquina volvió a hablar:

—No existen datos para esa dirección. Por favor, asegúrese de que es la correcta o introduzca las coordenadas de modo manual.

Darío chascó la lengua.

—Déjalo, C3PO. Me sé el camino.

Con las maniobras justas, el joven metió el coche en el taller y esperó a que la compuerta de la entrada volviera a cerrarse.

A pesar de que nunca habían sufrido ningún robo en el edificio, Darío no iba a arriesgarse a que lo sorprendiese algún descerebrado que quisiera tentar a la suerte por un puñado de euros. Alguien podría haberle seguido desde el bar o visto desde el parque de enfrente. El taller era un objetivo muy goloso, la maquinaria que utilizaban era de lo mejor del mercado y había todo tipo de herramientas por todas partes, herramientas muy caras y fáciles de vender en cualquier tienda de segunda mano.

Darío vigilaba la calle por el retrovisor y sus dedos acariciaban despacio el volante, con ritmo. Conocía al milímetro el mecanismo de la puerta, después del clac de la polea principal, quedarían exactamente treinta y ocho segundos antes de que se escuchase el golpe del cierre.

Para Darío, su cuerpo tenía el mismo contraste de orden y mierda que tenía el todoterreno: por fuera, era el Señor Imperturbable; por dentro, Don Frenético, y contar le tranquilizaba.

El mundo se volvía predecible si uno aprendía a ralentizarse y centrarse en los cinco sentidos, uno por uno: observando, escuchando, respirando despacio y contando las respiraciones antes de usar las palabras con el mayor tacto posible.

Sus hermanos le decían que era un maldito paranoico, pero él prefería pensar en sí mismo como una mente precavida y alerta.

«Que yo sea un paranoico no nos salvará de que nos ataquen los demonios, pero les veremos venir», solía decir Darío con sorna.

Aunque los chicos jamás habían visto un demonio en carne y hueso, sabían que existían. Tampoco habían visto nunca antes al alfa y, sin embargo, allí estaba en el pub y Darío metido en su maldito coche.

El mestizo no le quitó ojo a la rendija de la luz de la calle hasta que desapareció con el golpe sordo del cierre. Arrancó el motor y se mantuvo

alerta en todo momento, esperando que apareciese alguna sombra dibujada en el suelo, una sombra de formas no completamente humanas. En realidad, Darío sabía que ningún humano se atrevería a enfrentarse a él, ni siquiera sacándole una ventaja de cuatro a uno. Su naturaleza lobuna les repelía igual que si se echase colonia marca «hijo de puta muy peligroso» y esa misma esencia atraía a los demonios como la luz a las polillas, polillas gigantescas con alas membranosas, garras y colmillos.

Darío inhaló despacio y vació su mente al exhalar. Aquel recadito sencillo que le obligaba a bajar al sótano era lo que enturbiaba sus pensamientos.

Puro miedo, nada más. El miedo de un niño que se esconde en la oscuridad y escucha cómo su padre se quita el cinturón, el horror del que sabe que cuando le encuentren, después de los golpes llegarán los besos, besos ásperos con sabor a vodka y sangre... El mestizo dio un acelerón, dejó atrás los recuerdos e hizo que el todoterreno atravesase el taller de lado a lado.

Era un lugar muy amplio, pero estaban los tres coches en los que Best y él llevaban trabajando los últimos días y no quedaba espacio para aparcar el todoterreno. Si lo dejaba en la entrada, tapaba la salida de emergencia del despacho de Isaac, que comunicaba el pub con el taller. No era buena idea.

Darío se envalentonó y el coche descendió por la rampa de caracol hacia el garaje.

Las luces del sensor de movimiento le dieron una cálida bienvenida y alumbraron la furgoneta roja de Marta, que estaba aparcada junto a una fila de motos. Detrás se veían los barrotes brillantes de una enorme jaula de acero. Tenía grabados símbolos de protección, reforzados con pintura de plata.

Las noches de luna llena, antes del crepúsculo, Marta Alborada les dibujaba en la frente las Hécates de sal y sangre que protegerían sus conciencias y los mestizos se desnudaban, bajaban solos a encerrarse en la jaula y esperaban a la luna. Unas horas después, la chica liberaba a los lobos y todos juntos se metían en la furgoneta, rumbo al coto privado de caza.

Al lado de la jaula había espacio para un par de motos más o un coche pequeño. En el primer nivel tampoco podría aparcar, Darío habría preferido intentarlo, aunque para ello hubiera tenido que mover todas las motos y reubicarlas dentro de la jaula, pero solo tenía las llaves de su Ducati y le parecía más rápido y fácil enfrentarse a sus miedos que levantar a pulso

aquellas máquinas.

Todas eran bastante pesadas. La motocicleta de Isaac era una Harley-Davidson, las demás eran Ducatis deportivas de distintos colores chillones, pero todas pesaban más de doscientos kilos y todas tenían en común el mismo dibujo aerografiado en el tanque de gasolina: la cabeza de un lobo negro con ojos amarillos.

El todoterreno pasó de largo y siguió descendiendo, lentamente hacia el segundo nivel, el sótano.

A ninguno de los chicos les gustaba bajar allí y solían echárselo a suertes cada vez que Isaac les pedía que comprobasen si las llamas de los quinqués funcionaban correctamente.

Cuando le tocaba bajar a Best, siempre lo cambiaba por cualquier otra cosa: sacar la basura durante un mes, limpiar los apartamentos, sacar brillo a los retretes con un cepillo de dientes... lo que fuera. Best hacía de todo por no tener que enfrentarse a las sombras y habría movido las motos, una a una, para aparcar allí el coche del alfa y todo porque Darío no le había mentido al GPS: el inframundo estaba en la planta -2.

En cuanto las ruedas tocaron el suelo del sótano, el joven sintió el cambio brusco de temperatura. Hacía tanto calor que el aire que entraba en sus pulmones le freía el cerebro en lugar de oxigenarle. La corriente de aire espeso le robaba el aliento y le hacía sentir claustrofóbico, a pesar de que era un espacio enorme y diáfano.

Las columnas de carga estaban dispuestas cuidadosamente y formaban un pentagrama. En cada esquina un quinqué albergaba una llamarada azulada y los fuegos oscilaban creando sombras en la pared.

Las sombras no se correspondían con ninguna de las columnas, se movían en una marea de brazos, piernas, zarpas, garfios y múltiples sierpes.

—Me dejaste morir —susurraron alrededor del coche.

Darío se mantuvo sereno y aparcó en el centro del pentagrama, el sitio más seguro.

—Hijo mío —repitieron las sombras—, aquí hay un lugar para ti... Me dejaste morir y te estoy esperando.

Darío abrió la puerta del conductor, puso un pie en el terrado y pudo ver cómo una parte de las tinieblas se despegaba de la pared y se deslizaba hacia

él. Cerró los ojos, bajó del coche y esperó.

Conocía la sensación que le sobrevendría a continuación: la penumbra le lamería con un millar de lenguas felinas y arañaría su piel, besándole a fuego.

Sin embargo, las sombras salvaron sus piernas y se encaramaron al todoterreno, deslizándose sobre la carrocería, hambrientas. Se atacaban unas a otras en su lucha por alcanzar el maletero.

El coche respondió al ataque con un débil gemido y una respiración entrecortada, muy humana, que se aceleró hasta culminar en un grito asfixiado.

Los oídos sensibles de Darío percibieron el sonido y sus ojos rasgados se estrecharon al máximo. El mestizo debería haber salido corriendo, sin mirar atrás, porque fuera lo que fuese lo que allí pasaba, no era asunto suyo.

—No-es-mi-puto-problema —se dijo encadenando las palabras. Intentó convencerse de ello, pero las voces le gritaban y lo que decían aumentaba su temperatura corporal más rápido que el fuego mágico de los quinqués.

Los puños de Darío ardían, entraron en fase de fusión nuclear y derritieron su mente. Se olvidó de las llaves y arrancó la compuerta del maletero. Las sombras se lo agradecieron y saltaron sobre su presa desde todas partes, convirtiendo el pentagrama en el epicentro de un torbellino de penumbra y reproches.

El hombre intentó gritar y al hacerlo tragó oscuridad, a pesar de la mordaza. La oscuridad también se lo tragó a él y la cerrazón le entró por cada poro del cuerpo.

El maletero era un pozo de brea viva.

Darío metió una mano en las tinieblas para sacar la cabeza del hombre, asiéndole por el pelo. Cientos de garras afiladas se clavaban en aquel rostro horrorizado, las sombras se partían y corrían bajo su piel como un festín de gusanos oscuros.

Darío dejó caer el cuerpo fuera del maletero y el saco de huesos quedó de rodillas, preso de pies y manos por esposas de plata.

La oscuridad saltó sobre él y convirtió el suelo en un cenagal burbujeante.

—Hazlo, hijo mío —gruñeron las tinieblas, distintas voces se amoldaron en una sola cadencia—. Dánoslo, dánoslo... Él lo merece, lo merece tanto... Hazlo ya.

Era la voz de su padre y era la única que Darío reconocía en el tumulto, la sentía aullando sobre el resto de las frases inconexas: «¿te gusta?», «es grande», «di que te gusta».

Las palabras abrían llagas en su mente y puertas de cuartos a los que Darío no quería volver. No podía seguir escuchando a las sombras, necesitaba un ancla al mundo real, una voz humana que lo rescatase.

Desabrochó la mordaza y el hombre escupió la bola junto con un salivazo de sangre y sombras.

—Por favor... por favor —lloró el saco de huesos—. Yo no he hecho nada. ¡No he hecho nada! Por favor, ¡ayúdame!

Darío tragó saliva y recuperó el sentido común. No era asunto suyo, sabía lo que tenía que hacer: meter al hombre de nuevo en el maletero y salir de allí lo antes posible, olvidarlo.

Aquella mierda era de Isaac y del alfa. Tenía que haber una razón para que ese hombre estuviera allí y, en realidad, Darío no quería saber por qué las sombras lo reclamaban.

Las tinieblas se alimentaban de almas oscuras y lo que estaban diciendo, lo que le estaban pidiendo, era su vida. Las voces le gritaban tanto y tan rápido que Darío apenas entendía los motivos.

No sabía si le hablaban de su padre, de lo que le había hecho su padre a él o de lo que aquel hombre había... Dejó de pensar y levantó al infeliz por los antebrazos, para devolverle al maletero.

Entonces, el verdadero infierno se desató y empezó con una súplica:

—Por favor, escúchame, chico. No fui yo... Yo no toqué a esos niños. Yo nunc...

El hombre no pudo terminar la frase porque la frente de Darío impactó contra su tabique nasal y lo hizo crujir empujándolo dentro de su cráneo. Un puñetazo le dobló por el estómago y la presa cayó como un fardo.

Darío siguió pateándolo en el suelo, jaleado por las sombras.

—Así, hijo mío, así. Justo así, como yo te enseñé.

Darío entró en El Matadero con los vaqueros salpicados de sangre. Llevaba una sudadera negra que disimulaba las manchas y la capucha le tapaba la mitad superior de la cara. Eso le había bastado para pasar delante de

Héctor, sin que su hermano se percatase de nada. Sin embargo, no esperaba tener que lidiar con otro portero al llegar al reservado y mucho menos que se tratase de Marta Alborada, que estaba pegando la oreja a la madera de la puerta mientras se fumaba un cigarrillo.

Marta le había pedido permiso a Fran para dejar la barra, porque Isaac les tenía prohibido fumar cara al público. Con esa excusa, ya se había fumado tres pitillos seguidos para que su compañero la viese fumando cada vez que Fran echaba una mirada disimulada hacia el reservado.

A pesar de la distancia y la capucha, a ella le bastó ver cómo Darío fruncía los labios para saber que algo malo ocurría.

—¿No lo estabas dejando? —carraspeó él, sin sacar las manos de los bolsillos y manteniendo la cabeza baja.

—Me cuesta dejar lo que me gusta —respondió Marta ágil, enarcando una ceja tras el flequillo—, aunque me haga daño.

Con esa frase, no solo le estaba tirando una de sus acostumbradas pullas a Darío, en realidad estaba abriendo fuego para contarle todo lo que había oído.

Quería explicarle qué era lo que la mantenía pegada al despacho de su tío: intentaba raspar alguna frase extra de la pintura de la puerta y ya había podido escuchar que aquella noche el alfa elegiría a una chica para convertirla en uno de ellos, en una mestiza.

Marta quería ser esa chica, lo deseaba con toda su alma, sin importarle el daño que el cambio pudiera hacerle, pero no tuvo tiempo de explicarse porque Darío obvió el comentario y la doble intención, como siempre hacía.

—Déjame pasar —dijo Darío, en tono asertivo y descorazonador. En ese momento, no le parecía tan difícil hablar de todo lo que había y nunca podría haber entre ellos y pensó que sería mucho mejor que entrar en el reservado y contarle a Isaac Alborada cómo la había jodido en el sótano.

Marta se cruzó de brazos y apoyó la espalda contra la puerta.

—No creo que sea buena idea que entres ahí. Lo digo en serio. Esos dos han estado discutiendo, les he oído y...

—Necesito hablar con tu tío. —le espetó Darío. Se humedeció los labios y agregó—: Ahora.

—Ahora no es un buen momento —repuso ella sin amilanarse—. Mi tío está muy ocupado con su amigo, creo que están haciendo eso que hacen dos

personas cuando se gustan mucho... Hablo de sexo, Darío, no creo que sepas a lo que me refiero.

El mestizo no reaccionó, no parecía siquiera respirar. Sus labios permanecieron apretados el uno contra el otro.

Tras un silencio de segundos incómodos, Marta se dio por vencida y se hizo a un lado.

—Vale, tú mismo —adujo dando una calada profunda y le soltó un aviso a la cara, con una bola de humo—: Haz lo que quieras, que es lo que siempre haces, pero llama primero y espera a que ellos te abran.

Darío obedeció. Sacó una mano del bolsillo de la sudadera y al acercar el puño a la puerta para llamar, Marta pudo ver las marcas de lucha reciente y también las manchas de sangre.

—Dios mío, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño?

El mestizo golpeó la puerta con sus nudillos desollados y se tragó el escozor junto con la respuesta. No podía decirle a Marta lo que pensaba: que estaba a años luz de estar bien, aislado en otro puto universo, uno en el que estar bien no era una opción disponible.

—No es nada —gruñó.

Marta tiró al suelo el cigarrillo y lo pisoteó con rabia.

—Joder, Darío. Por lo menos mírame a la cara, si quieres que me trague que...

Ella no pudo terminar la frase porque Darío se echó la capucha hacia atrás y dejó a la vista su mirada gris, enrojecida por la hinchazón típica de un llanto prolongado.

Isaac Alborada abrió la puerta en ese instante. Su cara también estaba sonrosada, pero de un modo muy distinto: resplandecía y llevaba una sonrisa en los labios, una sonrisa que murió en los ojos de Darío.

—Lo siento —murmuró el chico—. Vais a tener que bajar al sótano.

—¿Qué pasa? —preguntó Isaac.

—La he jodido. —Darío se mordió los labios—. Lo siento.

Isaac no entendía qué ocurría, pero no le importó, le partía el alma verle en aquel estado, así que le abrazó y le hizo entrar al despacho.

Darío se dejó envolver en aquel calor incondicional y se tragó las lágrimas. Su nueva familia nunca le había visto llorar y no iba a dejar que le

viesen hacerlo.

Marta los siguió dentro del reservado y cerró la puerta tras de sí, sin saber qué decir o qué hacer. Ella, que nunca escatimaba en palabras y siempre tenía una respuesta para todo, se quedó muda, abrazándose a sí misma junto a la puerta.

Era un despacho muy pequeño, de apenas cuatro metros cuadrados, con los archivadores justos para llevar la contabilidad del bar y del taller.

Había una mesa de escritorio, tres sillas y un sofá de cuero rojo, que en ese momento estaba ocupado por el cuerpo semidesnudo del alfa.

Todo lo que solía estar encima de la mesa, papeles y demás, yacía en el suelo, pero no parecía que lo hubiesen tirado en plena discusión, más bien en la reconciliación.

Isaac Alborada llevó a Darío hasta el escritorio, le sentó en una de las sillas y se quedó de pie junto a él, sin dejar de aferrar una mano a su hombro como si agarrase la cuerda que les sujetaba al mundo.

Darío empezó a hablar a trompicones, con la cabeza baja y la mirada perdida en el baño de sangre de sus deportivas.

Con tres frases les contó lo que había hecho en el sótano: cómo habían enloquecido las sombras al entrar el coche, cómo había abierto el maletero sin poder resistir el impulso y cómo había matado a aquel desgraciado a golpes.

Raúl Montenegro no solo escuchaba sus palabras, el chico estaba tan dañado y tenía tal necesidad de comprensión que deliberadamente bajaba la guardia y le daba acceso a todos sus recuerdos, a los recientes del sótano y también a las cosas horribles que su padre le había hecho desde pequeño.

El alfa cogió una silla, se sentó frente a Darío y habló con la voz clara y tranquilizadora del poder supremo que cambiaba mentes y doblaba cucharas.

—No quiero que sigas sufriendo por lo que ha pasado y mucho menos por haber acabado con ese pedazo de carne podrida. Su alma era oscura y ahora es pasto de las sombras, donde siempre ha pertenecido. Tranquilo porque no te perseguirá —le dijo Raúl con media sonrisa—, pero tú tienes que seguir adelante.

Darío supo que el alfa conocía hasta el último rincón oscuro de su mente y se sintió aliviado, aunque profundamente avergonzado de que alguien pudiera

saber lo que su padre le había hecho.

—La vergüenza no es tuya y tampoco la culpa —insistió Raúl—. Deja ese peso atrás, la única manera de atravesar el infierno es seguir hacia delante... Isaac y yo estamos muy orgullosos de ti y esta noche has demostrado que no me equivoqué al ungirte y aceptarte en nuestra familia. Te has enfrentado a los demonios del sótano y a los que llevabas contigo, has salido ganando. Todavía no lo entiendes, pero te has vencido a ti mismo, Darío. Te has liberado y en cuanto a lo de la carne muerta, créeme, has sido misericordioso porque merecía una muerte peor. Nosotros... —Raúl pronunció el pronombre con todo el peso de la manada—. Nosotros íbamos a comérselo vivo.

Darío aguantó la mirada del alfa y asintió, agradecido.

Isaac Alborada intervino ansioso y preocupado, sin dejar de apretar el hombro de su pupilo.

—Entonces las sombras han reclamado el alma.

—Por supuesto —afirmó Raúl y lo que dijo a continuación, lo dijo mirando a Marta Alborada y asegurándose de que ella le prestase atención, debía tener claro cuál era el precio del deseo que Raúl Montenegro veía en su mente—. Nosotros no podemos tomar un alma que no esté corrupta. Cuando matamos a un inocente, su espíritu se liga al nuestro hasta que lo liberamos. Bien sea redimiéndole, ayudándole a resolver sus asuntos pendientes en la tierra o bien quitándonos la vida para darle la paz tras la venganza... Somos seres de fuego y sombras, benditos y malditos.

Isaac Alborada recordó un bosque lejano, la luna de plata y el sabor de la sangre prohibida. Perdió el hilo de sus pensamientos durante un instante y lo recuperó al encontrar en la expresión de Darío la misma sombra hiriente que él veía en el espejo cada día, al saberse un asesino.

—Es posible que ese hombre no haya muerto aún —aventuró.

Darío miró abatido a Isaac, adelantándose a la respuesta del alfa.

—He perdido el control, lo he perdido del todo. Nadie sobreviviría a algo así.

Raúl Montenegro sabía, igual que Isaac, que las sombras mantendrían la presa con vida cuanto pudiesen para deleitarse en su sufrimiento.

Sí que era posible que aquel despojo siguiese con vida y también sabía que, aunque Isaac quisiera comprobarlo tanto como él, no sería capaz de bajar

al sótano porque la culpa que sentía Isaac Alborada era demasiado grande. La oscuridad lo recibiría voraz y le obligaría a revivir el infierno de sus peores recuerdos.

—Bajaré al sótano y me ocuparé de todo —decidió el alfa—. Es muy probable que las sombras estén manteniendo el cuerpo vivo. Podrían hacerlo incluso si Darío le hubiese volado la tapa de los sesos o le hubiese quemado vivo hasta los huesos. Son así de poderosas, es difícil escapar de ellas... Las tinieblas reaniman los órganos vitales y se alimentan del miedo y de la culpa, doblegan el espíritu para quitarle toda esperanza y voluntad, pero eso no es mucho peor de lo que ese monstruo, ese pedazo de carne podrida hizo antes. —Raúl Montenegro chascó la lengua con asco y evitó contarles las hazañas del pederasta—. No os preocupéis, lo meteré en el maletero y me desharé del cuerpo. Lo quemaré en uno de los vertederos municipales de la manada, como siempre hacemos con ese tipo de basura.

—Gracias —susurró Isaac.

Raúl Montenegro echó a andar y, al pasar junto a la puerta, cogió a Marta de la mano.

—Vamos, pequeña. Ellos necesitan su momento y yo necesito que me pongas un pelotazo de lo que sea, pero bien fuerte.

Marta no se resistió. Acompañó al alfa fuera del despacho, pero antes de meterse detrás de la barra, se giró y se encaró con él.

—Sé a qué has venido y quiero hablar contigo de ello.

Raúl estaba esperando su reacción y le contestó condescendiente:

—Ya sé que lo sabes y también sé lo que quieres, pero yo no puedo dártelo.

La abogada en ciernes que Marta llevaba dentro tomó el control y también la barra, decidida a negociar. Sacó una botella de vodka del congelador y sirvió dos chupitos, uno para Raúl y otro para ella.

Se bebió el suyo de golpe y le preguntó directamente:

—¿Por qué no?

Raúl se tragó el licor y sonrió, marcando hoyuelos. Le gustaba aquella chiquilla, tenía la fiereza de Isaac y su misma determinación. No se merecía que le mintiese, pero tampoco iba a decirle que temía que no sobreviviese al cambio porque estaba seguro de que cualquier chica del pub lo conseguiría

esa noche, así que le adornó la verdad:

—Tu tío no lo permitiría y yo respeto su voluntad.

—Ya he oído esa canción antes —bufó Marta y rellenó los dos vasos con más vodka.

Darío le había dicho una frase similar el día que ella le había puesto las cartas sobre la mesa, contándole que estaba enamorada de él y que sabía que él también sentía algo por ella.

Darío no lo negó, dijo que no podía ser y se apartó. Desde entonces la evitaba, apenas la tocaba y no la miraba ni para cruzar las tres palabras que le dedicaba cada día.

Sin embargo, Marta sentía la elocuencia de las miradas del joven en su espalda y también había visto en los espejos del bar cómo Darío la observaba cuando creía que ella no le veía.

Eso era lo que más le dolía a Marta, Darío ni siquiera había negado que la quisiese, solo le había soltado el rollo de la hermandad, lo de que Isaac les había hecho prometer a todos que ella sería como una hermana más.

En realidad, Isaac lo había dicho por Fran, que cambiaba de chica como de camiseta y las dejaba a todas hechas un guiñapo. Era lo mismo que solía hacer Marta con los chicos y Darío lo dejó caer antes de marcharse.

Marta no tuvo oportunidad de decirle que estaba muy equivocado, que no solo quería ponérselo encima, quería tatuárselo en la piel. No era un capricho, ni un reto, quería hacerle feliz, quería borrarle esa mirada turbia y darle luz a fuerza de crear nuevos recuerdos juntos. Él era lo único que su corazón deseaba.

—Te entiendo —terció Raúl como si estuviese teniendo una conversación con ella y no estuviese robándole el pensamiento. El alfa bebió su vodka y giró el vaso vacío como una peonza—. A los que tenemos el mundo a nuestros pies, solo nos interesa la luna, ¿verdad? Pero no siempre podemos conseguir lo que más queremos.

Marta Alborada le dedicó un mohín sarcástico y volvió a rellenar los chupitos.

Quedaba el licor justo para dejar ambos por la mitad, al hacerlo, Raúl le quitó la botella de las manos y la encestó de un tiro limpio en una basura distante, con una parábola perfecta.

—Dudo que haya algo que no pueda conseguir usted —le recriminó Marta.

—No es un algo, es un ALGUIEN —le corrigió Raúl y liberó una carcajada triste con la confesión—. Me pasé la mitad de mi vida buscando a mi alma gemela y cuando por fin la encontré, le convertí en lo único que mi raza abomina: un mestizo... Si intentase llevarme a Isaac a casa, mi manada lo haría pedazos delante de mí. Después, mi propia madre se encargaría de acabar conmigo.

Marta lo miró horrorizada, pero la curiosidad la pudo. Quería saberlo todo, necesitaba saberlo y se lo preguntó:

—Entonces, ¿por qué transformaste a mi tío? ¿Por qué lo hiciste?

El alfa levantó su chupito en el aire, lo estudió achicando sus ojos de jade y contestó:

—Porque yo siempre veo el vaso medio lleno.

Echó su vodka en el vaso de Marta, lo llenó por completo y lo empujó con el índice hasta el borde de la barra, muy despacio, sin derramar una sola gota, retándola con media sonrisa.

Marta cogió el vaso justo antes de que se cayese al suelo y mantuvo la mirada del alfa, desafiante.

Raúl sonrió.

—Nunca habría puesto en peligro la vida de Isaac, pero cuando la encontré tuve que cogerla al vuelo. Es una gran historia que él nunca podrá contar. Le hice jurar que no se lo diría a nadie y lo hizo como juramos los *mannaro*, con mi sangre en sus labios. Sin embargo, supongo que yo sí que podría contártelo y eso te ayudaría a entender muchas cosas. Es una pena que no tengamos tiempo ahora, a no ser que...

—¿A no ser que qué? —preguntó Marta, ansiosa.

El alfa le estaba ofreciendo un receso y ella lo aceptaría, a toda costa.

—Baja al sótano conmigo y te lo explicaré —propuso Raúl, oscureciendo su mirada y su semblante—. Si cuando volvamos de ese pequeño y particular inframundo, tú no has cambiado de idea, convenceré a Isaac para que hagamos el ritual contigo. Es un buen trato: si te echas atrás, te haré olvidar todo lo que ha pasado esta noche y empezaré por esta conversación.

Marta se bebió el vodka de un trago.

El líquido cayó por su garganta, se llevó toda la saliva y le dejó la boca tan seca que la lengua se le pegó al paladar, reticente a moverse, como si supiese que estaba a punto de tomar la mayor decisión de su vida.

—Quiero hacerlo —aseguró con un hálito de voz perfumada de licor—. No me echaré atrás, ya sé todo lo que necesito saber.

—¿Seguro? —repuso Raúl, socarrón—. ¿Has visto *Un hombre lobo americano en Londres* y tienes los deberes hechos o quieres que repasemos la famosa escena de la transformación?

—No me hace falta, la he visto muchas veces —se defendió Marta, cruzándose de brazos sobre la barra.

—Nadie escarmienta en pellejo ajeno y ver una película no te provoca el dolor insoportable que...

—No hablo de la película —le interrumpió Marta—. He visto a mi tío y a los chicos transformarse un par de veces y les he escuchado hacerlo muchísimas más. Dicen que se queman vivos y gritan como si en verdad estuvieran en llamas. Tiene que ser horrible, pero si ellos pueden soportarlo, yo también podré. Soy una mujer, mi cuerpo sabe cómo aguantar el dolor.

—Exacto —convino Raúl con una sonrisa y le apuntó con el índice—, mantén esa idea en tu cabecita porque es buena. La transformación duele tanto o más que un parto, vas a dar a luz un cuerpo nuevo para tu alma y lo harás una vez al mes, todos los meses del año. Cada vez que llegue la luna llena morirás y volverás a nacer. Es un don y una maldición, tus sentidos serán tan poderosos que si cambia el viento, serás capaz de oler las flores del cementerio desde aquí, pero también el hedor de los cuerpos en putrefacción.

Marta arrugó la nariz. Podía percibir un fragante olor a rosas que se tornaba punzante y fétido como un desagüe atascado por un manojito de pelos y tripas descompuestas.

Supo que el alfa estaba jugando con su mente y sus sentidos, elevó la barbilla y resolvió:

—Todo tiene un precio y lo acepto.

—¿Y si el precio es tu vida? —contraatacó Raúl—. No creo que ocurra, pero podrías morir esta noche, tu cuerpo podría rechazar el cambio... Debería buscar otra chica.

El alfa se encendió un cigarrillo, apoyó una mano en la barra y con la otra

fue señalando a las mujeres que había a su alrededor. El pitillo humeaba entre sus dedos y sus ojos relucían ambarinos y expectantes.

—Podría ofrecérselo a cualquiera de ellas, da igual porque cualquiera servirá. El destino está de mi parte, elija a quien elija.

Marta se mordió los labios.

—Entonces elígeme a mí.

Raúl exhaló el humo entre los dientes, con una sonrisa depredadora.

—Eso son palabras mayores, Marta Alborada, pero te aseguro que merece la pena intentarlo.

El alfa carraspeó y se preparó para hablar de la noche que cambió toda su vida, empezando por hablarle de Fronda, la gran lobera, la ciudad subterránea en la que se perdían las raíces de su manada.

Que él supiese, solo había dos lugares más habitados por lobos *mannaro* y similares a Fronda: uno estaba en Italia y el otro en Rumanía.

Raúl no pensaba decir nombres, ni precisar su emplazamiento bajo la cordillera cantábrica de la frontera asturleonera. Describiría Fronda con cautela y los detalles justos, los que fuesen comunes a las loberas de las otras dos manadas.

Trataría de encender la curiosidad y el anhelo de aquella chica sin ser demasiado específico, para que ningún lobo pudiera saber que se trataba de Fronda, si se diera el improbable caso de que alguien leyese la mente de la humana. No obstante, Raúl recondujo las pistas hacia la cuna del mediterráneo.

—¿Has estado en Italia? —incidió, perspicaz.

—Estuve en Roma hace unos años —contestó Marta, dando voz a pensamientos y recuerdos que él ya había leído—. Fui de viaje de fin de curso, al terminar el instituto.

—Bien, entonces no te costará imaginar mi hogar. Es una ciudad subterránea, pero supera en encanto a la fastuosidad de Venecia, Siena, Florencia o la propia Roma.

Marta le miró confundida. No sabía dónde vivía la manada del alfa, pero ella siempre había creído que sería en la península ibérica, aunque lo suficientemente lejos de El Matadero.

—Como todas las cuevas —prosiguió Raúl—, la mayor parte de su belleza

permanece oculta a los humanos. En la superficie mi manada posee kilómetros de valles montañosos y bosques infinitos, un embalse de agua verdeazulada y un río bravo, que como nosotros, corre por encima y por debajo de la tierra... También tenemos villas, pueblos y señoríos, pero es en las cuevas donde guardamos nuestros mayores tesoros, los que tu raza veneraría como maravillas y patrimonios de la humanidad: túneles repletos de basílicas profanas, termas naturales, fuentes labradas con estatuas clásicas y cientos de calzadas cubiertas de mosaicos que llevan al corazón de la caverna, el anfiteatro.

Marta recordó el Coliseo romano al atardecer, iluminado por los focos amarillentos de los arcos y el enjambre rojizo del tráfico a su alrededor.

—Nuestro anfiteatro está mejor conservado —continuó Raúl, recogiendo complacido la imagen de la mente de la chica— y la iluminación tradicional le favorece aún más. No tenemos farolas, pero sí miles de hogueras por toda la cueva, alimentadas por gas y antorchas. Esos fuegos naturales nos protegen eternamente del mismo modo en que las llamas del sistema artificial del sótano respiran ahora, bajo nuestros pies.

Marta miró al suelo por instinto. Sabía cómo funcionaba la magia del fuego y las sombras porque Isaac se lo había explicado muchas veces.

—¿Quieres verlo con tus propios ojos? —apremió Raúl—. Entonces, ven conmigo.

Marta se sacó un llavero del bolsillo y se lo enseñó al alfa.

—Yo tengo las llaves del sótano —le dijo—, así que tú vienes conmigo.

Marta Alborada salió de la barra y empezó a caminar entre la gente con paso firme, manteniendo la frente alta y apretando en sus manos decididas las llaves de aquel sueño que empezaría como la peor de sus pesadillas.

Raúl Montenegro siguió a la joven de cerca, pisando su sombra, sonriente y convencido de que al fin había encontrado a su Wendy.

Capítulo II

LUNA DE SAL Y SANGRE

«Todos los ángeles buenos y malos tienen, en su naturaleza virtuosa, el poder de transformar nuestros cuerpos».
Santo Tomás de Aquino.



1986, sábado quince de febrero.
Luna del lobo, medialuna creciente.

El niño le observaba desde la cama mientras Raúl Montenegro inspeccionaba a conciencia su habitación.

Buscó primero en el armario, desapareció por una de las puertas y salió por la otra, con unos calcetines sucios en la mano.

—Pues no. Creía que había encontrado un demonio feral —le dijo al niño—, pero la peste es tuya y viene de estos *calzupos*.

Los dos se echaron a reír y el alfa encestó los calcetines en el cubo de la ropa sucia.

—Sigue buscando, papá —le alentó el niño, tapándose con las sábanas hasta la nariz.

Raúl se aseguró de que las ventanas estuviesen bien cerradas y recorrió los cortinajes de terciopelo celeste. Los rayos de luna atravesaron los cristales de colores y convirtieron las losas en una alegre rayuela.

—Hécate te protegerá, no te preocupes —le dijo a su hijo mientras miraba detrás de las estanterías, en los baúles de juguetes, en los cajones de las cómodas y hasta debajo de la cama—. ¿Lo ves? Aquí no hay monstruos —afirmó sentándose en el colchón, junto a los pies del niño.

Urso Montenegro había nacido enclenque y sietemesino, pero en pocos meses se había convertido en el bebé más grande de Fronda. Tenía cuatro años y ya andaba peleándose con los de nueve, llenando a su padre de orgullo.

Urso era un cabezota perdonavidas, como lo había sido Raúl de niño. También había heredado la fisonomía de los Montenegro y, al igual que su padre, su abuela y su hermano pequeño, tenía las cejas arqueadas, las

pestañas tupidas y el pelo oscuro. Toda la familia tenía los ojos de color verde trébol, desafiante y jovial, aunque en los de Urso predominaba el gris verdoso y su cabello lucía mechones castaños y dorados.

Los Montenegro se enfrentaban a la vida como un árbol que crece en un precipicio, extendiendo las ramas hacia el cielo, seguro de sus raíces y dominando el valle con el tronco torcido en una sonrisa altanera.

La supremacía de los Montenegro en la manada de Fronda no era cuestión de la naturaleza aguerrida de sus cuerpos, sino de su carácter. No tenían límites, igual que el árbol que medraba en lo más alto del precipicio, las garras de los Montenegro se enraizaban en lo seguro y crecían más allá de sus posibilidades, sacando fuerzas del aire.

—¿Vas a leerme un cuento? —le preguntó Urso.

Raúl miró el reloj de la mesilla. Eran las diez y media, en ese momento casi toda la manada estaría llegando a las termas subterráneas y la sombra de la Magna Umbra pronto empezaría el pregón que daría inicio a la Lupercalia. Raúl se sabía de memoria todo el rollo platónico de las almas incompletas que la Suma Sacerdotisa recitaría, podía saltárselo, pero no quería llegar demasiado tarde y que todos empezasen a perderse por los túneles y las salas de piedra. Le costaría mucho más encontrar a su mitad y estaba seguro de que aquella noche lo iba a conseguir. La Magna Umbra se lo había dicho.

Iba a ser una noche especial.

—Hoy no puedo —le dijo al pequeño, arrojándole y besándole en la frente.

El niño lo miró con decepción.

—Pensé que podríamos leer esto juntos —murmuró Urso, con una risa maliciosa. Sacó un libro andrajoso de debajo de la almohada y se lo tendió a su padre.

—¡Urso! —le regañó Raúl, cogiendo el códice con cuidado.

Aquel libro era un legado familiar y tenía más de trescientos años. Sus páginas olían a vainilla y polvo de leyendas, en ellas se contaba la historia de los *mannaro*. Era una de las copias favoritas de la biblioteca de Melisa Montenegro, madre de Raúl y abuela de Urso.

—Por favor, papá —rogó el niño—. Por favor, por favor, por favor, solo el principio. La abuela me ha dicho que me lo leerías.

Raúl enarcó una ceja, descreído. Su madre no le había dejado poner la mano encima de los códices hasta que pasó su primera transformación a los doce años. Sin embargo, con Urso era muy permisiva, demasiado.

—Está bien —decidió el alfa. Abrió con cuidado el libro y saltó páginas y párrafos hasta llegar a la parte que más le interesaba a su hijo.

El códice estaba escrito en latín, así que Raúl tenía que hacer de traductor simultáneo y buscar un vocabulario sencillo al tiempo que leía, aunque en realidad esa parte era capaz de recitarla de memoria.

Giró una de las últimas páginas y le enseñó a su hijo un grabado de tres ángeles, enmarcados por el abismo de una cueva infernal. Estaban delante de una gigantesca marmita en la que cocinaban un hombre, una mujer, un oso, un lobo y un jaguar.

—Mira, Urso. Estos ángeles todavía conservan sus alas de fuego y los tres son iguales. ¿Lo ves? —El niño asintió y Raúl Montenegro comenzó a leer —: Algunos de los caídos no eran demonios, eran ángeles que seguían conservando su apariencia divina, aunque habían perdido su gracia y no podían regresar al cielo. Fueron desterrados porque no fueron capaces de tomar parte en la gran batalla celestial; unos por miedo, otros porque no se atrevieron a luchar contra sus propios hermanos... La mayoría se arrepintió de haberle fallado a Dios, algunos incluso fueron indultados, pero otros no se perdonaban a sí mismos y se condenaron a vagar por la tierra para purgar su herejía, obligándose a presenciar las guerras de los hombres y sufriendo con ellos cada una de sus muertes. —El alfa señaló los ángeles uno a uno y les dio nombre—: Estos tres ángeles son Thugriel, Saalid y Hyzarel. Ellos decidieron tomar partido en nuestro mundo y abandonaron su vigilancia pasiva para crear una raza que protegiese a las almas inocentes de la Tierra.

—A los humanos —suspiró el niño, frotándose los ojos.

—Sí, a los humanos —le confirmó su padre y siguió leyendo—: Estos tres ángeles eligieron varios hombres y mujeres de todas las culturas y también seleccionaron a las bestias salvajes más poderosas, para combinar sus espíritus y sus cuerpos. Los forjaron en el fuego de sus alas y los templaron con sus propias sombras vivas y así fue como crearon tres criaturas de doble naturaleza. Unieron al ser humano con... ¿con qué, Urso?

El niño ni siquiera dudó, respondió alzando la voz:

—Con un lobo, un oso y un jaguar.

—Exacto, muy bien. Ahora, mira... —Raúl pasó las páginas hasta a llegar a un grabado en el que aparecían cuatro criaturas mitad humanas, mitad bestias—. Mira, Urso. Los romanos llamaron a esta nueva raza los *mannaro*. Según el animal, ya fuese lobo, oso o jaguar, ellos distinguieron tres razas: los *lupo mannaro*, los *orso mannaro* y los *giaguaros*. —El niño repasaba con los dedos el dibujo, suavemente, mientras Raúl continuaba leyendo—: Los *mannaro* habían sido bendecidos con una doble forma, humana y animal, pero además los tres ángeles les dotaron de una fuerza divina y de la gracia de su psique; es decir, de su mente —le aclaró el alfa—. Les concedieron poderes celestiales como el mesmerismo, la telepatía, el don de lenguas y la transmigración de las almas.

El niño asintió, la mayoría de las palabras no las entendía, pero sabía lo que querían decir. Su abuela Melisa le había explicado que los *mannaro* podían hipnotizar a los humanos, leerles el pensamiento, hablar cualquier idioma, comunicarse con los animales e incluso poseer otros cuerpos y sentir todo lo que el anfitrión sentía o bien cabalgar su alma, tomando el control absoluto.

Raúl Montenegro carraspeó, miró el reloj y continuó, acelerado:

—Los ángeles no tardaron en comprender que habían creado una raza demasiado poderosa y decidieron mermar su capacidad de reproducción, de modo que los *mannaro* dejaban de ser fértiles antes de cumplir cuarenta años, tanto las mujeres como los hombres, y solo podían concebir durante la luna de febrero.

—La luna del lobo —añadió Urso, con una sonrisa.

Raúl asintió y siguió pasando páginas, buscando una nueva ilustración al tiempo que hablaba.

—Incluso siendo fértiles un único mes al año, los *mannaro* seguían siendo demasiado poderosos y muy superiores al hombre por lo que los ángeles idearon nuevas debilidades, pero Thugriel se negó a debilitar a sus elegidos, los *giaguaros*, pensaba que habían mejorado la obra de Dios y por esa ofensa cayó en desgracia, perdiendo las alas como les había pasado a los demonios.

—Pobrecillo —suspiró el niño.

—No creas —le corrigió Raúl con una risotada—. En lugar de arrepentirse, Thugriel el caído estaba muy cabreado y empeoró las cosas.

—Si ya no podía volar, es normal que se cabrease.

Raúl abrió el códice por el grabado del ángel sin alas y se lo acercó a su hijo. Las facciones demoníacas de Thugriel asustaron a Urso, que volvió a taparse con las sábanas hasta la nariz, como si el dibujo pudiese saltar del libro y morderle.

Su padre cerró el códice, lo dejó en la mesilla y continuó de memoria:

—Después de su caída, Thugriel intentó convencer a sus hermanos, Saalid e Hyzarel, para que se unieran a él. Les dijo muchas cosas, por ejemplo, que no comprendía por qué a ellos se les había castigado por mantenerse a un lado en la lucha celestial, cuando su mismo padre, es decir, Dios, no movía un dedo por sus hijos humanos en la Tierra. A Thugriel le horrorizaba que los hombres se comiesen entre ellos en las guerras, que se muriesen de hambre y, sobre todo, odiaba el hecho de que Dios se jactase de haber dejado a los hombres como ovejas entre lobos, en favor del libre albedrío... Cuando sus hermanos se negaron a dar la espalda a Dios, Thugriel les maldijo y maldijo su propia sombra, maldiciendo también a todos los *mannaro* y obligándolos a sentir hambre de carne humana. ¿Te sigue dando pena?

—¡No! —contestó el niño, negando fuertemente con la cabeza.

Raúl prosiguió, aún más rápido:

—Saalid y Hyzarel protegieron a los suyos, los *lupo* y los *orso*, con hechizos que les permitían contener su instinto voraz para cazar solo humanos malvados y mandar sus almas directas al infierno; así, cuando un *mannaro* toma la vida de un alma inocente, esta queda ligada a su asesino como un fantasma hasta que se redime. —Las manos del alfa simulaban el vuelo de una paloma hacia el cielo—. Pero liberar un alma en pena no es una tarea fácil. Muchos de los espíritus no se liberan nunca y algunos *mannaro* enloquecen por el tormento de las voces y asesinan sin control, volviéndose más y más poderosos con cada alma que toman, convirtiéndose en demonios ferales y uniéndose al ejército de Thugriel para matar tanto a humanos como a otros *mannaro*.

—Ojalá se muriesen todos los ferales —masculló Urso.

Raúl Montenegro sonrió y le tranquilizó:

—No te preocupes, hijo, ya no quedan muchos.

El alfa intentó levantarse, pero el niño le cogió de la mano.

—La abuela dice que los humanos también pueden convertirse en ferales.

Su padre suspiró.

—Eso es cosa de Thugriel. El caído necesitaba un ejército y creó una nueva maldición: cuando un humano sobrevivía al ataque de un *mannaro*, dejaba de ser humano y se convertía en un mestizo. Su cuerpo no estaba preparado para albergar dos espíritus a la vez y se transformaba en wendigo, una bestia, un monstruo asesino sin conciencia... Saalid y Hyzarel intentaron salvar a los mestizos, no pudieron revertir la maldición, pero consiguieron que los wendigo solo cambiasen con la luna llena y crearon una marca de protección... Una marca que consigue que los mestizos mantengan su mente humana al transformarse.

—La abuela Melisa dice que eso es mentira —le interrumpió Urso.

—Tu abuela no lo sabe todo. Te aseguro que es verdad, no lo pone en este libro, pero hay otros códigos en las cuevas, libros milenarios que hablan de cien marcas de luna diferentes y cada una sirve para una cosa distinta, cada una tiene su propia magia.

—¿Me los enseñarás algún día, papá?

—Cuando seas alfa —le aseguró Raúl caminando decidido hasta la puerta del cuarto—. Y se acabó la historia, mi niño. Ahora tengo que ir a ver cómo está tu hermano.

—Espera, espera... cuéntame el final, por favor.

Raúl Montenegro moduló una sonrisa enigmática.

—¿Qué final? No hay final. Los ferales se hicieron demasiado poderosos y los otros *mannaro* tuvieron que esconderse. La mayoría de los *giaguaro* se convirtieron en ferales, los *orso* fueron casi extinguidos y las manadas de los *lupo* se dispersaron... Nuestra lucha continúa.

—Cuando sea alfa, voy a matar a todos los ferales del mundo —decidió Urso, recostándose de lado y cerrando los ojos.

—Estoy seguro de que lo harás, hijo —suspiró Raúl saliendo de la habitación. Antes de cerrar la puerta, le alentó—: Vas a ser un gran alfa, Urso Montenegro. Lo llevas en la sangre.

El macho alfa cruzó el pasillo y entró en el dormitorio de su hijo Bosco. La cuna estaba vacía.

«Eso es porque tu hijo sigue con la vaca de los omega» le sorprendió la

voz de Melisa, su madre, hablándole con un pensamiento.

Melisa Montenegro aguardaba, dos pisos más arriba, en su dormitorio de la torre. Raúl estaba seguro de que su madre podía oír sus pasos, su respiración e incluso sus latidos, así que habló sin alzar la voz:

—Tendrían que haberlo traído ya. Es muy tarde y no quiero que el niño se desvele por el camino.

«No lo van a traer» replicó Melisa, dulce como una baya venenosa. «Le he dicho a la vaca que se quedase con tu bebé esta noche. Es mejor así, ¿verdad? Porque tú tienes planes y yo no pienso estar levantándome a calmarle cada vez que llore».

La mujer de Raúl Montenegro había muerto al dar a luz a Bosco o eso era lo que todos creían. En realidad, el alfa había intentado transformarla en mestiza después del parto, viendo que la sangre no dejaba de manar entre sus piernas, pero ella había muerto desangrada de todos modos. Desde entonces, Bosco era amamantado por un ama de cría de la familia Canedo.

Los Canedo eran los omega y servían en la casa de los alfa. Vivían al otro lado del vasto jardín, detrás de las caballerizas, en la casa de servicio.

Les era fácil encargarse del pequeño de los Montenegro porque la vaca omega, como le llamaba siempre Melisa, tenía una niña de la misma edad de Bosco y su pecho producía leche de sobra para los dos bebés.

Los asuntos de la manada mantenían a Raúl demasiado ocupado como para encargarse de criar a Bosco y Melisa se centraba en Urso, así que el bebé Montenegro crecía como un Canedo más, junto a su hermana de leche.

«Me sorprende que vayas a acudir a la Lupercalia esta noche, hijo» le dijo Melisa, intrigada. «No has ido ayer, ni tampoco antes de ayer. ¿Por qué vas hoy?».

—Porque la última noche siempre es la mejor, madre. ¿No lo sabías? A la tercera va la vencida —contestó Raúl, sarcástico. Mantuvo su mente cerrada y permitió que Melisa entrase en su cabeza únicamente para comunicarse, no para indagar en sus motivos.

El alfa salió del cuarto del bebé y se metió en la habitación contigua, su propio dormitorio. Empezó a desnudarse incluso antes de cerrar la puerta tras de sí.

Melisa se mantuvo en silencio, pensativa. En verdad le parecía una gran

idea que Raúl buscara compañía, a ser posible alguien mejor que la chiquilla enfermiza que había elegido como madre de sus cachorros.

No quedaban hembras purasangre fértiles en la manada, por lo que los *mannaro* habían tenido que marcar a algunas humanas con sortilegios de sangre que les permitiesen concebir sus hijos.

Esa mezcla de sangre, aunque efectiva, a Melisa le repugnaba. Ver a su único vástago uniéndose a una humana debilucha le había parecido un error imperdonable, uno que pagarían todos, sobre todo sus nietos y ella.

Nada más ver a su nuera, Melisa había percibido que la salud de la chica era deplorable. Raúl debía haberlo notado también, aunque lo negase. No obstante, Melisa se lo hizo saber y los dos discutieron sobre aquella elección durante días.

Melisa trató de convencer a su hijo de mil formas, le dijo que se llevaba lo que ninguno quería e incluso le suplicó de rodillas, mostrándole la yugular y rogándole que tomara a cualquier otra hembra.

Raúl se unió a aquella chica de todos modos y Melisa nunca se lo perdonaría.

Si sus nietos no se convertían en *mannaro* al llegar a la pubertad, la culpa sería de los genes débiles de la humana y de la debilidad mental de su propio hijo.

«Espero que esta vez le hayas pedido a Hécate una pareja afín, alguien que te ayude a criar a tus hijos».

Raúl no contestó, siguió de pie, desnudo frente al ventanal de su dormitorio.

La nieve cubría los montes, los esqueletos de los árboles en el horizonte y los tejados de los pueblos lejanos. Las luces de las otras ventanas convertían el paisaje en una maqueta navideña, espolvoreada de azúcar.

Aquella nevada multiplicaba los rayos de luna, que calentaban la piel de Raúl y le encendían los ojos, templando las astillas de hielo que sobresalían amenazadoras entre las dulces palabras de su madre.

«¿Lo has hecho, hijo? ¿Has pedido un alma afín?» insistió Melisa.

—Eso no es de tu incumbencia, madre —sentenció Raúl, vistiéndose tan solo con una capa añil y echándose la capucha sobre la cabeza.

Cogió de la cómoda una bolsa abultada y caminó con ella en las manos

hacia el espejo del vestidor.

Todas las máscaras de la Lupercalia se guardaban en bolsas especiales y se almacenaban en las cuevas de la fragua, unas cuevas que los *mannaro* llamaban el Arca porque prácticamente escondían una pareja de cada animal del mundo.

Esa misma tarde, Raúl había traspasado el umbral de la fragua y había bajado por la escalera excavada en la piedra.

Al entrar en las cuevas y llegar al Arca, el alfa había susurrado su deseo dos veces. El eco de sus palabras recorrió cientos de estanterías mientras Raúl caminaba entre las hileras de bolsas. Cuando se hizo el silencio, se paró frente a una de ellas y cogió al azar una del último estante. La bolsa estaba polvorienta y el alfa levantó una pequeña nube grisácea de la tela al susurrarle, por tercera y última vez, lo que su corazón deseaba.

En las noches de Lupercalia se podían pedir diferentes deseos: amantes de una noche perfecta, tomar parte de orgías desenfundadas, elegir la pareja idónea para procrear o encontrar un amor que les complementase. También había quien se aventuraba a pedir lo imposible, aquello que puede que ni siquiera hubiese nacido, que no viviese en Fronda o que no estuviese buscando lo mismo esa noche y eso fue lo que pidió el alfa, un *anima gemella* que completase su alma.

Raúl Montenegro prácticamente siempre había pedido el mismo deseo desde su primera Lupercalia, a los diecisiete años.

Le pedía a Hécate encontrar su otra mitad y, sin importar qué bolsa eligiese, al sacar la máscara del interior siempre encontraba los mismos ojos huecos de un águila americana.

Metió la mano en la nueva bolsa, palpó el metal y recorrió las grecas de los adornos grabados con las yemas de los dedos. No había visto la máscara, pero no tenía ninguna duda de lo que le deparaba el destino.

Raúl Montenegro se puso la máscara de estaño frente al espejo, dejó que su madre mirara por sus ojos y pudo escuchar el gruñido que se le escapó a Melisa al ver el águila de cabeza blanca.

Lo que ocurría en la Lupercalia nunca abandonaba las cuevas, la magia de las sombras protegía los secretos, pero todo Fronda sabía que el alfa siempre aparecía tras la máscara de un águila americana, aunque no pudiesen hablar de ello, como tampoco podían hablar de que Raúl nunca encontraba pareja.

Melisa leía los rumores callados en las mentes de los frondeses fácilmente y sufría viendo la piedad en los ojos de la manada y el sufrimiento en los de su hijo. Después de cada Lupercalia infructuosa, Melisa le animaba con una frase peculiar:

«Recuerda que el águila vuela sola».

Le hizo estudiar la filosofía de Rückert, un romántico alemán que postuló que las águilas volaban en solitario y los cuervos en bandadas porque los necios necesitaban compañía y los sabios, soledad.

Melisa Montenegro también volaba sola, era una madre soltera y nadie sabía quién era el padre de Raúl, ni se atrevían a preguntarlo. Aquel era otro rumor silencioso.

Ella le había dado a su hijo su propio apellido y toda la fuerza de los Montenegro. Cuando Raúl se convirtió en un *mannaro* aventajado, Melisa renunció al liderazgo de la manada y vio con satisfacción cómo su hijo salía victorioso en la pugna por la sucesión.

Contra todo pronóstico, excepto quizá el de la Suma Sacerdotisa, Raúl Montenegro se convirtió en alfa a los quince años.

«¿OTRA VEZ?» gritó Melisa en la mente de su hijo, perdiendo la melaza en la que escondía los clavos de su tono autoritario.

—Es mi destino —farfulló Raúl, se echó la capucha sobre la cabeza del águila y dejó que sus ojos brillasen desafiantes detrás de la máscara.

Su madre no le habló de águilas, ni de cuervos, solo le reprochó:

«No creía haber criado a un loco, pero lo estoy viendo ahí, en el espejo. No vayas, hijo. Se reirán de nosotros... Y tú volverás solo».

Raúl sonrió adolorido, el pico dorado del águila escondió su mueca y no dijo nada más. Podría haberlo hecho, pero su madre no lo entendería. Él no le iba a confesar que la Suma Sacerdotisa le había asegurado que iba a conocer a su *anima gemella* esa noche y que aquella promesa del destino era la única razón por la cual el alfa acudía a la celebración de las cuevas.

Se sentía poderoso, imbuido en la misma esperanza que le había inundado el pecho en su primera Lupercalia: el ansia de encontrar el primer amor.

El deseo lo había acompañado hasta la que había sido su última Lupercalia, cinco años antes. En aquel entonces, Raúl Montenegro estaba a punto de cumplir treinta años y le quedaba poco tiempo para volverse yermo.

Su madre se había puesto tan insoportable por el tic-tac del reloj biológico que prácticamente le había obligado a tomar una pareja y tener descendencia.

En aquella Lupercalia de sus recuerdos, el alfa eligió un alma afín. Era una chica de corazón débil que se escondía detrás de la máscara de un águila real. Ella tampoco encontraba pareja y Raúl sabía bien por qué: los *mannaro* la evitaban por sus latidos irregulares y los humanos copiaban la conducta de los lobos, dejándola al margen como si fuese una omega.

Sin embargo, la chica tenía un alma dulce y pura, de pensamiento sereno. Al igual que Raúl, prefería la soledad a conformarse con menos de lo que su corazón pedía y eso había encandilado al alfa.

La chica le rechazó al principio, sabiendo quién era él, lo que encendió aún más el deseo del Montenegro, que cortejó a aquella bella mujer durante días.

Urso nació siete meses después.

Envuelto en la capa y en sus recuerdos, el alfa bajó a los sótanos de la mansión de los Montenegro, aguantando los reproches de su madre, sin mediar palabra.

Levantó la trampilla del pasadizo y descendió hacia las entrañas de la tierra, por el antiguo camino que comunicaba con las cuevas de Fronda.

Todas las casas de los *mannaro*, en su subsuelo, tenían acceso al complicado entramado de túneles de las cuevas. Los humanos accedían por entradas escondidas, algunas en brañas de pastores, otros en los pueblos desde bares o locales de la superficie como la fragua, también se accedía por las alcantarillas.

El alfa llegó a un pasillo que hedía hasta la náusea, pero ni siquiera esa pestilencia extrema pudo borrarle la sonrisa.

Iba decidido a encontrarse con su alma gemela, ahíto de esperanza.

El águila blanca volaba sola, planeaba en círculos por los corredores y llevaba horas buscando a su pareja.

Raúl había pasado por las termas y por las ruinas del anfiteatro. Se había metido en todos los cubiles oscuros y molestado a cada pareja y trío que veía en los forniches, sobre todo a aquellos que se habían quitado las máscaras para besarse.

No le importaba que le reconociesen, ni que viesen su desesperación, utilizaba su voz de alfa y les interrogaba a fondo, preguntándoles si habían visto otra máscara igual que la suya, sin conseguir encontrar ni siquiera un águila de otra especie.

Una mujer con una máscara de delfín le encaminó hacia el lupanar de las cascadas. Ella volvía de allí, ebria y satisfecha. No estaba segura de haberse cruzado con águilas, pero le habló de una reunión de aves que amerizaban entre los chorros de aguas termales y amarizaban unos con otros.

La laguna del lupanar era el punto álgido de los encuentros fugaces. Tenía tres accesos de entrada y uno solo de salida.

Primero había que ascender por una galería poblada por diminutos agujeros, eran pequeños miradores que daban a la laguna central del lupanar y desde ellos la laguna parecía el ojo de un *mannaro* gigantesco, con un iris de sombras y una pupila de fuego.

La gran caverna era circular y estaba dividida en cuatro estancos diferentes por formaciones de estalagmitas. En el centro, la piedra que se elevaba sobre el nivel del agua tenía un agujero en el medio, iluminado por pequeños quinqués. Había que saltar dentro del agujero para salir y desde allí se caía en otra balsa de agua, en un nuevo laberinto. No había forma de subir a la laguna desde la salida, la única manera de acceder era subiendo por la galería de los miradores.

Desde aquel corredor, muchos de los frondeses se contentaban con observar el placer de los demás y aliviar su deseo con sus propias manos. Otros se atrevían a subir hasta el final de la galería, alcanzaban la sala de los toboganes y se dejaban caer por ellos hasta los estancos de la laguna.

Raúl Montenegro ascendió deprisa, sin apenas detenerse a mirar lo que le esperaba abajo. Antes de poner un pie en el último tramo, el alfa distinguió en el suelo las capas abandonadas. Habría una veintena, puede que más.

Se quitó su capa y la dejó colgando de una roca saliente. Completamente desnudo y escondido tras la máscara del águila, Raúl alcanzó la sala de los toboganes, descendió los tres escalones y se mojó hasta las rodillas en la balsa de agua caliente.

Tenía que tomar una decisión difícil: en los muros había cuatro bocas de oscuridad, cuatro toboganes que terminaban en compartimentos diferentes.

Raúl debía optar por una de las aberturas. Las cuatro estaban marcadas con

grabados e iluminadas por quinqués modernos, que habían sustituido a las antorchas de siglos pasados.

El agua lloraba riachuelos por las paredes de piedra y llenaba el cubículo de susurros burbujeantes. La corriente se perdía por la boca de los toboganes y el alfa estaba en el centro de la sala, abierto a las posibilidades.

A su espalda quedaba el tubo destinado a aquellos hombres que buscaban placer en otros hombres. Su grabado mostraba un efebo solitario.

Frente a él estaba el tobogán de las mujeres que buscaban un encuentro femenino, marcado por el dibujo de una joven de pechos generosos y caderas anchas.

En el tobogán de su izquierda aparecían ambas figuras abrazadas y el de su derecha estaba marcado por un ser hermafrodita, que simbolizaba la bisexualidad.

Raúl dudó bastante antes de deslizarse por ese último túnel. Decidió buscar primero en el compartimento bisexual y desde allí pasaría al resto, si no encontraba a su pareja antes.

Se sentó en la base del tobogán. Sus manos se aferraron a las rocas del borde y evitó que la corriente le arrastrase. El agua salía de la balsa a cuarenta y dos grados centígrados, no era su temperatura ideal.

Antes de dejarse caer, el alfa tuvo una nueva duda: si seguiría o no las reglas del juego. Raúl no llevaba bien las imposiciones, ni le gustaba dejarse mandar.

Las reglas del lupanar eran sencillas: si un cuerpo caía al agua y los que esperaban abajo le cogían antes de que el nuevo pudiese alcanzar la plataforma de las antorchas, el recién llegado debía yacer con sus captores y satisfacer sus deseos como un siervo devoto. Después sería libre de abandonar el lupanar o podría quedarse allí, esperando para cobrarse su propia pieza.

—¿Vas a bajar o qué? —le sorprendió una voz a su espalda.

El águila giró su cabeza blanca y se enfrentó a un grajo añil de pico de obsidiana. Las pupilas del grajo reflectaron una luz anaranjada, llena de deseo y anticipación, pero pronto se apagaron en un guiño receloso.

El grajo dio un paso atrás, reconociendo al alfa.

—Tú primero —le ordenó Raúl. Uno de sus brazos soltó las rocas y dejó

espacio suficiente para que pasase el grajo.

El *mannaro* murmuró una disculpa, obedeció y se deslizó por el túnel.

Raúl Montenegro sonrió con malicia y se dispuso a dejarse caer. La llegada del grajo le daría cierta ventaja, le atraparían a él primero y Raúl tendría tiempo de mesmerizar a cualquiera que intentase tocarle, a no ser que fuese un águila de cabeza blanca.

Estaba a punto de seguir al grajo cuando una sombra cruzó la caverna y le paralizó.

Era una sombra de mujer, pero no tenía cuerpo.

«Uno trae lamento», le susurró la Suma Sacerdotisa y desapareció en un parpadeo, tal y como se le había aparecido.

A pesar del calor de la laguna, toda la piel del alfa se congeló trémula bajo aquella premonición.

La Magna Umbra había usado las palabras justas, Raúl Montenegro no necesitaba más, conocía aquella canción de cuna porque era la que siempre le cantaba su madre para dormirle de pequeño.

La nana hablaba sobre la magia de los cuervos y lo que significaba cruzarse con una bandada.

Raúl sabía que el destino se entretrejía con señales y confiaba en que uno podía distinguirlas, si aprendía a contar cuervos. Era mucho más útil que contar ovejas o eso era lo que le decía siempre su madre.

«Uno trae dolor. Dos, alegría. Tres, un casamiento. Cuatro, un nacimiento. Cinco, el cielo. Seis, el infierno. Siete, a Lucifer. Ocho conceden un deseo. Nueve, un beso. Y diez, un pájaro que no querrías perder».

El águila de cabeza blanca se deslizó por el tobogán y salió por la rampa final con los pies por delante, cayendo erguido en la laguna del lupanar.

El agua le llegaba a la cintura, pero podía correr realmente rápido. Sus ojos de *mannaro* reflejaron el pequeño círculo de fuego del centro de la laguna y fue más que suficiente para que identificase, en unos segundos, todas las figuras que se movían a su alrededor y las que permanecían inmóviles.

—¡Una boca nueva! —exclamó jubilosa una urraca violácea, echándole los brazos.

«Cierra el pico» le ordenó Raúl, dobló su mente y congeló aquellas

piernas nerviosas que temblaban como anguilas en celo.

El alfa se movió de prisa e intimidó a todo el comité de bienvenida. Enseguida se alzó de pie sobre las rocas del centro de la cueva.

Su vista dominaba los cuatro estancos y lo que encontraba era fiel a la tradición de las bacanales romanas.

Se fijó mejor en la urraca que se le había acercado y la vio regresar junto a su presa, el grajo que acababan de atrapar. La urraca le estaba dando unos azotes en las nalgas para desquitarse y Raúl sintió un latigazo de deseo en las entrañas al distinguir la escena.

Los *mannaro* eran seres fogosos por naturaleza y no necesitaban demasiados estímulos para despertar su libido. Un vistazo fue suficiente para endurecer su miembro y que este luchara por unirse a la fiesta de las aves. En ella se habían reunido cuatro córvidos, estaban pegados a un lateral de la cueva y el agua apenas les llegaba las caderas.

Raúl reconoció enseguida al grajo del tobogán, aunque estuviese de espaldas. Le fue fácil porque el hombre se había deslizado la máscara hacia la nuca. La urraca ya no le azotaba y disfrutaba de sus manos, que le acariciaban la entrepierna. El grajo no podía hacer mucho más por ella, tenía los labios sobre los labios menores de una corneja azulada y esta le cogía del cabello y le empujaba contra su sexo.

Un cornejo esperaba de pie junto al trío. Sus pupilas brillaron fieras bajo el antifaz, fijas en el placer que su mujer recibía.

—Más despacio —le instaba el cornejo al grajo—. Lame despacio y ni sueños con metérsela. Lo único que va a entrar ahí dentro es tu lengua.

La corneja se había sentado sobre una roca que sobresalía del agua como un trono. Sus piernas colgaban sobre los hombros del siervo y con los talones le golpeaba en la espalda para marcarle el ritmo.

—Tienes una mano libre, grajo. Úsala —ordenó el cornejo y acompañó sus palabras con una orden telepática. La zurda del grajo voló hacia el glande del cornejo, cubriéndolo con los dedos igual que cogería un pájaro: no tan fuerte como para matarlo, lo suficiente como para no dejarlo escapar.

«Cuatro traen un nacimiento», recordó Raúl.

Quizá aquella pareja de cornejos intentasen concebir esa misma noche, después de la fiesta, pero eso ni le importaba, ni tenía nada que ver con él. La

profecía debía referirse a otra cosa, tenía que haber más córvidos en la laguna y el alfa pensaba contarlos a todos.

Empezó a moverse por los estancos, vadeando las orgías y repeliendo con su poder a cuantos se atrevían a mirarle siquiera. La mayoría habían tomado rocas similares al trono de la corneja, aunque algunas piedras salientes parecían divanes y otras potros, había incluso horquillas gigantescas.

Las formaciones no eran naturales, estaban diseminadas por todas partes y habían sido creadas y dispuestas por la mano del hombre, aunque el tiempo las había alfombrado de musgo luminiscente gracias a la magia y a la madre naturaleza.

Aquel musgo crecía por los muros y suelos de todas las cuevas de Fronda, dotaba los corredores más oscuros de un halo verde-amarillento y por su fulgor se le apodaba «oro de duende». A pesar de que en el resto de la península ibérica estaba al borde de la extinción, en Fronda crecía salvaje, libre y prolífico, como los *mannaro*.

Un nuevo chapoteo reclamó la atención de Raúl y observó cómo un córvido cascanueces y dos cuervos comunes realizaban su propia versión del lago de los cisnes. Saltaban de boca en boca, cruzaban manos, piernas y gemidos, cambiaban de posición continuamente y todo bajo las órdenes de una grajilla grisácea.

«Ocho conceden un deseo» se alentó el alfa. «Hécate, por favor, deja que encuentre mi mitad esta noche».

Su plegaria le alentó durante un par de horas más. Estuvo recorriendo la laguna del lupanar en busca de su águila americana, sin que le molestasen y sin encontrarla.

Tampoco se topó con más córvidos y, aunque pasó gran parte del tiempo vigilando los toboganes, finalmente, decidió marcharse y seguir buscando en otra parte.

Su destino era encontrar a su *anima gemella*, confiaba en la Suma Sacerdotisa y se convenció de que no importaba dónde fuese a continuación, de seguro encontraría a su amor esa noche.

El alfa volvió a subir por la galería en busca de su capa y la recogió de la misma percha natural en la que la había dejado, aunque le parecía que pesaba más que antes, como sus propios pasos.

Había subido muy rápido la primera vez y, en ese momento, comprendió que el dicho era cierto: había subido una colina y descendería una montaña.

A cada par de pasos que daba, se detenía a vigilar los miradores, ansiando divisar a su águila o algún otro cuervo.

A medio camino del descenso, Raúl escuchó un latido solitario en un corredor y se dejó llevar por su eco hasta tropezar con una muchacha de pelo corto y oscuro.

Estaba desnuda y sola, sentada junto a una masacre de colillas y una pila de ánforas de vino especiado.

—¿Tienes un cigarro? —preguntó la chica. Su aliento olía agridulce y en sus ojos verdes pugnaban las lágrimas de la derrota contra el brillo de la esperanza.

No llevaba máscara y a Raúl se le aceleró el corazón mientras buscaba el resplandor del estaño entre las sombras.

—¿Cuántos has fumado ya? —inquirió, en verdad preocupado.

—Todos estos —le contestó ella y apuntó hacia el montón de colillas con un movimiento de cabeza.

—¿Y quieres más? ¿Quieres que te dé un broncoespasmo?

—Si es algún tipo de tabaco negro muy bueno, vale. Dámelo —repuso la chica con un guiño, robándole una sonrisa.

El alfa se sentó a su lado. Quería inspeccionarla de cerca.

Ella cogió una de las ánforas y bebió. El vino cayó por su garganta y le resbalaron hilos rojos por la barbilla.

—¿Quiere un poco, señor águila?

—Un poco —aceptó el alfa. Con el dedo índice, le limpió los restos de vino, acariciándola las comisuras de los labios y después se lamió los dedos —. Suficiente, gracias.

Raúl se acercó a sus pupilas y le mostró el brillo del lobo hambriento en las suyas.

La muchacha cerró los ojos y susurró:

—Creí que tendría que esperar toda la noche...

—¿Esperar a qué? —preguntó Raúl, susurrante. El corazón le embotaba los oídos y mil preguntas le quemaban la garganta. Pudo leer en aquella mente humana que era su primera Lupercalia, que tenía diecisiete años y era

virgen.

Ella tenía miedo de los *mannaro* y, al mismo tiempo, le aterrizzaba que la rechazasen. Solo le había pedido a Hécate un beso que pudiera recordar siempre.

El alfa comprendió que ella no era a quien él buscaba, pero se lo preguntó:
—¿Qué eres? ¿Cuál es tu animal?

La muchacha abrió los ojos, se vio reflejada en la mirada encendida del Montenegro y supo que no podría mentirle. Estaba dispuesta a contarle hasta el último detalle de su vida.

—Me ha tocado un azulejo. Se supone que los pájaros azules traen buena suerte, pero a mí no. He perdido a mis amigas, me he perdido y he perdido hasta la máscara, creo que cerca del anfiteatro.

—No importa —le tranquilizó Raúl—, las sombras la encontrarán y la llevarán a la fragua por ti.

—Pero sin la máscara yo no podré salir de aquí.

Por un momento, Raúl había olvidado que ella no era una *mannaro*. Los humanos no podían cambiar de forma para traspasar los umbrales de los túneles de acceso. Había hechizos que protegían las cuevas y estos no permitían que pasasen ni caras, ni sombras humanas. Era una de las razones por las que las Lupercalias se celebraban con mascaradas y capas que disimulasen la forma de las sombras. Eran las únicas ocasiones en las que los humanos podían acceder al submundo de Fronda y celebrar con la manada sus ritos de unión y fertilidad.

—Toma mi máscara. —Raúl se quitó la cabeza del águila y se la puso a la chica en las manos—. Ahora podrás salir cuando quieras.

Ella se quedó sin habla y enrojeció hasta las orejas. Estaba delante del alfa de la manada de Fronda, desnuda y borracha. No había posibilidad de cobrarse el beso con aquel hombre de ensueño. Además, le había dicho un montón de tonterías, tantas que ya no se sentía capaz de volver a hablar en su vida.

El alfa frunció el ceño, atravesado por un pensamiento.

—¿Sabes que aunque los azulejos sean de un azul claro, muy intenso, también son cuervos? —Ella le miró sorprendida y él siguió hablando—: Son de la misma familia. Pueden ser pájaros de mal agüero o traer buena suerte,

depende de cuántos te encuentres. ¿Sabes cuántos he contado yo esta noche?

La chica negó con la cabeza, como si él esperase en verdad que ella lo acertase. Estaba tan agitada que no era capaz de pensar con claridad.

Su nerviosismo empeoró cuando el alfa se le acercó para decirle al oído:

—He contado ocho y contigo, nueve. Nueve cuervos traen un beso, si aún lo quieres. ¿Lo quieres?

La muchacha asintió y él mantuvo sus labios rozando su oreja, esperando a que ella le diese voz a su voluntad.

—Lo quiero —murmuró.

—Tendrás que cogerlo al vuelapluma —dijo el alfa y se quedó inmóvil, aún respirando contra el oído de la joven, despertando con la caricia de su aliento nuevas sensaciones.

Ella giró la cabeza lentamente y sus labios se encontraron. El beso fue largo y pausado, agridulce como el vino especiado, como el anhelo del primer amor y la esperanza de que sea eterno.

—Gracias —le dijo la chica, todavía respirando su aroma.

El alfa se retiró con una sonrisa y se transformó en un lobo negro de ojos amarillos. El calor de la transformación convirtió su capa en una explosión de plumas negras y cenizas de piel.

El lobo desapareció al final del corredor, al trote, feliz, guardando el canto del pájaro azul dentro de la jaula de huesos de su pecho.

Había visto nueve cuervos y la canción decía que uno más le traería la cabeza blanca y el pico dorado del pájaro que nunca querría perder.

Su alma gemela.

El lobo negro merodeó por los túneles sintiendo el peso del amanecer sobre el pelaje. Con el sol, la Lupercalia llegaría a su fin y también el tiempo que él tenía para encontrar a su amor.

Interrogó mentalmente a todas las almas con las que se cruzaba y tan solo un par encendieron su esperanza. Vio sus expectativas de triunfo subir en el aire igual que los fuegos artificiales, pero explotaron deprisa y le cayeron encima. Era cierto que se había avistado una chica, que era un águila de cabeza blanca, pero al profundizar en sus recuerdos, el alfa descubrió que se trataba de la muchacha azulejo, vestida con su propia máscara.

Cansado de vagar, Raúl salió de las cuevas de Fronda y caminó por las calles asfaltadas de uno de los pueblos de su superficie.

El cielo empezaba a clarear en la línea arbolada del horizonte, aún reinaba la medialuna creciente entre las estrellas y en las calles huestes de farolas amarillentas.

Una sombra alada cruzó delante de una de esas farolas y la hizo parpadear a su paso. Era demasiado grande como para tratarse de un murciélago y al macho alfa se le aceleraron los latidos y los pasos.

Vio otra farola parpadear a su izquierda y cambió de rumbo, así sucesivas veces, hasta encontrarse con un cuervo vetusto que le observaba desde las ramas congeladas de una higuera.

El pájaro graznó y alzó el vuelo hacia el oeste. Tenía dos sombras, una alada y otra lobuna. No era un pájaro cualquiera y Raúl Montenegro lo siguió de cerca.

Atravesaron campos nevados y carreteras cubiertas por la sal que los humanos habían vertido esa misma noche para vencer la helada.

«Diez. Diez cuervos traen un pájaro que no querías perder» repetía el alfa para sí, exhalando vaharadas de vapor exhausto.

Se acercaban a los Barrios de Luna, bordeando la presa del río por la carretera. Las patas del lobo negro no perdían las alas de la ilusión y volaban sobre el asfalto, arrancando estelas de sal a su paso. Sus ojos estaban fijos en el cielo y su oído tan centrado en el aleteo del cuervo que no se percató del motorista que se le echaba encima hasta que fue demasiado tarde.

Se esquivaron mutuamente. La moto se encabritó igual que un caballo frente al gruñido del lobo negro, que saltó a la cuneta.

El cuerpo del motorista salió despedido y derrapó unos metros, se cruzó con un quitamiedos y perdió la pierna izquierda al encuentro del metal.

El olor de la sangre humana despejó la mente del alfa y despertó al depredador. El lobo negro caminó hacia el chico herido y su instinto se focalizó en aquella rodilla cercenada y sangrante. Después se centró en la mente del extraño.

Se llamaba Isaac Alborada y no tenía miedo a morir. Sin embargo, tenía una sobrina a su cargo y no podía dejarla sola. No dejaba de repetirse que debía sobrevivir por su Marta, por la pequeña Marta que ya había aprendido a

llamarle tío. «Tío» había sido su tercera palabra, papá y mamá ya no estaban, pero el tío se iba a quedar para que Marta no se convirtiese en una chica perdida más.

Isaac se mantenía consciente y luchaba contra el dolor, el deseo acuciante de dejarse morir y la hebilla de su cinturón, que se resistía a salir del pantalón.

Aquel humano sabía que se estaba desangrando y estaba decidido a hacerse un torniquete con la tira de cuero, como los que había visto en las películas, pero la hebilla oxidada que se negaba a abrirse era el menor de sus problemas, el mayor tenía cuatro patas, ojos de fuego y se relamía al mirarle.

Isaac Alborada creyó que deliraba cuando el lobo negro saltó sobre él y se convirtió en un hombre desnudo.

Raúl Montenegro acababa de encontrar la señal que esperaba en el casco del motorista. Era un casco de *Harley-Davidson*. Tenía la efigie del águila americana serigrafiada sobre el emblema: «*The Eagle flies alone*».

El águila vuela sola.

Sin conocer siquiera su rostro, Raúl Montenegro supo que estaba viendo morir a su *anima gemella* y aquella fue la decisión más difícil de su vida: si le mordía y el chico sobrevivía, se convertiría en un mestizo y quizá tendrían una oportunidad juntos. Si el motorista moría tras el ataque, su fantasma se quedaría a su lado. Para el alfa no existía otra opción, no se apartaría, ni le dejaría desangrarse.

Se desgarró la palma de la mano derecha con los dientes y cogió con la izquierda un puñado de sal de la carretera, echándoselo sobre la herida.

—No te muevas —le dijo a Isaac, levantando el visor del casco y marcándole la frente con la sangre y la sal.

Raúl dibujó una luna llena sobre un cuarto creciente, la Hécate de la doble conciencia. Después, retrocedió lo justo para volver a transformarse en lobo y morder aquel muslo herido y sangrante.

Isaac Alborada sintió la dentellada como el beso entregado de una boca llena de cuchillas. Creyó que la bestia le devoraría y se quedó paralizado por el horror y la estupefacción de aquella visión imposible. Era incapaz de mover un músculo, solo podía mirar cómo la bestia mordía y arañaba su carne.

El lobo negro se retiró. Su estómago reclamaba la presa, pero sabía que sería cuestión de minutos y esperó.

Si el cuerpo de aquel extraño aceptaba el cambio, la sangre se coagularía y la herida cicatrizaría, dejando un muñón palpitante y un hombre vivo. Un hombre que sería mucho más que un hombre al llegar la luna llena.

Paulatinamente, la hemorragia cesó.

Raúl Montenegro escuchó un graznido lejano, sonrió y pensó que el águila ya no volaría sola, como decía el cuervo de otro poema, nunca más.

Capítulo III

LOBOS COMO NOSOTROS

«El amor se abrirá camino incluso en senderos
en los que los lobos teman cazar».

Lord Byron



1986, domingo 16 de febrero.
Luna del lobo, medialuna creciente.

Tras el accidente, Isaac Alborada gemía semiconsciente en mitad de la carretera. Su pierna cercenada se agitaba en espasmos y la nieve a su alrededor era roja, aunque la hemorragia había cesado porque la nueva sangre que bombeaba su corazón era capaz de reparar todos los tejidos dañados, fortaleciéndolos.

El lobo negro se transformó en hombre y el asfalto congelado humeó bajo los pies descalzos de Raúl Montenegro; este se arrodilló junto al motorista, le ordenó mentalmente que se durmiera y, a pesar del dolor lacerante, Isaac cayó en un sueño profundo.

A pesar de que estaba deseando quitarle el casco a aquel hombre, Raúl era consciente de que si había alguna herida interna, sería mejor esperar a que cicatrizase. Cogió al moribundo en brazos, conjuró un manto de tinieblas que les cubriese a ambos y saltó fuera de la carretera, dejando tras de sí pisadas escarlatas en la nieve del páramo. La escarcha fue limpiando sus pies de la sangre del accidente a medida que se acercaban a la entrada de la cueva más cercana, la del Sabinar de Mirantes. El sol despuntaba en las peñas que bordeaban el embalse del Río Luna, la luz amenazaba con descubrirles a los ojos de los humanos y debían apresurarse.

Cuando estaban a punto de alcanzar la espesura de las sabinas, la temperatura del cuerpo de Isaac se disparó por encima de los sesenta grados y Raúl hubo de liberarlo de la ropa, haciéndola jirones con sus manos.

El mero roce de la tela era un tormento para Isaac y una vez libre de ropa, se relajó. Sin embargo, para el alfa el contacto de la piel del desconocido abrió las puertas del infierno. Toda su piel se encendió como si estuviese bajo el plenilunio. De buena gana hubiese tumbado a Isaac en la nieve y apagado

su libido, tomándolo a las bravas, pero su bestia no era una bestia desalmada. Jamás haría algo semejante, aunque gruñó de deseo al imaginarlo, por lo que apretó el paso.

No estaba seguro de que aquel hombre no se convertiría en lobo entre sus brazos, creía que tendría que esperar a la siguiente luna llena, pero a juzgar por el aumento de la temperatura corporal, el cambio podría ocurrir en cualquier momento y la idea le aterraba. Le sería muy difícil dominar a un mestizo en campo abierto y en estado salvaje. Puede que la Hécate de sal y sangre mantuviese la conciencia humana de Isaac, pero la primera transformación era traumática, muchos *mannaro* enloquecían por el dolor, unos pocos morían. No era fácil sobrevivir al cambio ni para un sangre pura, mucho menos lo sería para un mestizo.

Tendría que esperar a ver qué ocurría.

No había registro de otros casos similares, la ley de las manadas prohibía la creación de mestizos, era una de las normas más antiguas y respetadas. El alfa de Fronda jamás habría pensado que él mismo quebrantaría la regla de oro y nunca se había imaginado a punto de convertirse en un experto empírico en el tema.

Sabía lo poco que había necesitado saber hasta entonces, lo único que decían los códigos era que los mestizos eran criaturas viciosas y feroces, almas corruptas en cuerpos poderosos que mataban por placer sin necesidad de sentir hambre y por ello se les debía dar caza.

Forzó media sonrisa sardónica y pensó que, sin duda, ese gusto irracional por matar despiadadamente les vendría dado por su lado humano y no por el lobuno. Aunque el frenesí de la caza podía comprenderlo, los lobos atacaban a los rebaños por varios flancos y los masacraban, matando a todas las ovejas; en cambio, los osos solo se cobraban una pieza, la que devoraban y, quizá por eso, tenían mejor fama entre los ganaderos.

Él había conocido algún oso no tan considerado, sobre todo a la hora de matar demonios ferales; si podía decir que tenía un mejor amigo, ese era Laro, un *orso mannaro* cuyo placer por la caza también le venía dado por su parte humana. En su honor le había puesto Urso a su primogénito e incluso le había nombrado padrino del niño; Raúl a menudo pensaba al ver la fuerza de su hijo mayor y su fisonomía, que Laro le había dejado a su ahijado algo más que el nombre.

Pensó en lo bien que le vendría la ayuda del cántabro para sacar la moto de Isaac de la carretera y se alegró de saber exactamente dónde estaba. Laro solía hibernar en una de las propiedades de los Montenegro, una casona en los límites de Fronda. Era el único modo en que podía dormir varios días seguidos sin tener que preocuparse de que le atacasen los ferales. Habían sido amigos desde que Raúl se hizo alfa de Fronda y Laro le presentó sus respetos. Habían cazado juntos y se habían salvado la vida el uno al otro más de una vez, pero lo que pensaba pedirle el alfa no solo cubriría cualquier historia previa entre ellos, además le iba a dejar en deuda con el viejo oso de por vida.

Ponderó si sería buena idea pedirle que cuidase del mestizo, confiarle tamaño secreto podía costarles la vida a ambos, pero cuanto más se devanaba los sesos intentando solucionar el embrollo en el que se había metido de patas hasta el hocico, menos claro tenía que le quedase otra opción mejor que pedirle ayuda al oso.

Isaac gimió y el lamento que escapó de sus labios fue mitad humano, mitad canino.

Raúl tenía entendido que, durante los primeros días, los mestizos apenas se mantenían conscientes y en su letargo sufrían alucinaciones y pesadillas, algunas premonitorias, en las que no distinguían la realidad del ensueño. Como experto en el dominio del plano onírico, esperaba poder ayudar a Isaac en ese aspecto y hacerle la transición más llevadera. Se moría de ganas de entrar en su mente y ahondar en sus recuerdos, quería saberlo todo de él, no solo su nombre y lo poco que el visor del casco dejaba al descubierto de su cara.

El mestizo volvió a gemir, el alfa intentó abrir una brecha telepática entre ellos y le alcanzó un dolor inefable. La conexión duró apenas un segundo y le hizo caer de rodillas en la nieve, adolorido y exhausto, pero sus brazos no dejaron caer a Isaac. Los levantó con vigor y se puso en pie otra vez. A pocos metros había una hendidura vertical en el muro de piedra caliza de la montaña. Era una de las puertas de Fronda, casi lo habían conseguido.

Cuando entraron en la gran lobera, el corredor de la gruta del Sabinar estaba despejado. La Lupercalia había llegado a su fin, pero siempre quedaban humanos rezagados que tardaban horas en abandonar las cuevas,

bien porque estaban demasiado embriagados o porque estaban pasándolo mejor que bien y no querían decirle adiós a la fiesta, pero una vez el sol reinase en el cielo, la magia de la noche se disiparía como el humo de las antorchas a merced de una ráfaga de aire, volátil y fugaz.

Raúl se sentía igual de expuesto y débil.

Al terminar los festejos, los *mannaro* recorrerían los túneles de Fronda como de costumbre, sin necesidad de máscaras; para entonces, el manto de sombras que les protegía llamaría demasiado la atención.

El alfa no podía llevar al mestizo a su casa, tendría que ocultarlo en las cuevas y había pensado hacerlo en el fornico más recóndito de los muchos que se abrían bajo los arcos del anfiteatro.

Los fornicoes estaban excavados en las paredes de roca a modo de cubículos, los había altos y estrechos, bajos y redondos, de formas cuadradas o incluso triangulares. En unos las parejas entraban holgadas y los tríos justos, en cambio otros más anchos ofrecían un refugio perfecto para las orgías multitudinarias.

Raúl se dirigía a su favorito, el de más difícil acceso: la cueva de las maravillas. Su entrada se abría un metro horizontal a ras del suelo, para pasar era necesario arrastrarse durante unos tres minutos antes de que el túnel se agrandase lo suficiente como para permitir un descenso de rodillas durante otros cinco minutos más. Los humanos se desollaban la piel en el intento y los lobos no sufrían menos. No importaba que los *mannaro* se regenerasen rápido y sin dejar marcas, los casi diez minutos angustiosos del calvario del acceso eran suficientemente disuasorios como para mantener la cueva vacía. Muy pocos conocían el lugar y aún eran menos los que habían entrado; mas una vez dentro, merecía la pena la tortura previa.

Raúl intentó convencerse de que su locura transitoria también merecería la pena. Desplegó el manto de sombras en el suelo, tumbó a Isaac en él, se tumbó a su lado y se dejaron arrastrar dentro del fornico. Hicieron todo el trayecto sobre su particular alfombra mágica y enseguida llegaron a la cueva de las maravillas.

Tenía forma de pirámide y su cúspide estaba forrada de musgo luminiscente, iluminando la estancia tenuemente con su verdoso dorado sobrenatural.

El ambiente se mantenía húmedo y fresco porque de una de las esquinas

brotaba un manantial y buena parte del agua se recogía en una pila labrada, el resto se abría su propio camino en un bello conjunto de gours cuyas cuencas se asemejaban a los pétalos de una gigantesca flor de magnolia.

En la esquina opuesta al manantial, un colchón de lana descansaba allí desde mediados de los años sesenta. La funda de grecas estaba descolorida, pero el aspecto era confortable y las sombras depositaron en el jergón los cuerpos del alfa y el mestizo.

El lugar le traía al alfa recuerdos de antiguos amantes y de sus primeras noches de Lupercalia. Libre del manto, se puso en pie y al verse desnudo fue consciente de lo amenazadora que resultaba la erección que oscilaba entre sus piernas.

Se habría transformado en lobo en aquel mismo momento para evitar que el mestizo le viese tan excitado, en caso de que se despertase de improviso, pero necesitaba las manos para liberar a Isaac del casco, aquel casco de águila que los había unido de un modo tan extraño y de por vida.

El alfa cabeceó y las sombras obedecieron su orden silente, los zarcillos de tinieblas lamieron los restos de sangre de su piel y de igual modo asearon el cuerpo de Isaac.

El mestizo yacía de lado en el viejo colchón, la herida de la pierna izquierda había sanado por completo y no quedaba rastro de accidente, excepto por el muñón a la altura de la rodilla, tan limpio y terso que parecía de nacimiento. No había ninguna herida interna o externa, el alfa podía olerlo, aquel hombre estaba sano y había llegado el momento de verle la cara.

Azogado y ansioso por conocer el rostro de su alma gemela, Raúl cogió el casco del motorista con ambas manos, lo retiró despacio y pudo ver una mata del pelo rubio y una barba dorada que le asemejaban a un guerrero vikingo.

El mestizo era más atractivo de lo que el alfa había imaginado y no pudo contenerse, dibujó con los dedos su gloriosa mandíbula con una caricia liviana y le levantó el rostro por la barbilla, de seguro acostumbrada a enfrentarse a la vida erguida.

—Vas a ser mi perdición —le susurró, acercándose a su boca para deleitarse con el hálito templado del mestizo. Podría haber probado aquella boca, se moría por hacerlo, pero no lo haría. No así, no sin vida, no sin un deseo ajeno que respondiese a su beso.

Isaac era un hombre magnífico, le había hecho frente a la muerte sin

vacilar y Raúl le trataría con el mismo respeto que trataba a todos, esperaría a que ambos lo deseasen. No conocía el rechazo, era cuestión de tiempo.

El alfa intentaba identificar las diversas emociones que le embargaban y se sentía absurdo. No había sido exactamente amor a primera vista, como él siempre había pensado que sería el encuentro con su alma gemela; no sentía mariposas en su estómago, solo pura atracción salvaje y la picazón de una corazonada injustificable: sabía que podría pasar toda su vida esperando la bendición del beso del mestizo.

Aunque su parte humana deseaba tomarlo allí mismo, empezando por su boca entreabierta, el lobo le aullaba dentro y ansiaba reforzar su unión frente a Hécate con el beso de todos los besos, el ritual del beso de sangre. Quería marcar al mestizo y que este lo marcara a él, nada podría separarles, ni siquiera la muerte.

Se rio de aquella ocurrencia tan monógama, tan impropia de sí mismo. Jamás había querido atarse en corto, ni siquiera por la madre de sus hijos; sin embargo, el morbo de saber que aquel hombre era su mitad perfecta despertaba sus instintos más voraces, junto con un extraño sentimiento de pertenencia y lealtad.

Le embriagaba la misma locura que debió sentir Ulises al divisar Ítaca en el horizonte; miraba al mestizo y se sentía en casa. Jamás había deseado a nadie con tanta fuerza e intentó convencerse de que sería porque cada respiración de Isaac levantaba en el aire las feromonas de los cientos de *mannaro* que habían yacido en aquel colchón. Sí, quizá toda esa pasión concentrada era lo que atormentaba su olfato. El olor del sexo puro mezclado con la fragancia de aquel macho mestizo le enloquecía y se imaginó tumbándose detrás de Isaac, abrazándole por la espalda y mordiendo sus hombros para despertar su apetito sexual, preparándole con caricias íntimas para que le dejase entrar en él gentilmente. Se ocuparía primero de su propio orgasmo de un modo feroz porque no le llevaría mucho tiempo, explotaría en segundos dado el enorme grado de excitación que ya sentía. Una vez satisfecho, atendería a Isaac del modo más entregado y ferviente para llevarle también al éxtasis y poder después descansar el uno junto al otro, para dormir y despertar y poder volver a amarse.

Le costaba apartar los pensamientos lujuriosos y esa vez hubo de convertirse en lobo para bajar su libido. Se tumbó en el suelo de piedra,

gruñendo y rogando por que se calmase la hinchazón que sufrían sus testículos.

Merecía sufrir, había roto una norma inquebrantable al crear un mestizo, pero lo que nunca haría, bajo ningún concepto, sería doblegar su cuerpo. Jamás impondría su voluntad sobre la de otros a merced de su instinto sexual, ni siquiera lo hacía con los violadores. En ese caso no contaba la máxima «el que a hierro hiere, a hierro muere» porque el sexo no era un castigo ni para las almas más corruptas; el sexo en la manada era honrado como un acto de placer mutuo, siempre consensuado, siempre libre.

Raúl se repitió a sí mismo que no era una bestia desalmada, era una bestia con ángel y sería fiel a su verdadero instinto: si el mestizo dormía, no podía consentir caricia alguna y él esperaría.

Fuego y hielo. Las llamas le consumían desde dentro, pero Isaac se sentía hundido en un océano helado. Las sensaciones opuestas tiraban de su piel, tensándola como la de un tambor que sus latidos martilleaban, haciéndole desear la muerte.

Sus párpados estaban hechos de luz carmesí y mantenerlos cerrados dolía como mirar al sol; abriéndolos no se sentía mejor porque la oscuridad gélida que le rodeaba le aterrorizaba, sabía que no estaba solo, en la cerrazón algo se movía y le vigilaba, se cernía sobre él con una presencia contradictoria como sus propios sentidos enloquecidos, gentil y carcelera.

Había alguien a su lado, una sombra entre las sombras, que le acunaba. Sentía su tacto a flor de piel como una caricia fresca y dejó a un lado el miedo para aferrarse a aquella presencia protectora que mitigaba la vorágine de dolor y recuerdos imposibles.

Recordaba el accidente y momento exacto en el que había perdido la mitad de la pierna izquierda. Recordaba el chasquido de sus huesos al partirse, pero no quería creer que algo tan horrible le pudiese haber pasado de verdad y no se atrevía a palpase la rodilla para cerciorarse de que había ocurrido realmente. Aun así, sabía que era tan cierto como que había visto a un hombre convertirse en lobo, justo delante de él.

La escena de la transformación debía de ser producto de un delirio postraumático, eso le decía la lógica, pero su memoria le gritaba que la lógica

mentía. La lógica insistía en que no podían existir criaturas así en el mundo, pero su mundo era otro, uno en el que la sombra de un lobo le protegía y le vigilaba. Era una sombra real, aunque libre de cuerpo y con voluntad propia mientras él era solo un esclavo del dolor de su carne, sin voluntad alguna.

El dormitorio estaba oscuro y, en la cuna, una niña no dejaba de llorar. A su lado, una pareja de ancianos discutía sobre si debían o no llamar a los servicios sociales porque el tío de la pequeña había desaparecido.

Aquel tío era lo único que a la niña le quedaba en el mundo, ellos solo eran los vecinos que hacían de canguros esporádicos y no querían tener problemas. Acababan de decidir que alertarían a las autoridades cuando sonó el timbre de la puerta y la mujer fue a abrir.

—Buenos días, soy Isaac y vengo a por Marta.

La mujer abrió sin comprobarlo, debió haber mirado por la mirilla antes, debió haber pedido que le enseñase la patita por el hueco del vano, como en el cuento del lobo y los cabritillos, pero no lo hizo; tampoco fue capaz de gritar cuando Isaac entró desnudo y con los ojos llameantes como dos ascuas del infierno.

La mujer quiso pedir socorro a gritos, pero solo pudo silbar débilmente hasta desangrarse por la boca roja que las garras de Isaac le abrieron en la garganta.

El anciano fue incluso más fácil de matar, estaba de espaldas y agachado sobre la cuna cuando Isaac le clavó sus desmesurados colmillos e hizo caer su cabeza rala junto al bebé.

El mestizo se miró en los enormes ojos azules de la pequeña y sonrió de oreja a oreja, literalmente. Su boca se convirtió en una gruta oscura y de la gruta salió el lobo negro para comerse a la niña.

—Nada de esto es real —le dijo una voz serena—. Es una alucinación.

Isaac despertó con la sensación de haber masticado los tendones y la carne trémula de su sobrina. Intentó vomitar, pero tenía el estómago vacío. No podía fijar la vista, todo daba vueltas y se sentía embriagado por sus propios sentidos, demasiado intensos.

La luz dorada del techo de la cueva fundía los colores a su alrededor de un modo psicodélico. Sufría una sinestesia aguda, el murmullo de una cascada

próxima era una explosión de color en sus ojos y también percibía como un halo de destellos el olor que desprendía un cuerpo a su lado. Era un olor masculino que despertaba su libido a pesar del miedo, pero no podía detenerse a disfrutarlo. Su sobrina le necesitaba.

—Tengo que salvar a Marta —logró decir antes de perder el sentido de nuevo.

El plenilunio entre brumas erizaba el pelo de su nuca. Isaac no podía ver la luna, pero saberla en el cielo le hacía sentir poderoso como nunca. Ella le llamaba y él respondía a ese reclamo saliendo a su encuentro entre aullidos de júbilo.

Recorrió a cuatro patas cientos de túneles de piedra iluminados con antorchas, sin encontrar la salida de las cuevas. Le parecía llevar horas corriendo, le ardía la piel y tenía la garganta seca, por lo que al llegar a un cruce de cuatro caminos y toparse con una fuente, no dudó en saltar dentro de ella para apagar su sed y la quemazón de su cuerpo.

Era una fuente redonda e imponente, labrada con motivos clásicos de la Roma Imperial. Él apenas reparó en sus florituras y bebió a grandes tragos, sin llegar a saciarse. Se llenaba el estómago y notaba el frescor en su lengua, pero no apagaba su sed.

Vio en el agua sus ojos ambarinos y supo que ya no era un hombre. El único reflejo humano que devolvía la fuente era el de la estatua que había en el centro: un efebo con un pie en la base de piedra y el resto de su cuerpo entre las garras de una majestuosa águila.

El águila era idéntica a la que Isaac llevaba serigrafiada en el casco y con su recuerdo llegó el de la bestia, igual al del reflejo del agua. Isaac se había convertido en un enorme y regio lobo negro, exacto al que le había atacado en la carretera.

Se miró las patas traseras, tenía dos y sabía que la izquierda le pertenecía únicamente al lobo, al irse la luna se la llevaría con él. Aulló de desesperación y su lamento retumbó por toda la cueva.

—¿Te has perdido, lobato? —preguntó cínica una voz, desde uno de los túneles del cruce.

Isaac salió de la fuente, rápido como el ataque de una serpiente. Quería

gritarle a la sombra que saliese a la luz, pero sus cuerdas vocales solo emitían aullidos. La angustia calentó su piel y el agua se evaporó de su pelaje con un siseo. En unos segundos, el lobo negro se convirtió en hombre.

Isaac volvía a sentir su garganta desollada y sedienta, afónica.

—No hace falta que hables, no te esfuerces. Ya sé lo que quieres y ahora no te lo puedo dar —repuso la sombra—. Podrías beberte todo el agua del mundo y seguirías tan sediento como Tántalo.

Isaac recordó el mito, Tántalo había sido condenado a colgar eternamente de un árbol del averno, sobre las aguas de un río que no alcanzaba a beber. Sus manos no alcanzaban las ramas, por lo que veía pudrirse la fruta que no podía comer y ese era su castigo. Pensó que quizá eso era también lo que le ocurría a él, que había muerto y estaba en el infierno, aunque se sentía muy vivo.

—No has muerto, estás soñando —confirmó la sombra—. Los sueños no saciarán tu sed, pero yo sí puedo hacerlo, solo tienes que despertar. Hazlo ya. Hazlo, AHORA.

La luz dañó los ojos de Isaac como si un anzuelo se hubiese clavado en sus párpados y estuviese tirando de ellos hacia la consciencia. Abrió los ojos, el filo del anzuelo tiró de sus pupilas y sacó al mestizo de las profundidades para caer frente al alfa.

Lo primero que el mestizo vio al despertar fue una hermosa mirada verde, taciturna, sobre una copa de oro. No tardó en sentir el frío borde de la copa en sus labios y bebió a largos tragos.

Raúl no había renunciado a causarle una buena impresión y se había vestido como un modelo de venta por catálogo, con un elegante pantalón de pana gris y un moderno jersey añil. El afeitado era apurado y perfecto, le había llevado su tiempo y también había tardado unos veinte minutos más en peinarse para parecer despeinado del modo adecuado, los mechones justos enmarcaban sus ojos de jade, brillantes por la emoción del encuentro.

Su perfecta imagen urbanita contrastaba con la salvaje del mestizo. La suave barba dorada de los días previos se había tornado hirsuta y su mirada azul destellaba desconfianza y ferocidad. El resto de su cuerpo lo tapaba una colcha de seda roja, que el alfa había quitado de su propia cama.

—Espera, bebe despacio —susurró Raúl y le retiró la copa.

—Más —barbotó Isaac y sujetó la copa con ambas manos, volcándola sobre sí con ansia. Una buena parte resbaló por su pecho y lo agradeció, aún sentía la piel febril.

El alfa recuperó la copa y la rellenó con una jarra, también de oro; Isaac bebió hasta quedar ahíto y, limpiándose los labios húmedos con el dorso de la mano, masculló:

—¿Dónde estoy?

—Estás a salvo —resolvió el alfa— y no tienes que preocuparte de nada más. Hace dos días tuviste un accidente de moto, podrías haber muerto, pero yo te salvé. ¿Lo recuerdas?

—Tú. —Isaac no dijo que recordase el accidente, no quería pensar en ello—. Te recuerdo... y había un lobo.

No le dijo la verdad, que sabía que él era el lobo que se había convertido en un hombre delante de sus ojos. Omitió esa parte, no porque dudase de lo que había visto, no lo dijo porque sabía que era cierto y le atemorizaba la criatura que tenía delante. Pensó que sería mejor fingir que lo había olvidado todo e intentó convencerse de que había sido una alucinación. Sin embargo, aquello no entraba en los planes del alfa.

—Era yo —aclaró Raúl, muy directo—, el lobo y el hombre.

Isaac lo miró perplejo y empezó a farfullar mirando a su alrededor:

—¿Eso es imposible! ¿Dónde estoy? ¿Por qué no estoy en un hospital? ¿Esto es una cueva? ¿Qué hago aquí?

El alfa tenía preparada una respuesta para cada pregunta. Llevaba tres días ponderando lo que diría, no había podido estar a su lado físicamente todo el tiempo, pero había sido su sombra literalmente para asegurarse de estar allí cuando el mestizo pudiese despertar.

Había tenido tiempo de sobra para elegir sus palabras y, sin embargo, al alfa le costaba empezar a explicar lo ocurrido y permanecía en silencio.

Isaac despejó su mente, dejó de ametrallarle con preguntas y se decantó por despejar una sola incógnita, la que más le escocía en su conciencia. Se quedó callado unos segundos y cuando habló lo hizo con desdén y terror, a partes iguales.

—¿Qué eres?

El alfa había imaginado muchas respuestas, pero la que usó finalmente fue

fruto de la improvisación y del susurro de una musa perversa.

—Soy tu alma gemela —repuso sarcástico y, ante la mirada catatónica del mestizo, agregó con una risotada—: Y soy un hombre y un lobo y también tengo mucho de ángel. Ya de paso soy tu ángel de la guarda, porque te he salvado la vida. ¿No me vas a dar las gracias?

Isaac estaba perplejo. Nada tenía sentido, se llevó las manos al muslo izquierdo, comprobando que su pierna terminaba al llegar a la rodilla. Sintió ganas de llorar y se las tragó con una fuerza de voluntad acérrima. No podía malgastar sus fuerzas.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —logró preguntar, asombrado por la avanzada recuperación de su piel, sin heridas ni costra alguna, ni siquiera le dolía.

—Ya te lo he dicho, el accidente fue hace un par de días.

—¡Nadie se recupera así en dos días! —bramó el mestizo y retiró la colcha para mostrar lo que quedaba de su pierna izquierda.

Raúl asintió, manteniendo la serenidad.

—Ahora tú también eres un lobo. Eres casi como yo y casi inmortal. Acostúmbrate. Nunca volverás a tener cicatrices y apenas envejecerás. De hecho, es posible que vivas para ver al cometa Halley dos veces.

El cometa había salido en los noticieros de todo el mundo, visitaría la tierra el veinticinco de febrero y, según los astrónomos, tardaría otros setenta y siete años en repetir la visita. Los medios habían hablado del fenómeno hasta la extenuación.

Isaac no parecía saber de qué le estaba hablando, estaba en shock y Raúl continuó en tono afable, intentando suavizar con su peculiar humor aquel horrible momento:

—Lo siento, pero lo de la pierna no tenía salvación y tu moto tampoco ha sobrevivido. Un buen amigo se la ha llevado a su taller y ya veremos si puede hacer algo por ella. ¿Fumas?

El alfa le tendió un pitillo e Isaac lo rechazó.

—Hace tres meses que no fumo.

—¿Ah, sí? —Raúl encendió el cigarrillo y se deleitó al expulsar el humo—. Pues supongo que te gustará saber que puedes volver a fumar cuando quieras. Ya te lo he dicho, eres casi inmortal. Nunca tendrás cáncer, ni te

dolerá el pecho por muchos cigarrillos que consumas. Nunca volverás a estar enfermo y esa es la buena noticia.

Isaac apenas lograba articular palabras y le llevó un gran esfuerzo preguntar:

—¿Cuál es la mala noticia?

Raúl sonrió, el temple de Isaac le resultaba arrebatador.

—La mala noticia es que he dicho «casi» porque no eres inmortal y yo tampoco lo soy, solo que, en mi caso, como soy un purasangre, tengo una serie de ventajas adicionales que tú nunca tendrás... porque eres un mestizo. Por ejemplo, para convertirte en lobo tendrás que esperar a la luna llena, pero yo puedo cambiar en cualquier momento, incluso ahora mismo.

Isaac lo tomó como una amenaza y se echó hacia atrás en el jergón hasta que su espalda tocó la húmeda pared de la cueva. Sus ojos no dejaban de buscar una salida, pero por mucho que pivotaban de esquina en esquina, no tardaban en chocar con la mirada magnética del alfa. Era como si todo el cuarto orbitase a su alrededor, él mismo tampoco podía evitarlo. Nunca se había sentido tan fascinado, ni aterrado por nadie.

—Me tienes asombrado —confesó Raúl—. Creí que gritarías pidiendo socorro.

—¿Serviría de algo? —contrarrestó Isaac.

—No.

El mestizo se tapó con la colcha hasta la cintura, como si pudiese protegerle, y del mismo modo escondió el miedo que sentía.

—Ya me lo imaginaba. Si alguien pudiese oírme, me habrías amordazado. Y si fuese fácil salir de aquí, estaría atado, así que no pienso perder fuerzas desgañitándome para nada.

—No eres mi rehén —terció el alfa, molesto, enarcando una ceja y encumbrando media sonrisa descarada—. No voy a atarte ni a amordazarte, a no ser que me lo pidas. ¿Eres de los que le van esos rollos? —El mestizo no contestó, Raúl se rio y boqueó unos aros de humo en el aire—. Mira, lo de atarte a lo mejor me toca hacerlo porque lo creas o no, ahora eres un mestizo y la luna llena hará que te transformes en lobo. Sufrirás un dolor inimaginable y si yo no te ayudo, atacarás a la gente, ¿lo entiendes?

—Estás loco —se defendió Isaac, escupiéndole las palabras.

—En realidad, el lunático eres tú —replicó Raúl—. Verás, yo no estoy enfermo, lo mío es de nacimiento, soy un purasangre, pero tú no y tu nueva condición podría decirse que se parece a un virus —decidió, asqueado por la analogía que se había visto obligado a usar—. Piensa en ello como en el virus de la rabia, te lo pasé cuando te mordí. Podrías haber muerto por la infección, pero sobreviviste y te hiciste más fuerte, mucho más fuerte. Todo tu cuerpo cambió y ahora eres casi como yo. ¿Es que no conoces la leyenda? ¿No has visto una película de hombres lobo en tu vida?

Isaac arqueó las cejas maravillado por una idea absurda que hizo temblar su voz con ilusión.

—¿Es eso, una película? ¿Estoy en una cámara oculta? —El mestizo dejó escapar una risa nerviosa—. Ya lo entiendo, estoy en una de esas películas de Manuel Summers.

—No.

Isaac volvió a mirar alrededor buscando las cámaras.

—¿Estoy en *Objetivo Indiscreto*?

Raúl apagó el cigarrillo, hastiado.

—Lo siento, pero no. No va a aparecer Doña Croqueta, esto no es una inocentada.

Isaac no perdió más tiempo buscando las cámaras por los rincones de la caverna. Sabía que, por imposible que pareciese, todo era verdad. Los sueños que había tenido lo confirmaban, en ellos había sido un lobo negro y fuerte, tan poderoso que al despertar aún lo sentía revolverse bajo su piel. Aquello no era una broma y pensó que si en algún momento salía en la televisión, sería como invitado estelar en el programa esotérico de Jiménez del Oso o como extra de una de las películas de licántropos de Paul Naschy.

La realidad le resultaba tan absurda que le dio la risa floja, una risa baja e histérica. Intentó rememorar lo poco que conocía de los hombres lobo: eran alérgicos a la plata, cambiaban de forma con la luna y no estaba seguro de si el ajo les molestaba o eso era solo a los vampiros.

A Isaac era un enamorado del Séptimo Arte, sobre todo de la época del neorrealismo italiano. Pier Paolo Pasolini era su amor platónico, había llorado al conocer la noticia de su brutal muerte, apaleado y atropellado hasta quedar desfigurado; unos decían que por su homosexualidad confesa, otros

apuntaban a que se había enfrentado a algunos mafiosos sicilianos. Isaac había conseguido hacerse con todas sus películas, eran las únicas que tenía en su casa, junto con un par de Fellini. No veía otro tipo de cine, la vertiente fantástica y de terror no llamaban su atención. La única película que había visto de Paul Naschy haciendo de hombre lobo era un musical infantil, *Buenas noches, señor monstruo*. Se vio obligado a verla con los menores de la casa de acogida en la que trabajaba.

También recordó otra comedia, en este caso para adultos, *El liguero mágico* de Mariano Ozores, en la que salía un licántropo homosexual, muy amanerado, que mordía y transformaba al protagonista. Lo recordaba porque había pasado un mal rato cuando sus amigos empezaron a bromear con la idea de que Andrés Pajares no solo se convirtiese en hombre lobo, si no en «homolobo». A Isaac la ocurrencia no le hizo ninguna gracia, nadie sabía que a él le gustaban los hombres, ni siquiera se lo había reconocido aún a sí mismo, pero no soportaba que se insinuase que ser homosexual pudiese ser contagioso, ni siquiera en broma. No quería pensar en ello como en una enfermedad. No se sentía enfermo, solo distinto.

Evitando recuerdos más amargos, le vino a la cabeza la Nochevieja de 1983, cuando se estrenó en España el video *Thriller* de Michael Jackson. Después de verlo, Isaac y sus amigos habían alquilado la película *Un hombre lobo americano en Londres*, para ver la famosa escena de la transformación que había motivado el videoclip.

Recordó el momento en el que el protagonista se arrancaba la ropa gritando que se quemaba por dentro y un escalofrío recorrió su espalda. Intentó olvidarlo, pero le golpeó la imagen de la mano deformándose, ensanchando su palma hasta convertirse en una pata de lobo.

Isaac observó sus propias manos con horror. Le parecieron normales, tenía las uñas pulcras, sin cambios aparentes.

—Si te estás buscando la marca de la estrella de cinco puntas —aventuró Raúl, malinterpretando el gesto—, las películas no siempre aciertan. No somos tan fáciles de identificar. Los humanos han cogido a locos que creían ser lobos, pero a ningún *mannaro*. Es como lo de la Inquisición: existen las brujas, pero los humanos no han quemado a ninguna que lo fuese de verdad... Entiendo que es mucha información para ti, demasiada para tragarla de un solo bocado. Tendrás que aceptar poco a poco que el mundo es mucho más

de lo que percibían tus ojos humanos.

—Tengo que aceptar que soy un hombre

lobo —dijo Isaac para escucharlo en voz alta y siguió sin poder creerlo del todo. Por muy distinto que sintiese su cuerpo, aquello seguía pareciendo una locura.

—TRANQUILO —le ordenó el alfa y el mestizo sintió la orden como un chute de ansiolíticos directos en vena—. Bien, empecemos por ahí —concretó Raúl—, no digas hombre lobo, no usamos esa palabra *per se*. Somos *mannaro*. —Raúl sacó un *tupper*, que tenía escondido en su espalda y al abrirlo el delicioso aroma de unas chuletas de cordero casi crudas hicieron que Isaac comenzase a salivar y perdiese la cadena de sus pensamientos. El alfa le lanzó el *tupper* al regazo junto con una petición implícita—. Te he salvado la vida, te he dado más poder del que nunca soñaste tener y sigo esperando que me des las gracias.

Isaac aunó todas sus fuerzas para rechazar la carne.

—Gracias, pero no tengo hambre —masculló. Su estómago se encargó de desvirtuar sus palabras con un sonido visceral de tripas.

Raúl sonrió, ladino.

—¿Gracias por darte de comer o por salvarte la vida? —recalcó.

—Gracias por la comida —contestó Isaac y no se contuvo por más tiempo. Dentro del *tupper* había cubiertos, pero los apartó; cogió un pedazo de carne con las manos, lo desgarró con los dientes y lo tragó sin masticar. Después, miró al alfa a los ojos y fue muy claro—: No voy a agradecerte que me salves la vida porque aún no sé qué tienes pensado hacer conmigo.

—Todavía me lo estoy pensando. Primero tengo que estar seguro de que confías en mí, pero no te crees una palabra de lo que te he dicho, ¿verdad?

—Me creo eso de que los de la Inquisición nunca atrapasen a un hombre lobo ni quemado a una bruja de verdad —dijo Isaac, atacando una nueva chuleta.

A Raúl le complacía el brillo de suspicacia en los ojos del mestizo, le alentaba a llegar más lejos y decidió apostar todo e ir directo al bautismo de fuego.

—Entonces voy a tener que convencerte de que todo lo que te he dicho es cierto —aseguró, quitándose el jersey y la camiseta interior—. Te lo he dicho

varias veces: yo nací así, llevo la luna conmigo, la llevo dentro y puedo transformarme cuando quiera.

El alfa se puso de pie y se deshizo de los pantalones, con elegancia. Se desnudaba para Isaac y no hubo un solo movimiento que no fuese consciente del poder seductor de aquel acto. Era un rey quitándose la corona, Zeus bailando para Ganimedes, y bajo aquella luz dorada en verdad se veía como un dios.

El mestizo se atragantó, escupió un pedazo de carne dentro del tupper y comprendió lo que ocurriría, justo un segundo antes de que el alfa se deshiciese de los calzoncillos. Isaac volvía a sentir la boca seca y era culpa de aquel magnífico hombre desnudo, que le atraía y horrorizaba por igual.

—¿Qué haces? —murmuró.

Raúl se encogió de hombros con una sonrisa canalla. Sus ojos relampaguearon con deseo y su voz sonó juguetona e intensa:

—Voy a comerte mejor.

La piel humana del alfa se volvió cenizas y el lobo negro cayó a cuatro patas frente a Isaac; este no gritó, no se orinó encima, ni cerró los ojos ante lo imposible. Si era otra pesadilla, por real que le pareciese, sabía que se despertaría tarde o temprano. Siempre lograba despertarse, aunque en ocasiones lo hacía dentro de otro sueño aún peor. No hacía mucho que había soñado que se devoraba a sí mismo, incapaz de soportar el hambre, pero se despertaba dentro de otro sueño y lo que tenía en la boca era el corazón de un hombre desnudo y moribundo, al que había dado caza en mitad de un bosque oscuro.

De aquella pesadilla no iba a despertar porque ya estaba despierto y el lobo lo miraba, expectante. Isaac cogió el cuchillo del *tupper* y adoptó una postura defensiva y agresiva.

«Suelta eso, no voy a comerte. Era una broma» dijo el lobo, dentro de la cabeza del mestizo.

Isaac se quedó más sorprendido por el gesto que por la intromisión en su mente, el animal se sentó en sus cuartos traseros y dejó al descubierto su cuello lobuno, se expuso al cuchillo que aún sostenía Isaac y se defendió con palabras:

«Te he salvado la vida y ahora pongo en tus manos la mía. Yo confío en

que no me harás daño. ¿Confías tú en mí, mestizo?».

—¿Que confíe en ti? —bramó Isaac, llevándose las manos a la cabeza y tirándose del pelo con angustia—. ¡No confío ni en mí mismo! Lo que he visto, lo que tú haces... Es... Es...

«Es maravilloso, gracias» ironizó Raúl. «Así es como deberías terminar esa frase, mestizo».

Isaac no respondió verbalmente, pero pasados unos segundos apartó el cuchillo y volvió a coger el *tupper* para seguir devorando las chuletas que quedaban, con la cabeza erguida, la mirada desafiante y su cuerpo en alerta.

El alfa se relajó y se tumbó a su lado. Aquel hombre le fascinaba. De haber nacido *mannaro*, Isaac podría haber sido un digno rival en la pugna por el liderazgo de la manada, pero como mestizo todos lo verían como una abominación.

Para el alfa, Isaac estaba muy lejos de resultar abominable. Era noble y atractivo, tenía más carisma que la mayoría de los pura sangre que Raúl había conocido y sin duda era un macho de valía, el perfecto consorte para un alfa como él. Le miraba complacido mientras imaginaba la vida idílica que había soñado desde niño. Se vio luchando al lado de Isaac contra los demonios ferales, codo con codo y garra con garra, hasta salir victoriosos. Se deleitó imaginando la celebración tras la batalla: convocarían una Lupercalia, comerían hasta hartarse y beberían, como decía el poeta Kavafis, como solo los audaces beben del placer.

Todos los *mannaro* alabarían la fiereza de la pareja y envidiarían su pasión. El alfa y el mestizo yacerían juntos y se lamerían las heridas el uno al otro.

Bajo la atenta mirada del lobo negro, Isaac devoró las chuletas ajeno a la ensoñación del animal y se sirvió agua en la copa de oro hasta vaciar la jarra. Sus sentidos le bombardeaban con millones de estímulos, enajenándole, así que se centró solo en el gusto. Comer era un acto voluptuoso de dicha. Su mirada viajaba a su alrededor, sin prestar mucha atención, hasta que distinguió a unos tres metros un hueco oscuro en cuyo interior pudo atisbar un pequeño alijo de latas de conserva y botellas de agua.

—¿Vives aquí?

Raúl salió de su ensoñación por la ofensa de la pregunta, recuperó su forma humana y se puso en pie, altivo.

—¿Tengo pinta de vivir en una cueva?

Los ojos de Isaac recorrieron sin pudor el cuerpo desnudo del alfa, que adoptó una pose favorecedora como si fuesen a fotografiarle.

—Si no vives aquí, ¿por qué estamos en una cueva? —contraatacó Isaac—. ¿Por qué no me has llevado a un hospital? ¿Estoy secuestrado? ¿Esto es un zulo?

El alfa resopló y se encendió otro cigarrillo, cansado de perseguirse la cola en círculos con aquella conversación.

Era obvio que el forniche no era un hotel, pero tampoco era un agujero inmundo. En comparación con el resto de las loberas de uso común disponibles, la pequeña cueva de las maravillas era la suite de cinco estrellas de Fronda. Tenían luz natural y agua corriente, un buen lecho poco usado y ventilación que traía corrientes de aire de los otros túneles y limpiaba el aire viciado que, por otra parte, no olía a orines porque uno de los gour del suelo hacía de retrete y se llevaba los desechos.

Era un escondite perfecto.

—No habrías llegado vivo a ningún hospital, Isaac. Y sé lo que estás pensando: crees que debí haber recogido tu bonita pierna y haberla metido en hielo, pero te equivocas, ningún cirujano habría podido devolvértela, no habría tenido tiempo, te estabas desangrando y te ibas a morir. Solo había un modo de parar la hemorragia y lo hice, te mordí, sobreviviste y tu herida se cerró. —Raúl señaló la pierna cercenada del mestizo, con la mano en la que sostenía el cigarrillo, y después le apuntó a la cara—. No importa dónde estamos, lo que importa es que sigues vivo y pronto podrás salir por tu propio pie. CONFÍA EN MÍ.

El alfa terminó la frase con una sonrisa enigmática.

—Quiero irme ahora —dijo Isaac, bastante más calmado.

—No puedes.

—¿Por qué?

—Porque sería peligroso para ti, los mestizos son proscritos y hay... hay cazadores, pero no pienses en eso ahora. NO TE ASUSTES. Nos iremos pronto, espero que en unas semanas. Mira, sé que no estamos en el Ritz —Raúl fue tajante y perdió la sonrisa—, aunque podríamos vivir allí, si quisiéramos. El dinero no es un impedimento para nosotros, lo entenderás en

cuanto veas el edificio que estoy construyendo para ti, piedra a piedra, para que puedas vivir seguro fuera de estas cuevas. Pronto te dejaré marchar, pero ahora debes escucharme, es por tu bien. Aquí tendrás...

—Quiero irme ahora mismo. —Isaac tragó saliva despacio y estudió la mirada indiferente del alfa—. Tengo una niña pequeña, que depende de mí. No puedo desaparecer sin más, me necesita.

—Ya me he encargado de ella —dijo Raúl, cortándole la perorata y hasta la respiración. La mandíbula del mestizo se tensó tanto que sus dientes chirriaron, por lo que el alfa no tardó en explicarse—: Sé que vives con tu sobrina, porque ella es huérfana. Sé que se llama Marta Alborada y que, cuando tú no estás, se queda en casa de tus vecinos.

—¿Cómo... cómo sabes todo eso?

El alfa ignoró la pregunta.

—Tu sobrina está bien, sigue con esa pareja de ancianos y están mucho más contentos contigo porque les he mandado una paga extra. Soy muy meticuloso, Isaac, también me he ocupado de justificar tu ausencia en el trabajo. Te aseguro que nadie te está buscando.

El mestizo, que había devorado todo el contenido del *tupper*, sintió la carne cruda moviéndose en su estómago como si estuviese viva. Tenía náuseas y era posible que vomitase.

Raúl le estudiaba preocupado, pendiente de cada cambio de gesto e incluso de la frecuencia de sus latidos.

—Será mejor que descanses —decidió, empezando a vestirse de nuevo—. Cuando despiertes todo estará mucho más claro. Ahora, DUERME.

Isaac llevaba en la frente el rastro de una mancha de sangre seca. Eran los restos del sortilegio que le volvía incapaz de rechazar una orden directa del alfa. Se sintió caer en una modorra repentina, una placidez que se llevaba sus preocupaciones y sus fuerzas. Fue incapaz de resistirse, se echó en el jergón y cerró los ojos.

—Despierta, Isaac.

El mestizo escuchó el reclamo de la voz del alfa y, en una milésima de segundo, ya estaba completamente alerta.

Raúl Montenegro estaba imponente, sentado frente a él sobre una alfombra de sombras que evitaban que se manchase su elegante traje de chaqueta beige. Tan solo una enorme mochila verde desentonaba con el resto de su atuendo de dandi y el alfa no tardó en quitársela de encima, la dejó en el suelo y comenzó a hurgar en su interior.

—¿Cómo estás hoy?

Isaac no contestó. Sentía la boca adormilada y pastosa, como si se hubiese tomado un cóctel de barbitúricos la noche anterior, por lo demás estaba mejor que bien. Había descansado más de diez horas, sin pesadillas, sin ningún tipo de sueño en realidad. Era como si su cerebro hubiese desconectado con un placentero y reparador fundido a negro.

—Te he traído café con leche y unos tortos de maíz. ¿Te gustan?

Era su desayuno favorito y el alfa lo sabía, pero Isaac tampoco respondió. Observó receloso la pequeña nevera portátil que Raúl acababa de sacar de la mochila y, cuando el alfa la abrió, pudo ver dentro suficiente comida como para almorzar y cenar durante varios días. De la mochila también salieron otras delicias: embutidos, pan de molde, algo de fruta, dulce de membrillo, un bote de paté, otro de miel, un termo de café, un par de tazas y un enorme paquete de papel de estraza, que debía contener tortos recién hechos porque su fragante aroma les hizo salivar a ambos al instante.

Isaac aceptó las ofrendas, sin dejar de fruncir el ceño. Desenvolvió los tortos y probó uno. Le supo a gloria y le trajo el recuerdo de otro olor: el de la lumbre encendida en la cocina de su abuela materna, la que le había criado.

—Está delicioso —concedió—. Gracias.

El alfa asintió con una sonrisa y preparó las tazas para servir el café.

—¿Te importa que te acompañe?

Isaac siguió masticando en silencio. Sabía que era una mera formalidad de

las muchas que el alfa prodigaba por costumbre, pero todas sus buenas formas no cambiarían el hecho de que no le dejaba libre.

—¿Qué día es hoy? —masculló.

—Martes, 18 de febrero de 1986 —indicó Raúl, sacando al mismo tiempo un par de periódicos de la mochila—. Toma, te los he traído por si quieres leer cómo sigue el mundo.

—No tengo mis gafas.

—No las necesitas —repuso el alfa con una carcajada.

Isaac comprobó con asombro que a esa distancia, a pesar de la tenue luz, era capaz de leer hasta las letras más pequeñas de los pies de foto de los periódicos que le tendía el alfa. Miró alrededor como si no hubiese sido consciente hasta ese mismo instante de que sus ojos sagaces eran capaces de contar cada diminuta veta de las paredes de piedra y sonrió, con sinceridad fiera.

El alfa dejó los periódicos en el suelo y bebió de su taza de café humeante.

—No podré quedarme mucho tiempo hoy, así que te he traído algunas cosas para que te entretengas. He pensado que te vendría bien una radio, aunque bajo tierra solo alcanza dos o tres emisoras, pero es mejor que nada. Tienes pilas de recambio de sobra para varias semanas y...

Isaac le interrumpió con un gruñido, adolorido por la sutil puntilla sobre el tiempo que iba a estar recluido. No obstante, cogió la radio de la mochila y la inspeccionó.

—También te he traído un reloj —continuó el alfa y se sacó del bolsillo interior de la chaqueta un reloj digital Casio—. Ya sé que es horroroso y preferiría regalarte un *rolex* de oro, pero he escogido este otro porque tiene un videojuego de marcianitos muy entretenido.

Con la radio en una mano y el reloj en la otra, Isaac Alborada pensó que quizá pudiese hacer con las piezas algo que le ayudase a escapar, pero él no era el MacGiver ese que salía inventando objetos imposibles en la televisión y tampoco era ET, el extraterrestre de Spielberg, no sabría cómo convertir aquellos trastos tecnológicos en un teléfono para llamar a casa.

—No necesitas llamar a casa —aseguró el alfa y su tono afable se volvió irritado—. Tu sobrina está bien, he llamado a tus vecinos antes de venir y te aseguro que todo va bien.

Isaac intentó pensar en un muro de ladrillos para evitar que el alfa le leyese la mente de nuevo y se mantuvo callado mientras Raúl seguía sacando cosas de la mochila.

—Te he traído algunos libros, una baraja de cartas, un cuaderno, bolígrafos... No se me ocurre qué más podrías necesitar, pero volveré esta noche. ¿Quieres que te traiga algo en concreto?

—Quiero que me saques de aquí —le espetó Isaac, recuperando la voz y el valor—. Y quiero recuperar mi vida y volver con mi familia.

—Eso no puede ser.

—Pues no me hables como si fuésemos amigos —dijo el mestizo con el mismo aplomo que exudaba el alfa—. Me tienes aquí contra mi voluntad y no importa las veces que lo digas, no me das pruebas de que mi sobrina está bien y yo...

El alfa levantó la mano, hizo el gesto de cerrarle la boca y los labios de Isaac se apretaron obedientes y laxos, aunque sus ojos desorbitados mostraron su verdadera reacción de incredulidad y temor.

—Te leo el pensamiento —confirmó Raúl, cruzándose de brazos y dedicándole una sonrisa sardónica—. No me andaré con rodeos, sé que lo sabes, así que asúmelo. Asume que veo todo lo que piensas, así es cómo he sabido dónde encontrar a tu sobrina y estoy cuidando de ella. —El alfa esperó a que el mestizo interviniese y, como no lo hizo, replicó irónico—. De nada. Me llevó un par de horas sacar de esa cabezota tuya los datos que necesitaba, generalmente me lleva unos segundos, pero tú tienes mucha niebla dentro. Al principio pensé que sería por el accidente, ahora pienso que es por el cambio porque tu mente sigue igual de ofuscada, como si fuese tu superpoder de mestizo o algo así.

—¿De verdad puedes ver todo lo que pienso? —inquirió Isaac, templando la voz a conciencia, porque el miedo volvía su tono cada vez más agudo.

Raúl respondió con una risotada, levantó su taza en un brindis y dio un sorbo, saboreando el café teatralmente antes de contestar.

—Ese es solo uno de mis múltiples encantos, un superpoder de los *mannaro* pura sangre.

Isaac achicó la mirada con recelo y se envalentonó.

—Demuéstramelo, ¿qué estoy pensando en este momento?

Al alfa le costaba disipar las ideas brumosas de Isaac. Prefería pensar que cualquier *mannaro* que intentase entrar en la mente del mestizo se sentiría igual de varado, pero no sabía si le ocurría solo a él por haberle convertido o si precisamente eso era lo que le permitía entrar y los demás solo verían niebla. De cualquier modo, acertaba a escuchar frases inconexas y también vislumbraba imágenes nítidas, aunque esporádicas.

Supuso que sería parecido a cuando la Suma Sacerdotisa miraba al fuego sagrado, ella podía ver muchas cosas y, sin embargo, para hacer una predicción prefería que se le hiciese una pregunta concreta que enfocase su visión.

—No soy un telépata de circo —dijo para ganar tiempo, le gustaba darse a valer tanto como hacerse de rogar—. No tengo que demostrarte nada, mestizo. Ya has visto bastante y sabes lo que soy.

—No sé nada que me sirva de ayuda porque estamos hablando de la vida de mi sobrina. Lo que me pase a mí, poco me importa, pero si quieres que confíe en que Marta estará bien cuidada, dame pruebas para que pueda creerlo. —Isaac paladeó sus últimas palabras antes de pronunciarlas con vehemencia—: Convénceme de que confíe en ti.

Raúl fingió que meditaba la decisión y cuando volvió a hablar, empezó por darle a Isaac la dirección exacta de su casa, junto con la descripción de sus vecinos, de su sobrina y de su propio dormitorio. Le dijo cosas que solo Isaac sabía, cosas que el mestizo jamás le había contado a nadie, lo hizo sin perder la sonrisa hasta llegar al mayor de los secretos de Isaac, lo que no se reconocería ni a sí mismo, y se lo dijo serio y afable:

—Eres el hombro en el que todos se apoyan, Isaac, el que siempre escucha, el que siempre ayuda, pero te sientes solo. Y, a veces, todo ese peso que llevas encima es demasiado. A veces solo quieres descansar y terminar con todo, coges la moto, aunque nieve, conduces por las peores carreteras y buscas que el destino ponga una piedra o un lobo en tu camino. Buscas una excusa para morir.

Isaac se quedó mudo, cada verdad irrefutable que el alfa le había lanzado le había ido dejando sin fuerzas y el último golpe había sido devastador. Aquel era su secreto más oculto, el más horrible, dentro de él crecía una conducta autodestructiva contra la que luchaba casi cada día.

Se miraron a los ojos y el alfa tomó aire, consciente de que lo que diría a

continuación lo cambiaría todo:

—Ya no estás solo, Isaac. Nunca volverás a estar solo y eso es lo que quiero demostrarte con todo lo que hago. Quiero que entiendas que ahora tienes un hombro en el que apoyarte. —El alfa aproximó despacio una mano y el mestizo le dejó que la colocase sobre uno de sus muslos, el de la pierna que había perdido. La colcha los separaba de un contacto real de piel a piel, pero ambos sintieron la profunda conexión—. Yo te escucharé siempre, Isaac, y te ayudaré a cuidar de tu sobrina y de todos los huérfanos que te quitan el sueño. —Raúl presionó la rodilla de Isaac, consciente de que era la pierna cercenada la que tocaba, queriendo transmitirle que eso tampoco importaba entre ellos, sin atreverse aún a decirle que a sus ojos era perfecto como era. Entonces le abrió su corazón—: Conozco bien ese peso que sientes, esa responsabilidad que te ahoga es la misma con la que yo he vivido siempre y sé que entre los dos se hará más ligera. Puede que seas un mestizo, pero sabes muy bien lo que significa ser un alfa porque, como buen alfa, siempre pones las necesidades de los demás por encima de ti mismo. Nadie parece darse cuenta de que tú también necesitas a alguien que te ponga por encima de todo, pero aquí me tienes, dispuesto a hacerlo. En la carretera te salvé, rompí todas las reglas por salvarte y no me arrepiento. Entiendo que estés confuso, para ti soy una pesadilla, un secuestrador... Y, francamente, el síndrome de Estocolmo no está funcionando contigo como yo esperaba. —El alfa tragó saliva y rompió el contacto, tocando al mestizo solo con su mirada fiera y la confesión que escapó de sus labios—. Cuando te vi supe que eras mi mitad y quiero que lo sepas, quiero que sepas que ya no estás solo, voy a ayudarte en todo lo que pueda y me parece que eso es lo que más te costará creer, más aún que saber que llevo un lobo dentro, pero es la verdad: quiero ser tu excusa para vivir.

Isaac no supo qué decir, el alfa le fascinaba y la intensidad del momento había sobrepasado todos sus escudos. Quería creer que fuese posible haber encontrado a ese alguien con quien compartir la vida plenamente, con todos los altibajos, caídas y triunfos. Miró a aquel hombre imposible a los ojos y se preguntó si en verdad podría ser ese alguien, alguien en quien apoyarse, alguien en quien confiar, alguien a quien amar y que le amase del mismo modo, por encima de todo.

Raúl respetó el silencio, temeroso de entrar en la neblina mental del

mestizo y ver miedo y rechazo, pero tras lo que le pareció una eternidad de mirarse sin decir nada, no pudo soportarlo más e inquirió:

—Y ahora, ¿qué piensas de mí?

Isaac se mordió el labio un segundo y contestó al siguiente:

—Nada bueno.

El alfa percibió el leve tono de flirteo subyacente en las palabras del mestizo y lo corroboró atreviéndose a entrar en su cabeza para verse desde sus ojos como el contradictorio semidiós oscuro que era: sexualmente perturbador, gallardo y despótico, entregado y valeroso, un héroe que tendía su corazón sin miedo. El mestizo lo miraba con la devoción y el terror de quien jamás vio un tigre de cerca y Raúl supo que disfrutaría cada segundo de la conquista. Era un desafío demasiado apetecible.

—Volveré en cuanto pueda —prometió. En verdad lo pretendía, no se le ocurría mejor modo de pasar su tiempo que estando junto a aquel macho de valía.

Chascó los dedos, la alfombra de sombras se desplegó a sus pies y se tumbó soberano y cómodo en su palanquín de tinieblas. Como un César en una litera de la antigua Roma, la oscuridad lo porteó fuera de la cueva.

Isaac Alborada observaba su rostro reflejado en la brillante hoja del cuchillo que acababa de aparecer en sus manos. No podía ver nada más, sus ojos estaban presos del filo y tan solo supo que no estaba solo cuando una voz sosegada le recriminó:

—Lo siento, pero eres una aberración y nadie estará nunca seguro a tu lado. Matarás a los que más quieres y te despertarás con sus pedazos entre los dientes. Coge el cuchillo y termina con esta locura.

Los dientes del mestizo rechinaron.

—No puedo hacerlo —barbotó, apenas capaz de hablar.

—Yo te ayudaré —decidió la voz, perdiendo la calma.

Unas manos rápidas le arrebataron el cuchillo y se lo clavaron en el estómago.

Isaac sintió el filo de la hoja abrir su carne y abrió los ojos a la realidad. Había sido otra horrible y vívida pesadilla. Sentía un dolor punzante en el abdomen, pero no se trataba de una herida mortal, sino de una digestión

pesada tras haber devorado demasiado deprisa buena parte de la comida de la nevera portátil.

La pesadilla había sido tan brutal que seguía afectado y, por el rabillo del ojo, veía sombras moviéndose a su alrededor, escurriéndose sobre las paredes de roca caliza, aterrorizándole.

Una hora después, Isaac seguía intranquilo y escuchar un gruñido en la boca de la cueva hizo que se le erizase todo el vello de su cuerpo, especialmente el de la nuca. Las sombras se movían descaradas y miles de zarcillos de oscuridad se replegaron hacia la entrada, atraídos por la gran masa oscura que asomaba: el manto de sombras del alfa.

Las tinieblas sacaron a la luz al lobo negro, que viajaba sentado en sus cuartos traseros; este miró al mestizo, inquisitivo, sin comprender por qué la cueva hedía a terror y se transformó en humano.

Desnudo y perfecto, el alfa se arrodilló frente al mestizo, preocupado.

—¿Has vuelto a tener pesadillas?

—Parecía tan real... —masculló Isaac, evitando mirarle. Era demasiado atractivo y estaba demasiado cerca.

—Lo que parece real es que te alegras de verme, guaje —bromeó Raúl y una mueca socarrona torció sus labios. No podía obviar el modo tan prometedor en que la colcha se abultaba sobre la entrepierna del mestizo.

Isaac comprendió que el alfa se refería a su erección, mal disimulada bajo la tela, y se defendió mintiendo:

—Necesito ir al baño.

—Espera, te acercaré la cuña —se ofreció el alfa, solícito. Se encaminó hacia uno de los recovecos de la cueva, metió la mano en un agujero del suelo y sacó una botella de plástico, cortada por el cuello.

—Eso no es una cuña —dijo Isaac, asqueado.

—Funciona igual. Y no te pongas exquisito, esto es lo que has usado cada vez que soñabas que ibas al baño. ¿Quieres que te ayude?

El mestizo frunció el ceño y cogió la cuña, con desdén y una mirada recelosa.

—Puedo solo.

—Si lo prefieres, puede ayudarte mi sombra. Mientras dormías, mi sombra ha hecho de celador y de enfermero, te acercaba la cuña cuando era preciso y

la vaciaba por ti. Mira. —Raúl se puso en pie, puso los brazos en jarras y, por contra, su sombra los mantuvo cruzados en la pared—. Soy como Peter Pan, mi sombra tiene vida propia y es más poderosa de lo que podrías imaginar. Te podría hacer volar, podría transformarse en alas y prenderse en tu espalda, pero se conformará con ayudarte a caminar para que puedas mear solito.

Raúl chascó los dedos y la silueta oscura se separó de la piedra, ondeó galante en el aire unos segundos y después caminó hacia Isaac. Antes de que el mestizo pudiese pestañear si quiera, las tinieblas se deslizaron bajo la colcha y le izaron en el aire.

—¿Pero qué coñ..?

El exabrupto del mestizo terminó con una corta carcajada de asombro al verse en pie, sin necesidad de muleta alguna.

La colcha quedó arremolinada en el jergón e Isaac dio un paso adelante, sin importarle estar completamente desnudo frente a los ojos voraces del alfa. El mestizo no tenía tiempo para azorarse, solo podía mirarse los pies: el derecho era humano; el izquierdo, oscura niebla esculpida.

Saltó, hizo una serie de giros y movimientos bruscos con destreza aceptable y sus manos no tardaron en palpar aquella sombra pegada a su carne. Era una prótesis sobrenatural, una copia perfecta y simétrica de su otra pierna, tallada en pura energía oscura que hacía cosquillear sus dedos cuando la acariciaba. La superficie tenía el tacto pulido del vinilo, aunque si apretaba resultaba consistente, dura a la par que resbaladiza, ágil como el músculo de su propia lengua y liviana como su respiración entrecortada. La sombra era parte de él, la sentía como propia y acataba su voluntad, incluso podía mover los pequeños dedos negros de sus pies.

—Para ti, para siempre —terció el alfa, con una sonrisa audaz.

Isaac se echó a reír como un maníaco, de pura felicidad. La prótesis de sombra soportaba el peso de su cuerpo eficazmente y respondía a sus movimientos como si hubiese nacido con ella, adivinaba su pensamiento, pero la sincronización no era perfecta y el mestizo cojeaba un poco al caminar.

—Mi sombra estará contigo siempre que la necesites —dijo Raúl, embelesado con la risa del mestizo—. Aunque me muera, una parte de mí siempre seguirá contigo... He prometido cuidar de ti y ahora sé que entiendes lo que significa esa promesa. Soy un alfa y sé cuidar de los míos, igual que

tú.

Isaac vagó por la cueva de lado a lado, sin dejar de sonreír, aliviado y nervioso, chapoteando en los gour.

—Gracias —murmuró al fin—. Gracias, de verdad.

—*Prego, farei qualsiasi cosa per te.*

—No te entiendo —carraspeó Isaac y le dio la espalda, colocándose sobre el gour que servía de aseo.

—Creí que me entenderías —aseveró Raúl, decepcionado, aunque se contentó rápidamente con la visión de los hoyuelos de Venus que se marcaban encima de los glúteos del mestizo. Tuvo que disimular y alzar la vista cuando Isaac giró la cabeza para contestarle de nuevo.

—No se me dan bien los idiomas.

—Los mannaro entendemos cualquier lengua, supongo que con los mestizos no funciona igual, pero puede que tengas... otros dones. —No le dijo más, no le explicó que le había dicho en italiano que haría lo que fuese por él. Lo había hecho ya, estaba arriesgando su vida al darle una parte de sí mismo. No sería tan fuerte ante un ataque, le costaría más cerrar sus heridas y recomponerse, pero eso nunca se lo explicaría a Isaac, no le haría sentir culpable por algo que a él no le importaba en absoluto, por lo que cambió de tema—: Por ejemplo, todos los mannaro tenemos el don de lenguas, pero no todos pueden comunicarse con los animales, yo sí, desde muy pequeño. Tú llevas mi sangre y a lo mejor puedes hablar con pájaros o perros, no lo sé. Lo veremos cuando salgamos de aquí...

Isaac se relajó por fin y pudo orinar.

—Vale. Si escucho ladridos de perros y los entiendo, te lo diré.

—Hablando de perros... —Raúl caminó despacio hacia el mestizo y se colocó junto a él, sobre otro de los *gour*—, a partir de ahora cuando vayas a mear tú también estarás marcando tu territorio. Ahora lo entenderás.

Raúl comenzó a orinar y el mestizo recibió aquel mensaje odorífico como una invitación a su cama. No era el aroma desagradable que habría esperado, su nuevo olfato alcanzaba a distinguir una información que con anterioridad su cerebro no hubiera procesado.

Su organismo dio una respuesta nerviosa activa, supo que estaba al lado de un ser realmente peligroso, muy poderoso, y al mismo tiempo despertó su

libido y no pudo evitar curiosear. El alfa estaba bien dotado y le dejó que lo mirara, dejó de orinar y se giró hacia él con una risa cómplice.

—¿Te gusta lo que ves?

Isaac se odió por no haber disimulado mejor y se alejó a lavarse las manos en los hilos de agua que brotaban entre las piedras. El torrente salía a unos treinta grados y supo que una ducha no aliviaría el calor que tomaba su cuerpo por momentos.

El alfa, en otro chorro de agua templada.

—Eres de mi manada, Isaac. Es normal que mi olor te afecte —intentó tranquilizarle— porque te recuerda que yo soy el jefe y es normal que te excite porque tú me gustas y no puedo evitar mandarte una señal doble: una hace que temas mis colmillos y la otra te hace pensar en mi boca.

Isaac dejó de mirar la sonrisa arrebatadora del alfa, no sabía cuánto tiempo llevaba haciéndolo, pero en verdad estaba pensando en aquellos labios y en cómo sería su sabor. Lo negó agitando la cabeza con una risa apurada y una excusa.

—Lo único en lo que pienso es en salir de aquí —dijo, regresando al jergón y dejándose caer a plomo.

Ambos tenían las pupilas dilatadas por el mismo deseo, sus labios podían no contarle, pero sus ojos no lo podían disimular.

El alfa caminó hasta el colchón y se sentó a su lado.

—Imagina que no estamos aquí —le dijo—. Imagina que estamos en los baños de un bar. Podríamos estar en los lavabos del Nasty. ¿Hablarías conmigo si me acercase a ti en el Nasty?

Isaac lo miró perplejo, alzó las piernas y cruzó los brazos sobre sus rodillas, en posición defensiva. Solo le faltó taparse con la colcha y no lo hizo porque el alfa se había sentado encima.

—Tú no tienes pinta de haber pisado el Nasty en tu vida y no lo has hecho, ¿verdad?

El alfa negó con la cabeza, no iba a mentirle. Había ido demasiado lejos y demasiado rápido. No dijo nada más, no se disculpó por la indiscreción, ni le dijo que mientras buceaba en su mente había accedido a todo tipo de información de manera aleatoria. Había descubierto parte de sus recuerdos más preciados junto con sus peores temores, el mestizo le resultaba un

delicioso enigma y quería conocer cada detalle de su pasado, quizá así podría aclararse el misterio del futuro que la Suma Sacerdotisa les había profetizado juntos.

El silencio se volvió incómodo y Raúl se arrepintió de haber mencionado el lugar exacto en el que Isaac había tenido su primer encuentro sexual con un hombre, apenas un año antes.

El Nasty era un bar de copas de Madrid, regentado por un famoso cantante de la movida madrileña. La música que acogía variaba, desde el pop más conocido del momento al techno industrial alemán, pasando por las últimas canciones de moda que salían en la radio.

El garito atraía a todo tipo de público, pero al llegar la madrugada la clientela masculina se quintuplicaba y se convertía en uno de los clubes de ambiente homosexual de referencia en la capital. La primera vez que Isaac estuvo en Madrid, dejó a la que sería su última novia dormida en el hotel y aprovechó la oportunidad para acudir al Nasty sin compañía. Tenía curiosidad por ver cómo sería en verdad un bar de ambiente, solo tenía como referencias los antros que frecuentaba Al Pacino en la película *A la caza* y el bar La ostra azul, el club satirizado que salía en *Loca academia de policía*. Tenía claro que, si encontraba algo similar a eso último tras las oscuras puertas del Nasty, se daría la vuelta y se iría. Sin embargo, al cruzar el temido umbral no vio los estereotipos que el cine había forjado en su imaginación. Allí había algunos hombres así, desde luego, los había de todo tipo, pero lo que más le impactó fue verse rodeado de otros jóvenes como él, bebiéndose la noche, felices y libres.

Se tomó tres cervezas, anclado en la barra de aquel bar hasta que empezó a sentir un delicioso mareo que le obligó a ir a lavarse la cara con agua fría. Se enfrentó a sí mismo en el espejo del baño. El brillo en sus ojos azules era rabioso, en parte por el alcohol y en parte por la liberación de saber que allí todos sabían muy bien cómo se sentía y lo entendían.

A su lado, un conocido actor endiabladamente atractivo estaba preparando varias rayas de cocaína sobre la encimera y le ofreció una. Isaac no aceptó y dos desconocidos tomaron su lugar, enseguida los cuatro comenzaron a hablar como si fuesen amigos. *I just can't get enough* de Depeche Mode empezó a sonar, el frenesí de la canción llegó hasta los lavabos e Isaac se vio bailando y arrastrado dentro de uno de los escusados. La boca del actor

encontró la suya y la devoró. Fue un beso agrídulce que Isaac jamás olvidaría, amargo por el sabor de la cocaína, voraz por ser el primero que no tenía que forzarse a disfrutar. Era tan fácil que se dejó llevar hasta el final y fue glorioso. Salió del baño un cuarto de hora después, ruborizado y eufórico. Se sentía mejor de lo que se había sentido nunca y no era por el sexo, sino por haber hecho al fin las paces consigo mismo. Aquella noche decidió que se dejaría ser feliz, no pensaba gritarlo a los cuatro vientos porque trabajando con niños y adolescentes, temía que alguna mente depravada le acusase de ser una mala influencia. Guardaría el secreto, pero se lo contaría a su hermana, que era lo único que le importaba en el mundo. Ella sería la única mujer de su vida, jamás volvería a fingir que le interesaban las mujeres.

El mestizo salió de su ensimismamiento cuando Raúl Montenegro silbó las notas del *I just can't get enough* con una sonrisa traviesa.

—Vale, lo siento —se disculpó el alfa—. Sé más de ti de lo que quisieras, pero todo lo que sé me gusta.

Isaac gruñó:

—A mí no me gusta que husmees en mis recuerdos. Deja de hacerlo.

Raúl asintió a regañadientes.

—Yo no decido lo que veo cuando entro en tu cabeza, ya te he dicho que estás nublado, por decirlo de alguna manera. Tus recuerdos y pensamientos se abren paso como rayos de luz y me es difícil no mirarlos, pero me esforzaré —prometió el alfa con una sonrisa sincera—. Me parece justo que yo te confíe también mis secretos y te voy a explicar por qué no podemos salir fuera todavía. Escúchame con atención, cada religión le da a Dios un nombre distinto y, sin embargo, todas hablan de ángeles y demonios... Pues bien, Dios existe, ahora eres parte de su ejército y estamos en guerra.

Isaac había sido bombardeado con tanta irrealidad que parecía preparado para aceptar de buen grado cualquier imprevisto, sin inmutarse.

—Donde nadie está, estamos nosotros —susurró—. Era el lema de mi cuartel, en la mili... ¿Tú has hecho el servicio militar?

El alfa se rio con ganas.

—¡Yo vivo en Nunca Jamás, allí no hay mili! —bromeó—. No, los *mannaro* sabemos cómo usar las armas, pero no las necesitamos, llevamos aquí desde antes de que los hombres lucharan con palos y piedras y somos

letales como un fusil CETME.

—Donde nadie está, estamos nosotros —repitió Isaac, seguro de sí mismo y de cada palabra que decía—. Háblame de esa guerra en la que estamos.

El alfa miró al mestizo con veneración, solo se arrepentía de no haberlo conocido antes. Carraspeó y se preparó para compartir el relato de la creación de su estirpe, lo recordaba tan bien que casi podía recitarlo de memoria:

—Cuentan los antiguos códices que algunos de los ángeles caídos no eran demonios y seguían conservando su apariencia divina, aunque habían perdido su gracia y no podían regresar al cielo...

Aquella madrugada, Raúl Montenegro no solo le contó al mestizo el origen de los *mannaro*, también le explicó las tradiciones del culto a Hécate, cómo celebraban la muerte cazando almas oscuras y cómo celebraban la vida con las Lupercalias. Le confesó secretos que no había compartido nunca con nadie y lo hizo porque confiaba en él. Del mismo modo, Isaac aceptó que le marcara con una Hécate especial, que le impedía retener los datos precisos. Un muro de niebla protegía la mente del mestizo, pero Raúl no sabía cómo funcionaría con los demás *mannaro* y era cauteloso, no le dio ningún nombre, ni siquiera el suyo. No le habló de Fronda, llamaban a las cuevas Nunca Jamás y, siguiendo la broma, Isaac le llamaba Peter Pan.

La sombra custodiaba al mestizo por las mañanas y el alfa acudía a la cueva por las noches y conversaban hasta el amanecer.

Raúl compraba cualquier cosa que Isaac quisiese y procuraba que el mestizo estuviese entretenido. Le llevaba cada revista de motos o coches que salía al mercado y le prestaba libros de su propia biblioteca, primeras ediciones muy cuidadas e incunables de gran valor. Así, descubrieron que profesaban la misma pasión por la poesía de la Generación del 27 y, en concreto, que compartían una devoción desmedida por la obra de Luis Cernuda.

Los días pasaban deprisa, más de lo que Raúl quería, y cuando la luna llena volvió a amenazar con tomar el cielo, el alfa hubo de prepararse para la siguiente parte de su elaborado plan. La noche previa al plenilunio, sacó al mestizo de la cueva.

Isaac olía a lobo por sí mismo y engañaría a cualquiera que se cruzase con ellos por los túneles de Fronda, aunque el alfa le aseguró que no se cruzarían con nadie porque había convocado a la manada en los bosques. Aun así, Isaac estaba aterrorizado.

No se encontraron con nadie por los laberintos de piedra, pero al llegar a un cruce de caminos, el mestizo se quedó sin aliento y sus pies se paralizaron.

—Yo he estado aquí antes —aseveró, señalando la fuente en el centro de la caverna.

Era una fuente clásica con una enorme estatua, la de un joven raptado por un águila.

—Lo soñaste —convino Raúl, sin darle importancia— y yo entré en el sueño.

Isaac se acercó a la fuente y bebió de ella. El agua era fresca, tal y como lo recordaba, aunque esa vez sí que sació su sed. Seguía sin acostumbrarse a los misterios de su nuevo mundo y le costaba creer en lo imposible por mucho que lo tuviese delante.

Abandonaron la fuente y, poco después, las cuevas. Se subieron a un todoterreno y condujeron más de doscientos kilómetros por carreteras secundarias mientras Raúl explicaba que, a paso de lobo, atravesando campos, montañas y pueblos, la distancia que les separaría sería mucho menor y eso le permitiría visitarle a menudo.

Isaac no saldría de Fronda, esperaría en una casona de la periferia y la magia que emanaba del corazón cavernoso de la gran lobera le protegería. En cuanto pasase la luna llena y comprobasen que Isaac era capaz de transformarse en lobo sin perder su conciencia, el propio alfa le llevaría a su sobrina y aún tendrían que vivir en la casona hasta la primavera, que sería más o menos lo que tardaría en estar preparado el edificio que estaba construyendo el alfa.

Raúl ya había regado los cimientos con su sangre y planeaba realizar el mismo ritual de protección en el sótano, encerraría allí una parte de su sombra sin importarle que le debilitase un poco más, porque Isaac lo necesitaba y lo merecía.

El edificio sería un refugio ideal porque estaba cerca de un camposanto, lo que doblaría las posibilidades de sobrevivir en el hipotético y remoto caso de que apareciese un demonio feral.

Raúl condujo a buena velocidad y del mismo modo le explicó a Isaac todos los planes que había dispuesto para protegerle.

Alrededor de las cuatro de la mañana, acompañados por la mirada benévola de la luna, llegaron a un coto de caza privado, cercado por altas vallas de hierro. El alfa bajó del coche con el motor en marcha, hizo tintinear las llaves en sus manos para abrir la cancela y no tardaron en acceder a la propiedad.

Los faros del todoterreno alumbraron un sendero pedregoso mientras

culebreaban entre ciento veinticinco mil metros cuadrados de monte salvaje.

En un claro, les esperaba una finca rústica de tres pisos, con paredes de piedra gris y un tejado de pizarra oscura. Isaac contó más de diez ventanas en su frente, una de ellas estaba iluminada.

—Parece que el viejo oso está despierto —murmuró Raúl y apagó el motor del vehículo a unos diez metros de la casa, junto a un antiguo merendero de piedra.

—¿No es lo que esperabas? —preguntó Isaac, en parte intrigado por el leve tono de sorpresa en la voz del alfa y sobre todo confuso porque aparcasen tan lejos de la entrada, habiendo espacio de sobra frente a la puerta del caserón.

Raúl no contestó, salió del coche y el mestizo le siguió e insistió:

—Me has dicho que tu amigo sabe que venimos.

—Te he dicho que he quedado con el viejo oso esta noche, que no es exactamente lo mismo. —El alfa asintió, mirándolo con picardía—. Él sabe que vengo y sabe que he hecho algo impensable que me podría costar la vida. —Raúl sacó un pitillo y lo encendió, parsimonioso—. Pero no le he hablado de ti directamente, lo que le dije fue que tenía dos opciones: podía esperarme aquí, si estaba dispuesto a ayudarme, o largarse si prefería no saber nada del asunto.

—Así que no sabe que yo...

—Ni se lo imagina —le interrumpió Raúl, exhalando el humo por la nariz—. No se espera que venga nadie conmigo y, si te refieres a si sabe lo que eres, no lo sabrá si no se lo decimos. Un *orso mannaro* no tiene el sentido del oído tan agudo como el nuestro, pero sí que habrá escuchado el motor del coche y sabe que estamos aquí; su vista tampoco le permite leernos los labios a esta distancia, aún menos bajo el candor de la luna, pero su olfato es finísimo... No te preocupes, aunque tu olor a lobo no es tan intenso como el mío, puedes pasar por un *lupo mannaro*, incluso puede que piense que eres un beta y te tome por mi segundo al mando. Estate tranquilo y deja que sea yo quien le explique la situación a Laro.

Isaac estaba lejos de estar tranquilo, se sentía eufórico. Al salir del coche su piel quedaba expuesta a la luna y esta le calentaba la piel y los ánimos, le hacía sentirse capaz de todo y rebosante de energía. Estaba deseando echar a correr, pero lo único que se movió de prisa fue su lengua al liberar las

preguntas que había guardado hasta entonces.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me salvaste y pusiste en riesgo todo en lo que creías? ¿Por qué no dejaste que me desangrase en la carretera?

Raúl lo miró a través de una vaharada de humo y contestó, tajante:

—«*Tú justificas mi existencia: si no te conozco, no he vivido...*»

Era parte del final del poema *Si el hombre pudiese decir lo que ama* de Luis Cernuda, uno de los favoritos de ambos. Lo habían leído juntos, en voz alta, en una de sus primeras noches.

—Contéstame con tus propias palabras —recalcó Isaac.

—Las palabras no lo explican todo... —Raúl tiró el cigarrillo y lo pisó mientras acortaba la distancia entre ellos de dos zancadas—. ¿De verdad quieres entenderlo?

Sus ojos relampaguearon de deseo y también acortó la distancia entre sus bocas, realmente despacio.

Isaac cerró los ojos, entreabrió sus labios y Raúl lo besó, fue un contacto húmedo y electrizante de dos segundos que apenas pudieron disfrutar.

El alfa se apartó relamiéndose, la contención brilló en sus pupilas y le quemó el vientre. Estaba probando a fuego su fuerza de voluntad, el deseo lo estaba matando y quería mucho más que un beso, allí mismo, sobre las rudas piedras del merendero.

—Gracias —masculló Isaac, trémulo.

—¿Por besarte? —bromeó Raúl, tan nervioso como el mestizo.

—Gracias por salvarme la vida, aún no te había dado las gracias por eso.

—Contigo me siento más vivo de lo que me he sentido nunca, estamos en paz.

Isaac le tendió la mano, Raúl la aceptó y aprovechó el contacto para tirar del mestizo hacia él y volver a besarle, con más ganas, con deleite. El mestizo utilizó su mano libre para atrapar la nuca del alfa y pegar sus cuerpos, sentir su deseo contra el suyo fue demasiado para Raúl y dio un paso atrás.

—No hagamos esperar más al viejo oso.

Sin soltarse de la mano, comenzaron a andar juntos. La hierba estaba helada, crujía y desprendía un delicioso olor a escarcha del bosque a cada paso que daban.

Isaac estaba absorto en la magia del momento, tenía el sabor del lobo

negro en los labios, su olor en el pecho y el calor de su tacto en la palma de su mano. Podía escuchar el viento jugando en el bosque y podía distinguir sus propios latidos y los del alfa. Las montañas nevadas se veían azuladas bajo una luna gibosa a punto de volverse plena, los árboles se mecían y el caserón les daba la bienvenida con la luz de la ventana encendida por el calor del fuego del hogar.

Raúl hizo repicar la aldaba de la enorme puerta, por cortesía, y después sacó el manojito de llaves de su bolsillo para hacerlas girar en sus manos.

—Si está dormido, no se va a despertar fácilmente.

—O a lo mejor se ha ido y ha dejado la chimenea encendida para que no pases frío —aventuró Isaac.

El alfa enarcó las cejas, divertido.

—Los *mannaro* no pasamos frío, llevamos el fuego dentro. ¿A que no tienes nada de frío?

Isaac no contestó, solo fue consciente de por qué durante todo el tiempo se había sentido en un decorado invernal. Sentía el viento helado en el rostro, pero no le atería la piel y su cuerpo permanecía templado como si estuviesen en una cálida noche de julio.

La puerta de la casa se abrió de improviso y una ola de calor les alcanzó, reforzando aquella sensación de brisa veraniega.

—Buenas noches, almas de luna —les saludó un anciano desnudo y sonriente, con la voz gutural y vibrante de un cantante de jazz clásico.

En el umbral de la puerta, el viejo oso en cueros sonreía y no se parecía en nada a la imagen mental que previamente Isaac se había forjado de él. No era un gigante fornido, era de mediana estatura, aunque de constitución fuerte. Debía de tener unos ochenta años, su piel se veía curtida, pero sus músculos se mantenían tonificados. Llevaba una melena gris enmarañada que le besaba los hombros y lucía un fino bigote oscuro, ondulado y bien cuidado. Sin duda, lo que más llamaba la atención en él eran sus enormes ojos, negros y vivarachos, y la sonrisa. Les sonreía con una dentadura completa, natural y en perfecto estado, de un color amarillo como la corteza de un limón.

—Viejo, qué gusto da verte —le saludó el alfa, jocosamente—. Nadie diría que vas a cumplir quinientos.

—Yo no los cuento —repuso Laro, hablando sin apenas mover los labios —, será porque me he pasado la mitad durmiendo... En fin, ¿van a pasar *vuestas mercedes* o me vuelvo al catre?

Raúl abrazó efusivamente a su amigo, le presentó a Isaac y los tres entraron en la casona.

No encendieron ninguna luz, cruzaron el pasillo entre tinieblas y sortearon trastos de muchas épocas distintas hasta alcanzar el salón.

El fuego era lo único que iluminaba la estancia, la leña de fresno en llamas caldeaba un ambiente dulzón e Isaac también distinguía un leve toque frutal, que provenía de la combustión del tabaco de la pipa que humeaba sobre la repisa de la chimenea. Laro la recogió, se la puso entre los dientes y se dejó caer en una de las dos butacas que se enfrentaban al fuego. Raúl se sentó en la que quedaba libre e Isaac se quedó de pie, junto a una enorme mesa de nogal labrado.

Toda la mesa estaba tomada por cestos de mimbre, llenos de piñas secas y manzanas de todos los colores, y las sillas estaban ocupadas por pilas de revistas, periódicos y libros. Alrededor había aparadores repletos de más libros, antigüedades y curiosidades, algunas debían de ser ciertamente caras, otras podían haber sido rescatadas de la basura.

Isaac se apoyó como pudo en un resquicio del borde y esperó. De lo único que estaba seguro era de que no debía decir nada, por lo que fijó la vista en el baile de llamas de la chimenea y centró sus oídos en la conversación del alfa y el oso.

—Me alegra infinito encontrarte aquí, Laro —confesó Raúl—. Ya te he dicho que el favor que te voy a pedir es muy grande y no sabía si querías ayudarme.

—Y yo no sabía que vendrías acompañado, lo digo porque solo he limpiado un dormitorio y todos los demás tienen polvo de cuando Franco era corneta.

—Con un dormitorio será suficiente —aclaró Raúl e inclinó la cabeza en muestra de agradecimiento.

—¡Ah, válgame Dios! —Laro dejó de mirar al alfa, se centró en inspeccionar a Isaac y mordió divertido la boca de la pipa—. Ya lo entiendo, este pimpollo es... esa clase de compañía; sin duda, la mejor para calentar la cama en las frías noches de invierno.

—No sigas, que te equivocas —Raúl se enserió y fue tajante, recuperando la atención del anciano de inmediato—. Isaac es el compañero que he elegido para esta noche y para todas las de mi vida. Es mi *artiglio*, por eso está aquí conmigo y por eso necesito tu ayuda, que quede claro desde el principio.

El mestizo se quedó atónito, aunque lo había entendido, pero más sorprendido parecía Laro. Le rechinaron las muelas y hasta la boquilla de la pipa crujió entre sus dientes amarillos. Unos segundos después, el anciano consiguió decir:

—Hablas como si pensaseis marcaros o como si ya lo hubieseis hecho, lobato.

—En cierto modo, ya lo hemos hecho —continuó el alfa—, pero antes de explicarte nada más, dime ¿me vas a ayudar?

Laro dejó la pipa en la repisa, hizo crujir sus nudillos y contestó con una mueca enigmática:

—«El no y el sí son breves de decir, pero piden pensar mucho».

Aquella respuesta era el comienzo de un desafío de citas encadenadas, un juego al que solían jugar y que ganaría el dueño de la última cita. Esa vez, Raúl venció fácilmente en el primer asalto, respondió con otro aforismo de Baltasar Gracián, perfecto para la ocasión:

—«El que confió sus secretos a otro, hízose esclavo de él».

El viejo oso perdió el hilo de sus pensamientos. Fue incapaz de dar una réplica, anonadado por el ofrecimiento implícito del proverbio. Expulsó el humo de la pipa por la nariz y ponderó su respuesta ante aquella intrigante oferta que convertía al alfa en su esclavo.

La leña crepitaba en el fuego y los nervios aterían los dedos del mestizo al borde de la mesa; en cambio, los del alfa tamborileaban en los brazos de su butaca siguiendo el ritmo del tic-tac de su reloj.

Pasaron dos largos y tensos minutos hasta que, por fin, el viejo oso dijo:

—No necesito un esclavo, me basta con tu amistad sincera... ¿Y a ti? ¿Te basta con la mía?

Raúl tampoco contestó al momento. Sabía lo que en verdad subyacía en aquella pregunta, en apariencia sencilla: Laro no aceptaría llevar ninguna marca de sangre para proteger su secreto. Sería un pacto verbal, basado en la confianza mutua y el honor propio.

Finalmente, el alfa claudicó y asintió.

—Está bien. —Sellaron el pacto estrechando las manos y Raúl, mirando de soslayo a Isaac, continuó—: Esto es lo que te pido: necesito que cuides de mi *artiglio* durante un tiempo. Nadie puede saber que está aquí y pronto te contaré por qué, pero ahora no tenemos tiempo, a mi compañero y a mí nos vendría bien tomar la luna.

—Lo suponía —convino Laro recuperando su pipa—. El dormitorio que he preparado es el del ático, podéis subir al tejado desde la claraboya del techo.

—Estás en todo —le felicitó Raúl, complacido.

Laro sonrió afable, apagó la pipa después de saborearla una última vez y se tumbó en la mullida alfombra frente al fuego, exhalando el humo por la nariz y rascándose las posaderas.

—Estáis en vuestra casa —gruñó somnoliento—. Buenas nochghshsgs.

No terminó la frase, Laro se convirtió en un gigantesco oso pardo de más de doscientos kilos y el suelo crujió bajo su cuerpo.

Raúl le indicó a Isaac por señas que le siguiese y caminaron a oscuras por la casa hasta toparse con una escalera de caracol, abarrotada de cachivaches.

Antes de que pusieran un pie en el primer escalón, comenzaron a escuchar los ronquidos del oso.

—Es uno de los poderes especiales de los *orso mannaro* —explicó Raúl, en susurros—, se duermen en cuanto quieren hacerlo. Pueden estar años sin dormir y eso les hace envejecer deprisa, pero en cuanto cierran los ojos, caen inconscientes y se regeneran. Cuanto más duermen, más jóvenes se vuelven.

—Este no tiene pinta de haber dormido mucho.

El alfa le guiñó un ojo y el mestizo pudo distinguirlo porque los ojos del alfa eran dos brasas en la oscuridad.

—El viejo oso nunca me ha dicho cuántos años tiene —continuó Raúl—, puede que cien, puede que mil... Vete a saber las veces que habrá visto ya al cometa Halley. Una vez se le escapó que conoció a Alfonso XII, así que debe tener más de doscientos... Yo me cambiaría por él, no creas. No tiene responsabilidades y duerme de primavera a verano, con eso le basta para mantenerse en forma; el resto del año lo pasa despierto, viajando.

—¿Y no vive con otros como él?

Raúl cogió un candelabro del suelo y encendió las velas a medio derretir con su mechero, mirando a Isaac por encima de las llamas.

—No quedan muchos como él —reconoció, cabizbajo—. Los *orsos* eran guerreros demasiado poderosos y los ferales los cazaron hasta el límite de la extinción. En grupo son más fáciles de localizar, ahora son solitarios y nómadas. Laro prácticamente vive en la carretera... Te caerá bien, lo que más ama en el mundo son las motos.

—¿Qué moto tiene?

—La tuya —contestó Raúl, divertido, mordiéndose la lengua entre los dientes—, ya te dije que un buen amigo la estaba arreglando... Verás, la pregunta correcta no es qué moto, sino cuántas. Detrás de la casa hay un garaje y lo usa de taller, está lleno de motos. A Laro le gusta comprarlas viejas para dejarlas como nuevas... Podría hacer lo mismo con su cuerpo, si quisiese. Con una década hibernando, se despertaría incluso más joven que tú, pero ya le has visto, no le interesa mucho parecer atractivo.

Isaac obvió el comentario y buscó en la penumbra de los techos alguna lámpara.

—¿No hay electricidad? —aventuró.

—Creo que el viejo usa el generador más bien poco —especificó Raúl, encogiéndose de hombros y continuando el ascenso— y tampoco hay agua corriente, tendrás que sacarla del pozo del patio para beber y, para bañarte, en la lumbre de la cocina puedes poner a calentar unas cacerolas. Aquí no hay gas butano.

—Es como si siguiese dentro de la cueva —se quejó el mestizo.

—La casa está vacía porque está en ruinas y para reformarla habría que tirarla entera y volverla a levantar; eso es lo que digo a mi madre para que no venga nadie a molestar al viejo oso, pero en realidad me gusta tenerle cerca de vez en cuando.

Cuando Raúl sacó la cabeza por la claraboya, comprobó con agrado que Laro había preparado su llegada a conciencia.

Era un tejado a dos aguas, con una pendiente suave. Sobre las tejas de pizarra les esperaba una enorme colcha azul de lana virgen y una decena de cojines, de distintos tamaños y colores.

El alfa dejó caer su cabeza en un almohadón de terciopelo y sus preocupaciones se desvanecieron bajo el firmamento.

La luna dorada se asomaba entre briznas de nubes violáceas y, también curiosa, la cabeza del mestizo calibraba la escena desde la oscuridad de la claraboya.

—¿A qué esperas, guaje?

—Prefiero dormir en el colchón —contestó Isaac, sin atreverse a subir al tejado.

—¿Bajo techo? No sabes lo que dices, no hay nada como yacer a pelo bajo la luna.

Raúl se mordió el labio inferior con una sonrisa pícaro e Isaac comprendió que se refería a «yacer» en el sentido más erótico de la palabra y no a «tumbarse» a contemplar las estrellas.

—Pero qué... —farfulló el mestizo al ver que el alfa se desvestía presuroso—. ¿Qué haces?

—Calentarme la piel. —Raúl colocó toda su ropa cuidadosamente entre un par de cojines cercanos, le miró con ojos candentes y agregó—: ¿A qué estás esperando, tú? Sal de la cueva.

La luna besaba el rostro y las manos del mestizo, reclamando más piel, así que Isaac cedió y se subió al tejado para librarse de toda la tela, quedándose de pie, completamente desnudo. La sensación era más que placentera, sus pupilas buscaron los rayos de luna y se prendieron de ellos; todo su cuerpo se sentía en el cielo, capaz de volar, hecho de polvo de estrellas. Eufórico, atravesó el tejado y se arrodilló en el borde, tentado de lanzarse en caída libre hacia la nieve. Necesitaba templar su libido porque estaba a cien.

La sombra del Raúl se movió entre las tejas y se preparó para coger a Isaac al vuelo, por si le daba por saltar.

El alfa no se movió, disfrutaba de las vistas nocturnas del páramo y de la espalda deliciosamente encendida de Isaac hasta que el mestizo se puso en pie y sus sombras se mezclaron en el tejado.

Raúl se estremeció de pies a cabeza, por un segundo había sentido toda la piel de Isaac rozar su propia piel y tuvo que desconectar para mantenerse sereno. Cerro los ojos y susurró:

—Este leve roce de tu sombra al pasar sobre la mía, lo siento como tus

labios contra mi boca y lo adoro. Venero el beso para tres que esconde a ojos de todos la vida secreta de mi sombra, ahora tan tuya y por siempre a tus pies.

—No conozco ese poema —repuso Isaac, girándose con curiosidad—. ¿De quién es?

—Es de ahora mismo, de esta luna.

A ojos del mestizo, el alfa estaba tumbado entre los cojines como un emperador romano, seductor e incitante, con una enorme erección que no se molestaba en ocultar; él respondió del mismo modo y se dio la vuelta, sin pudor, para caminar seguro de cada paso hasta tumbarse junto al alfa.

Ambos se movieron como dos imanes, girándose el uno hacia el otro y acomodándose de lado sobre la colcha, comiéndose con los ojos.

—Mañana con la luna llena, te sentirás más libre y poderoso de lo que jamás has soñado —prometió el alfa.

—Y si... —El horror paralizó las cuerdas vocales del mestizo, que tuvo que tragar saliva para continuar—: ¿Y si no consigo cambiar? ¿Y si me quedo atascado a medio camino para siempre? Dijiste que podía ocurrir.

Raúl recordó uno de sus peores momentos como jefe de la manada de Fronda: un joven de trece años se quedó deforme, atrapado en su primer cambio, quemándose vivo sin llegar a las cenizas, encerrado en forma humana y lobuna, piel y pelo, manos y garras, demente y atormentado por una agonía constante. El alfa tuvo que poner fin a su dolor partiéndole el cuello, delante de sus padres.

Isaac interpretó el silencio como la amenaza invisible de la posibilidad y se exasperó imaginando posibilidades aún peores:

—¿Y si me transformo y pierdo la conciencia, entonces qué?

—Eso no va a pasar.

—¿Y si pasa?

—Si pasase, si de verdad te descontrolases, el viejo oso me ayudaría a atraparte antes de que lograses salir de la finca. Entre los dos te encerraríamos en la casa y buscaríamos una solución... Voy a marcar la puerta del sótano con mi sangre, allí no hay ventanas y la única salida es la entrada, puedo preparar un ritual para que si entras, no puedas salir del sótano hasta que salga el sol... o hasta que yo mismo rompa el sello.

—Tengo un mal presentimiento.

—No, Isaac, lo que tienes es miedo y yo también, pero mi miedo es distinto. Yo tengo miedo de perderte. Eres mi *artiglio*. —Isaac recordaba aquella palabra que tanto había desconcertado al oso y descubrió el porqué cuando Raúl agregó—: *Artiglio* significa garra. Todos los *mannaro*, osos, lobos y jaguares, somos garras y colmillos; para nosotros, que seas mi *artiglio* significa que eres mi mitad.

Raúl extendió una mano despacio e Isaac se dejó acariciar la mejilla. La mirada dorada del alfa cayó sobre la boca entreabierta del mestizo y su pulgar entró en ella, acariciando los labios y anticipando un beso profundo que sus labios no tardaron en buscar. Apenas se rozaron, sus bocas probaron despacio el modo de encajar y sus cuerpos las siguieron por instinto.

Bailaron en la colcha entre caricias y besos hasta que el alfa gruñó, el deseo reverberó en su garganta y no se contuvo por más tiempo, se mordió el pulgar y lo hizo sangrar. En cuanto volvió a besar al mestizo, este notó el sabor metálico de la sangre y su poder catapultó sus sentidos, su lengua viajó por sensaciones indescriptibles de puro placer que reverberaban por toda su piel y que se multiplicaron cuando el alfa lo hizo girar, lo abrazó por la espalda y le lubricó con la poderosa sangre, presionando despacio con los dedos y apenas entrando para hacerle enloquecer y abandonarle en el momento justo, a las puertas del éxtasis. Cuando el alfa se empujó en su interior, Isaac se dividió entre el placer absoluto y el dolor abrasador, pero el paraíso le ganaba terreno al infierno con cada centímetro que Raúl enterraba en el mestizo, con cada caricia íntima que el alfa prodigaba. La vorágine del placer absoluto se los llevó a la vez con la misma intensidad y prontitud. Después no dejaron de abrazarse, habían estado tanto tiempo negándose aquel deseo que fue como sería el paso del cometa Halley, esperado, celebrado, fugaz e igualmente único.

—Creo que hemos despertado al oso —susurró Isaac—. Ya no le oigo roncar.

Raúl le mordió el hombro cariñosamente y le dijo al oído:

—Vamos a dormir un poco, a coger fuerzas y a despertarle otra vez, dentro de un rato.

Isaac concilió el sueño enseguida, pero Raúl, a pesar de sentirse relajado y satisfecho como nunca, no podía dormir. Al despuntar el día tendría que regresar a Fronda y no sabía si podría escapar de sus obligaciones para con la

manada antes de que llegase el plenilunio.

Confiaba plenamente en que el mestizo cumpliría la predicción de la Suma Sacerdotisa, estaba seguro de que su *anima gemella* era Isaac y empezaba a entender cómo este le daría descendientes poderosos que cambiarían la historia de Fronda. Con Isaac podría empezar otra línea de sangre, una estirpe de poderosos mestizos.

Las mismas tres profecías le desvelaban cada noche: la primera, la de la luna de cristal, la que le avisaba de cuándo y cómo moriría; la segunda, la de la luna de las dos caras, que auguraba la muerte de uno de sus hijos a manos del otro; y la tercera, la que le aseguraba que su *anima gemella* le daría muchos descendientes.

El alfa nunca había buscado más que placer entre los hombres, cegado por la idea de la procreación y olvidando que existen muchas maneras de ser padre y no solo por sangre.

En aquel instante, recordó cómo de pequeño él mismo había querido a la loba omega que les servía más que a su propia madre; incluso veía en su hijo, Lorenzo, al hermano que siempre había deseado tener.

Melisa Montenegro había puesto fin a ese cariño imponiendo su voluntad sobre la de Raúl, según ella por su propio bien. Él tenía apenas seis años y había sido incapaz de combatir el influjo, por lo que se había separado completamente de los omega y había empezado a tratarlos como los seguía tratando desde entonces, como siervos, aunque para él nunca serían los parias de la manada por mucho que Melisa se esforzase en inculcarle su odio.

El alfa le dio vueltas a todo aquello hasta el amanecer y cuando el mestizo despertó con las luces del alba, Raúl compartió con él parte de lo que había decidido, incitándole primero a hablar de los menores del centro en el que trabajaba.

—Mis compañeros y yo somos su familia, la única que tienen en realidad —decía Isaac. Era joven, pero sus ojos azules brillaban con la pátina de un alma vieja.—. La mayor parte de esos chicos fueron maltratados o abandonados siendo muy pequeños; nosotros los acogemos, pero al cumplir los dieciocho se supone que ya no son responsabilidad nuestra. Y eso es absurdo, siguen siendo críos.

—Apuesto a que no dejas que se vayan sin más —aventuró el alfa.

—No, claro que no. Les facilitamos las cosas, les ayudamos a encontrar

trabajo y les proponemos que vivan juntos en pisos tutelados, pero muchos se van y no volvemos a saber de ellos. Ojalá pudiese hacer más...

—¿Quién es Fran? —le preguntó el alfa a bocajarro, aunque ya había leído la respuesta en su mente.

Isaac contestó a corazón abierto.

—Un niño que ha estado con nosotros desde que nació. Su madre era drogadicta, murió en el parto y su familia se desentendió del bebé porque está enfermo. Su sistema inmunológico no crea defensas y los médicos dicen que hasta un catarro podría acabar con su vida. Sé que es cierto porque la enfermedad que tiene se ha llevado a un buen amigo mío... Y a mí me mata saber que no puedo hacer nada. Soy lo más parecido a un padre que Fran ha tenido nunca y te juro que le quiero como a un hijo. Me está matando saber que le queda muy poco...

—No puedes hacer nada más por Fran —le interrumpió Raúl—. Tú no, pero yo sí.

Isaac lo miró sin comprender el alcance de aquella oferta.

—¿Qué vas a hacer? ¿Adoptarlo?

—En cierto modo —convino el alfa—. Puedo convertirlo en un mestizo tan fuerte como tú. Nunca volvería a estar enfermo.

El amanecer despuntaba lleno de posibilidades y todas pasaban por los ojos azules de Isaac, colmados de esperanza.

—¿Lo harías? ¿De verdad, lo harías?

El alfa se miró en aquellos ojos colmados de esperanza y supo que nunca podría negarles nada mientras le mirasen así, como si fuese el rey del mundo, el príncipe del universo, el dios de la creación.

—Por supuesto que lo haré —resolvió, audaz—. Peter Pan no es nadie sin sus chicos perdidos y tú y yo nos vamos a llevar unos cuantos a Nunca Jamás.



1986, lunes 24 de febrero.
Luna del lobo, plenilunio.

Horas después de que se marchase el alfa, el mestizo escuchó llamar a la puerta del dormitorio.

—Chico, ¿tienes hambre? —preguntó Laro desde el pasillo—. He hecho pollo asado y voy a comer ya.

Isaac abandonó el tejado de un salto y en un santiamén estaba abriendo la puerta, desnudo. Se sentía famélico y su cerebro solo registraba el aroma delicioso que llegaba de la cocina, obviando la mirada estupefacta de Laro.

Al viejo oso le llevó unos segundos apartar la vista de la prótesis de sombra del mestizo, Isaac se movió rápido y se enfundó los pantalones junto con una excusa.

—Tuve un accidente de moto y me pusieron esta aleación. Es un material nuevo que...

—Sé lo que es —le interrumpió Laro, entre dientes— y con eso me queda claro que de verdad eres su *artiglio*. Nunca pensé que vería a Raúl hacer algo tan estúpido por alguien que no fuesen sus hijos ¡e incluso a ellos les dio mucho menos, apenas nueve hebras de sombra! Pero tú tienes un buen pedazo de él ahí abajo —dijo Laro, señalando la pierna del mestizo y, como este no contestaba y seguía vistiéndose, eludiendo su mirada, concluyó—: Te espero en la cocina.

Cuando Isaac entró en la cocina, la encontró impoluta. Era como si perteneciese a una casa completamente distinta. No había luz, ni agua corriente, pero todo estaba ordenado.

—¿Te apetece un albariño? —le preguntó Laro.

—No suelo tomar vino.

—El agua es para los peces —le recriminó el viejo oso, llenando dos copas con vino blanco— y tú no tienes cara de boquerón.

Isaac aceptó la copa, dio un sorbo y se sorprendió tomando un trago más largo al instante. El plenilunio enloquecía sus sentidos, los disparaba y todo era sublime.

Laro había dispuesto la mesa para dos y estaba sacando una bandeja del horno de lumbre. Era un enorme pollo asado y llevaba de guarnición algo de cebolla, bastantes zanahorias y patatas para un regimiento.

—No esperaba compañía, sino habría descongelado otro pollo —se disculpó el oso—. Partiremos este por la mitad.

Isaac miró en derredor sin ver nevera alguna.

—¿Dónde guardas la comida congelada? —inquirió, temiendo que el oso enterrase los víveres en la nieve.

—En el taller tengo un generador —contestó Laro, y empezó a servirle—. Para reparar las motos necesito electricidad y también para enfriar la cerveza. Por cierto, tu burra murió, te acompañó en el sentimiento... Ha sido una pena, insalvable, aunque el motor era joven.

—Tenía dos años.

Laro se sentó frente al mestizo, asintiendo, y empezó a llenar su plato empezando por una montaña de patatas asadas.

—La de motos que se me han muerto a mí, ¿ni te imaginas! Pero lo importante es que te queda suficiente cuerpo para subirte en otra. ¿Te quedan ganas?

Isaac cabeceó con la boca llena de pollo. Estaba exquisito.

—No es el primer accidente que tengo —dijo en cuanto pudo tragar— y no creo que se me quiten nunca las ganas de volver a montar.

—Así se habla. —Laro alzó su copa, el mestizo lo imitó y brindaron juntos—. ¿Cómo te llamas, pimpollo?

—Isaac.

—«Aquel que hará reír y trae felicidad» —dijo Laro, y bebió de su copa con ansia, disfrutándola con los ojos cerrados; aún sin abrirlos, añadió—: El primer Isaac nació cuando su padre tenía noventa años y su madre cien. Dios le dijo a su padre que tendrían un hijo y él sonrió, la mujer no estaba para muchos trotes, ni su marido para montarla, pero cabalgaron juntos y cuando

ella soltó al potrillo, le pusieron Isaac. —Laro abrió los ojos y estudió al mestizo, intrigado—. ¿Por qué te lo pusieron a ti?

—Era el nombre de mi abuelo y de mi padre.

—No me suena ningún Isaac de Fronda —farfulló el viejo oso, al tiempo que se llenaba la boca de patatas y empezaba a masticar a dos carrillos.

—Fronda —repitió el mestizo. Intentó retener el nombre de la gran lobera, pero la palabra salió de sus labios igual que la grasa de la salsa que escurría por su barbilla, ambas dejaron tan solo una pátina brillante detrás y un sabor que su mente no era capaz de recordar una vez fuera de su boca.

—Espero que hagas honor a tu nombre —continuó Laro— y que le traigas mucha felicidad a Raúl.

Escuchar aquel nombre escoció aún más el corazón de Isaac.

—Yo también lo espero. —Fue cuanto pudo decir, no pudo siquiera hacerse eco del nombre del alfa porque ya no lo recordaba.

—Raúl significa lobo valiente y él lo es como pocos he visto... Y he visto muchos.

Laro le sonrió con sinceridad y restos de comida entre los dientes. Isaac asintió, de nuevo incapaz de retener el nombre y sin molestarse siquiera en intentarlo.

—¿Qué significa Laro? —preguntó por inercia.

—«El que ama su hacha» —respondió el viejo—, pero no es lo que pone en los libros y no me gusta hablar de mi pasado. —Laro arrancó con los dedos un pedazo de pechuga y siguió rebañando de ese modo toda la carne de su plato mientras viraba el rumbo de la conversación ligeramente—. Conocí a un Isaac una vez, era fiero y era listo. Le gustaban los barquitos y consiguió que la reina María Cristina le botase un submarino que había inventado... Quería viajar por debajo del agua como el mismísimo capitán Nemo.

—¿Conociste a Isaac Peral?! —exclamó el mestizo.

El viejo oso asintió condescendiente.

—No me gusta hablar del pasado, hablemos del futuro y de cierto negocio que debo discutir con *vuesa merced*. —Laro guiñó un ojo y prosiguió—. Tengo varias motos en venta, tu alfa me ha dicho que te regala la que más te guste y, pimpollo, creo que tengo una perfecta esperándote en el taller. Te gustan las Harley, ¿no?

Isaac se atragantó. Siempre había querido tener una Harley Davidson, pero no encontraba ninguna que pudiese pagar, ni siquiera de segunda mano, lo único que había podido permitirse era un casco de la marca, pero tener una Harley algún día era una de las dos metas que le impulsaban a levantarse cada día, la otra era su sobrina. Todo el dinero que había estado ahorrando desde que empezó a trabajar se lo estaba gastando en la niña y con gusto. Se había convencido de que la moto podría esperar hasta que su sobrina saliese de la universidad y, sin embargo, el viejo oso le decía que ese día soñado ya había llegado.

Isaac estaba deseando salir de la cocina y entrar en el taller, pero Laro no tenía ninguna prisa, disfrutaba de la compañía y se encendió una pipa para continuar hablando de motos durante la sobremesa, al abrigo de unas copas de orujo.

Los pies de Isaac golpeaban rítmicamente el suelo, impacientes por subirse a las estriberas de la 48, el modelo de Harley Davidson que Laro había restaurado con mimo y que, en sus palabras, parecía «recién salida del útero mecánico, aunque tuviese ya cuarenta años».

La puerta de la cocina daba a la parte trasera de la casa, al igual que las ventanas, y los ojos del mestizo apenas se despegaban de las vistas del garaje, a unos cien metros.

Cuando, al fin, Laro se desperezó y se levantó de la silla, Isaac saltó de la suya, abrió la puerta con ímpetu y casi sacó la madera de los goznes.

—Veo que te mueres por subirte a tu burra nueva —se rio Laro mientras salían de la casa—. Lo malo es que no vas a poder probarla de verdad. La puedes oír rugir, puedes lamer su bonito tanque de gasolina hasta que le saques brillo al negro mate y te puedes subir a ella hasta que se te hinchen las pelotas de puro deseo de arrancarla, pimpollo, pero la puerta del garaje es lo más lejos que vas a llegar con esa preciosidad; Raúl lo ha dejado muy claro.

—Llevo toda mi vida esperando —resolvió Isaac— puedo esperar un poco más.

El viejo oso retiró la pesada puerta de hierro del taller, de un solo movimiento, con facilidad.

Por fuera, el garaje no ocupaba más de cien metros cuadrados y no era muy alto; por dentro, una rampa en una esquina desvelaba el secreto de una guarida subterránea.

—Sí —confirmó Laro—, tienes seis sótanos debajo de los pies. La casa es de los Montenegro, pero esta es mi osera particular porque se la gané a tu alfa en una partida de naipes. La he ido haciendo crecer hacia abajo, con mis propias garras.

Isaac no sabía si iba en broma o en serio, asintió sin más. El olor del aceite de motor y los vapores de la gasolina le embriagaban, era el aroma que su padre traía en las manos al llegar de trabajar, el rastro familiar que le dejaba en las mejillas cuando lo acariciaba de niño.

—La tuya la tengo aquí, no necesitamos bajar —dijo Laro, y se metió entre filas de motocicletas tapadas por sábanas y columnas de cajas de herramientas y maquinaria pesada.

El mestizo lo seguía en trance. El viejo oso no dejaba de hablar, pero no sacaba de Isaac más que monosílabos.

—He estado varios días poniendo a punto a esta belleza. Pierde un poco de aceite, pero es porque marca su territorio como una fiera... Nada que deba preocuparte.

—Ajá.

—Mírala, tierna como un bebé. —Laro tiró de una de las sábanas y dejó al descubierto una motocicleta reluciente—. Espero que la cuides bien.

—Joder... —Isaac se quedó sin aire en los pulmones y tuvo que aspirar a conciencia para susurrar—: Es perfecta.

El viejo oso encendió el motor con una carcajada.

—No es que la que tuvieses antes estuviese mal, pero así es como suena una moto de verdad. Anda, ven. Sube.

El mestizo no se hizo rogar y saltó sobre la Harley, sus manos acariciaron el manillar y su pecho se pegó al tanque de gasolina.

—Me caes bien, Isaac. No he conocido muchos lobos que sepan amar la carretera —continuó Laro—. Tu alfa me dijo una vez que prefería correr sobre el asfalto a cuatro patas porque no necesitaba montarse en una cosa para sentirse uno con el viento, pero los *orso mannaro* no somos tan rápidos.

—Los lobos tampoco alcanzan ciento cincuenta kilómetros por hora —resopló Isaac, sin dejar de acariciar su nueva moto, ni quitarle los ojos de encima.

—Los lobos no —repuso Laro, achicando la mirada—, pero los *lupo*

mannaro sí que os ponéis a doscientos. Os he visto en acción.

Isaac tragó saliva, su corazón se aceleró y su frente se perló de sudor. Debía mantener la calma y no hacer sospechar a Laro sobre su naturaleza mestiza.

—Me gusta correr por la ciudad —dijo entre dientes, dando suaves palmadas sobre el tanque de gasolina— y eso solo puedo hacerlo con una de estas. Además, tengo una sobrina y ya sabes que las chicas no cambian, pero en unos años la subiré conmigo a esta moto y la haré sentir que corta el viento.

Laro rio, complacido.

—Te entiendo. Anda, coge a esa preciosidad en brazos y sácala fuera. Te has ganado el derecho a bajar por el camino de grava hasta la cancela de la entrada.

—Prefiero montarla cuando pueda salir de la finca —rezongó Isaac. La moto debía pesar más de doscientos cincuenta kilos, Laro sería capaz de levantarla con una sola mano y posiblemente el alfa también, pero él no sabía si tendría tanta fuerza y prefería no comprobarlo delante del viejo oso, así que cambió de tema—: ¿No me vas a enseñar tus juguetes? Seguro que tienes una chopper durmiendo por ahí.

—Más de una —corroboró el oso— y tienes razón, vamos a levantar algunas sábanas que esto parece una morgue.

Levantaron todas las sábanas del primer piso y continuaron con los seis siguientes. Había más de trescientos motos en aquel lugar, parecía una convención de aficionados y cada moto tenía algo especial, algún detalle que la hacía única, alguna historia increíble entre las ruedas.

Cuanto más hablaba con el viejo oso, más difícil le resultaba al mestizo mantener la calma y las apariencias.

Compartieron un par de cervezas y regresaron a la casa, bien entradas las seis de la tarde. El teléfono de la cocina no dejaba de sonar, emitía unos pitidos tan estridentes que se escuchaban desde cualquier punto de la parcela. Había sido configurado así adrede.

Laro descolgó, gruñendo.

—Odio este chisme y lo sabes.

—Menuda manera de saludar que tienes —se quejó Raúl al otro lado de la

línea—. ¿Y si llega a ser una amable señorita para venderte una enciclopedia?

—Nunca me ha llamado nadie que no seas tú, ni siquiera por error.

Solo el alfa tenía aquel número, había instalado la línea de teléfono unos quince años antes para poder despertar al oso en caso de necesitarle y, en aquel momento, lo necesitaba.

Su madre le estaba siguiendo, llevaba días sospechando de él por sus frecuentes desapariciones y al llegar Raúl a la casona después del amanecer, apestando a sexo, Melisa lo había percibido. Por mucho que el macho alfa se lavase, su cuerpo no dejaba de almizclar al pensar en Isaac y aquel olor había encendido en Melisa todas las alarmas, aunque por las razones equivocadas. Estaba convencida de que en la Lupercalia su hijo se había vuelto a prender de una humana, una que de seguro no traería buena sangre a su estirpe.

La loba negra quería saber qué pasaba exactamente con su hijo y haría lo posible por enterarse, aunque Raúl no contestase la batalla de preguntas que ella le lanzaba incluso por telepatía. Él se cerraba a ella con la misma fuerza con la que deseaba abrirse para Isaac, pero el mestizo no tenía ese don telepata y por eso había tenido que recurrir al teléfono.

—¿Dónde estabais? —Raúl resopló en el auricular—. Llevo llamando un buen rato.

—Tres minutos no es un buen rato —le corrigió Laro—. Le estaba enseñando a tu chico las motos, todas las que tengo, ya sabes.

—Ahora entiendo que Isaac no quisiese escucharme —mintió el alfa, variando ligeramente la excusa que había preparado para justificar la llamada—. Le tenías tan concentrado que no podía comunicarme con él, por eso he tenido que tirar del teléfono. ¿Me está escuchando ahora, al menos físicamente?

—Sí, Isaac está justo a mi lado.

—Bien —siguió mintiendo el alfa—, porque le estoy diciendo dentro de esa cabezota suya que esté tranquilo y necesito que tú también se lo digas... Queda una hora para que salga la luna y ya tengo todo preparado: esta noche la manada correrá lejos de la finca y no percibirán su olor por mucho que sople el viento. Los que le están buscando ya tienen su rastro, he marcado algunos árboles con la ropa de Isaac y los he dirigido hacia la otra punta de Fronda... No hay peligro de que le encuentren contigo, pero aun así, lo mejor sería que te fueses y que Isaac bajase al sótano de la casa y me esperase allí,

él solo.

—¿Me estás dando la noche libre?

—Sí, ¡marcha ya! Te estoy pidiendo amablemente que te largues, viejo. Puedes venir a Fronda, siempre eres bienvenido, seguro que se te ocurren mejores planes para esta noche que hacer de canguro y yo también los tengo. Este es el plan B y tú no estás en él.

Isaac sabía que esa información era para él. Habría preferido escuchar que era el plan A, su favorita de las dos opciones que Raúl había preparado: el alfa estaría a su lado todo el tiempo porque habría despistado a su manada haciéndoles perseguir su sombra. El plan B consistía en que Isaac se parapetase en el sótano y se hiciese él mismo la marca del ritual; para ello, el alfa había dejado un poco de su sangre en una botella y también un poco de sal.

Habían bromeado con la posibilidad del plan C, que incluía una pistola de dardos tranquilizantes, cargada con sedante para elefantes. Isaac sonrió al pensar que al menos la pistola estaba descartada y no iba a tener que dispararse a sí mismo.

—Voy a bajar al sótano ya —resolvió, alto y claro para que el alfa también pudiese oírle al otro lado del teléfono—. Gracias por la buena compañía y por todo lo demás, Laro. Buenas noches.

Isaac salió rápido de la cocina y el oso se despidió del alfa todavía más deprisa, colgó el teléfono y siguió al mestizo por el pasillo hasta la puerta del sótano, justo a tiempo de verle desaparecer por ella y cerrar tras de sí.

Cuando Isaac ya había bajado la mitad de la escalera, completamente a oscuras, la luz se hizo a su espalda y la silueta de Laro apareció a contra luz en el umbral de la puerta.

—*Dai nemici mi guardo io, dagli amici mi guardi Iddio* —farfulló el viejo oso.

Los ojos azules de Isaac se nublaron de dudas en la penumbra.

—Raúl ha dicho que baje solo —dijo el mestizo con voz templada.

—Y yo he dicho en italiano: que dios me guarde de mis amigos, que de mis enemigos ya me guardo yo, pero tú no me has entendido ni una palabra porque no tienes el don de lenguas.

—No des un paso más —le advirtió Isaac, manteniendo la calma—, el

umbral está ungido con sangre y, si bajas, no podrás salir hasta que la luna se vaya del cielo.

Laro olisqueó la madera, percibió la esencia del lobo alfa y supo que Isaac no mentía, pero no se amilanó.

—Esto es una prueba más que me confirma lo que verdaderamente está pasando aquí... Llevo horas sospechando de ti... Ahora tus ojos deberían destellar en la oscuridad y apenas lo hacen. Tú no eres un *mannaro*.

—Sí que lo soy.

—No del todo —le contradijo Laro, vehemente, y empezó a bajar la escalera—. El colmo ha sido la llamadita de teléfono para quitarme de en medio, la verdad es que lo habría conseguido si solo me hubiese dicho que me fuese, pero eso de que tu alfa no pueda comunicarse contigo mentalmente no me lo trago.

Laro saltó de improviso, escalera abajo, y se quedó de pie, con los brazos cruzados a un solo escalón de Isaac, aunque el oso parecía mirarle desde mucho más arriba.

—No sé qué crees que soy, pero te equivocas —intentó convencerlo Isaac.

—Creo que eres un mestizo —afirmó el oso—. No hay otra explicación: hueles a lobo porque lo llevas dentro, pero no puedes sacarlo o ya lo habrías hecho para hacerme ver que me equivoco...

Isaac tragó saliva.

—Laro, por favor, escúchame...

—No sabes cómo lo siento, pimpollo, empezaba a encariñarme contigo.

La hoja de un cuchillo cortó la conversación al brillar entre los dos. El viejo oso había puesto el filo a la luz para que ambos pudiesen verlo y después dejó que el mestizo lo cogiese, bajando el cuchillo muy despacio hasta dejarlo en sus manos.

—Lo siento, pero eres una aberración —continuó Laro—. Nadie estará nunca seguro a tu lado. Matarás a los que más quieres y te despertarás con sus pedazos entre los dientes. Coge el cuchillo y termina con esta locura.

Isaac apretó tanto los dientes que rechinaron.

—No puedo hacerlo.

—Yo te ayudaré.

Con manos rápidas, Laro giró el cuchillo y apuñaló a Isaac en el estómago,

con sus propias manos. El viejo oso era realmente fuerte y, sin embargo, el filo no entró más de un centímetro en la carne de Isaac, porque de la pernera de su pantalón salió una garra de sombra que desarmó al oso, sorprendiéndole. La misma sombra se anudó al cuello de Laro y lo izó en el aire.

Al quedarse sin su prótesis, Isaac tuvo que agarrarse a la barandilla de la escalera para no caerse. Una sola pierna lo mantenía en pie, su pierna de sombra estaba ahorcando al viejo oso, asfixiándolo poco a poco.

Laro sentía hervir la sangre de su cabeza, las sombras apretaban su garganta con fuerza y no le permitían transformarse, ni respirar. Iba a morir después de tantos siglos y aún no se creía que fuese a ocurrir en el único lugar en el que siempre se había sentido a salvo.

El mestizo no tuvo tiempo para pensar en las consecuencias, reaccionó y salvó la vida de Laro, aunque este hubiese intentado matarle. Se colocó debajo de él, le sirvió de apoyo para que dejase de patallar en el aire y le suplicó a las tinieblas que se retirasen. Imploró con toda su alma y funcionó.

Las sombras debían protegerle y también obedecerle, abandonaron el pescuezo del viejo oso y volvieron a transformarse en una prótesis inmóvil bajo el pantalón del mestizo, recuperando su lugar en la pierna cercenada.

El oso se quedó tumbado en los peldaños e Isaac bajó las escaleras y guardó las distancias entre las tinieblas, ambos recuperando el aliento sin saber qué decirse.

—Tu alfa ha debido darte mucho de él para protegerte así —dijo al fin Laro—. Eso le debilita, vas a ser su ruina.

—Podría haber sido la tuya —contestó raudo Isaac—, pero te he perdonado la vida y espero que tú hagas lo mismo conmigo.

—No puedo hacerlo —gruñó el oso—, tu vida no vale más que una sola de las muchas que puedas haber tomado, ni de las que tomarás.

—¡Yo jamás he matado a nadie!

—Me lo imaginaba —repuso Laro, apesadumbrado—. Veo tu aura y sé que no está corrupta, todavía... No lo entiendes, pimpollo, yo estaba dispuesto a ayudarte a morir como inocente y por eso iba a cargar con tu fantasma hasta que encontrases la paz. Me iba a responsabilizar de ti, liberándote de la maldición, y aún mantengo mi oferta. —Laro se puso en pie, cogió el

cuchillo que había caído tan solo unos peldaños más abajo y blandió el filo en el aire como si de veras pudiese cortar la tensión en el ambiente—. Los fantasmas de las almas puras que tomamos no se van, siempre nos atormentan. Cuando quites una vida inocente y su espíritu te mortifique, te aseguro que desearás estar muerto.

—Eso nunca me pasará a mí —replicó Isaac, al tiempo que buscaba algún lugar en el que resguardarse en una posición mejor.

El sótano era en parte bodega, en parte trastero. Olía a vino agrio y a libro viejo. Isaac trepó con facilidad a una de las barricas de vino, tan alta como él, y desde allí vigiló cada movimiento del viejo oso.

Para sorpresa de Isaac, Laro subió los peldaños en lugar de bajarlos, llegó a la puerta y olfateó de nuevo las marcas de sangre, clavándole una mirada juiciosa.

—Dime, mestizo, ¿qué pasaría si una noche de plenilunio tu sobrina bajase esta misma escalera sin que tú pudieses evitarlo? Yo te digo lo que pasaría, que este sello que no deja salir al que lo traspase sería la tumba de esa niña... ¿Crees que no despertarías al amanecer con su sangre en tu boca? Lo harías, no lo dudes.

—Te equivocas —le espetó Isaac—. Yo no voy a perder la razón cuando cambie. Seguiré siendo yo, soy distinto...

—¡Eso es imposible!

Isaac se sacó del bolsillo una pequeña botella con sangre y una bolsita de sal y las hizo oscilar en sus manos.

—Solo tengo que marcarme con esto en la cara y...

Laro se cortó en la palma de la mano con el cuchillo y empezó a sangrar.

—Intentas ganar tiempo, pero no me engañas. Supongo que Raúl aparecerá en cualquier momento y tendré que lidiar con él, si no entra en razón, pero donde seguro no va a entrar es aquí con nosotros. —El viejo oso marcó la puerta con su sangre, trazando unos dibujos similares a los que había hecho el alfa previamente y sentenció—: Ahora nada ni nadie podrá entrar ni salir hasta el amanecer.

Raúl sintió la sacudida de las sombras y supo que Isaac estaba en peligro de muerte. En aquel momento, lideraba la carrera a través del monte,

cortando el viento como cabeza de la manada. Su madre le seguía de cerca y le iba a costar despistarla, pero era necesario y lo hizo. Tomó la ventaja necesaria para su maniobra, se dirigió a uno de los múltiples riachuelos que cruzaban Fronda y entró en él, desapareciendo en la corriente. Por contra, su sombra saltó sobre el río y se quedó entre los matorrales el tiempo suficiente como para engañar a la manada y que la siguiesen.

Raúl Montenegro, en su forma humana, escapó por el riachuelo y los saltos de agua helada hasta alcanzar una distancia suficiente como para volver a cambiar a lobo y dirigirse velozmente hacia la casa de las afueras.

Atravesó páramos y acortó por las pocas carreteras que pudo tomar, correr sobre el asfalto era mucho más rápido y menos cansado. Llegó a cuatro patas hasta la cancela y la saltó, las sombras le hicieron levitar casi tres metros y medio por encima de la valla.

En cuanto alcanzó la puerta de la casa, volvió a ser humano y entró a la carrera, desnudo, cruzando el pasillo hasta el sótano en apenas cinco segundos.

—¡Isaac! —gritó, incapaz de traspasar el umbral ungido.

Laro se asomó al pie de la escalera, llevaba un cuchillo en una mano y el cuchilloapestaba a ferritina. Raúl olfateó y sus ojos se encendieron, pero se tranquilizó al distinguir en el aire únicamente la sangre del viejo oso. El mestizo estaba allí abajo también, pero no sangraba.

—Tócale un solo pelo y estás muerto —le amenazó Raúl.

La mayor parte de su sombra seguía en el bosque, pero regresaría pronto. Un lobo no tenía nada que hacer contra un oso, pero Raúl era una alfa y el viejo oso no tendría posibilidad alguna de sobrevivir. Unas briznas de tinieblas pugnaron por atravesar el umbral, pero fue inútil, el alfa se exasperó y le dio un puñetazo al vacío.

Laro profirió una carcajada seca.

—Pareces un mimo jugando a que tiene delante un cristal.

Raúl sonrió de soslayo, fue más bien una exhibición de dientes feroces, acompañada de un comentario incisivo:

—Al amanecer usaré tu piel de alfombra y tu cráneo de orinal, viejo amigo.

La rabia le atería las manos al marco de madera de la puerta, estaba

empezando a resquebrajarlo bajo sus dedos, pero eso no desharía los sortilegios, ni aunque lo quemase entero y derribase las paredes. El hechizo seguiría ahí, impidiéndole entrar, protegiendo el espacio del sótano como una burbuja.

Laro volvió a reírse con más ganas.

—Tu chico y yo hemos hecho una apuesta —explicó, cruzándose de brazos—. Le voy a dejar cambiar y si es verdad esa superchería absurda que le has hecho creer, si él es capaz de mantener su voluntad cuando se imponga la forma de la bestia, entonces no le mataré. Es más...

Raúl le interrumpió con un gruñido amenazador:

—Isaac mantendrá la conciencia, pero tú no vas a mantener la cabeza sobre los hombros por mucho tiempo, viejo. No sé cuántas veces habrás visto ya al cometa Halley, pero óyeme bien: mañana no lo verás.

—No me has dejado terminar —masculló, Laro, cansado de escuchar bravuconerías—. Verás, lobato, estoy tan seguro de que tú te equivocas que, si no es así, seré su guardián de sangre.

La mandíbula del alfa se desencajó por la sorpresa y repitió por inercia:

—¿Su guardián de sangre? ¿Vas a dedicar tu vida a protegerle?

Laro asintió.

—A él y a su familia —dijo Laro y se restregó los párpados con ironía—, pero solo si la bestia se mantiene cuerda y yo lo veo con estos ojitos míos tan lindos. No lo espero, la verdad, jamás vi algo semejante y llevo mil años cazando demonios ferales y aberraciones mestizas. Nunca he faltado a mi promesa de proteger a los humanos, así que si se diese el remoto caso de que fuese cierto y tuviese que perdonar a tu mestizo, tendría que hacer un nuevo juramento, igual de poderoso, de ahí lo de convertirme en su guardián de sangre... Si este pimpollo puede ser un soldado más de nuestra causa, bienvenido sea. Veremos juntos un nuevo amanecer, en todos los sentidos.

—Déjame pasar —exigió Raúl—. Quiero verle.

—Él no quiere que lo veas —repuso Laro—. El cambio se acerca, está empezando. Puedo olerlo y tú también puedes. La luz de la luna haría que todo fuese más rápido, apenas un par de minutos, pero aquí abajo sin... *tintarella di luna*, la transformación puede durar horas.

—¿Y tú qué sabes?! —exclamó Raúl, salivando de rabia contenida.

—¿Yo? —Laro se encogió de hombros—. He visto transformarse a un mestizo antes, una sola vez, pero no es fácil de olvidar: Isaac se va a quemar por dentro, la piel se derretirá sobre sus músculos como cera vieja, hasta que el lobo le salga por la boca... Lo va a parir a gritos.

—¡Cállate! —aulló Isaac. El mestizo apareció desnudo en el rellano y se dirigió al alfa—: ¡Y tú, vete!

—No. Yo te he hecho esto, eres mi *artiglio* y estaré contigo hasta el final.

Raúl se mantuvo firme, calmado y frío en apariencia, aunque por dentro hirviese de miedo. Isaac temblaba, rojo de la cabeza a los pies, en la frente se había dibujado la marca de la luna de sal y sangre y, nada más hacerlo, había empezado una jaqueca insufrible.

—Laro, déjame pasar, por favor —rogó Raúl—. Te doy mi palabra de que si la marca no funciona, yo mismo acabaré con él. Por favor, déjame pasar y ayudarme.

El viejo oso jamás había oído una súplica en labios del alfa, subió las escaleras y se encararon.

—Está bien —claudicó Laro—, dejo su alma en tus manos. Confío en ti, los dos romperemos el sello... Has perdido la cabeza, lobato, espero que no pierdas también el honor.

—Te he dado mi palabra y la mantendré —dijo Raúl y se desgarró la piel de los dedos índices con los dientes para restregar su sangre por la marca, anulando su poder.

Laro también deshizo su sello, aprovechando la sangre del cuchillo que aún llevaba en las manos.

—Ya está —confirmó el viejo oso.

—Bien, saquémoslo a la luz de la luna.

Raúl se lazó escaleras abajo y cogió a Isaac, moribundo, en sus brazos. Laro les acompañó fuera de la casa y en cuanto la piel del mestizo se expuso a los rayos lunares, empezó a burbujear e Isaac se deshizo en alaridos.

El alfa le depositó sobre la nieve y esta se derritió humeando bajo el cuerpo del mestizo, que se retorció en el suelo. Isaac deseó perder la conciencia, el dolor era demasiado intenso y su cerebro luchaba por desconectar, pero no podía. Quería desvanecerse, pero la marca de su frente le anclaba a la realidad como un gancho al rojo vivo, atravesándole la cabeza

por la mitad.

Fueron tres minutos de infierno, Isaac sintió el desgarró de todos sus músculos, se le deformaron los tendones y los huesos, su piel se volvió lava y de la lava surgió un hirsuto pelaje negro que le cubrió por completo. Su boca se dilató, arrastrando hacia su nuca nariz, ojos y orejas, hasta que la cabeza del lobo negro surgió con un aullido y abrió dos ojos amarillos y reflectantes.

—¿Isaac? —gimió el alfa.

El lobo negro se relamió y se sacudió de encima los restos de piel humana, apenas quedaban cenizas de lo que había sido una vez Isaac Alborada.

El viejo oso se mantuvo apartado, aunque se había desnudado y estaba preparado para cambiar de forma y entrar en combate.

—Pídele que te dé la patita —incidió, sardónico.

El alfa gruñó, ofendido por la ocurrencia, pero el lobo mestizo se lo tomó al pie de la letra, se sentó sobre sus cuartos traseros y levantó una pata hacia el alfa.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Laro, cayendo de rodillas en la nieve—. Hazlo otra vez, pimpollo.

Isaac le hizo caso y Raúl Montenegro rio con ganas, aceptando el saludo y estrechando la pata del lobo entre sus manos como si cerrasen un acuerdo, uno que les unía de por vida.

—He de decir que como lobo, no he visto otro más atractivo más que en el espejo... —bromeó el alfa, pagado de sí mismo—. Eres exacto a mí, guaje. Es asombroso. —Su sonrisa se ensanchó satisfecha y el alfa se giró hacia Laro para añadir—: Vas a tener que disculparte, viejo. Creo que un juramento bastará, uno que te convierta en su guardián de sangre.

Al despuntar el alba, el mestizo despertó desnudo y humano, abrazado al cuerpo caliente y peludo del lobo alfa.

Las doce hectáreas y media de la finca se les habían quedado pequeñas aquella noche, los dos lobos negros las recorrieron juntos, rastrearon algunas alimañas y jugaron a perseguirse entre arrumacos.

Isaac recordaba cada segundo al detalle, había sido una de las mejores noches de su vida. El dolor de la transformación no era nada comparado con la sensación de libertad al correr por el bosque, ni con el placer de cazar junto

al alfa.

Incapaz de contenerse, el mestizo acarició la cabeza del lobo negro con respeto. Era un animal hermoso, que abrió los ojos y le miró con una expresión de amor muy humana. En un segundo, Raúl se transformó en hombre y se abrazaron, de frente, sonriéndose, los dos visiblemente excitados.

—Buenos días, alma de luna —susurró Isaac.

—¿Estás bien? —El alfa fue directo al tema que más le preocupaba, Isaac asintió y él insistió—: Pero, ¿te duele algo?

—No me he sentido mejor en toda mi vida.

—Puedo hacer que te sientas mejor todavía. —Raúl estrechó su abrazo y le mordió la boca—. Puedo hacerte cosas que ni imaginas...

—Yo también —respondió Isaac, su pierna de sombras acató su voluntad y se transformó en una mano de seda oscura, que se deslizó por el cuerpo del alfa hasta atrapar su erección.

Raúl se sorprendió, pero contraatacó deprisa:

—Yo también puedo jugar así.

El alfa invocó su manto de sombras e hizo que estas cayesen sobre los dos, envolviéndoles en caricias de mil manos, pero cuando intentó volver a besar a Isaac, este le esquivó y dejó libre el temor que acababa de recordar:

—Laro me dijo ayer que te debilitaste al darme tanto de tu sombra.

Raúl gruñó.

—El viejo oso no sabe lo que dice y por eso va a ser tu esclavo. No le hagas caso...

—Pero ¿es verdad que me has dado un trozo de ti o no? —le interrumpió Isaac, enseriándose y apartándose del cuerpo del alfa tanto como le permitían las sombras, apenas unos centímetros.

Raúl chascó la lengua con fastidio y las tinieblas se disiparon.

—¿Y qué si lo hice? —refunfuñó—. He protegido a mis hijos del mismo modo.

—No, Laro dijo que a ellos les habías dado cuatro pelos mal contados.

Raúl rechinó los dientes y silbó a través de una sonrisa cínica.

—El viejo oso habla demasiado, pero sí —admitió el alfa—, a mis hijos les di apenas unas hebras porque ellos no necesitan más.

—No quiero que por mi culpa seas más débil, no quiero ser... tu ruina.

—Y yo quiero que entiendas que compartir mis fuerzas contigo no me hace más débil. Me da igual si mi cuerpo tarda más en recuperarse de las heridas, saber que tú y mis hijos sois más fuertes, también me hace a mí más fuerte. Esa es la paradoja: sois mi razón para vivir... y una buena razón para vivir también lo es para morir. Los *mannaro* somos seres contradictorios, fuego y sombras, ¿recuerdas? —Isaac asintió, Raúl volvió a besarle y después juntó sus frentes y se sinceró a un paso de sus ojos—: Si tengo que tener una razón para morir, no me importa que seas tú, Isaac... Además, nunca me iré del todo porque, el viejo tiene razón, te he dado mucho de mí.

Las sombras que Isaac controlaba dejaron de obedecerle, pasaron a la voluntad del alfa y acarició con ellas el rostro sorprendido del mestizo.

—Puedo sentir tu piel en mis dedos —confesó Raúl—, la sombras que te mantienen en pie y son una parte de ti, siguen siendo una parte de mí y por eso siempre estará viva a tu lado. Te protegeré si muero e incluso podré besarte... así.

La sombra se volvió etérea, apenas una silueta oscura que se hinchó hasta formar un cuerpo semitransparente, exacto al del alfa. El rostro de tinieblas sonreía como sonreía Raúl y cuando besó a Isaac, el alfa también pudo sentirlo. Se había desdoblado de este modo muchas veces antes, aunque jamás para yacer con nadie. El alfa de carne y hueso se giró, dándole la espalda al mestizo, que a su vez era abrazado por el alfa de sombras. Les fue imposible contener la pasión y el deseo. El hombre de sombras entró en el mestizo en el mismo instante en el que Isaac entraba en el alfa.

Tuvieron sexo salvaje y fugaz y terminaron el mestizo en brazos del alfa, ambos exhaustos, embadurnados de rocío, y oliendo a bosque y frenesí. El sol fue cambiando el páramo de color y sus rayos hicieron que las sombras naturales de Raúl e Isaac pareciesen la de un único hombre.

—Te quiero, Isaac —musitó Raúl en el oído de su amante.

El mestizo se giró y se enfrentó al alfa con una sonrisa lobuna.

—¿No esperarás que yo diga: «te quiero, Peter Pan?» —Los dos se rieron y el mestizo, algo azorado, agregó con un hilo de voz—: Yo también te quiero, mi *artiglio*.

Los ojos del alfa se encendieron de pura emoción, él tomó aire y dijo:

—Me llamó Raúl Montenegro y soy el alfa de la manada de Fronda, pero no vas a poder recordarlo por el momento y es mejor así.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que puedas volver a la manada y reinar conmigo como alfa consorte... Isaac, algún día recordarás que Fronda en italiano significa «rama de árbol», pero también «revolución» y cuando tú lo recuerdes, nadie podrá olvidarlo. Cuando llegué ese día, todos los *mannaro* entenderán que los mestizos solo sois lobos como nosotros.

Capítulo IV

TINTARELLA DI LUNA

«Bronceadas, llenas de pecas, con pieles enrojecidas y algo amoratadas, así son las chicas que toman el sol, mas existe una que toma la luna. (...) Toda la noche en el tejado, como un gato. Y si hay luna llena, su piel se enciende».
Mina, *Tintarella di Luna* (letra y música de F. Migliacci y B. De Filippi).



2007, domingo 30 de septiembre.
Luna de frutas, gibosa menguante

Marta Alborada había escuchado con atención la historia del cambio de Isaac y deseaba que su cuerpo fuese tan fuerte como el de su tío, para que el amanecer le trajese una nueva vida.

Ya era lunes, pasaban tres minutos de la medianoche y octubre despertaba con una promesa muy distinta de su monotonía en la universidad. Las clases comenzarían por la mañana, pero Marta sonrió al pensar que, si todo salía bien, podría aprobar Derecho Romano sin tocar un libro.

Durante los días de plenilunio, su loba yacería a flor de piel y podría hechizar a los humanos con órdenes sencillas, como había visto hacer a su tío y a los chicos, el alfa se lo había confirmado. No le importaba que las noches de luna llena le partiesen los huesos para abrir paso a las fauces. El dolor merecía la pena.

Todos los pensamientos positivos en los que se escudaba del terror que le imponía el sótano, se desvanecieron cuando Marta vio aquel cadáver retorciéndose bajo un manto oscuro de cerrazón viva.

—Todavía respira —murmuró la joven.

—Lo parece, ¿verdad? Fíjate bien —le indicó el alfa, apuntando con un dedo despreocupado hacia la pared, en el corazón de la oscuridad.

En uno de los muros, una sombra humana sufría los ataques de cientos de serpientes oscuras que le atravesaban el pecho y le mantenían de rodillas. Sus brazos se estiraban hacia la única luz que él veía, la luz del quinqué del muro. Una luz que no le protegería.

La sombra del hombre estaba conectada por un hilo tenue, hecho de tinieblas y perlas luminosas que llegaban hasta los pies del muerto.

El alfa señaló la fina hebra y le dijo:

—Ese es el cordón de plata que ata su alma a la carne. Las sombras corren por sus venas y le animan el corazón, así le mantendrán con vida hasta que expriman al máximo su miedo y su dolor. Su cerebro ya está apagado, pero su alma aún no lo sabe. Nos mira, pero no nos ve con sus ojos humanos — dijo Raúl, caminando hacia el coche. Al llegar a la parte trasera, gruñó—: No voy a poder meterle ahí dentro. Darío ha destrozado la compuerta y tendré que llevar el maletero al aire.

—Y... ¿y qué vas a hacer con él?

La chica seguía absorta y señalaba el cadáver, horrorizada.

—Le llevaré de copiloto —bromeó el alfa. Pensó que no sería mala idea y se acercó a la ventanilla para meter el brazo dentro del todoterreno y sacar una gorra de la guantera—. Le llevaré a mi lado y con la visera nadie verá lo guapo que está y parecerá que duerme... Tengo que taparle la cara como sea, tu Romeo se ha desquitado a gusto.

Marta frunció el ceño y fingió no entenderle.

—No es mi Romeo, Darío no es nada mío.

Raúl insistió, viendo que el tema conseguía sacarla del trance.

—Di lo que quieras, mujer, pero no creas que a Isaac se le ha pasado por alto el jueguecito que os traéis vosotros dos a sus espaldas.

—El tío me protege demasiado —se quejó Marta.

—Oh, no... En este caso, lo que quiere es protegerle a él de ti. Ese chico no está preparado para una mujer como tú, Marta Alborada. Eres mucha mujer, demasiado mujer para él... No ha tenido una relación en su vida. ¡Por dios, si tiene veintiséis años y todavía es virgen!

—Darío no es virgen —balbució Marta, palideciendo de nuevo.

—Te equivocas —le corrigió Raúl, comprendiendo que la chica conocía gran parte de los secretos de la manada de mestizos—. Pronto entenderás que para nosotros, los *mannaro*, la voluntad lo es todo. No importa lo que le hiciesen de pequeño a ese pobre chico, él dejará de ser virgen cuando disfrute por primera vez, cuando lo haga porque lo ha elegido... Y bien, ¿has pensado qué vas a elegir tú?

Marta volvió a mirar al hombre muerto y, sin apartar la vista de aquellos ojos vacíos, decidió:

—Quiero intentarlo.

El cadáver tembló, animado por una ligera brisa y, de pronto, les habló:

—No lo hagas.

La chica se llevó las manos a la boca, pero no pudo reprimir un grito de espanto.

Raúl Montenegro conocía aquella voz, la conocía bien porque le había atormentado durante mucho tiempo. Buscó la sombra del cuerpo del hombre muerto, no la del alma en la pared, si no la de su carne en el suelo y allí encontró lo que esperaba. Había dos sombras en el terrazo: una estaba agazapada, era más oscura y tenía pegadas hebras de tinieblas como sanguijuelas; la otra era grisácea y pertenecía a un hombre joven y fuerte, al espíritu que hablaba con el aliento prestado de un muerto.

—Escúchame con atención, Marta Alborada —repitió el cadáver, sin pestañear y girando la cabeza hacia ella, muy despacio—. No lo hagas, no debes hacerlo. Si dejas que el lobo te muerda, vas a morir ahí arriba.

Raúl Montenegro aplaudió con sorna.

—Te parecerá bonito —le dijo al cadáver—. ¡Menuda entrada en escena! No sé cómo te atreves a poseer un saco de mierda moribunda para asustar a una niña... Creía que teníamos un trato, Canedo.

La voz del espíritu volvió a tomar los labios sanguinolentos y se dirigió a Marta, ignorando al alfa:

—Aún puedes salvarte, chica. No intentes el cambio.

Raúl Montenegro cogió el cadáver por los hombros, lo arrastró alejándolo de sí mismo lo máximo posible, y sentó los restos en el asiento del copiloto, poniéndole el cinturón de seguridad para mantenerlo erguido como si fuese un *crash test dummy*.

Marta aspiró con fuerza para preguntarle:

—¿Qué pasa? ¿Quién...?

—Solo es un fantasma resentido. No le hagas caso —le explicó Raúl mientras le encajaba la gorra en la cabeza al muerto, le tapó la cara bajando la visera y agregó en su dirección—: Prometiste que no volverías a hablarme si dejaba en paz a tu familia, Canedo. Yo cumplí mi parte y tú estás rompiendo el pacto.

—¿Lo entiendes ahora? No puedo hablar con él —repuso la voz, debajo de

la visera, dirigiéndose a Marta—, aunque le hablase no le haría cambiar de idea. Nadie puede... pero tú si puedes echarte atrás y yo puedo decirte por qué. Escúchame, chica: ese deseo loco tuyo no se cumplirá del modo en que esperas y el precio será demasiado alto... Pagarás con tu vida.

Raúl Montenegro cerró la puerta del todoterreno y tiró del brazo de Marta hacia la salida. Si las sombras no hubieran estado reanimando el cuerpo, quizás aquel espíritu habría sido capaz de bajar los sesenta kilos de carne muerta y caminar tras ellos, pero apenas podía hacer hablar aquellos labios magullados y exangües. Y el alfa se había dado cuenta.

—Vamos, Marta. No perdamos más tiempo.

En el reservado de El Matadero, Isaac Alborada esperaba recostado en el sofá rojo, con Darío entre sus piernas. El chico estaba sentado en el suelo como un cachorro nervioso y sujetaba una botella de Southern Comfort en sus manos. Los dos compartían el *bourbon*, directamente de la botella, dando largos tragos.

—Por favor, dime que no hablas en serio —fue lo único que le dijo Darío a Marta, cuando ella y el alfa regresaron para contarles lo que la chica había decidido hacer.

Marta Alborada se mantuvo en sus trece.

—Lo he pensado muy bien y es lo que quiero... ser.

—No vas a poner tu vida en peligro y punto —clamó Isaac, alzando la voz.

Darío le miró aliviado y asintió, buscando los ojos de Marta con una súplica silente.

La chica se quedó callada un segundo y replicó, mordaz:

—Tú no pudiste elegir, tío, pero seguro que no te arrepientes... ¿Y si mañana salgo a la calle y me aplasta un autobús, te vas a arrepentir de no haberme dejado elegir a mí?

—Guárdate esa retórica facilona para los tribunales —repuso Isaac, chascando la lengua—. Que te aplaste un autobús es menos probable que...

—No si me pongo delante —le interrumpió Marta, levantando la barbilla y mirando a su tío con fiereza.

La chica caminó hacia el escritorio y sacó un cuchillo de caza del primer

cajón. Era un antiguo recuerdo familiar que Isaac usaba como abrecartas.

Sin quitar los ojos del brillo del filo, Marta añadió:

—Lo del autobús no iba en serio, no soy tan estúpida como para hacer eso, pero aquí me tenéis ahora y vengo dispuesta a quemar todos los barcos...

El alfa se movió rápido y le quitó el cuchillo de las manos, retomando también su frase:

—Alejandro Magno quemó sus barcos porque contaba con los de sus enemigos para volver a casa tras la victoria. —Raúl apuntó a la chica con el cuchillo y lo blandió en el aire al ritmo de sus palabras—. Si yo te muerdo, aquí y ahora, ya no habrá vuelta atrás, Marta Alborada... Si tu cuerpo no cambia, yo seré tu único barco y tu casa. Tú alma estará unida a la mía.

Isaac pudo ver la sombra de la duda atravesar el rostro de su sobrina, pero Marta se mantuvo firme, anclada en su decisión.

—Correré el riesgo —decidió, y su tío profirió un gruñido lobuno.

Gruñir era un reflejo animal difícil de simular para un mestizo, el lobo salía del corazón involuntariamente cuando se veía amenazado.

Isaac se levantó airado y cogió a su sobrina por el brazo.

—Tú no vas a correr ningún riesgo —bramó, zarandeándola. Si no conseguía que recobrase la razón, se la llevaría de allí a rastras, a toda costa.

Raúl Montenegro se unió al forcejeo y puso el cuchillo en las manos de Isaac, este lo miró asqueado como si le hubiese dado el cadáver descompuesto de una rata.

—Cuidado, Isaac —insistió el alfa—. No puedes imponer tu voluntad, recuerda que ella tiene la última palabra.

—¡Pero no sabe lo que dice! —se defendió Isaac, encarándose con Raúl.

El alfa le obligó a empuñar el cuchillo y agregó:

—Tu sobrina ha tomado su decisión. Asúmelo, puedes quedarte durante el ritual o puedes esperarnos fuera, pero dime, si las cosas salen mal, ¿quién quieres que le de paz? ¿Tú o yo?

El horror enmudeció a Isaac Alborada, Darío solo pudo dar un largo trago a la botella y Marta un paso al frente.

—Lo haré yo misma —les sorprendió. Marta extendió la mano derecha en el aire y reclamó el puñal—. No voy a ser el fantasma de nadie. Si mi cuerpo no aguanta el cambio, yo misma me clavaré este cuchillo, aquí.

Igual que en los juramentos, Marta Alborada se llevó la mano izquierda al corazón y se golpeó con el puño en el pecho. El golpe sonó como el percutor de una pistola amartillada, preparada para que aquella chica jugase sola a la ruleta rusa.

Marta se tumbó en el sillón, atravesándolo de lado a lado, con una sonrisa satisfecha y las pupilas fijas en la bombilla amarillenta del techo.

Darío seguía en el suelo, de rodillas. Apoyó la barbilla en una esquina del sofá, junto a la cabeza de la chica y susurró:

—Por favor, Marta, no lo hagas.

Ella no contestó y miró directamente a su tío, que estaba en el otro extremo del sillón, a sus pies.

Isaac no había vuelto a decir ni una sola palabra, observaba al alfa con reproche y rencor.

Darío solo podía mirar a Marta.

El tiempo apremiaba y Raúl Montenegro empezó a desvestirse, aunque lo hizo con parsimonia. Iba doblando la ropa y dejándola en la silla del escritorio, dando tiempo a que la chica se arrepintiese, aunque sabía que no lo iba a hacer.

—Hécate, te lo ruego —susurró, una vez desnudo. No había ventanas, pero sus ojos buscaron el techo como si pudiesen atravesarlo y encontrar la luna—. Hécate, por favor, acógela y bendícela. No permitas que muera.

Raúl Montenegro se clavó la punta del cuchillo en el dedo corazón y mezcló su sangre con un puñado de sal que le había pedido a Fran, el camarero. Este le había dado un salero y medio limón, pensando que iban a beber tequila.

El alfa se guardó el limón para después. Era una buena idea, podrían celebrar la victoria con una botella de José Cuervo y eso ayudaría a que Isaac le perdonase. Con el tiempo, hasta se lo agradecería. El corazón de Marta era tan débil, que no cumpliría muchos más años si seguía siendo humano. Los dos mestizos y el alfa podían escucharlo en ese momento, acelerándose y decelerándose, fallando en su ritmo y clamando el rescate de las sombras, la bendición del fuego.

—¿Estás segura? —se cercioró Raúl, inclinándose sobre Marta e interceptando su mirada.

Ella asintió y el alfa le puso el cuchillo en las manos. Marta lo cogió con fuerza y tomó aliento, decidida, mientras Raúl le dibujaba en la frente la Hécate de la doble conciencia: una luna llena sobre un cuarto creciente.

Ella, que había dibujado esa misma marca innumerables veces en la frente de Isaac y los chicos al llegar el plenilunio, no podía creerse que su piel vistiese la sangre del lobo alfa, a pesar de que sentía su poder hirviendo colándose por los poros de su frente hasta su mente.

—Por favor, no lo hagas —suplicó Isaac con un hilo de voz.

—Confía en mí —terció Raúl, retrocediendo unos pasos y preparándose para cambiar—. Marta sobrevivirá. Tiene que ser una de nosotros, es su destino.

«No será del modo en que esperas... y el precio será demasiado alto», Raúl recordó la amenaza de su querido fantasma, pero no se echó atrás. En unos segundos, su cuerpo explotó y de una miriada de cenizas oscuras surgió la cabeza del lobo negro. Sus fauces cayeron sobre Marta Alborada y le desgarraron el hombro derecho.

Si en aquel momento el bar no hubiera sido pura algarabía y *rock and roll*, cada alma de El Matadero habría escuchado el alarido de la chica.

Marta apenas podía soportar el dolor, cerraba las manos alrededor del cuchillo e intentaba respirar despacio, como si fuese un parto, controlando el oxígeno y las oleadas de fuego líquido que llegaban a su corazón desde su hombro herido.

—Pronto parará. Todo irá bien —le decía su tío, cogiéndole los pies e intentando convencerse a sí mismo de que era cierto. Aunque aquella visión le partía el alma, no había sido capaz de abandonar el cuarto, se quedaría con ella hasta el final. Fuese cual fuese—. No te preocupes, mi niña. Sobrevivirás.

El lobo negro contemplaba atónito cómo el calor abandonaba el cuerpo de Marta, junto con toda su sangre, igual que las otras dos veces que había intentado el ritual con una mujer. Ninguno podía creerse lo que veía, no podían perderla...

—¡Ayúdala! ¡Haz que pare! —le gritó Isaac.

Raúl Montenegro les miraba con ojos de lobo degollado y el rabo entre las piernas. Aquello no podía estar pasando, pero pasaba.

Marta se moría.

El alfa recuperó la razón y su cuerpo humano. Así, desnudo y vulnerable, abatido y arrodillado a un costado de la chica, completó el triángulo que la rodeaba. Isaac lloraba a sus pies y Darío suplicaba, abrazado a su cabeza, llorando en su cuello sin vergüenza de liberar las lágrimas.

—Hay que darle paz —consiguió decir Raúl.

Marta Alborada se miró en los ojos del alfa y vio la decepción y la sorpresa. La chica supo que iba a morir y quiso cumplir su palabra. Levantó el cuchillo sobre su pecho, pero apenas tenía fuerzas.

—Quédate conmigo, quédate conmigo, Marta, por favor... Quédate conmigo —le imploró Darío.

La sangre encharcaba el suelo y teñía el sillón de un rojo oscuro. Marta apenas conseguía mover sus brazos, pesaban demasiado, perdía el pulso.

—No... no puedo —gimió, intentando clavarse la punta en el corazón, apenas arañándose la piel.

—Quédate conmigo, Marta —repitió Darío y cogió la cara de la chica entre sus manos. Sus rostros se miraban en sentidos opuestos. La boca de Darío quedaba sobre la frente de Marta y él se dejó caer para besarla el flequillo, que aún olía a limón jabonoso. Intentó centrarse en el leve aroma del champú y alejarse del metálico de la sangre—. Por favor, quédate conmigo, mi amor.

Cuando sus ojos se encontraron, la chica comprendió lo que en realidad le estaba pidiendo Darío y aceptó.

Marta Alborada utilizó su último aliento para poner el cuchillo en manos del mestizo y Darío hizo lo único que podía hacer para mantenerla a su lado: paró su corazón en el último latido.

El cuchillo entró tan fácilmente como salieron la sangre y el espíritu.

Marta Alborada se vio a sí misma, tumbada en aquel sillón rojo y vio que por fin Darío le besaba los labios. Era demasiado tarde, ella ya no podía sentirle, pero le veía. Él era lo único que veía con precisión, el resto del cuarto se había difuminado bajo un telón de gasas blancas. Había mucha luz a su alrededor, le cegaba, ella misma era toda luz y se había convertido en el ojo de un huracán de luciérnagas blancas.

Las luciérnagas le hablaban, todas a la vez. A Marta le costaba entender lo

que decían, pero algunas frases se repetían más que otras. Decían que no era su momento, que debía esperar, que volverían...

Una voz le llamó por su nombre y Marta distinguió una silueta oscura de mujer, escondida detrás del sillón rojo.

Era tan solo una sombra, pero se movía con fuerza tridimensional y extendió los brazos hacia Marta para acariciarle con sus fríos dedos, consolándola, contándole lo que tenía que hacer y explicándole lo que ya no podría hacer: no podría separarse jamás de su asesino, a no ser que este la liberase.

Marta sintió el cordón de plata y pudo verlo unido a su luz. Era parecido al que había visto en el sótano, el del hombre muerto, aunque el cordón de la chica brillaba con mayor intensidad y apenas tenía hilos de sombra en su resplandor.

Aquel cordón no solo la unía a su cuerpo inerte, también la amarraba al alma de Darío de la Rocha.

Marta Alborada se acostumbró enseguida a su nuevo estado etéreo. Vio a su tío derrumbado sobre a ella, junto al charco de sangre. Vio al macho alfa bebiéndose de un trago media botella de *bourbon* y vio a Darío acariciándole su cuerpo. Él le tocaba la cara, aunque ella ya no pudiese sentir sus manos.

«No te preocupes, estoy bien» quiso decirles y supo al momento que Darío le había escuchado porque el chico levantó la cabeza, con una extraña expresión en su rostro, una mezcla de confusión y anhelo.

—¿Marta? —preguntó Darío. Había oído su voz y sentía su olor, no el del cuerpo que languidecía en el sillón, sino su verdadero aroma, el aroma de tantos buenos recuerdos, entremezclado con un perfume frutal. Sin embargo, no podía verla.

Darío miraba hacia el lugar del que provenía la voz y solo veía más luz sobre la luz de la bombilla, igual que si una bandada de polillas resplandecientes estuviera bailando en la lámpara del techo.

«Dile a mi tío que estoy bien» repitió Marta.

Ella ya no tenía cuerpo, pero no pensaba ser un alma en pena. Podía ayudar y podía seguir un camino diferente, haría su propio camino hacia la luz y la luz le esperaría.

«Ahora, escúchame con atención, Darío. Tenemos un plan B».

Raúl Montenegro conducía su todoterreno de vuelta a Fronda. Una moto le perseguía y besaba el tubo de escape del coche con sus faros.

Los ojos del alfa no podían distinguir en el retrovisor cuál de los chicos perdidos se había convertido en su sombra, pero su mente no tenía ninguna duda.

Darío no ocultaba el odio que sentía y apenas se esforzaba en mantenerse oculto. Le había seguido a menos de diez metros prácticamente todo el camino desde que salieron de El Matadero.

Raúl no conseguía quitárselo de encima, pero no quería parar y tener que lastimar aún más a aquel cachorro. Bastante daño le había hecho ya a toda la manada de mestizos. Isaac nunca le perdonaría por ello. Le había echado desnudo fuera del reservado, por la puerta que daba al garaje, sin mediar palabra. Le había tirado la ropa a la cara y le había dicho que se largase de allí lo antes posible.

Raúl Montenegro todavía no entendía qué había podido salir mal y cómo había llegado a esa situación. No entendía qué hacía conduciendo hacia el amanecer en una carrera imposible, con un muerto de copiloto y un asesino en los talones.

Sabía que el único modo de escapar del motorista sería campo a través, el todoterreno lo soportaría y Raúl esperaba que Darío comprendiese que su moto, que no era de trial, no estaba preparada para seguirle por el monte. Como el mestizo no podía transformarse en lobo sin luna, tampoco podría rastrearle a pie.

Era la mejor solución.

El alfa se internó en el primer terraplén terroso que encontró y, pocos metros después, el todoterreno bajaba una pendiente a gran velocidad, sorteando robles y piedras.

El camino se hizo demasiado escarpado. Un bache hizo volar la gorra del hombre muerto, este giró la cabeza y miró al macho alfa con ojos blanquecinos.

—Ha llegado a su destino —dijo el cadáver, imitando la voz del GPS.

El fantasma había esperado mucho tiempo a que llegase ese momento y lo saboreó.

Raúl Montenegro dio un respingo y encontró el precipicio bajo sus ruedas,

incapaz de frenar, cayendo con el coche hacia el abismo.

Un enorme árbol orgulloso y pendenciero crecía en el desfiladero, el todoterreno se lo llevó por delante y ambos se estrellaron contra las peñas del fondo. Muchas ramas se astillaron, las más fuertes atravesaron el cristal y también el pecho de Raúl Montenegro.

—Corazón por corazón —le recordó el hombre muerto.

Había llegado el momento de pagar deudas.

Raúl asintió y se concentró en las palabras del sortilegio, luchando por mantenerse consciente en aquel amasijo de hierros.

—Corazón por corazón —dijo el alfa. Estaba atorado y la rama que lo ensartaba al asiento también le anclaba a su cuerpo humano, robándole la posibilidad de cambiar a su piel de lobo junto con la esperanza de regenerarse.

Raúl Montenegro iba a morir solo, en aquella cuneta, como un perro abandonado. No era el final que había imaginado para sí mismo.

Muchos años antes, cuando la Magna Umbra había profetizado su muerte, le había prometido que se convertiría en el lobo alfa y que como alfa moriría en cuanto las sombras atravesasen la luna de cristal.

Raúl le rogó una y mil veces a la Suma Sacerdotisa que le explicase qué luna era esa, pero el fuego sagrado que ella consultaba nunca respondía a la misma pregunta dos veces, a no ser que la respuesta cambiase y, según la bruja, su destino se mantenía inmutable.

El alfa había estudiado todos los rituales que atañían conjunciones astrales y eclipses, convirtiéndose en un erudito de las Hécates. Buscó la luna de cristal sin descanso y jamás encontró la solución del acertijo, aunque pensaba que había descifrado al menos una parte.

Estaba seguro de que moriría una noche de eclipse, cuando la sombra de algún astro se cruzase con la luna. Sin embargo, ahí estaba, agonizando al amanecer y sintiéndose engañado dos veces en la misma noche por las palabras de la Suma Sacerdotisa, aquella que no le podía mentir, pero sabía cómo travestir la verdad.

Con una mueca sardónica, el macho alfa comprendió al fin lo que significaba la luna de cristal de su profecía. No era ninguna Hécate antigua que hubiese cambiado de nombre, solo era la luneta de su todoterreno.

La luna de cristal estaba resquebrajada, atravesada por una rama de árbol y pronto también por la oscuridad que Raúl Montenegro invocaría antes de morir.

«Corazón por corazón» repitió moribundo, llamando a las tinieblas con su pensamiento y rogando que su sacrificio fuese suficiente.

Debía conjurar las sombras una vez más y debía hacerlo deprisa, por su familia. Debía conjurar la penumbra con todas sus fuerzas y saldar la deuda con su propia vida, antes de que fuese demasiado tarde para sus hijos.

«Corazón por corazón» suplicó con el alma en cada palabra.

La tercera invocación obtuvo respuesta.

Una balsa de alquitrán brilló en la carretera con esencia preternatural y empezó a burbujear. La mancha se hizo inmensa, serpenteó y pasó junto a la moto de Darío, confundiendo con el asfalto y guiando al chico hasta el lugar del accidente.

«No te asomes mucho al abismo» le apremiaba Marta, flotando sobre su cabeza como un halo.

Darío no hizo caso, necesitaba verlo y corrió a zancadas tras la serpiente oscura hasta llegar al accidente.

Era hipnótico.

El coche se había estrellado en el fondo del desfiladero y las sombras bajaban hacia él como lava negra, burbujeando en una enorme espiral.

Zarcillos de penumbra treparon por la carrocería del todoterreno y lo llenaron de hiedra sombría, cubriendo todo el parabrisas y tragándose la luz.

Las sombras atravesaron la luna de cristal, se escurrieron por la rama y lamieron la herida del pecho de Raúl Montenegro.

El alfa sintió el frío rebañar sus costillas, le atenazó los pulmones y alcanzó su corazón. Después... nada.

«Corazón por corazón» insistió agonizante. Su pulso era débil, su miedo inmenso.

Raúl no había querido morir, se veía obligado. No era un sacrificio voluntario y su ofrenda no saciaba a las tinieblas.

Las sombras le abandonaron, con un crujido insatisfecho de huesos y metal, disolviéndose en un millar de volutas de humo negro.

—Te perdono —susurró el hombre muerto, saltándose el acuerdo y

dirigiéndose al alfa por última vez—. Temes por la vida de tus hijos como he sufrido yo por la de mi hija, pero ahora que vas a morir, seré libre y ella también... Su loba despertará.

El muerto sonrió y la sonrisa se quedó fija en su mandíbula magullada. La cabeza cayó sobre el cuello inerte y Raúl Montenegro sintió que se libraba del peso de su alma.

El fantasma le abandonó, el poderoso macho alfa de la manada de Fronda murió solo y temiendo por su familia, sabiendo que una vez invocadas las sombras no se desvanecerían en el aire y regresarían para reclamar lo prometido.

Antes del siguiente plenilunio, la oscuridad maldita se cobraría un corazón valiente, henchido de su misma sangre, la sangre de los Montenegro.



2007, lunes 1 de octubre.
Luna de frutas, gibosa menguante.

—«Recordar» viene del latín *re-cordis*, que significa «volver a pasar por el corazón» —afirmó la profesora Ochoa. Encendió el proyector y la sombra sarmentosa de sus manos se paseó por la diapositiva.

En la penumbra del aula, solo se distinguía aquel dibujo detallado del aparato circulatorio humano. La diapositiva tenía algunos puntos clave listados en la parte inferior del plano y la profesora acarició la proyección con una uña roja y perfecta. Su dedo huesudo se paseó por la arteria aorta del dibujo, marcándola y siguiendo su recorrido venoso hacia el pecho.

—Gracias a las contracciones que provocan los latidos —continuó explicando—, las válvulas cardíacas impiden que la sangre fluya hacia atrás y la impulsan en la dirección correcta. Ahora, veamos si su memoria ha sido capaz de retener el nombre de los tipos de válvulas que mencioné al principio de la clase... A ver, usted misma, la rubia platino del fondo.

La mano huesuda de Ochoa señaló a una chica que se había sentado al fondo de la clase y que se encogía sobre sí misma, para evadir la pregunta y porque un dolor incipiente le crispaba el estómago.

La profesora insistió:

—Sí, sí... Me refiero a usted, señorita, la rubia de la última fila. Veamos si ha prestado atención o se ha dormido. ¿Cuáles son los tipos de válvulas cardíacas?

La joven se sentía febril, al borde de la náusea, por eso no se había sentado con sus amigas y había elegido el asiento más cercano a la puerta, que era el más alejado del encerado, por si necesitaba salir corriendo al baño en mitad de la clase. No quería dar una mala impresión el primer día, todo el mundo decía que la profesora Ochoa era un hueso rancio, duro de roer, y suspender

su asignatura podría suponer que no se graduase con el resto de su promoción. Muchas veces había fantaseado con la idea de comprar un título falso, a juego con su nombre falso, y así ejercer de fisioterapeuta sin haber terminado los estudios.

Su madre podría conseguir un título chascando los dedos, siempre lo hacía. Se sacaba de la manga partidas de nacimiento, certificados de notas y nóminas falsas... Podían conseguir cualquier documento sin dificultad, pero ella quería ganarse aquel título y había luchado por ello.

Arrepintiéndose de haberse sentado tan atrás, la chica rubia se incorporó en su asiento y miró sus notas de reojo. No había tomado buenos apuntes por culpa del mareo y tampoco recordaba la respuesta, así que se concentró en la leyenda inferior de la diapositiva, intentando descifrar las diminutas palabras.

—Las... las válvulas cardíacas —leyó sin dificultad, aunque vacilante— se clasifican en dos tipos: atrioventriculares y semilunares.

—Correcto —masculló la profesora—. Tiene usted una memoria excelente... o una vista sobrenatural. ¿Cómo se llama, jovencita?

La joven contestó con su mejor sonrisa:

—Silvia, Silvia Lago —mintió, como llevaba mintiendo desde los trece años.

Siempre decía que se llamaba Silvia Lago porque eso era lo que ponía en su expediente, en su número de la seguridad social y en su DNI, pero ella era Silvana, Silvana Canedo, y tampoco tenía veinticinco años como decía su documentación, tenía veintiuno.

—Bien, señorita Lago —le increpó Ochoa con una sonrisa glacial—, tenga por seguro que recordaré su nombre, aunque no su cara. Mi memoria es excelente, pero mi vista no es tan buena como parece ser la suya... Les agradecería a todos que, de hoy en adelante, procuren sentarse lo más cerca posible del encerado. No me gusta tener que elevar la voz, ni forzar la vista. Prosigamos.

Todas las miradas que Silvana había sentido candentes en la oscuridad regresaron a la diapositiva. Sin embargo, su pulso seguía acelerado y su corazón era incapaz de bombear con regularidad.

El momento había sido tenso y estresante, sus niveles de adrenalina estaban disparados. Silvana intentó concentrarse en el dibujo, en las arterias,

en la circulación de la sangre... en toda aquella sangre.

En un instante, la joven fue muy consciente de la posición exacta del medio centenar de cuerpos humanos que tenía delante de ella. Durante unos segundos, su visión se distorsionó y sus compañeros se convirtieron en lámparas humanas de piel translúcida, llenos de arterias de neón rojo que confluían en corazones intermitentes.

La chica cerró los ojos, aturdida, pero el aroma resultó igual de perturbador, viciaba el aula y su sentido del olfato, le daba hambre.

No solo veía aquellos corazones incandescentes, también podía olerlos y podía incluso, rastrearlos a ciegas y darles caza. Ese pensamiento, ese deseo absurdo y depredador, le hizo levantarse de su asiento y salir de la clase a la carrera, sin importarle nada más que alcanzar un baño a tiempo para vomitar el desayuno.

Al salir del aula tropezó con un grupo de alumnos finlandeses que estaban de Erasmus, tiró al suelo a uno de ellos. El chico soltó un exabrupto en finlandés y Silvana no solo lo entendió, sino que le contestó educadamente en su idioma, aunque a ella le pareció que hablaba castellano y no notó la diferencia.

Siguió corriendo y llegó a los servicios de la planta baja, rebajando a la mitad la marca que habría conseguido cualquier atleta olímpico. Su estómago tenía aún más prisa y, de una patada, Silvana abrió la puerta de uno de los escusados y arrancó la madera de los goznes con el golpe.

Tampoco se paró a pensar en su fuerza desmedida, no tuvo tiempo ni siquiera de agacharse. Se colocó los mechones rubios detrás de las orejas, con manos sudorosas, y cayó de rodillas frente al inodoro. Llevaba el pelo bastante corto y lacio, cubierto de mechetas. Las puntas apenas le llegaban a la barbilla, lo que le permitió despreocuparse de su melena y utilizar las palmas de las manos para apoyarse en la taza de cerámica.

La segunda contracción le dobló las rodillas y le hizo despedirse del desayuno. Las dos tostadas con mermelada de arándanos salieron de ella igual que habían entrado, sin digerir ni un gramo.

Con la tercera arcada ya no tenía nada que echar fuera, excepto el dolor y el dolor no se iba.

Un nuevo espasmo de fuego líquido le recorrió la columna vertebral y le hizo clavar las uñas en los bordes del retrete. La loza se resquebrajó

fácilmente entre sus dedos, pero ella tampoco le prestó atención porque estaba demasiado asustada mirándose los brazos y las manos. Parecían sufrir una quemadura de segundo grado y todo el cuerpo le ardía.

Silvana estaba enrojecida de los pies a la cabeza, encarnada como si hubiese estado bailando desnuda bajo el sol de agosto.

La camiseta y los vaqueros se le pegaban al cuerpo, empapados en sudor. El mero roce de la tela le escocía tanto que le despellejaba por fuera. Por dentro, algo también se movía, algo inquieto que laceraba sus músculos, latiendo desde el fondo de su corazón y su memoria, aunque no conseguía recordar qué era.

Un flash le mostró un recuerdo nítido: dos ojos ambarinos como dos brasas incandescentes le obligaban a olvidar aquello que se movía bajo su piel, aquello que le quemaba el alma y luchaba por salir a la luz.

«Olvida que has cambiado, Silvana. Olvida todo lo que ha ocurrido esta última semana y olvida lo que eres» le ordenaba la voz de su abuelo y también sus ojos llameantes.

Por un instante, la chica recuperó el resuello y sacó el móvil de su bolso. Había activado la marcación automática y, daba igual que número marcase, todos estaban programados para llamar a su madre en caso de emergencia.

—¿Mamá?... Mamá, por favor, ven a buscarme a la facultad... No, no sé lo que me pasa... Creo que tengo fiebre, creo que estoy alucinando.

Silvana Canedo llevaba años sin ponerse enferma, ni siquiera había sufrido un resfriado y su madre, Marisa, supo enseguida lo que ocurría.

Marisa abandonó la oficina sin dar explicaciones, sin pararse siquiera a recoger sus cosas. Llevaba encima las llaves, el teléfono y en el maletero siempre tenía preparadas dos maletas.

Ella y su hija no necesitaban nada más. Salió del edificio y corrió hacia el coche mientras marcaba de memoria un número en su celular.

Cuando escuchó que le contestaban al otro lado de la línea, la mujer profirió una única frase:

—Ha ocurrido, creo que Silvana está cambiando, nos vemos en el punto de encuentro.

Colgó el teléfono y arrancó el motor de su coche amarillo.

El coche amarillo frenó en el aparcamiento de la facultad de medicina, subiéndose al bordillo, sin preocuparse de enderezar las ruedas.

En cuanto abrió la puerta, Marisa supo que su hija ya estaba fuera del edificio.

Silvana había salido por su propio pie, saltando por la ventana del baño, pero no había llegado muy lejos y se había desmayado en la hierba, envuelta en llamas invisibles.

Su madre solo sentía una centésima parte de su calor, pero era suficiente para encontrar a Silvana. Su dolor le servía de brújula, movía sus pies hacia su hija como en un juego de niños: un paso a la izquierda, frío-frío; un paso a la derecha, caliente-caliente.

Era un hechizo poderoso, sencillo y eficaz, que les había protegido y mantenido unidas durante años.

«Ella hará cuanto le digas que haga, siempre que se lo pidas tres veces seguidas, así que ten cuidado con lo que le dices, Marisa».

Marisa recordaba bien aquellas palabras, palpitaban en sus sienes junto con la huella de sangre que les había ungido, a ella y a Silvana, cerrando el pacto. Desde ese momento, su hija había olvidado parte de su naturaleza salvaje y se había convertido en una muchacha increíblemente obediente.

Marisa giró en una esquina y, en uno de los jardines del edificio, pudo ver un grupo de personas que formaba un círculo. Parecían rodear un cuerpo en el suelo y no tuvo ninguna duda de quién era la herida.

Allí estaba su Silvana, tumbada en el césped, descalza y medio desnuda, delirante. Las zapatillas se habían quedado en el servicio junto con los jirones de camiseta y los vaqueros, Silvana se los había arrancado del cuerpo, desgarrando la tela en un intento desesperado por escapar del calor que le abrasaba desde dentro.

Ella gemía y se retorció en la hierba, mientras aquel grupo de alumnos se arremolinaba a su alrededor y un par de profesores trataban de averiguar qué le ocurría.

—¡Dejadme pasar! ¡Es mi hija! —les gritó Marisa abriéndose paso. Las palabras le ardían en los labios—. ¡Es mi hija!

Marisa llevaba años sin confesárselo a nadie, toda su documentación falsa decía que eran hermanas. El carnet de Marisa incluso le quitaba diez años,

pero la vida de fugitivas le había echado otros diez encima y se podían contar en las arrugas de su rostro y en todas las canas que habían tomado su cabello castaño por completo. La angustia incluso le había hecho perder más de veinte kilos de peso.

El secreto se la comía por dentro, pero a ella no le importaba caerse a pedazos porque así era aún más difícil que alguien de Fronda la reconociese, aquella mujer enjuta que acariciaba la frente de la falsa Silvia Lago no podía ser la lozana humana que había criado con su pecho al vástago menor de los Montenegro.

Marisa apartó Fronda de sus pensamientos y rectificó:

—Soy su hermana —mintió al arrodillarse a su lado.

Nadie buscaba a las hermanas Lago, pero la jauría de Fronda daría caza a Silvana Canedo y a su madre, si sus verdaderos nombres salían a la luz.

—Tranquila, estoy aquí, hija mía —le susurró al oído.

Marisa comprobó con temor que Silvana había roto los sellos de plata que le protegían. Los demás creyeron que estaba comprobando sus signos vitales cuando le tocó las muñecas y el cuello, pero en realidad, la mujer se cercioraba de que Silvana se había arrancado todas las cadenas de plata que la protegían.

La gargantilla, las pulseras y las tobilleras habían desaparecido y solo quedaba la marca de los eslabones en la piel, pequeñas quemaduras en el cuello, en las dos muñecas y en los tobillos.

Marisa no perdió más tiempo, se sacó por la cabeza un medallón plateado y se preparó para usar el kit de emergencia. Lo llevaba siempre encima, colgando de una cadena gruesa que también era de plata.

Sin perder un instante, colocó el medallón en la frente de su hija y la chica gritó de dolor.

El frío metal quemó la piel de Silvana, dejándole una marca de tres lunas menguantes, como si le hubiesen atizado con un hierro incandescente, pero la joven dejó de gruñir y de revolverse.

Se relajó tan dócilmente que su madre pudo abrazarla y también intentó que se levantara, haciendo caso omiso de todos los que le aconsejaban que no la moviese, en parte acelerada por los gritos que le decían que la ambulancia estaba de camino.

—Solo ha sido un ataque de epilepsia —aclaró Marisa, instando a su hija a que se pusiese en pie y sirviéndole de muleta con su propio cuerpo.

—¡Eso no ha sido un ataque de epilepsia, señora! —repuso uno de los profesores—. Haga el favor de dejar que le atienda un médico. Esa chica necesita que la vea un médico.

Marisa le apartó y susurró al oído de Silvana:

—Puedes caminar. Vamos, tienes que caminar... Tenemos que irnos. Levántate, levántate... ¡Levántate!

Silvana no pudo desobedecerle, aunque apenas tuviese fuerzas. Se alzó sobre sus pies y se movió como una marioneta, con los brazos colgando y las rodillas temblorosas, igual que un títere al que le hubiesen cortado todos los hilos menos el de la cabeza, porque su madre sujetaba esa cuerda.

—Mírame, Silvana. Mírame. ¡Mírame ahora! —le ordenó. Su hija se concentró en los ojos avellana de Marisa y esta continuó—: Todo está bien, hija mía, ya ha pasado lo peor. Puedes caminar hasta el coche, puedes hacerlo. ¡Camina, camina, camina!

Apoyándose en el cuerpo consumido de su madre, Silvana consiguió dar un paso, el segundo fue más fácil y el siguiente aún más.

La gente se hizo a un lado y madre e hija caminaron despacio hacia el coche.

No se escuchaban sirenas de ambulancia cuando lo alcanzaron y nadie les había seguido, pero Marisa no podía arriesgarse a que las interceptasen, abrió el maletero y sacó una de las maletas para hacer sitio.

—Métete ahí dentro, por favor —le rogó a su hija.

Silvana miró el maletero, frunciendo el ceño, incrédula.

La marca de su frente ya no se veía enrojecida, sino blanquecina como una cicatriz antigua. Su madre la estudiaba con miedo porque era la prueba acuciante de que el tiempo corría en su contra.

El amuleto no retendría el cambio por mucho tiempo. Marisa no sabía cuánto tardarían en desaparecer aquellas pequeñas lunas menguantes de la frente de Silvana, podían ser horas o podían ser minutos, pero, sin duda, serían los últimos momentos que pasarían juntas. Abrazó a su hija con todas sus fuerzas y la besó en el pelo.

—Todo va a ir bien, ahora métete ahí dentro y no hagas ruido, Silvana.

Hazlo ya, deprisa, deprisa, deprisa.

La chica obedeció, aunque no quería. Se metió en el maletero y se apretujó contra la rueda de repuesto y la maleta que quedaba en el hueco, su propia maleta.

Marisa cerró la compuerta y Silvana se quedó agazapada en la oscuridad. Enseguida escuchó cómo se encendía el motor y las ruedas abandonaron el bordillo del parking, tomando la carretera en dirección a la autopista.

Silvana no entendía por qué su madre le había encerrado en el maletero, sin darle explicación alguna, pero se sentía febril y se abandonó al sueño.

Marisa condujo sin detenerse, durante ocho horas no pararon ni para comer. El sol tampoco se detenía y Marisa tenía miedo de que saliese la luna antes de llegar al punto de encuentro.

Confiaba en que su hija estaría a salvo de los rayos de luna dentro del maletero y rogaba porque así fuese de verdad, sabía que exponer a Silvana bajo su luz era demasiado peligroso.

El plenilunio había tenido lugar tan solo unas noches atrás y si Silvana cambiaba, sería muy poderosa y el metal del coche no le protegería. La loba despertaría con hambre atrasada y podría saltar a la carretera o destrozar los asientos para atacar a la propia Marisa.

Había pasado demasiado tiempo hibernando, eso podría haber alterado su conciencia humana y Silvana no tendría más autocontrol que un wendigo. Marisa lo sabía y también sabía que si su hija se transformaba, ella misma se convertiría de madre abnegada en sabrosa carne de la que alimentarse, huesos por roer.

La luna teñía los campos de gris perla cuando el coche amarillo llegó a la nave abandonada. Marisa aparcó frente a las enormes puertas oxidadas del hangar y comprobó, con pesar, que habían sido las primeras en llegar.

La mujer bajó del coche, sacó el manajo de llaves e intentó abrir aquella cerradura sin hacer ruido, pero los engranajes chirriaron como un millón de cigarras. Marisa se apresuró y levantó la persiana lo suficiente como para meter el coche amarillo, raspando un poco el techo con el cierre del hangar al aparcar.

Dentro de la nave, les esperaba un tractor polvoriento y una loneta azulada

que escondía otro coche: el blanco que les sacó de Fronda la noche en que murió el padre de Silvana.

Lorenzo Canedo había sufrido un ataque al corazón en 1999 y el ataque había sido literal: le habían abierto el pecho en canal para destrozarle los ventrículos a dentelladas.

Marisa alejó sus pensamientos de esos dolorosos recuerdos y se puso en movimiento. Comprobó que las llaves del coche blanco seguían escondidas en una de sus ruedas delanteras y lo abrió con ellas, metiéndose dentro y colocando su maleta en el asiento del copiloto.

El motor arrancó al primer intento, arrancándole también un suspiro de alivio. No estaba segura de que fuese a funcionar después de casi diez años, pero la suerte estaba de su parte.

Marisa sacó el coche blanco de la nave, lo aparcó en la entrada y salió dejando la puerta abierta, con la llave aún metida en el contacto y el motor encendido.

Se moría de miedo y angustia, pero su parte de madre era más fuerte que su instinto de supervivencia, por lo que volvió a entrar en el hangar y caminó hasta el maletero amarillo, sabiendo que se jugaba la vida en cada paso.

—¿Estás... estás bien? —le preguntó a la carrocería, temerosa de pegar el oído al metal y convertirse en un blanco fácil para la bestia—. ¿Silvana, estás bien?

Su hija no contestaba, pero tampoco se oían gruñidos.

Marisa puso una mano sobre el metal amarillo y lo encontró frío al tacto.

Al momento, la puerta del maletero empezó a temblar, golpeado por Silvana desde dentro.

—¡Sácame de aquí! Por favor, mamá, sácame de aquí —gritaba la chica—. ¿Por qué me haces esto? ¡Déjame salir!

Las lágrimas que Marisa había contenido comenzaron a rodar por sus mejillas, emborronando su visión. Sus ojos ahogados en sal vigilaban tanto el maletero como la carretera, esperanzados, pero nadie llegaba y solo se escuchaban los ruegos de Silvana y el motor del coche blanco que le esperaba.

Silvana sabía que su madre estaba junto al maletero, podía escuchar sus sollozos.

—¡Mamá! ¡Mamá, por favor, déjame salir! ¡Me estoy asfixiando!

Marisa quería dejarle salir, quería abrazarla y consolarla, pero no podía hacerlo y tampoco podía seguir allí de pie, sin hacer nada.

Se alejó unos pasos y sacó el móvil, volviendo a marcar el número de memoria.

Alguien descolgó al segundo tono y Silvana pudo escuchar lo que su madre le decía, aunque fuese en susurros ahogados.

—Hemos llegado... Sí, Silvana sigue siendo humana, pero está cambiando. Lo he parado como me dijisteis y tengo el medallón, pero no creo que funcione otra vez... Se ha quitado todas las bridas de plata... Ya, ya lo sé. ¿Cuándo vais a venir?... ¿Va a tardar mucho Olmo?... No, no pienso irme y dejarla aquí sola... Ya, pero... Escúchame, tu nieta está encerrada en el maletero del coche... No, yo no... No sé si aguantará si cambia. ¡No sé qué más hacer!... ¿Qué?... Santo cielo, ¿Raúl Montenegro? ¿Cuándo ha pasado?... ¿Olmo lo sabe?... Él tenía razón después de todo. Dios mío... No, no puedo creerlo... Ya lo sé, pero no puedo irme, no puedo... Sí, claro que confío en vosotros... Está bien. Por favor, llamadme en cuanto llegue Olmo... Soy una madre horrible... Sí que lo soy... Gracias, Olivia. Gracias por todo.

Silvana no sabía si deliraba o si en verdad había escuchado a su madre hablando por teléfono con su abuela Olivia. Lo más increíble había sido oír que su abuelo Olmo estaba de camino, era aún más inaudito que estar encerrada en aquel maletero. Era un sueño dentro de una pesadilla.

Desde que escaparon de Fronda, el único contacto que Silvana había mantenido con sus abuelos era telefónico. Marisa le permitía hablar con los Canedo unos tres o cuatro minutos al año, lo justo para contarles que estaban bien y que todo iba bien.

Ese era el regalo de cumpleaños especial de Silvana y habían creado un ritual seguro para celebrarlo: pasaban un fin de semana de vacaciones, cogían un autobús o un incluso avión y Marisa llamaba a Fronda desde alguna cabina pública, justo antes de regresar a casa, sin que Silvana viese jamás qué número marcaba en el dial.

Tampoco importaba mucho que la chica lo viese porque tenía prohibido mantener ningún tipo de contacto con sus abuelos o con la gente de Fronda. Lo tenía prohibido de aquella manera que Silvana no podía hacer frente, cada vez que fantaseaba con la idea de regresar a Fronda, un terrible dolor de

cabeza le doblaba y enseguida olvidaba en qué había estado pensando.

Silvana ni siquiera podía hablar de ello con sus amigas, nadie se creía que hubiese un pueblo bajo el suelo, lleno de columnas romanas, candiles y hogueras en lugar de farolas, con cientos de cavernas alfombradas de musgo luminiscente y habitadas por sombras.

Silvana recibía su regalo especial cada año y disfrutaba de la voz de sus abuelos condensando en tres minutos todo lo que se había perdido en Fronda.

Ellos nunca mencionaban a Bosco y al final ella siempre les preguntaba por él, su corazón pendía del hilo telefónico como de un alambre funambulista hasta que ellos le contaban que el chico también les seguía preguntando por ella cada día.

Todas las noches, Silvana se dormía pensando en el pequeño de los Montenegro. Era su hermano de leche, su mejor amigo y su primer amor. Ella fantaseaba con su sonrisa mellada, sus ojos verde lima y aquel beso cuyo recuerdo aún le escocía en los labios hasta el corazón.

A menudo soñaba con un Bosco adulto que se metía en su cama en mitad de la noche y encendía su piel con nuevos besos, explorándola despacio y tomándola en todas las posturas posibles.

El estrépito del cierre del hangar le sacó de sus pensamientos, afinó el oído y pudo escuchar un motor alejándose por el camino de gravilla, llevándose los sollozos de su madre con él.

Sin dejar de llorar, Marisa echó un último vistazo a la nave abandonada, que se volvía más y más pequeña en el espejo retrovisor.

Se despidió de su hija con un beso al aire, dejando su alma y su corazón detrás.

Silvana estaba cambiando y ya no pertenecía al mundo humano, eso significaba que pronto recordaría la otra mitad de su vida, la parte que había debido olvidar para poder escapar de su verdadera naturaleza y el secreto de Fronda.



1999, miércoles 24 de marzo.
Luna de plata, medialuna creciente.

Media luna de plata cortaba el cielo sobre el tejado de la casona de los Montenegro, regando el valle con luces y sombras.

Fronda se escondía bajo el suelo de varios pueblos de la cordillera cantábrica española, entre océanos de robles, pinos y abedules. La casona de los Montenegro se elevaba solitaria, en una colina, dominando uno de los pueblos a vista de pájaro.

Las luces amarillentas de las calles preservaban el encanto de las antiguas villas. No había construcciones modernas y la mayoría de las casas mantenían las fachadas del siglo pasado, vistiéndose de piedra, musgo y ladrillo, con balconadas de madera y cálidos tejados rojos o de pizarra.

Las hortensias azules y moradas crecían por doquier y su aroma era característico de la zona, junto con el dulzón nocturno de una fábrica de piensos, tan intenso que alcanzaba todo el valle.

En total había casi un millar de habitantes, la mayoría humanos que ocupaban casas modestas en calles empedradas y angostas.

Los *mannaro* vivían en casonas de estilo indiano, de principios del siglo XX. Algunas estaban bien situadas en las plazas principales de los pueblos, las más grandes yacían diseminadas por los montes y pertenecían a las familias más pudientes, de casta longeva y lobuna, como la casona de los Montenegro.

Las casas de los *mannaro* eran más fáciles de identificar por la noche, ya que las familias, sobre todo los jóvenes, disfrutaban de una antigua tradición frondesa y dormían al raso, desnudos bajo la luz de la luna y las estrellas.

Todos los adolescentes soñaban con el cambio, deseando que en su interior la luna despertase al lobo y les convirtiese en *mannaro*. A veces la

pasión del lobo se saltaba una generación o despertaba en parientes lejanos, pero todos los que vivían en Fronda conocían y respetaban el secreto.

Cada nuevo *mannaro* era recibido en la manada con una fiesta especial en los jardines de la casona de los Montenegro.

Aquella familia había dominado la manada durante más de trescientos años, prácticamente ininterrumpidos, reinando en las cuevas que cruzaban Fronda y en los pueblos de su superficie, con sus más de mil almas y todos sus campos.

La casona de los Montenegro también era de estilo indiano. Tenía cuatro alturas, el tejado a dos aguas y en un lateral se levantaba una torre vigía, con tres balconadas. Una enorme veleta en forma de águila coronaba su tejado y cortaba todos los vientos.

Aquella noche bajo la luna de plata, dos sombras menudas treparon ágiles hacia el tejadillo de la torre. Los Montenegro habían colocado una escalerilla en el último balcón y facilitaba el ascenso al tejado. Una figura oscura pisó el último peldaño de la escalerilla, se puso en pie y su forma altiva se recortó contra el cielo estrellado, con los brazos en jarras.

El joven Bosco Montenegro desafiaba al mundo y a una caída de veinte metros, con su sonrisa mellada y los pies bien anclados entre las tejas.

—¡Agáchate, idiota! —le increpó una segunda sombra, saltando al tejado y protegiéndose tras la sombra de la chimenea—. Como no te agaches, nos van a ver.

—¿Y? —replicó él con una carcajada.

—Pues eso, que nos van a ver —insistió la chica, permaneciendo agazapada y aferrándose a la chimenea con ambas manos.

Bosco se puso en cuclillas, entrecerró las pestañas y sus ojos verdes resplandecieron maliciosos. Tenía el pelo muy oscuro y algo largo, lo dejaba crecer salvaje hasta los hombros para que le tapase mejor la cara. Era una cara bonita, ovalada, con un mentón prominente y una boca grande y firme, pero siempre la llevaba marcada por alguna magulladura, moretones, arañazos y dos perennes heridas de guerra: una cicatriz que le partía la ceja izquierda y una espiga de tres centímetros que le cruzaba el pómulo derecho. Eran dos recuerdos de la superioridad de su hermano Urso en el dominio de la fuerza bruta.

Bosco se acarició el moretón color verdoso que llevaba en la barbilla y se pensó bien si le contaría o no a su mejor amiga lo que había prometido contarle si subían juntos al tejado.

—Mira, Sil. Me da igual que nos vean —empezó a decir—, me preocupa más que nos escuchen porque...

—Ya, ya —le cortó la chica, sentándose en las tejas contra la chimenea y elevando las rodillas para poder esconder la cara detrás de ellas—. Llevas toda la tarde con la misma canción, Bosco. No sé qué será eso tan importante que me tienes que contar, pero seguro que, después de darle tanto bombo, es una chorrada.

El chico se irguió de nuevo y le tendió la mano.

—No me engañas, te mueres por saberlo, Silvana, por eso has venido.

La chica sonrió, pero su espalda seguía pegada a la chimenea y sus dedos a las tejas. Soltó una mano y le apuntó con el índice.

—He venido porque eres un pesado insoportable, Montenegro, y sabía que no ibas a parar de insistir hasta que viniera... pero si no te agachas, me voy.

Bosco se encogió de hombros y se quitó la mochila de la espalda. Dentro llevaba dos mantas, las sacó y empezó a sacudirlas, exagerando los movimientos y ondeando la tela en el aire como una bandera, exasperando a su amiga a conciencia.

—Para, por favor —se quejó Silvana, dando un paso hacia él y saliendo de las sombras.

Silvana Canedo era rubia, tenía los ojos pardos y sagaces, las mejillas amplias y una boca fina y angulosa, a juego con su cara hexagonal y su cuerpo de triángulo invertido. Llevaba el pelo liso y cortado a tazón a la altura de la mandíbula. Se metió el flequillo detrás de las orejas y le dedicó una mirada suplicante.

—¿Puedes estarte quietecito ya?

—En cuanto hagas lo que has dicho que harías, Sil. No te atreves a hacerlo, ¿verdad?

—Te he dicho que lo haría y lo voy a hacer. Sabes que si digo una cosa, la hago. Es solo que, bueno, no hace falta que nos vea todo el mundo y mis abuelos están despiertos. Mira. —Silvana señaló una casa detrás de los jardines de la casona, detrás de los corrales y el establo—. ¿Ves? Hay luz en

su cuarto.

—Estarán leyendo. No nos va a ver nadie, tonta. Anda, ven aquí.

Silvana escaló por las tejas a cuatro patas mientras Bosco colocaba las dos mantas, bien extendidas la una junto a la otra y separadas por la veleta, justo en el centro del tejado.

—¿No podemos quedarnos junto a la chimenea? —insistió ella—. Si me ven, me la cargo. Sabes que a mí no me dejan...

—No te dejan tomar la luna, ya lo sé —le interrumpió Bosco, perdiendo la paciencia. El joven se recogió sus salvajes mechones castaños en dos coletas y empezó a imitarla con voz de pito—: «Me llamo Silvana Canedo. No me dejan tomar la luna y yo nunca lo hago porque soy una niña obediente y porque soy una Canedo... Y los Canedo siempre hacemos todo lo que nos dicen los demás. Siempre, siempre, siempre».

Los ojos pardos de su amiga centellearon de rabia.

—Vete a la mierda, Bosco.

El chico volvió a reírse con ganas y añadió con sorna:

—Vamos, Sil. No te enfades. No has subido hasta aquí para quedarte de rodillas a mis pies, ¿o sí?

—Ya te gustaría —masculló Silvana y se levantó a regañadientes.

Las risas de Bosco se multiplicaron.

—¡Lo nunca visto! ¡Una Canedo rebelándose! —Silvana dio un paso atrás y el chico se disculpó con un gesto, tendiéndole la mano de nuevo y cambiando el tono por uno sincero—: Perdona, Sil, no te cabrees... Ven. Si tocas la veleta, te prometo que no volveré a meterme contigo.

—Eso sí que sería lo nunca visto —repuso ella, con una sonrisa furtiva.

—¿Tregua?

—Tregua —afirmó Silvana y cogió su mano con firmeza.

Los dos se dieron un apretón y tocaron la veleta juntos, con la mano de él sobre la de ella.

Fue un momento extraño, eléctrico. Les erizó la piel como si les hubiesen alcanzado a un tiempo todas las tormentas que habían descargado sobre aquel pararrayos.

Bosco fue el primero en retirar las manos, aturdido. Se las metió en el bolsillo y ahuecó la tela para que Silvana no se diese cuenta de que aquel

escalofrío había levantado su propio pararrayos bajo el pantalón.

El chico no sabía si se estaba sugestionando o su amiga en verdad parecía distinta aquella noche, así que la miró con detenimiento, de arriba abajo. El cuerpo de Silvana empezaba a dibujar curvas, pero eran difíciles de distinguir bajo los vaqueros anchos y las camisetas holgadas que ella siempre vestía.

Los otros chicos de Fronda decían que Silvana tenía cuerpo de nadadora. Era cierto porque Silvana tenía las espaldas anchas y las caderas estrechas, pero aquellos chicos en realidad se referían a que ella no tenía ni pecho, ni culo, ni nada, era nadadora: «nada por delante y nada por detrás».

Eso también era cierto y, sin embargo, aquella noche bajo aquella luna, Bosco Montenegro sentía que no podía dejar de mirar a su amiga. Todas sus formas eran bonitas, perfectas tal y como eran, y sabía que si la tocaba de nuevo, no querría dejar de tocarla, así que dio un paso atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Silvana, comprobando si llevaba barro en la ropa—. Me miras raro. ¿Me he manchado?

Bosco frunció los labios y le mintió a la cara:

—Que va, es que estoy pensando que no hay peligro de que te reconozcan, Canedo. Hasta de cerca pareces un chico.

Bosco le dio un puñetazo suave en el hombro, aliviando su necesidad de tocarla. Silvana le devolvió un codazo en las costillas, aunque no muy fuerte porque no estaba realmente ofendida.

Estaba acostumbrada a que le llamasen chico, no era un insulto. Sus únicas amigas eran las hermanas Ajenjo y su padre las vestía a todas con ropa de chico, así que Silvana llevaba años vistiéndose igual para que Violeta, su amiga del alma, no se sintiese mal.

Junto con los Canedo, que eran los lobos omega, los Ajenjo ocupaban el último escalón social en la manada de Fronda, hasta los niños humanos les daban de lado.

La caída de los Ajenjo había llegado con el nacimiento de Paloma, la cuarta hija de Gregorio Ajenjo. Él quería tener un varón que recibiese su sangre *mannaro*, pero su mujer solo le daba hembras, así que dejó embarazada a otra mujer y se saltó las reglas para nada; al final terminó concibiendo otra niña.

El macho alfa insistía en que debían controlar la natalidad, no se podían

tener más de tres hijos y solo se podía procrear con una humana. Rotas las dos normas, castigó a los Ajenjo de modo ejemplar y el castigo alcanzó a sus hijas.

La familia no solo quedó relegada al último escalafón, además, Raúl Montenegro les obligaba a que criasen a las cuatro niñas como si fuesen varones. Las Ajenjo vestían con ropa de chico, llevaban al colegio el uniforme masculino e incluso debían cortarse el pelo muy corto, les gustase o no, para que su padre no olvidase lo que había hecho.

Violeta Ajenjo era la sombra de Silvana durante el día y Bosco le daba el relevo al caer la tarde. Nadie más se acercaba a Silvana Canedo porque era la nieta de los omega, pero a ella no le importaba. Con las Ajenjo se sentía como una hermana más y la compañía de Bosco Montenegro valía por la de todos los chicos y chicas del pueblo. Bosco nunca le había fallado y siempre estaba a su lado, aunque fuese para meterla en líos y no parase de decirle tonterías, como aquella noche.

—Ojalá fuese un chico, Bosco —suspiró Silvana y buscó en el cielo una estrella fugaz a la que pedirle el deseo—. Mi vida sería mucho más fácil si fuese un tío, te lo aseguro.

—Eso es una gilipollez, Sil. Mi vida no es más fácil que la tuya —se quejó Bosco, rascándose la cicatriz de la ceja izquierda, inconscientemente.

Todo el pueblo creía que esa marca se la había hecho de una mala caída, como la melladura de los dientes, porque Bosco se pasaba la vida trepando a los árboles, jugándose el pellejo entre las peñas del arroyo o saltando de tejado en tejado. Silvana sabía la verdad: todas las cicatrices se las había hecho Urso, su hermano mayor, que era una mala bestia.

Raúl Montenegro obligaba a luchar a sus hijos cada día, como entrenamiento. La cicatriz de la ceja que Bosco se rascaba cuando no entendía algo o estaba nervioso, era el recuerdo de un cabezazo mal encajado.

Silvana se metió las manos en los bolsillos, inclinó la cabeza hacia delante y le miró desde abajo, como solía hacer él, para imitarle bravucona:

—«Me llamo Bosco Montenegro. Tengo trece años y aquí se hace lo que yo digo... porque soy un Montenegro y a los Montenegro nos obedecen todos. Siempre, siempre, siempre».

—¿Sí? Pues bésame el culo, venga, vamos —replicó Bosco, bailando cómicamente con el trasero en pompa.

Silvana le lanzó una patada y Bosco la esquivó, le cogió la pierna y tiró hacia él, abrazándola como lo había hecho cien mil veces antes.

El corazón les latía con fuerza, de manera distinta, y Bosco volvió a sentir la hinchazón en la entrepierna, así que soltó a Silvana rápido y se sentó en la manta.

Ella se sentó a su lado con un reproche:

—¿Ves como no tienes palabra? Has dicho que si tocaba la veleta no te meterías más conmigo.

—Es que me encanta meterme contigo, Sil. Te pones muy guapa cuando te enfadas.

Silvana le miró, boquiabierta. Bosco nunca le había dicho algo así, ni siquiera de broma.

Él no sabía por qué había dicho esa estupidez, había abierto la boca y el piropo se le había escapado a hurtadillas, por lo que disimuló como pudo.

—Te has quedado muda, ¿eh? Mi hermano dice que esa frase nunca falla y vale para cerrarles la boca a todas las tías. No pensé que funcionaría contigo porque para mí no eres una chica, Canedo. Que conste que solo estaba... practicando, para cuando esté con una chica de verdad.

—Que conste que eres gilipollas —refunfuñó Silvana y escondió, tras una sonrisa triste, lo mucho que le había escocido aquella última pulla.

—No me llamabas así debajo de la mesa camilla de tu abuela, ¿lo recuerdas?

—No —intentó disimular Silvana, aunque el rubor que le calentaba la cara decía que sí, a todas luces. Estaban en penumbra y ella confió en que no se notaría, pero él lo notó y le pareció divertido.

—Así que te acuerdas, ¿eh? —le incordió Bosco, golpeándole la rodilla y dejando la mano allí, sobre su pierna—. Estoy seguro de que te acuerdas, Sil.

Silvana se quitó aquella mano de encima y miró hacia otro lado.

—No sé de qué me hablas, idiota.

Bosco empezó a lanzar besitos al aire con recochineo.

—Lo sabes perfectamente. Tú eras Bulma y yo Goku, nos habíamos casado y vivíamos debajo de la mesa... —El chico sonrió con ganas, recordando los faldones rojos y el brasero en el que se sentaban. El hormigueo del deseo regresó con fuerza, Bosco se estiró y se dejó caer en la

manta, recostándose en las tejas. Sus pupilas saltaban de estrella en estrella —. Sabes que es verdad, Silvana. Un día me besaste y dijiste que era porque querías practicar.

—¡Eso no es verdad!

—Oh, sí, claro que lo es. Y no hace tanto tiempo. Teníamos nueve años.

—Siete —le corrigió Silvana, mordiendo el anzuelo.

—¿Ves cómo te acuerdas? —Bosco hinchó el pecho y su tono recuperó su ironía habitual—. Lo sabía, mis besos son inolvidables.

—Traumáticos —aseguró Silvana. Sin embargo, sintió el fantasma de aquel roce de labios húmedos y el recuerdo significó más en ese momento de lo que había significado entonces.

Bosco se giró hacia ella y sonrió taimado, sacando los hoyuelos enigmáticos de los Montenegro.

—El trauma fue culpa tuya, no olvidaré nunca que me metiste la lengua en la boca y casi vomito del asco.

—¡Eso es mentira! —gritó Silvana, aunque era cierto—. ¡Cállate ya! Teníamos una tregua, ¿recuerdas?

—Vale, Canedo. He prometido dejar de meterme contigo, así que me callo, pero tú prometiste que ibas a tomar la luna conmigo, así que... ¿Qué vas a hacer ahora?

Silvana se tumbó de costado en la manta y se enfrentó a su mirada juguetona.

—Te dije que lo haría y lo haré, Montenegro, aunque me parece absurdo, porque las chicas no podemos cambiar.

—Ya, pero tú no eres una chica... Ven. —El brazo izquierdo de Bosco pasó la frontera de la manta y lo metió bajo la nuca de Silvana, ofreciéndoselo de almohada. Acercaron sus cabezas y Bosco añadió en susurros—: Tú eres mucho más que una chica, Sil. Tú llevas una loba dentro, estoy seguro.

—Eso se lo dirás a todas —bromeó ella.

A Bosco no le hizo gracia y su voz sonó a reproche.

—Eso no se lo digo a nadie y lo que te voy a contar ahora, tú tampoco se lo podrás contar a nadie, ¿vale? Prométemelo.

Silvana simuló que se cosía la boca y tiraba la aguja invisible hacia la

chimenea.

Bosco confesó entre dientes:

—Al mediodía he estado en las ruinas del anfiteatro y he entrado en el laberinto de la Suma Sacerdotisa.

La mandíbula de Silvana perdió las puntadas prometidas y se desencajó.

—¿Cómo se te ocurre hacer eso, Bosco? Dime que es una coña, ¿estás tonto? ¡Está prohibidísimo entrar ahí porque es peligroso!

—No. Está prohibido porque se supone que solo el alfa puede hablar con la Magna Umbra, nadie más sabría cómo llegar a ella... pero yo sí.

Silvana se rio, no pudo evitarlo.

—Ya, claro que sí. Tú sabes dónde está la Suma Sacerdotisa, sabes cómo atravesar el laberinto y sabes cómo salir.

—No me crees, pero es verdad. He hablado con ella y...

—¿Y cómo es? —le interrumpió Silvana, siguiéndole la corriente.

—No lo sé —farfulló Bosco—, llegué a una cueva llena de estalactitas o estalagmitas... Bueno, da igual, lo que sean esas putas cosas, ya me entiendes. Algunas piedras colgaban del techo como colmillos y, de las que salían del suelo, muchas tenían forma humana. Había estatuas de mujeres por todas partes y una hoguera salía de una grieta del suelo, las llamas eran muy altas y azuladas. La bruja estaba detrás de la hoguera y yo solo he podido ver su sombra, pero era la sombra de una loba enorme.

—¿Y qué? ¿Os habéis tomado un té? ¿Habéis jugado al tute? ¿Habéis...?

Silvana no terminó la última pregunta porque Bosco la fulminó con la mirada, serio como jamás le había visto antes.

—Deja de vacilarme y escúchame. La Suma Sacerdotisa me ha dicho que tenía que tomar hoy la luna porque voy a cambiar esta misma noche... Y tú vas a cambiar conmigo. Vamos a ser *mannaro*. Los dos, tú y yo, ¡lobos, Sil!

Silvana le miró como si la hubiese abofeteado y se incorporó dolida, mirando hacia los jardines de la casona, más allá de los establos, buscando la pequeña luz en la ventana de sus abuelos.

—De todas las chorradas que me has dicho, Bosco Montenegro, de todas las gilipolleces que me has soltado en tu vida, esta es la peor... Es la peor de todas.

La chica hizo ademán de ponerse en pie, pero Bosco se movió más rápido

y se le puso encima, aplastándola contra las tejas y sujetándola por las muñecas con las manos.

Habían jugado a ese juego muchas veces, como dos cachorros humanos, ella nunca tardaba más de cinco segundos en revolverse y darle la vuelta a la situación. Después, los dos se revolcaban por el suelo del bosque hasta que uno conseguía ponerse en pie y pisaba al otro en el pecho.

A veces ganaba ella, a veces ganaba él y esa última vez, ganó Bosco. Silvana forcejeaba, a punto de soltarse, pero el chico le atacó con palabras:

—Si no confías en mí, tú que eres mi *zanna*, nadie más lo hará.

Silvana perdió las fuerzas, abandonó la lucha y se quedó muy quieta, aguantando la mirada de Bosco y la presión de su cuerpo.

Él había vencido con una sola palabra, elegida a conciencia. Le había llamado mi *zanna*, «mi colmillo», «mi imprescindible», la palabra que usaba el abuelo de Silvana para llamar a su esposa. Bosco lo sabía porque prácticamente se había criado en casa de los Canedo, para él los abuelos de Silvana eran también su familia.

—Yo confío en ti —le repitió Bosco, soltándola y arrodillándose a su lado—. ¿Confías tú en mí?

—Sabes que sí, pero es que... —Silvana le acarició la mejilla y Bosco cerró los ojos, restregando la cara contra su mano como un lobato. La chica terminó la frase, angustiada—: Es demasiado bueno para ser cierto, por eso creo que te han tomado el pelo.

Bosco abrió los ojos, se agarró al palo de la veleta y se puso en pie.

—Te estoy diciendo la verdad, Sil.

Ella se levantó, sin importarle que pudiesen verla, y le cogió una mano entre las suyas. Se sentía muy cerca de él, más cerca que nunca.

—Y yo te creo, sé que no me mientes, pero lo que dices... Para empezar, ¿cómo has entrado en las cuevas? ¿Por dónde? ¿Y cómo has evitado las protecciones? ¿Has robado una máscara de la fragua?

Bosco negó con la cabeza y la agachó, avergonzado.

—He entrado por el sótano de mi casa. Me he tapado con una manta y... No te rías, Sil. Verás, me he puesto una careta de *Spiderman*.

Silvana no pudo evitar reírse y Bosco la miró ofendido.

—Vale —cedió ella, recuperando la compostura, sin perder la sonrisa—,

me lo creo. Me creo que has conseguido entrar, pero ¿qué has visto allí, Bosco? Solo la sombra de un lobo.

—La sombra de una loba enorme —le corrigió él—, la sombra de la Suma Sacerdotisa.

—O la sombra de tu hermano. Urso te puede haber seguido para acojonarte y asegurarse de que no te perdías.

Bosco resopló, cruzándose de brazos.

—¿Crees que soy tan imbécil?

Silvana enarcó una ceja y se comió las ganas de asentir.

—La solución más sencilla suele ser la correcta. Yo te creo, pero lo más lógico es pensar que has visto la sombra de tu hermano.

—Solo hay un modo de saber si es verdad lo que he visto y todo lo que ella me ha dicho, ¿no? Es lo más sencillo: toma la luna conmigo y veremos si cambias.

Bosco se quitó la camiseta y se la tiró a los pies. Silvana se quedó mirando la tela oscura mientras él se desabrochaba los vaqueros y la llamaba cobarde.

—¡Mierda, déjalo ya! —explotó Silvana—. Tú eres el hijo pequeño del alfa y eres un chico. Tu hermano ya ha cambiado y tú vas a cambiar. Vas a cambiar seguro, hoy o cualquier otra noche, ya lo verás, pero yo no puedo cambiar. No nacen lobas en la manada y punto. Lo que te han dicho tiene que ser una broma y es una broma muy cruel.

Bosco la cogió por la barbilla y la obligó a mirar al cielo.

—¿Ves esa medialuna, Silvana? Es la luna de plata y es la más poderosa de todas. Sale entre tres y siete veces en cada siglo. Cuando febrero pierde su luna, los *mannaro* no son fértiles durante ese año, pero enero y marzo tienen dos plenilunios —le explicó Bosco con los ojos perdidos en las estrellas, nublados de esperanza—. Y si un mes tiene dos lunas llenas, a la segunda se le llama luna azul.

—Ya lo sé, no me dices nada nuevo.

—Pero a la segunda luna llena de marzo —continuó Bosco— se le llama la luna de plata y debemos aprovechar su luz, Sil. Es muy poderosa, nos va a sacar el lobo, a ti y a mí, mi *zanna*. Confía en mí y toma la luna conmigo esta noche.

Silvana tenía los ojos brillantes de lágrimas y los labios tan fruncidos que

le costaba esconder la pena con una sonrisa.

—Eres un cabezota. No es que no lo entiendas, es que no lo quieres entender: aunque tomase la luna todas las noches de mi vida, yo nunca cambiaría. Las chicas no llevamos lobs dentro, ya no.

Bosco no sabía qué más decir para convencerla, así que añadió con una risotada:

—A lo mejor resulta que eres un chico de verdad y por eso no quieres que te vea desnud...

Silvana se quitó la camiseta y se la lanzó a la cara. En cuanto Bosco vio su sujetador negro de encaje, se le cortó la risa.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Montenegro?

Silvana asomó la punta de la suya entre los dientes, con el gesto feroz con el que desafiaban los lobos de Fronda.

Bosco aceptó el desafío, se quitó los pantalones de dos patadas y sus deportivas volaron sin desabrochar.

—Te toca, Canedo —gruñó, con la boca tan seca que las palabras le raspaban el paladar.

—Vale —aceptó Silvana—, pero me sigue pareciendo una gilipollez.

Ella se movió despacio, consciente del enorme paso que iba a dar. Todos los niños de Fronda tomaban la luna en los tejados y algunas chicas también lo hacían. Silvana nunca había entendido para qué, porque ellas estaban malditas, vacías como castañas huecas. Ya no nacían lobs en Fronda y, sin embargo, todas las niñas soñaban con el cambio.

Silvana lo deseaba tanto como cualquiera de ellas. Deseaba ser un chico por la posibilidad de que la luna le quemase la piel y le despertase la loba que soñaba llevar dentro, pero no creía que eso le fuese a pasar. Ni siquiera Bosco Montenegro las tenía todas consigo, algunos hombres nunca cambiaban.

Silvana contuvo el aliento, se agachó y empezó a desatarse las deportivas, tomándose su tiempo en cada lazada.

Bosco llevaba un rato pensando cómo serían las bragas de Silvana. Aquel sujetador negro de encaje le había sorprendido bastante, jamás se había parado a imaginar cómo sería la ropa interior de su amiga.

Era Silvana, su Silvana, y se le hacía tan raro pensar que tuviese tetas como que llevase sujetador. Los otros chicos tenían razón, era nadadora, nada

por delante y nada por detrás, pero qué espalda tenía, preciosa, fuerte y llena de lunares. Le dieron ganas de contarlos con los dedos y pasar despacio de uno a otro, creando animales como en los dibujos por números, como en las constelaciones.

Sacudió la cabeza y se repitió sin descanso que aquella era Silvana Canedo, que solo era Silvana, que no tenía una espalda bonita, que tenía la misma espalda de siempre, la misma que él había puesto en el suelo y manchado de barro muchas veces.

Silvana se sentó descalza en la manta y se quitó los vaqueros, guardándolos detrás de ella, bien lejos de Bosco por si al gracioso se le ocurría tirarlos al jardín. Después, se quedó muy quieta, completamente inmóvil durante unos segundos que a Bosco se le antojaron eternos.

El chico comprendió que ella se lo estaba pensando y decidió actuar.

Silvana sintió algo de tela cayendo sobre su cabeza. Como Bosco no llevaba calcetines, supo al momento que ya no había vuelta atrás y que su mejor amigo acababa de coronarla con unos calzoncillos sucios.

Se los quitó de encima con asco y se los lanzó a Bosco a la cara. Él los esquivó sin cambiar de expresión, afilándose la lengua contra su diente mellado con una sonrisa traviesa, completamente desnudo.

Aunque Silvana estaba harta de ver chicos en cueros, porque en Fronda los había por todas partes y sobre todo en las noches de luna llena. Ninguno era Bosco y ninguno había estado nunca tan cerca de ella, ni siquiera sus abuelos o su padre.

A Lorenzo Canedo solo se le permitía sacar al lobo una noche al año, durante la luna del cazador, ese era su castigo por ser el hijo de los omegas.

El castigo de sus abuelos era aún peor, no podían cambiar nunca. Si la predicción que le había contado Bosco se hacía realidad, iba a tener mucha gracia que fuese precisamente ella, la nieta del lobo omega, la que se convirtiese en la única hembra joven de la manada.

Con ese pensamiento, con el desafío de la pequeña posibilidad, Silvana se quitó el sujetador y dejó que las bragas de encaje le resbalasen por los muslos hasta los tobillos.

Bosco Montenegro estaba harto de ver mujeres desnudas en Fronda, pero ninguna era... su Silvana. Empezó a sentir un vacío extraño que le oprimía el

vientre, moviéndose como un lobo enroscado y hambriento, mordisqueándole la boca del estómago. Notó el calor focalizarse y adivinó lo que le iba a pasar a continuación: le sobrevendría otra erección.

Bosco estaba hormonado, se excitaba hasta con las fotos del *National Geographic* y era la tercera vez que le pasaba esa noche. Sin embargo, el deseo que solía controlar pensando en otra cosa, en ese momento le controlaba a él y ya no podía pensar en nada más que en Silvana.

Se tumbó boca abajo en la manta y disimuló. Si no se le pasaba el calentón, bajaría del tejado arrastrándose por las tejas y por la fachada, al estilo lagartija, pero ella no le vería así.

Silvana seguía absorta en su propia vergüenza. Se recostó sobre las tejas, casi al mismo tiempo que él, aunque boca arriba, mirando al cielo y sintiendo la mirada de Bosco, tan encendida que le quemaba la piel.

—La luna es una mentirosa —dijo Bosco, con un hilo de voz—. Cuando parece una C no es creciente, está menguando. Y cuando parece una D, no es decreciente, es que queda poco para el plenilunio.

A Bosco le parecía que Silvana tenía dos D muy prometedoras en los pechos, le estaban creciendo y tenía los pezones abultados, duros como dos botones rosados.

Él intentaba mirar la luna y las estrellas, pero le gustaba más el nuevo horizonte del cuerpo de Silvana. Los ojos del chico viajaban del hueso de las caderas de su amiga a las pequeñas colinas rosáceas de sus pechos, sin poder dejar de pensar en lo cerca que estaban y en si serían blandos o tan duros como parecían a simple vista.

Bosco Montenegro no solía pensarse las cosas dos veces, estiró el brazo y el pezón de su mejor amiga se endureció bajo sus dedos exploradores.

Lo que pasó a continuación no fue lo que él había esperado que ocurriese. Esperaba un grito o un empujón, pero Silvana no decía nada, ni siquiera se movía.

Él retiró la mano, avergonzado.

—Perdona —masculló, de un modo casi inaudible, con el corazón en la boca, bombeando toda la sangre hacia su entrepierna. Sabía que se había pasado muchísimo e intentó bromear—: Perdona, Sil. Estaba practicando otra vez, para cuando pueda tocar una teta de verdad.

Silvana todavía sentía el calor de las manos fantasmas de Bosco. La sensación se extendía en oleadas por todo su cuerpo. Las mejillas le ardían, su piel enrojecía por momentos, la ira se mezclaba con la vergüenza... y algo más.

La luna le calentaba la piel y la volvía encarnada. Sintió la furia correr por sus venas, un fuego líquido cargado de deseo y ganas de desgarrarle la garganta a Bosco.

Sus manos se cerraron en puños y cerró los ojos.

—Sil, ¿estás bien? Ya te he dicho que lo siento, no te enfades. Venga, que ha sido una broma. Te prometo que no...

El puño derecho de Silvana salió disparado y le acertó a Bosco en un hombro, podía haberle dado en la cara si ella hubiese querido, incluso con los ojos cerrados.

Bosco gimió y Silvana produjo un sonido gutural, distinto del registro humano.

Era el lamento de una loba herida.

Bosco Montenegro se agarraba el hombro, maldecía y se seguía disculpando.

Silvana Canedo permanecía inmóvil, tumbada boca arriba, con los puños cerrados y los ojos demasiado abiertos. El reflejo de la media luna temblaba en sus lágrimas y sus rayos filtraban una calidez preternatural que encendía cada célula de su cuerpo. A Silvana le dolían todos los pelos de su epidermis igual que si se hubieran vuelto de metal y del revés, como si le creciesen hacia dentro.

Sentía cientos de miles de agujas incandescentes que se le hundían en la piel y, sin embargo, lo que más le dolía era la frialdad con la que le había tratado Bosco.

Para ella, él era su colmillo, su imprescindible. Lo era de verdad y lo había sido siempre.

Hasta esa misma noche, Silvana se había convencido de que le quería como a un hermano de leche o como a un hermano de verdad, pero al sentir sus manos no pudo seguir mintiéndose a sí misma.

Silvana arqueó la espalda y se levantó de un único movimiento, con una pirueta grácil e inhumana. No le iba a dar el gusto de verla llorar y, antes de

que Bosco pudiese reaccionar, corrió hacia el otro lado del tejado y saltó al último balcón de la torre.

Fueron tres metros de caída, pero Silvana aterrizó de pie, como una gimnasta de élite. Se le escapó una risa nerviosa al percatarse de lo que había hecho y después se golpeó la frente con las manos porque se había dejado toda la ropa en el tejado.

Miró a su alrededor, las puertas del balcón estaban abiertas y la habitación en penumbra. De seguro podría haber arrancado las cortinas para enrollárselas en el cuerpo, pero no le iba a hacer falta, había tenido mucha suerte y había caído en el cubil de la abuela de Bosco.

Silvana pensó que Melisa Montenegro podría vivir un día más sin uno de sus horribles vestidos negros de viuda alegre, ya se lo tiraría ella a Bosco a la cara la próxima vez que lo viese.

Entró sigilosa en el dormitorio y su buena suerte continuó. Encontró un vestido de seda en el suelo y se lo metió por la cabeza sin perder un segundo.

La tela apestaba a Melisa Montenegro y a alguien más.

El olor que Silvana encontró en la tela le quemó los pulmones, paralizándola en mitad de un rayo de luna.

—Pero, ¿qué...? —gorjeó una voz masculina.

Para cuando escuchó balbucear a su padre, Silvana ya sabía que él estaba allí, en la cama de ese cuarto inmundo. Su esencia impregnaba la seda del horrible vestido como si él mismo lo hubiese llevado puesto todo el día.

Lorenzo Canedo se incorporó en la gigantesca cama de estilo colonial y sus ojos azules se encontraron con los pardos de su hija. Lorenzo los vio relampaguear, ambarinos y feroces, pero el destello duró un segundo y se apagó con el estruendo del cuerpo de Bosco, cayendo a plomo en el suelo del balcón.

El chico soltó una maldición y Silvana atravesó el dormitorio, echando a correr escaleras abajo.

—¿Qué pasa? —preguntó Melisa, somnolienta. Le había parecido que aquella mocosa...

No. Eso era imposible.

La abuela de Bosco inspiró con fuerza. Su nariz era diez mil veces más sensible que la de un humano y a sus más de doscientos millones de

receptores olfativos les bastó una sola molécula del olor de Silvana, entre un cuatrillón de moléculas en el aire, para identificar la esencia de una hembra desconocida.

Lorenzo Canedo sabía lo que Melisa Montenegro estaba olfateando, pero se pasó la mano por la cara, fingiendo una calma que no sentía y dijo lo único que podía decir para salvar a su hija:

—Creo que uno de tus nietos se acaba de caer del tejado.

—¿Bosco? ¡BOSCO! —bramó Melisa.

Era una suposición sencilla porque el menor de los Montenegro siempre estaba haciendo alguna tontería. La mujer saltó de la cama y olvidó a Silvana, levantándose con celeridad animal.

Su larga trenza caoba, sembrada de hilos de plata, restalló en el aire como un látigo y le golpeó en la espalda.

Melisa tenía una figura espléndida para sus sesenta y seis años. Su cuerpo conservaba la fogosidad de los veinte y también en su mirada verdosa relucía el mismo brillo feroz, lo que a Lorenzo Canedo le había parecido siempre irresistible.

El padre de Silvana se quedó en las sombras del cuarto, vistiéndose y observando cómo la mueca de espanto de Melisa se relajaba al encontrar a su nieto en el suelo del balcón, magullado, pero vivo.

Por un momento, Melisa había temido encontrarle en el jardín, varios metros más abajo. Elevó la barbilla y miró a Bosco con su acostumbrado rictus adusto.

La mujer tenía los pómulos muy marcados, como la mirada, sus pestañas eran tan densas que parecía llevar siempre pintada la raya del ojo, algo que habían heredado su hijo y sus nietos.

Sin importar la edad, los *mannaro* siempre resultaban atractivos, aunque en ese momento Melisa Montenegro imponía más miedo que deseo, tanto en Lorenzo como en Bosco, y su nieto supo al verla que el susto que le había dado se lo haría pagar caro.

—Estoy bien —refunfuñó el joven, frotándose el tobillo izquierdo—. No te preocupes. Estoy bien, abuela.

Bosco se había hecho infinidad de esguinces y fracturas. Conocía tan bien el dolor que casi podía controlarlo, lo recibía cada día y tenía el umbral muy

alto. Sin embargo, lo que más le dolía era no poder salir corriendo detrás de Silvana en ese mismo instante.

Melisa Montenegro se arrodilló junto a su nieto y sus manos expertas reconocieron el tobillo magullado.

«Vete» le ordenó a Lorenzo, conectando sus mentes y sin girarse siquiera para verle marchar.

El padre de Silvana obedeció, rompió la conexión telepática aliviado y guardó sus pensamientos para sí mismo.

No quería que Melisa fuera consciente de lo que acababa de ocurrir. Debía proteger a Silvana a toda costa, la habría seguido escaleras abajo inmediatamente, pero no quería levantar sospechas. Bajó los peldaños de la torre despacio y rezando para que Melisa Montenegro no hubiese visto lo que él había visto.

Paradójicamente, Lorenzo tampoco vio la sombra que le observaba, la misma que había visto salir corriendo a una chica joven con los ojos encendidos en brasas lobunas.

El macho alfa se mantuvo inmóvil en el pasillo, contemplando cómo Lorenzo Canedo saltaba el último escalón y entraba en la cocina directo hacia la puerta de servicio, persiguiendo el aroma de su hija.

Melisa Montenegro salió al balcón, cogió a su nieto como si fuese un bebé y, sin ningún esfuerzo, se puso en pie con él en sus brazos.

Bosco olfateó el aire y la piel de su abuela, distinguiendo una esencia mezclada con la colonia de jazmín que ella siempre usaba. Eran unas feromonas masculinas que reconocía.

Melisa podría haberse bañado en lejía y aun así Bosco habría distinguido el aroma de los Canedo. Su olfato corroboraba lo que habían visto sus ojos, aunque no lo había visto bien y, en un primer momento, el chico había pensado que se trataba del abuelo de Silvana, porque su hijo se le parecía muchísimo, pero tenía el pelo oscuro en lugar de blanco.

Bosco apenas podía creer que hubiese pillado al padre de Silvana en el dormitorio de su abuela. Ella odiaba a los Canedo, los odiaba con toda su alma.

Después de que la madre de Silvana amamantase a Bosco hasta casi los

dos años, había sido muy difícil separarle de aquella familia y más aún de Silvana. Los Canedo limpiaban la casona, cuidaban los jardines y hasta cocinaban para los Montenegro, siempre andaban cerca y su nieta con ellos.

Melisa había terminado aceptando aquella indómita amistad entre su nieto y la nieta del omega, con una sola condición, un secreto que Bosco jamás le había contado a nadie. Era una promesa que ambos recordaban con precisión: Bosco podía jugar con aquella niña indeseable, siempre y cuando le contase a su abuela todo lo que ocurría en casa de los Canedo.

Melisa Montenegro no se fiaba de los omega y quería vigilarlos de cerca y así se lo había dicho. Bosco ahogó una sonrisa cínica al recordar aquellas palabras. Seguramente su abuela había metido al padre de Silvana en su cama, solo para vigilarle lo más cerca posible.

—¿Con quién estabas? —preguntó Melisa, masajeándole el tobillo.

—¿Y tú? —contrarrestó el chico.

—Eso no es de tu incumbencia. ¿Con quién estabas, Bosco?

—No me acuerdo. Creo que el golpe me ha dejado amnésico o se me ha comido la lengua el gato.

Bosco sonrió, se cerró los labios con una cremallera invisible y simuló que cerraba un candado, igual que había hecho Silvana. Hubiera querido que fuese un candado real, pero de poco le habría servido. Su abuela Melisa, nieta de alfas, antigua alfa y madre del alfa actual, manejaba llaves mentales más allá del entendimiento mundano, llaves que rebuscaban en el centro del alma y de la memoria, sacando las sílabas a la luz, una a una, junto con los dientes si hacía falta.

—¿CON QUIEN ESTABAS, BOSCO?

—Yo... yo no...

Cansada del juego, Melisa entró en la mente de su nieto, invadiéndole a la fuerza. Ella misma le había enseñado a cerrarse, pero ningún humano podía protegerse del todo y si el chico era un *mannaro*, su lobo aún no estaba maduro.

Bosco se concentró y utilizó todos los trucos que sabía para frenar la invasión, pero Melisa pasó por encima de cada muro que él levantaba.

La mujer encontró la respuesta que buscaba y lo hizo en la piel de una chica rubia desnuda. Melisa Montenegro volvió la vista a la media luna y le

preguntó con reproche:

—¿Una Canedo?

Era lo último que esperaba ver, pero no podía decir que le sorprendiese, no realmente. Melisa Montenegro sonrió de tal forma que el corazón de Bosco dio un vuelco en su pecho.

—¿Qué estás pensando, abuela?

—Poca cosa, que tenemos que vendarte ese tobillo... y que ya me encargaré de esa chica más tarde.

Una amenaza gutural reverberó en la garganta de Bosco. Torció el labio superior, mostró los dientes y sus ojos verdes relampaguearon dorados.

Melisa profirió una carcajada, se subió a la balaustrada del balcón y se dejó caer al jardín, con su nieto aún en brazos.

La caída fue larga y vertiginosa, pero la mujer no acusó el golpe contra el suelo. Cayó sin apenas doblar las rodillas y fue la tierra la que tembló bajo sus pies. Enseguida dejó a Bosco sentado en la hierba, junto a las azucenas, y le apretó el tobillo herido entre sus manos.

—Cuando el lobo yace a flor de piel, como lo hace el tuyo ahora, Bosco, hay muchísimas maneras de despertarlo. La más fácil es tomar la luna, la *tintarella di luna* —Melisa lo pronunció en perfecto italiano y continuó—: La luna te quema la piel y despierta al lobo, pero el bronceado lunar es un proceso lento. Es mucho más rápido despertarlo con el sabor de la sangre humana o con una emoción muy intensa, como las que has tenido esta noche. Sin embargo, la manera más fácil de todas... Es un dolor fuerte.

El tobillo de su nieto crujió como una rama rota y se partió entre los dedos de Melisa.

Bosco chilló y el grito terminó en aullido.

Capítulo V

CORAZÓN POR CORAZÓN

«Cada luna es distinta. Cada luna tiene su propia historia. Dichosos quienes pueden olvidar su mejor luna».

Ángeles Mastretta, *Mujeres de ojos grandes*.



1999, miércoles 31 de marzo.
Luna de plata, plenilunio.

La noche del plenilunio de plata era una noche especial para los *mannaro*, toda la manada saldría a cazar, incluso los omega, aunque no a todos se les permitía correr como lobos.

Silvana se quedó encerrada en el sótano de la casa de sus abuelos, leyendo bajo la luz de una pequeña lámpara. Había pasado toda la semana allí, enclaustrada como en las mazmorras de un cuento, durmiendo en un catre.

Aquel lugar le ponía los pelos de punta. Era enorme y estaba abarrotado de los trastos que los Canedo habían ido acumulando a lo largo de los años.

Había cajas polvorientas, baúles desvencijados, herramientas y azulejos que sobraron de una reforma, una bici roja que Silvana ya había olvidado, algunas cajas de libros viejos, revistas pasadas de moda y una multitud de muebles que proyectaban sombras monstruosas y en su mayoría yacían tapados por sábanas como una colección de fantasmas.

Todo olía a sidra y a vino agrio, porque había decenas de toneles de vino picado entre las botellas buenas.

La única ventana daba al suelo del jardín y la habían tapado con papel de periódico. Silvana había sido incapaz de apagar la luz de la lamparita en toda la semana, ni siquiera para dormir. Estaba segura de que si miraba por el rabillo del ojo, las sombras del sótano se moverían en aquella oscuridad mórbida.

A veces escuchaba ruidos y, a pesar de que no había visto ningún ratón, se había topado con sus diminutas heces, una especie de viruta negra que aparecía por todas partes, incluso sobre la colcha cuando se despertaba.

La chica lo había inspeccionado todo a conciencia, había pasado mucho tiempo recluida en aquel sótano de los horrores y sin otra cosa que hacer, más

que leer y desesperarse.

La parte más divertida había sido encontrar una vieja gramola que todavía funcionaba, aunque casi todos los discos eran de pizarra. Había coplas, tangos, pasodobles, boleros... pero ni una sola canción de antes de los años setenta.

Los últimos vinilos que había comprado su abuelo Olmo eran los primeros discos de los Beatles y los Rolling Stones. Silvana se había pasado toda la semana escuchándolos.

El sonido de aquellas melodías, con el freír de la aguja sobre las pistas, era mágico y la sacaba del sótano con la misma facilidad que las novelas que guardaba allí su abuela, casi todas colecciones de Jazmín y Estefanía, románticas y del oeste.

Otro de los tesoros descubiertos había sido los antiguos álbumes de fotos de sus abuelos.

Olmo Canedo era muy fotogénico. En casi todas las instantáneas tenía la misma expresión chulesca, la simetría que marcaba su nariz recta se rompía por una sonrisa fruncida y voluptuosa, sobre una barbilla hendida y férrea.

De joven, Olmo había tenido el pelo rubio, con un rizo ensortijado e imposible de peinar. Lo llevaba muy corto y eso hacía que destacasen aún más sus ojos, de un azul aciano como la flor. Ni siquiera los de su hijo Lorenzo eran tan intensos, a pesar de que los había heredado de Olmo junto con el atractivo *mannaro*.

En las fotos de su juventud, la abuela Olivia parecía más feliz de lo que nunca la había visto su nieta. Salía algo desaliñada en todas, con una sonrisa resplandeciente de ninfa de los bosques, poca ropa y siempre descalza.

Olivia había sido una joven fuerte, de ojos pardos, melena de trigo y espaldas anchas, como Silvana.

En las últimas fotos, Olivia salía con su hijo en brazos y Lorenzo era adorable, un rechoncho querubín de medio metro; pero junto con los zapatos y el bebé, la abuela de Silvana también se había calzado cierto deje triste, que todavía conservaba.

Los álbumes estaban ordenados con mimo, cada fotografía ocupaba un marco designado y al pie rezaba el lugar y la fecha en la que había sido tomada. Sin embargo, Silvana encontró una imagen fuera de lugar, perdida en

el álbum del último viaje de sus abuelos a Italia.

Era una foto muy antigua, tenía los bordes troquelados y le faltaba una parte, como si alguien le hubiese arrancado un tercio.

Sus abuelos salían muy felices, completamente desnudos, sentados en un abrevadero de piedra de los muchos que había por los senderos de Fronda. Olivia se veía radiante, con algunas hojas de pino entre los mechones rubio platino y las plantas de los pies completamente embarradas. Olmo estaba a su lado y le guiñaba un ojo a la cámara, con su típica mueca burlona. Uno de los brazos estaba detrás del cuello de Olivia y el izquierdo estaba extendido, como si abrazase a otra persona, la que habían arrancado de un tirón.

El corte ni siquiera era un ángulo recto, lo habían hecho con las manos y se había llevado el muslo izquierdo de Olmo, amputado quizá en un ataque de rabia.

Sus abuelos se veían tan guapos y felices que Silvana decidió quedarse aquella foto, aunque estuviese rota. Usándola de marcapáginas ya se había leído cinco novelas y estaba terminando la sexta, como solía hacer durante las vacaciones de verano, solo que no estaba de vacaciones, esa semana se suponía que estaba enferma. En el instituto, su familia había dicho que tenía varicela.

No entendía por qué la tenían encerrada. Sin duda, intentaban protegerla, como tantas otras veces. Silvana comprendió que quizá su familia siempre había temido que ella cambiase y verla llegar a casa en brazos de Lorenzo, a punto de convertirse en loba, no sorprendió demasiado a sus abuelos.

Después de descubrir a su padre en la cama de Melisa Montenegro, Silvana había salido de la casona a toda prisa y su padre le había dado alcance al cruzar los jardines, a la entrada de los corrales. Los animales no parecían muy contentos de verla y estaban tan alborotados como en las noches de tormenta.

Lorenzo también parecía muy nervioso, no dejaba de disculparse, pero Silvana no quería escuchar nada de lo que le decía.

Cuando les quedaban menos de doscientos metros para alcanzar la casa de los Canedo, las rodillas de Silvana fallaron, el dolor que sentía en la piel se hizo insoportable y Lorenzo tuvo que llevarla en brazos.

La chica era incapaz de mirarle a la cara, la loba que luchaba por quemar su carne y liberarse quería desgarrarle la garganta.

Lorenzo no dejaba de excusarse, contándole que las parejas de Fronda no eran convencionales y que su microcosmos social era muy diferente del monógamo humano.

Silvana siempre había creído que la relación de sus padres era distinta, exclusiva, como lo era la de sus abuelos.

Olmo y Olivia solo tenían ojos para mirarse el uno al otro y Silvana estaba segura de que sus manos jamás habían tocado la piel de un tercero. Sin embargo, Lorenzo Canedo apestaba a la abuela de Bosco y ese olor enloquecía a Silvana, embraveciéndola.

Su padre le repetía sin descanso que su madre lo sabía y que lo aceptaba, que no era algo que tuviese que discutir con ella, que cuando fuese mayor, ya lo entendería...

Silvana recordaba poco más de aquel monólogo y de lo que había ocurrido después. Todo le parecía un sueño, pero la señal de su frente demostraba que la pesadilla era real.

Su padre había entrado en la casa de sus abuelos con ella en brazos, había atravesado el salón y la cocina, bajando las escaleras del sótano a toda prisa.

Allí Olmo Canedo preparó una gigantesca tina de agua fría y la aderezó con todos los cubitos de hielo que pudo encontrar en la nevera mientras Olivia empapelaba la ventana con periódicos viejos y se aseguraba de que no quedase un solo resquicio por el que se pudiera filtrar la luz de la luna o un par de ojos curiosos.

Antes de que Silvana pudiera darse cuenta de lo que ocurriría, Lorenzo Canedo metió a su hija en la tinaja de agua helada, sujetándola por los pies y manteniendo su cabeza debajo del agua unos segundos interminables.

—No va a ser suficiente —les avisó Olivia—. Mirad su piel, está completamente roja. No va a ser suficiente, ¡va a cambiar!

Olivia ayudaba a Lorenzo a mantener a la chica sumergida, dejándole apenas unos segundos para respirar antes de volver a meterle la cabeza bajo el agua, mientras le gritaba a Olmo que se diese prisa.

Olmo buscaba algo en los baúles y cuando por fin lo encontró, lo alzó en el aire como si hubiese sacado la espada Excalibur de la piedra.

Olivia sacó la cara de su nieta a la superficie y mantuvo su cabeza erguida e inmóvil.

Silvana pudo tomar aire, pero se le escapó de los pulmones al encontrarse frente a los ojos de su abuelo Olmo, completamente encendidos e inhumanos.

Olmo le puso algo en el pecho, sobre el corazón, y un intenso dolor le robó la consciencia. Le habían quemado con un medallón ritualizado, dejándole la marca de tres lunas menguantes y frenando el cambio. En cuanto la piel de Silvana recuperó su palidez habitual, su abuelo guardó el medallón y la sacaron de la tinaja.

Las lunas de su pecho parecían esscarificadas. En un humano, ese tipo de herida cicatrizaba y lo marcaba para toda su vida; en el caso de Silvana, tendrían suerte si conseguían dormirle la loba hasta la siguiente luna.

La triple Hécate menguante iría desapareciendo, pero les concedería algo de tiempo para pensar qué iban a hacer con la joven.

Lorenzo quería llevársela de Fronda junto con Marisa y romper todas las normas, emancipándose de la manada, aunque supusiera correr un riesgo de muerte. Ese era el plan y Silvana les había escuchado y lo sabía, pero no podía contárselo a nadie.

Las hermanas Ajenjo habían ido a verla y la habían estado llamando por teléfono toda la semana, al igual que Bosco, pero su familia la mantenía aislada y ellos mismos apenas habían hablado con ella.

Olmo y Olivia estaban demasiado ocupados, corriendo de acá para allá. Silvana les había escuchado coger el coche varias veces y eso que casi nunca conducían, así que la chica suponía que sus abuelos salían de Fronda, pero no sabía para qué y seguía demasiado enfadada con su padre como para preguntárselo. Además, a su madre tampoco le dejaban bajar al sótano, por si acaso la chica cambiaba y le atacaba.

La vida de Silvana se había convertido en una intriga propia de las novelas que tanto le gustaba leer, pero vivirlo era muy diferente, no le gustaba nada en absoluto.

Descubrir su verdadera naturaleza no tenía el resultado que ella había soñado tantas veces, ninguno se alegraba: su padre solo hablaba de escapar y su madre lloraba todo el tiempo; su abuelo Olmo, que siempre tenía una sonrisa desenfadada, refunfuñaba por toda la casa con gruñidos reales, taciturnos y lobunos, y su abuela Olivia se veía más triste que nunca, apenas conseguía aguantarse las lágrimas cuando bajaba a verla.

Silvana no quería pensar en aquella locura y por eso leía, para olvidarse de

todo lo demás. Se encerraba en su burbuja dentro de aquel sótano y contaba las horas que le quedaban hasta la segunda luna llena de marzo, la fecha que su familia había dispuesto para la huida.

Silvana y sus padres tendrían identidades nuevas y una vida fuera de Fronda, pero sus abuelos debían quedarse en el pueblo.

Lo que Silvana opinaba de aquella charada a ninguno parecía importarle. Daba igual que ella no quisiese dejar a su familia, ni poner un pie fuera de los bosques de Fronda, ni perder a Bosco y a sus amigas... Nadie la escuchaba y cuando intentaba hablar con ellos, cuando le bajaban comida, agua para lavarse y le limpiaban el orinal, solo le decían: «es por tu bien», «ya lo entenderás», «es la única solución»...

Silvana no entendía por qué no podía ser una loba más y correr con el resto de la manada, como de seguro lo harían todos aquella noche de plenilunio.

En un ataque de claustrofobia, la chica había intentado salir por la ventana del sótano, pero su padre era perro viejo y había ungido con su sangre el marco y la puerta, creando extraños dibujos que imposibilitaban que Silvana escapase.

Cuando escuchó ruidos en la ventana, Silvana creyó que llovía o que el viento golpeaba las hortensias azules contra los cristales, pero el repiqueteo era demasiado insistente, eran nudillos y no ramas.

Se puso de puntillas y retiró un pedazo de papel de una esquina de la ventana. Al principio no pudo ver nada, después en el hueco aparecieron los ojos verdes de Bosco, felices al otro lado del cristal.

Silvana no necesitó ver más, abrió la ventana y tuvo buen cuidado de no hacer ruido, aunque su madre era la única que quedaba en la casa y de seguro su oído humano no percibiría el chirrido de los goznes.

El olor del bosque dilató las fosas nasales de Silvana, metiéndosele tan dentro que le hizo cosquillas en el estómago. Lo que veía también le hacía reír: Bosco estaba a cuatro patas en el jardín, desnudo y encajado entre las hortensias. En cuanto pudo, el chico metió la cabeza por la ventana y susurró:

—¿Sigues enfadada, mi *zanna*?

Silvana frunció el ceño.

—No, solo te odio... Lo normal, ya sabes.

La sonrisa mellada de Bosco Montenegro iluminó el cuarto.

—Ah, vale, pues quítate de en medio y déjame pasar.

—No vas a poder, mi padre...

Antes de que Silvana le advirtiese del hechizo, Bosco saltó dentro del sótano y se quedó de cuclillas en el suelo. La sangre de Lorenzo Canedo no corría por sus venas y no le ataba a esas cuatro paredes como a ella.

Él se quedó inmóvil un momento, pero no había llegado tan lejos para frenarse tan pronto, así que se levantó sonriente y un poco azorado.

—Tu padre ha marcado las ventanas, ya lo sé —le dijo—. Les he oído hablar, llevo varios días rondando tu casa. Tu abuelo me ha tirado unos cuántos cubos de agua y creo que también un orinal, pero no me importa.

Silvana miró nerviosa debajo del catre, su orinal estaba ahí, pero no se veía. Su abuela lo había vaciado poco antes y la chica daba gracias al cielo de no haber tenido que usarlo después.

Bosco no pareció notar su nerviosismo, simulaba estar muy interesado en estudiar los cachivaches del sótano, aprovechando para esconderse detrás de los muebles.

—Sabía que era cuestión de tiempo y que tenía que aprovechar la oportunidad —dijo Bosco—. Sabía que en algún momento bajarían la guardia y nosotros podríamos hablar. Esta noche hay una cacería en el monte, tus abuelos están allí y tu padre también, pero tu madre...

El chico señaló un punto alejado en el techo. Los dos escuchaban la respiración y los latidos de Marisa, con precisión depredadora.

—Está viendo la tele en el salón —le dijo Silvana.

—Bien, no creo que pueda oírnos —corroboró Bosco—. Al menos, no como lo harían los demás... ¿Sabes que ahora puedo escuchar un pedo tuyo a cinco kilómetros?

Los dos se rieron, perdiendo parte de la tensión y Silvana replicó:

—Por lo menos los míos no se huelen desde México... —La chica le miraba como si estuviese viendo un fantasma, uno sin sábana, sin nada más que piel. No quería darle importancia, pero era imposible obviar el tema, así que se lo preguntó directamente—: ¿Qué haces desnudo?

—He cambiado, Sil. Soy un *mannaro*.

Silvana enarcó una ceja, su transformación se sobreentendía y no hacía

falta que Bosco se lo jurase. Su cuerpo no se veía muy diferente, quizás algo más definido y musculado, lo suficiente para que a Silvana le costase quitarle los ojos de encima.

—Así que has venido desnudo para hacerme una demostración —le dijo, intentando sonar despreocupada, aunque en realidad le fascinaba la idea.

—He venido sin ropa porque he salido de mi casa como lobo, con toda mi familia... y luego me he escaqueado, en cuanto he podido. No quería perder tiempo entrando en casa para vestirme.

—Déjame verlo —susurró Silvana. Los ojos de Bosco se desorbitaron y ella se explicó mejor—: Me refiero a la transformación, déjame verlo, Bosco, por favor.

El chico miró alrededor.

—Aquí no hay suficiente espacio. Si lo intento, voy a quemar algo... pero te juro que es verdad. La profecía de la Suma Sacerdotisa se ha cumplido, así que cierta señorita *mannaro* me debe una disculpa.

—Vale, perdona, pero no alucines, que solo te debo media disculpa, *porque yo no he cambiado* —dijo Silvana, todo de corrido, esperando que el chico no oliese la mentira al salir de sus labios.

Se acercó a los discos y los inspeccionó, simulando que buscaba uno en concreto.

—¿Cómo que no has cambiado, Sil? Eso no es posible, la bruja dijo: «cambiaréis tú y tu *zanna*». Y tú eres mi *zanna*... —Bosco la alcanzó de dos zancadas y le agarró por la muñeca, retirando la mano al instante al sentir la quemazón de la plata—. ¡Mierda! Quítate eso, ¿estás loca? ¿Por qué llevas plata encima? ¿No te duele?

Silvana se frotó las pulseras contra la piel. Llevaba una en cada muñeca, una tobillera en cada pie y una gargantilla al cuello, todo de plata maciza. El abuelo le había dicho que tenía que llevar esas bridas siempre para mantener a su loba atada. Al principio, le había salido una pequeña erupción ulcerosa, pero ya no tenía marcas.

Ella quería contárselo a Bosco, contarle lo que su familia le había hecho y lo que le iba a hacer, pero cada vez que abría la boca, se le volvía a cerrar y boqueaba como un pez fuera del agua.

Olmo se había encargado de que no pudiese contarle nada a nadie, las

palabras se le escurrían de la lengua y se ahogaba con su propia saliva, como todos los que intentaban revelar los secretos de Fronda.

—¿Estás bien? —le preguntó Bosco, acercándose a ella.

Silvana puso un disco de los *Rolling Stones* y mantuvo los ojos en el plato giratorio, incapaz de mirarle a la cara.

—Ya te lo he dicho, yo no he cambiado. No soy como tú, no llevo ningún lobo dentro, pero me alegro mucho por ti, Bosco. Es lo que siempre has querido y ya lo tienes.

«Lo que siempre he querido está delante de mí, pero no lo tengo» pensó Bosco y no lo ocultó, se lo dijo con la boca cerrada, de pensamiento, convencido de que la loba de Silvana le escucharía, pero esa parte estaba muy dormida dentro de ella, asfixiada bajo la plata.

Silvana ni siquiera le miró.

Bosco caminó hasta el catre, se puso una bata y se sentó, decaído. Era un extraño contraste verle envuelto en aquella felpa rosa de Hello Kitty con esa cara tan larga.

Silvana se sentó a su lado y le ofreció un plato de fresas con nata. Su abuela se lo había traído con la cena y ya no quedaban muchas. La nata estaba líquida y rosácea, las frutas reblandecidas, pero Bosco lo aceptó y lo compartieron con una sonrisa.

Siguieron en silencio, escuchando cómo Mick Jagger cantaba un blues, comiendo fresas y mirando la gramola girar, uno junto al otro, sin tocarse.

—¿Sabes que todos llevamos dos lobos dentro? —le preguntó Bosco, de repente.

Silvana le miró sorprendida y horrorizada, a partes iguales. La posibilidad de tener que volver a pasar por la tortura de dormir a otra loba interior le parecía insoportable, pero cuando Bosco siguió hablando, lo entendió.

—No me refiero a dos lobos de verdad, que bastante difícil es llevar uno, te lo aseguro —le explicó Bosco como si pudiese leerle el pensamiento, que no era el caso, por mucho que el chico intentaba conectar con ella.

Entrar en la mente de Silvana era como perderse en la niebla, otro de los últimos regalos de Olmo para proteger a su nieta.

—Entonces, ¿a qué te refieres, Bosco?

—Es una leyenda india que mi padre me ha contado muchísimas veces. Se

supone que todos llevamos dos lobos dentro, dos almas que están siempre luchando: un lobo de fuego y otro de sombra... Así que ya lo sabes, no vuelvas a decir que no tienes un lobo dentro porque tienes dos, uno crece con las buenas acciones y el otro con las malas.

—Ah, vale, ya lo entiendo —le interrumpió Silvana mientras sumergía una de las fresas en la nata líquida. Antes de morderla, le preguntó—: ¿Es uno de esos cuentos con moraleja? ¿Del tipo luz y oscuridad?

—Exacto —asintió Bosco.

—Estupendo, sigue.

Silvana le sonrió satisfecha, con los dientes rojos por la fruta, y Bosco cogió una fresa en cada mano y empezó a hacerlas chocar como dos muñecos de acción.

—Uno de los lobos es codicioso y vengativo y el otro, generoso y noble... Se supone que al final uno de los dos se hace más fuerte y mata al débil.

Bosco se comió las dos fresas de un bocado y las masticó despacio, esperando la pregunta obvia, como su padre siempre hacía. Silvana tenía que preguntarle quién ganaba al final, si el lobo de fuego o el de sombra, para que él pudiese contestarle que el lobo que ella alimentase con sus buenas o malas acciones.

Sin embargo, Silvana se quedó pensativa y lo que dijo le dejó pensativo a él también.

—La única forma de que los dos vivan es que no luchen, supongo que la moraleja se trata de buscar el equilibrio.

Bosco la miró boquiabierto.

—No creo que mi padre lo vea así, él dice que hay que alimentar al bueno con buenas acciones para que pueda vencer al otro.

—¿Tú crees que tu padre te obliga a luchar con tu hermano para que te hagas más fuerte? —inquirió Silvana y se arrepintió al momento de haberlo dicho en voz alta.

Cuando Bosco abrió la boca para responder, Silvana le metió una fresa, rozándole los labios con los dedos y provocándoles una pequeña descarga nerviosa a los dos.

—Mi *padre* es un *ságdico* —repuso Bosco masticando. Tragó deprisa y prosiguió—: Soy el *punching ball* de mi hermano, a él le prepara para ser el

próximo alfa y a mí me ha prohibido intentarlo, ¿qué te parece?

—Que no puede hacer eso y tú lo sabes. No puede robarte la voluntad.

—Por eso nos obliga a pelear, para que yo entienda que no tengo nada que hacer contra Urso, me lo ha dicho mi abuela muchas veces.

Silvana bufó al pensar en Melisa Montenegro y cambió de tema:

—Cuéntame más leyendas de lobos.

—A ver... —Bosco se rascó la cabeza y continuó—: Se supone que todos los *mannaro* tenemos dos almas y un corazón de fuego y sombra... O eso dice mi viejo, pero yo creo que él ni siquiera tiene corazón. Es un cabrón.

Silvana dejó caer su mano sobre la felpa de la bata y le acarició el muslo, diciéndole lo que el chico necesitaba oír:

—Tu padre te quiere.

Una sonrisa irónica curvó los labios de Bosco.

—Ya... y a ti el tuyo, pero no le hablas. Y eso que no te jode como a mí el mío.

La herida se Silvana se abrió tan rápido como su boca:

—Es que mi padre está demasiado ocupado jodiendo con tu abuela.

Los dos se rieron a gusto.

Bosco puso su mano sobre la de Silvana y agregó:

—Sil, creo que tú también tienes dos almas y una de ellas es camionera.

Silvana no podía quitarse de la cabeza la imagen de su padre desnudo y metido en la cama de Melisa Montenegro. Se le revolvió el estómago y le cedió el plato.

—¡Toma, para ti todas! Dios, qué asco me da pensar en lo de la otra noche... No quiero volver a hablar de ello nunca más. Ojalá pudiese olvidarlo.

—Ya, fue muy raro. ¡Un Canedo y una Montenegro! Preferiría que fuese un Montenegro y una Canedo, pero por algo se empieza.

Silvana elevó una ceja descreída, pero le siguió el juego, segura de que él se echaría atrás con otra de sus bromas, como siempre.

—¿Me estás tirando los tejos, Montenegro?

Bosco se encogió de hombros.

—Tirarte los tejos, tirarte del tejado... Me apetecen las dos cosas, pero

como estamos en un sótano, me conformaré con esto.

Bosco se inclinó veloz para robarle un beso, un beso tímido y mal calculado por los nervios, que rozó una ínfima esquina de los labios de Silvana y produjo en ambos otra deliciosa descarga.

Ella le miró sorprendida, pero él no se apartó. Sus bocas estaban tan cerca que se respiraban la una a la otra, entrecerradas al igual que la posibilidad de cruzar aquella última línea que lo cambiaría todo.

Silvana le besó en la nariz.

Bosco sonrió, levantó la cabeza y la besó a ella en la barbilla.

Habrían seguido así, toda la noche, incapaces de cruzar la última línea y desdibujándola con cada beso que bordeaba sus bocas, pero Silvana, consciente de que el reloj corría en su contra, cogió la cara de Bosco entre sus manos y tomó sus labios.

Ambos sabían a fresas con nata y se devoraron despacio. Las manos de Bosco buscaron el cuello de Silvana para acercarla más a él, sin importarle el dolor que le provocaba la gargantilla de plata.

El beso se aceleró a medida que sus lenguas se acostumbraban la una a la otra.

Con un gruñido ronco y placentero, Bosco la tumbó en la cama y siguieron besándose. Silvana le dio la vuelta a la situación fácilmente y se puso encima de él, sonriendo como una amazona.

Se miraron un instante, los ojos de Bosco se veían dorados y los de Silvana reflejaban su luz. Encajaban el uno en el otro y el nuevo juego era familiar, cómodo y perfecto.

Se besaron hasta que se les agrietaron los labios. Bosco se recuperaba enseguida, pero Silvana tenía la espinita del secreto clavada en el pecho y le sacaba del trance feliz a bocanadas.

Ella frunció el entrecejo, solo un segundo, pero él estaba atento a cada respiración, a cada latido acelerado de su pecho, y lo notó.

—¿Qué pasa, Sil?

Lo que pasaba no se lo podía decir. Le parecía una broma cruel del destino que su primer amor se colase por su ventana la misma noche en que su familia le iba a sacar del pueblo a rastras. No era justo... y ni siquiera podía contárselo a él, pero tampoco le mintió, simplemente volvió a besarle, con

más ganas.

Cuando el disco terminó, ninguno de los dos quiso levantarse a darle la vuelta y la aguja de la gramola se quedó encerrada en los últimos círculos, imitando el sonido de la lluvia y el chisporroteo del fuego. Era el único ruido en el sótano ajeno al de los besos.

Silvana y Bosco enredaban sus piernas, brazos y lenguas, olvidando el mundo... hasta que el portazo de la puerta principal desató el apocalipsis en el piso de arriba.

Bosco Montenegro se incorporó en el catre y, con un gesto, le indicó a Silvana que no dijese una sola palabra. Las orejas del chico se movían como las de un animal, su nariz olfateaba el aire y sus pupilas se habían dilatado al máximo, aterrorizadas.

Silvana pensó que Bosco temía que su abuelo entrase en el sótano y le castrase allí mismo, con sus propias garras, como de seguro haría el viejo Olmo si les pillaba. Entonces, ella también empezó a escuchar los sollozos, la voz quebrada de su abuelo y los gritos de Marisa.

Había ocurrido algo, algo horrible.

Silvana supo que la hora de irse había llegado y, al mirar a Bosco y ver cómo él la miraba, comprendió que el chico también lo sabía.

—Shh... ¿Confías en mí, mi *zanna*?

Silvana asintió.

—Con mis dos almas.

Lorenzo Canedo era un *mannaro* valiente, un lobo gris, audaz y aguerrido. Como hijo del lobo omega, aquella noche ocupaba su lugar en la última fila del anfiteatro subterráneo y esperaba que empezase la caza, junto a sus padres, ambos desnudos en su forma humana.

Toda la manada se había reunido para cazar bajo el plenilunio de plata. Medio centenar de lobos, obedientes como estatuas de sal, ocupaban las tribunas de piedra.

Las ruinas del anfiteatro romano surgían del suelo de la caverna como los dientes de una mandíbula mal enterrada, con grandes rocas desiguales y torcidas. Había columnas semiderruidas, tomadas por el musgo y dispersas entre los numerosos bloques de piedra que formaban las hileras de tribunas.

El centro había sido cubierto por cientos de baldosas que formaban antiguos símbolos, con sus mosaicos coloridos apagados por los siglos.

El anfiteatro se orientaba hacia una gigantesca pared, en la que se distinguía la boca del laberinto de la Magna Umbra, una entrada empedrada y estrecha.

De allí surgió Raúl Montenegro, el macho alfa. Caminaba erguido, sobre sus pies humanos y llevaba un manto de sombras, símbolo de su poder como alfa. Le cubría todo el cuerpo y parte de la cabeza, incluso las viejas baldosas que dejaba atrás eran engullidas por las tinieblas, arrastrándose tras sus pasos varios metros, como la cola de un manto real.

Al llegar al centro del semicírculo, Raúl se detuvo y se enfrentó a las gradas. Las tinieblas formaban una extraña caperuza negra, solo se veía la parte inferior de su rostro y su torso desnudo, el resto eran sombras vivas.

Raúl Montenegro alzó el brazo izquierdo, despegándolo de la oscuridad y mostrando su carne. Enseguida, una serpiente de azabache se deslizó por su hombro y le subió por el brazo hasta la muñeca. La cabeza de la sierpe se enrolló en su puño y el alfa dio un fuerte tirón.

Un humano salió a la luz. Se arrastraba a cuatro patas y llevaba un collar de oscuridad, atenazándole la garganta e impidiéndole gritar. La correa terminaba en el puño del alfa y este le obligaba a avanzar con cada tirón que daba.

El hombre se desgarraba la ropa con las piedras del suelo y los terrones se le clavaban en la palma de las manos, abriéndole heridas. Seguía avanzando, apretando los dientes y agradeciendo las bocanadas de aire que las sombras le permitían tomar al aflojar su amarre cada pocos segundos.

Cuando el hombre se arrodilló a los pies del alfa, las sombras lo liberaron y Raúl solo pronunció un nombre:

—Patricia.

—¡No es cierto! —gimió el condenado.

—Patricia —repitió el alfa, alzando la voz—. La tomaste, contra su voluntad... y tomaste su vida después.

—Yo... yo no q-quería... Ocurrió, pero no q-quisé hacerlo.

—Deberíamos tomarte contra tu voluntad ahora, carne —sentenció el alfa. Para los *mannaro*, tomar a alguien a la fuerza o mesmerizarle para yacer

juntos era un deshonor que se pagaba con la muerte. Los lobos gruñeron y el alfa continuó—: Deberíamos desgarrarte por dentro como le hiciste a ella y asfixiarte después, pero no nos harás caer a tu nivel. Ahora, di su nombre.

—Yo... yo no...

Las sombras le atacaron con una veintena de latigazos, volviendo a estrangular su cuello hasta hacerlo enrojecer.

—¡Di su nombre! —le repitió el alfa y los lobos aullaron al unísono.

—P-pa.. P-atricia —confesó el humano, con un acceso de tos.

El propio Raúl Montenegro había cruzado las fronteras de Fronda y había regresado con un violador, un asesino que poco podía hacer para ocultar sus crímenes ante un cazador capaz de indagar en sus recuerdos.

El alfa se encargaría de hacerle gritar, como había gritado su víctima y si Hécate se lo permitía, sería el primero en probar su carne.

—Ella se llamaba Patricia —clamó el alfa— y en su nombre nosotros tomaremos tu vida.

Raúl Montenegro levantó su brazo derecho y las sombras se derramaron sobre la cabeza del humano, cubriéndole como un baño de brea para que pudiese salir de las cuevas y burlar los hechizos de protección.

Al caer las sombras, el brazo del alfa quedó al descubierto y mostró el cuchillo de plata que llevaba en su mano. El metal le quemaba, pero Raúl lo empuñaba con fuerza.

Puso el cuchillo en las manos del asesino y masculló:

—Las sombras te guiarán fuera de las cuevas. Ahora corre, ¡corre por tu vida!

La presa humana cortó el viento al moverse fuera del anfiteatro y todos los lobos de Fronda pudieron memorizar su olor, salivando por la inmediatez de la cacería.

La ofrenda de sangre se le brindaría a la poderosa luna de plata y la manada le pediría a cambio que rompiese la maldición, para que volviesen a nacer hembras y se asegurase su supervivencia.

Los Canedo sabían que la diosa Hécate, la dama Luna de las tres caras, ya les había concedido ese deseo y, sin embargo, mantenían el pensamiento lejos del murmullo excitado de la manada y esperaban.

En cuanto comenzase la caza, los omega serían los últimos en abandonar

el anfiteatro, como debía ser por la tradición. Olmo había ideado un plan aprovechando su lugar en la manada: en el frenesí de la persecución, sería difícil que los lobos les echasen en falta y Lorenzo podría escapar.

Lo mismo había pensado Bosco Montenegro, pero la táctica solo le funcionó al joven porque el alfa se acercó a los tres omega, poco antes de empezar el ritual, y les ordenó que lo honrasen hasta el final.

Olmo y Olivia no podían arriesgarse a desobedecer una orden directa, pero se retirarían en la bacanal. Después de honrar la muerte como lobos, la manada celebraría la victoria de la vida, como humanos, con una Lupercalia. Para cuando regresasen al anfiteatro, el resto del pueblo se les uniría, ataviados con máscaras y capas. El vino especiado y la sidra regarían el suelo, copiosos, como la ofrenda de sangre, y las hogueras se encenderían junto con los cuerpos de los frondeses, yaciendo unos con otros al abrigo de las llamas.

Olmo y Olivia no serían participes de la orgía, nunca lo hacían.

Cuando las tinieblas regresaron y avisaron al macho alfa de que la presa había alcanzado la espesura del bosque, Raúl Montenegro se transformó en un imponente lobo negro y sacudió la capa oscura de su pelaje, como agua de lluvia. Las tinieblas regresaron a las entrañas de la tierra, se filtraron entre las rocas y recorrieron el laberinto hacia la cueva de la Suma Sacerdotisa.

Los aullidos de la manada redoblaron su urgencia.

Había llegado el momento.

Bajo la luna de plata, el asesino se aferraba al cuchillo, agitándolo de lado a lado como la manecilla de una brújula enloquecida y apuntando con él a cada rama que se movía en el bosque.

Llevaba casi una hora corriendo, chocando contra los troncos de la espesa arboleda y dejándose la piel en los arbustos de las zonas más inhóspitas. Tantas huellas no pasarían desapercibidas para los cazadores que le rastreaban, dejaba a su paso el olor del miedo en su esencia pura.

Durante los últimos minutos, a pesar de la fatiga extenuante, el asesino había acelerado su huida. Los aullidos sonaban más cercanos, parecían rodearle por todas partes, jugando con él y obligándole a volver sobre sus pasos, conduciéndole directo a la emboscada, a las fauces del macho alfa.

Atravesar los abedules ya no le parecía tan buen idea como le había resultado al principio. Se había internado en la maleza, creyendo que en campo abierto darían antes con él, pero la naturaleza escarpada del monte era difícil de salvar y avanzaba muy despacio salvando las peñas, los altos y las colladas del valle. A menudo tropezaba con las raíces de los árboles, dejando su sudor en los troncos y su dirección en cada huella de sus pies.

Cuando encontró uno de los múltiples arroyos que descendían hacia el río Luna, se metió en sus aguas, desesperado. La corriente no era fuerte en ese tramo y no tenía mucha profundidad, le permitía desplazarse a pie sobre el fondo, aunque era demasiado resbaladizo y el agua estaba helada.

Casi riéndose, se deslizó por un par de toboganes de piedra pulida, pero al alcanzar la zona de los rapeles, en las cascadas, un lobo pardo le salió al encuentro, gruñéndole desde un risco.

El asesino nadó a contracorriente hasta alcanzar la orilla opuesta, malgastando en jadeos y exabruptos lo que sería su último aliento y jurándole al demonio que si esa noche se lo tragaba el infierno, se llevaría con él al menos a una de esas bestias.

El lobo pardo desapareció en la espesura y el asesino atisbó a lo lejos una braña abandonada. Aquel refugio de pastores parecía su única oportunidad de recuperar fuerzas y era un buen lugar para esconderse.

Cuando estaba a menos de treinta metros de la cabaña, el imponente lobo oscuro de Raúl Montenegro saltó al tejado y le recibió, relamiéndose.

El bosque brillaba con cientos de ojos hambrientos y, en un parpadeo, el asesino se encontró rodeado, perdido en un enorme círculo de pupilas brillantes. Solo podía girar sobre sí mismo, dando débiles estocadas al aire con el cuchillo, viendo cómo el círculo se cerraba sobre él.

Lobos pardos, grises, rojizos y negros salían de la frondosidad del monte, cerniéndose sobre su presa, muy despacio. Arañaban la tierra y marcaban su posición en la manada, esperando su turno para atacar.

El lobo negro saltó del tejado de la braña, venteando con la cabeza alta. Las filas se cerraron tras su cola, que se movía completamente levantada en el aire, mientras los demás esperaban con el rabo entre las piernas, agachando los cuartos traseros.

Lorenzo Canedo atisbó la sombra del asesino a la luz de la luna. El brillo del filo del cuchillo se movía como una veleta, pero el lobo gris no le temía a aquella hoja de plata afilada.

La Suma Sacerdotisa había profetizado que moriría de un ataque al corazón y no tenía miedo de morir en la batalla. Lorenzo Canedo luchaba como un mortífero guerrero, como un depredador infalible.

Los alfa eran los únicos que podían consultar a la Magna Umbra, pero en las noches previas a la ceremonia de sucesión, la tradición permitía que cualquiera que soñase con convertirse en alfa, cualquier *mannaro* que estuviese dispuesto a luchar por el liderazgo, pudiese visitar las cuevas y preguntar por su futuro, para saber de antemano si tenía alguna posibilidad de vencer en la pugna o era mejor no intentarlo.

Melisa Montenegro había abandonado su posición de alfa en favor de su primogénito, su único hijo, que era increíblemente joven, lo que propició que muchos de los miembros de la manada de Fronda, y de las dos manadas hermanas de Rumanía e Italia, entrasen en la competición.

Raúl Montenegro los venció a todos.

Lorenzo Canedo fue uno de los últimos en caer derrotado y siguió siendo tan solo el hijo de los omega. Por eso, nunca había disfrutado de una presa viva, siempre probaba la carne en último lugar, cuando era apenas carroña sobre los huesos limpios, pero estaba seguro de que su suerte acababa de cambiar.

Alertó con un aullido de la posición de la presa y esperó.

El asesino se movía hacia él, sigiloso y taimado. Lorenzo no podía ver más que su sombra humana, cambiando de un tronco a otro, cada vez más cerca.

El padre de Silvana sabía que no se le permitía atacar, no podía arrebatarse el derecho de la primera sangre al macho alfa, a no ser que la presa atacase primero y aquel humano parecía más que dispuesto a hacerlo.

El lobo gris sonrió, mostrando los dientes y redoblando la amenaza con un sonido gutural. Debía concederle el gruñido de advertencia que marcaba la tradición y así lo hizo, pero la sombra siguió avanzando hacia él.

Olmo y Olivia escucharon el aullido de su hijo, sin comprenderlo. Ambos podían sentir la presa muy lejos de allí, en otra dirección, cerca de las brañas. Un mal presentimiento apresuró sus pasos, pero caminando a pie tardarían demasiado en alcanzar a Lorenzo.

Cuando la sombra del asesino atacó a su presa, a favor del viento, el lobo gris no identificó ningún olor y dio un paso atrás, sin llegar a entender el peligro que realmente se cernía sobre su cabeza, pero ya era tarde.

Un lobo negro, idéntico a Raúl Montenegro, salió de la espesura y se abalanzó sobre Lorenzo, cogiéndolo por sorpresa.

Isaac Alborada tenía instrucciones precisas del alfa: las sombras atraerían al lobo gris hasta las rocas, él debía atacarlo por sorpresa y derramar algo de su sangre sobre las piedras, para que Raúl Montenegro pudiese realizar el verdadero ritual que había planeado esa noche.

Sin embargo, cuando sus colmillos se clavaron en el lomo de Lorenzo Canedo y lo hizo caer al suelo, Isaac saboreó la sangre del *mannaro* y perdió la razón.

Raúl no había podido pedirle su sangre a los Canedo, habría revelado sus planes con la nueva hembra y el resto de la manada se habría puesto en su contra, así que le pidió a Isaac que lo hiciera por él.

Le pidió que le mordiera, que le arañara lo justo para conseguir unas gotas de sangre, pero el plan fracasó cuando la bestia tomó el control y desgarró el pecho del lobo gris.

Raúl Montenegro no se dio su acostumbrado festín con la sangre del asesino en las brañas, sintió el cambio en la mente de Isaac, la pérdida de su conciencia y la sed de sangre.

El alfa abandonó su presa en favor de su madre y los betas para atravesar el bosque a toda velocidad.

Lorenzo Canedo siempre había creído que moriría de un ataque al corazón, pero nunca imaginó que el ataque sería literal. Aquel lobo enloquecido cayó sobre su pecho y sus fauces le partieron las costillas, alcanzaron su corazón y le rompieron los ventrículos a dentelladas.

Las sombras se unieron al asalto, manteniendo su cuerpo con vida y alimentándose del sufrimiento, del miedo y de la rabia del hijo de los omega.

Cuando Raúl Montenegro llegó junto a Isaac, ya no se podía hacer nada por Lorenzo, excepto darle paz. El alfa recuperó su forma humana e impuso su voluntad sobre la del mestizo, devolviéndole la conciencia al apartarle de

su presa.

El lobo negro de Isaac despertó del trance, horrorizado, y Raúl le ordenó que se marchase y se escondiese a las afueras, tal y como habían acordado al planear el ritual.

En su huida, Isaac Alborada se cruzó con dos humanos que corrían desnudos. Olmo Canedo se quedó paralizado, dudando de lo que había visto. Aquel lobo negro era igual que el alfa, pero olía distinto. Entonces reconoció otro aroma impregnado en el pelaje de la bestia, la sangre de su sangre, y el corazón le dio un vuelco.

Su viejo lobo le pedía que siguiese al extraño y le diese caza. Su parte humana le impulsó a seguir corriendo hacia delante, hacia su hijo, rezándole a Hécate para encontrarlo con vida, aunque Lorenzo ya no respondía a la llamada de su mente.

Raúl Montenegro se arrodilló junto al cuerpo del hijo de los omega. Tras el ataque, también había recuperado su forma humana y sufría las convulsiones de los últimos estertores.

El alfa solo había querido asegurarse de que Silvana se uniría a su familia. Iba a realizar un ritual sencillo, un amarre entre su sangre y la sangre de Lorenzo para que el corazón de Silvana perteneciese a los Montenegro y sus hijos tuviesen con ella descendientes de pura sangre *mannaro*.

Solo había pedido unas gotas de la sangre de los Canedo, pero al arrebatarse la vida a Lorenzo bajo la luna de plata, si realizaba el ritual ya no sería un amarre vulgar: las almas de sus hijos se entrelazarían de por vida y las tinieblas pedirían una nueva vida a cambio.

Raúl tuvo que decidirse rápido. Podía dejar morir a Lorenzo, que apenas se mantenía con vida gracias a las sombras, y permitir que su fantasma atormentase a Isaac... o podía realizar el ritual, con todas sus consecuencias.

No había vuelta atrás y tampoco tiempo para arrepentirse, el alfa percibía que los omega se acercaban e incluso su propia madre, Melisa Montenegro, estaba en camino.

Los tres llegarían enseguida.

—Corazón por corazón —dijo el alfa. Se abrió una herida en el pecho y dejó que la sangre cayese sobre los restos agonizantes de Lorenzo.

Las sombras hicieron el resto.

Melisa Montenegro encontró el rastro de vísceras entre los helechos y sus patas negras se transformaron en manos asustadas. Gateó hasta Lorenzo, perdiendo el aliento, pero no tocó el cuerpo, se quedó petrificada junto al cadáver y miró a su hijo Raúl, que la observaba de pie, agarrado a la rama de un árbol como si esta le anclase al mundo real.

—Quédate ahí —le instó.

No podían arriesgarse a que encontrasen su olor en los restos de Lorenzo. La antigua alfa también se quedó inmóvil, de rodillas, con su larga melena caoba como único abrigo. Olfateó el bosque sin encontrar rastro de la bestia que había abierto a su amante en canal, las sombras habían lamido cada resto y mitigado cualquier rastro.

La evisceración era tan brutal que no parecía posible, Melisa estaba segura de que un feral había cruzado las fronteras. Debía tratarse de un *giaguaro* porque un lobo no desgarraba así la carne, los hombres jaguar tenían una ferocidad muy superior.

Era poco probable que sus enemigos hubiesen entrado en Fronda, pero no imposible. En ese mismo momento, un feral podía estar acechándoles, fortalecido tras alimentarse de Lorenzo Canedo.

Melisa actuó como lo haría una alfa, como la hembra alfa que ella misma había sido tanto tiempo atrás. Su aullido barrió las llanuras, las laderas y los escarpados picos de los montes, alertando a cada miembro de la manada y obligándoles a aullar en respuesta, para reunirse con ella en aquel páramo sangriento.

Cuando llegaron Olmo y Olivia, Melisa Montenegro fue rápida e impidió que el omega avanzase, se echó en sus brazos y le rogó a Olmo que no mirase, pero nadie sujetó a la omega y Olivia caminó hasta manchar sus pies de sangre.

El cuerpo de su hijo yacía boca arriba, lo que quedaba de él. Le habían abierto de la ingle a la mandíbula y había restos de carne y piel por todas partes.

Olivia perdió las fuerzas y sus rodillas encontraron el suelo.

Olmo se deshizo de Melisa y se arrodilló junto a su mujer, viendo lo que

ella veía, olfateando sin encontrar más que bosque y muerte en la sangre de su sangre.

Su boca profirió un chillido inhumano y se desgarró por las comisuras hacia las sienes. En un instante, toda su piel se hizo cenizas y de las cenizas surgió el viejo lobo gris, aullando la muerte de su hijo a la luna de plata.

Olivia no podía cambiar, pero la loba herida aullaba en su interior y se asomaba a sus ojos en destellos, acompañando el llanto plañidero de su marido. Se abrazó al pecho del viejo lobo gris y se secó las lágrimas en su pelaje.

«Silvana» le dijo Olivia, cerrando su conexión mental al resto.

Olmo no necesito una palabra más, se incorporó al instante y el lobo gris echó a correr, tragándose la noche en sus fauces abiertas.

Sus patas volaban sobre la maleza de la estepa y sus pensamientos saltaban de una idea a otra, igual que sus garras entre las piedras y los helechos.

Todo el plan se resquebrajaba, Raúl Montenegro no tardaría en proclamar el toque de queda y el hechizo tendría la fuerza añadida del plenilunio de plata, caería como un telón de acero sobre las fronteras. El extraño que les había atacado se quedaría atrapado en Fronda, pero su nieta tampoco podría escapar y eso el viejo omega no podía permitirlo, aunque tuviese que obligar a Silvana a olvidar la vida que dejaba atrás, junto con su propia naturaleza.

—No se lo podemos decir a Silvana ahora —le dijo Olmo a Marisa, en cuanto terminó de contarle lo que había ocurrido en el bosque. No le hizo sufrir con los detalles y, aun así, la mujer se deshizo en lágrimas—. ¡Serénate, tenemos que centrarnos en la niña! Hay que sacarla de aquí esta noche. No pienses en nada más, el plan sigue adelante.

—Pero ¿cómo nos vamos a ir solas? ¿Y los ferales? Yo no puedo protegerla si la descubren.

—No la descubrirán, no habrá nada que descubrir, Marisa —farfulló Olmo y le mostró un huevo. Lo acababa de coger de los corrales y lo había elegido porque la cría estaba a punto de romper el cascarón. Olmo miró al huevo con infinita tristeza y susurró—: Lo siento, pequeño.

—¿Qué... qué vas a hacer? —le preguntó la madre de Silvana.

Mientras Marisa le seguía por la cocina, él preparaba todo lo que necesitarían para el nuevo ritual.

—Lo que voy a hacer es lo que hay que hacer —repuso Olmo sacando la batidora y dejándola sobre la encimera. Cogió un vaso de cristal, un cuchillo y se giró hacia Marisa, con una expresión severa y decidida —. Vamos a frenar el cambio, como los Montenegro hicieron con Olivia. Mi mujer no me dejaría ni intentarlo, pero ella no está aquí ahora así que... Escúchame, Marisa. No creo que el ataque haya sido fortuito y mucho menos con la luna de plata en el cielo. No creo en las casualidades. Lo que ha pasado debe estar relacionado con Silvana y no me importa quién haya sido, no se va a salir con la suya... Bajemos al sótano. Tenemos que darnos prisa.

Al llegar a la puerta del sótano, Olmo giró el pomo y no pudo abrir. Su nieta la había cerrado por dentro.

Primero, llamó suavemente y Silvana no contestó. Olmo escuchó con precisión y pudo distinguir dos latidos acelerados. Abrió la puerta de un empujón, bajó las escaleras de tres en tres y encontró a su nieta sentada en el catre, simulando que leía una revista atrasada, de las que ellos usaban para encender la lumbre.

No se escuchaban más corazones, estaba sola.

Olmo olfateó a su alrededor y descubrió el olor de Bosco, pero no tenía tiempo de reprender a su nieta. Se acercó a ella y le mostró el vaso y el cuchillo que llevaba en las manos.

—Esto te va a doler —le confesó—, pero no hay otra manera de hacerlo.

Olmo mesmerizó a su nieta e intentó que sintiese el menor dolor posible cuando le cortó en la muñeca y le hizo sangrar sobre el vaso.

Necesitaban su sangre para escribir sobre la cáscara del huevo. Olmo dibujaría las tres lunas menguantes y pondría las mismas palabras que Melisa Montenegro utilizó al atar la loba de Olivia, cuatro décadas antes.

La antigua hembra alfa había escrito sobre la otra cáscara, con la sangre de Olivia: *«fino alla morte del proprietario del tuo cuore»*, hasta que el dueño de tu corazón muera.

Olmo escribió: *«fino alla morte di colui che ha incantato e ucciso tuo padre»*, hasta que muera quien asesinó y hechizó a tu padre.

Una vez marcado el huevo, obligaría a Silvana a que se lo tragase. Le

quemaría en la boca, pero no le asfixiaría porque se abriría paso hasta sus entrañas y atraparía dentro el alma de la loba gris.

Si después de engullir el huevo, nada ocurría, sería la prueba definitiva de que Olmo estaba equivocado, de que el feroz ataque a su hijo no había sido parte de ningún ritual de la luna de plata, pero cuando el omega obligó a su nieta a tragarse aquel amarre, funcionó.

Minutos después, Marisa abandonaba Fronda en un coche blanco, siguiendo el plan de escape que tan cuidadosamente habían preparado y llevándose a su hija escondida en el maletero, con la promesa de un futuro y una nueva identidad para ambas.

La marca de las tres lunas menguantes, que le habían infringido en el pecho para frenar la transformación, desapareció de la piel de Silvana y no dejó señal alguna, como si nunca hubiese existido.

El alma de luna de Silvana estaba paralizada, adormecida y olvidada junto con los recuerdos de la última semana. Si la chica se cruzaba con algún feral en la ciudad, su olor pasaría desapercibido entre los humanos y su mente corroboraría que no era una *mannaro*.

Los ojos dorados de la loba gris no volverían a ver la luz hasta que muriese el asesino de su padre.



2007, lunes 1 de octubre.
Luna de frutas, gibosa menguante.

A fuerza de llorar, Silvana se quedó dormida. Al abrir los ojos, la pesadilla continuaba justo en el punto en el que la había dejado: estaba sola y bañada en sudor frío, le dolía todo el cuerpo, le hormigueaban las piernas y no podía estirarse ni cambiar mucho de postura dentro del maletero.

Recordó la última vez que había estado así, la noche en que murió su padre.

Silvana no lograba recordar sus últimos días en Fronda, había estado enferma y con fiebre muy alta, según su madre. Lo que recordaba perfectamente era haberse despertado en la oscuridad, dentro de un maletero no muy diferente del que la aprisionaba en ese momento.

Marisa había tardado días en contarle que su padre había muerto. Lo hizo sin entrar en detalles, sin mentirle y sin decirle la verdad completa.

Le contó que había sido un ataque al corazón y que sus abuelos estaban seguros de que alguien de la manada era el responsable, de algún modo sobrenatural. Le dijo que con un asesino suelto, ya no estaban seguras en Fronda y que por eso sus abuelos les habían ayudado a escapar a espaldas del alfa, porque puede que su vida también estuviese en peligro.

Perdida en sus recuerdos, Silvana escuchó el ruido de un motor que se aproximaba y contuvo el aliento. Sus latidos atropellados interferían en su percepción, pero estaba segura de que alguien acababa de aparcar un coche a pocos metros y caminaba hacia el hangar.

El cierre metálico se levantó y confirmó sus sospechas. Una llave tintineó en la cerradura del maletero y, cuando se levantó la compuerta, Silvana pudo respirar aire no viciado y distinguir una sombra masculina.

La silueta oscura estaba rodeada por un halo de luz, el de los faros del

coche que esperaba fuera.

El hombre carraspeó y la chica reconoció un olor que había echado de menos todos los días desde su huida: tabaco negro mezclado con caramelo de eucalipto.

—¿A-abuelo? —balbució Silvana.

Intentó incorporarse, pero su cuerpo estaba demasiado débil y su cuello no podía levantar el peso de su cabeza. Sentía otra cabeza fantasma que le tiraba de los hombros hacia atrás, como si llevase una capucha repleta de piedras.

—Ya estoy contigo, mi niña —contestó Olmo Canedo, cogiéndola en brazos e izándola en el aire.

Olmo no parecía haber envejecido un solo minuto de los ocho años que llevaban sin verse. Aunque sobrepasaba los setenta, se le veía fuerte, viril y aún atractivo. Seguía llevando el pelo corto y blanco, sonreía como una estrella de cine y en sus ojos azules brillaban destellos dorados de felicidad pura.

Silvana le olisqueó la camisa y se sintió transportada a Fronda, llevaba en su ropa un leve toque de clavo y canela, la colonia de la abuela de Silvana. La chica aspiró con fuerza y se deleitó en el aroma de su antigua casa, descubriendo además un débil rastro, distinto del aroma de los Canedo e igual de evocador.

La nueva fragancia le trajo recuerdos de noches estrelladas y guerras de barro, de besos fugaces y precoces.

—¿Bosco? —murmuró Silvana.

—*Shh...* —le calló su abuelo, besándola en la frente y tumbando su cuerpo en el suelo, con cariño infinito.

Olmo se arrodilló junto a ella para acariciarle las sienes y las mejillas, colocando suavemente la cabeza de la chica sobre sus piernas.

—Necesitas descansar —le dijo a su nieta, cerrándole los párpados. Sin perder tiempo, se mordió el dedo índice y dibujó con su sangre una luna nueva en la frente de Silvana—: Ahora descansa.

Silvana se relajó, pero no dejaba de llorar. Las lágrimas de alivio empapaban los vaqueros de Olmo y el llanto sonaba asfixiado y ronco, exhausto.

Cada vez que Silvana tomaba aire, el pecho se le encogía hacia dentro

como si un enorme agujero negro le absorbiera los pulmones, después volvía a sollozar.

—Haz que deje de llorar, viejo, por favor —rogó una voz rasgada—. Ordénaselo o haz lo que sea, pero que deje de llorar así.

Aquella voz cavernosa no pertenecía a ningún conocido de Fronda, pero a Silvana le resultaba familiar. Era una versión madura de otro registro muy querido.

Abrió los ojos y pudo ver cómo, por encima del hombro de su abuelo, asomaba la cara consternada de un hombre joven.

—Te he dicho que te quedes en el coche —gruñó Olmo.

—Pero ella me ha llamado.

Silvana estudió el nuevo rostro con esperanza. Aquel hombre tenía el pelo oscuro y muy corto, en lugar de la melena leonina que recordaba. El iris de sus ojos era completamente amarillo, en lugar de verde. Sin embargo, la chica sí que reconoció la cicatriz en forma de espiga de su mejilla y la que le partía la ceja izquierda.

Ella le sonrió y los hoyuelos del chico se abrieron como un paréntesis, encerrando la sonrisa traviesa y mellada de Bosco Montenegro.

Olmo torció el gesto y empujó al joven hacia atrás con una sola mano.

—Vete fuera, cachorro, espera un poco a que...

Bosco no le escuchaba, todos sus sentidos estaban perdidos en Silvana y se dirigió directamente a ella:

—Dios mío —susurró—, qué bonita eres.

Incapaz de controlarse, el cuerpo de Bosco estalló y su lobo saltó por encima de Olmo, cayendo a cuatro patas entre los pies de Silvana. El lobo negro se giró presuroso y flanqueó las piernas de la chica, con sus patas, protegiéndola bajo su pecho y lamiéndole las mejillas y el cuello sin descanso.

Silvana solo podía respirar aquel olor lupino, un olor embriagador y preternatural, que tiraba de ella hacia delante y la sacaba de la niebla y de las sombras de su mente.

La fiebre regresó voraz y exacerbada, consumiendo parte de la ropa de Silvana y resquebrajándola en volutas negras.

Olmo tuvo el tiempo justo de agarrar al lobato por el lomo y hacerlo a un

lado.

—¡La has hecho cambiar, cachorro idiota!

El lobo rodó sobre sí mismo y se quedó boca arriba, exponiendo la garganta, sumiso y sosegado.

—No debí dejar que vinieras conmigo —le regañó Olmo y volvió a centrarse en su nieta.

Silvana no podía respirar, ni moverse. La sangre hervía en sus venas y le encendía la piel al rojo vivo. Sus ojos ya no eran pardos, eran ambarinos y cuando intentó hablar la boca se le expandió más allá de la frente, convirtiéndose en un enorme agujero por el que asomaba un hocico blanquecino.

En un segundo, la chica se hizo cenizas y la loba gris surgió del polvo, aullando por primera vez en su vida.

Era un aullido plañidero y explícito: quería correr, quería cazar y quería aparearse, todo cuanto antes.

Olmo reaccionó deprisa, sacó un solomillo de medio kilo, de una bolsa que había dejado junto al maletero, y lo lanzó a los pies de la loba.

El olor de la carne cruda golpeó el olfato de Silvana, que empezó a salivar. Sus papilas gustativas despertaron hambrientas y atacó el solomillo a dentelladas, comiéndoselo allí mismo, rebozado en la tierra del suelo y gruñendo para que no se atreviesen a arrebatárselo.

Silvana se tragó la carne, ansiosa, y a riesgo de llevarse una tarascada, Olmo consiguió apretar su dedo índice contra la frente de la loba y presionó justo entre sus ojos dorados, sobre la marca de sangre que había dibujado en su piel humana.

—Ahora duerme —ordenó y la loba gris se desmayó dócil.

Olmo pudo cogerla en brazos y la sacó fuera del hangar mientras el joven lobo negro correteaba a su alrededor, sin dejar de agitar la cola, colmado de felicidad.

Capítulo VI

LA CHICA DE LA PROFECÍA

«He aquí la triple Hécate con sus variadas formas».

Ovidio



2007, martes 2 de octubre.
Luna de frutas, gibosa menguante.

El amanecer le ganaba el pulso a las sombras y se colaba por el cristal trasero del todoterreno de los Canedo.

Silvana también vencía a la oscuridad, recuperando la conciencia y desperezándose despacio. Sus ojos estudiaban cada detalle, absortos en el trazado de las fibras de los asientos y en su propio pelaje, que cambiaba de color del gris de la raíz al blanco de la punta de cada pelo de sus patas.

Seguía siendo una loba, pero Bosco volvía a ser un hombre y estaba desnudo, sentado a su lado en los asientos traseros.

El joven iba sin cinturón, apoyando la espalda en la ventanilla de su puerta y acariciando el lomo de la loba, con mimo.

Ella sentía la boca pastosa tras haber dormido plácidamente varias horas. Su lengua jugaba con los dientes puntiagudos y se relamía la nariz, elevando el belfo en una sonrisa lobuna.

Le costaba salir del letargo y de la maravilla de sus sentidos agudizados, todos puestos en Bosco. Su olfato estaba embriagado de aquella esencia masculina y obviaba los demás olores. Su oído se centraba en el parloteo animado de él, apenas interrumpido por los monosílabos enojados del viejo Olmo.

Silvana nunca se había sentido tan despierta, ni tan hambrienta.

Se moría de hambre.

—Acabo de tomar la vía de servicio, para que puedas comer algo enseguida —indicó Olmo sin venir a cuento.

—No tengo hambre —dijo Bosco—, por mí no pares.

Olmo no le hizo caso y recalcó:

—¿Me escuchas, Silvana? Ahora podrás comer y luego haremos un par de paraditas más y habremos llegado a casa.

Silvana trató de contestar, pero solo consiguió gruñir un poco más alto que su estómago.

—¿Lo ves? Ya casi estamos... —Olmo señaló un restaurante de carretera y puso los intermitentes para entrar en el aparcamiento.

Los dedos de Bosco abandonaron el lomo de la loba y empezaron a acariciarle la cabeza, entre las orejas. Era muy placentero, aunque ella pensó que sería mejor si le rascase. Bosco gorjeó una risita y empezó a rascarle la coronilla.

—Con todos mis respetos, viejo. Creo que se te ha olvidado cómo es el primer cambio... No creo que Silvana pueda recuperar su forma humana hasta dentro de un par de días como pronto, así que olvídate de meterla en ese restaurante.

—¿No me digas, cachorro? —Olmo arqueó una ceja, sarcástico—. Ha pasado mucho tiempo desde mi cambio, eso es cierto, pero lo recuerdo perfectamente. Yo no soy tan viejo y tú no seas tan idiota, mi nieta no necesita cambiar para comer. Yo mismo iré al restaurante, le traeré un buen filete y le sentará de perlas... No me enfades y no te mandaré a ti a comprarlo.

—No puedo ir en bolas —resolvió Bosco, campechano.

El viejo omega le cortó la risa.

—Oh, sí que puedes, cachorro. Puedes ir así o mejor aún, podemos abrir esto. —Olmo soltó la mano derecha del volante y dio unos golpecitos sobre la maleta que llevaba de copiloto—. Seguro que mi nieta tiene algún vestido que te valga. No me tientes.

La mano de Bosco se crispó sobre el pelaje de la loba y sus ojos verdes volaron al espejo retrovisor, encontrando el celeste gélido de Olmo.

El ultimátum iba en serio, así que el chico se mantuvo callado, paralizado como una estatua de hielo. Gotas de sudor frío resbalaban por su pecho, desnudo y cincelado, Silvana pensó que no había visto tanta perfección desde que su madre la llevó a Florencia en su último cumpleaños, porque el cuerpo de Bosco no tenía nada que envidiar al del David de Miguel Ángel.

—Joder, lo que me faltaba por oír —masculló Olmo, clavando el pie en el

freno—. Aquí mismo vale, aquí está bien. No tardaré mucho.

El viejo omega acababa de aparcar cerca de la entrada, en lugar de al fondo del parking, como había pensado hacer para que no se les viese desde la autopista. Ni siquiera había enderezado las ruedas, le daba igual porque necesitaba bajarse del coche y dejar de escuchar los pensamientos hormonados de su nieta o terminaría por castrar a aquel Montenegro con sus propias manos.

Bosco le guiñó un ojo a Silvana y se estiró en el asiento, con parsimonia teatral, marcando cada músculo de su torso. Después, se inclinó y metió la cabeza por el hueco de los asientos delanteros.

—Si quieres que entre ahí desnudo, lo haré... Haré cualquier cosa por ella.

Olmo le miró incrédulo mientras la estudiante de fisioterapia que la loba llevaba dentro se deleitaba con la lección de anatomía gratuita, observando cada músculo de la espalda de Bosco y lamentándose de no tener manos con las que tocarlos.

—¡Por dios, ya voy yo! —gritó Olmo, exasperado, abriendo la puerta del coche y saltando fuera. Se arrepintió enseguida, volvió a meter la cabeza por la ventanilla y agregó—: Un momento, lobato, será mejor que cambies. No creo que mi nieta se sienta cómoda a tu lado, contigo desnudo.

—Ella ya me ha visto desnudo antes —se defendió Bosco y, al ver la cara asesina de Olmo, rectificó como pudo—: De pequeños, tomamos la luna juntos... solo una vez, ¿verdad, Sil?

La loba le miró con recelo.

—Creo que has crecido bastante desde entonces —contrarrestó Olmo—. Además, Silvana no recuerda haber tomado la luna contigo, déjala en paz. No puedo explicártelo ahora, pero no la agobies. ¡Haz lo que te pido, cachorro!

Con un resoplido desilusionado, Bosco se dejó caer en su asiento y se convirtió en lobo, sentándose sobre sus cuartos traseros.

—Muy bien, perrito, así me gusta —le silbó Olmo—. Pórtate bien y no pondré ni la correa y ni el bozal.

El viejo omega se puso sus Ray-Ban doradas de aviador, escondiendo el brillo lobuno y furioso que apenas había abandonado sus ojos en todo el trayecto. Después, se sacó del bolsillo una billetera y un palillo mordisqueado. Se metió la punta del palillo en la boca y desapareció dentro

del restaurante.

«¿Es verdad que no te acuerdas de aquella noche, mi *zanna*?» le preguntó el lobo negro. «¿No recuerdas que tomamos la luna de plata?».

Bosco no habló, al menos sus fauces no se movieron, pero la loba gris lo escuchó y sus orejas reaccionaron, instintivamente, irguiéndose y buscando el eco de unas palabras nunca pronunciadas.

«Dime que tu abuelo se equivoca, Sil» insistió Bosco, dentro de la cabeza de Silvana. «Dime que te acuerdas de las últimas noches que pasamos juntos».

La loba gris gimió en respuesta, sin saber exactamente a lo que se refería y el lobo rezongó:

«Y una mierda, no me lo creo. A mí no se me ha olvidado y, desde que tu madre te secuestró, he pensado en ti cada día».

«¡Mi madre no me secuestró!» se quejó la loba, sintiendo que su mente se abría de modo distinto, en canal, permitiéndole emitir sus pensamientos igual que recibía los de Bosco.

El lobo negro frunció el ceño.

«Puede que Marisa te hiciese creer que sacarte de Fronda no era un secuestro, pero nunca debió hacerlo».

«¿Cómo...?» vaciló Silvana. «¿Cómo sabes lo que estoy pensando? ¿Cómo me hablas?».

«Prácticamente puedo leer la mente de cualquiera» aclaró Bosco. «Pero ahora estamos hablando porque los dos tenemos mente de enjambre».

La loba lo miró suspicaz.

«Nos comunicamos por telepatía, Sil. Es un don de los *mannaro*, toda la manada está conectada, pero es parte del secreto. Ni siquiera los humanos de Fronda saben todo lo que podemos hacer... Te lo dije, sabía que cambiarías, que serías uno de nosotros».

«No sé de qué estás hablando, Bosco» le recalcó la loba.

«Para empezar» insistió él, «estoy hablando de la noche que tomamos la luna juntos, en el tejado de mi casa... ¿No te acuerdas?».

La loba gris negó con la cabeza y la dejó caer en el asiento, entre sus patas, con un resoplido.

«No entiendo por qué no lo recuerdas» continuó Bosco, acariciándole con

su hocico, para animarla. «Lo único que se me ocurre es que alguien te ha borrado la memoria».

Silvana se incorporó y los dos se miraron a los ojos.

«¿Por qué?» le preguntó la loba. «¿Por qué iban a hacer algo así?».

«No lo sé... Eso tendrás que preguntárselo a tu abuelo. Yo solo puedo ayudarte a recordar algunas cosas, cosas que hicimos juntos y...». El lobo negro echó las orejas hacia atrás, resignado. «Pero primero quiero que sepas que lo siento, Silvana. Sé que... lo que hicimos estuvo mal, pero no me arrepiento de haberlo intentado. No me arrepiento de haberte besado, mi *zanna*, ya sabes. Tú me dejaste hacerlo y sabías lo que significaba. Lo sabías tan bien como yo».

Silvana no entendía de qué le estaba hablando, ella solo recordaba un beso, jugando debajo de una mesa, cuando eran niños.

«No me refiero a eso» le avisó el lobo. «Me refiero a... Voy a compartirlo contigo. Mira».

A Silvana se le nubló la vista y cuando recuperó la visión, se vio a sí misma, con trece años, en el sótano de la casa de los Canedo. De algún modo, Bosco le estaba dejando ver lo que él recordaba de su última noche juntos.

La ventana del sótano estaba empapelada con periódicos, pero quedaba una esquina libre y por el hueco se filtraba un rayo de luna que besaba los labios de Silvana.

—*Shh...* ¿Confías en mí, mi *zanna*? —preguntó Bosco, con su voz adolescente.

—Con mis dos almas —contestó ella.

—Entonces, démonos prisa —apremió el chico—. Conozco un hechizo de luna y si lo hacemos bien, nadie podrá separarnos nunca.

—Genial, hagámoslo.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres, Canedo?

Silvana sonrió, respondiéndole con otra pregunta:

—¿Y tú, Montenegro?

—Con mis dos almas —aseveró Bosco y se mordió la yema del dedo corazón, consiguiendo que sangrase enseguida—. No tengas miedo.

—No lo tengo.

El chico puso su dedo herido en los labios de Silvana y dibujó tres lunas

de sangre, consecutivas.

—Primero va una creciente, luego una luna llena y la última es una menguante. Es fácil —le explicó Bosco. Retiró el dedo y la herida cicatrizó, ante la mirada encandilada de Silvana—. Ahora tienes que hacerlo tú, mi *zanna*.

Silvana intentó desgarrarse la yema del corazón con los incisivos y con los caninos, como había hecho el chico, pero ella solo conseguía hacerse daño en el dedo, sin sangrar. La carne se le escurría entre los dientes y cada segundo perdido corría en su contra.

Escucharon ruidos en la puerta del sótano y el abuelo de Silvana giró el pomo. Al no poder abrir, Olmo llamó a su nieta para que quitase el pestillo, pero ella ni siquiera contestó.

Bosco sabía que el viejo echaría la puerta abajo con facilidad. No les quedaba tiempo, así que cogió la cara de su primer amor entre sus manos, cerró los ojos y la besó con el alma en los labios.

La sangre del joven Montenegro bajó por la garganta de Silvana como fuego dulce. La chica seguiría sintiendo su sabor mucho después de que Bosco saltase por la ventana y se transformase en lobo, perdiéndose en la noche.

¡Bum!

La puerta del todoterreno se abrió con violencia y Silvana recuperó la visión del presente, casi al instante. Bosco ya no estaba a su lado, estaba fuera del coche porque Olmo le había cogido por el pescuezo y lo había tirado al pavimento.

—¡Pedazo de cabrón! —El viejo omega era pura rabia, en carne y verbo—. ¿Cómo te atreviste a hacer algo así a una niña? ¡A MI NIETA!

El joven lobo no se incorporó, se mantuvo tumbado en el asfalto, agachando la cabeza y las orejas.

—No te excuses, cachorro malnacido —vociferó Olmo—. Me da igual la edad que tuvieseis, ¡sabías muy bien lo que estabas haciendo, hijo de perra! ¡LA MARCASTE!

El viejo aullaba las palabras al tiempo que caminaba alrededor del lobo negro, insultándole a él y a todos los Montenegro, empezando por su abuela, esa «puta bruja engreída que estaría mejor muerta».

En su diatriba, Olmo se llevaba las manos a los oídos, como si no quisiera escuchar las explicaciones telepáticas que le daba Bosco, las mismas que Silvana no conseguía escuchar porque el lobo había dejado de compartir sus pensamientos con ella.

Bosco debió decir algo que sorprendió al viejo Canedo, porque que le frenó y le dejó en silencio unos segundos.

—No, no, no —farfulló Olmo, frotándose las sienes, aunque sonrió con malevolencia, aliviado—. No te disculpes por eso, porque no va a ocurrir. El amarre no va a ser de por vida, Bosco. Estás muy equivocado, no será para siempre porque ella no te marcó a ti con su sangre. ¿Lo entiendes? No completasteis el lazo, así que se puede romper... Y te aseguro que tardaremos en romper tu amarre mucho menos de lo que vas a tardar tú en llegar a casa, lobato asqueroso.

Olmo Canedo se apoyó con una mano en el capó del coche y saltó por encima ágilmente, metiéndose por el lado del conductor y dando un portazo. Miró a su nieta, como si estuviera a punto de decirle algo importante, pero se arrepintió y, en su lugar, tiró al asiento de atrás la bolsa que traía del restaurante.

Silvana metió el hocico dentro del plástico y se encontró de bruces con un chuletón sanguinolento. Salivó glotona y se abandonó al exquisito aroma de la carne.

El todoterreno arrancó y los ojos verdes del lobo negro se quedaron en el aparcamiento, entristecidos, brillando cada vez más lejos de la luna trasera del coche.

No llevaba ni diez minutos conduciendo, cuando Olmo encendió la radio con un exabrupto.

—Si ese cachorro no deja de lloriquearme en la cabeza, vuelvo y le atropello —juró entre dientes, buscando una emisora que le tranquilizase.

Conducía a menos de cuarenta kilómetros por hora y saltaba de una frecuencia a otra sin parar, al igual que sus ojos volaban del retrovisor a la carretera para vigilar a Bosco.

Habría sido más fácil cerrar la conexión con el joven lobo, pero se sentía responsable de aquella alimaña rastrera que les seguía a cuatro patas,

corriendo por el arcén mientras le ladraba a Olmo mil disculpas telepáticas.

La loba gris sacó el hocico de la bolsa, sin dejar dentro más que babas sanguinolentas, y metió la cabeza por el hueco de los asientos, aullándole a Olmo que parase el coche y pidiéndole explicaciones.

Su abuelo contestaba con evasivas y cambiaba de tema tan rápido como de emisora.

Tras dar varias vueltas al dial, Olmo encontró una emisora de rock y empezó a tamborilear con los dedos en el volante. Había vuelto a meterse el palillo entre los dientes y gesticulaba como si estuviese manteniendo alguna conversación, seguramente en esa frecuencia lobuna privada.

Unos segundos después, sus dientes partieron el palillo en dos y Olmo lo escupió por la ventanilla, mascullando:

—Cambio de planes. Vamos a tener que dar un rodeo, mi niña. Quizá sea mejor que paremos a esperar a ese Montenegro, hijo de mala madre, no lo sé... Tu abuela dice que podemos tener problemillas en la entrada de Fronda.

«¿Estás hablando con la abuela?» inquirió Silvana, acompañando el pensamiento con un gemido de anhelo.

—Sí, claro... Espera, la abuela quiere decirte algo. No te asustes.

«Hola, cariño. ¿Estás más tranquila?».

La voz autoritaria de Olivia se coló en el cerebro de Silvana, como un pensamiento más de las decenas que revoloteaban en su cabeza. Olivia insistió:

«¿Te está dando el viaje el cascarrabias de tu abuelo?... Pobrecita mía, mi Silvana».

«¿Cómo lo haces, abuela? ¿Cómo puedes... hablarme tú también?».

«Porque todos los *mannaro* estamos conectados» respondió Olivia con dulzura. «Sin importar la distancia».

«Exacto» intercedió Olmo. «Por eso nuestra cachorra tiene que aprender a cerrarse... pero no creo que pueda enseñarle a hacerlo antes de llegar a Fronda, por muchos rodeos que demos».

«Lo sé, mi amor» le apaciguó Olivia. «Sería mejor que paraseis a hacer noche en algún lugar del camino. Se ha montado un gran revuelo, podría ser incluso peligroso que regresaseis tan pronto».

«¿Peligroso?» gimoteó Silvana.

«No, no...» Olivia serenó el tono. «Bueno, un poco, pero no tienes nada de lo que preocuparte, mi niña... Tus primos están aquí, podemos protegerte».

El abuelo saltó en el asiento y Silvana lo notó.

«¿Me protegeréis?» aulló la loba. «¿De qué?».

«Olivia, querida» repuso Olmo. «No nos estás ayudando mucho, me estás poniendo nervioso hasta a mí... ¿Cómo que los primos? ¿Qué primos?».

«Los nietos de mi hermana, Olmo. Esos primos».

Olmo se sorprendió tanto ante la respuesta de su mujer que pensó en voz alta:

—¿Los rumanos? ¿Están en Fronda? Pero, ¿por qué?

Olivia no se atrevió a contestar.

«Porque a mi padre le ha pasado algo, ¿verdad?» aventuró Bosco y su tristeza les alcanzó como una presencia más en el coche.

El lobo negro había estado escuchando dentro de la mente de Silvana, todo el tiempo, sin atreverse a intervenir.

Olivia no desmintió sus temores y Bosco continuó:

«Mi abuela ha intentado conectar conmigo, mi hermano también y todos mis amigos, toda mi gente intenta hablar conmigo... todos menos mi padre. Le ha pasado algo, lo sé».

Olivia siguió callada y Olmo se mordió la lengua, preocupado y juicioso, deteniendo el todoterreno en la cuneta.

«Lo mejor será» dijo Olivia «que os mantengáis alejados por el momento. Hay más de cien lobos en Fronda y siguen llegando».

El lobo negro se quedó pensativo y apático, apretando el paso detrás del rastro del todoterreno.

Olmo se puso un cigarrillo en los labios y salió fuera del coche, encendiéndolo y dando una bocanada ansiosa.

«Abuela» aprovechó Silvana, «¿esos cien lobos que dices también se pueden meter en mi cabeza como hacéis vosotros?».

Olivia restó preocupación a su voz, a duras penas, y le contestó:

«No, cielo. Ningún otro *mannaro* podrá hacerlo mientras no te detecten y eso no pasará si te mantienes lo suficientemente lejos. A no ser que les dé acceso a ti alguien que esté contigo...».

Olivia enmudeció un momento y recuperó el tono preocupado, al dirigirse a Bosco:

«Cachorro, dime que no has metido a tu hermano, ni a ningún otro de la manada, en la cabeza de mi nieta».

«No soy tan estúpido. Bastantes somos ahora, ¿no crees? Además, Olmo me destriparía».

El abuelo de Silvana se sentó en un murete de piedra, parte de la verja de un coto de caza, y se encendió un nuevo cigarrillo, porque el anterior lo había partido de un mordisco.

«Puedes tener seguro que te destriparía, cachorro» convino Olmo. «Lo haré como no llegues aquí antes de que me fume este trujas. Voy a empezar a afilar el cuchillo».

«Estaré ahí en diez minutos» prometió Bosco.

«Que sean cinco» le urgió Olmo. Apartó a su nieta y al lobato Montenegro de su mente y se centró en una conversación con su mujer. «Estoy pensando, Olivia, que fue ese puñetero Montenegro el que nos quitó a Lorenzo».

A Olivia le temblaron la voz y las rodillas, pero se mantuvo entera, apartando las sospechas.

«No es el momento de...» intentó apaciguar a su marido.

«Sé que Raúl Montenegro lo hizo» afirmó Olmo, obcecado y contrito, lleno de demonios que gritaban a la vez un único nombre. «Estoy seguro de que ese alfa mató a Lorenzo... y lo sé porque ahora él está muerto, ¿a qué sí? Por eso ha cambiado Silvana, yo tenía razón ¡y tú decías que estaba loco!... Até su loba a la vida del asesino y ahora ella ha cambiado, es de cajón de madera de pino, Olivia. Dime que nuestro querido alfa sigue vivo, dime que me equivoco».

«Encontraron su cuerpo ayer por la tarde» contestó Olivia a su pesar. «Se salió de la carretera con el coche y cayó por un barranco... Raúl no iba solo, traía carne para la luna del cazador, pero no habrá problemas porque su madre se está encargando de tapar el asunto y manipular algunos recuerdos de la guardia civil y los policías».

«Muy propio de Melissa» resopló Olmo. «Seguro que esa perra vieja estaba deseando retomar el control... Si su hijo no estuviese muerto, le mataría yo mismo».

«Tranquilízate, mi amor. Tenemos otras cosas en las que pensar. No saques conclusiones precipitadas ahora, a lo mejor es una coincidencia».

Olmo lanzó el pitillo al suelo, pisoteándolo, y tronó:

«¿Coincidencia? Mis cojones. Y no me digas que me tranquilice, estoy muy tranquilo y es muy cierto que tenemos que pensar en otras cosas. Lo primero, dime qué hago yo ahora con estos dos lobatos».

Su mujer suspiró.

«Haz tiempo. Tenemos que pensar qué es lo mejor para Silvana».

«¿Y cómo le digo a Bosco lo de su padre?» balbució Olmo. Estaba enfadado con el lobato, pero lo quería mucho, prácticamente lo habían criado los Canedo.

Siempre que estaban en la casona, limpiando o cocinando, Bosco encontraba una excusa para verles y si no, iba a su casa un día sí y otro también.

Cuando Marisa les llamó, avisándoles de que Silvana estaba cambiando, Bosco estaba con ellos, lo escuchó todo y le rogó a Olmo que le dejase acompañarle.

Olmo había accedido porque, si se presentaba algún problema o les olfateaba algún feral, el chico podría ayudarle y, en cambio, Olivia no.

Bosco era el único Montenegro en el que Olmo aún confiaba y por eso el omega se sentía tan dolido y traicionado. Entre otras cosas, al viejo lobo gris no le entraba en la cabeza que aquel cachorro hubiese podido marcar a su nieta. Alguien tenía que haberle dicho cómo hacerlo y esa sospecha le estaba enloqueciendo.

«No te preocupes por Bosco» decidió Olivia. «Yo hablaré con él y le diré lo de su padre... Tiene que saberlo cuanto antes, esta noche es el velatorio y mañana será el entierro. Por eso las manadas hermanas han venido a presentar sus respetos... y también sus candidatos. Bosco debería estar aquí».

«Tienes razón» convino Olmo. «Escucha, mi amor, esto es lo que vamos a hacer: mandaré al lobato con el coche y me quedaré con nuestra niña en algún hostel cercano».

«No sé, Olmo. Hay cientos de *mannaro* por todas partes...».

«No te preocupes, mi *zanna*. Ya se me ocurrirá algo».

Olmo Canedo estaba sentado en la cuneta, fumando un pitillo tras otro, con la mirada fija en la carretera y los dedos enterrados en la hierba.

Silvana se moría de ganas de escuchar la conversación mental de sus abuelos, pero ellos la mantenían aislada.

«Quiero pedirte disculpas» le susurró Bosco. «Sé que no estuvo bien marcarte, pero no me arrepiento. Lo hice porque pensé que así siempre estaríamos juntos, mi *zanna*».

«¿De qué va todo eso de que me has marcado?».

«Verás, ya sé que... Bueno, sé que...» Bosco dejó de titubear y fue al grano. «Sé que nunca has estado con nadie. Eres virgen, ¿verdad?».

Silvana se quedó helada, sin confirmar ni negar la suposición del lobo negro. Cuando contestó, su voz sonó altiva.

«No es asunto tuyo, pero no soy virgen».

«Me estás mintiendo» replicó Bosco. «Sé que lo eres».

«¿Qué pasa?» replicó, airada. «¿Estás mirando en mis recuerdos? Busca mejor, porque hace mucho que dejé de ser virgen».

«Vale, venga, pues muéstramelo, déjame verlo...».

«No seas morbososo, no pienso enseñarte nada» ladró Silvana.

«No es morbo, es que sé que no es verdad. Lo que quiero decir es que... Mira, Sil, sé que nadie ha querido besarte y mucho menos acostarse contigo. Lo sé y lo siento, porque es culpa mía».

Silvana se vio obligada a recordar escenas muy dolorosas de su pasado, desilusiones vergonzosas que su mente se había esforzado en olvidar y que le habían dotado de cierto cinismo amargo.

Cuando alguien le gustaba y ella se atrevía a acercarse, siempre la rechazaban. Lo intentó varias veces, hasta que le pudo el miedo y se convenció de que estaba mejor sola.

Bosco continuó hablándole con ternura y arrepentimiento:

«Es culpa mía, mi *zanna*. Yo te marqué... y hueles a mí. La magia funciona igual con humanos y *mannaro*, les repele».

«¿Cómo?» Silvana enseñó los dientes. Si Bosco hubiese estado cerca, le habría taladrado esas patas entrometidas a mordiscos.

«Lo siento, Sil. Siento de corazón que hayas sufrido por mi culpa» gimoteó el lobo y cambió de tema. «Puedes ser un poco borde a veces y

bastante descarada y eres lista, todo eso a la gente le asusta, pero también eres preciosa y generosa, la mejor amiga del mundo... y la chica más bonita que he besado en mi vida».

«Corta el rollo, Bosco. Yo, yo nunca... yo pensé que... Creí que algo no funcionaba conmigo, que siempre iba a estar sola... pero no me importaba, ¿sabes? Porque no necesito a nadie... a nadie» le recalcó las dos últimas palabras con rencor y dejó de hablarle.

«Lo siento muchísimo, mi *zanna*» repetía Bosco sin cesar. «Ya estoy muy cerca, te lo explicaré mejor cuando estemos juntos, juntos de verdad, cuando cerremos el lazo...».

«No vamos a cerrar ningún lazo» le espetó la loba, lamiéndose las heridas de cada palabra de despecho que había recibido y volcando toda la pus sobre el lobo negro. «Y que te quede claro, Bosco, no importa lo que digas que sabes de mí. Te he dicho que no soy virgen y no lo soy... Y como no te lo quieres creer, te lo voy a demostrar. Mira».

Silvana evocó a propósito un sueño que había tenido con diecinueve años, se había convertido en un sueño recurrente e incluso ella misma lo había revivido en muchas de sus fantasías, estando despierta.

El sueño siempre empezaba con oscuridad, Silvana estaba en una cueva y la única luz provenía de un enjambre de mil luciérnagas verdosas que revoloteaban en el techo.

Cuando ella fue consciente de que soñaba, las luciérnagas se dispersaron en todas las direcciones y empezaron a posarse sobre su cuerpo desnudo y también sobre otros cuerpos.

Puntos de luz tenue marcaban brazos, pechos y espaldas a su alrededor. Eran todas mujeres y la rozaban por todas partes al ritmo de la música, los jadeos y el frenesí.

Las luciérnagas descendían y tomaban cabezas, hombros y manos... metiéndose en todos los ombligos y en los oídos, forrando aquellos cuerpos oscuros con sus destellos de luz para convertirlos en pequeñas constelaciones fugaces.

Un hombre, coronado de luciérnagas, detuvo aquel universo con una sola palabra. Le gritó al caos que se arrodillase y el caos obedeció.

Obedecieron todas menos Silvana.

—Te he dicho que te arrodilles —le repitió el extraño—. Hazlo.

—Es solo un sueño —murmuró Silvana.

Solía controlar sus sueños fácilmente, echaba a volar cuando lo deseaba o incluso hacía que apareciesen sus abuelos y la ayudasen. Sin embargo, no conseguía cambiar lo que ocurría entonces, ni tampoco despertarse.

—¡Arrodíllate! —insistió el hombre, asombrado y molesto. Su silueta tenebrosa avanzaba hacia ella y las luciérnagas de su corona se multiplicaban, sin llegar a iluminar su rostro.

—Arrodíllate tú, este es mi sueño —se rebeló Silvana.

—Soy el rey de las luciérnagas, ¿no lo ves? Aquí mando yo, así que ponte de rodillas y date la vuelta... Te tomaré a ti primero.

Silvana se mantuvo en pie y él se quedó callado, sorprendido. Cuando recuperó el habla, lo hizo dirigiéndose al resto:

—¡Levantadla y traédmela!

Como en un concierto de rock, la chica fue izada en el aire y pasó de unas manos a otras. Una hueste de luciérnagas aprovechó para aterrizar en su piel y miles de alas la cubrieron de caricias diminutas y deliciosas.

Las demás mujeres le clavaban los dedos, sujetándola por los tobillos, la cintura y la espalda, llevándola en volandas hasta su rey y abriéndole las piernas para él.

Aquel extraño olía a bosque y a sexo. Sus feromonas atacaban la libido de la chica con cada respiración y le incitaban a entregarse.

—¿Lo ves? Mi sueño, mis reglas —aseveró el extraño, acariciando el cuello de Silvana y bajando despacio para amasar sus pechos, su estómago y sus caderas.

Bajó hacia sus glúteos y se aferró a ellos, arañándola y atrayéndola hacia él, metiéndose entre sus muslos y golpeando las puertas de su interior.

—Podría hacer lo que quisiese contigo, pero el código del honor me obliga a respetar tu voluntad. ¿Qué quieres hacer?

El cuerpo de Silvana respondió al calor que le golpeaba, humedeciéndose. Quería sentirle dentro, pero no se lo diría.

—Quiero despertar.

—Eres una mentirosa —le susurró él, masticando las palabras en su oído —, pero me parece bien, te ayudaré a despertar.

El rey de las luciérnagas entró en ella de un solo golpe y Silvana gritó, sacudida por el dolor y el placer de la invasión que le quemaba por dentro.

Él pareció sorprendido e intentó retirarse, pero Silvana lo atrapó con las piernas, se liberó de las otras manos y se puso de pie, sin dejar que él saliese de ella.

Cuando intentó hablar, Silvana le besó, mordiéndole la boca despacio y encaramándose a aquellos anchos hombros, irguiéndose hasta el límite de sus cuerpos para dejarse caer lentamente, deslizándole dentro de ella otra vez.

Las luciérnagas enloquecieron. Bailaban a su alrededor en bandadas y se posaban solo en su rey y en Silvana, iluminándoles con su leve fluorescencia.

Las otras mujeres desaparecieron en la oscuridad, fundiéndose en el suelo en un charco de tinieblas. Lenguas de sombra lamían los pies de la pareja, subiendo por su piel y participando de su deseo, mordiéndoles y acariciándoles, enroscándose en sus piernas y levantándoles en el aire como en una telaraña de penumbra.

Cientos de látigos vivos, brillantes como serpientes de alquitrán, se enroscaron en sus cuerpos y les enlazaron el uno al otro, uniéndoles y separándoles. El rey de las luciérnagas yacía con Silvana de espaldas, de costado, de frente... Las sombras les movían como marionetas, ajustando sus cuerpos a sensaciones distintas, incluso girándoles en sentidos opuestos. Silvana colgaba boca abajo y el rey la devoraba, hundiendo la cabeza entre sus piernas.

Cuando la chica le tomó en su boca, ambos culminaron en una sacudida de placer brutal e inevitable, plena y definitiva, etérea como los sueños.

Todas las luciérnagas echaron a volar y Silvana despertó.

«Follar en sueños no hace que dejes de ser virgen, Silvana» refunfuñó Bosco, aún sorprendido por lo que había visto. «Yo tuve mi primer sueño húmedo a los doce. No fue tan raro como el tuyo y ni siquiera me acuerdo de qué iba, pero...».

Silvana le interrumpió:

«Al día siguiente entré en un sex-shop, me compré un juguetito y lo usé. Lo he usado muchas veces... No soy virgen, Bosco».

El lobo negro se quedó perplejo. Perdió un poco el equilibrio y se salió de la cuneta, metiéndose en la carretera. No habían visto más de tres coches en

todo el viaje, porque Olmo elegía carreteras secundarias y los tramos más inhóspitos, por lo que el lobo no corría verdadero peligro.

Era más fácil correr sobre el asfalto y sus patas se lo agradecían, así que siguió corriendo por el pavimento, ganando velocidad e intentando retomar el control de sus pensamientos.

«Si no me crees, te lo enseñaré» reiteró Silvana, abriéndole su memoria y mostrándole un gusiluz. Era el muñeco con el que solía dormir: un gusano de felpa, con una cabeza de plástico que se iluminaba al abrazarlo.

Bosco exhaló una carcajada de alivio.

«Joder, Sil. Me has asustado, creía que me ibas a enseñar un vibrador».

Silvana se rio con más ganas.

«El vibrador está dentro del muñeco, idiota. Lo escondí ahí en honor al rey de las luciérnagas, porque he soñado con él muchas otras veces. Si mi madre vuelve a nuestro antiguo piso y le da por quitarle las pilas al gusano, se va a llevar una sorpresa».

Bosco quería hacer mil preguntas, quería detalles, ver lo que escondía el gusiluz y ver a su *zanna* jugando con él... pero Olivia se metió en su cabeza y el joven lobo tuvo que hacer un enorme esfuerzo por frenar su libido.

Lo que le contó la abuela de Silvana, le bajó todos los humos mejor que una ducha fría y mucho más rápido.

Sus peores temores eran ciertos, su padre había muerto.

Bosco se había despedido de Silvana bruscamente y la loba gris había dejado de sentirle en su cabeza. Sin embargo, la presencia de su abuelo regresó y sintió a Olmo como una ligera presión, como una subida de tensión.

Su abuelo estaba realmente cargado y cabreado.

«Me alegro de que el chucho pulgoso te lo haya explicado» empezó a decirle Olmo, «aunque no sé si entiendes bien lo que él te hizo, mi niña. Ese Montenegro te condenó y habrías estado siempre sola. Nunca habrías tenido otra pareja porque...».

«Porque somos monógamos» Silvana terminó la frase, pensando con el corazón, recordando la relación que tenían sus abuelos y olvidando las explicaciones que le había dado su padre sobre el comportamiento de los *mannaro*, la misma noche en que ella le descubrió en la cama de Melisa

Montenegro.

«¿Monógamos?» repitió Olmo, abriendo la puerta del coche y recuperando su lugar en el asiento del conductor. «No somos monógamos, Silvana. Nosotros somos *mannaro*: celebramos la vida con hedonismo y, de todos los placeres naturales, el sexo es nuestro favorito. En eso nos parecemos mucho a los humanos y, por cierto, ellos nos encuentran irresistibles. Además, sus enfermedades no nos afectan, ni las venéreas ni ninguna otra... Y como solo somos fértiles durante la luna llena de febrero, tenemos el mejor control de natalidad que existe, así que, no, mi niña, no somos monógamos en absoluto».

«Pero, pero la abuela y tú...» protestó Silvana sin entender nada, metiendo la cabeza entre los asientos delanteros.

Olmo sonrió melancólico y comenzó a acariciarle el hocico.

—Silvana, eso es distinto. Olivia y yo estamos enlazados. Nos unimos de por vida con un beso de sangre. Es un hechizo de luna muy antiguo, ya en desuso, hace muchos años que no se practica en las manadas y mucho menos una vez que empezaron los problemas de fertilidad. Todavía no entiendo cómo supo Bosco lo que tenía que hacer contigo, pero lo que sí que sé es que ese Montenegro no ha perdido el tiempo.

«¿Entonces él...?» farfulló Silvana, sintiéndose completamente idiota por no haber caído antes en esa posibilidad, por no haber querido verla, ni pensar en ella. «Pero, ¿por qué con él no...?».

Olmo volvió a adelantarse:

«Con él no funcionó porque Bosco no estaba marcado con tu sangre. Ese lazo ataba tus labios y solo los tuyos, mi niña. Bosco ha estado con muchas chicas de Fronda y con chicos también. La manzana no cae lejos del árbol y los Montenegro suelen tocar todos los palos. Créeme, lo sé bien».

Olmo se quedó callado un momento, recordando su juventud y guardando sus recuerdos para sí mismo.

Silvana sintió las lágrimas calentar sus ojos lobunos y su abuelo lo percibió.

«No tiene sentido que te preocupes por eso ahora, Silvana. Romperemos el lazo de sangre y serás libre, pero primero debemos pensar en otras cosas, cosas muy importantes. El alfa ha muerto y...».

Silvana lo interrumpió con un jadeo de sorpresa.

«¿El padre de Bosco?».

«Sí. Por eso han venido muchos de los *mannaro* de la manada de los Apeninos y también de los rumanos de los Cárpatos. Tu abuela dice que los lobos llevan apareciendo todo el día. Es peligroso que regresemos ahora, pronto se celebrará la lucha por la sucesión y quien venza se convertirá en alfa de Fronda. Será mejor esperar a que eso ocurra y esperaremos también a que las manadas hermanas regresen a Italia y a Rumanía, porque si se enteran de que has cambiado... Bueno, no quiero asustarte, digamos que te sobrarían pretendientes, mi niña».

Cuando el lobo negro alcanzó el todoterreno, Olmo acababa de guardar la maleta de Silvana en el maletero y le abrió la puerta del copiloto para que entrase en el coche.

Bosco miró el asiento de atrás, anhelante, pero la loba gris ni siquiera levantó la cabeza, siguió tumbada, enroscada sobre sí misma y tapándose la cara con su cola oscura.

—Siento lo de tu padre, cachorro —dijo Olmo, arrancando el motor y retomando la carretera—. Te acompaño en el sentimiento.

«Ya sabes que no nos llevábamos bien». Fue lo único que acertó a decir Bosco, se sentó en sus cuartos traseros y sacó el hocico por la ventanilla, dejando que la corriente le secase los ojos.

«Dile que yo también lo siento» le dijo Silvana a Olmo, sin cambiar de postura, aún escondida tras su propio rabo.

Bosco había vuelto a entrar en su mente y pudo oírla él mismo, al igual que lo escuchó Olivia.

Los cuatro volvían a estar conectados, Olmo lo sabía y antes de que el cachorro empeorase la situación, le avisó:

—Silvana no quiere hablar contigo, cachorro. Respeta su decisión y sal de su cabeza, pequeño Montenegro.

El lobo negro gimió y la abuela de Silvana malinterpretó la situación y pensó que, mientras que ella hablaba con el joven, Olmo le habría contado a su nieta sus sospechas sobre el alfa, así que terció por Bosco:

«No es el momento de dividirnos en Canedos y Montenegros. Lo pasado, pasado está. Ahora tenemos que pensar en lo que será mejor para todos y no

podéis volver a Fronda por el momento, aunque cada minuto que paséis sin la protección de la manada, estaréis en peligro. Todos los colmillos cuentan».

«Podéis contar con los míos» se ofreció Bosco, esperanzado. «No tengo por qué ir a ningún entierro, no quiero hacerlo. No me hace falta despedirme de una caja de madera, eso no me va a devolver a mi padre».

—No, Bosco, te equivocas —le contradijo Olmo—. No vas a despedirte, vas porque tienes que estar con tu familia.

«Estoy con mi familia» replicó el lobo negro. «Vosotros sois mi familia, siempre lo habéis sido. Ahora me necesitáis más que mi abuela y mi hermano. Yo quiero quedarme con vosotros, puedo protegeros».

«Gracias, cachorro» intervino Olivia, «pero entiende que, si sigues desaparecido, todos se preocuparán y empezarán a buscarte. Si nos quieres ayudar, es mejor que vuelvas y mantengas la calma, guarda el secreto y haznos ganar algo de tiempo hasta que se calme un poco la situación».

«Además, creo que ya has hecho bastante, cachorro» arguyó Olmo con ironía.

Olivia percibió el tono, pero no comprendió el doble sentido de las palabras de su marido, porque no sabía lo del hechizo de luna y porque sabía muy bien cómo era la vida de Bosco con su familia.

Urso era el hijo favorito del alfa y este nunca se había molestado en conocer a su hijo pequeño. Melisa Montenegro tampoco le había prestado mucha atención, había delegado en los omega para que lo criasen e incluso a veces lo trataba como a un omega.

Los Canedo sabían que Bosco se culpaba de que su madre no hubiese sobrevivido al parto, porque muchas veces Melisa le había hecho sentirse culpable, al igual que a su padre por haber elegido una humana tan débil para procrear.

Olivia alentó al joven lobo, como siempre hacía:

«Olmo tiene razón, tú ya nos has ayudado bastante, Bosco. Siempre has estado ahí para nosotros y puedes estar seguro de que eres parte de nuestra familia. Silvana tiene suerte de tener a su lado al mejor cachorro de la manada».

Olmo no pudo aguantarlo más. Estaba preocupado por el cachorro, pero también enfadado, muy enfadado con él, y cuando Olmo se enfadaba apenas

controlaba su lengua.

—¿Sabes, querida? —apuntó Olmo—. El mejor cachorro de la manada, como tú lo llamas, ha marcado a tu nieta.

«¿QUÉ?» Olivia profirió un sonido gutural y amenazador. «Eso es imposible, la luna está en menguante».

—La marcó hace años —prosiguió Olmo, con una risotada humana, gastada y dolida—. Supongo que ya no te parece tan encantador el lobato, ¿eh? Menos mal que Silvana no le marcó a él o los Montenegro tendrían que cavar dos tumbas».

«¡OLMO!» le regañó Olivia. La frivolidad de su marido era algo que siempre la sacaba de quicio, junto con su impulsividad temeraria.

La vieja loba omega estaba sorprendida, no podía creerse que su nieta hubiese sido marcada a sus espaldas y mucho menos por el joven Montenegro, que era como otro nieto para ella. Sin embargo, tras meditarlo unos segundos, la respuesta que les dio sorprendió a todos:

«No sé, puede que hasta fuese una buena idea hacerlo» confesó, desencajando las mandíbulas de su marido y los dos lobos. «Puede que nos venga bien. No quería asustaros todavía más, pero las manadas no han venido a Fronda solo por la sucesión del alfa».

Se hizo el silencio y cuando Olivia volvió a intervenir, su voz sonaba trémula.

«Las tres manadas saben que hay una hembra joven, porque las tres sacerdotisas lo han confirmado. Hay más de cien *mannaro* en Fronda y todos están esperando que aparezca la nueva loba. Anoche los tejados estaban llenos de mujeres tomando la luna, creyendo que podrían cambiar. Lo único que nos protege es que nadie sabe que las profecías hablan de Silvana».

Olmo golpeó el volante con la cabeza, haciendo sonar el claxon. Volvió a dejar el coche en la cuneta y se arrojó al asfalto, moviendo los brazos en aspavientos.

—¡ME CAGO EN MI ESTIRPE! —le gritó al cielo.

«Mi niña, dime que el loco de tu abuelo no le está pegando patadas al guardarraíl» arguyó Olivia.

Silvana seguía sin sacar el hocico de debajo de su rabo, pero se incorporó y observó atónita la escena de Olmo.

«Lo siento, abuela, sí que le está pegando patadas al guardarraíl» confirmó la loba gris. «Y también puñetazos».

Bosco saltó por la ventanilla y recuperó su forma humana. Se acercó a Olmo y le cogió por la espalda, intentando que no se hiciese aún más daño.

Las manos de Olmo sangraban, se había roto algunos dedos y destrozado los zapatos, pero la peor parte se la había llevado el guardarraíl.

Bosco pudo comprender en su carne lo que el hierro había sufrido cuando el viejo omega se zafó de su abrazo y le lanzó un derechazo a la mandíbula, conectando la izquierda contra su estómago al segundo siguiente.

Olmo Canedo era un sádico ambidiestro, más fuerte de lo que el chico pensaba.

«¿Ahora qué pasa?» inquirió Olivia, nerviosa e impotente.

«Que el abuelo está pegando a Bosco» contestó Silvana, salvando los asientos delanteros de un salto y dando otro más para salir del coche por la misma ventanilla que lo había hecho Bosco.

La loba gris no se lo pensó dos veces, mordió el bajo de los vaqueros de su abuelo y tiró de él para apartarle del chico.

Bosco no se defendía y Olivia no conseguía tranquilizar a su marido. La paliza terminó cuando la loba gris se tumbó en el pavimento y empezó a gimotear, como si estuviese herida.

Olmo escuchó el llanto de su nieta y reaccionó, perdiendo la furia en favor de la culpabilidad.

—¿Te he hecho daño, mi niña? —le preguntaba una y otra vez, acariciando a la loba y comprobando que no tenía heridas ni magulladuras.

Bosco sangraba copiosamente por la nariz y la boca. El viejo omega le había rajado el labio inferior, pero no le importaba. Sin atreverse a tocar a Olmo y manteniendo las distancias, el chico intervino:

—No te preocupes, viejo. Ella está bien, está fingiendo... Gracias, Sil.

«No me las des» contestó Silvana. Se incorporó, arqueó el lomo y mostró los dientes, amenazándoles. «Sigo enfadada contigo, Bosco. Y contigo tampoco me apetece hablar ahora, abuelo».

Se alejó de ellos caminando elegantemente y agitando la cola despacio. Volvió a saltar por la ventanilla, al interior del coche y se tumbó en los asientos.

—Cachorro, yo... —intentó disculparse Olmo.

—No hace falta que digas nada, no es la primera vez que me apalean, pero creo que es la primera vez que me lo merezco de verdad.

El viejo Olmo levantó un brazo y el chico reaccionó esquivo, pensando que le caería otro golpe. Sin embargo, el omega le cogió por el hombro y lo acercó a él, abrazándole con fuerza. Los dos se quedaron así, frente al capó del coche y la mirada atónita de Silvana, durante varios segundos.

—No estamos en paz, cachorro, pero te perdono —le susurró Olmo al oído y le ofreció su mano—. ¿Perdonas a este viejo idiota por haberte partido esa bonita cara tuya?

Bosco aceptó el apretón de manos con una sonrisa sangrante.

Atardecía cuando el todoterreno se metió por una carretera de tierra y avanzó en paralelo a la autopista, frenando detrás de unos edificios y parando un momento junto a una vía de servicio.

—Hemos llegado —anunció Olmo.

Bosco, que estaba en el asiento del copiloto vestido únicamente con el cinturón de seguridad, se quedó boquiabierto al ver el letrero luminoso del local en el que habían aparcado.

Las luces de neón formaban una gata rosa con un vestido azul. Con un parpadeo eléctrico, se apagaban unas líneas, se encendían otras y la gata se convertía en una chica en topless y su vestido en un pubis azul.

Silvana ladró en desacuerdo.

—Ya, bueno —replicó su abuelo con una risita traviesa, poniéndose las gafas de sol y saliendo del coche—. Ya sé que «La Gata en Celo» no es exactamente el Ritz, mi niña, pero por eso es perfecto para nosotros.

—Olmo —adujo Bosco, aún perplejo—. Esto no es un hotel, ni siquiera es un hostel, es un puticlub.

El viejo omega se rio a carcajadas.

—¿No me digas, cachorro? Por eso es perfecto, puede que se acerque algún *mannaro*, pero no vendrá a buscarnos a nosotros. Es un escondite genial.

Unos años antes, los criminales que dirigían aquel burdel habían servido de cena a la manada. Todas las chicas habían sido liberadas incluso del

infierno de sus recuerdos, les habían dado la oportunidad de elegir entre olvidarlo todo o creer que ellas mismas habían conseguido escapar de los proxenetas.

Algunas habían preferido olvidar solo en parte y convertirse en trabajadoras autónomas de su cuerpo; elegían los clientes, cuidaban unas de otras y se quedaban con todos los beneficios que, a juzgar por la cantidad de coches que había en el parking, debían de ser altos.

Olmo camufló el todoterreno entre un camión gigantesco y una caseta de hormigón. Dejó las llaves en el contacto, se bajó del coche y abrió la puerta de Silvana, invitándola a salir con una sonrisa y una reverencia exagerada.

—No me parece una buena idea —repitió Bosco, cambiándose al asiento del conductor.

Olmo no le hizo caso y sacó la maleta de Silvana del coche. Después, golpeó la carrocería dos veces, indicándole a Bosco que ya podía irse.

—Prefiero esperar a que...

Olmo no dejó que el chico terminase la frase.

—Yo me encargaré de encontrar una habitación muy pronto, no te preocupes. Vuelve a Fronda y haz lo que tienes que hacer: honra la memoria de tu padre y guárdanos el secreto. Si te necesitamos aquí, te lo haré saber.

Bosco buscó los ojos de la loba, pero Silvana se escondía detrás de su abuelo.

«Silvana, por favor» volvió a rogar la voz del lobo negro. «Perdóname, déjame que te lo explique».

«Abuelo, dile a Bosco que cuando quiera hablar con él, seré yo la que se lo pida por favor».

Olmo se encogió de hombros y ensanchó una sonrisa canalla.

—Ya la has oído, cachorro. Será mejor que te vayas.

En cuanto el todoterreno tomó el desvío de la autopista, Silvana se metió como una exhalación detrás de la caseta de hormigón. Llevaba demasiado tiempo aguantándose una necesidad básica primaria y la liberó entre unos matorrales.

Entretanto, su abuelo se encendió un pitillo e intentó darle toda la privacidad que pudo, sin bajar la guardia.

La loba gris se embarró un poco las patas con su orina y le dio mucho

asco, pero no pudo hacer nada por evitarlo porque todavía no controlaba bien su nuevo cuerpo.

—Ahora te podrás dar un buen baño, no te preocupes —le animó Olmo.

Silvana resopló fastidiada, la perspectiva de meterse en aquel local inmundo y coger hongos, ladillas o pulgas, no le parecía nada tranquilizadora.

Había dos edificios, uno estaba prácticamente pegado a la vía de servicio y parecía un bar enorme. Detrás de este, estaba el aparcamiento y a un lado se veía otro edificio, que tenía solo dos plantas, pero era muy ancho. Parecía una corrala porque todas las puertas de los pisos daban a la calle y estaban numeradas. Debían de ser apartamentos y no muy espaciosos, tenían una ventana junto a cada puerta y otra se abría por la parte de atrás y daba a campo abierto, lo que a Olmo le pareció muy conveniente en caso de tener que escapar.

Las escalerillas de subida a la primera planta estaban en un lado del edificio y en ese momento bajaba una pareja.

El viejo omega sonrió complacido con su buena suerte y se dirigió directamente al edificio de apartamentos.

La loba gris le siguió. Su preternatural sentido del oído le hizo saber que más de la mitad estaban ocupados y que dentro nadie dormía.

—Tranquila, Silvana —le instó Olmo, acariciándole el lomo—. Intenta centrarte en los latidos de mi corazón. Es fácil, búscalos y concéntrate. Si lo haces bien, pronto no escucharás nada más.

La música del bar era estridente, como el ruido de los coches que zumbaban al pasar por la autopista y los jadeos ensordecedores de los apartamentos.

Silvana se esforzó en aislar el ruido ambiental, distinguiendo el canto de los grillos lejanos y los ligeros tambores de dos corazones. Uno sonaba sereno y pausado, el otro nervioso y veloz. La loba se centró en los latidos lentos del corazón de su abuelo hasta que todo lo demás se difuminó y desapareció.

Cuando se acercaron a la pareja de las escalerillas, el hombre miró a Olmo con desconfianza y a la loba con miedo. Se despidió con la mano y apretó el paso hacia el *parking*.

—¡Vaya perro más grande! —exclamó la mujer con una sonrisa cansada y mal pintada, atusándose el cabello platino con manos indecisas.

Olmo le dio a su nieta unos golpecitos en el hocico.

—Es mi guardaespaldas.

—¿Muerde? —preguntó la rubia, melosa.

—Si te portas bien, no —contrarrestó Olmo, sagaz, sacando la cartera y mostrándole varios billetes de cincuenta euros—, pero tienes que portarte realmente bien.

La chica le sonrió al dinero y volvió a subir por la escalerilla, retrocediendo hasta su piso y abriéndoles la puerta para que pasasen detrás de ella.

Era una habitación de unos quince metros cuadrados. Todo el techo estaba cubierto por un gigantesco espejo del que surgían pequeñas bolas de luz, seguramente de intensidad regulable. Las paredes estaban pintadas de rojo y las cortinas eran negras, como las sábanas de la cama y el resto de los muebles.

Las cosas de aquella mujer estaban por todas partes. Sin duda, vivía allí.

Una cortinilla de abalorios rojos separaba el dormitorio-salón de una diminuta cocina y la puerta del baño estaba abierta. Olmo comprobó de un vistazo que la ventana que se veía al fondo era lo suficientemente ancha como para que saliesen por ella, en caso de ataque. Daba a los páramos y un segundo piso no era una gran caída para ellos. Era perfecto.

Le ordenó a su nieta que no se moviese de su lado, mentalmente, y sonrió a su anfitriona con ese brillo canalla que le caracterizaba.

La rubia se sentó en la cama y cruzó las piernas, seductora.

—Me llamo Amanda y no me pidas nada demasiado raro, guapo. El perro puede mirar pero...

—Lucía —le interrumpió Olmo, sentándose en el sofá de cuero oscuro que había junto a la entrada—, me parece que hace mucho que no te tomas unas vacaciones, ¿verdad?

—¿Cómo sabes que...? ¿Te conozco?

—Eso no es lo que tienes que pensar ahora, Lucía. —Olmo le ofreció el fajo de billetes y reformuló la cuestión—: ¿Qué voy a hacer con tanta pasta? Esa sí que es la pregunta adecuada. La respuesta es muy sencilla: puedes ir a

pasar la semana con tu hijo y dejarme a mí aquí, para que descansa en tu piso unos días. Es todo lo que te pido.

Las Ray-Ban evitaron que aquella mujer viese el destello sobrenatural en los ojos de Olmo y ella simplemente aceptó la idea como un axioma irrefutable.

Lucía o Amanda, o cualquiera que fuese su verdadero nombre, cogió los billetes y se los metió en el sujetador.

—Tendré que avisar de que me voy.

—Lo entiendo, lo entiendo. —Olmo se levantó y le abrió la puerta, galante—. Te lo explicaré mejor. Puedes decirles a tus amigas que un viejo morbosito te ha alquilado la habitación hasta el domingo y que quiere esconderse del mundo con su joven amante... No, no es el perro, tranquila. Mi chico llegará más tarde y, si sois discretas, vendremos más a menudo y os pagaremos bien. Esto es solo un adelanto, no quiero que nadie nos moleste mientras estemos aquí. ¿Lo entiendes?

La mujer asintió.

—Hay sábanas limpias en el armario.

Fue lo único que dijo antes de desaparecer contrariada y algo mareada.

Olmo se metió en el baño y comprobó con agrado que todo olía a limpio. Había elegido a una maniática de la lejía y no por suerte. El aroma estaba estancado bajo cada una de sus pulcras uñas de porcelana y Olmo lo había detectado desde el *parking*.

—Bueno, ha sido fácil, mi niña... Hacía mucho que no tenía que mesmerizar a ningún humano, pero ha salido bien.

Olmo cerró la puerta del baño, aunque no se salvó del continuo interrogatorio de su nieta.

«¿Yo también puedo hacer eso con los humanos?».

«¿Mesmerizar?» contestó Olmo telepáticamente. Chascó la lengua mientras se bajaba los vaqueros y bufó pensando que no podía ni mear tranquilo. «Sí, Silvana, supongo que sí que puedes hacerlo, pero no lo sé. El don es diferente en cada uno de nosotros... Eres mi nieta, así que estoy seguro de que con el tiempo podrás entrar en los recuerdos de cualquier humano y someterlos a tu voluntad. Podrás hablar cualquier idioma y puede que incluso seas capaz de entender a los animales y conseguir mesmerizarles a ellos

también. Eres una Canedo y eres fuerte, es muy probable que seas capaz de someter incluso a algún *mannaro*, pero no eres una purasangre, puede que tardes algún tiempo en desarrollar tus habilidades y no es seguro que controles todos los dones al cien por cien, mi niña. Ya lo veremos, ahora si no te importa, la próstata me está matando y si hablo contigo me cuesta concentrarme... Al menos este retrete es más higiénico que el descampado que has marcado tú».

Silvana sofocó una risilla lobuna y olisqueó sus patas con desagrado. Deseó haber sido capaz de esperar hasta llegar a la habitación, aunque si no era humana, le daba igual tener un baño y casi prefería el descampado.

«Tendré que echar gasolina detrás de esa caseta» agregó Olmo. «No creo que ningún *mannaro* vaya a olisquear por allí, pero no podemos correr riesgos. La has marcado de verdad con tu esencia de hembra fértil, mi niña. Tranquila, en cuanto pueda te prepararé una ducha y te frotaré bien esas patas malolientes. Lucía nos ha dejado un montón de sales, velas y cosas aromáticas de esas que os gustan a las mujeres».

Poco después, Silvana se metía de un salto en la ducha y Olmo la empapaba con el cabezal del agua, enjabonándola con mimo.

—Nunca pensé que volvería a bañarte —suspiró Olmo con una enorme sonrisa. La loba le miró, completamente empapada y su abuelo añadió, con una fresca carcajada—: No se te ocurra sacudirte a mi lado, jovencita.

Silvana salió de la ducha de un salto. Se sentía bien, muy arropada y no solo por la toalla con la que Olmo se esforzaba en secar su pelaje grisáceo, también por todo su cariño. Su abuelo le daba besos en la cabeza mientras le peinaba y no dejaba de decirle lo mucho que le habían echado de menos y lo muchísimo que la querían.

Al terminar la sesión de belleza lobuna, Olmo cambió las sábanas de la cama y levantó con una sola mano el sofá de cuero, poniéndolo sin esfuerzo frente a la puerta, como si fuera un taburete de bambú.

—*Mmm*, no se me ha ocurrido comprobar antes que Lucía no fuese vegetariana —dijo el viejo desapareciendo tras la cortina de abalorios rojos. Silvana escuchó cómo su abuelo abría la nevera y después oyó su grito hambriento—. ¡Premio, cinta de lomo adobado y la despensa llena!



2007, miércoles 3 de octubre.
Luna de frutas, gibosa menguante.

—¡Paloma Ajenjo, bájate del tejado ahora mismo! —le ordenó Violeta a su hermanastra.

Paloma abrió un ojo y vio los rizos cortos de Violeta, emergiendo del tragaluz. Le parecieron un nido negro sobre las tejas, pero no pudo reírse porque le quitaron las ganas la mirada oscura de su hermanastra y su mohín de enfado.

—¿Has dormido desnuda toda la noche? ¿Estás loca? —le gritó Violeta, tirando de la esquina del edredón para atraer a su hermanastra hacia ella.

La menor de las Ajenjo se había envuelto en la tela como un rollito de primavera. La noche había sido otoñal y el viento la había dejado helada, enmarañando con hojarasca su mata de pelo castaño.

—¿Qué hora es? —preguntó Paloma somnolienta.

—Las nueve y media —le contestó Violeta cogiéndola por los pies, temiendo que cayese rodando por las tejas.

Paloma se enderezó y se abrazó a su hermanastra, apoyándose en ella para bajar del tejado.

—Tenías que haberte ido sin mí, vamos a llegar tarde al entierro —dijo guiñándole un ojo risueño y azul.

—Casi me voy sin ti —le regañó Violeta, aunque no dejaba de abrazarla y restregarle el edredón para que entrase en calor—. Creía que no estabas en casa, pero los vecinos me han dicho que estabas aquí arriba.

Violeta evitó contarle lo que le habían dicho realmente los vecinos: que hiciese bajar a la gorda de su hermana antes de que hundiese el tejado.

Paloma sonrió.

—No sabía que me habían visto. Anoche subí a tomar la luna y me quedé dormida.

—Eres tonta, Lala —le reprochó Violeta con más miedo que enfado—, podrías haberte matado.

—O podría haberme convertido en la loba de la profecía —suspiró la joven, quitándose las legañas con el puño, como una gata—. ¿Te imaginas? Una Ajenjo convirtiéndose en *mannaro*, a papá le encantaría.

—Lo que no le va a gustar nada es que lleguemos tarde al funeral del alfa —le apremió Violeta. Rompió el abrazo y tiró de su hermanastra escaleras abajo—. Vamos, Lala, date prisa.

Aunque Paloma Ajenjo tenía diecinueve años, conservaba la sonrisa soñadora y pícara de su infancia, junto con el diminutivo. Todo Fronda le llamaba Lala porque en el colegio uno de sus compañeros había dicho que parecía un *Teletubbie*, redondita y juguetona, siempre alegre, siempre dando abrazos, siempre comiendo natillas... El mote se le había quedado de por vida.

Físicamente, Paloma era muy distinta de sus hermanastras, Gema, Jara y Violeta. Ella tenía el pelo rubio ceniza y los ojos grandes y azules, en lugar del negro medianoche que imbuía melena e iris de las otras hijas de Gregorio Ajenjo. Y por dentro, también muy diferente. Paloma era un rayo de sol descarado, vital e inconformista, no se molestaba en pasar desapercibida como Violeta, ni miraba a todos por encima del hombro como Jara, aunque se parecía a Gema en su afán por encajar en el pequeño microcosmos de Fronda y agradar a todo el mundo.

Paloma era un espíritu libre que correteaba de acá para allá, cariñosa, divertida y amable, amiga de todos e íntima de nadie. Se jactaba de que no le importaba lo más mínimo lo que dijese de ella y a veces era cierto.

Su corazón valía su peso en oro y la chica pesaba treinta kilos más que cualquiera de sus hermanastras. Jara, Gema y Violeta eran de la misma madre y habían salido a ella, una morena enjuta de piel aceituna. Lala había heredado de su madre unos pechos enormes, una talla cincuenta y cuatro, cara y cutis de muñeca de porcelana y una lengua muy larga.

Mientras bajaban la escalera, preguntó sin malicia:

—¿Vamos a ir con Bosco al entierro?

Violeta suspiró y negó con la cabeza, sacándose las palabras del pecho con la misma angustia que se las desclavaba del alma.

—No sé nada de él desde hace dos días.

Paloma chascó la lengua, se sintió la peor escoria bocazas del universo y animó a su hermanastra como pudo.

—Que le jodan a ese Montenegro, siempre estáis igual... Deberías pasar de su puto culo y menear el tuyo delante de los nuevos lobos que recorren Fronda. Italianos o rumanos, da igual. Están todos igual de buenos, incluso lo que se hospedan con nosotros y eso que se supone que son los de escalafón más bajo.

La muerte del alfa había atraído a las manadas hermanadas de Italia y Rumanía. Muchos se quedaban en casas de familiares, otros estaban repartidos por los hostales de los pueblos de Fronda, los alfa disfrutaban directamente de la hospitalidad de la casona de los Montenegro.

—La verdad es que el turismo ha mejorado mucho estos días —contestó Violeta, con una mueca triste.

—Así no, hermanita. —Lala le cogió las comisuras de los labios con los dedos y le ensanchó la sonrisa—. Así mejor, *guapa-reguapa*, que todos te vean sonreír. Nos rodea testosterona de primera calidad y tienes que sacarle partido a esos labios tan jugosos que tienes.

—No pienso sonreír en un entierro, so loca —bromeó Violeta.

—Bueno, no hay entierro sin risas, ni boda sin llantos. —Violeta perdió la sonrisa y sus ojos se empañaron, como si Paloma hubiese dicho algo muy malo, por lo que esta insistió—. ¿Qué te pasa? Me estás asustando.

—No me pasa nada. Venga, vístete que vamos a llegar tarde y nos lo vamos a perder.

Lala se sentó en el pasamanos de la escalera y se deslizó hasta abajo mientras gritaba:

—Al entierro puede que no lleguemos, pero ¡no podemos perdernos las Lupercalias que nos *vieneen*!

Violeta bajó tranquila los peldaños y entró en la habitación de su hermanastra con los brazos en jarras. Las paredes estaban llenas de carteles de películas y las estanterías llenas de cómics y libros. Había ropa por todas partes.

Paloma buceaba en una de las pilas de tela que había sobre la cómoda, buscando unas bragas limpias mientras canturreaba.

—Deberías ducharte primero —le regañó Violeta.

Lala se calzó la ropa interior y se echó desodorante por todas partes.

—¿Para qué? No hay tiempo y me gusta como huelo. Huelo a luna y a...
—Lala le lanzó el bote de desodorante a su hermana—. ¡Musgo blanco!
¿Quieres un poco? A los lobos les encanta.

Violeta dejó el desodorante sobre la ropa de la cama y sus ojos viajaron nerviosos del ajeteo de su hermanastra al reloj de su muñeca. Le parecía que las agujas se movían más deprisa que los brazos de la chica, pero no podía ser.

—Vamos, Lala —le urgió—. Toda tu ropa es negra, no creo que te cueste mucho encontrar algo adecuado para un entierro... Oh, dios mío, ¿de verdad vas a ir así?

Lala se acababa de poner un vestido largo de terciopelo, de línea imperio, resaltando su escote y disimulando sus caderas. Era lo más elegante que tenía, lo había comprado por internet y todavía no lo había estrenado.

—A mí me gusta —se defendió, pintándose la línea de los ojos con un trazo grueso y oscuro.

—Creo que vas demasiado arreglada —replicó Violeta, que llevaba unos vaqueros negros, una camisa añil y ni una sola gota de maquillaje.

Lala arqueó una ceja y sonrió de soslayo. Sacó una chaqueta, también de terciopelo, y se la puso sobre el vestido.

La chaqueta tenía una capucha con orejas de gato y un pequeño bordado con un dragón violeta en el pecho.

—Esto le dará el toque perfecto —murmuró poniéndose la capucha sobre la cabeza.

Su hermanastra la miró con horror y Lala, aunque lo había dicho en broma, decidió que la fastidiaría un rato y se pondría aquella chaqueta, aunque se la quitaría al llegar al cementerio.

—¿Qué pasa, Violeta, quieres que te la preste?

—Por supuesto que no —repuso su hermanastra con una mueca de espanto.

Lala siguió picándole:

—Tengo otra con orejas de lobo negro, seguro que te gusta más.

Violeta perdió la paciencia y empujó a Lala fuera de la habitación.

—Ponte lo que quieras, me da igual, pero date prisa —le reprendió—. Tenemos que ir andando. Papá y Gema han cogido el coche para recoger a Jara de la estación y hemos quedado en el cementerio directamente.

Jara era la hija mayor de los Ajenjo y estaba en la universidad, estudiando veterinaria. Gema era la segunda, había acabado magisterio y trabajaba en un colegio de Fronda.

La muerte del alfa era un día de luto oficial y todos tenían permiso para acudir al entierro, por lo que Lala y Violeta también se habían librado de trabajar ese día.

Las dos llevaban el negocio familiar junto con su padre, un hostel con restaurante a las afueras de uno de los pueblos de Fronda.

Paloma Ajenjo soñaba con abrir su propio negocio. Tenía una mano increíble para la repostería y la cocina en general, por lo que pensaba abrir un restaurante en alguna de las localidades cercanas, que siempre estaban llenos de turistas incluso en invierno.

Aunque las hermanas se dieron prisa, al salir a la calle no encontraron a nadie que pudiese acercarlas al cementerio. No se habían alejado más de unos metros del hostel, caminaban por un lado de la carretera, cuando una furgoneta roja, sin más ventanas que las delanteras, frenó y les pitó.

—¡Eh, hola! ¿Sois de por aquí? —preguntó el conductor.

Era un chico moreno, de mirada oscura y esquiva, con los brazos llenos de tatuajes. A Paloma le pareció guapo a rabiar y le dio un codazo a su hermanastra, pero Violeta ni siquiera le miró.

—Sí, somos de por aquí —respondió Lala, con una sonrisa radiante.

Los ojos de Violeta saltaban del asfalto al cielo y del cielo a sus zapatos, pero Lala enseguida se acercó a la furgoneta.

—¡Genial, menos mal! —exclamó el chico—. Necesitamos algo de ayuda, estamos buscando alojamiento.

—¡Y lo habéis encontrado! —repuso Lala señalando su propio hostel—. Tenéis suerte, nos quedan un par de habitaciones libres a muy buen precio. —Inspeccionó al conductor a conciencia, no era capaz de distinguir a los *mannaro* de los humanos por el olor, pero aquel chico debía tener sangre de

lobo en las venas, tenía ese cariz salvaje y atrayente, así que añadió—: Llegáis a tiempo para el entierro y seguís teniendo mucha suerte, nosotras podemos deciros cómo llegar.

La pequeña Ajenjo no pensaba amilanarse, no solo iba a asegurarse de que aquellos lobos se hospedarían con ellas, también les pediría que las salvaran de aquella caminata infernal con su mejor sonrisa.

El copiloto, un chico castaño con ojos grises de gato callejero, asomó por encima del hombro del conductor.

—Nosotros no vamos al entierro —dijo Darío y su lengua pensó tan rápido como su cabeza—. Hemos hecho un largo viaje y no estamos presentables, necesitamos asearnos primero.

El entierro del alfa no era un buen destino para los mestizos Alborada. Las tres manadas estarían allí y le darían el pésame a los Montenegro, siguiendo el orden de su linaje. Los mestizos no tendrían lugar en aquella ronda, podían mezclarse con los *mannaro* por las calles, pero no en aquel cementerio jerarquizado, sería como pedir directamente que les abriesen cuatro tumbas nuevas.

Los labios de Paloma simulaban un puchero.

—Vaya, qué pena. Nos habría venido muy bien que nos llevaseis a mi hermana y a mí. —dijo y señaló a Violeta, que reaccionó incómoda, fulminándola con la mirada. A Lala le dio igual, aceptó el desafío y añadió, pizpireta—: ¡Ven a saludar a estos chicos tan majos, Violeta, que se van a quedar en nuestro hostel!

Su hermanastra no se movió del sitio, pero Darío sí, se inclinó sobre Fran y se disculpó, acercándose a la ventanilla:

—Lo siento, pero no podemos llevaros a ninguna parte porque llevamos la furgoneta cargada hasta los topes.

Lala le echó una buena ojeada. El chico era atractivo del modo en que lo eran todos los *mannaro*, con un aire salvaje, contenido y perturbador. Pensó si sería rumano o italiano, pero no le preguntó. No había forma de saberlo porque no tenían acento, los *mannaro* podían hablar cualquier idioma como un nativo y Lala lo sabía.

Dio un nuevo paso hacia ellos y canturreó melosa:

—¿Seguro que no podéis hacernos un huequito ahí dentro? El cementerio

no está muy lejos.

—No, lo siento. —Darío fue tajante.

—Entonces —replicó Lala, frunciendo el entrecejo y señalando de nuevo el hostel—, vais a tener que esperar en la puerta hasta que regresemos.

—Sin problema, allí nos vemos —resolvió Fran, arrancó la furgoneta y enfiló hacia el desvío.

Las dos hermanas Ajenjo pudieron oír una voz que les gritaba por la ventanilla del copiloto:

—¡Gracias, Gata Sombraaaaaaaa!

—¿Gracias, Gata Sombra? —repitió Best, asomando su cara medio abrasada y completamente asombrada, entre los asientos delanteros de la furgoneta—. ¿Qué mierda ha sido eso, Darío?

Darío se encogió de hombros y simuló desinterés:

—Esa rubia llevaba una chaqueta de Gata Sombra.

—¿De quién? —masculló Fran.

—Una mutante de los *X-men* —explicó Héctor, poniendo los ojos en blanco como si fuera algo obvio—. Va siempre con un dragón morado y atraviesa paredes, también la llaman Espíritu.

Fran negó con la cabeza y miró a Héctor por el espejo retrovisor con una mueca divertida.

—Si es la mitad de friki que tú, cástate con ella —bromeó—, aunque si es una chica-espíritu, parece más el tipo de Darío.

El gigantón pelirrojo se incorporó y le dio a Fran un capirotazo cariñoso y sonoro, por haberse pasado de la raya. Podían insultarse de muchas maneras, hablar de fornicar hasta con sus madres muertas, pero el tema de Marta no se tocaba ni en broma.

A Darío, sin embargo, no parecía haberle afectado la funesta broma. Estaba absorto en un cosquilleo fantasmal y delicioso que por fin volvía a erizarle los pelos de la nuca.

«¿Chica-espíritu? ¿Esa rarita de la carretera era otra chica-espíritu? ¿Debería ponerme celosa?».

—¿MARTA? —gritó Darío.

A los chicos perdidos les dio un vuelco el corazón y las ruedas de la furgoneta temblaron con un volantazo involuntario que se le escapó a Fran

justo cuando tomaban el desvío del hostel.

«Estoy aquí, a tu lado» respondió ella, haciéndose visible junto a la puerta del copiloto.

Al mirar por la ventanilla, Darío vio su constelación favorita a plena luz del día. Marta Alborada era luz, una pequeña galaxia de purpurina en continuo movimiento.

—¿Qué dice Marta? —preguntó Best, zarandeando a Darío, que era el único que podía ver su fantasma.

Ella contestó rauda, con voz sombría:

«Di que todo va bien por casa, aunque mi tío sigue borracho y parece que no piensa levantarse de la cama nunca jamás».

Darío parafraseó lo mejor que pudo, para no preocuparles.

—Marta dice que Isaac sigue mal y que seguramente va a descansar todo el día.

—¡Joder! —vociferó Best y dio voz al miedo que todos sentían—: No sé si alegrarme de que siga KO, porque como se dé cuenta de que nos hemos ido, nos va castrar.

—Sí —convino Fran—, esto no ha sido una buena idea. Deberíamos volver.

—No —resolvió Darío—. No hemos llegado hasta aquí para volver de vacío. Tenemos que hablar con uno de los hijos del alfa. Les necesitamos, necesitamos su sangre pura. Centrarnos en eso, no estamos de excursión y Marta nos protegerá.

Fran resopló y dio un frenazo. La furgoneta se quedó cruzada entre dos plazas del parking y el joven señaló la carretera, dejando clara su postura:

—Marta no puede protegernos, puede atravesar paredes y estar aquí y allí al mismo tiempo, pero si nos pilla un *mannaro*... Y ahora hay más que nunca, ¿no?

—Por eso es más fácil que pasemos desapercibidos —recalcó Darío.

—Ya —continuó Fran—, pero hoy no es un buen día, ya lo habéis oído. Están enterrando al alfa, no deberíamos... Deberíamos votar otra vez lo que vamos a hacer.

—Vale —convino Best—, los que estén a favor de que nos quedemos que levanten la mano.

Fran no levantó su mano, Best tampoco, Héctor se lo pensó, pero se quedó quieto y solo Darío levantó un puño y lo dejó caer, dando un golpe en el salpicadero.

—Mierda, no me hagáis esto... —gruñó.

Marta Alborada quiso apoyarle alzando su mano, olvidó que no era corpórea y, al pensar en su cuerpo, lo que sintió fue el puñal en el pecho y el peso de la tierra con la que su tío le había dado sepultura la noche anterior, en el mismo cementerio que había visto cada mañana desde su ventana, en el que nunca pensó que acabaría y aún menos tan pronto.

Desechó aquella horrible sensación e intentó sonar despreocupada.

«Diles que si tuviera manos para votar, levantaría las dos, Darío. Te lo prometo... Tienes que convencerles, tenemos que hacer esto. Es la única manera, me lo han dicho las sombras».

Darío achicó la mirada.

—Marta dice que nos quedemos —les regañó—. Por favor, hagámoslo. Dice que todo va a salir bien.

Fran se preparó para arrancar y añadió entre dientes:

—Lo siento. Somos tres contra dos, así que regresamos al taller. Y no digas que todo va a salir bien, Marta no lo sabe todo.

—¡Ella nos ha traído hasta aquí! —protestó Darío.

—¿Y cómo nos sacará? —bramó Fran—. Esto está lleno de lobos a los que les encantaría desollarnos. Lo mejor que podemos hacer es irnos, planearlo bien y volver preparados cuando solo haya una manada y no tres.

—No —gruñó Darío—. Es el mejor momento, hay tantos lobos nuevos que nadie notará unos cuantos más. Yo me quedo.

Darío saltó del coche, antes de que sus hermanos pudieran impedirselo. Su cabeza atravesó aquellas bellas luces, que no le sentían y que él tampoco podía sentir de modo físico, aunque se le erizaban los pelos de la nuca cada vez que escuchaba la voz de Marta. Sabía que el espíritu de su amor le acompañaba todo el día, pero ella no era muy ducha administrando su energía. En aquel momento tan solo podía hacerse visible como luz difusa y, si quería separarse del chico para vigilar los alrededores u otras partes de la casa o la ciudad o comprobar el estado de su tío, como acababa de hacer, después le costaba regresar y se sentía desorientada.

Darío había dejado de sentirla durante casi dos horas y, aunque no había dicho nada, se había preocupado bastante. Tenerla a su lado de nuevo le infundió fuerzas, se giró y les enseñó a sus hermanos el dedo medio.

—Adiós, valientes.

—¡No seas idiota! —Fran bajó de la furgoneta dando un portazo—. Vamos, no puedes quedarte aquí solo.

—Nunca estoy solo —le recordó Darío—, Marta cuidará de mí.

La puerta de atrás de la furgoneta se abrió y bajaron Best y Héctor, este último llevaba tres mochilas en sus brazos.

—Yo también me quedo —decidió el gigantón.

—Y yo —se sumó Best.

—No —les contradijo Darío y fue cruel, pero efectivo—. Es mejor que me quede yo solo, no quiero llamar la atención y, lo siento, pero ninguno de los dos pasáis desapercibidos.

Héctor y Best le miraron dolidos, aunque asintieron.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —insistió Fran.

Darío levantó el pulgar para afirmar que lo estaba y después le indicó a Héctor con otro gesto que le tirase su mochila.

—Llámanos cada hora para que sepamos que estás bien —convino Héctor antes de lanzarle su petate—. No seas gilipollas y hazlo, ¿vale?

Darío cogió la mochila al vuelo y comenzó a andar hacia atrás, sin dejar de mirar a sus hermanos.

—Os llamaré —convino—, solo un par de veces. Cuando vaya a hablar con los hijos del alfa y cuando esté hecho, pero vosotros no me llaméis. Voy a borrar todos los teléfonos y conversaciones de mi móvil. Si me cogen, no quiero que puedan llegar a El Matadero.

Best chascó la lengua.

—No, hermano —le dijo, apuntando a Darío con un dedo nervioso—. Si te cogen, nadie investigará en tu teléfono porque leerán en tu mente nuestra dirección y hasta verán nuestros hermosos caretos. Será como darles todos nuestros DNI.

—Sé cómo cerrarme —se defendió Darío.

—En teoría —continuó Fran—, pero ¿de verdad merece la pena poner esa teoría a prueba?

—Marta dice que es una buena oportunidad.

Fran esgrimíó una mueca sardónica, se cruzó de brazos y volvió a entrar en el tema prohibido:

—Si Marta hubiese dejado pasar la buena oportunidad que le ofreció el alfa, seguiría viva.

Darío soltó la mochila y saltó hacia Fran. En un segundo, los dos se enfrentaron, gruñeron y se mostraron los dientes, pero Héctor y Best los sujetaron para evitar que sus hermanos tuviesen algo más que palabras.

—No hemos venido a pelear entre nosotros —les regañó Héctor.

—Yo ni siquiera sé a qué hemos venido —se quejó Fran.

Héctor le sacó un sobre del bolsillo de la cazadora a Fran y se lo puso a Darío en las manos con determinación, dando por zanjada la discusión.

—Hemos venido a darle esta carta a uno de los hijos del macho alfa —dijo en tono sosegado, recordándoles la necesidad que les había hecho abandonar su hogar— y Darío lo va a hacer bien. Confiamos en que todo saldrá bien, por el bien de todos.

Darío asintió, se guardó la carta y recibió el primer abrazo de despedida de manos de Best.

—Suerte —masculló Best—. Cuídate, fiera, y sé listo.

Héctor también se despidió con un abrazo y palabras de aliento, pero Fran seguía enfadado y no le gustaba la idea de irse de allí sin Darío. Negó con la cabeza y le tendió la mano, Darío aceptó el apretón y tiró de él para abrazarle un poco más fuerte de lo normal

—No seas idiota y no te mueras —dijo Fran, devolviéndole el abrazo con igual fuerza—, ¿vale?

—Vale —gorjeó Darío. Se puso la mochila al hombro y volvió a caminar hacia el hostel de espaldas, sin quitarles la vista de encima a sus hermanos. Les vio regresar a la furgoneta y retomar la carretera, pero no sintió miedo alguno.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a la nebulosa de luz que flotaba a su lado en el aire.

Marta estaba exhausta, pero pudo contestar:

«Ahora esperaremos nuestro momento».

La furgoneta roja no fue el único vehículo que Paloma y Violeta Ajenjo se encontraron en dirección contraria. Media hora después las dos mujeres seguían caminando y fueron viendo pasar uno a uno todos los coches del entierro.

Casi habían llegado al cementerio, pero era demasiado tarde y la ceremonia había terminado. Aun así, las hermanas Ajenjo siguieron adelante, esperando cruzarse también con el coche de su padre.

Cuando les pasó el todoterreno gris de Urso Montenegro, el hijo mayor del alfa iba al volante, pero a Violeta le pareció que Bosco era su copiloto, así que no se sorprendió demasiado cuando le oyó gritar su nombre.

—¡Violeta! —le llamó la voz rasgada e inconfundible de Bosco Montenegro.

Las dos hermanas Ajenjo se giraron a la vez.

El todoterreno del que se había bajado Bosco ya seguía adelante y él caminaba hacia ellas por la cuneta, con la vista baja y las manos en los bolsillos.

—Está muy guapo con traje —murmuró Lala, dándole un pequeño codazo a su hermana.

—Calla. Te puede oír, aunque este lejos —le chistó Violeta.

—¿Y qué? Mírale, está supertriste, hay que animarle. ¡BOSCO, ESTÁS MUY GUAPO CON TRAJE! —berreó Lala, agitando la mano. Bosco le dedicó media sonrisa pesarosa y Lala se la devolvió con una disculpa—: Siento lo de tu padre.

Fue lo único que pudo decirle. En cuanto el joven Montenegro les alcanzó, cogió a Violeta de la mano y juntos se internaron en el páramo, deteniéndose bajo una higuera.

Paloma Ajenjo estaba lo suficientemente cerca como para ver sus aspavientos y demasiado lejos como para saber qué decían. A la chica le habría encantado tener el sentido del oído de los *mannaro*, pero se conformó con imaginarse la conversación.

Bosco dijo algo y tuvo que ser importante, porque el rostro de Violeta se iluminó como un árbol de navidad lleno de regalos, todos con su nombre.

Lala estaba segura de que por la expresión de su hermana, Bosco debía haberle dicho algo maravilloso e inesperado como: «soy gilipollas y lo sabes,

pero ¿quieres ser la madre de mis cachorros y tener sexo conmigo todos los días, a todas horas, por siempre jamás?».

En realidad, Bosco susurró:

—Violeta, confío en ti con mi vida y voy a contarte algo que no podrás decirle a nadie: he estado con Silvana y va a volver a Fronda.

Violeta Ajenjo sintió que su corazón se ensanchaba más allá de su pecho, henchido de felicidad e ilusión. Era un sueño hecho realidad, iba a recuperar a su mejor amiga.

Entonces, Bosco añadió:

—Es la chica de la profecía y yo... Yo sigo enamorado de ella.

El corazón de Violeta Ajenjo estalló en un millón de pedazos y todos se le clavaron en la cara, formando una mueca de angustia difícil de disimular. Lala no fue capaz de imaginarse ni una sola palabra más. El dolor que veía en su hermanastra era inefable, devastador.



2007, sábado 6 de octubre.
Luna de frutas, menguante.

Silvana apenas había conciliado el sueño en los últimos días. Había estado viendo películas y programas de teletienda en su idioma original, encandilada con las figuras de la pantalla porque entendía cada palabra sin esforzarse, fascinada por el modo en que su cabeza se ajustaba a otros idiomas como si fuesen su lengua materna.

Olmo daba vueltas alrededor de la habitación, igual que un animal enjaulado, vigilando el exterior por la ventana y hablando mentalmente con su mujer, barajando todas las posibilidades.

Fumó hasta quedarse sin tabaco y se refumó las colillas del cenicero después, quemándolas hasta el filtro.

A las cuatro de la tarde del sábado, el abuelo de Silvana estaba parapetado en el sofá frente a la puerta, exhausto, dando pequeñas cabezadas y diciendo que solo estaba descansando los ojos.

La joven loba gris se había pasado los días en la cama, sin variar mucho su posición de lo que estaba haciendo en ese momento: comer galletitas saladas de un plato y mirar la caja tonta.

Estaba quedándose traspuesta con una película de sobremesa, cuando unos pasos indecisos se escucharon en la galería exterior y Olmo gruñó.

—No me lo puedo creer.

«¿Qué pasa, abuelo?» preguntó la loba, saltando de la cama y acercándose al sofá.

Olmo se puso en pie, le acarició la cabeza y masculló:

—El lobato negro ha vuelto, pero no te preocupes que le voy a echar rápido.

Sin poder evitarlo, la cola de Silvana se agitó de alegría y sus patas arañaron el suelo con impaciencia. Quería mostrarse indiferente, pero su corazón le traicionaba. Solo podía pensar en el lobo negro y en su olor, en el sonido de sus latidos acelerándose y en el repiqueteo de unos nudillos muy humanos, golpeando la puerta del apartamento.

—¿Quién es? —preguntó Olmo, impostando la voz de modo femenino para despistar al chico.

—Ya sabes quién soy —contestó Bosco—, puedes olerme igual que yo os huelo a vosotros. Os he oído desde abajo.

—Lo que huelo son los tres litros de colonia que llevas encima —dijo Olmo abriendo la puerta.

Bosco apareció bajo el umbral, luciendo una camiseta blanca bastante ajustada y unos vaqueros desgastados. Se había afeitado y acicalado a conciencia, consiguiendo lo que buscaba: impresionar a Silvana.

Además, traía algunas bolsas de comida. Olmo se las quitó de las manos y se asomó al rellano, gritándole al aparcamiento:

—¡Ya está aquí mi joven amante!

Bosco le miró sorprendido, Olmo tiró de él, cerró la puerta y rápidamente le explicó cómo había alquilado la habitación y la coartada que había utilizado con aquella mujer, la mentira de que buscaban un nido para su amor prohibido.

—No te ofendas, viejo, pero no eres mi tipo —bromeó Bosco, sentándose en el sofá.

—No me ofendo —repuso Olmo, perspicaz—, porque sé que tu tipo es todo lo que se mueva por las Lupercalias y también sé que es el amarre de Olivia lo que te repele ahora y no mi cuerpo serrano. Hablando de amarres, espero que hayas venido dispuesto a romper el vuestro.

Bosco dejó de sonreír y Silvana se subió a la cama, mirando la televisión como si aquello no fuese con ella.

El joven murmuró:

—Olivia cree que es mejor que dejemos las cosas como están, por el momento.

—Entonces, ¿qué haces tú aquí? —contrarrestó Olmo, sin esconder el rencor que marcaba sus preguntas—. ¿A qué has venido?

—He venido a traeros comida.

—Ya lo he visto... —Olmo llevó las bolsas a la cocina y revisó la compra. Había carne suficiente para pasar toda una semana. La metió en la nevera y regresó señalando la puerta—: Ale, muchas gracias, cachorro, ya puedes volver a Fronza.

—Por favor, déjame quedarme —le rogó el chico—. Mi casa es deprimente. Mi abuela ha sacado toda la ropa sucia de mi padre y la ha repartido por la casa, para engañarse con su olor y que parezca que no se ha ido. Se me parte el alma cada vez que entro... Necesito tener la cabeza ocupada en cualquier otra cosa. Puedo hacer guardia contigo, Olmo, podemos turnarnos. Mírate, estás hecho polvo. Seguro que no has dormido nada desde que me fui.

—¿Y qué? —Olmo se mostraba impasible, sin dejar de señalar la puerta—. Puedo aguantar un par de noches más así.

—¿Sin tabaco? —insistió Bosco, aguantándose una sonrisa pícara y mirando de reojo las colillas ennegrecidas del cenicero—. Ya sabes, *il lupo perde il pelo ma non il vizio*.

«El lobo pierde el pelo, pero no el vicio». Silvana entendió el italiano de Bosco y sonrió para sí. Ojalá hubiese tenido ese don cuando estudiaba inglés y francés en el instituto.

Olmo caminó hasta el chico y se le encaró, con los brazos en jarras.

—No soy un yonqui de la nicotina, cachorro. Además, seguro que tienen tabaco en el bar y si no, hay una gasolinera al otro lado de la autopista.

—¿Y vas a dejar a Silvana aquí solita? —Bosco silbó simulando decepción y añadió—: Supongo que no o ya lo habrías hecho antes. Viejo, no dudo de que eres muy capaz de pasar otra semana más sin dormir y sin fumar, pero se te va a hacer *muuuuy* larga.

El chico se sacó de los bolsillos unos paquetes de Ducados, poniéndolos en el brazo del sofá, junto con una baraja de cartas y una sonrisa de tahúr.

Olmo carraspeó.

—Cachorro, no vas a hacerme un chantaje tan burdo con...

Bosco le interrumpió:

—Olivia me ha pedido que te los dé y que te diga que no vuelvas a fumar colillas nunca más. No hay chantaje, el tabaco es tuyo y las cartas las traigo

para que no te aburras. Silvana no puede cogerlas ni para jugar a las siete y media, así que... Puedes echar solitarios o podemos jugar juntos, si me dejas quedarme. Tú decides.

Bosco le miraba con esos ojillos de lobato perdido que tantas otras veces le habían hecho ceder y Olmo cedió.

—Está bien, Montenegro —dijo el omega cogiendo uno de los paquetes de Ducados y encendiéndose un cigarrillo allí mismo—, pero entiende que ya no me fío de ti. Dejaré que te quedes para hacer guardia y para entretenerme, no para cortejar a mi nieta... Dormirás en el suelo y te aseguro que te voy a atar en corto.

Pasaron la tarde jugando a las cartas y a la hora de la cena, mientras Bosco freía unos filetes, Olmo salió con la loba al descampado. Silvana se negaba a hacer sus necesidades en la ducha con Bosco dentro del apartamento.

Al volver del paseo nocturno, Olmo volvió a bañar a su nieta y después cenaron y se jugaron a las cartas quién haría el primer turno de vigilancia. Bosco perdió y el viejo omega le obligó a convertirse en lobo.

Con una mueca de satisfacción fatigada, Olmo se apostilló en el sofá y murmuró:

—Buenas noches, almas de luna.

Diez minutos después, roncaba a pierna suelta.

El lobo negro se sentó en el suelo, a los pies de la cama, e intentó hablar telepáticamente con Silvana, pero ella le ignoraba. Se quedaron callados, viendo la televisión sin prestar verdadera atención a la programación, sin hacer zapping más que entre sus miradas.

Bosco observaba a la loba gris de reajo y ella le miraba cuando él no la veía, hasta que Silvana se quedó dormida, tan profundamente como Olmo, entonces Bosco ya no le quitó los ojos de encima. Tenerla tan cerca y no poder tocarla le estaba matando, pero al menos podía estar a su lado y protegerla.

Estaba dispuesto a velar su sueño toda la noche; toda la vida, si ella le dejaba.

Cuando Silvana abrió los ojos, le pareció que solo habían pasado cinco minutos, pero el alba y el reclamo de neón del bar se colaban por las rendijas de la persiana y bañaban el cuarto de luz azul y rosa.

No se dio cuenta de que había cambiado hasta que sintió un cosquilleo en los dedos del pie izquierdo y se vio en el espejo del techo. Era humana de nuevo y estaba desnuda, tendida sobre las sábanas de satén negro.

Intentó moverse, pero su cuerpo no le respondía. Eso fue lo que le puso sobre aviso de que podía tratarse de un sueño lúcido, que era como le llamaba el señor Google a los sueños en los que alguien era consciente de que estaba soñando.

A Silvana le costaba distinguirlos de la realidad, al principio su cuerpo siempre le parecía demasiado pesado y se quedaba paralizada donde fuera que estuviese, con los ojos abiertos sin poder pestañear, hablar o despertarse. Después, lo controlaba todo y podía ir a donde quisiera, imaginar a quien quisiera e incluso volar.

Hiciese lo que hiciese, estuviese en el mar, en un bosque o en el cielo estrellado, los sueños lúcidos siempre le llevaban hasta el rey de las luciérnagas y aquella vez no fue distinta.

Las luciérnagas habían tomado el espejo del techo y titilaban sobre su reflejo.

Silvana volvió a sentir las cosquillas y al mirar hacia abajo vio dos lobos negros, el que dormía en el suelo y el que le lamía los dedos de los pies.

«Solo es un sueño» se dijo.

El lobo la miró con los ojos encendidos en brasas. Silvana únicamente le veía la cabeza, el resto del animal permanecía oculto tras el borde del colchón, pero no por mucho tiempo. El enorme lobo negro puso las patas delanteras sobre la cama y sus pezuñas se transformaron en los puños de unos brazos fuertes, perfectos y humanos, que empezaron a acariciarle las piernas con ambas manos.

El hombre mantenía la cabeza inclinada y su corta melena lacia caía sobre

la piel de Silvana, provocándole una deliciosa tortura de cosquillas.

Cada pelo le rozaba como la punta de cien plumas, delicadamente, al igual que la lengua que subía por el interior de su muslo izquierdo, dibujando un camino de saliva tibia.

—Silvana...

El rey de las luciérnagas nunca le había llamado por su nombre antes, pero lo siseó al llegarle a la ingle y le marcó la piel con una pequeña cadena de mordiscos hasta perderse entre sus piernas.

La espalda de Silvana se arqueó con una descarga nerviosa y un nuevo latigazo placentero le sobrevino cuando él la tomó con su boca y la llevó al límite un par de veces más. Finalmente no pudo frenar más su propio deseo y cogió a Silvana por la cintura, como si no pesase más que la almohada, y la izó en el aire.

Él se sentó en mitad del lecho y la dejó caer sobre su regazo. Silvana cerró las piernas alrededor de la vasta cintura masculina y él cubrió su cuello de besos fieros hasta alcanzar su boca.

El rey de las luciérnagas la apretaba contra él y la mecía sobre su cuerpo sin llegar a entrar en ella, apenas marcando el camino, rozándose y bebiéndose hasta que con un gruñido ronco la hizo caer hacia atrás y empujó hacia su interior, tumbándose sobre ella y liberando un nuevo orgasmo que les robó un gemido.

—Bosco... —susurró Silvana.

—No me llames así —dijo él, callándola con un beso voraz y exhalando las palabras entre sus labios—. Nunca vuelvas a llamarme así.

Silvana le separó despacio, cogiéndole la cara entre las manos. El rostro era el de un Bosco maduro, igual que en los otros sueños. Su fantasía siempre modelaba una visión adulta del adolescente que recordaba su memoria, más fornido, de espaldas anchas, más musculoso.

Se parecía mucho al Bosco real, pero también había diferencias: llevaba el pelo más largo y menos oscuro, barba de un par de días y sus rasgos eran más duros.

Su sonrisa era perfecta, sin melladuras.

No era Bosco.

—Oh, vamos, mi reina... Y eso que importa, ¿de verdad quieres parar

ahora?

Silvana se despertó sobresaltada. Seguía siendo una loba gris y jadeaba.

—Todo va bien, tranquila —le susurró Bosco. Era humano otra vez, acababa de transformarse y estaba sentado en el suelo, a su lado, con los codos sobre el colchón y las manos acariciándole el hocico—. Tranquila, Sil, estás bien. Todo va bien.

Olmo profirió un ronquido seco y Bosco pasó al canal de la telepatía para no despertar al viejo.

«¿Has tenido una pesadilla? Te revolvías en sueños».

«Sí, sí que era una pesadilla» mintió Silvana. Sin poder evitarlo, el tropel de las imágenes oníricas se agolpó en su mente y golpeó también a Bosco.

Al principio, el chico sonrió al ver que Silvana se azoraba y seguía excitada tras el sueño húmedo. Pronto, las pupilas de Bosco refulgieron coléricas, inhumanas y ambarinas.

Se levantó con un gruñido y se giró hacia la persiana, inspeccionando el *parking* por una rendija. Su silueta se recortó contra las franjas de luz violácea, desnudo como en el sueño de Silvana, aunque su cuerpo era menos voluminoso, muy diferente del que ella había soñado y parecía enfadado.

«No estoy enfadado» le corrigió Bosco, leyendo su pensamiento, «pero sería mejor si aprendieses a cerrarte... O por lo menos deja de pensar en eso, Sil. No necesito verlo otra vez, por favor. ¡Para ya!».

«¡Intento no pensarlo!» se defendió la loba. «Sal de mi cabeza, tú que sabes cómo hacerlo».

«Lo importante no es que yo salga, Silvana, es que no dejes que entre nadie más».

La loba no lo entendió. Se esforzaba en apartar el recuerdo, pero era difícil, resultaba tan real como si lo hubiese vivido despierta.

Sin embargo, no había saliva en sus tobillos, ni siquiera tenía tobillos, seguía siendo una loba gris.

Su cuerpo de mujer se había desvanecido en la ensoñación junto con el del otro Bosco.

«Nos parecemos mucho, ¿verdad?» masculló el Bosco real, intentado sonreír. «Mañana el viejo Olmo lo verá todo tan claro como lo estoy viendo yo y por mucho que le diga que yo no tengo nada que ver con ese sueño, no

me creará... Me va a matar».

«No te entiendo, Bosco. Solo ha sido un sueño, he tenido cientos como ese...».

Bosco resopló y sus puños se cerraron rabiosos, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

«Ahora eso da igual» dijo Bosco, todavía sin girarse, pegando los ojos a las rendijas y valorando la opción del despertar al viejo, por si acaso se veía algún movimiento en el *parking*. No parecía haber nadie ahí fuera y sus sentidos le decían que solo había humanos cerca, así que decidió dejar descansar a Olmo y resolver el problema él mismo.

«Escúchame con atención, Silvana. No has tenido un sueño normal. Verás, tenemos distintos planos de consciencia y todos están separados por puertas de percepción, ¿me sigues?».

«Pues no, no sé de qué demonios me estás hablando».

«Bueno, Sil, tú escúchame. Parece difícil, pero no lo es».

Bosco hablaba sin quitar la vista del exterior, completamente alerta. Estaba furioso, celoso y receloso, pero se esforzaba en que la loba no lo notase.

«Verás, Sil. Ahora mismo, en este momento, tú y yo nos podemos comunicar porque compartimos un plano definido de tu mente. Sin embargo, si tú pasas a otro y me cierras la puerta, entonces podrías aislarme».

«Lo siento, pero sigo sin entenderte» confesó Silvana, sintiéndose idiota. Era como si Bosco le estuviese contando el final de una película que ella no había visto ni empezar.

«Quédate con esa idea, lo de la película está bien, me vale. ¿Sabes esa sensación cuando estás viendo una película y te pones a pensar en otra cosa y cuando quieres volver al argumento ya no sabes qué ha pasado ni puedes recordar nada de lo que has visto? Pues cerrarse es igual. El exterior no te afecta, si alguien entra en tu mente, lo empujas fuera y pasas a otra fase de pensamiento... Inténtalo, piensa en otra cosa con toda tu alma y échame».

Silvana se centró en la espalda de Bosco y sin querer su vista cayó hacia los hoyuelos que se formaban en sus glúteos. Volvió a pensar en el sueño, en el modo en que ella le había clavado las uñas justo en esos...

«¡Por favor, para! Para ya, Silvana. Sigo dentro y no quiero que me hagas un replay de la jugada, ¿vale? Concéntrate. No lo estás haciendo bien».

La loba gruñó.

«Si fuese tan fácil aislarte, el abuelo me habría enseñado a hacerlo antes. ¿No crees?». Silvana se tapó el hocico con las patas, de pura vergüenza y frustración. «Mejor lo dejamos, te recuerdo que no quiero hablar contigo nunca más, así que déjame dormir».

—¡No! ¡No te duermas otra vez! —exclamó Bosco sin poder contenerse.

Giró la cabeza y se quedó callado, sin respirar siquiera por no hacer ruido. Miró a Olmo y a Silvana, alternativamente. El viejo omega estaba demasiado cansado y dormía profundamente. Bosco regresó a la comunicación mental.

«Sil, ¿no lo entiendes o es que no lo quieres entender? No te puedes dormir ahora, ya te he dicho que no ha sido un sueño normal. Tienes que aprender a cerrar la mente, para que no vuelvas a abrirte de piernas dormida».

La loba gruñó y le mostró los dientes, amenazadora.

«Eres un cerdo. No vas a conseguir que me sienta culpable por un sueño, ni aunque fuese real. No tienes ningún derecho... Ni siquiera debería volver a hablarte en mi vida, pero si vamos a hablar, empecemos por ti y las cosas que has hecho de verdad, me refiero a las que has hecho despierto».

«No tengo nada que esconder». Bosco se dio la vuelta con una sonrisa amarga y se enfrentó a Silvana, desnudo y vulnerable. Se cruzó de brazos y fue conciso. «Voy a ser muy directo: ha habido muchas otras chicas, muchas, y chicos también, pero no significan nada para mí... No como tú, ¿contenta? ¿Es lo que querías oír?».

«Eres un cabrón» sentenció Silvana y aulló sin poder evitarlo.

Olmo dijo algo entre dientes y siguió durmiendo.

«Lo siento» dijo Bosco, arrodillándose y rozando el borde de la cama con su pecho. Apoyó la barbilla en las sábanas, muy cerca del hocico de Silvana, con los ojos completamente dorados. «No puedo cambiar lo que he hecho hasta ahora, ojalá pudiera... pero no te he mentado. Nadie ha significado nunca lo que tú significas para mí, Silvana. Tú eres mi *zanna*, mi colmillo, mi imprescindible... Siempre has sido la única y aunque no me marcases aquella noche, no te hizo falta, yo siempre he sido tuyo. He pensado mil veces en escapar de Fronda y buscarte, te lo juro, pero sabía que volverías. Sabía que cambiarías».

«Ya, claro, claro que sí» rezongó Silvana con ironía.

«Yo sabía que no eras humana, siempre lo he sabido...».

«No lo sabía ni mi madre, ¿cómo lo ibas a saber tú?».

Silvana le escupió las palabras y Bosco se tragó las suyas y se rascó la cicatriz de la ceja mientras decidía si le hablaría de aquel porqué que le reconcomía el pecho. Quizá que Silvana no lo recordase era lo mejor, su mente no era un lugar seguro para los secretos.

El lobo negro recordó su primer encuentro con la Suma Sacerdotisa y la profecía sobre la noche en la que había tomado la luna de plata con Silvana.

«Mira, Sil. Contestaré todas las preguntas que me hagas cuando seas capaz de cerrarte y guardar las respuestas para ti sola».

«Pues ayúdame a hacerlo. ¡Dime lo que tengo que hacer y lo haré! Yo tampoco quiero que mi abuelo vea...».

Silvana no terminó la frase, aunque Bosco volvió a ser testigo involuntario del sueño. Había sido tan intenso que el mero recuerdo de aquellos ojos ambarinos perdiéndose entre sus piernas, aceleraba el corazón y la respiración de la loba. Parecía tan real, había sido muy especial.

«Era un sueño. La realidad es muchísimo mejor» intentó bromear Bosco.

El tiro le salió por la culata y la réplica de Silvana le estalló en la cara.

«Yo no sé si la realidad es mejor» le fulminó la loba, volviendo a sacar los dientes. «A mí nunca se me ha acercado nadie tanto y cuando yo he intentado acercarme, me han rechazado y se me han quitado las ganas... ¡Tú no sabes lo que es eso, Bosco! ¡No tienes ni idea!».

«Ya te he dicho que lo siento. No puedo hacer más, de momento, pero espero que me creas y que comprendas que tú y yo cerramos el lazo porque escuchamos a tu abuelo decir que te sacaría de Fronda y ninguno de los dos queríamos que nos separasen... Si tú me hubieses marcado cuando te lo pedí, mi *zanna*, no habría habido nadie más después».

La loba se sentó sobre sus cuartos traseros como si Bosco le hubiese abofeteado.

«No intentes que me sienta culpable de que tú hayas sido libre y yo no...».

«Sil, centrémonos en desatar un nudo cada vez. Olvida el lazo, ahora tienes que aprender a cerrarte y si nos llevará un par de horas o un par de días, no lo sé. Necesitas focalizar en algo sencillo, para dejarme fuera. Así aprendí yo, ya verás, prueba a repetir sin cesar una palabra o alguna

—¿Estás aprendiendo a cerrarte con trifelios? —bostezó Olmo.

«No sabemos qué es eso» contestó Bosco por Silvana, temiendo que si la loba abandonaba su bucle, caería la pequeña barrera que había conseguido levantar y Olmo lo descubriría todo.

El abuelo acarició las orejas de Silvana y sonrió.

—Los trifelios son palabras que al repetir las se convierten en otras. Mi nieta está utilizando uno de mis trifelios favoritos: una monja jamona. Me encanta imaginarla, pero Silvana, querida. Podrías cambiar ya de palabrita, por favor. Elige otro trifelio que hay muchos: lobo, sopa, mago, carro... Me vas a volver majareta si tengo que escucharte pensar en monjas y jamones todo el día.

«Podemos turnarnos para hablar con ella» se ofreció Bosco, viendo el cielo abierto. «Vamos, Olmo. Déjame que haga algo útil, déjame que la ayude a cerrarse y aguante yo solo sus... trifelios. Puedes confiar en mí, no voy a hacer ni decir nada que tú no quieras que haga o diga, ¿lo recuerdas? Para eso me has ungido y por eso te dejé que lo hicieras, porque quiero que te fíes de mí otra vez, de corazón».

Olmo observaba al lobo negro con sospecha, tanta amabilidad y solicitud le escamaba. El estómago de Silvana rugió y su abuelo claudicó:

—Está bien, cachorros. Voy a la gasolinera del otro lado de la autopista, a ver si tienen café y algún bollo que podemos echarnos al buche... No tardaré mucho.

En cuanto Olmo salió de la habitación y se alejó hacia el coche, el lobo negro saltó sobre la cama y aterrizó como humano junto a Silvana.

—Olmo no tiene tanta paciencia como yo creía —dijo el chico entre carcajadas—. Yo llevo toda la mañana aguantando que me eches la «bronca» por «cabrón», pero él no ha podido soportar tu jamón más de tres minutos.

«¿De qué iba eso de que mi abuelo te ha ungido?» le preguntó Silvana, olvidándose de la monja jamona. Odiaba cuando el abuelo y Bosco hablaban en clave con términos *mannaro* que ella no entendía.

Bosco se lo explicó, perdiendo la sonrisa:

—Anoche, mientras dormías, tu abuelo y yo salimos a la luz de la luna y me ató en corto, de verdad. Me untó con sangre de su dedo índice: aquí, aquí y aquí. —Bosco se tocó la frente, los labios y el corazón—. Olmo me ha

ungido hasta la próxima luna nueva y no puedo ofenderle de pensamiento, palabra o sentimiento. No puedo hacer ni decir nada que le ofenda... Y si me da una orden, tengo que acatarla.

«¿Por qué has hecho eso?».

—Ya me has oído, Sil, quiero que confiéis en mí. Haré lo que haga falta, haré todo lo que queráis que haga.

La loba gris seguía dolida y muy enfadada con él, pero al mismo tiempo estaba deseando tocarle, poder abrazarle y sentirle. No había dejado de quererle por mucho que le odiase y sabía que eso se debía a la magia del beso de sangre, lo que la enfurecía aún más. Sobre todo porque estaba deseando besarle de verdad y no solo en sueños.

Bosco sonrió.

—Si pudiera besarte ahora, mi *zanna*. Lo haría —murmuró Bosco, quebrando la voz a mitad de la frase y posando su frente humana sobre la lobuna de Silvana.

«No quiero que me beses» le dijo la loba apartándose y girando la cabeza a un lado para no verle.

—Estás mintiendo, Sil. Sé exactamente lo que quieres que te haga y por dónde quieres que empiece a hacerlo. El Sil lleva el agua y el Miño la fama, siempre las matas a la chita callando...

«Cabroncabroncabroncabroncabroncabroncabroncabroncabronca...».

—Eso no te va a salvar, por mí puedes seguir así todo el tiempo, pero ten piedad y cambia de palabra. —Sonrió Bosco, mordiéndose el labio inferior y regalándole la imagen mental de una novicia vestida con un ligero rojo y tacones de aguja—. A mí también me gustan más las monjas jamonas.

«Estás enfermo» replicó la loba perdiendo la concentración. En su mente, la monja empezaba a desabotonarse el hábito y sus rasgos se tornaban muy familiares, tan familiares como si Silvana se estuviera mirando en el espejo del techo.

La monja imaginaria se desabrochó el sostén rojo, con un guiño pícaro y Bosco le sopló a Silvana entre las orejas.

La loba se levantó sobre sus patas, la visión de la monja desapareció y ella dejó de sentir a Bosco.

—¡Lo has hecho, Sil! ¡Estoy fuera! Sabía que si te cabreaba lo suficiente,

lo conseguirías.

Bosco intentó abrazarla y la loba gris le amenazó con un profundo gruñido de advertencia, mostrándole los colmillos.

Silvana gruñía y Bosco sonreía. Los dos eran dientes y ojos dorados.

—No pensarás morderme, ¿verdad, mi *zanna*? —le preguntó Bosco, aunque sabía bien que eso era exactamente lo que pensaba hacer la loba gris.

Silvana quería clavarle los dientes y que Bosco se callase de una vez. Quería devolverle físicamente parte del daño que le había hecho. Quería decirle que se apartase, pero no sabía cómo retomar la comunicación y no sabía cómo conectar con él por voluntad propia, así que se concentró e imaginó que salía de su cuerpo para entrar en el de Bosco. Entonces, sintió un impulso, un tirón, un hormigueo de las patas a la lengua... y pudo hablar.

—Bájate de mi cama —exigió Silvana con voz humana, alto y claro a pesar de que le dolía la piel como si acabara de darse una ducha de lava.

—Oblígame. Muérdeme ahora si quieres —le incitó Bosco, con media sonrisa congelada en los labios. Inhaló profundamente, cerrando los ojos y susurró—: *Mmm*, Canedo, qué bien hueles.

Silvana se contuvo las ganas de abofetearle, al menos hasta que Bosco abriese los ojos.

Segundos después él la miró, con sus pupilas ambarinas encendidas por el deseo latente.

—Qué bonita eres, mi *zanna*.

Los dos eran humanos, los dos estaban desnudos y arrodillados en el colchón, el uno frente al otro, con sus labios a un paso.

Silvana estaba hecha una furia, sonrojada por la rabia y el dolor del cambio.

Bosco se la comía con los ojos y su sonrisa se le estiraba despacio hacia las orejas, como si el lobo negro estuviese a punto de salirse por la boca.

Silvana tanteó las sábanas para taparse, pero Bosco estaba encima y no las soltaba. Negó con la cabeza y chascó la lengua, divertido.

—No necesitas las sábanas, mi *zanna*. No tienes nada de lo que avergonzarte, tienes que verte, verte como yo te veo. Estás preciosa, eres preciosa y siempre lo has sido... —Bosco se puso de pie y le tendió la mano—. Ven, vamos al espejo del baño.

Silvana le dio la espalda. Toda la rabia se había esfumado, comida por la vergüenza y el deseo que le despertaba aquella mirada de Bosco Montenegro.

Él insistió.

—Nuestra manada se reúne para correr muy a menudo. Cuando recuperamos la forma humana, siempre estamos desnudos. Tienes que acostumbrarte a ello, es lo normal... Anda, ven. —Bosco le cogió la mano y se pusieron en pie—. Tranquila, voy a mantener mi mirada fija en la tuya. Te lo prometo.

Entraron juntos en el baño. La pared en la que estaba el inodoro tenía un enorme espejo en lugar de azulejos y en éste se reflejaban la ducha y el lavabo.

Bosco enfrentó a Silvana al espejo y se puso a su espalda, mirándola a los ojos a través del reflejo.

—Déjame que te enseñe cómo eres ahora. No necesitabas la ropa siendo loba y siendo humana tampoco la necesitas. —Bosco le acarició el pelo y con una mano le recogió la melena en la nuca, para susurrarle al oído—: Tienes la loba gris bajo la piel, por eso no sientes frío, Silvana. Por eso, cuando te toco así...

Silvana contuvo la respiración y Bosco paseó la uña de su dedo índice por el costado derecho de la joven, desde la axila hasta el hueso de la cadera.

—Cuando te arañó y veo que tu piel se eriza, Silvana, sé que no es porque tengas frío.

La uña de Bosco recorrió el camino inverso y se desvió a la altura de las costillas, subiendo por el esternón.

Los pechos de la chica eran pequeños y turgentes, su piel inmaculada y tersa, distinta de como había sido antes.

Bosco le acarició la clavícula y al llegar al hombro le hincó las uñas en la carne, sacándole un pequeño gemido de sorpresa y una punzada de dolor, al tiempo que volvía a susurrarle al oído, esta vez dejando que sus labios rozasen el lóbulo:

—Mira, mi *zanna*. Cicatrizamos mucho más rápido de lo normal. ¿Ves esta pequeña gota de sangre? —Bosco puso su boca sobre el arañazo y repasó la herida con la lengua—. Con mi saliva, dentro de unos minutos ya no tendrás nada, ni siquiera la costra.

Silvana le cogió por el pelo con las manos y se giró para besarle.

Bosco se apartó y hundió su mentón en el cuello de ella, aspirando con fuerza y masticando las palabras.

—Tu abuelo me ha marcado bien los límites, Sil. No puedo hacer mucho más de lo que ya hemos hecho, porque él no quiere que lo haga.

—Entonces lo haré yo —decidió Silvana.

Sus manos subieron por el pecho de Bosco, le cogieron la mandíbula e intentó besarle.

Bosco cerró los labios con fuerza y se revolvió.

—Me estás torturando, Canedo —gimoteó—. No puedo hacerte daño, ni quiero, pero tú a mí sí y, si sigues así, el influjo de la sangre de tu abuelo va a obligarme a que me pegue de cabezazos contra la pared.

Bosco la cogió por las muñecas, pero Silvana también era fuerte y se revolvió, empotrándole contra la pared del espejo. Bosco consiguió girarla como en un paso de danza y, sin soltarle las muñecas, la atrapó por la espalda con un abrazo largo e intenso.

Silvana volvió a verse en el espejo. Sus ojos también estaban encendidos en ámbar y el destello no se apagaba, se incrementaba cada vez que respiraba el aroma de Bosco. La piel de Bosco estaba completamente pegada a su propia piel y olía demasiado bien, con un aroma fuerte y agri dulce.

—Estás almizclando, Silvana. Lo que hueles en mí es tu propio olor, me estás incitando a...

Olmo carraspeó y la pareja se giró a la vez.

El abuelo de Silvana acababa de entrar por la puerta y traía en las manos un par de bolsas de magdalenas y un termo de café.

—Más vale que te duches, cachorro —le dijo a Bosco, quitándose las gafas de sol y taladrándole con sus ojos ambarinos—. Y no te lo estoy pidiendo.

Olmo Canedo se sentó a los pies de la cama y sacó un par de vasos de plástico de una de las bolsas, sirviéndose una taza de café caliente.

—El hombre de la gasolinera también ha sido muy obediente y muy amable, me ha regalado su termo —ironizó Olmo, dando unas palmaditas en el colchón para indicarle a su nieta que se sentase a su lado.

Silvana obedeció, se enrolló una toalla alrededor del cuerpo y salió del

baño para explicarle a su abuelo que no había pasado nada.

Olmo estaba tranquilo, sabía que no iba a pasar nada hasta que él no liberase a Bosco de la unción y eso no pensaba hacerlo.

Bosco se metió en la ducha y abrió el grifo del agua fría.

Silvana se sentó junto a su abuelo y cogió la magdalena que Olmo le ofrecía, sin mediar palabra y pensando sin parar en un gato romano con toga:

«Gatogatogatogatoga...».

El viejo la miraba de reojo, comiéndose la magdalena muy despacio, con pequeños mordiscos que iba mojando en su café humeante.

—Me alegra que hayas recuperado tu forma humana y no hace falta que sigas con los trifelios ahora, mi niña —le aseguró Olmo, sirviéndole un vaso de café—. No pienso meterme en tus pensamientos. Ahora podemos hablar y a mí no me hace falta ver más, que hoy ya he visto bastante... Y no creas que te estoy juzgando, porque entiendo perfectamente lo difícil que debe ser esto para ti... Me refiero al amarre: tu cabeza sabe que ese cachorro sarnoso te la jugó, pero tu corazón te dice que él es lo único que quieres con toda tu alma, ¿verdad, mi niña? Y esas dos órdenes se encuentran a medio camino, justo aquí. —Olmo se llevó una mano a la garganta—. Por eso sientes que te ahogas y por eso tenemos que romper ese lazo vuestro antes de que la luna cambie... Tienes que ser fuerte, Silvana.

La chica miró su vaso de café, confesando lo que en verdad deseaba.

—¿Y si no quiero romper el amarre, abuelo? ¿Y si prefiero marcar a Bosco con mi sangre y completar el vínculo, como hicisteis tú y la abuela?

Olmo masticó su magdalena con lentitud, calibrando la respuesta.

El joven Montenegro era problemático, impetuoso y un bocazas. Se parecía demasiado a su antiguo yo y su antiguo yo le había traído muchos problemas, demasiados enemigos en las tres manadas.

Bosco había superado la leyenda negra de Olmo Canedo con creces, repitiendo la hazaña al enfrentarse a los deseos de los alfa. En cuanto se supiese que el pequeño de los Montenegro había marcado a la única hembra fértil de las manadas, todos pedirían su cabeza.

El viejo omega se tragó la magdalena, miró a su nieta a los ojos y dijo:

—NO.

Olmo no dijo nada más y no dijo por qué. Empezó a mojar otra

magdalena, hundiendo sus ojos azules y sus pensamientos oscuros en el café, pero Silvana no lo dejó estar tan fácilmente.

—¿Por qué no, abuelo? ¿Por qué lo que es bueno para ti no lo es para mí?
Olmo inspiró despacio, llenándose los pulmones de aire paciente.

—Tampoco es bueno para mí y para tu abuela mucho menos, Silvana... No me gusta hablar de esto, pero te lo voy a explicar para ver si así consigo que te entre algo de razón en esa cabecita loca tuya. —Olmo acarició la cara de su nieta y continuó—: Los machos no solemos vivir tanto como las hembras, por eso en el pueblo hay tantas viudas. Me gustaría pensar que cuando yo muera, tu abuela podría ser una de esas viudas, que ella cuidará de ti y de tus hijos, pero no es cierto. Cuando yo muera, tu abuela morirá conmigo. Su corazón morirá de pena y dejará de latir... —Olmo volvió a llevarse las manos a la garganta, como si tratase de ahogarse a sí mismo—. Este lazo aprieta fuerte, mi niña. Hace años que Olivia y yo nos vimos obligados a cerrarlo, pero ahora corren otros tiempos y yo no quiero esto para ti.

En ese momento, Bosco salió del baño, completamente empapado, y se acercó a la cama bajo la atenta mirada del omega.

—Sil, ¿me dejas la toalla, por favor? —carraspeó el joven—. Es la única que hay seca.

La chica le tendió la toalla y abrió su maleta, buscando algo de ropa que ponerse.

—Será mejor que te pongas algo que no te importe quemar, mi niña —le aconsejó Olmo, encendiendo la televisión—. Es muy probable que todavía te salga la loba un par de veces más, antes de que puedas controlar el cambio.

Pasaron el día encerrados en aquel cuarto, contándole a Silvana cómo había cambiado Fronda.

La manada estaba formada por más de cien lobos, en su mayoría hombres. Las mujeres eran todas mayores de setenta, siendo Olmo uno de los pocos ancianos que quedaban vivos.

En Fronda había casi mil habitantes, un humano por cada lobo del concejo, aproximadamente, de modo que todos estaban de un modo u otro emparentados con un *mannaro* y conocían el secreto, pero no podían

llevárselo fuera de Fronda, estaban ungidos y lo olvidaban; tampoco podían contárselo a ningún extraño, la lengua se les hinchaba hasta asfixiarles o se la mordían a cada letra.

La sangre o la falta de oxígeno les hacían recordar que era mejor callarse.

Silvana entendía por qué se había formado ese revuelo con su cambio. Hacía muchos años que solo nacían *mannaro* varones y se habían visto obligados a mezclarse con las mujeres humanas de Fronda para evitar la extinción. Cuando nacía una niña, nunca cambiaba.

Silvana estaba fascinada y aterrada con las historias, estuvo escuchando leyendas todo el día y cuando llegó la hora de dormir, convenció a Olmo y a Bosco de que ella haría el primer turno de vigilancia.

En cuanto el viejo se durmió, Bosco se tumbó en la cama junto a Silvana y continuó contándole los secretos de Fronda, para mantenerla despierta.

Le contó que el pueblo estaba protegido por cientos de hilos de magia ancestral, hechizos y rezos que se renovaban cada noche, tan rápido como una araña teje su tela.

La Gran tejedora era la Magna Umbra. La Suma Sacerdotisa manejaba los hilos del destino del concejo, extendiendo su telaraña de protección desde el corazón de la villa hasta las montañas que la circundaban.

Silvana escuchaba embelesada cómo la Suma Sacerdotisa vigilaba los temblores en la teluria mística y les protegía de las amenazas, sin poner jamás un pie fuera de su cueva. Vivía escondida en las profundidades de las cavernas que cruzaban Fronda de lado a lado.

Bosco le explicó en susurros que la Magna Umbra era el espíritu protector del concejo y también una *mannaro*. Era, además, la última hembra que había nacido en la manada, sin contar a la propia Silvana.

—Si mi abuela hubiera sabido que esa niña era la última loba de Fronda, jamás la habría elegido para convertirse en la Suma Sacerdotisa —le dijo Bosco, bajando aún más el tono—. El año que la vieja Magna le pidió a la alfa un vástago que la sucediese, había más de diez candidatas y todas tenían más de sesenta años, todas menos... —Bosco carraspeó, miró a Olmo que parecía seguir durmiendo y agregó—: Bueno, menos esa niña.

—¿Y por qué la eligió a ella?

La voz de Olmo contestó por él:

—Porque era mi hija.

Capítulo VII

LA SANGRE DEL LOBO OMEGA

«El amor es un alma que habita en dos cuerpos; un corazón que habita en dos almas».

Aristóteles



1953, sábado 21 de marzo.
Luna de lanten, creciente.

Desde el tejado de la casona de los Montenegro, la luna de marzo se veía gibosa y anaranjada, presagiando un futuro dorado para la nueva alfa del concejo.

Melisa Montenegro había salido victoriosa de la pugna por la sucesión, venciendo en la lucha a siete hembras y dos machos durante la ceremonia del novilunio.

No había tenido tiempo de celebrarlo porque los ancianos, cumpliendo la tradición, le habían obligado a permanecer una semana en la cueva de la Magna Umbra, escuchando las profecías que regirían su mandato.

En cuanto fue libre de poner un pie en el bosque, Melisa les pidió a sus dos mejores amigos que se encontrasen con ella en el tejado de su casa para tomar la luna y celebrar la victoria.

Trepó por los ladrillos y la escalerilla de la torre, saltó al tejadillo y comprobó que no había sido la primera en llegar a la cita.

Un hombre rubio y muy apuesto, de unos treinta años, le esperaba vestido tan solo con una sonrisa gamberra. Sus ojos azules relampaguearon de emoción al ver aparecer a Melisa tras la sombra de la chimenea.

—Aposté por ti, Melisa. Sabía que lo conseguirías.

Los dos se abrazaron con efusividad y la hembra alfa empezó a desnudarse allí mismo, entre los brazos de su amigo, hasta que nada se interpuso entre su piel y la de él.

—Yo también aposté por mí. Y también has ganado: si quieres, te dejo ser mi beta.

—He ganado algo más que eso —apostilló Olmo Canedo y señaló el punto

entre las tejas donde había escondido una botella de sidra y una bolsa de plástico, que contenía algunas flores añiles y secas—. Lo de que aposté por ti iba en serio, ahí están mis ganancias.

—¿Tienes sugándara azul? —le urgió Melisa, deshaciendo el abrazo y acercándose a las hierbas para comprobar que era cierto. Levantó la bolsita hacia la luna y la inspeccionó—. ¿De dónde la has sacado?

—¿Me lo estás preguntando tú o me lo está preguntando la nueva alfa? —se defendió Olmo, con una carcajada—. No pienso entregarte al estraperlista que nos ha donado, tan generosamente, ese pedazo de cielo. No vas a lincharle delante de toda la manada para dar ejemplo, Melisa.

La sugándara azul era difícil de encontrar. Era de la familia de las petrocotis, peculiares y escasas. Lo más parecido a la sugándara era una variedad que crecía salvaje tan solo en un par de lugares del mundo. Uno de esos emplazamientos especiales les quedaba cerca, en la zona del Bierzo, entre las piedras calizas de los muros derruidos del castillo de Cornatel.

Olmo temía que le hubiesen engañado con esas flores en lugar de entregarle la sugándara real, no tenía modo de distinguir la diferencia, tendría que probar si funcionaban.

Para los humanos, las flores añiles de la sugándara resultaba altamente tóxicas; para los *mannaro* era una droga espiritual, prohibida por sus peligrosos efectos y por ser tremendamente adictiva. Su uso prologado llevaba a la locura o a la muerte.

—No vamos a probar ese veneno azul, olvídale —sentenció Melisa volviendo a dejar la bolsita de sugándara entre las tejas.

—Ahora sí que hablas como la alfa, ¿no? —suspiró Olmo y se sentó en el tejado exagerando un mohín de decepción que consiguió hacer reír a su amiga—. Ya nada va a ser igual, has estropeado toda la diversión entre nosotros.

Melisa Montenegro se sentó junto a Olmo Canedo y le puso la mano en el muslo.

—Mi ascenso no va a cambiar absolutamente nada entre nosotros, te lo prometo... Voy a seguir cuidando de ti, como he hecho siempre, empezando por evitar que te vuelvas majareta fumando esa basura.

—A tus órdenes, majestad —bromeó Olmo, poniéndose en pie—, pero

déjame al menos el honor de llenar tu vaso.

Olmo descorchó la botella de sidra y la sujetó con los dedos índice, corazón y anular por la parte del cuerpo y con el meñique por la base. Escanció el líquido dorado en el vaso y se lo ofreció a la alfa.

—¿Qué sientes al tener todo un pueblo a tus pies?

Melisa bebió la sidra de un trago y contestó sin remilgos:

—No sé qué parte del pueblo tengo a mis pies, a mí me parece que lo llevo entero en los hombros.

—No seas negativa.

Olmo cogió otro vaso para beber él, pero Melisa le ofreció el suyo.

—Podemos beber del mismo vaso, ya te he dicho que somos iguales y no se me van a subir los humos. Nunca te voy a hablar como la alfa.

Olmo aceptó la promesa y el vaso, se sirvió otro tragó y lo apuró con una sonrisa.

—No me importa que se te suban los humos, para eso he traído la sugándara.

—No insistas, es peligroso y seguro que a Olivia tampoco le parece una buena idea.

—¿Qué es lo que no me va a parecer una buena idea? —Los rizos dorados de Olivia Martos asomaron por el borde del tejado y sus ojos pardos miraron a Olmo con reproche—. ¿Qué estás tramando, Canedo?

Olivia también estaba desnuda. Se había retrasado persiguiendo una liebre y llegaba bastante enfadada porque, después de darle caza durante más de una hora, su loba rojiza se había quedado con las ganas de atrapar la presa.

Olivia Martos pasaba más tiempo como loba que como humana. No había vuelto a tomar la luna como humana con sus amigos desde los once años, porque desde el cambio, para ella esconder el lobo suponía una tortura continua.

Melisa cogió uno de los vasos limpios y se lo dio a Olmo, para que le escanciase un trago a la recién llegada.

—Este loco nos ha traído sugándara —explicó Melisa en cuanto su amiga estuvo sentada a su lado.

—¡No me lo creo! —bufó Olivia.

Olmo les sonrió desvergonzado como respuesta y se sentó entre ellas.

Olivia le propinó un manotazo en el cogote.

—Eres idiota, Canedo. Ni sueñes en fumarte eso, es muy peligroso.

—¿Ves? —incidió Melisa con una carcajada.

Olmo hizo caso omiso de las advertencias, pasó un brazo detrás del cuello de sus dos amigas y las atrajo hacia él.

—Solo se vive una vez, —les susurró—, ¿por qué conformarnos con ser solo quienes somos si podemos ser mucho más, aunque solo sea por una noche? ¡Solo una noche, queridas! Es todo lo que os pido.

—No —repuso Olivia al instante.

Melisa no dijo nada.

—¿Es miedo lo que huelo? —insistió Olmo.

—Sabes que no —convino Melisa—, yo no le temo a nadie, ni a nada.

Era cierto. Su padre le había enseñado valentía a base de golpes y con un último empujón le había obligado a entrar en la competición para suceder a la hembra alfa, la tía de Olmo.

Melisa había sido duramente entrenada durante toda su vida para recuperar el liderazgo que su padre no había conseguido arrebatarse a Rocío Canedo.

Que Olmo, siendo el favorito y uno de los únicos tres machos jóvenes de la manada, no se hubiera presentado como candidato, había supuesto un enorme revuelo en el concejo y una inmensa decepción para los Canedo.

Todos le llamaron cobarde, pero Olmo salió al paso de las acusaciones aduciendo que no pensaba luchar contra sus primas; en realidad lo hizo por Melisa.

Él sabía mejor que nadie cuánto necesitaba su amiga esa corona, lo que no sabía era lo que le pesaba a Melisa sobre la cabeza.

Durante aquella semana, la Magna Umbra le había dicho muchas cosas a la joven Montenegro. Cosas que Melisa ni podía, ni quería creer. Las funestas predicciones le partían el alma y pensaba enfrentarse a ellas con garras y colmillos, igual que había luchado para ganarse su puesto como alfa. Un puesto que, en el fondo de su corazón, no deseaba.

Olmo Canedo atisbó la duda en los ojos verdosos de la alfa, comprendió que había llegado el momento de jugar su mejor carta y se puso en pie.

—¿Dónde vas? —preguntó Melisa, cogiéndole la mano, temerosa de que su amigo pretendiese fumarse aquellas hierbas él solo—. Espera, que yo

todavía me lo estoy pensando.

—Lo sé —replicó Olmo—, por eso voy a hacer que te decidas.

Olmo se acercó a la chimenea y sacó la bolsa que había escondido colgándola en el hueco. La desató con cuidado y la dejó a los pies de la alfa.

—¿Qué es eso? —preguntó Melisa.

La curiosidad le mordía los labios y la alfa no pudo contener un suspiro fascinado cuando Olmo desenvolvió la tela y una jaula de cobre brilló a la luz de la luna. Había tres lechuzas presas en su interior y las tres ulularon lastimeras, Olmo se llevó un dedo a los labios y los pájaros callaron.

—¿Qué me dices ahora? —inquirió el joven poniendo una dócil lechuza en las manos de Melisa.

—Yo primero —contestó ella.

Olmo exhaló una carcajada de júbilo, tomó de la jaula una segunda lechuza y se la ofreció a su otra amiga.

Olivia no podía apartar sus ojos soñadores de las pupilas obnubiladas del pájaro. No había nada en el mundo que Olivia disfrutara más que correr. Era su pasión, ya fuese sobre el manto del bosque alfombrado de helechos y musgo o sobre el asfalto caliente de las carreteras al sol. Nada le hacía más feliz que la sensación de cortar los vientos con su cabeza de loba, excepto quizá, pensó, volar con alas propias en aquel cielo estrellado.

—Sabes que quieres hacerlo —le instigó Olmo.

—Y tú sabes que no deberíamos —repuso Olivia, aunque sus manos aceptaron prestas el pájaro y acariciaron las plumas espesas y suaves, con sumo cuidado.

—¿Quién dice que no deberíamos? —contrarrestó Olmo—. La hembra alfa nos da su permiso y su bendición, ¿verdad?

Melisa asintió, Olivia le vio hacerlo por el rabillo del ojo y suspiró:

—¿Y las lechuzas? ¿Ellas también nos dan su permiso?

Olmo cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, incómodo.

—¿Quieres que se lo pregunte? —rezongó.

—Tú puedes hacerlo, así que hazlo —dijo Olivia, autoritaria y resuelta. De los tres, ella solía ser la voz de la razón, Olmo el frenesí y Melisa la fuerza.

Olmo Canedo sacó la última lechuza de la jaula y enfrentó su mirada. Los ojos del *mannaro* destellaron preternaturales y su reflejo cárabe consumió las

pupilas del ave rapaz, dos discos de obsidiana completamente eclipsados por la mirada dominante de Olmo.

—No llego hasta ella —explicó éste—, no hay comunicación. No puede pensar con claridad, aunque le libere del hechizo que la domestica, porque el miedo le paraliza. Puede oler lo que soy y sabe que hay un lobo hambriento bajo de mi piel de hombre.

Olivia no necesitó escuchar nada más, a pesar de que la curiosidad le atenazaba los dedos y sentía la necesidad de volar libre lejos del aquel tejado, miró la cara en forma de corazón blanco del animal que aferraba en sus manos y lo dejó aletear y escapar hacia el cielo.

—Yo no voy —zanjó, limpiándose las manos en las tejas como si aún pudiera sentir el miedo de la pequeña rapaz adherido a sus uñas.

Se sirvió un vaso de sidra para aplacar la sed del conocimiento que había dejado pasar y esperó en vano a que sus amigos siguieran su ejemplo.

La sombra de la lechuza libre cruzó la luna sobre sus cabezas y la duda atravesó las pupilas encendidas de Olmo.

—Creo que empastar con ellas —acució éste— no les importará. No hace falta que tomemos sus cuerpos por completo, podemos volar como equipaje extra.

—¿Tú lo has hecho alguna vez? —preguntó Melisa—. Porque yo no tengo ni idea de cómo empastar.

—Y yo tampoco —confesó Olmo—, por eso he traído la sugándara. Se supone que estas flores nos sacarán de nuestros cuerpos y entraremos en los de las lechuzas. Cuando toquemos su alma, será como afinar las cuerdas de un arpa. La vibración se acompañará con nuestros latidos y su música será la nuestra.

Melisa frunció el ceño.

—No te entiendo una mierda, Olmo —le gruñó.

—Digo que empastar es fácil, eso sabremos cómo hacerlo. Nos acoplaremos a la psique de estos pájaros y volaremos en piloto automático... Si quisiéramos cabalgar sus almas y tomar las riendas de sus alas, eso sería mucho más difícil. No creo que nos saliese a la primera.

—Habla por ti, Canedo —resolvió Melisa, desafiante y añadió con una sonrisa mordaz—. No puedes... ni soñar con lo que yo soy capaz de hacer.

Olmo sofocó una respuesta y observó a Melisa con recelo. Cuando estaba a punto de preguntar por el tono de retranca con el que la hembra alfa había imbuido sus palabras y le había restregado aquella extraña coletilla del sueño en la frase, Olivia dio una palmada que resonó igual que el timbre de un ring y terminó el asalto.

—¿Os estáis escuchando? —les recriminó Olivia airada—. Aún no lo habéis hecho y ya sonáis como si fuerais a repetirlo muy pronto, como si esto también fuese otra de vuestras estúpidas competiciones: primero quién corre más rápido, después quién mea más terreno y ahora quién vuela más alto. Sois imposibles.

Melisa y Olmo gruñeron al unísono. Olivia siguió soltando una ristra de objeciones que ninguno de sus amigos escuchó porque los dos habían empezado a comunicarse telepáticamente, dejándola fuera de la conversación y de una reñida competición dialéctica, una vez más.

—Haced lo que queráis —se rindió Olivia—. No me voy ahora mismo porque os quiero y me preocupa que vuestros culos endiosados se caigan del tejado mientras estáis en trance, solo por eso.

—Gracias, primor —adujo Olmo, socarrón.

El joven no tardó en liar un cigarrillo de sugándara entre sus dedos y se lo brindó a Hécate primero y después a su alfa, con una media sonrisa conciliadora y locuaz. Había enrollado el fino papel y pegado el cilindro con saliva de la punta de su lengua, sin dejar de mirar a Melisa, con ojos feroces y hambrientos, mientras lo hacía. Su mirada pasaba del azul zafiro al dorado en intervalos y el iris verde de la hembra alfa también centelleaba en respuesta al deseo.

—Dame candela —apremió Melisa.

Olmo le puso el cigarrillo entre los labios y acarició su mentón con cariño, sensualmente. Después, encendió una cerilla y prendió la sugándara azul para ella.

El olor a azufre azucarado del fósforo en combustión se disipó bajo el fuerte aroma de la sugándara prendida.

Era una esencia cremosa y apetecible, sinestésica. Cada uno de los tres la percibió de un modo distinto: para Melisa fue el crepitar dulce de la madera en la chimenea del cuarto de sus abuelos, para Olivia era el bosque azul en verano después de una lluvia nocturna, para Olmo aquella nube de humo

sabía igual que la risa de su madre cuando masticaban juntos hojas de menta.

Melisa aspiró profundamente, tomando una primera calada a pulmón, y consumió de una tacada más de la mitad del pitillo y la totalidad de su propia sombra, que se despegó del suelo y le entró por los poros de los pies, tan fácilmente como poco después le saldría por la boca.

Melisa creyó que iba a toser, pero no lo hizo. Lo que se agitaba en sus pulmones era la loba negra pugnando por aullar, encogiéndose primero y al momento doblando su tamaño para soltar las amarras de todas sus venas a la vez, volviéndose intangible e imparable.

La hembra alfa exhaló y sus amigos observaron atónitos lo que parecía ser un lobo de humo y tiniebla saliendo por la boca de Melisa y entrando por el pico de la lechuza, la que la joven seguía apretando en sus manos.

Los dedos de Melisa se relajaron y su cuerpo cayó hacia atrás.

Olmo salvó la oscura cabeza de su amiga de darse un buen golpe contra las tejas y lo hizo en el mismo instante en el que la lechuza echaba a volar hacia la luna naranja, llevándose consigo el espíritu de Melisa Montenegro.

Una segunda lechuza alzó el vuelo poco después, con el alma de Olmo Canedo asomada a sus ojos.

Olivia se quedó en el tejado, cuidando de los cuerpos inconscientes de sus amigos y temiendo por su vida y su cordura.

Olmo sentía las garras del ave rapaz rasgando el viento, reales como sus propios dedos que ya no apreciaba como suyos. La lechuza se elevó en el cielo con un pesado primer batir de alas, aunque enseguida alcanzó gran velocidad e inició un vuelo ondulante y acrobático, jactancioso y presumido como el propio Olmo, deleitando a su compañero de viaje.

La luz de la luna gibosa era cuanto necesitaban las aves para cruzar la bóveda celeste dominando el valle y cada detalle bajo sus alas. Los picos de Europa parecían arrogantes titanes de granito, con collares de niebla y faldas verdosas llenas de lentejuelas, eso le parecían a Olmo las pequeñas luces de los coches en los caminos y los pueblos acurrucados entre los montes.

Los gigantes de paredes grises y umbra verde estaban partidos por profundos barrancos, crestas calizas y abruptos desfiladeros excavados por los ríos y por los esclavos íberos, que buscaron oro bajo el mandato de emperadores romanos mucho antes de que León tuviera reyes y Castilla

leyes.

Era una tierra minera desde antiguo codiciada, rica heredera de los favores auríferos de las ninfas de montes y aguas. Un paraíso terrenal en el que Olmo se sentía dueño del abismo.

Se apropió con una mirada de toda su amada tierra, de cada vía del tren, de todas las carreteras y de los túneles que horadan la verticalidad caliza de las montañas, de los secos páramos leoneses y de las brumosas ondulaciones asturianas, esplendorosamente verdes incluso bajo la luz de la luna.

Sus sentidos de rapaz le avisaban de que en la espesura se ocultaban corzos, venados, jabalíes, osos pardos, lobos y otras criaturas de menor tamaño que hacían rugir sus tripas de anhelo por lanzarse en picado hacia su caza.

Regresaron hacia uno de los pueblos de la superficie de Fronda y descendieron tanto sobre los tejados que Olmo pudo sentir el calor que escapaba de las chimeneas humeantes. Comprendió que al animal no le gustaba el frío de aquella noche de marzo, ni internarse demasiado en las montañas y decidió que era el momento de dejarlo marchar y regresar a su cuerpo, aunque no sabía bien cómo hacerlo.

Llevaban volando en soledad casi una hora cuando otra lechuza les dio alcance, volando a su alrededor y obligándoles a virar hacia las tierras que tomaría el embalse.

Para Olmo Canedo era doloroso ver ese nuevo y extraño paisaje, anegado por las aguas del río.

El embalse del río Luna se inauguraría en menos de tres años y terminaría de tragarse dieciséis pueblos, entre ellos el que había visto crecer a Olmo, el mismo pueblo que Olmo vería morir bajo la corriente de la presa con los ojos ahogados en lágrimas.

Era una cuestión de honor y respeto. Como sus patas lobunas no podrían recorrer más sus amadas tierras, tampoco quería sobrevolarlas. Quería que el recuerdo de lo que había sido perdurase sobre lo que era y se resistió con todas sus fuerzas.

Olmo Canedo sintió el alma de la lechuza temblar bajo el férreo abrazo de su mente, igual que si hubiera tirado del freno de seguridad de un tren; al mismo tiempo, descarrilaron sus pensamientos y parte de sus recuerdos se volcaron en la mente del ave, que emitió aterrorizada un silbido agudo.

Olmo tomó el control y giró en redondo, de vuelta a la casona de los Montenegro.

La lechuza que volaba a su lado ululó ufana, como Melisa le habría aullado a la luna de haber estado dentro de su propio cuerpo. El ave profirió varios reclamos festivos chascando el pico.

«Sabía que podías hacerlo, Canedo».

Olmo gruñó, pero de su pico únicamente brotó una serie de ronquidos cortos.

«Oh, vamos. No me digas que no te gusta» le recriminó Melisa en tono jocoso. «Esto ha sido idea tuya».

«Dijimos que no cabalgaríamos sus almas» le espetó Olmo.

«No. Tú dijiste que no sabríamos cómo hacerlo» le corrigió Melisa. «Pero te equivocabas y ha sido muy fácil, incluso para ti. Eres un macho de gran valía, Olmo. Eres un guerrero excepcional».

Ningún elogio curaría el dolor que traspasaba el alma de Olmo. Se sentía traicionado y le costaba creer lo que había visto. Melisa sabía lo que él sentiría al sobrevolar las tierras inundadas, y lo había llevado hacia allí de todos modos, a propósito, como un perro pastor dominaría un rebaño. De un modo maquiavélico, ella le había provocado para que tomase el control de su pájaro y por mucho que Melisa se esforzase en negarlo, se parecía cada vez más a su padre.

La hembra alfa se había pasado años renegando de su herencia, pero estaba usando los mismos métodos aciagos con los que los Montenegro criaban a sus hijos, con la excusa de endurecer su espíritu y hacerles fuertes, aguerridos luchadores.

El asedio del entrenamiento abarcaba todos los planos. Unos meses antes, Melisa les había confesado a Olmo y a Olivia que por las noches tenía unas pesadillas horribles y que creía que era su propio padre el que se las provocaba. Semanas después, ella aún no había conseguido dominar los sueños y no quería ni hablar del tema.

«No puedes ni soñar con lo que yo soy capaz de hacer».

Olmo recordó la mofa de las palabras que la hembra alfa le había arrojado a la cara aquella misma noche. Él llevaba toda la semana teniendo sueños húmedos con Melisa y en ese momento dio por hecho que no habían sido

solo sueños, seguramente se trataba de astrales.

Aquella era una práctica onírica que requería una singular destreza para doblegar la psique y la voluntad propia y ajena. No todos los *mannaro* eran capaces de entrar en los vastos dominios de los sueños de otros como si fuesen el jardín de su señorío, lo que al parecer no suponía un gran esfuerzo para la nueva alfa.

Olmo se revolvió dentro de la mente de la lechuza, pugnando por despertar, pero cada vez que cerraba y abría los ojos seguía viendo los bosques azules bajo sus alas, la luna dorada y apetitosa sobre su cabeza y a su lado seguía Melisa Montenegro cabalgando el alma de una lechuza.

La alfa le provocaba con acrobacias y le retaba cayendo en picado sobre él, viraba a segundos del impacto de sus cuerpos y le acariciaba levemente con las alas.

Olmo se abandonó a la sensación indómita del vuelo y las dos lechuzas tomaron la noche entre sus garras. Se acercaron a algunos pueblos de Fronda para asomarse a sus ventanas iluminadas y sobrevolaron al ras del agua la corriente del río hasta llegar al sabinar de Mirantes de Luna.

El paraje robaba el aliento incluso de noche. Las montañas calizas se alzaban suntuosas, moteadas del verdor cónico de las sabinas y la belleza de los tomillares tras las primeras flores de marzo.

«¡Te echo una carrera hasta la ermita!» le increpó Melisa. «¡Gana el primero que se pose en la última ventana de la espadaña!».

La espadaña de la iglesia de Mirantes de Luna estaba construida en piedra y su cúspide, de forma piramidal, era atravesada por tres vanos dispuestos en un triángulo isósceles, siendo el más pequeño el de la punta superior.

Las dos lechuzas alzaron su silencioso vuelo a la par. Melisa decidió alcanzar mayor altura mientras Olmo fue salvando las copas de las sabinas y ganó velocidad con una corriente de aire afortunada. Fue el primero en acercarse al enorme tejo que crecía frente a la ermita y, cuando se sentía vencedor, Melisa le cayó encima desde el cielo.

Olmo se aferró a las ramas de la copa del tejo y Melisa cayó al suelo. Unos segundos después, él observaba impotente cómo su compañera se erguía despacio, levantaba nuevamente el vuelo y, errática con un aleteo torpe, alcanzaba la cumbre de la espadaña para posarse en el último vano, triunfante.

«¿Cuánto tiempo crees que tardará en pasarse el efecto de la sugándara?» inquirió Olmo.

Si Melisa hubiese podido reír, se le habría desencajado el pico por la fuerza de una carcajada, en su lugar hizo reverberar un castañeteo agitado.

«Olmo, querido, la sugándara no te retiene en ese cuerpecito. Eres tú el que se aferra a su carne, como si fuera tuya. Yo estoy todo el rato dentro y fuera, como en los sueños, es mucho más divertido... Pero si tú te quieres despertar, abre los ojos».

Olmo Canedo intentó regresar a su cuerpo, sin conseguirlo. Pestañeó cientos de veces, pero seguía viendo la lechuza de Melisa en lo alto de la ermita. En el suelo, la sombra de la espadaña parecía una calavera invertida, los dos ojos huecos y la nariz ocupada por la silueta de la lechuza y una sombra aún más oscura sobre ésta, la de la conciencia de la altiva hembra alfa.

«Pícate en las garras, hazte suficiente daño y, si quieres, despertarás» le aconsejó Melisa, condescendiente.

Olmo chascó el pico con desprecio.

«No pienso hacerle daño a este pobre pájaro».

«¿Crees que tu lechuza te perdonaría la vida si fueses un ratón?» se rio Melisa. «Si no tienes agallas, puedo bajar hasta ahí yo misma y sacarte un ojo a picotazos».

La broma sonó tan afilada que Olmo sintió el pinchazo real de la burla en sus oídos, hizo acopio de todas sus fuerzas y se esforzó en salir fuera de ese cuerpo. Lejos del penetrante olor del tomillo de los campos a su alrededor, él se concentró en recrear otro aroma, familiar y reconfortante, el del clavo y la canela de la colonia de Olivia Martos.

Olmo luchó por perseguir la esencia, se ancló a ella en su memoria y la buscó en el aire con los ojos cerrados. Poco a poco, fue entrando en un estado de trance y asomatognosia. No se sentía dentro de la lechuza, aunque tampoco dentro de su propio cuerpo.

No sentía más que el peso liviano de su alma al abrigo de la noche de marzo. Se vio como una cometa de luz, se hizo dueño del cordel y tiró de él hasta hacerse caer dentro de sí.

El viaje fue vertiginoso.

La sombra de Olmo se despegó de la sombra del ave rapaz y regresó a su cuerpo, aterrizando en el tejado de la casona de los Montenegro y cubriendo la extensa distancia en apenas un segundo.

Olmo sintió su espalda sobre las tejas, bañada en sudor frío.

Una mano amiga le acariciaba la cabeza.

—¿Estás bien? —susurró Olivia.

—Me gustaría decir que sí —carraspeó el joven y, al abrir los ojos, le recibieron las estrellas quintuplicadas por brillos fantasmales, provocados por una jaqueca aguda—. La verdad es que creo que estoy en mitad de la peor resaca de mi vida... Gracias por no recibirme a gritos.

—¿Sí? Te mereces que te aülle al oído —arguyó Olivia, sin verdadera intención de cumplir su amenaza, aunque se acercó a él hasta quedar frente a frente.

—Tú nunca me harías eso —adujo Olmo.

Él estaba tumbado boca arriba, ella recostada a su lado, inclinada hacia su cuerpo.

Tan cerca de ella, mirándose en sus ojos pardos, Olmo dejó de ver su reflejo y vio a Olivia por primera vez, tal y como era ella en realidad: una belleza sutil y salvaje. Apreció cada detalle de su aniñado rostro y la voluptuosidad de sus curvas de mujer. Veneró el brillo que la luna le arrancaba a su melena de trigo y la perfección afable de su sonrisa lobuna. Se humedeció los labios, tragó saliva y agregó:

—Tú nunca me harías daño aposta, ¿verdad, mi *zanna*?

Olivia no tuvo oportunidad de contestar, Olmo ya sabía la respuesta y la tomó de sus labios entreabiertos.

El beso fue magnético, al roce de los labios le siguió el del resto de su piel. Rodaron por el tejado, tanteando el límite de las tejas y sus cuerpos. Cuando Olmo estaba entre las piernas de Olivia, dispuesto a cruzar la última frontera, Olivia le frenó:

—Sabes que no podemos hacer esto sin ella —le susurró.

«¿Por qué?» repuso Olmo, hastiado, sin molestarse en dejar de morderle aquel delicioso cuello para formar palabras.

—Porque lo prometimos —dijo Olivia, apartándole dulce y firmemente—. Somos un triángulo equilátero, ¿recuerdas?

Los ojos de Olmo brillaron fieros.

—Está bien —claudicó, pero enseguida añadió con una sonrisa canalla—: No romperemos ninguna promesa si nos tumbamos junto a Melisa y yo acaricio su cuerpo dormido mientras nosotros...

—No lo dices en serio —le cortó Olivia, estupefacta.

Olmo se echó a reír, se incorporó y buscó el tabaco junto a la chimenea.

—Solo era una idea —dijo encogiéndose de hombros y encendiéndose un pitillo.

—Una idea tan buena como conseguir sugándara azul —volvió a regañarle Olivia—. Ya hemos tenido suficientes ideas tuyas por esta noche. Y prométeme que no volverás a fumar esa cosa, por favor.

—Eso es fácil —aseguró Olmo, apoyándose en la chimenea con una mano y oteando el horizonte—. No pienso volver a probar esas puñeteras flores azules en toda mi vida.

Olivia resopló aliviada y estuvieron callados un par de minutos. A menudo corrían juntos por el bosque y cuando descansaban compartían un silencio cómodo y elocuente, sin necesidad de palabras o pensamientos, sencillamente sabían. Aquel era uno de esos momentos hasta que ella no pudo resistirse más y preguntó:

—¿Tan malo ha sido?

Olmo caminó hasta Olivia, se sentó a su lado y le ofreció el pitillo, aunque sabía que ella lo rechazaría.

—No ha sido malo —le explicó—, ha sido increíble, demasiado increíble. Es un poder... no tengo palabras para empezar a explicártelo, pero cuando estaba fuera de mí, una parte quería soltarse del todo, ¿me entiendes? Comprendo que esté prohibido, supongo que muchos no regresan.

—O no vuelven a ser jamás quienes eran —musitó Olivia y su mirada se perdió en la luna.

Olmo tomó de su mente un recuerdo fugaz, antes de que ella se cerrase por completo. En una habitación húmeda y oscura, había un hombre postrado en una cama. Por la altura desde la que Olivia lo miraba, ella debía ser una niña.

El hombre se veía tranquilo, parecía dormido y respiraba con sosiego. Uno a uno, la niña fue viendo cómo sus primos se despedían de él hasta que le llegó el turno a ella y lo besó en la frente. La piel del hombre estaba caliente,

aunque perlada de un sudor frío que desprendía un aroma afrutado.

—Perdona, mi *zanna* —se disculpó Olmo mientras le pasaba un brazo por la espalda para estrecharla contra él.

—No es culpa tuya —contestó Olivia y apoyó la cabeza en el hombro de Olmo—. De hecho, gracias a ti por fin lo he entendido, porque nadie nos lo quiso decir entonces.

—¿De verdad crees que eso fue lo que dejó catatónico a tu tío Remus? ¿La sugándara?

—No lo sé, Olmo, pero es muy posible. Llevo pensándolo desde que os habéis ido. Mira el cuerpo de Melisa, huélelo... Tú también tienes el mismo olor, incluso en tu aliento, y es idéntico al que yo recuerdo.

Olmo besó la frente de Olivia y después la punta de su nariz, pero no bajó hasta su boca.

—¿Qué te parece si nos vamos del tejado y corremos un poco? —sugirió en lugar de besarla, aunque se moría de ganas por hacerlo—. Me encargaré de bajar a Melisa.

Olivia sonrió.

—No hace falta, ya viene —le dijo y su mano temblorosa señaló la lechuza que se acercaba a ellos, desde la línea del horizonte, a toda velocidad.

No hubo tiempo para que Olivia y Olmo reaccionaran.

La lechuza se lanzó en picado contra la chimenea y parpadeó justo un segundo antes de estrellarse contra los ladrillos con un estrépito seco.

Melisa Montenegro abrió los ojos y gateó por el tejado hasta llegar al cuerpo magullado de la lechuza.

El golpe había sido devastador. Melisa cogió el pájaro y acarició aquella pequeña cara blanca acorazonada. Sabía que la cabeza de la lechuza sería capaz de girar ciento ochenta grados, así que la hizo girar trescientos sesenta.

—¿Estás bien? —Olmo acababa de alcanzar a la hembra alfa y llegó justo a tiempo de escuchar el chasquido del cuello roto entre sus manos.

—No he podido evitarlo —dijo Melisa, apesadumbrada—. Ha sido un accidente, no podía dejar que siguiese sufriendo.

Olivia también se había acercado y le quitó el pájaro de las manos,

tratándolo con el mismo cuidado con el que lo había acariciado en vida.

—Pobre animal —susurró Olivia, metiendo el cadáver en la jaula y tapándolo con la bolsa—. Ha sido una locura, podríais haberos hecho daño.

—Solo perdí el control al final —se defendió Melisa.

—Pero lo perdiste —le reiteró Olivia—, eso es lo importante. Podrías haberte estrellado contra la chimenea y...

—Y no le habría pasado nada —terció Olmo, cruzándose de brazos detrás de las dos hembras—. Si el animal muere, se puede cabalgar un cuerpo muerto, ¿verdad, Melisa?

Ella se mordió el labio inferior. Su mente estaba cerrada, impermeable a cada acometida de Olmo.

—Supongo que sí.

—No lo supones, lo sabes —gruñó Olmo y sus pupilas relucieron ambarinas—. Antes, cuando me has tirado al tejo y tú te has caído al suelo... Esa lechuza ya estaba muerta cuando la has hecho volar hasta lo alto de la ermita, ¿verdad?

Melisa se giró, desafiante, con los puños apretados y los ojos encendidos.

—Tú has traído la sugándara —aclaró la alfa— y yo no te he castigado por ello. Es más, la he probado por ti, para no dejarte volar solo, a pesar de que tenía muy claro desde que he entrado en ese pájaro que después tendría que matarlo.

—¿Por qué? —preguntó Olivia, horrorizada.

—Porque llevaba mi impronta —respondió Melisa, sin dejar de mirar a Olmo.

Él asintió, a regañadientes. El viejo lobo al que le había ganado la sugándara también le había advertido de ese efecto secundario en el anfitrión, algo insignificante a ojos del joven Canedo.

Toda posesión, por fugaz que fuese, dejaba una impronta en el anfitrión, una huella indeleble de la memoria del invasor en la mente del cuerpo tomado.

—No importa si se empasta o si se cabalga el alma —prosiguió Melisa—, si entras en otro cuerpo, dejas una parte de ti al salir. Es así. —La hembra alfa atisbó la botella de sidra junto a la chimenea y bebió de ella hasta vaciarla, después buscó las palabras que necesitaba—: He hecho lo que debía hacer y

me da igual lo que penséis de mí, solo era una lechuza. No puedo dejar que un pájaro vaya volando por ahí con una parte de nuestros secretos en su cabeza. Ahora soy la alfa, sé todo lo que hay que saber de nosotros y también de lo que vendrá. La Magna Umbra me ha contado cosas que me gustaría no haber oído nunca. Yo tengo que protegeros a todos y tendré que traer carne para la luna del cazador, humanos con almas corruptas.

Melisa observó a Olivia y olisqueó en su dirección. Aquella noche no había sangre en su cuerpo, pero la chica cazaba a menudo y Melisa se estaba hartando de aquella templanza santurróna viniendo de una depredadora nata.

—Y deja de mirarme así, Olivia —resolvió Melisa. Sus ojos verdes dentelleaban con la ira contenida del reproche.—. Tú siempre estás cazando gazapos.

—Yo me como lo que cazo —objetó Olivia.

—Un oso se come lo que caza —replicó la alfa—, un oso ataca al rebaño y mata a una sola oveja. Los lobos acaban con todas y después comen, es el frenesí de la caza.

Olivia no se amilanó.

—No somos ferales —le increpó, alzando la barbilla y la voz—, somos *mannaro*. Nosotros somos justos, no matamos indiscriminadamente.

—Quizá deberíamos —sentenció Melisa—. Quizá si luchásemos en lugar de escondernos, no nos estaríamos extinguiendo.

Olmo aplaudió y dejó que supurase la herida que llevaba años abierta en su pecho.

—Y eso lo dices ahora que ya hemos dejado que el hombre inunde nuestras tierras. ¡Yo lo he perdido todo!

La hembra alfa se encaró con el macho y señaló hacia la única casa cercana, más allá de las cuadras y los gallineros.

—He construido una casa junto a la mía para tu familia, Olmo, en las tierras de mis ancestros; son también tuyas. Es una zona telúrica que te protegerá por siempre y bendecirá a tu prole... A nuestros hijos, si tú quieres.

Las últimas palabras se perdieron en un murmullo, Olmo abrazó a Melisa y ella se dejó abrazar. Con un gesto, él le pidió a Olivia que se uniera y los tres se aferraron entre sí.

—Hay una cosa que no entiendo —susurró Olmo—. Si la lechuza ya

estaba muerta y podías haber regresado en cualquier momento, ¿por qué has montado esa escenita de la chimenea? ¿Y por qué has sido tan zorra conmigo en el tejo?

Melisa les miró conteniendo las lágrimas en el dique de sus pestañas.

—Porque tengo que hacerlo, tengo que ser así y demostrarlo. Soy la alfa, tengo que ser dura, enseñar a la manada el camino a seguir y marcarlo a fuego.

Olmo sonrió y la besó despacio, frenando su discurso.

—Con nosotros solo tienes que ser tú —le dijo entre los labios—, pero me gusta la idea de que marques el camino.

Olmo tiró de ella y, sin dejar de reírse, la besó de nuevo y después besó a Olivia. Los tres juntaron sus bocas como tantas otras veces, luchando con la nariz para ganar terreno, mordiéndose y lamiéndose entre risas, que se fueron apagando a medida que se encendía el deseo.

Sus lobos estaban a flor de piel, enrojeciéndola y volviendo cada caricia la promesa de un placer sublime

Llevaban desde enero sin poder yacer juntos en su particular tango para tres. Febrero era el mes fértil y había sido un mes difícil desde los primeros días.

Rocío Canedo, la que había sido hembra alfa durante los últimos sesenta años, había fallecido en la madrugada del ocho de febrero y la lucha por la sucesión había empezado casi al mismo tiempo.

Una semana después, celebraron la Lupercalia. Olivia jamás participaba en esos ritos, pero Olmo se vio obligado por su familia y Melisa no perdió su oportunidad.

Cuando él se quitó su máscara de tigre albino y la tigresa que había encontrado en las termas hizo lo propio, el destino desveló lo que sus corazones ya sabían.

Melisa había querido quedarse encinta esa misma noche, en las tinieblas de esas aguas calientes bajo la luz del oro de duende, rodeados del amor de otra veintena de *mannaro* en celo, pero Olmo le había convencido de abstenerse porque no era prudente entrar en la lucha por la sucesión estando embarazada.

Olmo Canedo siempre había sabido que Melisa Montenegro sería su

pareja más afín para la cría, pero no quería perder a Olivia, a ninguna de las dos en realidad.

Él era el centro de sus caricias, el rey de sus manos, el dios de su sexo. Erguido sobre las tejas, viendo cómo las dos mujeres más bellas de toda la manada se besaban y besaban su pecho, se sentía el lobo más afortunado y poderoso de todo Fronda.

Sin dejar de comerse a besos, Melisa y Olivia se arrodillaron a los pies del macho y le tomaron con sus bocas.

Olmo tuvo que contenerse para no sucumbir a un intenso orgasmo bajo aquellas dos lenguas de fuego. Apartó a Melisa, la levantó en el aire y la sentó en sus hombros, enfrentándose voraz al vértice de su entrepierna.

La veleta del tejado dejó de ser el punto más alto de la torre en favor del cuerpo de la hembra alfa, que clavó los ojos amarillos en la luna y los dedos en la cabeza del macho que la devoraba.

Olivia esperaba su turno paciente y generosa, como tantas otras veces, deleitándose en el macho, centrada en su placer.

Melisa alcanzó el clímax y Olmo estuvo a punto de dejarse llevar al mismo tiempo, pero la hembra alfa era poderosa y le frenó con una orden mental.

«Espera. Lo quiero dentro mí, Canedo. Bájame».

Olmo obedeció.

En cuanto Melisa estuvo de pie, le pidió a Olivia que se tumbase boca arriba sobre las tejas.

«Él es mío» sentenció Melisa. «Y tú también».

Los ojos de la hembra alfa refulgían fieros e implacables.

Olivia giró la cabeza y le mostró la yugular. Después se abrió para la alfa, ayudada por las caricias exigentes de esta, y dejó que Melisa besase su interior con labios hambrientos.

La hembra alfa mantuvo la cabeza entre las piernas de Olivia y arqueó la espalda dispuesta, ofreciéndose a Olmo. El macho no tardó en acudir al reclamo oscilante de aquellas caderas.

La luna roja brillaba concupiscente en las pupilas de Olivia Martos, que estaban fijas en los ojos ambarinos de Olmo. Él no dejaba de mirarla mientras entraba en Melisa; quería llegar a Olivia, aunque fuera a través del cuerpo de

la alfa. Cada embestida dentro de Melisa, desencadenaba una nueva oleada de placer entre las piernas de Olivia y él sonreía, sabiéndose la fuente del temblor de su piel.

La energía pasaba de Olmo a Melisa y de Melisa a Olivia, electrificando la mirada que esta última compartía con Olmo.

Olivia levantó una mano en el aire y una de las manos de Olmo abandonó las caderas de la alfa para aferrarse a aquellos dedos libres que ofrecían más de lo que tomaban, que siempre le ayudaban a levantarse, que comprendían.

Todo el calor de sus cuerpos se concentró en el roce de sus manos, las sentían en llamas, como la muerte de una estrella.

Melisa pudo sentir el orgasmo de Olivia bajo su lengua. La alfa estaba ebria de placer, era poderosa como nunca antes y fue consciente de cada célula de su ser y de todo cuanto tocaba su cuerpo y su sombra, sentía como propios los latidos atropellados de Olivia mientras esta abandonaba la cresta de la ola de fuego que había tomado su cuerpo y, al mismo tiempo, Melisa se vio atrapada en la marea que subía para Olmo. Su mente ardía partida en tres, alcanzó el éxtasis y supo que podía llegar aún más lejos. La sugándara había abierto una nueva puerta en su percepción y la usó para salir de sí misma e internarse en la mente de Olmo, empastando con él.

La conexión duró solo un instante, un segundo devastador. En la mente de Olmo solo había espacio para su deseo hacia Olivia, la hembra que no podría tener si se enlazaba con la alfa.

Melisa lo sintió y también percibió la intensidad del contacto de las manos de Olmo y Olivia. Las vio unidas en el aire y el dolor traspasó su alma, devolviendo a la alfa a su cuerpo en el mismo momento en el que Olmo se vaciaba dentro de ella.

—Esta ha sido la última vez —gruñó Melisa y aquella fue, sin duda, la voz de la hembra alfa.



1953, lunes 30 de marzo.
Luna de lanten, plenilunio.

La luz del crepúsculo no distinguía entre perro y lobo en el pico del Cirbanal, a dos mil setenta y siete metros de altitud. Rodeado de montes verdosos y gigantes de caliza gris con cabezas nevadas, la cumbre parecía emerger de un mar de nubes blancas y en cielo cobrizo y añil les esperaba la luna llena.

Todos los *mannaro* de las tres manadas, más de medio millar de lobos, se habían reunido entre las peñas para la ceremonia e iban tomando posiciones en las rocas, atendiendo a su posición social. Habían tomado la cresta de la montaña, salvando los neveros y con cuidado de no caer en las torcas y dolinas que sembraban el ascenso de sumideros naturales.

La nueva alfa del concejo ibérico había prometido que el plenilunio dorado sería el símbolo de un nuevo comienzo y traería el nacimiento de un mayor números de varones a las manadas.

Durante las últimas centurias, debido quizá al influjo de alguna maldición, muchas de las hembras habían perdido su fertilidad antes de tiempo. Apenas nacían niños y ninguna de las tres sacerdotisas parecía dar con el remedio para evitar la extinción o la endogamia, siendo esta última una mala solución que desembocaría en una agonía genética de malformaciones.

Muchos *mannaro* proponían la mezcla de sangre con la raza humana, como vía de evolución y adaptación a aquellos tiempos salvajes, pero a la gran mayoría le parecía una aberración.

Requería ritos específicos de fertilización, sortilegios complejos que no garantizaban que aquellos hijos que los *mannaro* pudieran tener con los humanos fueran a convertirse también en *mannaro* al llegar a la pubertad.

Sin embargo, una nueva era despuntaba en el horizonte junto con la luna

de oro. Así lo había profetizado la Magna Sacerdotisa de Fronda y Melisa Montenegro, en su nombre, había dado instrucciones muy precisas de cómo debía realizarse la ceremonia de fertilidad bajo la luna de marzo.

En los riscos más altos del pico, las dos hembras alfa de las manadas rumana e italiana custodiaban al macho, sentadas en sus cuartos traseros e inmóviles, como dos gárgolas lupinas.

Olmo Canedo estaba sentado en la base de cemento del vértice geodésico que marcaba el Cirbanal sobre los Cascaros, unas enormes piedras bastante deterioradas.

Para Olmo aquel pilar ya no era un mero aparejo de cartografía, lo sentía en su espalda como la amenaza de una picota romana, dispuesta para el sacrificio de los reos.

Melisa Montenegro permanecía de pie a su lado, desnuda e imponente, esperando a que la luna llena alcanzase el punto más propicio en el firmamento para iniciar el primero de los dos rituales que tenían planeados, el del triple enlace.

Melisa había recogido su larga melena oscura en una trenza y la había peinado de modo que le rodease la cabeza como una tiara.

—Hécate, tus hijos te saludan —resolvió la alfa ibérica con porte regio, alzando la voz y una mano hacia el cielo púrpura.

Todos los lobos bajaron la cabeza sumisos, menos las otras dos alfa y el macho que había sido elegido para unirse a aquellas tres poderosas hembras.

Olmo permaneció sentado, con la mirada perdida en el firmamento. Ni siquiera reaccionó cuando Melisa le acarició la cabeza y le pidió que se pusiese en pie, como su igual.

El macho apretó los dientes y se mantuvo arrodillado.

—Te he dicho que te levantes —repitió Melisa.

—No —bramó Olmo y, en lugar de ponerse en pie, se transformó.

El lobo gris le aulló a la luna y reclamó el derecho al desafío.

—¿Ahora quieres medir fuerzas conmigo, Canedo? —susurró Melisa—. Tuviste tu oportunidad, no seas necio.

El lobo gris le mostró los dientes y se relamió fiero. Se arrepentía de no haber participado en la sucesión unas semanas antes. Nunca sabría si habría ganado entonces, de haberse enfrentado a Melisa en la ceremonia del

novilunio, pero estaba dispuesto a luchar en ese momento si con ello se libraba del triple enlace que le obligaban a sellar con su sangre.

Rebelarse era su única opción, si Olmo vencía a Melisa y se convertía en alfa, podía anular el compromiso y designar otro macho para el ritual. Sabía que los pocos *mannaro* fértiles que había a su alrededor le obedecerían de buen grado, estarían más que dispuestos porque las alfa eran hembras de gran valía, atractivas y poderosas. Eso a él ya no le importaba si significaba que perdería a Olivia. Compartir lecho y corona con las tres reinas era su pesadilla, Olivia era la única hembra que le importaba.

Olmo volvió a gruñir y lanzó una tarascada fiera hacia la alfa española, mordiendo el aire en lugar de aquel brazo que se apartó ágil y le devolvió una bofetada.

El golpe de la hembra le hizo girar el hocico, pero el macho no se amedrentó y volvió a aullar.

Melisa Montenegro gruñó en respuesta. No podía mostrar debilidad y no podía echarse atrás. Sonrió con el dolor asomado a sus ojos verdes y la loba negra le salió entera por la boca, cayendo frente a Olmo en una explosión de cenizas para buscar su cuello con los colmillos.

La lucha fue feroz.

La sangre de los dos lobos se mezclaba con la tierra y la aguanieve del pico, formando oscuros lagos de barro.

Sus cuerpos se revolcaban bajo la luna, buscando la muerte del otro o su rendición.

Melisa Montenegro luchaba por honor y venganza.

Olmo Canedo luchaba por amor. La vida de Olivia estaba enlazada a la suya. Si él caía, morirían los dos.

Sin embargo, la alfa no buscaba cobrarse la vida de aquel cachorro de los ojos azules que había crecido con ella, seguía apostando por ganarse su corazón, aunque tuviera que doblegarlo con magia.

Si la hembra alfa hubiese sabido entonces que ya había perdido esa batalla, no habría dudado en destripar a Olmo en ese mismo instante.

Siguieron luchando y cuando el giro decisivo de su último baile puso las patas de Melisa Montenegro sobre el pecho de Olmo Canedo, sus dientes le marcaron la garganta y Melisa recuperó su forma humana.

—Debería matarte —bramó, de rodillas sobre el pecho del macho.

Olmo se transformó en humano.

Sus cuerpos se veían encarnados por el baño de sangre, rojos como la luna que ascendía en el cielo.

Olmo Canedo apenas conseguía respirar. Las manos poderosas de Melisa Montenegro se aferraban a su cuello y le nublaban la vista por la falta de oxígeno.

Ella se mantuvo a horcajadas sobre el corazón que tanto deseaba poseer. Dentro de su cabeza, la mayoría de los lobos le pedían que ejecutase al traidor, pero no era así como Melisa pensaba dar inicio a su reinado. No traería muerte, si no vida.

Apenas quedaban machos en los tres concejos, tenía que anteponer el futuro de las manadas a su venganza. La ceremonia del triple enlace debía seguir adelante y Olmo seguía siendo un macho de gran valía, incluso derrotado.

—Te perdono la vida —sentenció Melisa, acallando todas las voces.

—Promételo —recalcó Olmo, atragantándose con su saliva y reprimiendo la sonrisa de satisfacción que pugnaba por aflorar entre sus dientes ensangrentados—. Si lo prometes como alfa, me someteré a ti y jamás volveré a desafiarte.

Melisa Montenegro se puso en pie y elevó la voz.

—¡Te perdono la vida, Canedo! —proclamó. Él sonrió con el alma en los labios. Melisa malinterpretó aquella sonrisa y continuó—: ¡Que prosiga el ritual del triple enlace! ¡Me acojo al derecho de pernada!

El derecho de pernada, en la tradición de los *mannaro*, en vez de reclamar la virginidad del esposado, tomaba sus noches fértiles durante la luna de febrero hasta conseguir la primera cría.

Así, Olmo Canedo se uniría de por vida a las tres hembras alfa y viviría un año con cada una de ellas. Compartiría el liderazgo de los concejos, fecundaría sus tres vientres y viviría errante entre España, Italia y Rumanía

Embriagada por la emoción del éxito tras la batalla, Melisa Montenegro se mordió el dedo corazón y marcó los labios de Olmo con las tres caras de Hécate, el poder de la triple luna.

La espesa sangre de Melisa se volvió agua rosada, una caricia de acuarela

que besaba la piel de Olmo, escurría por su barbilla y se filtraba en la tierra sin dejar huella.

Hasta tres veces se repitió el ritual, sin conseguir que la marca prevaleciese.

«Es inútil, hermana» intercedió la voz de la loba alfa de los Cárpatos, que abandonó su montículo de un salto y chascó la lengua, con desagrado. «¿No lo entiendes? Ese macho ya está marcado».

Olmo se arrodilló ante Melisa y bajó la cabeza en señal de respeto, tal y como le había prometido.

«Eres mi reina» aseveró Olmo. «Pero no eres mi ama. Mi voluntad no te pertenece y, aunque me lo arranques del pecho, mi corazón tampoco».

Arrancarle el corazón era exactamente lo que Melisa Montenegro deseaba hacer en ese instante. Quería convertirlo en cenizas entre sus dedos y robarle su último latido, pero había dado su palabra y no podía apaciguar su sed de sangre en aquel momento.

—Te arrepentirás —rugió la alfa ibérica escupiendo su saliva sobre el rostro del macho.

Melisa se desgarró la yema del dedo índice sin vacilar y dibujó una cuádruple Hécate menguante en la frente de Olmo.

La piel del joven burbujeó como si se quemase con ácido y absorbió la sangre.

Melisa Montenegro pronunció su mandato despacio, deleitándose:

—Todos te dirán lo que tienes que hacer, Olmo Canedo. Yo soy la alfa y tú serás el omega... Tu voluntad no vale nada.

Capítulo VIII

REGRESO A FRONDA

«Era una región de caos y luz de luna, y a ella le gustaba estar allí».

Anais Nin



2007, domingo 7 de octubre.
Luna de frutas, menguante.

El viejo lobo gris se había quedado dormido con las primeras luces del alba, poco después de contarles a su nieta y al cachorro Montenegro cómo él y Olivia se habían convertido en los omega, la misma noche en que los tres concejos llevaron a cabo el rito de fertilidad que cambió el destino de las manadas.

Bosco conocía la historia de labios de su propia abuela, pero en muchos detalles le resultaba distinta y se preguntaba cuál de las dos familias mentía o si aquella era una de esas ocasiones en las que la misma situación se convertía en dos recuerdos diferentes.

Era extraño.

Una parte de los recuerdos de Olmo no encajaba en absoluto con lo que le había contado Melisa. Era un detalle nimio, en apariencia trivial, pero con una relevancia inconmensurable.

Bosco no podía dejar de pensar en ello, aunque no le había dicho nada al viejo omega y se guardaba la duda para sí.

Aquella diferencia en el modo de contar lo ocurrido no solo le desconcertaba, también le había dado una buena idea para evitar tener que romper el amarre con Silvana, aunque Bosco temía que el resultado pudiera ser aún peor que la separación. Malograr el ritual podría traer consecuencias nefastas en el futuro de ambos, repercusiones que no era capaz siquiera de imaginar.

Se concentró en los recuerdos que Olmo les había transmitido mentalmente y buscó aquel momento que podría cambiar sus destinos.

El viejo omega les había contado cómo las tres alfa habían atrapado la luna roja en el fondo de un caldero, hundiendo el reflejo de Hécate en agua

hirviente de los tres manantiales, en las aguas bravas que nacían en las entrañas de los tres pueblos hermanos.

Bajo la luz del plenilunio rojo y con sus cuerpos humanos desnudos, las tres hembras alfa habían entonado cánticos y bailado alrededor del caldero al son de la dulce música de los aullidos de los lobos de los tres concejos.

El caldero bullía en el centro de un triángulo equilátero y las tres alfa fueron llamando a sus *mannaro* de tres en tres, uno por cada manada, para echar su sangre en el crisol de la luna llena.

Olivia y Olmo fueron los últimos en acudir al caldero y Melisa les recibió con una sonrisa lobuna, hueca y aterradora.

Les trató con extrema frialdad, les cortó con un puñal de plata en el pulgar y dejó caer la sangre de los Canedo en el caldero, con un mohín de desagrado.

Bosco veía en su mente la escena, una y otra vez. No cuadraba con la versión de su abuela y no solo era extraño, era inquietante.

El joven lobo sabía que el pulgar no se utilizaba en los ritos *mannaro*, porque no pertenecía al lobo.

Los lobos no tenían pulgar. Ese dedo tenía su propio pulso y era el del corazón humano.

Bosco estaba seguro de que su abuela le había contado la historia de manera diferente. Le había dicho que ella misma había tenido que cortar a todos los lobos del concejo de Fronda en el dedo corazón, atándoles unos a otros al mezclar su sangre en el crisol del plenilunio.

Estaba sumido en esos pensamientos oscuros, cuando percibió que Silvana también se quedaba dormida.

Ella aún no había aprendido a cerrarse, así que se subió a la cama, se tumbó al lado de aquella preciosa mujer y le acarició el rostro para despertarla.

—Puede que este sea el último día que pasamos juntos, Sil —le susurró.

Silvana se desperezó, angustiada.

—¿Qué quieres decir con eso?

Bosco leyó sus pensamientos fácilmente y una parte de él se alegró de que Silvana temiese por su vida.

—No creo que mi castigo vaya a ser tan duro —le tranquilizó Bosco—.

Nuestra manada no me va a matar... Eso espero, aunque es muy probable que mi hermano se convierta en el próximo alfa y puede que me marque igual que mi abuela marcó a tu abuelo, pero no me matará.

—¿Te refieres a la marca del omega?

—Sí.

—Pero... ¿y si tu hermano no gana la sucesión? ¿Y si gana otro? —inquirió Silvana esperanzada.

Bosco no contestó y ofuscó sus pensamientos.

Silvana distinguió el destello del miedo en sus ojos y dejó que su corazón hablase por ella:

—Vámonos ahora mismo, Bosco. Tú y yo.

Nada más dejar que el audaz deseo abandonase sus labios, se arrepintió de haberlo dicho. No podía abandonar a sus abuelos, su corazón estaba desgarrado y sus almas enfrentadas. La loba de sombra quería huir; la de fuego, luchar.

Bosco sonrió, consciente de la pugna en su espíritu. Le habría gustado poder besarla, pero no podía y se conformó con besarse las yemas de los labios y posarlas después en los de Silvana.

—No podemos irnos, mi *zanna*. Tú en verdad no quieres y yo no puedo desobedecer a Olmo, ya lo sabes. Ni siquiera puedo permitir que intentes escapar... Y no seré libre de la voluntad de tu abuelo hasta que cambie la luna. Eso será dentro de cuatro noches.

—Nos iremos entonces —arguyó la chica—. Nos llevaremos a mis abuelos con nosotros. Encontraremos el modo...

—Es muy probable que mañana Olmo me obligue a romper nuestro lazo, Sil... Y créeme, cuando eso pase, tú no querrás fugarte conmigo, ni siquiera creo que soportes tenerme cerca.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente —intentó bromear Silvana.

Bosco palideció, enterrando el dolor que sentía y dejando que el secreto que le había guardado a Silvana celosamente saliese a la luz.

—Para romper el lazo, debo volver a marcarte con mi sangre. Volveré a besarte... —Bosco se tragó las ganas de hacerlo en ese instante y le quemaron la garganta. Los susurros le dejaban la boca seca y el trago fue amargo—. Ese beso de sangre que me obligarán a darte, debe hacerse bajo la

luna menguante. —Él cerró los ojos, incapaz de mirarla y confesó—: No solo vas a dejar de quererme, mi *zanna*, ten por seguro que me vas a odiar.

A media mañana, Olmo Canedo se despertó olisqueando el aroma del café caliente.

Bosco había salido con los pantalones del pijama de Silvana y una camiseta que no le cubría el ombligo, pero había sobrevivido al ridículo y traía el termo a rebotar y una nueva bolsa con bollería.

Sirvió el café en tres vasos y puso uno en las manos de Olmo, junto con una magdalena.

—Vaya, cachorro. Nunca pensé que viviría para ver a un Montenegro sirviendo al lobo omega —bromeó Olmo.

Bosco alzó su vaso y se lo brindó con media sonrisa.

—A tu salud, Canedo.

Olmo levantó su café a la salud del cachorro, dio un sorbo rápido y le dijo, como si la idea acabara de ocurrírsele:

—Lo he estado pensando y ya sé lo que vamos a hacer contigo. Tengo planes nuevos para ti, cachorro.

Silvana saltó de la cama y la emoción le sacó la loba al instante, pulverizando su ropa y su piel.

Bosco estuvo a punto de convertirse también en el lobo negro, pero la expresión de Olmo le indicó que lo que iba a escuchar a continuación no era exactamente lo que ambos deseaban.

Olmo Canedo se deleitó unos segundos masticando la magdalena y la tensión que provocaba su silencio y después afirmó:

—Romperemos vuestro vínculo esta noche, aquí mismo... Mi nieta será libre y tú también, pero no vas a regresar a Fronda con nosotros, Bosco.

La loba gris gimió decepcionada y se dejó caer en el suelo, tapándose el hocico con las patas.

Por un momento, Silvana había creído que su abuelo les iba a permitir cerrar el lazo, pero era una posibilidad inexistente.

Bosco carraspeó.

—¿Qué quieres decir con eso, viejo?

—Lo que he dicho, que tengo otros planes. —Olmo les dedicó una sonrisa triste y se dirigió a Silvana—: Lo siento, mi niña, pero debo hacer lo que sea mejor para ti. Sé que crees saber lo que te conviene, pero te equivocas. No repetirás mis errores, tú serás más lista. Si me haces caso, Silvana, podrás mantener tu voluntad. Nadie te la quitará, nadie te obligará a sellar la triple alianza con ningún alfa... Solo debes decirles que darás a luz a sus crías, sin necesidad de pactos de sangre. Les dirás que lo harás voluntariamente.

Bosco gruñó y sus ojos se encendieron dorados. La idea de que cualquier *mannaro* pusiera sus patas sobre Silvana le repugnaba y le hacía hervir la sangre.

—¿Quieres que ella sea el vientre de las manadas? —bramó el joven.

—¡Quiero que sea libre! —replicó Olmo, con la misma pasión.

—¡No puedes llamarle libertad a eso! —insistió Bosco.

Los ojos del viejo Olmo se tornaron ambarinos, pero su voz se serenó:

—Mi nieta será libre, libre de aceptar su destino y sacar la mejor tajada posible de ello. Una verdadera líder antepone el futuro del concejo a sus deseos...

—Hablas como mi abuela —masculló Bosco y sus palabras afectaron a Olmo tanto como cien latigazos entre los ojos.

El viejo omega frunció el ceño adolorido y se bebió su café de un trago.

—Deberías agradecérmelo —murmuró—. Piénsalo bien, cachorro. Solo tienes que desaparecer durante un tiempo, el tiempo suficiente para asegurarnos de que los alfa no piden tu cabeza por lo que has hecho... Eres fuerte, podrás sobrevivir en el mundo humano y Silvana se encargará de facilitarte el regreso, cuando ella tenga suficiente poder como para hacerlo.

—Es una idea horrible —dijo Bosco, aunque parecía la única salida segura y sabía que era su mejor opción.

—Si la triple alianza no se sella —continuó Olmo—, el corazón de Silvana será libre y vosotros dos, no es que me guste la idea, pero si así lo deseáis, podréis estar juntos después. No podréis procrear, pero podrás seguir a Silvana como si fueses su sombra cuando esté en nuestros montes, en los Apeninos y en los Cárpatos.

La mandíbula de Bosco se desencajó y también chascaron los huesos del maxilar del hocico de Silvana, al rechinar los dientes.

Olmo comenzó a reírse, pero lo que dijo después, en realidad no le hacía ninguna gracia:

—Podéis hacer lo que os digo o podéis ignorarme. ¿Qué va a saber de la vida un estúpido viejo omega que se ha pasado los últimos cincuenta años pensando si se equivocó de camino?

«¿Qué dices, abuelo?».

—Digo que yo puse en peligro la vida de tu abuela, junto con la mía. Arriesgué todo cuanto tenía la noche que rechacé a Melisa Montenegro delante de los tres concejos... Y no me salió mal del todo, pero fui demasiado orgulloso y fue un error. Vosotros dos tenéis que ser más listos.

Bosco abrió la boca para quejarse y Olmo le metió dentro una magdalena.

—*Mde loj pendsaré* —dijo el joven, casi atragantado.

—Muy bien —les animó Olmo, metiendo otra magdalena en el hocico de la loba gris y acariciándole la cabeza—. Las penas con pan, son menos. Ahora vais a comer y vais a descansar, que sé que no habéis pegado ojo en toda la noche... Como se suele decir, tenéis que consultar mi oferta con la almohada y puede que la respuesta os venga en sueños.

Con esas últimas palabras, Silvana no pudo evitar recordar aquel extraño sueño que le había brindado las caricias del lobo negro entre sus piernas.

Olmo abrió tanto la boca que Bosco podría haberle metido dentro toda la bolsa de magdalenas, de haber podido moverse, pero el joven estaba paralizado por el miedo.

—¿Qué demonios...? —Olmo se puso en pie, igual que si le hubieran dado en el trasero con un atizador al rojo vivo. Se sonrojó completamente. Tenía las mejillas candentes y las orejas hinchadas de sangre cuando se dirigió hacia el cachorro de los Montenegro con paso firme.

Bosco cerró los ojos, no quería ver venir el golpe y no lo vio, aunque lo escuchó.

El puñetazo se lo llevó la pared, junto con una sarta de maldiciones.

Olmo Canedo estaba fuera de sí.

—No es lo que crees, viejo —se excusó Bosco.

—¿Que no? ¡Es exactamente lo que creo que es! —le contestó Olmo, airado, mientras empezaba a desnudarse—. ¡No puedes engañarme, lobato! ¡Sé lo que he visto!

—Solo fue un sueño —replicó Bosco, indicándole a Silvana, con un gesto de la mano, que se mantuviese al margen.

—¡Eso no ha sido un sueño y lo sabes! —contestó Olmo, tirándole la camisa a la cara. No paraba de soltar tacos y lanzar su ropa alrededor entre gritos—. ¡No fue un sueño normal, es obvio que fue un astral! ¡Mi nieta ha tenido un astral y ni siquiera lo sabe! ¡Es una enorme falta de respeto, es una vergüenza! Eso no se le hace a una hembra...

Los ojos de Olmo se entrecerraron con suspicacia. Bosco acababa de decirle algo telepáticamente, algo que no quería que Silvana supiese, pero Olmo lo repitió en voz alta, a gritos:

—¡Ya sé que no fuiste tú! —El viejo se quedó callado un momento y, enseguida, añadió—: Los Montenegro no respetan nada... ¡Quiero que se lo expliques a Silvana! Quiero que le digas por qué no le dejas dormir y por qué la estás ayudando a cerrarse. Lo haces porque crees que volverá a pasar en cuanto se duerma, ¿verdad? Dilo, dilo bien alto.

Bosco se arrodilló junto a la loba gris. Los ojos del chico brillaban, tan dorados como los de su abuelo, igual de furiosos, solo que el chico había tenido más tiempo para procesarlo.

—Perdona, Sil. Debí decírtelo, pero...

«¿Decirme qué?».

Olmo gruñó y les interrumpió con un nuevo puñetazo que descascarilló parte de la pintura roja de la pared.

—¿Cómo ha llegado hasta ella? —bramó Olmo, señalando al joven Montenegro—. ¿Has sido tú?

—¡NO! —se defendió Bosco—. Jamás lo haría y lo sabes, yo no entiendo...

La voz telepática de Silvana retumbó en sus mentes:

«¡Parad! Dejad de hablar como si yo no estuviese aquí. Quiero que me expliquéis ahora mismo lo que está pasando».

—Mi hermano quiere reclamar el derecho de pernada —le dijo Bosco a Silvana, apenas capaz de mantener su mirada—. Me ha dicho que lo hará, si se convierte en el alfa. Me lo ha dicho él mismo.

—¿Por qué? —rugió Olmo—. ¿Por qué iba a querer enlazarse a una hembra que ni siquiera conoce, cuando puede tener a cualquier mujer del

mundo o a todas a la vez?

—No lo sé —murmuró Bosco—. Yo tampoco lo entiendo.

—¡Es absurdo! ¡Esto es cosa de tu abuela! Debe ser eso, debe haberlo convencido para seguir haciéndome daño... Necesito respirar, necesito salir de aquí.

Olmo se quitó la poca ropa que le quedaba encima y se transformó en el majestuoso lobo gris, pero Bosco se colocó en la salida del apartamento, de dos zancadas.

—No hagas ninguna tontería, viejo —le avisó Bosco, chascando la lengua con pesar—. Urso te destrozaría.

«Puede, pero todavía no es el alfa» repuso Olmo, mostrando los dientes y relamiéndose con rabia.

—No puedes luchar con ellos, Olmo. Eres demasiado viejo.

«Y tú demasiado joven e inexperto».

La loba gris saltó de la cama y se colocó frente a la puerta, entre Bosco y Olmo.

«Abuelo...» Silvana habló con un hilo de pensamiento débil, demasiado impresionada por todo lo que había escuchado, por lo que acababa de ocurrir y por lo que podría pasar. «¿Qué demonios haces?».

El viejo lobo gris resopló.

«Necesito correr, mi niña. Tu abuela no puede hacerlo porque esa arpía Montenegro siempre ha sabido dar donde más duele y la maldijo; a mí me dejó libre de cambiar y he reprimido el lobo todos estos años por respeto a Olivia, para compartir su carga, pero necesito desentumecer las patas y salir de aquí. No iré muy lejos».

Olmo giró sobre sus patas, entró en el baño a la carrera y saltó por la ventana hacia el páramo.

Bosco corrió a asomarse e intentó convencerlo de otra manera:

—¡Espera! ¡Déjame correr contigo, no te vayas solo!

«Sigue cuidando de mi nieta, cachorro. Eso es todo lo que te pido que hagas. Volveré enseguida».

Y eso fue lo último que le escucharon decir a Olmo Canedo aquel día.

Bosco regresó al dormitorio y se sentó en la cama. La loba gris se le acercó nerviosa, con el rabo entre las patas.

Tenía tantas ganas de interrogar a Bosco, que se transformó en humana solo por el impulso de la pregunta que le quemaba la lengua.

—¿Qué ha pasado? Y no me mientas.

—No te voy a mentir, Sil, pero no sé ni por dónde empezar a contártelo.

Bosco dejó caer la cabeza entre sus manos y Silvana se arrodilló frente a él, buscando su mirada.

—Puedes empezar por decirme por qué siento al abuelo, pero no puedo escucharle —dijo llevándose el dedo índice a la frente y golpeándose con él—. ¿Es que él no quiere hablar conmigo? Yo no he hecho nada malo.

—Por supuesto que no... Y no es eso, es que Olmo está pensando demasiadas cosas, cosas que no quiere que sepamos ni tú, ni yo, ni nadie... Me está pidiendo que nos quedemos aquí y estemos tranquilos, pensando lo que vamos a hacer.

—¿Contigo sí habla? —explotó Silvana.

Durante unos segundos angustiosos solo pudo escuchar la respiración de Bosco, cada vez más pesada, mientras se comunicaba mentalmente con el viejo omega.

—Hubiera preferido no tener que contártelo, mi *zanna* —dijo Bosco al fin—. No tuviste un sueño normal, tuviste un astral y eso es como si hubiese pasado de verdad, pero en otro plano... No entiendo cómo mi hermano ha podido acercarse a ti de esa manera y te aseguro que yo no le he ayudado a hacerlo.

—¿Tu hermano? ¿Cómo... cómo es posible que un sueño sea real?

—Algunos *mannaro* son capaces de hacerlo, Silvana. Yo no, pero Urso sí puede... Lo que no comprendo es cómo ha llegado hasta ti. Te juro que yo no he dicho nada —prosiguió Bosco, pesaroso—. Cuando estuve en Fronda no le hablé de ti a nadie y mucho menos a mi hermano.

Bosco se quedó callado un segundo, consciente de que acababa de mentir. Sí que había hablado de Silvana, lo había hecho justo después del funeral de su padre y se lo había confesado a una sola persona, a alguien en quien los dos confiaban. La posibilidad de su traición le abrasaba el alma y se odió a sí mismo por ser tan idiota.

—Creo que ha sido Violeta —masculló.

—¿Violeta? —balbució Silvana. El nombre de la que había sido una de

sus mejores amigas y confidentes le supo agri dulce y lo repitió, atónita—. ¿Violeta Ajenjo?

Bosco asintió y se lo confirmó con media verdad.

—Le dije que habías vuelto y que eras uno de nosotros, una *mannaro*... Fui imbécil, no se me ocurrió que los otros podrían leer sus pensamientos igual que si se lo hubiese escrito en la frente con un bolígrafo rojo. Perdóname, Sil.

—No importa —adujo Silvana, condescendiente—. Era cuestión de tiempo que se supiese.

Silvana se tumbó en el lecho y Bosco se tumbó a su lado, sin rozarla. Se concentró en el sonido de su corazón y a medida que le explicaba lo que era un astral y le hablaba de Fronda, de las hermanas Ajenjo, de la vida del concejo y del día a día en casa de los Canedo, los latidos de Silvana se iban haciendo más pausados y tranquilos.

Estaba exhausta, enfadada, dolida y sobre todo asustada. Se giró, acurrucándose en el colchón y sus ojos se entrecerraron, emitiendo un suave fulgor anaranjado similar a la luz que se colaba entre las rendijas de la persiana.

—Siempre quise volver —dijo de pronto, interrumpiendo el discurso del joven—, pero es cierto que hay que tener cuidado con lo que se desea.

—Yo solo quiero estar contigo —susurró Bosco— y si no podemos estar juntos, daría mi vida por que tú estuvieses bien. Siento haberla cagado a lo grande, Sil. Lo siento de corazón.

—Abrázame.

Fue todo cuanto le pidió y él obedeció, se entrelazó a su espalda y le susurró palabras de consuelo en la nuca, prometiéndole que haría todo lo posible por ella, incluso desafiar a su hermano.

La joven se durmió y ningún *mannaro* le visitó en sueños, Bosco velaba por ella.

Silvana descansó profundamente y cuando abrió los ojos, la luz que filtraba la persiana era etérea y azulada.

La luna era una uña pequeña y brillante que arañaba el cielo. En la penumbra del cuarto, Bosco seguía abrazándola y era muy placentero, pero lo primero en lo que pensó Silvana fue en su abuelo.

—No ha regresado todavía —murmuró Bosco, reforzando el abrazo y apretando su pecho contra la espalda de Silvana. La sensación de rozar su piel le enloquecía, su esencia almizclada era todo cuanto quería respirar.

Silvana no era consciente del calor que emanaba del contacto de sus cuerpos, su cabeza estaba centrada en Olmo. Ya no sentía a su abuelo en absoluto y dio un respingo, incorporándose en el lecho.

—Tranquila, Sil. El viejo está bien. Han pasado muchas cosas mientras descansabas... Mi hermano ha hablado con tu abuelo y han discutido, pero eso es todo. Urso sigue en Fronda y Olmo sigue corriendo por los campos que rodean la autopista. Tu abuelo está bien y no va a hacer ninguna tontería.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes sonar tan convencido?

Bosco inspiró con fuerza.

—Olmo no va a hacer ninguna tontería porque tu abuela está con mi hermano y él ha dicho... —Bosco apretó los dientes con fuerza y continuó—: No hace falta que te diga exactamente lo que ha dicho Urso, pero si no regresamos pronto, pondremos a tu abuela en peligro. En realidad no creo que mi familia sea capaz de hacerle daño a Olivia, pero Olmo no se va a arriesgar y nosotros tampoco. Volveremos los tres.

Bosco sentía verdadero cariño por la abuela de Silvana, los Canedo lo habían criado como uno más y así se sentía él, un Canedo bajo la piel de un Montenegro. Después de que Silvana escapase de Fronda, Bosco había seguido yendo a su casa cada día. Era un imán para su espíritu, un lugar al que llamaba hogar.

Estaba realmente preocupado por Olivia, también por Olmo y no podía ocultárselo a Silvana.

La chica empezó a llorar todo lo que no había llorado en esos días. Las emociones le partían en dos el pecho y cuando cogía aire era para volver a sollozar.

—No llores, por favor, mi *zanna*, por favor... —El llanto de Silvana y la preocupación que sentía, le llevaron a tomar una decisión muy arriesgada y Bosco decidió que confiaría en ella con su vida—. Vale, escucha: voy a hacer algo que no debería. Si dejas de llorar y te tranquilizas, te voy a demostrar que tus abuelos están bien, pero es muy importante que nunca le cuentes a nadie lo que voy a hacer ahora. Tienes que guardarlo para ti, ahí dentro... — Su dedo índice golpeó con ternura la frente de Silvana—. No puedes volver a

pensar en ello nunca, Silvana. Mi padre me dijo que mi vida dependía de que fuese capaz de guardar este secreto.

—Entonces no me lo cuentes —resolvió Silvana, haciendo acopio de todo su valor para vencer su curiosidad y limpiándose las lágrimas con dedos temblorosos.

—Confío en ti, Sil, y sé que serás capaz de cerrarte, tenemos tiempo para practicar.

Bosco se levantó, caminó hasta la cocina y su cuerpo desnudo se iluminó bajo la luz del pequeño frigorífico. Sacó un montón de comida y la llevo en brazos a la cama, dejándola sobre las sábanas.

Después, entró en el baño y Silvana se sobresaltó al escuchar el chasquido de un encendedor.

Cuando Bosco regresó a su lado, su rostro estaba bañado por la tenue luz de una vela.

—Lo que voy a hacer requiere un gran esfuerzo, no puedo estar débil —dijo Bosco, abriendo un envase de cecina— y me muero de hambre.

Silvana olisqueó el delicioso aroma y su estómago contestó por ella.

—Yo también —masculló entre hipidos.

Bosco enrolló una de las lonchas de cecina y metió la punta despacio entre los labios de Silvana. Ella mordió la ofrenda con la intención de pillarle los dedos, pero Bosco fue más rápido y, en un abrir y cerrar de ojos, Silvana le tenía encima y era él el que la mordía los dedos.

Se miraron un segundo e instintivamente Bosco intentó alcanzar la boca entreabierta de Silvana, pero se apartó de ella con un gesto de dolor.

—No puedo besarte, no puedo... Pero déjame alimentarte, por favor. Quiero explicarte algo.

Silvana asintió. Bosco cortó un pedazo de queso de Burgos, se lo puso entre los labios y se acercó a ella para que lo absorbiese con los suyos.

Lo compartieron y, aunque el contacto fue efímero, también resultó eléctrico y les erizó la piel.

Bosco se relamió con un gemido plácido.

—¿Está bueno? —bromeó Silvana.

—Sabe a cielo y me recuerda una historia que tu abuela solía contarme antes de dormir.

De pequeño, cuando Bosco tenía una pesadilla cruzaba toda la finca de los Montenegro y se colaba en la casa de los Canedo.

Muchas veces Olivia se despertaba con el niño abrazado a su cintura, metido en su cama entre ella y Olmo.

—Tu abuela se preocupaba por mí más que la mía —dijo Bosco, volviendo a llenar la boca de Silvana con más comida—. Cuando tenía una pesadilla me metía en la cama de tus abuelos y cuando me despertaba, ellos ya estaban en la cocina y me daban huevos fritos, con queso y cecina.

—Porque las penas con pan son menos —susurró Silvana, repitiendo las palabras que su abuelo les había dicho ese mismo día y muchas veces antes.

—Exacto... No sé si recuerdas este cuento, es uno de los preferidos de tu abuela. Se supone que el infierno en realidad es un gigantesco banquete en el que hay toda clase de delicias en una mesa, pero la única manera de poder comer es sujetando la comida con unos palillos gigantescos. Son tan pesados que ninguno de los comensales es capaz de llevarse los palillos a la boca y por eso sufren hambre eterna. Es un castigo horrible.

—No hay nada peor que tener cerca lo que se quiere y no poder cogerlo.

Silvana le miró con una sonrisa triste, implicando mucho más de lo que sus palabras decían.

Bosco le acarició la cara y continuó:

—Tu abuela también dice que en el cielo ocurre lo mismo, que allí arriba tienen la misma mesa con los mismos manjares y los mismos palillos para cogerlos, pero son muy felices. El truco está en que se ayudan entre todos y se dan de comer unos a otros.

Silvana cogió un poco de cecina y se la metió a Bosco en la boca. Volvieron a rozarse y el escalofrío fue aún más intenso que el anterior.

—Lo que quiero decir con esto —continuó Bosco— es que va a ser un infierno estar tan cerca de ti y no poder tocarte, pero yo también conozco algunos trucos.

Bosco cogió una de las velas entre sus manos.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Silvana, desconcertada.

—Algo que hace muchísimo tiempo que no hago, porque el dolor es casi insoportable. Voy a practicar magia vieja, ancestral.

Bosco inclinó la vela, se echó un chorro de cera caliente en la mano

izquierda y después en la derecha.

—¿Qué haces, loco? ¿No te duele?

—No tanto como me van a doler las últimas gotas —respondió Bosco, vertiendo más cera sobre sus pies, sobre su ombligo y en sus labios, incluso en su lengua.

Soltaba maldiciones cada vez que caía una nueva gota, pero no dejaba de hacerlo.

Se recostó en el lecho, puso la vela en las manos de Silvana y colocó la cabeza en su regazo.

—No pretenderás que... —adujo ella temerosa.

—Eso es exactamente lo que pretendo —confirmó Bosco con una sonrisa amarga—. Necesito que me ayudes a hacerlo porque me costaría mucho hacerlo yo solo. Primero tienes que dejar de temblar, si no lo haces bien a la primera, tendrás que repetirlo y duele como el infierno, Silvana.

La chica tomó aliento y controló su pulso.

Bosco tragó saliva.

—Eres muy fuerte, completamente capaz de controlarte, mi *zanna*. Solo necesitas un poco de motivación extra. Ahora quiero que inclines la vela —ordenó con una calma pasmosa— y quiero que dejes caer una gota de cera en cada una de mis pupilas, como si fuera un colirio.

—¡Tú estás mal de la cabeza! —bramó ella y, sin querer, derramó un poco de cera sobre la mejilla izquierda de Bosco y la cabeza de él repiqueteó sobre sus piernas.

—¡Mierda, Silvana! —resopló—. ¡Ten más cuidado! Concéntrate. ¿Quieres saber lo que están haciendo tus abuelos sí o no?

—Claro que sí, pero no entiendo...

—Esta es la magia que utiliza la Magna Umbra —le explicó Bosco—. Muy pocos son capaces de conjurarla, yo lo llevo dentro desde siempre. Un día mi padre me pilló, pilló a mi sombra espiándole y creí que me castigaría. Lo hizo de un modo que yo no esperaba, él era un experto y me enseñó. Solo a mí, él decía que mi hermano no tenía aptitudes. Este tipo de magia requiere autocontrol, no hay lugar para las emociones. Urso tiene demasiada ira, pero yo sé cómo desconectar de mi propio cuerpo. Hay que dominar el dolor y conseguir que no te domine... Mi padre era un maestro del dolor, Silvana, y

yo era su alumno favorito. Jamás se lo he contado a nadie.

Silvana entendió de dónde venían en realidad todas las cicatrices del cuerpo de Bosco y las recorrió con una mirada angustiada.

Él asintió, leyendo su expresión horrorizada.

—La parte regenerativa del lobo no funciona, mi *zanna*. Después de la primera transformación creemos que ya nada nos podrá marcar, pero esta magia sí lo hace, aunque las quemaduras desaparecen con el tiempo, con mucho tiempo. Mi padre me quemaba todos los días, me hacía luchar con mi hermano de mil maneras y una parte de mí, una muy grande, se alegra de que el muy cabrón se haya muerto, Sil... Él siempre decía que lo hacía por mi bien y, bueno, esta noche la verdad es que se lo agradezco. Haz lo que te he pedido, mi *zanna*. Hazlo ya.

Bosco se abrió los párpados con los dedos y Silvana dejó caer la primera gota de cera hirviente dentro de su pupila izquierda.

El lobo negro aulló dentro de sus fauces humanas y Silvana se deshizo en disculpas.

—Perdona, perdona, perdona...

—Tranquila, Sil. No pasa nada. No es para tanto, ya solo me duele cuando parpadeo —intentó bromear Bosco—. Venga, ahora hazlo en el otro ojo.

Silvana se mantuvo firme, recuperó la serenidad y se centró en aquella extraña tarea. Dejó caer la segunda gota justo en el centro de la pupila derecha.

Bosco logró asfixiar un nuevo aullido.

La cera blanquecina flotaba sobre su iris como una lentilla opaca y maleable.

Y esa vez, la que gritó fue Silvana y fue un alarido de sorpresa.

Bosco seguía tumbado en la cama, pero su sombra se acababa de poner de pie en la pared, con los brazos en jarras, triunfante.

La silueta oscura se despegó del muro con la consistencia de las volutas de humo negras que desprende el plástico al quemarse. La oscuridad revoloteaba dentro de la sombra, desde el pecho hacia las extremidades, como si fuera sangre corriendo por sus venas.

«Voy a robarle la sombra a tu abuelo» aseveró la forma oscura, sin que Bosco moviese sus labios. «Voy a empastar con su espíritu»

El joven Montenegro parecía dormido, apacible e inmóvil. Su sombra se convirtió en un enorme lobo hambriento y empezó a marcar el suelo del cuarto con furia. Enterraba sus fauces en la moqueta y volvía a emerger con movimientos espasmódicos, como si estuviese desgarrando algo que Silvana no podía ver.

—¿Qué...? —intentó preguntar ella, incapaz de reaccionar.

«Estoy con tu abuelo dentro de su sombra, para ser exactos. También podría meterme dentro de él y moverle como una marioneta, el viejo ni se daría cuenta, pero no hace falta y yo no aguanto mucho dentro de un cuerpo. Luego me quedo destrozado, pierdo todas las fuerzas».

—Es increíble.

«Te enseñaré cómo se hace, mi *zanna*, pero no esta noche. Espero tener suerte y que encontremos algo de sugándara azul, es una hierba que nos facilitaría mucho las cosas... Se necesita mucho tiempo para aprender a controlar el dolor de las quemaduras. Cuanto más profundas son, cuanto más piel consigas sacrificar, más intensas son las sensaciones y más poder se tiene».

La sombra de Bosco recuperó su forma humana, extendió una mano y acarició la cara de Silvana con dulzura.

Silvana sintió el roce fresco de aquellos dedos, que hormigueaban en su mejilla llenos de energía, haciendo vibrar su epidermis y revolucionando sus latidos.

La chica sonrió con el corazón asomado a sus labios.

—Bosco...

«Dios, qué bonita eres» suspiró la sombra. «Puedo verte, escucharte y sentirte. Eso significa que las quemaduras me van a doler bastante mañana, pero no me importa. Ahora voy a ver qué tal le va a Olivia. Olmo está bien, está cenando, creo que era una liebre lo que tenía entre los dientes, pero no estoy seguro, no quedaban muchos trozos reconocibles... El viejo está bien, asqueroso y lleno de vísceras, pero bien. Voy a ver a tu abuela».

La sombra de Bosco robó la forma de la silueta de Olivia. La mujer estaba sentada y no parecía estar haciendo nada especial.

Bosco lo confirmó:

«Ella está bien. Está en mi casa, la tienen encerrada en las bodegas... No te

preocupes, Silvana. Todo va a ir bien».

Silvana quería crearle, pero se moría de miedo y angustia.

La sombra recuperó la forma de Bosco y se sentó a su lado.

—Ojalá nunca hubiese cambiado —confesó Silvana, sintiendo que las lágrimas traicioneras volvían a anegarle los ojos.

«¡No digas eso! Si no hubieses cambiado, jamás habrías... vuelto a mí».

Los dedos oscuros volvieron a tocar la cara de la joven, traviesos, alcanzando sus labios e introduciendo despacio, con mucho cuidado, el pulgar dentro de su boca para acariciar las comisuras de lado a lado.

—*Padja, podj favodj* —rogó Silvana sin poder sofocar una risa nerviosa —. *Me haced codquillad.*

«Pero no te hago daño, ¿verdad? Solo quiero saber si...».

La mano libre de la sombra voló hacia uno de los pechos de la joven, robándole un gemido al pasar su vibrante oscuridad sobre el pezón, endureciéndolo.

«Creo que el cascarrabias de tu abuelo no contaba con esto». La voz de Bosco era terciopelo, un susurro anhelante. «Mi cuerpo debe obedecer a Olmo, pero mi sombra es libre».

La sombra de Bosco besó a Silvana. Ella gimió entre sus labios de tinieblas y trató de atraerle con las manos.

La sombra se incorporó y dio un paso hacia atrás, vacilante.

«Espera, Sil. No lo controlo tanto... todavía» se disculpó. «Este tipo de magia es peligrosa. Si te abrazo, mi oscuridad podría traspasar tu piel, podría pararte el corazón o dañarte los pulmones o algo peor. Déjame a mí acercarme, tanto como pueda. ¿Quieres?».

—Está bien.

La silueta oscura amagó una risilla revoltosa y se arrodilló a los pies de Silvana. Sus manos oscuras le aferraron los tobillos.

«Te dije que la realidad era mucho mejor que los sueños, ¿lo recuerdas, mi *zanna*? Y esto es solo la mitad de lo que se siente, solo es la sombra de la realidad, pero va a ser mejor que el sueño. Confía en mí, ¿quieres?».

Bosco volvía a pedir su consentimiento y Silvana aceptó con un gesto y una mirada encendida. Después, sintió cómo la lóbrega lengua bajaba por su vientre y se hundía en su interior, solo un segundo, porque la descarga de

energía le provocó un espasmo placentero y la cabeza oscura de Bosco lo percibió y se retiró al instante.

«¿Te he hecho daño?» le preguntó con miedo.

Silvana dudó, le avergonzaba confesarle que lo que había sentido era todo lo opuesto al dolor.

Bosco se puso nervioso y empezó a disculparse sin cesar.

«Yo... no sé, lo siento, lo siento. He ido demasiado directo, mierda, lo siento. Creí que no ibas a sentir más que presión... y no mucha».

—No pasa nada —balbució Silvana, sonrojada por la excitación y la vergüenza.

Intentó incorporarse, pero Bosco no estaba dispuesto a ceder tan pronto.

«Dime, si va mejor así, mi *zanna*».

La oscuridad volvió a invadirla, la lamió con caricias intermitentes e hizo que las caderas de Silvana se estremeciesen nuevamente.

«Esto... Esto te gusta, ¿eh, mentirosilla?».

La risa de Bosco era un jadeo. Antes de que ella pudiera reponerse, la sombra volvió a atacar y lo hizo justo donde el cuerpo de Silvana empezaba a acumular más y más calor.

Ella intentó cogerle del pelo y sus dedos se escurrieron por la forma oscura, como gotas de caramelo sobre un flan de gelatina.

«Eso tampoco te ha dolido» apuntó Bosco, ignorando todo lo que no fuera el lenguaje de la respiración agitada de su hembra. «A ver esto...».

Comenzó a mover la lengua dibujando flechas sobre el núcleo de fuego que latía en la piel rosada de su sexo, trazando arcos de lado a lado, con deleite.

Silvana dejó de razonar y se abandonó a aquella sensación infinita de un hambre distinto, una necesidad primitiva y acuciante que Bosco llenaba por completo.

Los dedos de la joven atravesaron la cabeza de la sombra, buscando un punto de apoyo que le atase al mundo, a su nuevo mundo que era él.

«Cuidado, Canedo» se quejó Bosco, con una risa golfa y desenfadada. «Todavía no sé cómo protegerme, ni cómo ser más corpóreo, pero pienso aprender».

Cada una de sus frases iba acompañada por el silencio de una nueva

caricia íntima.

«Cuidado con las manos, Sil. No tengo piel, ni huesos, pero tú sí y si me aprietas mucho, podrías provocarme una conmoción cerebral o...».

Silvana le cogió con cuidado de las orejas y le obligó a levantar la cabeza oscura, llevándole hasta su boca.

—Las. Sombras. No. Hablan.

Fue todo cuanto le dijo antes de besarle. Después bajó sus manos ávidas por aquellos pectorales de tiniebla y siguió bajando por los abdominales hacia el vientre y aún más abajo hasta cerrar sus manos alrededor del miembro oscuro para acariciarlo de arriba y abajo.

«Oh, Dios, Sil...» gimió Bosco.

Él ya sabía que su cuerpo de sombra era muy capaz de llegar al orgasmo. Había experimentado consigo mismo alguna que otra vez, pero las manos de Silvana sobre sus tinieblas eran una sensación muy distinta, muy real, extática.

—Confío en ti —susurró Silvana—. Confía en mí.

Y Bosco se dejó llevar, se tumbó sobre su *zanna* y su sombra se fundió con ella, llenándola de energía, sin que fuese posible distinguir donde empezaba el horizonte de su piel y terminaba la bruma oscura de él.

La vibración de la oscuridad tangible abrió paso a nuevas sensaciones dentro de Silvana, Bosco la cubría de besos y caricias, con ternura y frenesí, pensando en ella primero como los comensales del paraíso, satisfaciendo su libido con un ritmo lento y gentil.

Su última noche se la bebieron hasta el alba, jugando con caricias y besos, yaciendo varias veces hasta quedar exhaustos.

Terminaron rendidos sobre el colchón y algunos restos de comida.

Cuando Bosco recuperó su cuerpo humano, tras el esfuerzo espiritual le dolía incluso respirar. Le escocían todas las quemaduras como si sudase vinagre y sal. Sentía magulladas partes del cuerpo en las que no se había quemado, allí donde Silvana había clavado los dedos a través de la sombra.

Era un estado exultante, pero Bosco no se arrepentía de lo que habían hecho y no quería que aquella noche terminase, ni dejarse vencer por el sueño. Sabía que pronto le obligarían a despertar a una realidad muy diferente.

—¿Sabes qué, mi Canedo? —preguntó susurrante.

Silvana estaba adormilada sobre el corazón de su amante, pero levantó un poco la cabeza y le miró a los ojos.

—¿Qué, mi Montenegro?

Bosco le besó la punta de la nariz, que era lo más cerca que podía estar de su boca, y sonrió.

—No importa lo que digan las historias de viejas, yo no tenía ni idea de lo que era el cielo, mi *zanna*, pero ahora lo sé. Tú eres mi cielo.



2007, lunes 8 de octubre.
Luna de frutas, menguante.

Olmo Canedo había pasado todo un día desentumeciendo al lobo gris, cazando y tramando las distintas opciones que se desplegaban en su cabeza como jugadas de ajedrez.

Todo dependía de qué ficha moviese Melisa Montenegro primero, entonces Olmo atacaría uno u otro flanco de la antigua alfa, sacrificando las piezas que fuese necesario para proteger a su nieta hasta su último aliento, aunque tuviese que entrar en la pugna por la sucesión y enfrentarse a Urso con sus garras viejas.

«Más sabe el diablo por viejo, que por diablo» se decía, tratando de convencerse de que tendría alguna oportunidad en el duelo de los lobos.

Cuando regresaba a la habitación del motel, escuchó las risas de los chicos y el sonido de los besos. Se quedó helado en la puerta, sin recuperar su forma humana, alcanzando con su olfato canino el aroma almizclado de su nieta.

Bosco estaba ungido, no podrían hacer mucho, no tanto como hubiesen hecho Olmo y Olivia si ellos hubiesen estado encerrados en un motel pasando su última noche juntos.

Se apiadó de la joven pareja. Se enfrentaban al día en el que Silvana debía aceptar un destino tortuoso y a la noche en la que Bosco podría pagar con su vida aquel beso de sangre que se dieron de niños.

En el fondo, Olmo Canedo se consideraba un romántico. Decidió que les regalaría aquella luna menguante y se dio la vuelta para regresar trotando a los campos.

Después de pasar un par de horas rondando por los montes cercanos, cuando la luz de la alborada despuntaba en las colinas, regresó, recuperó su piel humana e hizo repiquetear sus nudillos contra la madera de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Bosco, burlón, descorriendo los cerrojos.

—Ya sabes quién soy, cachorro.

—Enséñame la patita por debajo de la puerta —bromeó Bosco como en el cuento de los siete cabritillos y el lobo.

—¡Se acabó el recreo, niños! —gritó Olmo, perdiendo la paciencia—. Abridme, que se me está congelando el culo.

En cuanto le dejaron entrar se acabaron las bufonadas y, unos minutos después, el todoterreno de los Canedo tomaba la autopista AP66 con destino a la frontera asturleonera, de regreso a Fronda.

Silvana viajaba en el asiento del copiloto. Se había vestido con unos vaqueros oscuros y un jersey negro con cuello de cisne, para evitar que se vieran los moretones amorosos que ya apenas se distinguían en su cuello, gracias a la celeridad regeneradora de su organismo.

Bosco iba en el asiento de atrás, convertido en lobo. Nada de lo que Silvana llevaba en las maletas le servía para esconder las marcas de magulladuras y quemaduras de la noche anterior.

La magia era aciaga y hostil, su piel tardaría días en recuperar su aspecto habitual, pero no podía decir lo mismo de las deliciosas huellas en su memoria.

Sonreía pensando que su última noche con Silvana había merecido la pena, incluso si se convertía en la última noche de su vida. Por mucho que se oscureciese el mundo bajo la luna nueva, dentro de él había una luz que ya no podía apagarse.

El coche siguió la autopista de la Ruta de la Plata y pronto estuvieron entre el paso de las montañas, sobre el puente atirantado de Fernández Casado que llevaba a la Comarca de Cuatro Valles, muy cerca de su hogar.

Aquel era el punto de no retorno. Todos los lobos de Fronda pudieron sentirles y Olmo dio un pequeño volantazo, sobrecogido por la excitación que inundaba a las tres manadas y que presionaba con fuerza en la mente de su nieta.

El todoterreno se acercó peligrosamente al borde del puente, pero Olmo recuperó el control enseguida y puso una mano en el muslo de Silvana para infundirle ánimos, comprobando satisfecho que ella se cerraba como las compuertas del embalse y contenía fuera de su mente la jauría de *mannaro*.

—Bien hecho —le felicitó—. Sabía que podrías hacerlo, mi niña.

«Sí» añadió Bosco, guiñando un ojo lobuno. «Mi *zanna* es más fuerte de lo que cree, solo necesita un poco de motivación extra».

Olmo asintió y cambió de tema, no quería saber nada de esas motivaciones.

—Sienta bien volver a casa, ¿verdad?

Silvana Canedo asintió y siguió mirando por la ventanilla sin decir palabra.

El paisaje enamoraba, producía en ella la misma sensación de vértigo y magia que bañarse en los ojos amarillos del lobo negro. Los sentía en su piel, aunque no le mirase y aún llevaba su aroma en las manos, en el pelo y en los labios.

Olmo dio un nuevo volantazo, esa vez para esquivar un socavón en el asfalto.

Silvana imaginó que perdían el control del coche, volaban casi quinientos metros y se hundían en las aguas turquesas del Embalse de Barrios de Luna. Ahogarse en ese paraíso natural le asustaba menos que el destino que les aguardaba, pero al mismo tiempo, al cruzar el puente se sintió en casa y la loba gris gimió dentro de ella, deseando poder recorrer los bosques de Fronda con sus propias patas.

Cuando Olmo tomó el último desvío y las ruedas del todoterreno cambiaron la comodidad de la carretera por un sendero pedregoso, los ojos curiosos de Silvana se reencontraron con las primeras Hécates que protegían los límites de Fronda en su superficie.

Los símbolos lunares estaban grabados en las rocas macizas que guardaban el camino y tallados en las cortezas de los árboles más longevos.

Los tres sintieron la magia telúrica que les rodeaba. Provenía de todas partes, incluso del suelo, había piedras ungidas y enterradas por todo el trayecto desde los tiempos de la invasión romana.

El otoño había engalanado con un traje de sangre los arcos del camino, sus hojas escarlata destacaban entre el dorado y el verde apagado del resto de los árboles. Era una bella estampa, sin duda, pero Silvana no tuvo tiempo de disfrutarla porque la naturaleza no era lo único que les recibía majestuosa: al borde del sendero cientos de lobos esperaban.

Eran de distinto pelaje, la mayoría lobos ibéricos de color pardo-rojizo, otros eran grises como Olmo y Silvana, otros negros como la familia de Bosco, pero también los había completamente blancos, las raíces de su estirpe provenían de las zonas más frías de los Cárpatos.

Al paso del coche, los lobos perdieron su porte inmóvil de estatuas centinelas y persiguieron el automóvil con júbilo.

Desde el cielo vigilaba un halcón peregrino, a ras del suelo los *mannaro* corrían tras el coche y, en las entrañas de la tierra, los ríos de sombra burbujaban, el oro de duende extendía su musgo dorado por las piedras como una alfombra de bienvenida y los pequeños pies de la Magna Umbra bailaban alrededor de su hoguera de llamas azules. La Suma Sacerdotisa sonreía con los ojos en brasas, viendo más allá de las tinieblas del mañana.

Al llegar a la casona de los Montenegro, Olmo no pudo reprimir un exabrupto.

—Tu abuela no mentía, mi niña. Nos están recibiendo al estilo Mister Marshall —gruñó Olmo al ver los farolillos y guirnaldas que adornaban la verja de la finca.

Al parecer, Urso daba órdenes como si ya fuese el alfa y la manada había preparado una gran fiesta, en honor a Silvana.

El todoterreno subió la pendiente entre los abedules y no frenó hasta llegar a la misma puerta de la casona.

Melisa Montenegro, vestida con uno de sus trajes oscuros más elegantes, les estaba esperando en las escalerillas de la entrada, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

«Allá vamos» suspiró Bosco. «Hola, abuela. Adiós, vida».

Olmo se giró en su asiento y miró al lobo negro fijamente a los ojos.

—Te libero de tu promesa —proclamó Olmo y Bosco sintió que la suave brisa de las palabras del omega le libraba del peso de la unción.

Habría querido saltar sobre Silvana en ese mismo momento, pero Olmo se había bajado del coche y se acercaba para abrirle la puerta a su nieta.

Silvana clavaba las uñas en el salpicadero igual que si fuese un salvavidas en mitad del naufragio del Titanic. El aire a su alrededor era frío y húmedo, le atería los músculos y los huesos.

—Mi niña, tienes que salir —aseveró Olmo, tendiéndole la mano.

Silvana cambió la seguridad del salpicadero por las manos callosas y reconfortantes de su abuelo.

—No me dejes sola —añadió con un suspiro.

—Nunca —prometió Olmo—. Todo va a salir bien, tranquila.

Silvana se aferró al brazo de su abuelo y ambos se dirigieron hacia la casona con la frente alta.

Melisa Montenegro abrió el portón de la casa y les indicó que pasaran, con un gesto frío y escueto.

Después, la antigua alfa se dirigió al auto, abrió la puerta de atrás y le ordenó a su díscolo nieto que bajase.

El lobo negro saltó del coche y se tumbó a los pies de Melisa, bajando las orejas y apuntando con su hocico al suelo.

—Ponte de pie —le urgió Melisa y el lobo negro se levantó con la cola entre las patas—. He dicho: ¡de pie!

Bosco se transformó en humano, se irguió e inclinó la cabeza ante su abuela, mostrándole la yugular con humildad.

Melisa le propinó una bofetada y le voló los pensamientos de disculpa que abotargaban su cabeza.

—Ni se te ocurra pedir perdón, cachorro.

—Abuela, yo... —Bosco enmudeció. Había planeado ese momento, palabra por palabra, pero todas se le escurrían de los labios junto con un hilillo de sangre. Melisa le había abierto un corte en el labio inferior con el anillo que llevaba o quizá con las uñas, Bosco no estaba seguro.

Tomó aire y le devolvió una bofetada mental con una frase contundente.

«Hice lo que me pediste que hiciera, abuela. He sido la sombra de Silvana Canedo y eso es lo que tú querías que fuese».

Melisa leyó el pensamiento de su nieto y se vio a sí misma, en el pasado, diciéndole esa frase en concreto a su nieto, ordenándole que fuese la sombra de Silvana y que después le contase todo lo que ocurriese en la familia de los omega.

—Será mejor que pases y te duches —masculló, señalando hacia el jardín e invitándole a entrar en la casona por la puerta de atrás, donde estaba el acceso de servicio—. Dúchate a conciencia, Bosco. Apesta al almizcle de esa hembra y, si los demás lo huelen, los ofenderás aún más y no tengo

fuerzas, ni ganas de defenderte.

Olmo Canedo empujó las puertas labradas de la biblioteca de los Montenegro, con su nieta enhebrada en su brazo izquierdo.

Silvana miraba hacia arriba para contener las lágrimas, así que lo primero que vio del despacho fue una gigantesca araña de cristal y los frescos que la rodeaban en el techo. Eran escenas de caza; las presas eran humanas y los cazadores, lobos.

Las paredes estaban cubiertas de estanterías y repletas de libros antiguos, toda la estancia olía a vainilla y madera. El acogedor aroma se agolpaba en la nariz de Silvana junto con otros olores, mucho más fuertes, las esencias de los tres machos que aguardaban su llegada.

Al bajar la vista, se enfrentó a una majestuosa mesa de escritorio y allí, sentado cómodamente en el tablero y sonriéndola con curiosidad, estaba el hermano de Bosco. Sus ojos eran grises, su piel más oscura, su cuerpo el doble de grande y su sonrisa, lobuna y perfecta.

—Silvana, es un placer conocerte... en persona —recalcó Urso Montenegro con una mirada lasciva y ambarina.

—El placer es solo tuyo —respondió Silvana y Olmo abrazó a su nieta, orgulloso y protector.

A cada lado del escritorio había una butaca de estilo decimonónico, regias como los machos que las ocupaban y que en ese momento se pusieron en pie.

—Yo soy Velkan, alfa de Vizuină —dijo el líder del concejo rumano y asintió, respetuoso. Era tan fornido como Urso, aunque no tan alto y mucho mayor, unos quince años.

Velkan Ichim tenía los ojos añiles, el pelo rubio cobrizo y una sonrisa ancha y libertina. Llevaba un traje elegante, aunque se había desabrochado la chaqueta y aflojado la corbata, dejando al descubierto unas leves marcas de carmín reciente en su cuello. Exudaba *sex appeal* y Silvana no quiso demorar en él su mirada, por lo que pasó rápido al tercer macho. Este era alto como Urso, aunque espigado, de ojos oscuros como los rizos cortos que coronaban su frente y el pelaje del ratón que llevaba en el hombro izquierdo. Sin duda, el pequeño roedor fue lo que más llamó la atención de Silvana, aunque el alfa italiano resultaba tan sensualmente provocador como el rumano, en su propio

estilo descuidado: vestía unos vaqueros grises desgastados y una camisa negra de marca. El alfa italiano se sacó del bolsillo de la camisa un fruto seco y se lo ofreció al roedor, sin dejar de mirar a Silvana.

El ratón lo devoró con gusto, el hombre sonrió con ternura y, al hacerlo, Silvana sintió que una sonrisa tiraba de la comisura de sus labios, aunque fugazmente.

—Él es Ezio Faroni, de Sottomare. —Velkan, dio un trago a su copa de brandy y añadió, socarrón—: No habla mucho, pero debe de morder bien porque yo nunca había conocido a un alfa tan joven.

—¿Tan pronto te olvidas de mi padre? —le regañó Urso y, aparentando la misma calma y seguridad que irradiaba el macho rumano, se encendió un cigarrillo—. Raúl Montenegro se ganó el puesto de alfa de Fronda a los quince años. Nadie ha superado su puto récord, ni lo hará.

Solo el taco disonante traicionó la rabia oculta en sus palabras serenas.

—Vamos, cachorro —le contestó Velkan—. Raúl era un fuera de serie y nació siendo un señor, nunca aparentó quince, ni siquiera cuando los tenía. Perdona mi mala memoria y modera tu lenguaje, ¿esa es la impresión que quieres causarle a la señorita?

Silvana olvidó el rifirrafe y estudió en silencio al italiano. Debía de tener menos de veinte años, a lo sumo veintiuno o veintidós. Era atlético y apuesto, tenía el deje melancólico y agresivo de una estrella del grunge, los labios gruesos y unos ojos almendrados tan oscuros que las pupilas no se distinguían en ellos. En aquel momento, observaba a su ratón y el ratón vigilaba a Silvana.

—*A sua disposizióne, bella ragazza di luna* —dijo Ezio, sin levantar la vista de su peculiar mascota. Su voz sonó particularmente profunda, repleta de graves y potente a pesar de que no había subido el tono tanto como los otros machos, que enmudecieron al momento.

—¡Directo al cortejo! —profirió Velkan junto con una carcajada—. Creí que íbamos a comer primero.

—No habrá ningún cortejo —les interrumpió Olmo— porque mi nieta accede a la unión, pero no al triple enlace, ¿verdad, cariño? —La joven asintió y Olmo continuó—: Silvana será el vientre de las manadas por su propia voluntad, así vosotros también podréis mantener la vuestra y todos salimos ganando.

—Sobre todo las mujeres de Vizuină. —Velkan aplaudió encantado y, afilando la sonrisa, agregó—: Pero por mucho que me entusiasme la idea, he de decir que es nefasta. El triple enlace evita que se produzcan otros enlaces y no se me ocurre otro modo de evitarlos.

—Eso ya lo discutiremos —repuso Olmo sin amilanarse—, ahora hay asuntos por resolver, mucho más inmediatos.

—Por ejemplo —convino Velkan—, sabemos que ella está marcada y, como se debe romper el lazo durante la fase menguante y la luna está a punto de desaparecer, deberíamos hacerlo cuanto antes.

—Me refería a asuntos más urgentes —aclaró Olmo—. Nuestra manada aún no tiene sucesor.

—Por poco tiempo... —Urso Montenegro se puso en pie—. Eso podría decidirse esta misma noche.

Olmo sonrió, había adelantado su frase como un peón desprotegido porque en realidad buscaba abrir paso para mover la ficha siguiente.

—La pugna no puede celebrarse aún —le espetó—, se deben respetar las tres noches de parlamento.

Urso bufó, consciente de que eso retrasaría su oportunidad de convertirse en alfa hasta el siguiente plenilunio, Ezio sonrió como si hubiese intuido el movimiento y Velkan cabeceó aprobando el comentario del omega.

—Eso por supuesto —convino el alfa rumano y, señalando a Ezio con la copa de brandy, agregó—: Nuestros lobos vienen prevenidos de casa, es la tradición y todos los lobos nacidos en Fronda tendrán derecho a preguntarle a su Magna Umbra si tienen posibilidades en la lucha.

—Todos menos los omega —subrayó mordaz Melisa Montenegro, apareciendo en ese momento por la puerta del despacho, con ojos centelleantes.

Velkan reaccionó con una mueca ostensible de sorpresa. El macho era muy expresivo y se movía con gracia por el cuarto, como un actor de cine ducho en robar planos.

—¿Qué tradición es esa? —inquirió, enarcando una sola ceja—. Un omega sería el último en preguntarle al oráculo de Vizuină, pero tendría tanto derecho a hacerlo como los demás.

—En Fronda, no —reiteró ella.

Olmo Canedo apretó los dientes y los puños.

El alfa rumano frunció el entrecejo y, con gesto amistoso, puso su mano en el hombro del omega y se inclinó cómplice para decirle al oído:

—Si estuviéramos en mi tierra, la Magna Umbra de Vizuinã te diría lo que sabe cualquier cachorro recién destetado: que en una lucha de sucesión, un omega solo puede ganarse una muerte honorable.

—Para eso hay que tener honor —incidió mordaz Melisa y, diligente, comenzó a dar órdenes—: Basta de tonterías. La comida está casi lista, pasemos al salón... y tú, Canedo, tu mujer te está esperando en la cocina. Debes marchar ya.

Olmo gruñó, aunque acató el mandato y salió del despacho junto con su nieta, que caminaba a su lado sujeta de su brazo.

La antigua alfa frenó su retirada con voz dulce y gélida:

—Silvana, querida, supongo que querrás subir a tu cuarto para arreglarte un poco.

—¿Subir a mi cuarto? —repitió la joven, airada—. Mi cuarto está en mi casa, al otro lado de los establos.

—Te equivocas —le contradijo Melisa, al tiempo que le indicaba al omega que se marchase con un gesto adusto—. Como invitada especial de los Montenegro, nosotros cuidaremos de ti ahora y siempre. Urso, por favor, acompaña a su nuevo dormitorio.

—Preferiría quedarme con mis abuelos —rezongó Silvana y Olmo la tranquilizó, sin que nadie más pudiese oírles.

«No insistas, mi niña, sígueles el juego de momento y no te preocupes por nada. Juré obedecer a Melisa y no puedo eludir una orden directa, así que tengo que ir a la cocina con tu abuela, pero estaré contigo en espíritu».

Urso se acercó a Silvana, con una sonrisa cordial, y le ofreció su brazo en un intento de tomar el lugar del omega.

—Iré detrás de ti —dijo Silvana rechazando la oferta de asirse a su brazo.

—Como quieras —repuso Urso despreocupado.

En ese momento, un halcón peregrino entró por la ventana. Se posó en el respaldo de la butaca en la que estaba sentado el alfa italiano y este le brindó como recompensa un pedazo de carne jugosa que se sacó de un bolsillo del pantalón.

El ave de presa comió de su mano sin dañarle y sin que el ratón, que Ezio llevaba en el hombro, pestañeara siquiera. El roedor estaba acostumbrado a la cercanía del depredador mucho más que Silvana, que no podía dejar de mirarlo. Los ojos de la hembra pasaban del halcón a Ezio y después al ratón y de vuelta al ave; Urso carraspeó y ella decidió que no necesitaba permanecer en aquel cuarto ni un minuto más.

No se habían alejado dos metros del despacho cuando escuchó a su espalda la voz complacida de Melisa.

—Siento que mi otro nieto no vaya a poder acompañarnos durante la comida, pero me ha rogado que os pida disculpas en su nombre y que os comunique que está dispuesto a romper el lazo con la hembra esta misma noche, tal y como lo hemos acordado. Del mismo modo asumirá su castigo.

—Perfecto —convino Velkan y percatándose de que Silvana se había quedado paralizada en el pasillo, añadió con un ademán comprensivo—. Según tengo entendido, eran niños cuando se produjo el amarre entre ellos y no sabían lo que hacían y como el mal se puede deshacer, no será necesario que de esto salga un mal mayor para tu nieto.

Melisa cerró la puerta del despacho de un puntapié, aunque Silvana no tuvo ninguna dificultad para seguir escuchándoles.

—Mi nieto asumirá el castigo que consideremos oportuno. Los Montenegro somos una estirpe honorable.

—Lo sabemos —afirmó el alfa rumano— y yo conozco a Bosco personalmente e insisto en que será suficiente con que cumpla su promesa de romper el amarre. ¿No crees, Ezio?

Silvana supuso que el alfa italiano habría dado alguna muestra de su conformidad porque cambiaron de tema enseguida.

Ella siguió a Urso en silencio y al llegar a la escalera principal, que tenía peldaños de madera y una majestuosa baranda de alabastro, Silvana sintió una presencia que pugnaba por entrar en su mente y se cerró, cautelosa.

Habían subido tan solo cuatro escalones cuando Urso se detuvo y se giró hacia ella.

—Quisiera decirte algo —murmuró.

—No puedo impedirte que hables. —Silvana se miró las uñas y las paseó por la balaustrada, con afán de demostrarle un desinterés absoluto. Había

evitado mirarle todo el tiempo y seguía haciéndolo, la altura de Urso ya le intimidaba bastante sin necesidad de la ventaja que le daba la escalera.

El macho pareció adivinar lo que ella pensaba, bajó un escalón y sus ojos se encontraron al mismo nivel. Silvana sabía que él no le había leído la mente porque aún sentía la presión de su intento.

—Me gustaría hablar contigo a solas —dijo Urso y se metió las manos en los bolsillos, cabizbajo. Lo que tuviera que decir, lo incomodaba y le ponía bastante nervioso por lo que Silvana decidió que no quería saberlo; podía ser algo en lo que ella prefería ni pensar.

—No te quiero dentro de mi cabeza —le dijo— y no creo que tú y yo tengamos nada de lo que hablar.

Urso sonrió con malicia. Ella pudo distinguir un brillo en su mirada grisácea y se preparó para una respuesta desagradable; sin embargo, el macho se encogió de hombros, volvió a subir los peldaños poniéndose delante de ella y replicó sin mirar atrás:

—Lo que tú digas. Pensé que te gustaría ver a tu abuela ahora, pero supongo que me he equivocado.

Los ojos de Silvana se perdieron por el recoveco del corredor que llevaba a la cocina.

—No te has equivocado —casi suspiró, tragándose su orgullo.

—Ya, pero lo he dicho en voz alta —continuó Urso, saboreando el momento y sin dejar de subir la escalera— y mi abuela lo ha escuchado y a ella no le parece buena idea, así que olvídale. Prefiero pedir perdón a pedir permiso, tú me has hecho pedir permiso y nos han dicho que no. Vamos.

Silvana se arrepintió de haberse cerrado al macho, pero se mantuvo firme. Subió tras sus pasos y se detuvieron en el segundo piso.

—A la derecha hay una terraza acristalada —le indicó Urso al tiempo que señalaba en distintas direcciones—, por ese pasillo se va a la biblioteca y a la sala de cine, también hay un aseo. De frente, por el pasillo de la izquierda, se llega a los dormitorios. Hemos cambiado algunas cosas, ahora son más grandes porque son solo tres en lugar de seis y todos tienen su propio baño. Tú dormirás en el que separa mi cuarto del de Bosco, supongo que te acuerdas de cuál es cuál.

Silvana asintió.

—El tuyo hace esquina y siempre ha sido más grande que el de tu hermano y también recuerdo por qué: le diste una paliza a Bosco y tu padre te dejó que tirases una pared.

—¿Te lo contó Bosco? Joder, mira que le gusta ir dando penita. Pues sí, fue así, hace un par de años tiramos las otras paredes y lo dejamos en tres cuartos. Arriba hay cuatro más y quedan dos libres, ¿prefieres dormir junto a los alfa?

Silvana negó rápido con la cabeza, sin quitar la vista de la puerta del dormitorio de Bosco.

—A mi hermano le toca dormir fuera, así que no te molestes en buscarle en su cuarto porque no tiene permitido entrar en la casa, de momento. Puede que la abuela le haga dormir en la pocilga con los cerdos toda la vida, yo lo haría.

—Yo preferiría dormir con los cerdos —siguió provocándole Silvana.

Urso no pareció molestarse.

—No lo dices en serio y, cuando veas las vistas que tienes, te gustarán. Se ve lo mismo que desde el cuarto de Bosco: parte de los jardines y todo el frente de la casa de servicio. La cochiguera tiene peores vistas, ¿no crees?

La casa de servicio era donde vivían los abuelos de Silvana y su corazón se aceleró solo con imaginar lo cerca que estaría de su verdadero hogar, tanto como para poder verlo desde su ventana.

Apretó el paso y enseguida se encontraron frente a la puerta de la que sin duda sería una celda para ella. Al menos estaba suficientemente lejos de la vieja bruja que dormía en la torre. Silvana sabía cómo llegar al cuarto de Melisa porque subir la escalera de la casona le había recordado la última vez que había bajado esos mismos escalones, cuando descubrió que su padre era el amante de Melisa. Solo de pensar en ello la boca le supo a bilis y no se alegró tanto de que su memoria estuviese recuperándose como con otros recuerdos.

Urso entró en el nuevo dormitorio de Silvana y ella se quedó en el vano de la puerta.

—De verdad me gustaría poder hablarte en privado —le rogó el macho con voz ronca, intentando conectar telepáticamente, cruzándose de brazos en mitad del dormitorio.

Silvana se negó a aceptarle, aunque en la penumbra, su enorme silueta no le resultaba una presencia extraña. Su porte regio y fornido, su cabello alborotado y aquella sonrisa seductora le traían nuevos recuerdos.

Silvana no necesitaba escucharle para saber quién era en realidad el hombre que tenía delante, pero él se lo contó de todos modos.

—El alfa italiano no es el único que puede dominar criaturas salvajes —aseguró Urso—. El truco del halcón y el ratón que tanto te ha impresionado, yo también podría hacerlo, aunque mis amigas son un poco diferentes y bastante más humildes. Creo que ya las conoces.

El dormitorio se iluminó con un millar de lucecillas verdosas. Había luciérnagas por todo el dormitorio y sus cuerpos se iluminaron a la vez, decorando con su fulgor esmeralda todos los muebles, incluso el dosel del lecho. Como toque de gracia, algunas de las que revoloteaban alrededor del macho se posaron en su cabeza, a modo de corona.

Silvana entró en el dormitorio y su mano buscó en la pared el interruptor de la luz, sin encontrarlo.

—Quiero que sepas que estoy tan sorprendido como tú —aseguró Urso, con una sonrisa taimada—. Aún me cuesta creer que todo lo que hicimos en sueños fue real. No sabía que tú estabas conmigo de verdad, Silvana. Joder, yo no sabía que existías, creía que eras... una fantasía recurrente.

—Más bien una pesadilla recurrente —le corrigió ella.

Silvana no estaba sorprendida, ya había barajado la posibilidad, aunque hubiese preferido no despejar nunca la duda. Aquella flagrante confirmación solo consiguió enfurecerla, por lo que entró en la alcoba pisando fuerte y fue directa a una de las ventanas. Subió la persiana de un solo tirón de la cuerda y la luz del día arruinó la calculada puesta en escena del rey de las luciérnagas.

Ambos se quedaron callados, él se mordía los labios con media sonrisa nerviosa y ella los fruncía, furibunda. Se desafiaban con la mirada, manteniéndola fija el uno en el otro hasta que empataron: Urso perdió la sonrisa y Silvana, el interés. Ella se giró, incómoda, para mirar por la ventana y gruñó:

—Yo tampoco sabía que existías y hubiese preferido seguir sin saberlo.

Urso gruñó, decepcionado. Había imaginado esa conversación infinitas veces durante los últimos días y para nada estaba resultando como él

esperaba. Ella era desagradable en demasía, no se parecía a la reina apasionada y cariñosa de sus fantasías.

—Quería pedirte perdón por entrar en tus sueños —susurró, cuidadoso. No le importaba que su abuela le escuchase ponerse a los pies de la nieta de los omega, el cuidado lo puso en que su tono sonase sincero y lo hizo hablando desde el corazón—. Perdona.

Urso carraspeó, la mujer era tan tozuda o más que él mismo y no parecía otorgarle ningún valor a su buena disposición. Acababa de pedirle perdón y ella miraba por la ventana como si él ya no estuviera allí, como si Urso en verdad no existiese, así que haciendo nuevo acopio de sus fuerzas probó esa palabra tan agrídulce otra vez.

—Te he dicho que lo siento, Silvana, y me gustaría que me perdonases.

—Te perdono —respondió ella, aún sin mirarle—. Si eso es lo que tengo que hacer para que me dejes en paz, estás perdonado.

Los dientes del macho rechinaron, la decepción estaba dando paso a la rabia.

—¿Así de fácil, *neña*?

—Así de fácil, *neñu*.

Urso saltó hacia ella, abrió la ventana y dejó que todas las luciérnagas volasen fuera. Intuía que enfadarle era exactamente lo que Silvana deseaba conseguir y decidió devolverle el favor.

—Gracias, me siento mucho mejor ahora, aunque sabía que no te costaría mucho perdonarme porque en realidad nunca hicimos nada que tú no desearas hacer. Y eso que hicimos muchas, muchísimas cosas juntos.

Silvana le miró, furiosa. Sus ojos resplandecieron dorados y Urso sintió un latigazo de deseo al ver aquel brillo tan cerca de él. Sintió que su almizcle se liberaba, era una reacción química natural e imposible de impostar, quería yacer con ella y hacer todos sus sueños realidad.

Su corazón se aceleró al notar cómo la hembra reaccionaba receptiva a su olor; Silvana había dilatado sus fosas nasales e inspiraba despacio. Él hubiese querido poder tocarla, estaban muy cerca y pensó que quizá ella esperaría que él diese el primer paso, pero prefirió quedarse con la duda. Tenía que jugar bien sus cartas, no tenía prisa y ya había sufrido suficientes rechazos por su parte aquel día, así que tragó saliva e intentó suavizar la tensión del momento

con un nuevo susurro:

—Yo siempre respeté tu voluntad, Silvana, y te juro que siempre lo haré.

Ella volvió la vista a los jardines y se centró en el tejado de la casa de los Canedo. Se veía cerca y a la vez inalcanzable, igual que aquel macho. Silvana estaba herida y a la vez sentía cierta ilusión que no podía acallar. Urso era el rey con el que había soñado durante años, el mismo que después de saciar sus fantasías había escuchado sus secretos y la había consolado y aconsejado. Había sido Urso y no su subconsciente el que había curado sus heridas cada vez que en el mundo real Silvana se llevaba un desengaño.

—No quiero bajar a comer —murmuró y su voz sonó más clara cuando agregó—: ¿Puedes respetar mi voluntad ahora o solo lo harás si tu abuela no te dice lo contrario?

—Les diré que te encuentras indispuesta, sobrecogida por los acontecimientos. Tienen que entenderlo, yo estaría acojonado y es comprensible, sin embargo... —Urso señaló los jardines—. ¿Ves las carpas blancas de ahí abajo?

Silvana asintió, había visto la decoración al llegar a la casona y parecía que el jardín estuviese dispuesto para celebrar una fiesta fastuosa. Había centenares de mesas y sillas bajo las carpas, un pequeño escenario preparado para acoger a una orquesta y una gigantesca alfombra gris se había desplegado sobre el césped a modo de pista de baile. Farolillos, luces de discoteca, centros de flores por doquier... Parecía que los Montenegro estuviesen acondicionando el lugar para el convite de una boda.

—Esta noche habrá una recepción en tu honor —explicó Urso—, con comida y baile.

El olor y la cercanía del macho producían en Silvana un cosquilleo singular. Estaban a un paso el uno del otro y a cuatro del lecho, donde quería tumbar en aquel mismo momento al rey de las luciérnagas. Sintió que sus pezones se endurecían bajo la tela del sujetador y bajó la mirada para comprobar si su ropa la traicionaba, comprobando sin querer que el cuerpo de Urso también se había endurecido y en la pernera de su pantalón se marcaba una protuberancia que dilató sus pupilas y cortó su respiración.

—No estoy para fiestas —farfulló y ocultó su nerviosismo con un gruñido de desdén. Se apartó del macho y de aquellos pensamientos perturbadores, corrió a meterse en la cama y se tapó la cabeza con la colcha para agregar

desde su escondite—: Creo que seguiré indispuesta todo el día.

—No puedes ofender a la manada, debes respetar las tradiciones.

Ella resopló bajo la colcha y no dijo nada más. No podía no ir y lo sabía, sería su rito de iniciación, la celebración de su transformación y la aceptación entre sus iguales.

Sus abuelos le habían contado cómo habían sido sus ceremonias después del cambio y era un festejo sencillo en la que la familia del alfa agasajaba a los invitados con una comilona y, después, era costumbre que el alfa o la alfa iniciara con un baile al nuevo miembro de la manada. En su caso, Silvana imaginó que lo harían el alfa rumano o el italiano, ya que en Fronda no se había elegido todavía al sucesor de Raúl Montenegro.

—¿Tienes sed? —le sorprendió Urso.

—No.

—¿Seguro? Quizá debería pedir en cocina que alguien te suba un vaso de agua.

Silvana sacó la cabeza de entre las sábanas, súbitamente interesada, y vio cómo Urso sonreía ladino. Debajo de las sábanas olía a detergente de limón, pero al destaparse todo el cuarto estaba viciado de la poderosa fragancia de un macho dispuesto a complacer sus deseos.

—Tengo algo de sed —resolvió la joven, cruzando los dedos para que Urso no le dijese que había cambiado de idea y que se fuese a beber al aseo.

Él también tenía los dedos cruzados, por motivos muy diferentes.

—Prométeme que bajarás a la fiesta y yo te prometo que Olivia estará aquí dentro de cinco minutos con una jarra de agua.

—¿Y si a tu abuela no le parece buena idea?

Urso le mostró dos hoyuelos perfectos en su sonrisa altanera.

—Mi abuela puede decir lo que quiera porque si te doy mi palabra, la cumplo. Y cuando sea alfa, tú reinarás conmigo y tu familia podrá vivir aquí con nosotros, si quieres, porque en mi manada no habrá omegas y tampoco me importa lo que mi abuela piense de eso... Ahora, dame tu palabra, Silvana. Dime que bajarás a la fiesta.

—Está bien —cedió ella. Sabía que negarse a acudir a la ceremonia era una batalla difícil de librar y al menos había conseguido algo a cambio.

—Cojonudo. Tu abuela subirá enseguida y de paso te ayudará a elegir algo

que ponerte para esta noche. En el armario hay vestidos de diferentes tallas, espero que alguno sea de tu agrado y si no, llámame y veré qué puedo hacer por ti.

Urso Montenegro le guiñó un ojo, abandonó el cuarto y Silvana escuchó el pestillo de la puerta al cerrarse tras sus pasos.

Poco después, la puerta se abrió y Olivia Canedo apareció con una bandeja, traía agua, zumo y un plato con manzanas asadas.

—Las penas con pan son menos —le dijo Olivia a su nieta, dejando la bandeja sobre la cómoda para poder abrazarla.

El recuerdo de su abuelo Olmo comiendo magdalenas le curvó un poco la comisura de sus labios y casi alcanzó la sonrisa, hasta que su mente le trajo a Bosco, desnudo sobre la cama del motel, metiéndole la comida en la boca, y el dolor de la pérdida volvió a torcer su gesto.

Abrazó a su abuela con fuerza y se echó a llorar.

Al caer el sol, todos los *mannaro* que había en Fronda disfrutaban de un fastuoso bufet en los jardines de la casona de los Montenegro.

El atardecer era vencido por un millar de bombillas de colores y los focos que bañaban la pista de baile y el escenario, en el que una orquesta llevaba horas tocando suave música de diferentes estilos para amenizar la cena.

Escondido a plena vista, Darío de la Rocha merodeaba bajo las luces de la fiesta, acompañado de la peculiar constelación que formaba a su lado Marta Alborada.

Le habría gustado que sus hermanos hubiesen podido estar allí con él y sentir su respaldo a cada paso que daba entre los lobos de Fronda y los de las otras dos manadas.

Nadie reparaba en él, su olor era el adecuado y su presencia pasaba inadvertida. No pensaba quedarse allí demasiado tiempo, solo quería que Marta le indicase quiénes eran los hijos del alfa y observarlos, no abordaría a ambos, solo a uno de ellos, el que pareciese más receptivo.

Urso Montenegro, vestido con un traje gris de chaqué clásico, actuaba como el perfecto anfitrión y parecía estar por todas partes, aunque su despliegue de sonrisas y buenos modos no convencía a Darío. Aquel macho era tan pendenciero y soberbio como lo había sido su padre; aún no había

tenido lugar la contienda por el liderazgo de Fronda, pero Urso ya se comportaba como un alfa más, codeándose con los líderes de las manadas italiana y rumana como su igual.

Darío pensó que quizá el hijo menor, que no había aparecido todavía, podría ser un candidato más proclive a ayudar a los mestizos.

«¿Y si probamos con ella?» propuso Marta.

Él no necesitó girarse para saber que se refería a la nueva hembra, la única fértil en las tres manadas. La fiesta era en su honor y los asistentes se acercaban constantemente a felicitarla. Estaba sentada en una de las mesas, sola, y destacaba como un mendigo en un desfile de Prada.

Los demás llevaban puestas sus mejores galas y Silvana iba en vaqueros. No había querido probarse ninguno de los vestidos que habían dispuesto para ella, ni siquiera se había cambiado de ropa y tampoco se molestaba en disimular su hastío. Cuando se le acercaba algún *mannaro*, la joven forzaba una sonrisa y con una frase amable ponía fin a la conversación enseguida.

«Ella quiere estar aquí tanto como nosotros» continuó Marta, que sentía fácilmente las emociones de aquella mujer de ojos tristes. «No necesitamos que nos ayude un Montenegro, ni un alfa, solo tenemos que convencer a un purasangre que sea suficientemente poderoso y ella lo es».

—¿Quieres que me acerque a esa chica mientras la fiesta entera nos mira? —murmuró Darío, llevándose a los labios una copa de vino añejo y simulando que bebía.

«Todos los *mannaro* hablarán con ella esta noche, es nuestra mejor oportunidad».

Darío dio un sorbo real, tragó despacio y balbució:

—No puedo.

«Claro que puedes. No hay nada que no podamos hacer juntos, ¿recuerdas?».

Él asintió, aunque no dijo nada durante unos largos segundos. No pensaba acercarse a Silvana Canedo y le daba igual lo que Marta dijese para incitarle.

«¿Y bien? Ahora es un buen momento».

—No pienso hacerlo y por nada del mundo pienso cambiar de opinión —apostilló el mestizo entre dientes.

«¿Seguro?» insistió Marta. «Entonces lo haré yo. Esa chica tiene el alma

hecha pedazos, lo noto en su aura. Es como un halo de luz lleno de agujeros negros. De hecho...».

La chica fantasma enmudeció al tiempo que el mestizo dejaba de sentirla, por lo que Darío se giró sobre sus talones y pudo ver, con estupefacción y horror, cómo la nebulosa de luz se alejaba de él y flotaba hacia la mesa de Silvana.

Le pareció un burdo intento de atraerle y se dijo que no funcionaría. No pensaba acercarse a aquella hembra. Marta podría pasar toda la noche a su lado si lo deseaba, pero él esperaría un par de horas más a lo sumo y, si el hijo menor de Raúl Montenegro no aparecía, entonces regresaría al hostel de los Ajenjo y pondría fin a la charada.

Lo había dejado muy claro y nada le haría cambiar de opinión. No iba a acercarse a la hembra por nada del mundo; sin embargo, lo que ocurrió a continuación fue de otro mundo, del mundo sobrenatural en el que reinaban las sombras y el fuego de las almas, y su poder hizo que le temblasen los pies al dar un primer paso nervioso mientras la luz de Marta brillaba un segundo alrededor de la cabeza de Silvana Canedo para desaparecer al siguiente dentro de ella.

Cuando la mirada desafiante de Silvana se encontró con los ojos temerosos de Darío, él no tuvo ninguna duda de que era Marta la que le observaba a través de aquellas pupilas lobunas y refulgentes.

El mestizo se aproximó cauteloso. No sabía qué decir y repitió lo que había oído hablar a dos *mannaro* ancianos unos minutos antes.

—¿Tú crees que va a llover? —preguntó, haciendo acopio de todo su coraje—. Veo que el humo de la chimenea va hacia abajo y se supone que cuando eso pasa, llueve.

Silvana comprobó que el humo de la chimenea caía por el tejado como de un caldero hirviendo y observó la luna sobre sus cabezas. Era una rendija de luz abriéndose paso entre nubes cada vez más numerosas y oscuras.

—Ojalá llueva —contestó, sincera.

—Quieres que llueva en tu día, ¿no te gustan las fiestas o qué?

—Me gusta la comida gratis —cabeceó Silvana y señaló los restos del postre que había en su plato—, pero prefiero comer sola.

—No te molesto más, me alegro de haber podido conocerte.

El mestizo extendió una mano hacia la hembra, dudoso de si Marta sentiría aquel roce, pero cuando Silvana aceptó el saludo, el apretón de sus manos fue un instante de paz para los tres. El alma del mestizo traspasó sus dedos y sintió el calor de la energía de Marta en la mano de la hembra, que no entendía por qué súbitamente se sentía tan feliz. Darío no pudo resistirse y se llevó el dorso de la mano a los labios, depositando un beso sentido.

Marta Alborada lo recibió como si tuviese cuerpo y del mismo modo recuperó el recuerdo doloroso de una advertencia desoída. «No será del modo en que esperas y el precio será demasiado alto». Abandonó el cuerpo de la *mannaro* con la que su alma había empastado tan suave y acompasadamente como sonaban en la noche el piano y la guitarra; su nebulosa tomó la forma de una loba, titiló y se apagó como una llama en el agua. No tenía fuerzas para explicarse, ni para volver a aparecerse, ni siquiera pudo avisar a Darío de que habían llamado demasiado la atención.

El mestizo todavía sujetaba la mano y la mirada de Silvana cuando Urso intervino:

—La luna del cortejo no ha empezado —increpó, arrogante— y tú ni siquiera eres un alfa.

El mestizo dio un respingo, salió del trance y soltó los dedos de Silvana, que hubiese querido acallar a Urso, pero no tuvo tiempo porque un nuevo desconocido lo hizo en su lugar:

—Tú tampoco eres un alfa, Ursito.

A Silvana se le desencajó la mandíbula al ver quién se había atrevido a hablar así a Urso: no tendría más de doce o trece años, iba vestido con traje y corbata y peinado como una estrella de los años veinte, pero era un niño al fin y al cabo.

—Yo voy a ser el alfa —se defendió Urso.

—Eso está por ver —replicó el niño con una sonrisa afable. Tenía unos grandes ojos, almendrados y oscuros, que brillaban con la pátina de un alma vieja y observaban a Urso, acusadores—. No subestimes a tus oponentes, a lo mejor mi amigo te sorprende en la pugna. Es puro nervio, ¿a que sí, Darío?

El mestizo no contestó, miró horrorizado al que sin duda era el primogénito del alfa y después bajó la vista hacia el niño que había pronunciado su nombre, temiendo que le hubiese leído la mente para hacerlo, pero ni siquiera olía a lobo.

El niño desprendía una esencia distinta, tan poderosa que había ascendido su nivel de alerta nada más aparecer, porque era el olor de un depredador, pero era uno que Darío no conocía.

—Yo no quiero ser alfa —consiguió decir el mestizo.

—Eso también está por ver —replicó el niño—, pero no será esta noche porque tenemos otros planes. Vamos, Darío, necesito que me ayudes con la moto, la tengo en la entrada.

—Yo también puedo echarte una mano —terció Urso, sincero—. ¿Quieres que vaya con vosotros?

—Tú tienes que bailar con la hembra como lo habría hecho tu padre —le ordenó el niño—, pero nos veremos pronto. No me vas a echar de menos.

—¿Lo prometes? —insistió Urso.

Por un momento, Silvana no supo quién de los dos era el adulto y quién el niño. Urso lo triplicaba en tamaño, pero miraba al pequeño con admiración y en esa última pregunta no había ocultado cierto retintín infantil esperanzado, como si temiese no volver a verlo.

—Tienes mi palabra, hijo —prometió el niño—. Venga, Darío, nos vamos.

El mestizo tragó saliva y se dejó empujar por aquella manita resuelta mientras buscaba ansioso la luz de Marta a su alrededor. Ella seguía aturdida, dispersa entre todos los destellos de colores de la fiesta.

Los otros lobos les miraban con curiosidad, habían visto la extraña reacción embelesada de Silvana y el acercamiento protector de Urso, pero cuando el pequeño los miraba, todos apartaban la vista y les abrían paso.

Darío estaba asustado, pero solo podía seguir a aquel niño que le escoltaba fuera de la casona y sabía su nombre. Al cruzar la verja de la entrada y dejar atrás varias filas de coches, llegaron junto a una *chopper* roja, tan perfecta en su composición que el mestizo volvió a perder el aliento. Tenía las horquillas delanteras y eran muy largas para que el niño condujese cómodo a pesar de lo bajo que estaba el asiento, que se extendía sobre la rueda trasera y dejaba espacio para un pasajero.

—Con esta preciosidad me llegan bien los pies al suelo —dijo el niño, subiéndose al sillín y moviendo la moto como si no pesase nada. Dio unos golpecitos en el asiento del pasajero y le invitó a subir—. Te gusta, ¿eh? Sube detrás de mí y cierra la boca, cachorro, no me llenes de babas la tapicería.

El miedo que sentía hizo que Marta se concentrara lo suficiente como para retomar su acostumbrada forma de nebulosa y se posó en el hombro del mestizo; en cuanto este la vio, se envalentonó.

—¿Quién eres? —inquirió Darío, reticente a subirse a la moto.

El niño le incitó a subir, dando nuevas palmaditas impacientes sobre el cuero de sillín, y contestó autoritario:

—Soy el plan B. Y tú siempre has sido mi favorito de todos los chicos perdidos, pero creía que eras más listo. ¿Qué pensabas hacer esta noche, entre todos esos pura sangre y acercándote a su hembra? ¿Quieres morir para juntarte con Marta? Porque eso no funciona así, que te quede claro. Haz alguna estupidez e irás derechito al limbo, donde van los suicidas, y ella no podría ir detrás de ti... Tranquilo que yo me encargaría de Marta, como hago con todos vosotros siempre. No sé qué habría pasado si no llego a estar cerca para salvarte ese trasero mestizo que tienes, cachorro: haz el favor de ponerlo en el sillín. Ya. —Darío estuvo a punto de salir corriendo, porque le había llamado mestizo, le hablaba de Marta como si la conociese y no entendía nada. Entonces el niño agregó—: Marta, ya que estás en su hombro como un lorito, haz el favor de decirle que tenemos prisa. Tenemos que volver con tu tío ahora mismo, nos necesita y tú lo sabrías si no hubieses perdido tus fuerzas empastando con la loba.

Marta no necesitó oír más, sintió el apremio y logró transmitirle a Darío una única palabra:

«Confía».

El mestizo se subió a la moto con agilidad y elegancia felinas, su cuerpo se sentía más liviano porque se movía en alas de la esperanza.

Era cierto, tenían un plan B.

Silvana Canedo observó cómo el extraño niño y el joven lobo de los ojos tristes desaparecían entre el bullicio. Al tocar a este último había tenido un extraño *déjà vu*: por un momento había creído que le conocía mejor que a sí misma y había deseado prolongar el contacto de sus manos e incluso abrazarle, besarle... Sabía lo que hubiera sentido al hacerlo, se habría sentido en casa, a salvo. Era una sensación ajena que empezaba a amainar y a perder el pulso ante la parte de ella que insistía en que nunca había visto antes a ese

mannaro. No creía que fuese uno de los lobos de Fronda y si era rumano o italiano, no despejaría la duda. Podría haberle preguntado a Urso, que seguía a su lado, aunque no hablasen, pero la situación ya era lo suficientemente tensa con él revoloteando a su alrededor y el fantasma de Bosco tomando cada rostro que ella no lograba ver con nitidez.

Silvana había estado esperando a que Bosco apareciese durante toda la noche y seguía buscándole entre la multitud, sin resultado. De pronto, su campo de visión quedó reducido a los cuerpos de los dos alfa, que se aproximaban a ella. El rumano se veía realmente encantador con su *smoking* de gala y el joven italiano había dejado atrás su aspecto de cantante grunge, el ratón y el halcón, para vestir un traje azul satinado con camisa blanca y corbata oscura.

Había llegado el momento de abrir el baile. La orquesta dejó de tocar y una de las ancianas *mannaro* subió al escenario con una lira. Segundos después se hizo el silencio y ella empezó a tocar una pieza alegre que pronto acompañó con su canto. Era una versión del himno a Diana, la luna, del poeta Catulo. Silvana no podía saber lo que estaba escuchando, pero sí que entendió cada palabra a pesar de que la *mannaro* pronunciaba el latín como si hubiese nacido con el poema en el siglo I a. C.

—A Diana cantamos. A ti, señora de los montes y de los lozanos bosques y de los recónditos sotos y de los sonoros torrentes, te cantamos. Diana, Lucina, Juno, Trivia poderosa, Isis, Bellona, Ranusia, Hécate y también llamada Luna por tu luz prestada, a ti que naces y mueres en el cielo y mides los meses en el camino del año y llenas de buenos frutos la morada de tus hijos, los *mannaro*, te cantamos. Consagrada seas con cualquier nombre que a ti te plazca y, como has acostumbrado desde antiguo, salvaguarda tu linaje, madre.

La mujer calló, pero la melodía continuó vivaz. Era fácil de seguir, Silvana sabía que no tenía movimientos que memorizar porque cada baile era distinto y este era solo suyo. Sus abuelos le habían aconsejado que dejarse llevar sería más fácil y lo hizo.

Los dos alfa le ofrecieron a la vez sus manos, Silvana las aceptó y caminó entre ellos hasta el centro del amplio círculo que habían creado los *mannaro*, aunque ni por un segundo dejó de buscar los ojos verdes de Bosco a su alrededor.

Velkan y Ezio se dieron la mano también y los tres comenzaron a girar grácilmente en corro, cada vez más rápido, sin soltarse. Pronto Silvana solo podía apreciar las caras de los dos alfa porque se movían a su misma velocidad y el resto eran risas y palmas, luces de colores y sombras sin Bosco.

La orquesta se sumó a la melodía de la lira y muchas parejas, nuevos tríos y formaciones más numerosas se unieron a la danza a su alrededor, respetando su espacio.

La sonrisa de Velkan era contagiosa y los ojos Ezio brillaban con tal intensidad que también encendieron los de Silvana. Giraron y giraron, amantes del vértigo, la rueda se llevó los nervios y los tres fueron parando despacio hasta que frenaron por completo.

Los alfa se comunicaban mentalmente y se movieron sincronizados: levantaron los brazos de Silvana, dieron un paso adelante y ella se quedó atrapada por los costados entre los dos. Los alfa le soltaron las manos, pero Silvana las mantuvo arriba porque no sabía dónde ponerlas. Tuvo un momento de respiro cuando ellos dieron un paso atrás, pero pronto lo retomaron y sus cuerpos aprisionaron todavía con más fuerza la carne de Silvana. Sentía sus respiraciones en el cuello; un segundo después, volvían a separarse, giraban un poco y a la siguiente respiración la de Velkan estaba en su nuca y la de Ezio en su boca. Un instante después, el pecho del rumano rozaba los suyos y el de Ezio se pegaba a su espalda. Silvana temblaba y los alfa susurraban para ella, rozando los lóbulos de sus orejas:

—Pronto.

Los machos estaban almizclando, pero la esencia no se quedaba en la piel de Silvana, se evaporaba en la noche porque ella ya estaba marcada y aquellos lobos feroces no podían besarla ni acercarse más de un segundo sin ser compelidos a apartarse.

Era un extraño baile magnético, un sensual despliegue de caricias veladas que aceleraban la respiración de la hembra, encendiendo sus ojos con cada presión. Su cuerpo respondía acorde porque era imposible que las presencias envolventes de los alfa le fuesen indiferentes, ella les deseaba y, sin embargo, su imaginación le mostraba intermitente el rostro de Bosco.

La canción aceleró su ritmo y llegó al final, la mujer de la lira abandonó el escenario y el coro solo repetía los nombres como un estribillo eterno:

—Diana, Lucina, Juno, Trivia, Isis, Bellona, Ranusia, Hécate, Hécate, Hécate.

Se formaron varios corros, unos dentro de otros, mezclándose y girando y coreando los nombres de la luna. En el centro, Silvana vio pasar a todos los miembros de las tres manadas, incluso a sus abuelos, pero no a Bosco.

Los corros se movían cada vez más rápido, al igual que el estribillo que terminó reducido a un solo nombre, repetido tres veces:

—Hécate, Hécate, Hécate.

Era el final del rito.

Todos aplaudieron y los alfa asintieron corteses, se dieron la mano ceremoniosamente y levantaron los brazos para formar un arco, Silvana debía pasar por debajo y al hacerlo se encontró de bruces con Urso Montenegro.

—Es mi turno —apremió el macho—. He pedido una canción especial para bailarla contigo.

Ezio y Velkan dejaron a la hembra libre y la orquesta dio comienzo a un conocido pasodoble, sorprendiendo a Silvana. Ella sabía que tendría que bailar con el primogénito del difunto alfa de Fronda, según mandaba la tradición, pero nunca habría imaginado ni por un momento que Urso pudiese elegir *Paquito, el chocolatero* para la ocasión.

—¿Es una broma? —masculló, incrédula.

Urso replicó, burlón:

—No sé bailar el vals, no sé bailar nada más que esto y La Macarena. —Urso le guiñó un ojo—. Además, tengo una sorpresa para que enterremos el hacha de guerra, tú y yo, ahora lo verás. Espera a mi lado. —Urso empezó a dirigir el gentío, dividiéndoles en filas enfrentadas. Los *mannaro* aún disfrutaban del espíritu mágico y conciliador de la melodía anterior y no tardaron en dividirse.

Las tres manadas se movían unidas por una sola mente que lo tenía todo planeado de antemano y para mayor asombro de Silvana, esta sintió que le agarraban de los brazos y al instante supo que no eran los alfa porque su abuela olía a clavo y canela; su abuelo, a cariño puro.

Los que no conocían la melodía, no tardaron en comprender la mecánica de la nueva danza. Era muy sencilla, solo tenían que abrazarse por los costados formando hileras enfrentadas y acercarse los unos a los otros,

después alejarse y repetir hasta que la tonadilla cambiaba y empezaban los gritos eufóricos del «jé, jé, jé» que hacían frenar a todos y doblar el espinazo al ritmo de los gritos.

Como no podía ser de otra manera, Urso era el dueño de la sonrisa descarada que se quedaba a tres centímetros de Silvana cada vez que la hilera opuesta a la suya se les acercaba. Ella terminó por sonreír también, cómoda y segura como estaba entre sus abuelos, aunque no le agradeció la ocurrencia al macho cuando la canción terminó, tampoco tuvo tiempo porque empezó a sonar una melodía pop y los beta de las tres manadas se acercaron a bailar con ella.

Silvana cambiaba de pareja cada pocos minutos y el mundo volvía a girar desenfocado a su alrededor. No escuchaba los cumplidos de los *mannaro*, ni distinguía sus caras. Lo único en lo que podía pensar era en los rayos de la pequeña luna que atravesaban el cielo encapotado, eran los brillos de la guadaña que le separaría de Bosco.

Bailó al son de canciones de tiempos lejanos, entremezcladas con otras más actuales. Los boleros se intercalaban con pop-rock y cedían su turno a las rancheras y a los últimos éxitos de la radio.

—*Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando...* —cantó uno de los hombres de la orquesta, imitando el acento de Carlos Gardel.

Era el momento del tango y, los que lo habían bailado en su juventud, la revivieron en aquel momento, los jóvenes les dejaban espacio en la pista y todos disfrutaban del espectáculo de una decena de parejas experimentadas. Entre ellos, los omega de Fronda.

Del cielo cayeron algunas gotas peregrinas y Silvana se resguardó bajo una de las carpas. No estaba cansada y podría haber bailado toda la noche sin necesidad de sentarse ni una sola vez, pero buscó una silla y disfrutó viendo bailar a sus abuelos.

Los omega habían estado casi todo el tiempo sirviendo bebidas, aunque eso no significaba que le hubiesen quitado los ojos de encima a Silvana. Ningún *mannaro* había dejado de vigilarla en toda la noche y el único que faltaba se acercaba en ese momento.

—*Y mientras en las calles, en loca algarabía, el carnaval del mundo...*

El tango quedó suspendido en una frase inconclusa. Las parejas dejaron de bailar y la orquesta de tocar. Todos se apartaron para dejar paso a Bosco

Montenegro y seguirlo con la mirada.

Él avanzaba cabizbajo y ceñudo. Vestía unos vaqueros añiles y un jersey de lana dulce que se le pegaba al cuerpo, marcando cada músculo, todos en tensión.

Silvana Canedo llevaba la misma ropa que se había puesto en el motel esa mañana y, en aquel momento, con sus vaqueros y su jersey oscuro, formaban una pareja perfecta.

Se miraron y se sonrieron a medias, la ilusión de encontrarse y el desespero de perderse tiraban de las comisuras de sus bocas en una sonrisa triste que les mantenía en silencio.

La luna ya no se distinguía en el cielo, pero Silvana estaba segura de que estaría tan pálida como se veía el rostro de Bosco, tan apagada como ella sentía su propia carne pegada a los huesos.

—Me han pedido que rompa nuestro amarre ahora —susurró él, cuando por fin llegó a su lado—. Quieren que lo haga delante de todo el mundo.

—¿Ahora?

—Ahora.

Se escuchó un trueno a lo lejos, nada más. Nadie se atrevía a hablar, ni siquiera a murmurar. La tormenta arreció, rompió el silencio y los *mannaro* corrieron a guarecerse bajo las carpas.

Los focos y los farolillos convirtieron el aguacero en lluvia de colores anaranjados, rosados y verdeazulados, empapando a rabiar la pista de baile.

—He bailado con todos menos contigo —se quejó Silvana. Se había dejado llevar toda la noche y en aquel momento iba a marcar su propio ritmo. Se puso en pie, extendió ambas manos hacia Bosco y le rogó—: Baila conmigo, por favor.

Bosco entrelazó sus dedos con los de ella y le devolvió la pregunta:

—¿Ahora?

—Ahora.

Salieron al centro de la pista y la lluvia les recibió brillante como gotas de luna líquida. Bosco la cogió de la cintura y Silvana cruzó sus manos alrededor del cuello de su primer amor y observó cómo las gotas se volatilizaban vaporosas al tocarle. La temperatura del macho era tan elevada que hasta la lluvia se evaporaba de sus pestañas.

Empezaron a bailar lentamente, cuerpo con cuerpo, latido a latido.

—Casi es mejor que no haya música —dijo Silvana, recuperando la complicidad irónica que los unía—, tienes dos pies izquierdos y no quiero que ninguna canción me recuerde lo mal que bailas.

—Piensa que en este mismo instante —adujo Bosco— hay un millón de canciones sonando en todas las radios del mundo, mi *zanna*, y sus ondas están en el cielo y entre nosotros; todas son nuestras y no necesito ninguna en especial para recordarlo porque todas las canciones me hablarán de nosotros y de esta noche.

Silvana no tuvo fuerzas para sonreír y escondió la cabeza en el pecho de Bosco, apenas pudo contener las lágrimas cuando sintió que él la besaba el pelo y la estrechaba aún más fuerte contra sí. Ya no se movían, no se miraban, permanecían el uno en el otro, Silvana con los ojos cerrados y Bosco clavando una mirada incandescente en el cielo.

—¿Estás contando los segundos que te quedan para librarte de mí, Sil? —logró bromear, con una risa afectada y amarga.

—Contar los segundos que nos quedan no es tan importante como hacer que cuenten —contestó Silvana y se atrevió a mirarle. Él bajo la vista hacia ella, al mismo tiempo, y Silvana agregó mentalmente:

«Haz que cuenten».

Bosco asintió y no le importó que el mundo entero lo escuchase:

—Te quiero, Canedo. Creo que desde que me dejaste un sitio a tu lado para que tu madre nos amamantase juntos.

—Te quiero, Montenegr...

Bosco la besó, sin avisar, y Silvana le mordió el labio inferior en venganza por tomarla por sorpresa; al momento, fue él quien se quedó de piedra cuando ella se quitó el jersey y se arrancó la blusa y el sujetador. La lluvia chisporroteaba al contacto con su piel encarnada por el poder de la luna y el deseo de la loba.

—Te toca —le desafió—. Quiero que me abracés de verdad y tomemos la luna juntos una vez más... mi *artiglio*.

Bosco se deshizo del jersey desgarrándolo, los pedazos volaron por todas partes y antes de que tocasen el suelo sus brazos ya rodeaban la cintura de Silvana.

Se observaron, absortos el uno en el otro, ardiendo de dentro a fuera. Silvana le acarició la espalda y subió por su cuello hasta las mejillas, Bosco giró un poco la cabeza para morderle los dedos y Silvana le devolvió un cariñoso mordisco en la barbilla. Pronto, sus labios húmedos de lluvia se encontraron en un beso voraz y apasionado, hasta que la voz de Melisa se hizo escuchar sobre la tormenta:

—Ya está bien, es el momento de romper el amarre.

La pareja dejó de besarse, aunque no se separaron ni un centímetro. Sus bocas jadeaban la una sobre la otra y sus mentes volaban juntas lejos de allí.

«Hay un modo de evitarlo» explicó Bosco, mientras se rascaba la cicatriz de la ceja sopesando el riesgo de malograr el hechizo. «Si utilizo cualquier otro dedo, si hago que me sangre el pulgar en lugar del dedo corazón, nadie se dará cuenta».

«No» decidió Silvana. «Se darán cuenta, debemos hacerlo bien. Adelante, rompe el amarre».

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —preguntó Bosco en voz alta, angustiada—. ¿Es lo que quieres de verdad, mi *zanna*?

Ella había calibrado la respuesta, pero cuando fue a contestar, el sí de su mente y el no de su corazón se encontraron en su garganta, estrangulando su voz:

—No lo sé y no podré saberlo hasta que...

Bosco no dejó que terminase la frase, se mordió el dedo corazón y la sangre brotó rabiosa.

—Te libero —declaró al tiempo que dibujaba la triple Hécate sobre los labios de Silvana y se fue acercando un poco más a ella con cada palabra—: Te libero, Silvana Canedo.

Sus bocas eclipsaron las tres lunas de sangre con un beso profundo. Se tomaron sin prisas, conscientes de que sería la última vez que se besarían, reticentes a dejarse marchar.

Bosco temía saborear la llegada del odio en aquel beso, pero nada parecía cambiar, solo la velocidad de sus respiraciones y el deseo que se abría paso desde sus entrañas.

Abrieron los ojos con las pupilas en llamas y el macho buscó en la mirada de ella el brillo del desamor; los ojos de la hembra titilaban cálidos bajo la

lluvia, igual de ambarinos y vidriosos que los suyos, amorosos y entregados. Era un dulce castigo.

Finalmente, él se apartó y dejó caer su frente sobre la de Silvana un momento; no podía, ni quería esperar a que llegase el rencor y, con un estallido, la lluvia siseó y Bosco cambió entre los brazos de su *zanna*, cubriéndola de cenizas.

Silvana vio escapar al lobo negro, aullaba como si le hubieran herido de muerte. Ella contuvo un alarido y esperó a que la hiel y el hielo tomasen su pecho, pero el odio no llegaba y lo único que sentía era su corazón roto, que no dejaba de latir y ni de doler.

Abrazándose a sí misma, medio desnuda y sintiendo aún el calor de Bosco, dejó que la loba gris también fuese libre y aulló.

Sus ojos se cerraron y el mundo siguió andando.

Capítulo IX

LAS SOMBRAS DEL LOBO

«El misterio de la existencia humana no consiste únicamente en permanecer con vida, sino en encontrar algo por lo que vivir».

Fyodor Dostoyevsky



2007, martes 9 de octubre.
Luna de frutas menguante.

Isaac Alborada se despertó de madrugada como si no se hubiese bebido una botella de tequila para cenar. Su corazón seguía roto, pero el resto de su cuerpo se recuperaba rápido de las heridas; las intoxicaciones etílicas no le duraban más de un par de horas a lo sumo. Tenía que beber y beber sin descanso para mantenerse en el estado de embriaguez que le permitía olvidar que había perdido prácticamente todo lo que le importaba en la vida: su sobrina y su amor. Le quedaban los chicos, sus maravillosos chicos perdidos, y por ellos seguía respirando y había contenido las ganas de subirse a su Harley para volar por el mismo barranco por el que había caído Raúl Montenegro.

Isaac llevaba días encerrado en su apartamento, sin comer, sin ducharse, sin cambiarse si quiera de ropa. En la camisa oscura no se notaban los restos de sangre seca, pero los vaqueros grises mostraban toda una cartografía de manchas diversas. Era lo único que le quedaba del cuerpo de su sobrina, un olor metálico y oxidado que le hacía desear morir con ella.

Se levantó de la cama y se asomó a la ventana del dormitorio, desde allí podía ver el camposanto en el que habían enterrado a Marta sin que nadie les viese. Los chicos habían levantado a pulso la estatua más bella del cementerio, una virgen sonriente, rodeada de ángeles; él había cavado una tumba para depositar el cuerpo exangüe de su sobrina debajo. Primero lo cubrieron de flores, después de tierra y por último volvieron a colocar la estatua en su lugar.

Isaac quería pensar que el alma de Marta había encontrado la misma paz que sus restos, pero sabía que para ella no habría descanso y quedaría ligada a Darío hasta redimirse. El espíritu de Marta se había comunicado con él a

través del chico y le había dicho que no se preocupase por ella, que era feliz como alma en pena, pero Isaac no era capaz de perdonarse haber sido parte de aquel horror.

Abrió la ventana y respiró la noche otoñal; después de la lluvia, la calma del exterior contrastaba con el infierno que se desataba en su mente. Miró el asfalto y calculó las probabilidades de sobrevivir si se dejaba caer de cabeza. No saltó en aquel mismo instante por miedo a que el golpe no fuese definitivo. Se sentía indestructible y devastado al mismo tiempo, completamente perdido.

Tenía que seguir adelante por el bien de sus chicos, eso lo sabía, como también sabía que cuando se quedasen sin sangre de alfa todos desearían estar muertos y vagarían condenados a sufrir el hambre de la bestia, con un miedo perpetuo a un fallo de seguridad que liberase la jauría sobre la ciudad.

Sin el alfa, solo eran monstruos esperando la luna.

La tormenta regresó a las calles e Isaac ni se inmutó, siguió de pie frente a la ventana abierta, sin dejar de mirar el camposanto. El viento le golpeaba con ráfagas de lluvia, calando su ropa y su piel, y en algún momento fue consciente de que había empezado a llorar, entonces se dejó caer, sentado en el suelo, liberando lágrimas y sollozos.

—¿Podemos pasar? —Fran golpeó suavemente con los nudillos la puerta del apartamento y susurró—. Por favor, déjanos pasar, Isaac. No estás solo.

Isaac se mordió los labios y se tragó el llanto. Podía contar los latidos de varios de los corazones de sus chicos perdidos, había dos trémulos por los nervios y uno que se mantenía sereno.

—Te traemos algo especial —añadió Best—, la última botella de *Southern Comfort* del almacén.

Fran y Best siguieron intentando convencerlo de que les abriese la puerta, el tercero se mantenía en silencio. Isaac pensó que sería el más callado de todos, Darío, y un escalofrío recorrió su espalda. No quería que su sobrina le viese así y si el chico estaba tan cerca, ella también lo estaría.

—Estoy bien —afirmó y la mentira le quemó la garganta.

—Bien jodido —recalcó Best— como lo estaba yo cuando murió mi padre... o cuando me pilló el puto metro y me dejó así de guapo.

Isaac se imaginó que el joven se apartaba la melena lacia de la cara para

mostrar la cicatriz que lo desfiguraba, era un gesto que usaba como golpe dramático y que en esa ocasión no funcionaría porque Isaac no lo estaba viendo.

—De verdad que estoy bien —repitió—, dejad la botellita de *bourbon* en el felpudo y marchad. No necesito nada más.

—Yo no pienso moverme de esta puerta hasta que la abras —dijo la voz del grandullón del grupo y despejó las dudas sobre a quién pertenecía el corazón sereno—. Sabes que puedo estar así horas, es lo que mejor se me da.

Héctor era el portero de El Matadero, había elegido esa tarea para poder leer entretanto. Era un hombre de letras, ayudaba con la contabilidad y si sus manos se veían negras alguna vez, era tinta y no grasa de motor.

—Yo voto por echar la puerta abajo —adujo Best.

—No me parece buena idea —barbotó Fran—, démosle un poco más de tiempo.

—¿Tiempo para qué? —Best apenas daba aire a sus palabras, pero Isaac era muy capaz de oírle—. ¿Quieres darle tiempo para que se tire por la ventana? Darío ha dicho...

Best se calló e Isaac no supo si había sido él mismo el que había cerrado la boca o le habían ayudado a hacerlo, tapándosela.

Isaac agudizó el oído y solo escuchó tres corazones agitados, dos respiraciones nerviosas y una sofocada, por lo que la teoría de la boca cerrada por dedos ajenos le pareció acertada.

—¿Qué ha dicho Darío? —inquirió. Ninguno de los chicos se atrevía a contestar y él les gritó—: ¿QUÉ HA DICHO DARÍO?

—Ábrenos la puerta y te lo decimos —propuso Héctor tras unos segundos angustiosos.

—No quiero que me veáis así —confesó Isaac, derrotado.

—Te hemos visto desnudo y con tripas de liebre por la barba —terció Best, intentado restarle hierro a la conversación—. Eso dejó el listón del espanto muy alto para nosotros, no puede ser peor.

Isaac amagó una sonrisa y recordó aquella cacería en la que todos habían despertado ahitos de carne de conejo. Su sobrina les había obligado a lavarse en el río antes de subir a la furgoneta y había dejado de hablarles durante días, porque podía soportar la idea de que se alimentasen de jabalíes y corzos,

pero la masacre de los conejitos por mucho que los agricultores los llamasen plaga, había sido demasiado para Marta.

—¿Me vais a contar qué ha dicho Darío o no? —bramó Isaac—. Al menos decidme dónde está, porque sé que no está ahí con vosotros, ¿verdad?

De nuevo, tardó en recibir una respuesta hasta que Héctor se envalentonó, calibrando sus palabras:

—Darío ha dicho que estás pensando hacerte daño y él no está aquí porque no quiere que Marta vea cómo lo haces... y ella tampoco.

Isaac no se amilanó, le dolía pensar que el espíritu de su sobrina pudiese haberle visitado justo en ese triste momento de debilidad en el que había estado a punto de saltar por la ventana, pero no le cuadraba que Darío no estuviese al otro lado de la puerta con sus hermanos, Marta no era una de esas personas que miran para otro lado cuando algo malo está ocurriendo, ella haría que Darío atravesase la puerta y le quitase las malas ideas aunque tuviesen que dejarle inconsciente a golpes para conseguirlo.

—Quiero ver a Darío, ahora —decidió. Sabía que los chicos le ocultaban algo importante, no necesitaba abrir la puerta para ver la culpa en sus ojos—. ¿Dónde está?

—Ha... ha salido con la moto —balbució Best.

—¿Él solo? —gruñó Isaac. Era el colmo, les había enseñado bien y ellos sabían que no debían salir solos, ni siquiera para dar una vuelta a la manzana, era peligroso por mucho que las motos hubiesen sido ungidas con la sangre del alfa y llevasen símbolos de protección tallados en la carrocería. Si se cruzaban con un demonio feral, era posible que los detectase y por eso volvió a gritar—: ¿Le habéis dejado que se fuese? ¿ÉL SOLO?

—Marta le protege —respondió Fran, serio y afilado, apenas susurrando—. Él no está nunca solo.

Isaac cerró los ojos, asintió y recordó una frase que el alfa solía repetirle al oído: «el águila ya no vuela sola, nunca más».

Sintió que las lágrimas regresaban, pero no las liberó; en su lugar, desgarró la tela de los vaqueros y dejó su pierna de sombras al descubierto. Trató de recordar el rostro del alfa, su nombre al menos y no pudo. Acarició las tinieblas pulidas y susurró:

—Prometiste que siempre estaríamos juntos, pero me has dejado solo.

Al escuchar la queja, las sombras se arremolinaron y, para sorpresa de Isaac que sintió cómo dejaba de controlarlas, la pierna perdió su forma en favor de un busto.

Las sombras le miraban y copiaban a la perfección la sonrisa altanera de Raúl Montenegro. Sus oscuros labios se movieron y la voz del difunto alfa acarició la mente de su amante:

«No te he dejado solo. He estado a tu lado todo el tiempo, mi *artiglio*, pero pensaba que no querrías volver a verme nunca».

La loba gris cruzó a la carrera el jardín y subió como una exhalación los peldaños de la escalera principal, solo recuperó la forma humana al llegar a la puerta de su nuevo cuarto y con una mano temblorosa giró el pomo, abrió la puerta y se arrojó dentro del dormitorio, cegada por las lágrimas hasta chocar contra la cama y quedar desmadejada sobre la colcha.

Había llovido toda la noche y sus ojos tampoco habían tenido descanso. No había dormido y ni siquiera se había metido entre las sábanas, se había quedado desnuda y había llorado en intervalos intermitentes el desasosiego que la quemaba por dentro.

Después del beso de sangre, en un primer momento, Silvana pensó echar a correr detrás de Bosco y seguir su rastro hasta darle alcance, pero un pequeño resquicio helado se abrió paso en su pecho. Era un agujero tan diminuto como si lo hubiesen taladrado con una aguja de vudú y por su hueco le hablaba una voz a la que no había querido escuchar antes, diciéndole que Bosco no había ido detrás de ella, no se había preocupado de buscarla en todos esos años, ni siquiera lo había intentado.

Silvana no había vuelto a sentir frío desde su primera transformación porque su fuego interior era demasiado intenso, sin embargo, aquella voz de su conciencia era como astilla congelada en mitad de su pecho y se le clavó hasta el alma, le dolía físicamente cada vez que respiraba.

Ella sabía que el frío provenía de la magia del beso e intentaba pensar en Bosco de otra manera, concentrándose en los mejores recuerdos que tenía, aferrándose a ellos. Aquella pequeña voz fría no se callaba y no dejaba de repetirle todas las cosas horribles que Bosco le había hecho y todo el dolor que le había provocado al marcarla. Cada frase acertaba en el blanco de su resentimiento y atravesaba su corazón como un témpano de hielo, que su sangre caliente no era capaz de derretir: «no me buscó, me marcó y me dejó ir, no volvió a pensar en mí hasta que pensó que éramos iguales, que todos me querrían, entonces él también me quiso, entonces vino por mí».

La voz era puro rencor y no era una consejera desconocida, había estado allí desde que Silvana había entendido por qué había sido rechazada por

todos los hombres a los que se acercaba. Al principio, se había resistido a escucharla, pero conforme la noche avanzaba, todo lo que podía oír era la voz del odio y el sonido de la tormenta... hasta que un nuevo ruido se coló en el cuarto.

Las orejas de Silvana se movieron instintivamente y sus ojos buscaron en la oscuridad el origen de aquellos suaves golpes. El alba cubría el cuarto de luz violácea, la lluvia repiqueteaba contra los cristales y a Silvana le parecía escuchar un repiqueteo distinto. No tardó en distinguir que no eran gotas si no nudillos los que llamaban a una de las ventanas de su dormitorio, con fuerza suficiente como para que ella los escuchase y la sutileza justa para pasar desapercibidos a oídos del resto de la casa.

En una de las ventanas, el cielo clareaba en malva y carmesí recortando un oscuro perfil al otro lado del cristal, el perfil de Bosco Montenegro.

Silvana saltó de la cama con el corazón en un puño y al acercarse al alféizar no encontró lo que esperaba.

—No pienso dejarte entrar.

Urso se encogió de hombros, se metió las manos en el bolsillo de su pijama de seda y sonrió cándido.

—Está lloviendo.

—¿Y qué? Tú no puedes resfriarte.

—No, pero puedo romperme el cuello si me caigo de la cornisa... y te aseguro que resbala de cojones.

—Entonces vuelve despacito y con mucho cuidado por donde has venido.

—Vengo de la habitación de al lado a quejarme porque no me dejas dormir. —Silvana se cruzó de brazos y Urso continuó—: Solo nos separa un muro y, por muy ancho que sea, te oigo llorar y ya no lo aguanto más.

—Siento que mi sufrimiento te desvele —se defendió Silvana, sarcástica, e hizo ademán de bajar la persiana.

—Vas a despertar a todos como sigas haciendo ruido y hablando en lugar de mandarme a la mierda con el pensamiento, a no ser que no sepas hacerlo.

«Vete a la mierda, Urso» replicó Silvana y, consciente de que entraba en su juego, le miró inquisitiva. «¿Qué quieres?».

Era mejor comunicarse mentalmente con él y que Melisa no los oyese, aunque pensó que de seguro sería idea de la vieja bruja que su nieto preferido

estuviese allí en ese momento.

«Soy su preferido porque mi hermano es un gilipollas» adujo Urso, sin que Silvana le impidiese acceder a esa parte de sus pensamientos. «Y lo que te ha hecho lo demuestra».

«No es peor de lo que quieres hacerme tú».

«¿Sí? ¿Y qué se supone que quiero hacerte yo?». Los ojos de Urso centellearon y la repasaron de arriba a abajo, con una mueca divertida. «Para empezar, quiero hacer que te sientas mejor, así que abre la ventana».

«No voy a dejarte entrar».

«¿Eso es lo que crees que quiero, *neña*? ¿Entrar?». La risa de Urso fue más que mero pensamiento. «No hay nada que podamos hacer ahí dentro que no sea infinitamente mejor si lo hacemos aquí fuera, en el bosque... ¿Para qué iba a querer encerrarme contigo en una habitación? Lo que quiero es que salgas y vayamos juntos a correr».

Silvana se quedó descolocada.

«Está lloviendo» repitió, bajando apenas la guardia.

«¿Y qué? Tú lo has dicho, no nos vamos a resfriar. Abre la ventana y respira, necesitas aire fresco... No eres una prisionera y tienes permiso para salir a jugar».

«Si no fuese una prisionera, no necesitaría permiso de nadie».

«Eso ya lo discutiremos. Sal a correr conmigo, tu cerebro descansará un rato y yo también».

Silvana quería aceptar el ofrecimiento, pero se mantuvo en sus trece.

«NO».

—Me matas, mi reina.

Urso puso los brazos en cruz y se dejó caer hacia atrás.

Silvana escuchó el golpe seco contra el suelo y abrió la ventana, incapaz de contener la rabia y la curiosidad. Odiaba que la llamase reina y se dijo que ojalá Urso se hubiese roto el cuello de verdad, pero era mentira que lo desease.

Urso había girado en el aire y había caído de pie. Cuando Silvana se asomó, le dedicó una reverencia y una sonrisa complacida.

—Respira hondo —la incitó— y salta.

Silvana obedeció por inercia, el olor del bosque bajo la lluvia era

demasiado tentador e inhaló hasta las entrañas, donde la loba gris se revolvía deseando que la liberasen.

«Está bien» decidió y se subió al alféizar.

«Puedes hacerlo».

«Lo sé, ya lo he hecho antes» replicó ella, recordando la noche en la que saltó desde el tejado de la casona para caer en el balcón de Melisa y descubrir que se acostaba con su padre. No quiso pensar más en ello y Urso le ayudó, se quitó el pijama y se convirtió en un imponente lobo negro.

«Sígueme si puedes» la retó y echó a correr.

Silvana soltó la mano que tenía asida al marco de la ventana, tomó aire y saltó.

Al caer, el impacto contra las baldosas hizo que le ardiesen las plantas de los pies igual que si hubiese caído sobre la alfombra de brasas de un faquir. No perdió un segundo más, se transformó en la loba gris y persiguió la esencia del lobo negro.

A cada charco que pisaba, escuchaba el estallido del agua como una detonación y percibía una explosión de olores distintos. Era confuso y delicioso, pero no se despistaba del aroma del macho y lo siguió hasta adentrarse en el monte.

Urso era rápido, Silvana aún más y no tardó en darle alcance. El lobo negro saltó por encima de un tronco caído y la loba gris también saltó, solo que calculó con mayor precisión y cayó sobre el tronco usándolo para darse impulso en un nuevo salto que la propulsó por delante de él.

Habían intercambiado los papeles, Urso la perseguía y Silvana atravesaba el bosque con un sentido de la orientación impecable que hasta ese momento no había sabido que tenía. Era como si supiese exactamente la posición de cada rama, cada arbusto y cada piedra. Se sentía uno con el viento y con la tierra, se sentía libre y al mismo tiempo en casa, como si el mundo le perteneciese por derecho y pudiese recorrerlo de tres zancadas, pero también era consciente de que había un límite.

La tierra le habló de las guardas, símbolos de piedra y sangre que la encerraban dentro de Fronda y que no permitirían que pusiese una pata fuera del perímetro. Recordó que su abuela Olivia le había descrito una sensación similar y deseó que pudiera ser cierto haberlo heredado de ella.

Olivia Martos tenía un poder que los *mannaro* denominaban *natura vivente*: cuando dejaba a su loba libre era capaz de comunicarse con la naturaleza e incluso hacerse obedecer.

Silvana lo intentó, frenó en seco y se giró para esperar a Urso. Cuando le vio aparecer por un lateral, improvisó y se concentró en el pino que el lobo tenía justo encima. Rogó apenas un segundo y el árbol dejó caer todas sus piñas.

Urso recibió la lluvia de piñones con un aullido lastimero, una de ellas le había dado en el hocico y miró a Silvana con recelo.

«Has sido tú» la acusó.

«¿Yo qué?».

«No te hagas la tonta, tú me has tirado las piñas».

«A lo mejor no le caes bien al árbol».

«O a lo mejor no te caigo bien a ti».

«Eso lo puedes tener seguro» bufó la loba gris y se marchó, sentía que había un riachuelo cerca y estaba sedienta después de la carrera.

Urso trotó para alcanzarla, se acomodó a su paso y juntos llegaron al riachuelo y bebieron de sus frías aguas.

El lobo negro metió la cabeza en la corriente y se sacudió, convirtiéndose en humano y en vapor las gotas de agua que habían quedado atrapadas en su pelo. Se quedó de rodillas junto a la hembra, sin poder dejar de mirarla.

Silvana bebía sin sed, para no devolverle la mirada con el mismo brillo de deseo que los ojos de Urso le profesaban. Al macho le sentaba demasiado bien la penumbra clara del amanecer y verle así, desnudo en el bosque, despertaba los recuerdos de todos los sueños que habían compartido juntos.

—¿En qué estás pensando? —inquirió Urso, con un deje divertido en la voz, como si lo supiese. Silvana cortó completamente el canal de comunicación mental y Urso se rio con más ganas, se sentó en una piedra cercana y aventuró—: Supongo que estás pensando en cómo escapar.

Silvana dejó de beber, olisqueó el aire y empezó a trotar de regreso hacia la casa.

—Espera —insistió él—. Si estás pensando en escapar, si de verdad quieres hacerlo, yo puedo sacarte de Fronda ahora mismo. Sé cómo hacerlo porque he ayudado a reforzar el perímetro.

Silvana dejó de avanzar, lo miró con sorpresa y se transformó en humana solo para poder escupirle las palabras:

—¿Y qué vas a decirle a tu abuela cuando se despierte y yo no esté?

—No te preocupes por mi abuela, preocúpate por los tuyos. Puedo salvarte a ti, pero tus abuelos no sé qué será de ellos si huyes...

—Lo sé, por eso regresé.

Urso caminaba detrás de ella, temiendo que ni como lobo ni como humano sería capaz de alcanzarla si ella echaba a correr de nuevo.

—¡Eso es lo que me diferencia de mi hermano! —gritó y consiguió que ella parase. Silvana lo miraba con curiosidad, por lo que Urso aclaró—: A eso me refería antes, a que si hubiese estado yo contigo, nunca te habría hecho volver a Fronda.

—Ya. ¿Cómo de imbécil crees que soy? —Ella se acercó hasta que se quedaron frente a frente, entonces Silvana le apuntó con un dedo a la cara y explotó—: ¿Crees que me voy a creer esa mierda?

—Es la verdad. —Urso atrapó los dedos que Silvana había extendido hacia él y tiró de ella, intentando hacer chocar sus cuerpos. Silvana le amenazó elevando una rodilla hacia las partes nobles del macho y este la soltó inmediatamente, levantando las manos—. ¡Me rindo, no me pegues en los huevos, por favor! He tenido suficiente con el piñazo de antes. —Urso se acarició la nariz, recordando el susto del golpe y agregó—: Solo quiero que confíes en mí y no miento: yo nunca te habría hecho volver, me habría quedado contigo y habríamos completado el beso de sangre con la siguiente luna para pertenecernos.

Silvana gruñó.

—Y mis abuelos estarían muertos.

—Puede que sí o puede que no. De todos modos, ellos son viejos y no les quedan muchos años de vida; por mal que se lo haga pasar mi abuela no será por mucho tiempo. Pero tú eres joven y vas a ser el vientre de las manadas toda tu vida, a no ser que nos vayamos ahora. Tú decides.

—Eres muy listo, Urso. Me traes aquí, me ofreces la libertad y empiezas el cortejo sin ser un alfa.

—Todavía —puntualizó Urso—. No soy el alfa de Fronda todavía, pero lo seré muy pronto y entonces podré salir de aquí para cazar almas corruptas,

como hacía mi padre, y las sombras me protegerán... Ese es mi destino y hasta ayer lo quería, pero hoy resulta que ya no lo quiero.

—Seguro que no. —Silvana resopló con desdén—. Seguro que prefieres fugarte conmigo y recorrer el mundo solos, huyendo de las manadas y esquivando demonios ferales.

Urso silbó entre dientes y con sonrisa pícara, le corrigió:

—Cambia lo de esquivar por matar. Preferiría acabar con todos los ferales que nos encontrásemos, pero tu plan también me gusta: tú y yo, viendo mundo, cazando y follando hasta en sueños. Me gusta mucho la idea, mi reina.

—No me llames así y no me digas... solo de pensarlo me da asco.

—Vamos, Silvana, no seas falsa que sé en qué estás pensando porque yo estoy pensando lo mismo. No me puedo creer que esté aquí contigo, desnudos, y no me dejes tocarte.

Urso intentó acariciarla y Silvana se zafó de un manotazo. No se creía ni una palabra de todo lo que había oído y no se fiaba ni de sí misma, Urso le atraía demasiado y le habría encantado sentir aquella caricia y dar ese diminuto paso que les separaba y sentir toda su piel sobre la suya... Agitó la cabeza como si pudiera despejarse de la embriagante sensación que le provocaba la proximidad del macho y decidió apostar fuerte y tirarse el mismo farol que Urso se estaba marcando.

—Vale.

—¿Vale qué? —preguntó él a media voz, incapaz de creer que ella accediese a nada.

—Sácame de aquí —le desafió Silvana.

—Pues sígueme.

Urso no se retractó, se convirtió en lobo y Silvana hizo lo propio para poder seguirlo a través del monte. Recorrieron una veintena de kilómetros hasta pararse muy cerca de una carretera. Ella seguía reticente a confiar en él, pero lo cierto era que la tierra le estaba diciendo que las guardas estaban delante de ellos, junto al arcén, impidiéndole poner un pie en la carretera.

Urso recuperó la forma humana, se apoyó en el tronco de un arce y se le explicó:

—Muchos *mannaro* han sangrado por ti, Silvana, porque necesitábamos

mucha sangre para marcar toda la frontera y asegurarnos de que no podrías salir una vez entrases en Fronda. Ahora estamos en la zona que yo marqué y por eso puedo romper el sello.

La loba gris asintió, se sentó sobre sus cuartos traseros en una alfombra de hojarasca y la hizo humear al transformarse en humana.

—Sé cómo funciona —aseguró Silvana y permaneció sentada en el suelo, abrazándose las rodillas para que él no notase que le temblaban las piernas de puro nervio. No necesitaba que Urso le dijese cómo funcionaban las guardas de sangre porque su propia familia las había usado para encerrarla en un sótano justo antes de sacarla de Fronda. Lo que aún no podía creer era que Urso estuviese dispuesto no solo a dejarla marchar, sino a escapar con ella.

—Si sabes cómo funciona —prosiguió él—, entonces sabrás que solo tengo que sangrar un poco más sobre la tierra para unirla y darte mi permiso.

—Adelante —masculló Silvana—. Hazlo.

Urso ni siquiera pestañeó, se llevó un dedo a la boca, lo mordió y dejó que su sangre gotease en zigzag sobre la tierra.

—Por aquí podrás pasar, ya está hecho —aseguró.

Silvana se levantó y ambos se quedaron al borde de la brecha que Urso acababa de abrir en el perímetro. Ella olisqueó en el aire la esencia poderosa de la sangre y supo que era cierto: podía escapar y la posibilidad le quemaba por dentro.

Un brillo audaz restalló en sus ojos y Urso carraspeó.

—Sé lo que estás pensando —continuó Urso— piensas que si te transformas y sales corriendo, no seré capaz de alcanzarte. Puede que sea cierto, pero por favor no lo hagas. Déjame que vaya contigo y nos protegeremos el uno al otro.

—Eres muy listo, Montenegro. —Silvana amagó un paso hacia la salida y cuando iba a poner un pie fuera de Fronda, volvió a dejarlo dentro y chascó la lengua, descreída—. Estaba pensando exactamente eso, pero no lo voy a hacer. Sí que eres listo, casi hasta me convences de que vas en serio, pero los dos sabemos que sin la manada no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir, ni sola, ni contigo.

—Si voy yo, en realidad no estaríamos solos... Tengo parte de la sombra

de mi padre. —Urso se llevó una mano a la nuca y simuló arrancarse un mechón de pelo, pero cuando se lo mostró a Silvana, en realidad eran hebras de sombra y se retorcían entre los dedos del macho como culebras vivas. Los ojos de Urso se humedecieron—. Este es el legado de mi padre y con esto puedo protegernos de cualquier ataque imprevisto. Las sombras pueden estrangular a todos los que se atrevan a acercarse a nosotros... Y además, mi padrino nos ayudaría a empezar de cero y también nos protegería.

—¿Tu padrino?

Urso volvió a esconder las hebras de tinieblas entre su pelo y contestó:

—Mi padrino es un *orso mannaro*.

Silvana se cruzó de brazos.

—Creía que estaban extinguidos.

—Con él no pudieron, es más viejo que el mear... ¿No me crees? Piénsalo bien, le has conocido antes. —Silvana frunció el ceño, no recordaba que le hubieran presentado a nadie así y Urso la ayudó—: No pienses en los ancianos, el viejo oso se regenera mejor que tú y que yo; se ha echado una siesta y parece que tiene doce años. Era el único niño de fiesta.

Silvana enarcó las cejas al caer en la cuenta de que el peculiar olor de aquel niño le había resultado tan extraño como el modo autoritario en que se había dirigido a Urso.

—¿Nos va a proteger un renacuajo? —bufó, manteniendo la charada para ver cómo de lejos pensaba llegar Urso con su farol de dejarla libre.

—No le juzgues por lo que parece ser, él es muy poderoso y me ha dicho que si le hago un pequeño favor, me ayudará siempre que lo necesite, como hacía con mi padre. —Urso miró al cielo, volvía a nublarse y pronto llovería, pero lo que le preocupaba era perder la ventaja de la oscuridad. Si querían escapar como lobos, era mejor que no los viese nadie—. No tenemos tiempo para esto, ¿nos vamos o no?

Silvana calibró la situación, se vio a sí misma como la loba gris, corriendo por la carretera y dejando Fronda atrás, dejando a sus abuelos atrás, a Bosco...

—No —dijo serena y dio por zanjado el juego, levantando sus cartas—. Tu hermano no me ha obligado a volver, me conoce mejor que tú y sabe que nunca abandonaré a mis abuelos.

Urso gruñó.

—Es tu decisión y es muy noble, pero es una mierda de decisión. Por si cambias de idea, no voy a cerrar el perímetro. Te dejo la puerta de la jaula abierta.

—Ya. —Silvana se rio sin ganas—. Me estás dando la llave de una puerta que no debo abrir porque en el fondo esperas que no lo haga y que solo me sienta en deuda contigo.

—¿Crees que intento manipularte?

—Seguro que no, Urso. Seguro que me has traído hasta aquí porque no piensas en el futuro de las manadas y prefieres que la nieta de los omega, que nunca te ha importado una mierda, sea libre.

—No digas que nunca me has importado una mierda, no es verdad. Tú me importas MUCHO.

—Sigues con el cortejo.

—¿Nada de lo que diga o haga va a hacer que me creas? ¡Joder, qué cabezota eres! ¿Quieres saber por qué cojones me importas tanto?

No esperó a que Silvana contestase, la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí. La cara sorprendida de ella rebotó contra el pecho desnudo de Urso, que contrarrestó su brusco gesto levantando la barbilla de Silvana con ambas manos, gentilmente, para robarle un beso igual de tierno.

La atracción entre ellos era más fuerte que la razón y Silvana se dejó besar durante tres segundos gloriosos; después, le apartó de un empujón.

Urso no la dejó marchar, la abrazó con más fuerza y le preguntó a media voz:

—¿Te ha quedado claro o te lo repito?

Los dos estaban almizclando, todo el vello de sus cuerpos estaba erizado, electrizado, y sus corazones latían desbocados. Aunque ya se habían besado en sueños muchas veces y con mayor profundidad, aquel leve roce de labios real desbancó a todos los oníricos.

A Silvana le temblaban las piernas como si acabase de saltar por un precipicio y le tomó su tiempo hablar sin que el temblor le llegase a la voz.

—Has dicho que ibas a respetar mi voluntad, pero no lo has hecho y sigues sin hacerlo. Suéltame.

—Perdona —Urso se disculpó, dejó de abrazarla y se relamió, sonriendo

—. Soy así, te lo dije, prefiero pedir perdón antes que pedir permiso. Esto es nuevo para mí, pero intentaré acostumbrarme... Te voy a pedir permiso: ¿puedo besarte otra vez?

—*Vete a la mierda* —dijo Silvana de corrido y dejó de respirar porque la esencia de Urso le estaba enloqueciendo.

Giró sobre sus talones, de regreso a la casona, y Urso la siguió, a dos pasos, satisfecho y altanero.

—He simplificado las cosas —insistió—, pero no te he forzado. Yo te he besado, tú te has dejado besar y cuando me has rechazado, no he insistido y ya está. Lo siento, soy así, como me enseñó mi padre, él también prefería pedir perdón antes que pedir permiso y...

Silvana le cortó:

—El mío me enseñó a pedir las cosas por favor y a dar las gracias.

—Normal, era un omega. —Urso se dio cuenta tarde de que había metido la pata, pero no le dio tiempo a desdecirse.

—Ese omega se acostaba con tu abuela —le atacó Silvana.

Urso chascó la lengua.

—No me lo creo.

Silvana le devolvió el chasquido.

—Vale, me da igual que te lo creas o no.

Urso se quedó callado un momento, le costó reaccionar y decidió creerla.

—Joder, podría ser, mi abuela siempre ha hecho lo que ha querido y sin pedir perdón, ¿para qué? Es lo que tiene ser alfa: vas delante y todo el mundo te besa el culo. Y tú vas a ser alfa, así que ve acostumbrándote... Tienes un buen culo y yo te lo besaría aunque siguieses siendo una omega, puedo entender lo de mi abuela y tu padre.

—Vete a la mierda —repitió Silvana.

—Lo que tú digas, mi reina. Tú sigue caminando y lleva tu culito lindo de vuelta que te lo van a besar quieras o no... y hasta te lo van a morder, empezando por los alfas en el cortejo. —Silvana se giró, sus ojos encendidos de furia y curiosidad. Urso siguió provocándola—: No tienes ni idea de lo que va el cortejo, ¿a que no?

Silvana no contestó, dejó de mirarle y siguió andando. Sus abuelos no habían querido profundizar en el tema del cortejo e incluso se habían

mostrado esquivos cuando Silvana les había preguntado al respecto. Suponía que el rito se trataría de conocer a los alfa mejor, que la tratarían como la estaba tratando Urso aquella noche y, sin embargo, le escamaba que sus abuelos no hubiesen querido darle detalles. Urso parecía dispuesto a hablar y tenían tiempo de sobra de aclarar el tema, por lo que Silvana aprovechó y le preguntó directamente:

—¿Tú sabes en qué consiste?

—Por supuesto —contestó Urso, malicioso.

—¿Y me lo vas a decir?

—Creo que voy a hacer mucho más que eso cuando sea alfa, *neña*.

La sonrisa que ostentaba Urso fue elocuente y Silvana desistió en su interrogatorio, él iba a disfrutar la conversación más que ella. Se dijo que ya encontraría alguien que se lo explicase sin saña y dejó que la loba gris corriese libre de regreso.

Después del beso, Bosco recorrió kilómetros a través del bosque, con el pelaje empapado y la esperanza hecha añicos. Sentía que alguien le perseguía y sabía que no era Silvana. Tenía el viento en contra y no podía captar su olor, pero las veces que había conseguido atisbar a su perseguidor entre los árboles, el color de su pelaje no era gris era más oscuro, seguramente negro, por lo que no estaba seguro de si se trataba de su hermano o de su abuela, porque ningún otro lobo de la manada tendría arrestos para enfrentarse a él en ese momento.

Fuera quien fuese de los dos, Bosco no estaba dispuesto a averiguarlo e intentó despistarlo. Por más que corría, por más que sus patas elegían la ruta más dura y salvaje, seguía sintiendo aquella presencia detrás como su propia sombra.

Cambió de idea y se dirigió hacia Caldas de Luna, cambiando también de forma. La lluvia humeaba al contacto con su piel humana porque la rabia y el dolor le mantenían caliente; el sufrimiento de su alma le impedía sentir el del su cuerpo y los arañazos que le abrían la maleza y los cantos del terreno, cada vez más escarpado, no le detenían.

Por fin, Bosco alcanzó la cabeza del Barranco del Pincuejo y se preparó para descender, saltando de un peñasco a otro y colándose por la hendidura del desfiladero. Si miraba hacia el cielo, solo veía la lluvia encajada como su cuerpo entre las altas paredes de piedra, que medían más de cincuenta metros y estaban tan próximas entre sí que podía tocarlas con ambas manos, tan resbaladizas que apenas podía asirse a ellas.

Escuchó cómo el trotar de su perseguidor también se convertía en pasos humanos y se preparó para poner distancia entre ellos, con un salto que iniciase el descenso.

—Es demasiado peligroso —le advirtió Melisa Montenegro—. No lo hagas.

Bosco no se giró, le contestó entre dientes:

—Preocúpate por ti y quédate dónde estás.

Melisa avanzó entre las peñas al tiempo que intentaba ralentizar a su nieto con palabras de sosiego.

—Acabo de perder a mi hijo, no pienses ni por un momento que voy a permitir que te pase algo a ti, Bosco. Te has portado muy bien esta noche y me llenas de orgullo. Ha debido ser difícil romper tu vínculo con esa mujer y...

—No.

—¿No? —repitió Melisa, sin entender a qué se refería.

—No —volvió a gruñir Bosco—, no vengas a lamerme las heridas como si te importase algo de lo que me pueda pasar, abuelita —escupió el diminutivo y saltó más de dos metros hacia la oscuridad del desfiladero.

Su peso al caer contra el arroyo y las rocas sonó como un disparo, un pistoletazo de salida de una carrera loca. Bosco continuó descendiendo y no tardó en escuchar el estallido del agua al recibir los pies de Melisa. Ella cayó en el mismo punto en el que él había aterrizado unos segundos atrás y le gritó:

—Hablas como tu padre, te miro y le veo a él.

—Eso díselo a mi hermano. —Bosco no se molestó en disimular la rabia que alentaba sus palabras—. A Urso sí que le gustaría escucharte decir algo así, pero a mí no me importa ni lo que pienses, ni lo que podría pensar mi padre si no estuviese muerto.

—¡No vuelvas a hablar así! —bramó Melisa—. ¡No reniegues de tu familia, yo...!

—Mi familia son los omega desde que nací.

Bosco había llegado a la primera balsa de agua del barranco y se dejó caer, doblando las piernas en el aire para no entrar como una flecha y clavarse en el lecho rocoso.

El arroyo le abrazó y por unos segundos templó su dolor. Bosco se hundió y se olvidó del mundo hasta que sus pulmones comenzaron a arder y tuvo que sacar la cabeza fuera del agua para respirar.

Su abuela le observaba desde el borde del salto, con los brazos cruzados y los labios fruncidos.

—Pensaba que con la ducha que me estoy llevando sería suficiente para convencerte —bromeó Melisa—, pero tú además quieres que me dé un baño.

—Lo que quiero es que te vayas por donde has venido —arguyó Bosco mientras se alejaba de ella, nadando hacia una roca plana—. Vuelve a la casona con tus ilustres invitados y déjame en paz.

—No voy a volver y tú tampoco. No hace falta que volvamos tan pronto porque tu hermano se encargará de todo, le he dado instrucciones precisas para los próximos días.

Los ojos de Bosco brillaron como luciérnagas y su reflejo se duplicó en la superficie del agua.

—Me has oído bien —insistió Melisa—, ni tú ni yo vamos a volver a casa porque esta noche los dos saldremos de Fronda.

—¿Me vas a desterrar?

—No, lo que quiero es que me ayudes con algo. Tienes mejores cosas que hacer que quedarte aullando a una luna que no te escucha. Necesito que vengas conmigo.

—¿Adónde?

—¿Dónde te gustaría ir, mi niño? Te dejo elegir a ti, ¿dónde crees que podríamos encontrar un alma corrupta?

—Para eso no hace falta salir siquiera de este barranco —contestó Bosco y por si había sido demasiado sutil con su ofensa, añadió—: No conozco alma más oscura que la tuya.

—Las sombras no reclamarán mi alma —se defendió Melisa—, he hecho cosas horribles en mi vida, pero siempre por un bien mayor.

—Si eso es lo que necesitas creer para dormir por las noches... —Bosco no terminó la frase. Melisa saltó y sus pies no tocaron el agua. El joven solo pudo musitar—: Dios santo.

El pelo de Melisa Montenegro se extendió en el viento como la cola de un pavo real, de cada hebra surgió una serpiente de tinieblas y sus fauces se aferraron a las paredes del desfiladero, manteniendo el cuerpo de la mujer en el aire como si de una enorme araña se tratase.

Bosco no se había parado a pensar qué había ocurrido con el poder de su padre al morir este, suponía que las sombras esperarían a la resolución de la pugna por el liderazgo, pero habían regresado a Melisa.

—¿Cómo...? —intentó preguntar, consciente de que su abuela le tenía a su merced y había sido así durante todo el camino—. ¿Cómo es que tienes el

manto de sombras si no eres alfa?

Melisa sonrió.

—Una vez lo fui y alguien tiene que proteger a nuestra manada hasta que tu hermano se convierta en el siguiente alfa.

—Él no va a ser el siguiente alfa —resopló Bosco, rotundo.

La risa de Melisa reverberó por el escarpado cañón, seguida de unas palabras resentidas.

—Si eso es lo que necesitas creer para dormir por las noches... —le espetó a su nieto—. Cuando tu hermano sea alfa, intentaré que te perdone y que te deje vivir con nosotros, pero primero tendrás que pedirle perdón a él, a los alfa, a Silvana y a toda la manada.

—Silvana ya me ha perdonado y a Urso no tengo porqué pedirle...

—Te equivocas —le cortó Melisa y acarició con un tentáculo de sombras la mejilla de su nieto, que se deshizo del roce con un manotazo—. Y por eso nos vamos ahora, porque te conozco y sé que eres demasiado orgulloso. No puedes serlo si quieres sobrevivir. —El tentáculo de sombra volvió a acariciar a Bosco, él intentó quitárselo de encima nuevamente y la penumbra se enrolló alrededor de su cuello y empezó a apretar—. Si te expulsan de Fronda, tienes tantas posibilidades de sobrevivir como las que tienes ahora si le digo a las sombras que te asfixien.

Bosco intentó zafarse de la soga negra con ambas manos, pero todo esfuerzo era vano. Cuanto más luchaba, más apretaba la oscuridad y pronto le costó seguir respirando.

—No sabes cómo es el mundo de ahí fuera, Bosco. Yo he cazado almas impías durante décadas y solo me he cruzado con un feral en una ocasión, porque el mundo es muy grande y la probabilidad de encontrarnos con *giagueros* es muy pequeña, pero jugó en mi contra. Tuve suerte de que los ferales sean seres solitarios, como mucho viven en pareja lo justo para procrear. Si hubieran sido dos, habría muerto y tú no existirías, pero era uno y salí victoriosa. Era la alfa y las sombras me protegían, tú a lo mejor no tendrías tanta suerte.

Bosco había imaginado muchas veces que salía en busca de Silvana y caía en manos de los ferales, había fantaseado con la idea de que uno de esos seres infernales intentaba entrar en su cerebro para dar con la localización exacta

de Fronda y que en cambio él entraba en la mente de la bestia y la dominaba.

—Yo —consiguió decir y las tinieblas apretaron su cuello con mayor fuerza—. Soy... más fuerte... de lo que crees.

Melisa lo miraba, complacida.

—Sé que eres fuerte, eres mi nieto y has nacido para ser fuerte, pero no para reinar y si te destierran de Fronda, morirás... Dime que lo entiendes y te liberaré.

Bosco no dijo que lo entendía, solo pronunció un nombre sofocado:

—Vel...kan.

Melisa volvió a reírse, entendiendo perfectamente a lo que se refería su nieto.

—Sí, supongo que entre vosotros hay algo porque el rumano ha velado por ti desde que supo que eras tú el que había marcado a la hembra, pero si te destierra un alfa, ningún otro puede acogerte. No puedes irte a Rumania con Velkan, si eso es lo que crees. —El tentáculo de sombras liberó a Bosco, que empezó a toser sin tregua, y Melisa planeó de cabeza y se acercó hasta él, ayudada por las sombras. Por pura vanidad, hizo una cabriola en el aire y se quedó colgando boca abajo como una equilibrista—. Quiero que me acompañes y quiero que veas que fuera de Fronda no hay nada para ti.

—Eso ya lo sé —dijo Bosco, tosiendo un poco—, pero aquí... tampoco tengo ya nada.

—No seas estúpido, niño. No me digas que esa mujer es lo único que te importa porque no deja de ser una omega y, además, ella te odia... Ahora tienes que pensar en tu familia, en los que te queremos. —Melisa besó a su nieto en la frente y Bosco sintió el ósculo como un hierro al rojo vivo que intentaba marcarle, ella susurró—: Las sombras me han devuelto mi antiguo poder, podría obligarte a olvidarla.

—Lo estás intentado —gruñó Bosco—, puedo sentirlo.

Melisa se rio.

—No estoy haciendo nada más que avisarte de que podría hacerlo, pero no lo haré porque tú decidirás acompañarme por tu propia voluntad y saldremos de Fronda esta noche. Me ayudarás a traer carne para el final de las Lupercalias y, cuando volvamos, agacharás la cabeza y pedirás perdón o no volverás.

—Ya te he obedecido bastante —repuso Bosco, indolente— y ya le he pedido perdón a quien se lo tenía que pedir. No pienso ir contigo a ningún sitio y no pienso pedir perdón a nadie más.

—Bosco, por favor —rogó Melisa y esa vez utilizó las manos para acariciar la cara de su nieto y, de paso, obligarlo a mirarla a los ojos. Con aquella mirada indómita, Bosco se parecía tanto a Raúl que fue ella la que tuvo que apartar la vista de puro dolor.

—¿Y si fuese yo el que me convirtiese en alfa? —inquirió Bosco con un hilo de voz—. ¿Has pensado alguna vez que yo podría ganar a mi hermano?

—Eso no ocurrirá —Melisa contestó entristecida y rabiosa, al mismo tiempo—. No seas estúpido, Bosco, no puedes con tu hermano. Recuerda la última vez que luchasteis. No hace tanto, ¿verdad?

Apenas un par de meses atrás, Raúl les había pedido a sus hijos que se enfrentasen el uno al otro dentro de un círculo de sombras, las tinieblas velaban por ellos para que no llegasen a infringirse verdadero daño porque Urso solía dejarse llevar demasiado. Pelear entre las sombras por la aprobación de su padre era una tradición que los hermanos Montenegro respetaban y que Urso adoraba porque siempre ganaba la contienda.

—Antes no me importaba perder —confesó Bosco, saliendo de sus recuerdos—, pero ahora lucharé por algo que realmente me importa.

—En eso tienes razón. —Melisa asintió con una sonrisa funesta y le corrigió—: Si luchas con tu hermano para convertirte en alfa, no lucharás por una mujer, lucharás por tu propia vida. —Bosco la miró, descreído, y Melisa puntualizó—: ¿Por qué crees que tu padre te ha obligado a enfrentarte a Urso tantas veces?

—Porque era un sádico y un cabrón —respondió Bosco de inmediato.

Melisa resopló.

—Eso no te lo discuto, pero le juzgas a la ligera. Tu padre no quería perderte y sabía bien que... —Melisa tomó aire y decidió que era el momento de descubrir aquel terrible secreto—: Si te enfrentas a tu hermano por el liderazgo, Urso te matará. Será así, es una profecía y salió de los labios de la Suma Sacerdotisa.

—Me estás mintiendo.

—¿Quieres que te lo diga ella misma? Volveremos a tiempo para el ritual

del parlamento y podrás preguntárselo al fuego sagrado. —Bosco ponderó la posibilidad y Melisa percibió el momento de duda y redobló su vehemencia —. ¡Vamos, te estoy ofreciendo la oportunidad de elegir! Puedes venir conmigo y poner tu vida en peligro por el bien de la manada o puedes quedarte aquí a lloriquear.

—¿Cuántos días estaríamos fuera?

Melisa sonrió segura de que ya había convencido a su nieto y respondió esperanzada:

—Depende de lo que tardemos en encontrar una alma corrupta que las sombras puedan reclamar, te lo he dicho antes.

Bosco le devolvió una sonrisa taimada.

—Prométeme que estaremos aquí para cuando empiecen las noches de Lupercalia.

Melisa le miró con miedo, Bosco jamás le había recordado tanto a su hijo como en aquella noche.

—¿Por qué quieres ir a las Lupercalias? ¿Vas a pedirle algo estúpido a las máscaras?

—Por supuesto que lo voy a hacer —contestó Bosco, ufano.

Melisa se llevó una mano al corazón, horrorizada.

—Tu padre siempre pedía encontrar a su alma gemela y terminó solo, ya lo sabes. No seas un loco, hijo mío. —Por un momento, Melisa olvidó que hablaba con Bosco y no con Raúl y solo susurró—: No pidas lo imposible, por favor.

Bosco le dedicó media sonrisa altanera y contestó con una frase que le había oído a su padre.

—Lo imposible solo tarda un poco más en llegar.

Melisa se exasperó.

—Hablas igual que él y no escuchas, pero lo que te digo es lo que ocurrirá. Aunque vayas a las Lupercalias y le pidas a las máscaras pasar la noche con esa chica, así directamente, dándoles su nombre y suplicando que te den una máscara igual a la suya. No importará, incluso así, ella te rechazará igualmente, sepa o no sepa que eres tú. El maleficio prevalecerá, no podrás tocarla.

—Lo sé y no me importa—dijo Bosco y tragó saliva, sopesando las

palabras de Melisa, dudando de si su abuela alguna vez le habría pedido a las máscaras algo así porque le miraba con los ojos inyectados en sangre, lágrimas y fuego.

—Te van a hacer daño, mi niño —susurró Melisa, angustiada.

—Soy más fuerte de lo que crees —repitió Bosco y recordó cómo, a pesar de haber estado marcado por Olmo, sus manos habían sido incapaces de acariciar a Silvana, pero su sombra había podido besarla. Confiaba en poder volver a hacerlo y aquella esperanza repentina cruzó sus ojos colmándolos de destellos ambarinos. Se quemaría entero si hacía falta y su sombra se vestiría con capa y máscara para bailar con Silvana en las Lupercalias.

Estaba decidido a apostar todo por ella y empezó con una frase sencilla:

—Está bien, abuela, iré contigo.

Los limpiaparabrisas no daban abasto para retirar la lluvia del cristal frontal del 4x4 y en cuanto traspasaron la frontera de Fronda, Bosco sintió que sus pestañas tampoco podrían contener por más tiempo las lágrimas hirvientes que amenazaban con escapársele, pero no quería llorar y no lloraría delante de su abuela.

Melisa conducía su todoterreno rojo, disfrutando del silencio y del dolor de su nieto, un dolor que él mismo se había provocado por no hacerle caso.

—Deja de pensar en ella —le ordenó, como ya había hecho más de una docena de veces desde que se habían subido al coche—. Cuanto antes pases página, mejor.

—No creo que pueda dejar de pensar en ella —confesó Bosco, a media voz.

—Entonces piensa en ella embarazada de tu hermano, porque eso es lo que va a pasar al final y tienes que aceptarlo. —Bosco frunció los labios y Melisa prosiguió—: Al amanecer saldrán juntos a correr, Urso me ha pedido permiso para sacarla de la casa y se lo he dado. Va a empezar el cortejo por su cuenta, ya sabes lo poco que le gustan las normas. Lo que yo no sabía era que le gustase esa mujer tanto como a ti. Le he dado carta blanca para ganársela.

—¿Por qué me lo cuentas? —preguntó Bosco, herido.

—Porque tienes que hacerte a la idea de que esa hembra no te pertenece.

—Eso ya lo sé. Hazte tú a la idea de que Silvana no me pertenece ni a mí,

ni a nadie.

—Todavía —apuntó Melisa—, pero cuando selle el triple enlace, les pertenecerá a los tres alfa y ellos le pertenecerán a ella.

—¡Cállate! —Bosco se mordió la lengua de pura rabia. No tenía ni idea de cómo recuperar a Silvana, pero pensaba descubrirlo. Estaba seguro de que se podía romper el beso de sangre que hacía que ella le odiase, al fin y al cabo, había ido en una sola dirección como la primera vez que lo habían hecho. Y si la primera vez había podido anularse, la segunda también lo sería y a la tercera lo harían bien, con sangre de ambos, el amarre sería totalmente efectivo e irrevocable y se amarían para siempre.

—No sé qué estás pensando, pero deja de poner esa cara de pánfilo —le regañó Melisa—. Hazme caso. Olvídala.

—No puedo.

—Entonces tendrás que estar lejos de Fronda al menos hasta que la hembra deje de ser un peligro para ti. Yo tengo que regresar para la pugna por la sucesión, pero no hace falta que tú lo hagas, puedes esperar encerrado en algún hotel un poco más, hasta que tu hermano se convierta en alfa.

—¿De verdad me vas a dejar solo y desprotegido fuera de Fronda, después de todo lo que me has contado de los ferales? —le increpó Bosco.

—¿Solo? Tú nunca has estado solo. —Melisa dio un volantazo y aparcó el coche en el arcén con brusquedad—. Tu padre siempre está contigo y él te sigue protegiendo.

—Ya, ahora es mi ángel de la guarda —ironizó Bosco.

—No has vuelto a hablar con él, ¿verdad?

Bosco miró a su abuela como si hubiese perdido completamente la cabeza.

—¿Cómo quieres que hable con mi padre? Está muerto y los muertos no hablan.

Melisa le corrigió:

—Son los vivos los que no escuchan, pero si le hablas a tu padre con el alma, él te responderá con la suya y le oirás.

—Ya, claro.

—A tu hermano no le costó creerme porque él invocó el nombre de tu padre en el mismo instante en el que nos enteramos del accidente; entonces le escuchó claramente, como tú me escuchas a mí ahora... —Melisa le miró a

los ojos y fue muy explícita—: Necesito que hagas lo que te estoy diciendo. Llevas encima una parte importante de la sombra de tu padre y te protegerá siempre, pero tienes que aprender a usarla.

—Lo único que me dejó mi padre fueron malos recuerdos.

—Vuelves a ser injusto con él. Si alguna vez te ha hecho sentir que eras menos que tu hermano, fue por tu bien. Si no me crees, adelante, dile a tu padre que no le perdonas. Háblale y él te contestará. Solo tienes que hablarle, hazlo y lo verás.

Melisa arrancó las llaves de la toma de contacto del todoterreno y salió del coche dando un portazo, dejando a su nieto un poco de espacio y privacidad para realizar la invocación.

Bosco se cruzó de brazos. No quería hablar con su padre y era cierto que no había vuelto a dirigirse a él ni siquiera de pensamiento. No tenía nada que decirle y paradójicamente tenía que decirle demasiadas cosas desde hacía demasiado tiempo.

Melisa caminó delante de los faros del coche y se alejó en la penumbra de la carretera. Bosco la observó a través de la cascada de agua que los limpiaparabrisas habían dejado de contener.

—No puede ser cierto —susurró. Su abuela no estaba tan lejos como para no escuchar lo que pasaba dentro del coche, pero le dio igual, tragó saliva y pensó lo que le diría al fantasma de su padre si en verdad él pudiese escucharle. Se aclaró la garganta y formuló parte de un reproche que siempre había querido decir en voz alta—: Me cuesta creer que estás aquí conmigo porque para mí nunca has estado, estabas para cualquiera de la manada menos para mí.

Nada más dejar libre su queja, Bosco sintió como si le acariciase la cabeza una presión fantasmal. El cariñoso gesto no provenía de dedos invisibles, sino de sus propios cabellos de medianoche doblándose sobre sí mismos y extendiéndose en el aire. Lo vio en el espejo retrovisor y no pudo sofocar un grito de sorpresa.

Las hebras de sombra se soltaron de su pelo y se entretejieron ante sus ojos, formando un fino cordón de tinieblas.

«Perdóname, hijo. No dudes de que te quiero y perdona que no supiese hacerlo mejor».

Era la voz de su padre y volver a escucharla le hizo temblar de pies a cabeza, aunque se mostró indiferente y repuso entre dientes:

—No me llames «hijo», tú solo tienes un hijo y se llama Urso.

«Si eso fuese cierto, no estarías hablando conmigo ahora, ¿no crees? Os di una parte de mí a los dos porque os quiero más que a mi propia vida, yo sabía que hacerlo me debilitaría y no me importó, pero aun así es cierto que no he sido el mejor padre del mundo. Sé que para ti he sido un monstruo, que crees que a tu hermano lo quiero más y no es cierto. Yo te...»

—¡No quiero seguir escuchándote! No lo necesito y no quiero oír nada de lo que tengas que decir ahora, podrías haberlo dicho cuando estabas vivo.

«Lo siento».

—¿Y qué? No necesito que lo sientas, ya no me importa que yo no te importe una mierda porque ya no soy un niño.

«Lo sé, sé que no eres un niño. Veo el hombre en el que te has convertido y estoy orgulloso de ti, muchísimo, pero aún también veo en ti al niño débil que quería ser un omega y eso me preocupa».

—Prefiero ser un omega como Olmo, antes que un alfa como tú. Los omega son mi familia, ellos han cuidado de mí siempre.

«Y tú siempre has cuidado de ellos y cada día te alejabas más de mí, pero ya no importa. Déjame que sea para ti el padre que...».

El cordón de sombras trató de acariciar la mejilla de Bosco.

—¡No me toques! —Bosco apartó las sombras de un manotazo y se disolvieron en cientos de motas oscuras y brillantes.

Raúl Montenegro no cejó en su empeño por recuperar su confianza y reiteró vehemente:

«Voy a cuidar de ti, quieras o no, hijo mío, igual que te cuidaba cuando estaba vivo porque, aunque no lo creas, yo siempre he cuidado de ti... Espero que algún día lo comprendas y puedas perdonarme».

—¿Es eso? —gruñó Bosco—. Ya lo entiendo. Si te perdono, ¿tu alma se liberará y podrás seguir adelante? ¿Soy tu asunto pendiente? —Amagó una sonrisa irónica y replicó—: Entonces te perdono, papá. Ve con Dios.

«No lo entiendes, yo he elegido estar a tu lado. Tú no eres mi castigo, tú eres mi cielo».

Bosco recordó aquellas palabras, las mismas que él le había dicho a

Silvana en el motel, supo que no era una mera coincidencia y se le hizo un nudo en la garganta.

—Estabas ahí, nos espías —masculló.

«No te espío y no estoy exactamente a tu lado todo el tiempo, pero si me invocas, acudo al momento; entretanto, solo escucho algunos de tus pensamientos y me alcanzan tus emociones cuando son muy intensas. Por ejemplo, ahora siento tu dolor y tu rabia y también sé que me quieres, Bosco. No me puedes mentir».

—No te quiero, te odio —Bosco escupió las palabras.

«No me odias, estás dolido y cabreado, pero no te alegras de mi muerte. Créeme que los que me odiaban de verdad sí se alegraron, porque el odio es opuesto al amor como la muerte y la vida: cuando odias a alguien deseas que se muera y cuando amas a alguien solo quieres que viva. Si me dices que prefieres que siga muerto para ti, no volveré a hablarte, pero digas lo que digas y hagas lo que hagas, yo cuidaré de ti quieras o no quieras... porque te quiero y quiero que sigas vivo».

La lluvia golpeaba el coche mientras Melisa esperaba pacientemente bajo el aguacero, solo percibía las palabras de su nieto y eran un leve murmullo en la tormenta, Bosco hacía más de veinte minutos que no había vuelto a decir nada y el silencio le exasperaba. Regresó al coche, chorreando agua y mal humor.

Bosco ni siquiera se inmutó cuando ella se sentó en el asiento del conductor y sacudió la cabeza vigorosamente, lanzando gotas de lluvia por todas partes.

«Tu abuela tampoco sabe hacerlo mejor, pero ella también te quiere» le dijo la sombra de Raúl y Bosco no contestó, ni de palabra ni de pensamiento, por lo que su padre prosiguió: «Espero que con el tiempo puedas perdonarme. No te molestaré más, pero no lo olvides: si me necesitas, llámame».

Un centenar de kilómetros después, Bosco transigió:

«Puede que te necesite... Y puede que te perdone».

La sombra de Raúl Montenegro había tomado forma humana y estaba arrodillada al lado de Isaac, que lo miraba estupefacto. No había suficientes tinieblas para darle opacidad y consistencia al cuerpo, como en otras ocasiones, y no parecía una estatua de ébano, sino de cristal ahumado. En su interior las sombras se movían como inyecciones de tinta negra en un océano gris, por lo demás era una copia perfecta de la fisonomía del difunto alfa.

Incapaz de articular palabra, Isaac había perdido la respiración y había exhalado todo el aire de su cuerpo, se había olvidado de recuperarlo y cuando lo hizo fue con una sonora bocanada, igual que un náufrago que se hubiese visto atrapado en una fuerte corriente y lograrse salir a flote justo antes de perder la conciencia. Si no hubiese estado ya sentado en el suelo, Isaac habría perdido el equilibrio por la fuerza de aquel golpe emocional.

—Pero, estás muerto... —masculló.

La sombra sonrió altanera.

«*No hace al muerto la herida, hace tan solo un cuerpo inerte*» respondió la boca oscura, que se movía sincronizada con las palabras que Isaac escuchaba en su mente.

—*Donde habite el olvido* —boqueó el mestizo, reconociendo el principio del poema de Cernuda, uno de los muchos que el alfa solía recitar de memoria—. ¿Qué eres... un recuerdo?

«Soy yo, mírame, sabes que soy yo. No sabía cómo hablarte y no quería asustarte».

—¿Asustarme? No estoy asustado, estoy... No sé, ¿esto es real? ¿Estás aquí de verdad?

«No estoy exactamente “aquí”, no del todo. Digamos que una pequeña parte de mí está aquí y una gran parte está en el más allá». La risa de Raúl sonó tal y como el mestizo la recordaba, cautivadora. «Soy como un barco, la mayor parte de mí se mantiene a flote en la luz y lo que ves “aquí”, en este valle de sombras y lágrimas, es mi ancla con el mundo. Tú eres mi ancla, Isaac. Eres mi *artiglio*, nunca te abandonaré».

—¿Llevas conmigo todo este tiempo y no has sido capaz de decirme nada hasta ahora?

«No veía que quisieses hablar conmigo y temía que no quisieras hacerlo nunca jamás después de lo que hice».

—Lo que hicimos.

«¿Podrás perdonarme?».

Isaac gruñó, se masajeó la pierna cercenada y susurró:

—No es que no pueda perdonarte a ti, es que no puedo perdonarme a mí mismo. Nunca debí dejar que Marta... —Al pronunciar el nombre de su sobrina, a Isaac se le llenaron los ojos de lágrimas y perdió la voz, por lo que la siguiente frase apenas fue audible—: Yo tendría que estar muerto y no ella.

«No hables así y no lo pienses. Ya no hay niebla en tus pensamientos para mí, por favor, deja de pensar en hacerte daño. Si te quitas la vida, no estarías ni con Marta, ni conmigo, ni con tu hermana... ni aquí, ni allá. ¿Me entiendes?».

—Alma en pena —balbució Isaac.

«Quizá durante un tiempo, irías al limbo y luego regresarías con otra cara y otro nombre y ya no serías exactamente tú, pero volverías a pasar el mismo calvario de otro modo, porque ese es el castigo... Y si fallases otra vez, de nuevo tendrías que volver hasta que pudieses con ello. Así que deja de pensar en saltar por la ventana».

—No lo haría, no dejaría a los chicos solos y menos ahora.

«Eso espero, pero me asustas, Isaac. No hace falta que me mientas, sabes que lo sé: dentro tienes esa pulsión autodestructiva y en estos días la escuchas más que nunca, incluso más que el día que nos conocimos, cuando creías que no podrías honrar la memoria de tu hermana y estabas seguro de que cualquiera cuidaría de tu sobrina mejor que tú».

—¡Cualquiera lo habría hecho mejor que yo! —se desesperó Isaac y al otro lado de la puerta de su apartamento alguien dio un respingo, pero al mestizo no le importó y siguió voceando—: ¡Está muerta! ¡MUERTA! ¡Y es culpa mía!

«Estás asustando a los chicos» intentó tranquilizarle Raúl. «Van a reventar la puerta y se están preparando para hacerlo».

—No se atreverán.

«Te quieren más de lo que te temen, Alborada, y son igual de cabezotas que tú. Se atreverán a hacer lo que sea necesario porque creen que te van a perder. Y deja de dar gritos, ni siquiera hace falta que susurres. Yo te escucho igual».

«¿Quieres decir que...?».

«Sí, eso es exactamente lo que quiero decir. Ahora sabes cómo funciona el pensamiento de enjambre de las manadas y es posible que incluso puedas comunicarte del mismo modo con mis hijos, porque soy parte de ellos como lo soy de ti».

La puerta del apartamento cayó al suelo bajo los cuerpos de Héctor y Fran, Best entró detrás a la carrera y se lanzó sobre Isaac, atravesando las sombras sin amilanarse, sin percatarse si quiera de que tenían forma humana.

Raúl Montenegro se deshizo en volutas y las tinieblas regresaron al miembro cercenado del mestizo, devolviéndole su pierna.

—¡Tú no tienes la culpa de nada! —le gritaba Best.

Isaac intentó ponerse en pie, pero pronto tuvo encima también a los otros dos chicos que, temerosos de verle saltar por la ventana a la primera de cambio, le placaban contra el suelo y la pared.

Los tres hablaban a la vez y decían prácticamente lo mismo.

—No vas a dejarnos.

—Ni sueñes con hacerlo.

—Te queremos tanto, padre.

Isaac se estremeció, él siempre hablaba de ellos como sus hijos, les llamaba así cuando hablaba con el alfa porque era su forma de decir «nuestros hijos». Eran los Alborada, tan hijos suyos como si los hubiese engendrado de su carne y sangre; sin embargo, ellos nunca habían dado ese paso al revés. «Padre» era una palabra que no solían profesar con amor, era un mal recuerdo en el mejor de los casos, pero abrazado a Isaac y temiendo perderle, Héctor había dado forma a todos sus miedos y a todo su amor en esas cinco letras.

—Padre —repitió Fran—, no nos dejes.

Best era el único de los chicos perdidos que había tenido un padre digno de llamarse así, se había abrasado la mitad de la cara por aerografiar la de su padre en un túnel del metro e inconscientemente se llevó una mano a la

cicatriz mientras sus palabras revivían el dolor:

—No me hagas perder otro padre.

Isaac se abrazó a sus hijos y lloró con ellos.

«Todo va a ir bien» prometió Raúl. «La ayuda que necesitamos está en camino, pronto lo verás».

—Todo va a ir bien —repitió Isaac, el resto no lo entendió.

El niño aparcó la moto en el vado del taller de los Alborada. Nada más desaparecer el rugido del motor, Darío escuchó risas familiares y levantó la vista al cielo. La ventana del apartamento de Isaac estaba abierta y por ella escapaban las voces de sus hermanos.

—Hemos llegado a tiempo. Vamos, cachorro —dijo el niño, bajando de la moto y dirigiéndose al portal del edificio.

Darío le dio alcance enseguida y estaba a punto de decirle que se apartase cuando el niño puso su mano sobre la cerradura y la cerradura del portal se abrió sola. Estaba protegida por un hechizo de sangre y que se hubiese abierto solo podía significar una cosa: que de algún modo eran familia, lo que silenció al instante gran parte de los temores del mestizo.

El niño tampoco necesitaba que Darío le dijese dónde ir, se movía como si estuviese en su propia casa. Cruzaron el corredor, dejaron a un lado la puerta que daba al bar, la que daba al taller y entraron directamente por la que daba a las escaleras principales. Subieron los peldaños de tres en tres y enseguida llegaron al apartamento de Isaac.

La puerta seguía en el suelo, Darío la pisó al entrar y se encontró con una reunión en el suelo. Isaac, Fran, Best y Héctor sentados en la alfombra, compartían una botella de *Southern Comfort*.

—¡Coño, no has tardado un pedo! —Fue el saludo de Best, sonriente y relajado—. ¿Has venido volando?

—Mi moto hace milagros —contestó el niño por Darío, apareciendo en el hueco de la puerta y sorprendiéndoles. Iba vestido de etiqueta y estaba empapado de lluvia, mortalmente serio—. Le he traído yo, a más de trescientos por hora.

«Llega la caballería» se rio el alfa dentro de la mente de Isaac y este se pellizcó la pierna de sombras, sin entender nada. «¿Ves como la ayuda estaba

de camino?»

—Es... un niño —respondió Isaac en voz alta, tan perplejo como los chicos, aunque no tanto como Héctor que se había quedado semiparalizado y mantenía la botella de licor en el aire sin llegar a beber.

—Un niño sediento —dijo el recién llegado, caminó hasta Héctor y le pidió la botella con un gesto—. Y ha sido un viaje movidito, me vendría bien un buen trago de eso que estáis compartiendo.

—Quita, que este *bourbon* tiene más años que tú —le dijo Héctor, alejando la botella de su alcance.

El niño frunció el ceño.

—¿Así me recibes en tu casa, grandullón? —se quejó taladrando a Isaac con sus enormes ojos negros—. Yo te di de beber y de comer desde la primera noche, pimpollo.

—¿LARO? —Isaac no salía de su asombro—. ¿Laro, eres tú?

El niño se sentó, cerrando el círculo, y Darío hizo lo propio junto a Isaac mientras se excusaba:

—Me ha dicho que es de la familia y ha abierto la cerradura del portal, así que debe de serlo.

—¿Cuánto has dormido? —preguntó Isaac sin prestar atención al comentario de Darío, completamente centrado en el chico—. Porque estás... ¡eres un niño!

Laro se sacó de la chaqueta una bolsa de tabaco y una pipa y la preparó con dedos ágiles y acostumbrados.

—Parezco un niño porque llevo durmiendo desde la última vez que nos vimos—contestó al tiempo que encendía el tabaco con una bocanada ávida—. ¿Han pasado quince o veinte años?

—Veintiuno —rezongó Isaac y después se dirigió a Héctor—: Dale la botella, no seas maleducado.

Héctor obedeció y Laro cogió la botella con una mano pequeña, pero fuerte, más fuerte que todas las manos de aquel cuarto juntas.

—Gracias, Héctor. —Laro dio un trago, después se dirigió a Best y también lo llamó por su nombre, por el verdadero y no su apodo—: Ramiro, ¿podrías traerme algo para picar? Me gustaría hincarle el diente a la cecina esa que tienes en la nevera. —Best asintió, asombrado, y salió hacia su

apartamento. Los demás se miraron expectantes y Laro continuó explicándose—: No leo mentes ni nada de eso, pero sí que estamos conectados. Soy vuestro guardián de sangre y mientras invernaba podía ver todo lo que hacíais. —Señaló a Fran con la pipa y añadió con una sonrisa pícaro—: A ti te tengo especial cariño, cachorro, conectar contigo es como poner el canal de playboy. Gracias por alegrarme muchas noches.

Fran se ruborizó y los demás se rieron, la tensión fue desvaneciéndose en favor de la comodidad de sus risas y la complicidad de sus miradas.

Laro les explicó exactamente lo que significaba ser su guardián de sangre, que les protegería con su vida y velaría por todos ellos y por sus hijos y por los hijos de sus hijos... incluso después de que la muerte se los llevase e incluso después de que se lo llevase a él al Valhala, su sombra se quedaría a en la tierra y cumpliría su promesa hasta el final de los tiempos.

Se les hizo de día escuchando las historias de Laro, bebiendo y comiendo con él. Los chicos no se cansaban de preguntarle y Laro satisfacía su curiosidad con deleite, les contó cómo se había enfrentado a ferales en América y hasta en Madagascar, juró que había viajado al Nuevo Mundo en La Pinta y montado en la primera locomotora a vapor, les habló de las auroras boreales que había cazado con la primera cámara fotográfica que capturaba color y les enseñó la foto en blanco y negro que le había firmado Frank Sinatra y que siempre llevaba encima porque creía firmemente que la dedicatoria era cierta: *the best is yet to come*, lo mejor está por llegar.

El viejo *orso mannaro* apenas había contado tres o cuatro anécdotas de su vida a Raúl durante la vida del alfa, pero con los Alborada fue diferente. Aquellos chicos no eran desconocidos para Laro, los había visto crecer y había compartido sus mejores y peores momentos, le parecía justo dejarse conocer. Ellos no tenían secretos para él y él no quería tenerlos para ellos; se sentía realmente feliz de poder compartir sus recuerdos, de tener lo que nunca había tenido: una familia.

Best fue el primero en dormirse mientras escuchaba las batallas del que él había apodado «el abuelo». Uno a uno se fueron durmiendo e Isaac saqueó de mantas sus armarios para taparles.

Su apartamento nunca había parecido tanto un refugio. Fran dormía sobre el regazo de Héctor y este sobre el de Best. Darío fue el último en rendirse al cansancio, pero lo hizo, sonreía y mantenía una mano abierta como si

acariciase algo intangible, su bola de luz favorita según el niño.

Isaac y Laro abandonaron el apartamento y bajaron al bar. Laro se sentó en uno de los taburetes e Isaac saltó detrás de la barra para servir dos cervezas de barril.

—El desayuno de los campeones —bromeó el mestizo poniendo una de las cervezas delante del niño.

—A tu salud, pimpollo. —Le sonrió Laro y, aprovechando que se habían quedado solos, agregó—: Siento lo de tu sobrina.

Isaac asintió y bebió sin sed, era como si ya no estuviese dentro de su cuerpo, ni se molestó en quitarse la espuma que había manchado sus labios.

—No quiero hablar de eso —dijo con voz fúnebre.

—Pero yo sí. Tengo que contarte algo importante, muchas cosas en realidad. —El niño apuró un nuevo trago de su cerveza y saltó del taburete—. Pero lo malo de ser pequeño es que tengo una vejiga de juguete, ahora vuelvo.

Laro desapareció por la puerta del aseo de caballeros e Isaac escuchó la voz de Raúl.

«Yo también quiero hablar de Marta».

«NO».

Raúl no obedeció y prosiguió:

«Jamás pensé que ella correría verdadero peligro, te lo juro. La Suma Sacerdotisa jugó con nosotros, mi *artiglio*, me dijo lo que yo necesitaba oír para hacer lo que ella quería que yo hiciese. Creo que se vengó de los dos porque nosotros matamos a su hermano».

Isaac cerró los ojos, apesadumbrado, y rememoró el sabor de la sangre y el olor de las entrañas que sus garras habían dejado al descubierto.

«Se llamaba Lorenzo» aclaró Raúl. «El hombre que matamos en el bosque es el fantasma que me ha perseguido hasta mi muerte y era el hijo de los omega, la Suma Sacerdotisa era su hermana».

«Tenías que habérmelo dicho antes» rugió Isaac.

«No lo entiendes, ella no me mintió, no puede hacerlo. Ni siquiera sé si lo hizo aposta, le pedí perdón en su momento y ella me dijo que su hermano murió para ella el día en que traicionó a su familia y se enamoró de mi madre. Estaban juntos, sí. Yo no lo entiendo y no espero que tú lo entiendas, lo de

los alfa y los omega viene de lejos, es complicado. Nos pilló en medio y...».

«NO. No nos pilló en medio, tú querías la sangre de aquel hombre para unir el corazón de tus hijos al de su hija, eso lo recuerdo. Y recuerdo que esa noche, la chica desapareció».

Raúl resopló.

«No me equivoqué esa noche. Ella es una *mannaro*, es la única hembra fértil. Ha vuelto y ella es... Ella ha cambiado, ojalá lo hubiese sabido antes. Lo siento, mi *artiglio*. Ella es la hembra que estábamos esperando y gracias a ti su corazón les pertenece a mis hijos. Yo he pagado mi error con mi vida».

«Y con la de Marta».

«Y también lo pagaré con la vida de uno mis hijos» continuó Raúl, con infinita tristeza. «Siempre he intentado que Bosco entendiese que no podría competir con su hermano y le desanimé cuanto pude para que no entrase en la pugna por la sucesión y, sin embargo, cuando até sus corazones al de la hembra estaba atando sus destinos y dándoles una razón para luchar».

«Sigues creyendo que uno de tus hijos matará al otro».

«No lo creo, lo sé. Urso matará a Bosco».

Isaac respondió con rencor:

«Bien, así sabrás cómo me siento».

Raúl repuso, horrorizado:

«Tú no eres así, no hablas en serio».

Isaac resopló.

«No, no soy así y no me alegro de que sufras, ni deseo una muerte más. Eso no le devolverá la vida Marta, pero no me pidas que me compadezca de ti ahora».

La sombra no tardó en replicar:

«Lo que te pido es que me ayudes a salvar a Bosco».

Isaac se rio sin ganas.

«¿Qué? ¿Cómo? No puedo impedir que tus hijos luchen, eso me costaría la vida y pondría en peligro las de mis hijos... Yo te quiero más que a mí mismo, pero no cometeré ese error dos veces. No te confiaré sus vidas».

Raúl intentó disculparse e intentó convencerlo, pero Isaac lo mandó callar en voz alta, de modo que Laro, que regresaba del aseo, reaccionó como si se lo hubiese dicho a él.

—¿Que me calle? —El niño saltó la barra y caminó hacia el mestizo—. Llevo sin poder hablar veinte años y no pienso callarme. Vas a oír lo que tengo que decirte y te va a encantar escucharlo.

—No estaba... —Isaac iba a explicarle que podía hablar con la sombra del alfa, pero Laro cogió el cuchillo con el que partían los limones y se cortó en la palma de la mano, cortando también el discurso del mestizo.

—Os he contado antes lo que significa ser vuestro guardián de sangre, piensa en ello y quédate con lo más importante: ni la muerte nos separa. Eso significa que puedo ver a tu sobrina y puedo escucharla.

—¿Está aquí ahora? —preguntó esperanzado Isaac.

—No, ella está descansando con su Darío. Esta noche ha sido intensa para todos, pero para esos dos lo ha sido especialmente. Tuve que despertarme por ellos cuando los vi llegar a Fronda, ¡diantres, que les saqué de una fiesta llena de lobos!

—¿CÓMO?

—Luego te lo explico. Ahora, escúchame: si quieres ver a tu sobrina y comunicarte con ella, déjame que marque tu frente y tus ojos con mi sangre. Déjame compartir contigo lo que veo y oigo como tú lo has compartido conmigo todos estos años. —Laro se acercó al mestizo, usó la palma herida de su mano como una paleta de pintor y con la sangre como óleo dio forma a extrañas lunas sobre los párpados de Isaac y detrás de sus orejas. Nada más terminar, le propinó un puntapié en su pierna de sombras y vociferó—: ¡Y tú, lobato, deja de lloriquear o te daré otra patada tan fuerte que te juro que la vas a sentir por muy muerto que estés!

«¿Puedes oírme?» balbució Raúl, que no había dejado de pedirle perdón a Isaac, aunque este le hubiese pedido que se callase.

—¡Pues claro que puedo oírte! —confirmó Laro y le dio otro puntapié a las sombras—. ¿Estáis sordos los dos? Os acabo de decir que Isaac comparte conmigo todo lo que ve y oye. ¡Cielo santo, lobato, creía que eras más listo! No te preocupes que ya me encargo yo de limpiarte el culo, como en los viejos tiempos cuando Melisa te dejaba llorar para que aprendieses a calmarte solo. Que sepas que nunca aprendiste, yo te sacaba de tu cuna y te cambiaba las gasas sucias. He visto un millar de lobos salir de la cuna como niños y entrar en la tumba como hombres, ¡tantos que llega a ser hasta aburrido! Pero siempre supe que tú serías especial, me lo contaron las sombras. —El niño

guiñó un ojo y se lamió la herida de la mano, cortando la hemorragia—. Tranquilos, el abuelo se encargará de todo.

Capítulo X

NOCHES DE LUPERCALIA

«Vivirá el lobo con el cordero, yacerá el leopardo con el chivo, caminarán juntos el ternero, el león y la oveja y un niño pequeño los guiará».

Isaías 11, 6-9



2007, jueves 11 de octubre.
Luna de cosecha, novilunio.

Después de su extraña excursión por el bosque, Silvana evitaba encontrarse con Urso, pero él no parecía tener otra cosa que hacer que aparecer allá donde estuviese, por lo que ella se recluía en su cuarto y aceptaba solo las visitas esporádicas de sus abuelos, cuando le servían comidas y cenas. Pidió que le llevaran una televisión y pasaba las horas viendo un canal especializado en el género de terror, analizando las películas como si fuesen *realities*.

Quedaban poco más de dos semanas para *Halloween* y se emitían continuamente maratones de vampiros y licántropos, siendo estas últimas en las que ponía mayor interés. No dudaba de la veracidad de ninguna porque todas podían tener una base real, incluso *Aullidos 3*: al principio, le resultó absurda por postular la existencia de una raza de hombres lobo marsupiales; al final, le hizo preguntarse si habría algún tipo de *mannaro* cruce de canguro y lobo vagando por las antípodas. Se reía sola imaginándolo y al mismo tiempo se le erizaban los pelos de la nuca porque jamás podría volver a permitirse el lujo de creer que algo no era posible, no en su mundo. Ver a los vampiros de *Hijos de la noche* sacarse los pulmones por la boca para dormir era asqueroso, pero no descabellado, ella tenía que quemarse entera para convertirse en la loba gris.

La película que se emitía en aquel momento ya la había visto varias veces, pero al menos era de las buenas. En la pantalla de la televisión, un vampiro llamado Severen bailaba al ritmo de *Fever* mientras se disponía a masacrar a todo un bar y Silvana disfrutaba de la escena, obnubilada, con cierta envidia morbosa de depredadora reprimida, por lo que no prestó atención a los pasos que subían por la escalera y taconeaban cruzando el pasillo hasta que alguien

llamó a su puerta y le sobresaltó.

Silvana se acercó y aspiró con fuerza en la juntura de las maderas. Olía a colonia de mujer mezclado con sudor humano, nada lobuno.

—¿A que no sabes quién soy? —preguntó una voz femenina, grave y hermosa.

—¿Violeta? —aventuró Silvana con un hálito de esperanza y, al abrir, se encontró de bruces con Paloma Ajenjo.

—Qué mal, Sil —se quejó la recién llegada—, me parezco a mi hermana como un huevo a una castaña y es obvio que el huevo soy yo.

Silvana la abrazó tan fuerte que la muchacha se quedó sin aire y sus carcajadas sonaron huecas, envasadas al vacío.

—¿Eres la prima de Hércules o qué? Casi me sacas las tripas por la boca.

—¡Lala! ¡Santo cielo, hace mil años que no te veía, estás cambiadísima!

—Tú también, por fin las dos tenemos tetas, Sil. Se acabó lo de robarles los sujetadores a mis hermanas y rellenarlos con naranjas. —Las dos volvieron a reírse, dando pequeños saltos nerviosos mientras se abrazaban y Paloma se agarró los pechos, jactándose medio broma, medio en serio—: Ahora son mis hermanas las que tienen que meterse relleno si se ponen mis sujetadores, pero de naranjas nada, como poco dos melones.

—Estás preciosa, Lala... ¿Y Violeta, por qué no ha venido contigo?

Paloma perdió la sonrisa un instante, pero replicó rápidamente:

—¿Por qué no has venido tú a visitarnos? Pensaba que lo harías en cuanto me enteré de que habías regresado, pero me has hecho venir, so petarda —le reprendió Paloma con un mohín de disgusto—. No sé, Sil, por lo menos podías habernos llamado por teléfono, aposté a que lo harías y perdí por bocazas.

—Es complicado —se defendió Silvana mientras le invitaba a pasar dentro del cuarto y cerraba la puerta después.

Las dos mujeres se sentaron en el borde del lecho, Silvana apagó el televisor y se encendieron sus ojos, nerviosa y arrebolada, para empezar el interrogatorio:

—Gracias por venir, de corazón, cuéntame todo lo que me he perdido. ¿Qué tal el hostel? ¿Y tus hermanas? ¿Por qué no ha venido Violeta? ¿Sigue viviendo en Fronda?

—Sí, bueno —carraspeó Paloma y le devolvió la excusa—, es que es complicado. Mira, Sil, ella también quería venir a verte, pero no sabía si tú ibas a querer verla y yo le he dicho que es tonta y he intentado convencerla de que viniese conmigo, pero nada. Llevo días intentándolo y al final he tenido que venir sola. ¡Ojalá entres tú en razón y arreglemos las cosas pronto!

Silvana perdió la sonrisa y sus manos arrugaron la colcha, con los nudillos crujiendo entre los pliegues.

—No sé de qué me hablas. En serio, no lo entiendo —carraspeó—, ¿por qué no iba a querer yo ver a tu hermana?

Paloma tardó en contestar y, cuando lo hizo, evitó una respuesta y la mirada lobuna de su amiga, concentrando sus ojos nerviosos en cada mueble del cuarto como si fuesen tesoros.

—Menudo dormitorio tienes, qué lujo.

Paloma empezó a elogiar el cabecero artesanal de la cama, el tamaño del armario y todas las piezas del mobiliario hasta que solo le quedó por resaltar lo bonita que se veía Silvana y lo mucho que les había alegrado a todas las Ajenjo saber que la joven *mannaro* fértil que iba a llegar a Fronda era ella y, entonces, Silvana recordó a media voz, pensativa:

—Ya lo entiendo, Bosco se lo contó a Violeta y justo después de eso... todos se enteraron.

Paloma dejó de parlotear y se miró los pies, avergonzada.

—Mi hermana estaba muy dolida, Sil. Lo siento —trató de disculparla—, Violeta no sabía que el pueblo se iba a llenar de lobos cuando lo contó y nunca pensó que te obligarían a volver para unirte... Bueno, ya sabes, lo del triple enlace. —Silvana se mantenía en silencio porque no quería creerse lo que estaba escuchando y Paloma no podía dejar de hablar—: Mi hermana es gilipollas y eso no te puede sorprender porque lo ha sido siempre y ahora está super arrepentida, te lo prometo. Si pudiese volver atrás en el tiempo, jamás le habría contado a Melisa Montenegro lo tuyo.

Silvana se levantó sobresaltada y sus ojos resplandecieron ambarinos.

—¿Que se lo contó a Melisa? —bramó Silvana y su mandíbula chascó al apretar los dientes con furia. Podría haber perdonado que Violeta la hubiese traicionado sin querer, que no hubiese sido capaz de guardar el secreto porque le hubiesen leído la mente, pero aquello era imperdonable.

Paloma la miraba con horror y fascinación y siguió disculpando a su hermana, con un hilo de voz:

—Es que Bosco la dejó por ti y Violeta se quedó hecha polvo. Ya sé que no es excusa, pero... ¿Te he dicho ya que mi hermana es gilipollas?

Silvana sonrió con desprecio e hizo algo que no sabía que podía hacer: entró en la cabeza de Paloma Ajenjo, igual que su abuelo había hecho con la prostituta del motel, y descubrió que Violeta había salido regularmente con Bosco durante tres años. No fue una relación exclusiva, pero a su amiga le habría gustado que lo hubiese sido y se lo había dicho a su hermana Paloma muchas veces. También le había contado a Paloma que Silvana era una *mannaro* y la reacción de Paloma había sido de alegría genuina y del mismo modo se había enfadado con su hermana al enterarse de que ya había ido a contárselo a los Montenegro.

—Ella siempre te lo cuenta todo y estoy segura de que te contó lo mío — dijo Silvana para disimular, sin confesar por qué lo sabía y preguntando sin necesidad, para despistarla—: ¿Fuiste con ella a contárselo a la vieja alfa?

—¡Por supuesto que no!

—Gracias, Lala. Te creo, no te preocupes.

Paloma torció el gesto compungida.

—Por favor, perdona a mi hermana. Ella lo siente muchísimo y quiere pedirte perdón, pero no se atreve y por eso vengo yo a pedirte disculpas en su nombre. Por eso y porque me moría de ganas de verte, Sil. Te hemos echado mucho de menos. —Paloma alcanzó la mano de Silvana y tiró de ella para que volviese a sentarse a su lado—. No importa que no compartamos sangre, ni siquiera un poco. Yo no tengo hermanastras, tengo hermanas y tú eres una de ellas, Silvana. He sentido aquí, en el corazón, el abrazo que me has dado antes... ¡Y no solo porque me has triturado las costillas, so bruta!

Silvana acarició las mejillas de su amiga y apreció cada detalle diferente en su rostro, ya no era tan infantil como el que recordaba, aunque seguía siendo redondo y hermoso. Los ojos de Paloma conservaban la candidez de un alma pura. Al mirar dentro de su mente, Silvana solo veía honestidad, una capacidad de amar inmensa y una bondad infinita. Aquella adolescente alocada seguía siendo su pequeña Lala, aunque hubiese crecido tanto.

Se abrazaron y las dos se apretaron con fuerza, como si pudieran fundirse y convertirse en siamesas, en una mujer con un solo pecho y dos cabezas.

—Yo también te he echado de menos, hermanita —gruñó Silvana en el oído de Paloma y después deshizo el abrazo y se tumbó boca arriba en el colchón para suspirar—: ¡Y gracias por venir! Me aburro bastante aquí sola.

Paloma se tumbó a su lado.

—¿Que te aburres? ¿Con esos tiarrones corriendo en bolas por todas partes? —exageró el gesto de sorpresa y abrió desmesuradamente la boca—. ¿Es que no tienes ojos en la cara, Sil? ¡Y encima te puedes pinchar a los que quieras en las Lupercalias! ¡Menudo hocico tienes! Nunca mejor dicho.

Las dos se rieron, pero a Silvana le costaba mantener la sonrisa.

—No me voy a pinchar a ninguno —masculló Silvana— y no pienso ir a las Lupercalias, ni esta noche ni nunca.

Paloma no reaccionó con palabras, estiró un brazo por encima de su cabeza, tanteó la almohada y le dio un buen golpe con ella, como cuando eran niñas.

—No me amenes que ya has visto que tengo mucha más fuerza que tú y puedo... —empezó a decir Silvana, pero un nuevo almohadazo la hizo callar y gritó entre risas—: ¡Te vas a cagar, Lala!

Paloma blandía el almohadón como si fuese una hélice, pero le resultaba imposible defenderse de la *mannaro* y esta la desarmó, en un abrir y cerrar de ojos, y la golpeó tres veces seguidas en tres partes del cuerpo distintas en menos de tres segundos.

Paloma se cayó al suelo, por los golpes y por un repentino ataque de risa.

—¡No vale, no vale! —se quejaba entre hipidos, poniéndose en pie a duras penas—. ¡Tú sabes kung-fu o algo!

—Sí, dile a Violeta que se vaya preparando. —Silvana utilizó un tono de reproche tan real que su amiga dejó de reírse, se le quitó el hipo y hasta se quedó pálida cuando Silvana añadió—: Dile a tu hermana que le voy a arrancar la tráquea de un mordisco.

—Joder, Sil...

—Es broma, dile que la perdono, pero primero le dices que le voy a abrir la garganta, que sufra un poco.

—Gracias —logró murmurar Paloma, colmada de ilusión porque el viaje no fuese en balde y algo sobrecogida al imaginarse a su hermana con la garganta abierta—. Se lo diré tal cual, con lo del mordisco en la tráquea y

todo. Eso le va a cambiar el color de las bragas, pero se lo merece... ¡No has cambiado nada, Sil, sigues siendo buena a rabiar!

—Lo mismo te digo.

Silvana recuperó el buen humor, contagiada por la energía de Paloma, esforzándose porque de lo de ser buena a rabiar solo sentía la rabia en ese momento y le iba a costar perdonar aquella traición. Podía entender que hubiese tenido una relación con Bosco, pero no le entraba en la cabeza que Violeta la hubiese vendido por despecho, eso era muy difícil de digerir.

—No parece que vaya a llover hoy —dijo para escapar de sus pensamientos, al tiempo que caminaba hacia la ventana y escudriñaba el cielo sobre el bosque.

—¿Vamos a hablar del tiempo? —Paloma venció la distancia que las separaba y se plantó frente a la ventana—. Ya no soy una niña y sabes que me puedes contar lo que quieras porque de mí no sale. ¿Qué te pasa, Sil? ¿Por qué estás aquí encerrada? ¿Por qué no sales?

Silvana sabía que era cierto que era discreta, cogió las manos de su amiga y las estrechó entre las suyas.

—Confío en ti, Lala, pero no tengo ganas de hablar.

—Vale, ¿quieres que vayamos a dar un paseo en plan silencioso?

—Tampoco quiero salir.

Paloma no entendía nada.

—¿No vas a ir a lo del Parlamento? —insistió. Silvana negó con la cabeza y Paloma recalcó, exaltada—: ¿Ni mañana, ni pasado mañana?

—No pienso salir, no tengo ganas.

Los tres días de Parlamento eran ocasiones muy especiales en Fronda, solo ocurrían cuando se aproximaba un cambio de poder en las manadas, entonces se les permitía a todos los *mannaro* preguntarle al fuego sagrado por su suerte en la batalla o por cualquier otro tema que les preocupase.

—Sil, ¿estás depre? No quería decírtelo así, pero ¿hace cuánto que llevas ese pijama? Porque yo no tengo olfato lobuno, pero noto que huele a choto que tira *patrás*.

Silvana frunció el ceño, levantó el brazo y se olió la axila. Se había duchado esa mañana y el pijama estaba limpio.

—Me estás tomando el pelo —gruñó—. Huelo a jabón.

—Tú sí que me estás tomando el pelo, ¿qué haces aquí encerrada como Rapunzel? No, peor, que tú estás aquí porque quieres.

—Si pudiera elegir, no estaría aquí. Créeme.

—Pues ve al Parlamento y pregunta qué tienes que hacer para ser libre, Sil, porque lo mismo puedes hacer algo, escaparte otra vez con tu madre o yo que sé.

—Deja el tema, Lala —le espetó Silvana—. No quiero salir y punto.

—Alucino, antes te he debido de dar fuerte con la almohada porque te has quedado medio gilipollas. No me creo que no vayas a aprovechar ni lo del Parlamento, si yo pudiese...

—¿Qué preguntarías si pudieses? —inquirió Silvana. Paloma se ruborizó y no contestó, pero Silvana leyó su mente y no se contuvo—: No me digas que te gustaría estar en mi lugar porque no sabes lo que estás diciendo.

—¡Pues sí que lo sé! —afirmó Paloma, eufórica—. Me gustaría ser como tú, sí. Me encantaría convertirme en loba y morderle el culo a mi padre, a él el primero, para que viese de lo que soy capaz, para que lo vieses todos... Si pudiera, le preguntaría al fuego si puedo hacer algo para ser *mannaro*.

Silvana resopló.

—¿De verdad te gustaría que te obligasen a tener hijos con tres...?

—¿Macizorros? —le interrumpió Paloma—. Pues no me parece tan horrible, Sil, porque cada vez que me gusta un tío, me suelta el rollo de que soy guay, pero como amiga. El último fue peor, primero nos enrollamos y luego me dijo que no quería nada serio, solo enrollarnos sin que se enterase nadie. Yo tampoco es que quisiera casarme con él, pero paso de estar con alguien a escondidas como si yo fuese... No sé, ¡un puto monstruo!

Paloma estaba a punto de echarse a llorar y Silvana atajó:

—¡Yo soy el monstruo, soy la mujer lobo! Y me tengo que depilar las piernas dos veces a la semana —trató de animarla—, también el bigote, las axilas y las ingles. Me crece pelo por todas partes, con o sin luna llena. ¿Seguro que quieres ser como yo?

—Sí, con toda mi alma. ¿Tú te cambiarías por mí?

—Por supuesto. Si pudiera, ni lo dudaría.

—¡Ja! —ironizó Paloma dando una vuelta sobre sí misma y señalándose por todas partes—. ¿Estás segura? Mírame bien.

—Te estoy mirando. —Los ojos de Silvana centellearon—. Eres preciosa por fuera y también por dentro, Lala.

—Por dentro nadie mira.

—Los *mannaro* sí y no es un decir, lo hacemos literalmente. Ahora mismo estoy viendo cómo eres por dentro y eres deslumbrante.

—Sí, deslumbrante como una bola de fuego, porque estoy como una bola...

—No estás como una bola, pero *boluda* eres un rato. —Silvana impuso el acento argentino y consiguió que su amiga volviese a sonreír, por lo que insistió en el tema, obligándola a recordar—: ¿Te acuerdas cuando estábamos enamoradas de *Nano*? Qué lindo es el acento argentino, ¿verdad, *boludita* mía?

Paloma asintió.

—Verdad, *repelotudita* mía... Jo, Sil, te he echado mucho de menos.

—Yo también a ti.

Nano fue la primera telenovela que Paloma vio en su vida y lo que más le gustó fue compartir las teorías sobre cómo terminaría aquel culebrón argentino.

—¿Te enganchaste a *Betty, la fea*? —preguntó Paloma—. A veces cuando la veía, pensaba si tú la estarías viendo también, donde quiera que estuvieses.

Silvana chascó la lengua.

—*Nano* fue el último culebrón que seguí con interés, luego mi vida se convirtió en un culebrón y me dejaron de hacer gracia.

—Mi vida sí que es un culebrón —masculló Paloma—, pero de los malos.

—¿Me lo dices a mí? Yo vivo en la versión lobuna de *Falcon Crest* y Melisa Montenegro ¡es peor que Angela Channing! —Paloma se rio, aunque no sabía de quién le estaba hablando, Silvana también se rio y suspiró—: Solo tienes dieciséis años, Lala, estudiar tendría que ser lo único que te preocupase.

—Estudiar no me preocupa en absoluto, Me quedan dos asignaturas para terminar el bachillerato, pero no me importa. Me voy a dedicar a cocinar, que se me da bien y no necesito ir al instituto, ni a la universidad para aprender a hacerlo, aprendo mucho yo sola viendo tutoriales en Internet y leyendo libros... Y no tengo dieciséis años, ya tengo diecisiete —le corrigió Paloma y

recondujo la conversación—: ya puedo ir a las Lupercalias, ¡por fin!

—Entonces, ¿vas a ir esta noche?

—Casi seguro, las *boludas repelotudas* somos así. —Paloma le hizo burla poniendo muecas, con los ojos en blanco—. Con suerte, pilló cacho con un tío bueno y le enamoro.

—No tengas prisa por hacer que te rompan el corazón —repuso Silvana con una mirada sombría.

—¿Prisa? Con mis años, mi hermana Jara ya había salido con medio pueblo ¡y yo he estado con menos tíos que Gema y eso que ella es lesbiana!

—¿Sigue con María, la de la Bombonera? —Silvana aprovechó para cambiar de tema.

—Llevan doce años y se fueron a vivir juntas hace tres. —La mirada de Paloma recobró el brillo de ensoñación—. ¡Yo quiero algo así, amor verdadero, del bueno! Como el de *Nano*, ¡para toda la vida!

—Todo el mundo quiere algo así —murmuró Silvana, no muy segura de si ella también lo quería. No creía que mereciese la pena volver a arriesgarse a querer a alguien y que le pisotearan los pedazos ya rotos de su corazón doliente—. ¿Sabes qué, Lala? Tienes razón, es una pena que desperdicie la oportunidad de hacer el rito del Parlamento —decidió, de repente, pensando que podría ayudar a su amiga y al mismo tiempo obligarse a salir de la casa—. Te llevaré al fuego sagrado y le preguntarás a la Suma Sacerdotisa lo que te dé la gana, Lala.

—¿En serio?

Silvana asintió. No pensaba acercarse al fuego para preguntar por su futuro porque la respuesta le aterraba, estaba sopesando la posibilidad de preguntar por su madre, pero sabía que pronto no le haría falta. Marisa le había llamado un par de veces desde lugares dispares de la península y, aunque Silvana no sabía con exactitud dónde encontrarla, si algo había de positivo en la influencia que tendría como vientre de las manadas, era luchar por que su madre obtuviese el perdón de todos los alfa por haberla mantenido oculta todos esos años.

—Te cedo mi pregunta, Lala, me parece justo. Mis abuelos se lo han cedido a unos amigos que no son *mannaro*, porque como omegas no tienen derecho a Parlamento. A mí nadie me ha dicho que no pueda preguntar, pero

no me importa.

—¿Seguro?

—¿Seguro? No quiero saber qué me va a pasar, ya me enteraré cuando me pase. Te cedo mi pregunta.

—¿De verdad? —Paloma no podía creerse el modo en el que el día acababa de volverse mágico y maravilloso—. ¿Es en serio?

—¿Me he echado atrás alguna vez en algo, Lala?

—¡Ay, Sil, gracias! Te debo una y muy grande.

—No me debes nada, solo prométeme que no malgastarás tu pregunta preguntando por amoríos, pregunta cómo ser una gran chef o algo así, no sé...

—Te lo prometo. —Paloma levantó una mano en el aire y se llevó la otra al corazón para declamar una consigna que utilizaban de pequeñas cuando jugaban a que eran lobas y luchaban contra ferales bajo las órdenes de un arcángel—. ¡Ni oste, ni moste, a morir por Dios!

—¡Ni oste, ni moste! —repitió Silvana y también se llevó una mano al corazón, completando el juramento.

Horas después, Silvana y Paloma salían de una mercería estrenando un par de capas nuevas: la de Silvana era liviana de satén rojo y la de Paloma de lana dulce, bermellón.

Se encaminaron hacia la Fragua y, al girar una esquina, se encontraron con un hombre desnudo y apenas tapado con una capa añil. La capa tenía un único botón en el cuello y dejaba toda la piel de su pecho al descubierto, velando el resto de su cuerpo. La capucha también mantenía su rostro en sombras y los ojos del macho refulgieron como dos luciérnagas al ver a Silvana.

El hombre les hizo una reverencia y a Paloma se le quedó la boca seca, se detuvo para observarlo a conciencia y Silvana, que reconoció al macho por su olor, tiró del brazo de su amiga y pasaron de largo.

Urso Montenegro no se molestó por la actitud despreciativa de la hembra y les increpó con sorna:

—¿Adónde vais, Caperucitas?

—A casa de tu abuelita —contestó Silvana en el mismo tono burlón, sin girar si quiera la cabeza para mirarle.

—Está muy feo mentir. —Urso las seguía con los ojos aún encendidos y una sonrisa voraz—. Más bien parece que marcháis para la Fragua, ¿no?

—Estamos dando un paseo, adiós —le despachó Silvana.

—Os acompañaré, que esto está lleno de lobos. —Urso se echó a reír y, de dos zancadas, se puso a su lado y acompasó sus pasos a los de Silvana—. No tengo otra cosa que hacer, vengo de preguntarle al fuego y la respuesta que me ha dado no podía ser mejor.

Silvana reaccionó como él esperaba: con curiosidad incipiente.

—¿Qué has preguntado? —inquirió la hembra, sin dejar de avanzar, manteniendo la vista fija en los adoquines de la acera, aunque sus orejas se movieron casi imperceptiblemente, centrándose en los latidos del macho a modo de improvisado detector de mentiras.

Urso contestó ufano:

—He preguntado si vas a ser la madre de mis cachorros.

—Ni de coña —gruñó Silvana, frenó en seco y le dedicó toda su atención.

Se miraron a los ojos, manteniendo el rictus hasta que Urso continuó entre risas:

—A lo mejor he preguntado si voy a ser alfa y como me ha dicho que sí, tú vas a ser la madre de mis cachorros, porque es lo mismo... ¿No crees, mi reina?

Silvana no respondió, volvió a tirar de Paloma para que siguiesen andando y dejaron atrás las últimas casas para internarse en el monte, entre brezo, robles y álamos.

Para llegar a la Fragua restaban menos de trescientos metros, Silvana quería deshacerse del macho y no sabía cómo hacerlo, esa vez no podía huir como loba sin darle esquinazo también a Paloma por lo que se vio obligada a aceptar la compañía de Urso, aunque lo trató con desdén, lo que no parecía molestarle en modo alguno y mantenía la conversación viva por sí solo.

Paloma estaba absorta en las historias que Urso les contaba sobre las manadas rumana e italiana y Silvana se concentraba en no darle el placer de prestarle atención. En el prado de la herrería, la profunda voz del macho competía con el ruido de la cascada que movía la maquinaria, el paraje era muy hermoso y le fue fácil abstraerse.

El salto de agua salvaje era tan alto como la fragua, que tenía el tejado de

pizarra y estaba construida con enormes adoquines rústicos, llenos de musgo. Parecía en ruinas, pero se mantenía en pie y por mucho que lloviese o nevase, ni una sola de sus piedras se movería jamás.

Llevaba allí desde la era romana, su rueda motriz se diseñó para que aprovecharse la corriente del agua y crease a su vez la inyección de aire que alimentaba el fuego, también el agua hacía que las grandes aspas girasen y el martillo golpease con fuerza el yunque. El río era una vena segura que no dejaría de alimentar el corazón de fuego y sombras de la fragua.

El martillo y el yunque estaban en el centro de la estancia, entre el hogar y una trampilla que llevaba a las entrañas del Arca, bajando una escalera de caracol horadada entre piedra y teluria, tan oscura como la fragua misma.

El aire era denso, olía a tomillo y a herrumbre, se respiraba magia. En el yunque, se habían forjado cada una de los cientos de miles de máscaras que escondía el Arca y que descansaban diez metros por debajo de la fragua, en estanterías que formaban túneles laberínticos.

Paloma subió presurosa los tres escalones de la entrada y se quedó indecisa en el vano. No había puerta y las piedras que formaban el arco de la entrada parecían dientes afilados. Echó un vistazo dentro, la oscuridad palpitaba y las sombras bailaban sin necesidad de que hubiese fuego en el hogar, ni ventana alguna por la que entrase luz. A Paloma se le erizaron todos los vellos del cuerpo, empezó a dudar y dio un paso atrás.

—Todavía recuerdo lo nervioso que estaba en mi primera Lupercalia —le animó Urso, intentando congeniar al menos con una de las dos mujeres—, pensé que por ser el hijo del alfa se esperaba mucho de mí y yo... Bueno, que me daba miedo cagarla y ya está. —Urso leía la mente de Paloma y ajustaba su verdad para que coincidiesen—. Al final lo que hice fue malgastar mi deseo y en mi primera Lupercalia le pedí a las máscaras algo realmente absurdo: que nadie se riese de mí. ¿Qué te parece?

—¿Por qué crees que pedir eso es absurdo? —balbució Paloma.

Silvana se anticipó y gruñó:

—Porque Urso no cree que sea posible que alguien se ría de él, es así de engreído y también es un mentiroso y está jugando contigo. No le escuches.

—Puedes ignorarme y seguir hablando de mí como si no estuviese aquí, Silvana —se quejó Urso—, pero cuando me necesitabas, yo siempre estaba a tu lado para escucharte, como lo estoy ahora. Sigo siendo el mismo, tu rey de

las luciérnagas. —Urso crujió los nudillos, entrelazando los dedos por encima de su cabeza, y se estiró, perezoso y cansado. Les regaló una lección de anatomía masculina que ninguna de las dos se perdió, aunque Silvana mirase de reojo. Él prosiguió, clavando en Silvana una mirada hambrienta y dorada —: Me gustaba entrar en tus sueños, pero ahora me canso de ser el malo de tus fantasías, *neña*. Me conoces mejor que eso. Y sí —se dirigió a Paloma de nuevo—, yo le pedí a las máscaras que nadie se riese de mí porque... No entendéis lo que... Como hijo del alfa, yo... —Urso calibró lo que perdía si admitía su secreto. No estaba muy seguro de si ganaría algo con ello, pero se lanzó—: Todo el mundo sabe que mi padre les pedía a las máscaras encontrar un alma gemela y siempre se quedaba solo en las Lupercalias. Nadie se rio de él en su cara, pero lo hacían a sus espaldas porque su deseo le hacía parecer débil y un alfa no puede ser débil. Mi abuela Melisa me lo contó antes de mi primera Lupercalia y lo hizo para asegurarse de que yo no le avergonzaría como mi padre, me lo dijo tal cual, y hasta hoy yo nunca le había fallado, pero me estás volviendo loco, Silvana, así que ya puedes bajar al Arca y pedir encontrar...

—No voy a pedir nada —le interrumpió Silvana, no quería seguir escuchándole y menos si mantenía el juego de su particular cortejo—, yo solo vengo a acompañar a Paloma. No pienso ir a las Lupercalias.

Urso rechinó los dientes, tensó la mandíbula e intentó sonreír, en un gesto fiero:

—Si no vienes, me quedaré solo, como mi padre, pero me da igual, no hace falta que me lo diga una máscara, yo lo sé: estamos predestinados... Sí, creo que somos almas gemelas, me has vuelto loco del todo.

La hembra tardó en contestar, sorprendida por el nuevo ardid. Le miró de soslayo y contraatacó:

—¿Y si esta noche no estás solo? ¿Y si descubres que tu alma gemela es, no sé, una de esas chicas italianas o rumanas que han venido a acompañar a sus hermanos para la pugna? ¿Qué harías entonces? Sería horrible estar obligado a tener cachorros conmigo cuando sabes que tu pareja perfecta los tiene con otro, ¿no te parece?

Urso contestó con la misma frialdad punzante en su voz cansada:

—Para tu abuelo no fue tan duro tener cachorros con otra, ¿no?

Silvana abrió la boca unos segundos, emitió un gruñido y repuso a media

VOZ:

—No sé de qué me hablas.

Paloma tampoco lo sabía, pero podía ver cómo se miraban los dos *mannaro* y cómo el calor que emanaban sus cuerpos ondulaba el aire; entendió que era mejor dejarlos solos y así lo hizo.

—Voy a bajar ya, enseguida vuelvo —dijo, presurosa, y entró en la fragua.

Silvana quiso seguirla, pero Urso estaba disfrutando del momento y se aseguró de prolongarlo, siendo muy explícito:

—Tus abuelos no son almas gemelas y tú deberías saberlo.

—¿Y qué? —Silvana se mantuvo indolente, bajo el arco de piedra—. Lo de las almas gemelas es una estupidez, lo que importa es que ellos son felices y se quieren.

Urso profirió una carcajada y, en lugar de subir los peldaños de la entrada para alcanzar a la hembra, se colocó a un lado de la escalera, entre la maleza salvaje, consiguiendo que sus caras quedasen a la misma altura. Las ortigas le martirizaban los pies descalzos, pero no le importó y su voz ni siquiera tembló cuando dijo, desafiante:

—Los omega se quieren porque están obligados a quererse, porque así funciona el amarre que los unió. ¿Nunca te has preguntado por qué se convirtieron en omega?

Urso apoyó una mano en el muro y se inclinó hacia Silvana, buscando el calor de sus ojos heridos y su aliento.

—Lo sé —le cortó ella, manteniendo su mirada y aguantando la proximidad del rostro del macho—. Sé que se unieron para evitar el triple enlace.

Urso se acarició el labio superior con la punta de la lengua, afilándola.

—No fue exactamente por eso, *neña*. Tu abuelo traicionó a las manadas al negarse al triple enlace, sí, pero no lo hizo por amor a tu abuela, lo hizo por orgullo. Él era el alma gemela de mi abuela Melisa, pero como tu abuelo es igual de cabezota que tú y parece que no os gusta lo de aceptar órdenes, ni siquiera del destino, terminó como un omega al servicio de toda la manada y yo creo que fue justicia poética.

—¿Me estás amenazando?

—¿Qué? No, nada de eso. —Urso dio un paso atrás, sacó una pitillera de

un pliegue de su capa y se encendió un cigarrillo—. Es que no creo que sepas lo que pasó de verdad entre tu abuelo y mi abuela. En la Lupercalia que se montó para celebrar el triunfo de Melisa como nueva alfa, ella vino aquí con tu abuelo, se emborracharon y les pidieron a las máscaras encontrar sus almas gemelas. —Urso sonrió y dejó que el humo del cigarrillo se escapase entre sus dientes—. Adivina lo que pasó después.

—Me da igual lo que pasase —se excusó Silvana, aunque estaba realmente intrigada.

Urso lo sabía y lo disfrutaba, prosiguió sin omitir detalle:

—A mi abuela Melisa le tocó una tigresa plateada y a tu abuelo un tigre, igual, y cuando tu abuela se les unió, fueron tres, pero la máscara de Olivia era dorada. —Urso se acercó aún más y sus ojos de fuego quedaron a escasos centímetros de los de Silvana—. Cuando tu abuelo echó a perder el triple enlace, le rompió el corazón a mi abuela y por eso ya no tiene. No rompas el mío, *neña*. Pídele a las máscaras lo mismo que yo he pedido y verás que es cierto o pregúntaselo al fuego y también te lo dirá: estamos predestinados.

Silvana aplaudió despacio.

—Menudo discurso, se nota que te lo has currado. Está repensado, como cuando me llevaste al bosque y me abriste la puerta de la jaula, Urso. Un gran plan, felicidades... Lo malo es que no soy idiota y me canso de que uses psicología inversa conmigo. No me digas que haga lo que en realidad no quieres que haga, porque a lo mejor esta vez no te funciona. ¿Y si bajo ahora mismo al Arca y pido esa chorrada de encontrar a mi alma gemela y me emparejan con alguien que no eres tú? Y si... —Silvana le dedicó media sonrisa furibunda y le dio voz a su miedo para que les doliese a ambos—. ¿Y si resulta que mi alma gemela es tu hermano?

Urso aplastó el cigarrillo de un manotazo contra la pared de la herrería, se quemó la palma de la mano, pero apenas lo sintió porque todo su cuerpo ardía. De un salto, se encaramó a los escalones con un rugido feroz y, aunque Silvana retrocedió, no lo hizo lo suficientemente rápido y Urso la cogió entre sus brazos, la izó en el aire y la llevó en volandas hasta sentarla en el viejo yunque, metiéndose después entre sus piernas.

—Te gusta hacerme perder el control —siseó el macho igual que una espada al rojo vivo al meterse en agua helada, solo que la piel de Silvana estaba tan encendida como la suya y Urso respiró su aroma y continuó en un

susurro—: Estás almizclando. Voy a contar hasta diez y si no me dices algo que me pare, con esa boca tan grande que tienes, voy a comerte mejor, Caperucita. —Silvana despegó los labios, pero no dijo nada. Urso esperó y sentenció—: Diez.

Sus labios se golpearon como el martillo y el yunque, sacando chispas que provocaron nuevos besos y les aceleraron el pulso, quemándolos por dentro.

Urso la besaba para que ella dejase de decirle esas cosas, para olvidar lo que acababa de escuchar y para ver si le rechazaba; Silvana lo besaba para olvidar lo que acababa de decir, para no escuchar lo que su corazón quería oír y para dejar de sentirse rechazada.

Las manos de la hembra se aferraron al cabello del macho y tiraron hacia atrás, separándole de su boca, pero sus piernas no dejaban de rodear sus caderas.

—No quiero que me beses, no me beses —ordenó con un hilo de voz y los ojos en llamas.

Urso obedeció y no volvió a besarla, le lamió la comisura de los labios, bajó hasta el cuello y mordió su carne trémula.

—Sigues almizclando —constató con un suspiro satisfecho.

Nunca había deseado a nadie de aquel modo, una parte de él quería devorarla de verdad, por lo que la abrazó con fuerza y se empujó contra ella, volviendo a morderla. Silvana ahogó un gemido, que sacó a Urso del trance.

—Joder, perdona, ¿te he hecho daño?

Ella negó con la cabeza y respondió azorada:

—Quiero que me bajes, por favor.

Urso lo hizo y Silvana se alejó dos pasos, deteniéndose de nuevo en el umbral, cegada por la luz del día. Había gemido tras un inesperado estallido de puro placer bajo la presión del macho y los vaqueros que llevaba, no había sentido dolor alguno, pero disimuló y se llevó una mano al cuello, justo sobre la marca de dientes que empezaba a desaparecer mientras con la otra mano se apoyaba en el arco de la entrada, buscando estabilidad extra para sus piernas temblorosas.

—No puedo fiarme de ti —le gruñó.

—Sí que puedes. —Urso venció los dos pasos que los separaban y volvió a abrazar a Silvana, esa vez por la espalda, hablándola al oído—: Me vuelves

loco, *neña*, y lo sabes, sabes que la puerta de la jaula sigue abierta y esa es la mayor prueba de mi locura, pero también prueba que te puedes fiar de mí.

Silvana se dejó abrazar y acarició las manos firmes y fieras de Urso, se había preparado para un momento así y agregó melosa:

—Si quieres que me fie de ti, déjame marcarte para que no puedas ofenderme, al menos hasta el cambio de luna.

—Hecho —replicó al instante el macho y empezó a besar con ternura la marca, ya apenas visible, que había dejado en su cuello.

Silvana no lo había dicho en serio, no quería marcarle como su abuelo había marcado a Bosco, solo quería amenazarle con hacerlo para que al negarse él, ella pudiese soltarle un discurso apoteósico, pero Urso acababa de aceptar lo inaceptable.

—¿Sabes que no vas a poder mentirme siquiera? —reiteró Silvana, vacilante.

—Sé cómo funciona la marca que me ofreces —afirmó Urso, al tiempo que se arrodillaba a su lado, torció la cabeza y le mostró el cuello, sumiso—. Puedes marcarme, es de día, pero no importa que no haya luna porque esta noche estamos de novilunio y tampoco la habrá, el hechizo se cumplirá igualmente hasta la luna llena. Adelante, has ladrado mucho y te toca morder.

Un sollozo ahogado les interrumpió, provenía de las entrañas de la fragua y salía de la garganta de Paloma. La cabeza de la chica apareció en la escalinata del sótano, intentando disimular un llanto incontrolable.

Silvana corrió hacia ella.

—¿Estás bien, Lala? —preguntó por inercia, como si aún fuese la pequeña torpona con la que solía jugar de niña—. ¿Has tropezado, te has hecho daño? ¿Qué pasa?

—Quiero irme a casa —contestó Paloma, llorando. Llevaba en las manos una bolsa voluminosa y Silvana supuso que su contenido, la máscara que le había tocado en suerte, era el motivo de sus lágrimas.

—Dime qué te pasa —le rogó.

Paloma se mordió los labios, abochornada. El camino había sido largo y estaba exhausta, devastada, la ilusión que había movido sus pies hasta la fragua se había roto y cada pedazo se le clavaba en los pulmones al respirar. Se avergonzaba de ser tan débil delante de Silvana y para colmo, pensó,

delante del futuro alfa.

—¿Qué ha pasado, Lala? —insistió Silvana—. Déjame ayudarte. ¿Había alguien abajo? Si te han hecho daño, destripo al que sea.

—He sido yo solita. —Paloma se derrumbó en el suelo y miró a Urso como si él pudiese comprender su dolor.

Urso leyó su pensamiento fácilmente e intervino:

—No importa lo que lleves en esa bolsa, nadie se va a reír de ti.

—Tendría que haber pedido justo eso —se lamentó Paloma.

—No. —Urso chascó la lengua con fastidio—. Es mejor pedir lo que deseas, no evitar lo que temes... Te voy a llevar en brazos un rato, ¿vale, palomita? Hasta que recuperes las fuerzas.

En un abrir y cerrar de ojos, tuvo a Paloma en sus brazos y la sacó fuera de la herrería. Ella le dio las gracias y no supo qué más decirle a aquel magnífico hombre que la cargaba como si fuese una pluma y que olía tan increíblemente bien. Si le hubiese pedido hacer el amor allí mismo, Paloma le habría dicho que sí, embriagada por aquel aroma que frenaba su llanto y despertaba su deseo.

Urso estaba almizclando, porque seguía pensando en lo que había ocurrido con Silvana, y no fue consciente del efecto que tenía en aquella joven humana hasta que Paloma carraspeó:

—Tu colonia es muy... intensa. —Metió la nariz en el pelo de Urso y aspiró hondo, suspirando después—. Me-me gusta mucho.

Urso sonrió al pensar en la cara de espanto que pondría su abuela si le viese almizclando con otra de las Ajenjo, como solía hacer su hermano con Violeta. Las Ajenjo estaban tan solo un escalón por encima de los omega y Melisa nunca lo aprobaría.

Silvana caminaba detrás de ellos sin saber tampoco qué decir. La amabilidad repentina de Urso la perturbaba y prefería pensar que estaba actuando, que mentía muy bien, lo que escondía la verdad de sus propios sentimientos, la contradicción entre esperanza y rechazo que le provocaba saber que su rey de las luciérnagas era real y había cruzado la frontera del mundo de los sueños y lo veía caminar delante de ella, con otra en brazos, algo que no debía importarle, pero le importaba.

Silvana quería odiar a Urso como odiaba a Bosco sin quererlo y ponderó la

posibilidad de marcarle, era muy tentadora y más aún con Melisa fuera de Fronda. Si marcaba a Urso, podría pedirle que dejase de seguirla y que le dejase estar con sus abuelos todo el tiempo o bien que les dejase escapar a los tres... y lo habría hecho si hubiese tenido un lugar al que escapar.

La puerta de la jaula seguía abierta, pero no había dónde huir.



2007, jueves 11 de octubre.
Luna de cosecha, novilunio.

Silvana entró en el hostel de las Ajenjo y el delicioso olor de las tostadas y el café caliente le hizo salivar. Eran las siete de la mañana, había saltado de la cama nada más despertarse y había salido de la casona cinco minutos después, sin pasar por la cocina para coger siquiera una simple galleta. Tenía prisa por ver cómo estaba Paloma y quería comprobar si su amiga finalmente había ido a la Lupercalia de la noche anterior.

Al salir de la fragua, Urso había mantenido su extraño comportamiento y había llevado a Paloma en brazos hasta llegar a donde tenía aparcada su moto, se habían despedido de Silvana y Urso había llevado a Paloma en moto hasta el hostel.

Silvana lo sabía porque su amiga se lo había contado con pelos y señales por teléfono poco después. Silvana lo había escuchado a medias, todavía abrumada por lo que había ocurrido en el yunque. No se le iba de la cabeza e incluso se planteó regresar a la fragua y elegir una de las máscaras. Retrocedió sobre sus pasos unos metros, llegó a entrar de nuevo en el monte, pero a la fragua no llegó, no se atrevió y regresó a la casona de los Montenegro para esconderse en su cuarto.

A medianoche, Urso llamó a su puerta y le dijo a través de la madera que la esperaría en la Lupercalia. Prometió que la esperaría hasta el amanecer en el cruce de caminos que custodiaba la fuente del beso de los leones.

En los túneles de Fronda, los cruces de caminos más transitados estaban marcados por fuentes y la de los leones era una de las más famosas. Era triangular y se decía que había sido esculpida por el mismísimo Bernini en el siglo XVII, que fue encargada como regalo de la alfa que reinaba en la manada italiana de aquella época.

Cualquier experto habría dado por buena su procedencia porque las estatuas eran sublimes: tres leonas de mármol bebían de la fuente, una en cada esquina, sus lenguas rozaban la superficie del agua y confluían en la lengua gigante de un león sumergido. La cabeza del león era tan grande como las de las tres hembras juntas, sin embargo, a través del agua el efecto era armonioso.

La fuente del beso de los leones no era la única alegoría del triple enlace que había en las cuevas de Fronda, pero sin duda era la más hermosa. Bernini había dado vida a la escena de tal modo que quien miraba las estatuas no podía evitar dudar y acariciar el pelaje pétreo de las leonas para confirmar que no escondían un corazón palpitante.

Urso había elegido esa fuente en concreto por algo más que su belleza sobrecogedora y si Silvana hubiese abierto la puerta de su cuarto, habría sabido por qué, pero no lo hizo.

Silvana le dijo que no pensaba ir a la Lupercalia y mantuvo la puerta y su mente cerradas. Urso asumió el rechazo escondiendo su rostro tras la regia máscara de un león de piel de oro y melena de bronce. Se marchó cabizbajo por las escaleras y contó hasta diez, hasta cien y hasta mil, conteniendo las ganas de regresar al cuarto de la hembra y echar la puerta abajo para rogarle hasta convencerla de que lo acompañase a la Lupercalia.

Silvana pasó toda la noche en su cuarto, despierta y tentada de entrar en las cuevas como loba, en parte para ver si Urso la esperaba de verdad en la fuente, en parte para disfrutar de la fiesta con la que había soñado tantas veces.

Del mismo modo, Paloma tampoco fue a la Lupercalia, aunque lo deseaba con fuerza, le pudo el miedo y se refugió en la cocina como solía hacer cuando estaba deprimida. Cada vez que le daba un bajón, la pequeña de los Ajenjo le endulzaba la vida a los demás preparando alguna tarta de sabor y textura espectacular y, de paso, saciaba su apetito y calmaba sus nervios.

Durante la noche había preparado muchos dulces y tartas, algunas estaban aquella mañana en la mesa del *buffet* que montaban en el comedor del hostel para desayunar, pero la mayoría estaban apiladas en los refrigeradores debidamente etiquetadas con su contenido y procedencia, esperando que las recogiesen los *mannaro* que se encargaban de proveer las cuevas con alimentos.

Las Lupercalias eran muy rentables en los negocios locales y todos salían beneficiados porque los alfa de las manadas no escatimaban en gastos para sus bacanales.

La comida que había servido el hostel había funcionado como un maravilloso reclamo publicitario y de las veinte mesas preparadas para el desayuno, tres cuartos ya estaban ocupadas y no solo por los huéspedes, también se habían acercado algunos lugareños y junto con los *mannaro* extranjeros disfrutaban de una taza de chocolate caliente o café, con un pedazo de tarta y la magia que aún les brindaba la poderosa luna de la Lupercalia.

Paloma salía de la cocina cuanto podía y ayudaba a Violeta, que correteaba de acá para allá con platos y tazas en las manos. Los lobos venían saciados de vida y muertos de hambre.

Al entrar Silvana en el comedor, las animadas conversaciones cesaron y a la nerviosa camarera se le cayó de las manos una jarra de zumo de naranja. Era de metal y ni siquiera se abolló, pero formó un gran estrépito.

—Buenos días —farfulló Violeta, evitando la mirada de Silvana, y corrió a la cocina con la excusa de buscar una fregona; sin embargo, la que regresó para limpiar el estropicio fue su hermana Paloma, con una bayeta y una palangana.

—¿Qué tal fue la Lupercalia, Lala? —Silvana fue directa.

—Supongo que estupenda, pero yo no fui. Con el lío de las cenas se me olvidó y me pasó como a Cenicienta, que tenía mucho curro y no le dio tiempo a ir al baile, pero como yo no tengo hada madrina, me quedé en casa.

Silvana bufó y se sentó en el sofá que había frente a la chimenea.

—Las hadas madrinas están sobrevaloradas —le espetó—, lo mejor es que tú misma hagas que la magia ocurra. Tenías que haber ido.

El comedor recuperó los sonidos de cubertería entrechocando y las conversaciones trasnochadas. Paloma se arrodilló y empezó a limpiar el zumo derramado, las baldosas eran antiguas, de barro cocido, muy hermosas, pero absorbían las manchas con facilidad.

—Vale —dijo sin levantar la vista del suelo—. ¿Y tú qué? ¿Fuiste?

—Pues no, me dormí viendo la tele.

—¡Apañadas vamos, *coñe!* Yo, de Cenicienta; y tú, de la Bella durmiente.

—Paloma escurrió la bayeta en la palangana y siguió frotando las baldosas, aunque no evitó susurrar—: Y el pobre león se quedaría solo toda la noche en la fuente, esperándote. Luego me dices que haga magia, pero tú eres super aburrida.

Urso le había enseñado a Paloma su máscara de león, aprovechando que la guardaba en el cofre de su motocicleta, y le había contado su plan para aquella noche. Se había ganado tanto su confianza que Paloma se atrevió a enseñarle también su máscara. Urso no entendió de qué se avergonzaba, no sabía qué animal era y cuando ella se lo explicó, él intentó restarle importancia a su miedo para convencerla de ir juntos a la Lupercalia, confiando en que quizá así conseguiría que Silvana también asistiese, pero las dos mujeres eran igual de tozudas.

Silvana no preguntó de qué fuente hablaba, ni de que león, porque no le hacía falta y disimuló como pudo:

—No sé de qué león me hablas.

Paloma siguió sin mirarla, frotando el suelo con energía a pesar de que ya no quedaba rastro alguno del zumo derramado.

—Hablo de un león que no es tan fiero como lo pintan —apostilló.

—Uf, te equivocas. Es mucho más fiero de lo que crees, pero vale, Lala, lo entiendo, ayer se portó bien contigo y me alegro, a Urso es mejor tenerle como amigo que como enemigo.

—Así que sabes de quién hablo, ¿eh, pillina? —Paloma se rio, divertida—. Me dijo que iría a verte y que, si no te convencía de ir a la Lupercalia, te diría que te esperaría en la fuente de los leones... Me parece super romántico, ¿tú crees que lo hizo?

—No me importa si lo hizo y no quiero hablar de Urso. —Silvana fue clara y concisa. Paloma pensaba en él de un modo recalcitrante y estaba deseando hablar del macho, tanto que a Silvana le costaba no escuchar sus pensamientos, por lo que cambió de estrategia—: *Mmm*, la quesada huele de maravilla, ¿le puedes decir a tu hermana Violeta que me traiga un café cortado y un trozo de quesada cuando pueda? —pidió sonriente, con su tono más cordial—. O mejor, que sean dos trozos.

Paloma sonrió a su vez, aunque indecisa.

—Mejor te lo traigo yo, invita la casa.

Silvana frunció el ceño.

—Dile a Violeta que quiero verla y que no la voy a morder.

Paloma había dejado el suelo reluciente, se levantó y reculó hasta la cocina sin dejar de sonreír. Cuando regresó, traía el desayuno de su amiga listo para llevar.

—Pero yo... Me apetecía tomarlo aquí con vosotras —se quejó Silvana, torciendo el gesto.

—Lo siento, Sil. Tenemos mucho trabajo y aunque la tonta de mi hermana sabe que la perdonas, le pones muy nerviosa y, si te quedas aquí, lo mismo le escalfa los huevos a uno de estos lobetes tan majos con un café hirviendo. No es plan.

Silvana aceptó la bolsa que Paloma le ofrecía y también la disculpa.

—Y tú, ¿estás bien?

—No te preocupes, Sil, estamos bien las dos.

—¿Cuándo termina tu turno? —insistió Silvana, le guiñó un ojo e inquirió —: ¿Estarás libre luego para salir a jugar conmigo?

Paloma se encogió de hombros.

—No sé, libré ayer y se supone que ya no me toca hasta el martes. ¡Encima, han llegado más huéspedes y estamos completos! Cuando se levanten todos, tendré que subir a hacer los cuartos que me tocan, luego pondré a punto los menús para la comida y montaré las mesas... Estamos hasta arriba, de verdad.

—¿Quieres que os ayude?

—No, Sil. Si andas por aquí, atraerás a mucha más gente y eso es bueno para el negocio, pero muy malo para mi espalda.

—Lala, quiero ayudarte —susurró Silvana y no pudo terminar la frase porque le había parecido ver al extraño niño de la fiesta entrando en el salón. Él la había mirado fijamente, un segundo después se había esfumado. Silvana lo olvidó y volvió a centrarse en los ojos azules de Paloma para decirle con toda franqueza—: No sé qué te pasó ayer en el Arca, pero lo de cederte mi pregunta sigue en pie y quiero que sepas que me tienes para lo que necesites. Sea lo que sea, ¿vale?

Paloma tomó aire, lo exhaló con fuerza y cedió:

—Vale, hermanita, a las cinco te llamo y a lo mejor te tomo la palabra, ya

sabes.

Darío era feliz viendo cómo Isaac acariciaba con amor la nebulosa de luz que formaba su sobrina a su lado. Había sido un regalo inesperado que Isaac pudiese hablar con ella sin necesidad de que Darío mediase, era un oasis de paz en mitad del desierto de desesperación en el que Isaac Alborada se había perdido los últimos días y el oasis prometía una vida mejor para todos.

Laro tenía un plan y les había hecho regresar a Fronda para cumplirlo. Habían llegado al hostel la noche anterior y, al no haber habitaciones libres suficientes para todos, les había tocado compartir dos. Isaac y él habían dormido en el mismo colchón, separados por la luz de Marta, y Laro se había encajado en el sofá, que era más o menos de su tamaño. Héctor, Fran y Best compartían otro cuarto, aunque Darío no sabía a quién le habría tocado dormir agazapado en el sofá, lo descubriría en un rato cuando fuese a sacarles de entre las sábanas. Esperaba que estuviesen de mejor humor y viesen las cosas de modo diferente con la luz del día.

Los tres estaban enfurruñados porque Laro no quería compartir con ellos el poder de ver a Marta. Él les había explicado que la única manera de que el hechizo siguiese unido a su voluntad, era restringiéndolo a una sola persona, así Isaac sería capaz de ver a Marta siempre que ella estuviese delante de Laro ya que el oso podía darle acceso a su visión por el tiempo que desease, pero si ampliaba las almas que se asomaban a sus ojos, entonces no tendría ningún control, la presión sería excesiva y los mestizos verían todo lo que él viese y escucharían todo lo que él escuchase, sin que pudiese evitarlo. Sería demencial, enloquecerían todos.

Laro e Isaac planeaban con Marta lo que harían esa noche cuando Darío, que vigilaba en la ventana, vio salir a Silvana del hostel.

—¡Ya se ha ido! —exclamó, aliviado—. Podemos bajar a desayunar.

—Aunque no esté la hembra, el comedor sigue lleno de lobos —le increpó Laro, negando con la cabeza—. Bajaré yo y cogeré lo que queráis tomar, ¡mejor para llevar porque nos vamos de compras!

Veinte minutos después, los mestizos estaban acomodados en la parte trasera de la furgoneta, devorando pedazos de tarta envueltos en papel de traza, Isaac conducía y seguía las indicaciones del niño, que viajaba a su lado.

Compraron capas en una mercería, de las muchas que las vendían aprovechando las Lupercalias, y salieron de la tienda con ellas puestas. La capa de Héctor era negra porque no había otro color para su tamaño, pero sus hermanos sí pudieron elegir. Fran la quiso gris, Best la escogió a juego con sus ojos verdes y la de Darío era añil.

Isaac no pensaba acudir a la Lupercalia y no cedía por mucho que la sombra de Raúl le rogase que fuesen juntos una vez más a la cueva de las maravillas. El mestizo ni siquiera veía buena idea que los chicos entrasen en el submundo de Fronda, pero transigió porque no le quedaba más remedio y porque el viejo oso los acompañaría.

Laro vestía una capa roja, los niños no iban a la celebración, pero se les permitía disfrazarse por las calles. Del mismo modo, muchos adolescentes que todavía tenían prohibido la entrada a las cuevas, celebraban sus propias fiestas, disfrazados con máscaras de animales de plástico, bailando alrededor de bidones en llamas al son de la música que salía de las radios de los coches.

Aquella Lupercalia era especial y había capas por todas partes, aunque muchas eran oscuras y colgaban de balcones y ventanas. Todo Fronda se vestía de luto y de fiesta para despedir a Raúl Montenegro con risas y llantos, celebraban el final de su reinado y el principio de una era incierta.

El fantasma del alfa se moría por recuperar su cuerpo y poder enseñarle aquel reino a su amor, pero se conformó con que lo recorriesen en la furgoneta y ver en sus ojos el brillo de la fascinación.

Hicieron un tour por todos los pueblos de la superficie de Fronda, el viaje les llevó toda la mañana. Comieron de bocadillo en un restaurante cualquiera y de allí salieron directos a la fragua. Aparcaron a un lado de la carretera y cuando abrieron la puerta trasera, media docena de chicas pasaban por delante y les lanzaron besos, entre risas, enseñándoles unas bolsas de terciopelo de colores y hablándoles en italiano.

«Asentid, asentid» apuntilló Laro y los chicos le hicieron caso.

—¿Qué dicen? —preguntó Best, simulando una tos.

«Que luego os ven, si el destino lo quiere» contestó el niño.

—Ojalá pudiéramos vivir aquí —suspiró Fran, comiéndose a las chicas con los ojos y dando voz a un deseo que le oprimía el pecho con más fuerza que el cinturón de seguridad.

Laro se soltó el suyo, abrió la puerta del copiloto y de un salto se plantó delante de la trasera.

—De momento —les consoló con una sonrisa pícaro—, conformaos con estar aquí esta noche y poder pedir un deseo a las máscaras. Se cumplirá, si no sois avariciosos.

—¿Avariciosos cómo? —preguntó Best—. No podemos pedir encontrarnos un millón de euros ni nada de eso, ¿no?

—Puedes pedirlo —le dijo Laro entre risas— y si alguien pierde un millón de euros en las cuevas, te lo encontrarás tú, pero no cuentes con ello. La magia telúrica no es como la de la lámpara de Aladino y no crea objetos de la nada, pero cuidado que sí que crea emociones, roba corazones y muchas veces destroza vidas. Ya podéis tener cuidado ahí abajo, no pidáis algo imposible, conformaos con disfrutar de la noche, podéis pedir pasarla con buenas mujeres. —Miró a Héctor de soslayo y añadió—: O con hombres, cada uno lo que prefiera, pero sed sensatos y no pidáis algo que sabéis que no puede pasar.

Héctor miró al suelo y sus orejas enrojecieron, sabía que Laro lo decía por él, porque estaba enamorado de Fran y nunca lo había visto como a un hermano, por mucho que se esforzase en hacerlo. Ese era su secreto y quería que siguiese siéndolo.

—Tenéis que tener cuidado con lo que deseáis —continuó el niño—. La magia es caprichosa y actúa de maneras extrañas, sobre todo cuando se cruza con Eros. En Fronda hay muchas fuentes que nos lo recuerdan, la mayoría tienen que ver con Zeus y sus amoríos, porque el dios se convirtió en águila, cisne, toro, sátiro... para seducir a mujeres y a hombres, ¡hasta en nube! Esta noche entraremos en las cuevas desde la fuente de Dánae, el agua cae desde el techo y como está cubierto de musgo dorado, parece lluvia dorada y cae sobre una estatua de mujer, del mismo modo en que Zeus fecundó a Dánae.

—Yo creía que la lluvia dorada era otra cosa —terció Best y les arrancó unas sonrisas cómplices a sus hermanos.

Laro no hizo caso del comentario soez y prosiguió:

—Os cuento esto para que entendáis que podríais hacer como Zeus y aprovechar la magia de la Lupercalia para estar con alguien con quien no podríais estar de otro modo, pero con engaños. Hay zonas oscuras que guardan incluso a los que se atreven a pasar por sus túneles. —Laro volvió a

mirar a Héctor, pero este no levantaba la vista del suelo de la furgoneta—. Sed listos, cachorros; cuando entréis en el Arca, procurad repetir lo que hemos acordado y no dejéis que otro deseo más fuerte pueda inmiscuirse. Tenéis que ser dueños de vuestro pensamiento o seréis esclavos de vuestro corazón.

—No penséis en almas gemelas —reiteró Isaac.

—Eso es —convino Laro—, los amores platónicos son malos para la salud.

—No es tan malo tener un amor platónico, es mejor que no tener nada —aventuró Héctor y por fin se atrevió a mirar al niño a los ojos.

Laro le sonrió con ternura y repuso:

—A lo mejor no tenemos nada, porque perseguir un amor platónico hace que nos perdamos el resto del mundo. —El niño paseó la vista por los rostros expectantes de los mestizos hasta centrarse en el de Darío—. Sé de lo que os hablo, en toda mi vida jamás me he encontrado con una *orso mannaro* desde que murió mi madre. ¿Significa eso que no existe? No lo creo, pero tampoco creo que deba buscarla. No necesito esa mitad perfecta que Platón prometió que me esperaba en algún lugar. Hay muchas mujeres que sin ser *orso mannaro*, me complementaron a la perfección, hay muchas almas gemelas. ¿Lo entendéis? —Los ojos del niño se oscurecieron, los mestizos asintieron y él continuó—: Me gustaba Platón porque escucharle era muy interesante, pero también peligroso. Según él, Zeus partió a los humanos por la mitad con su rayo y por eso lo que somos ahora es solo la mitad de lo que éramos. Después del rayo, los seres andróginos fueron el origen de la heterosexualidad y los que tenían el mismo género, masculino-masculino o femenino-femenino, fueron el origen de la homosexualidad.

«¿Y qué decía Platón de los bisexuales?» se quejó Raúl. «Seguro que también creía que estábamos confusos».

Laro se rio, no contestó y no incluyó el comentario de la sombra del alfa en su explicación cuando prosiguió:

—Yo no creo que haya una sola alma que nos complemente, estoy seguro de que hay dos o tres o cuatro mil porque nosotros mismos vamos cambiando con el tiempo y el vasito que nos sacia a los doce, se nos queda pequeño a los veinte.

—No siempre —carraspeó Héctor, mirando a Fran de reajo y sintiéndose

en el punto de mira del oso—, un chupito de tequila me sacia y me sienta mejor que dos litros de zumo de naranja. Y con las personas me pasa igual, algunas me resultan más intensas que otras, siempre lo han sido y siempre lo serán, no se me quedan pequeñas por muy grande que yo sea, crecen conmigo y dentro de mí.

Laro le sonrió, le gustaba mucho aquel joven y por eso le preocupaba que se hiciese daño, por lo que insistió:

—Grandullón, unas gotas de cianuro te saciarán más que el tequila y no tendrás que volver a beber nada nunca más. Me entiendes, ¿verdad? Pues aplicaros el cuento todos y no os pongáis en peligro. Tenéis que tener claro lo que vais a pedir cuando bajéis a la fragua, conformaos con pasar una noche divertida y segura.

—¿Y tú qué vas a pedir, abuelo? —preguntó Best, guiñando un ojo a los demás—. ¿De verdad no vas a aprovechar para pedir una osa amorosa?

Laro no se enfadó, sabía que Ramiro no podía evitar bromear con todo porque el humor era su escudo y acostumbraba a usar otro tono.

—No pediré nada —contestó, muy serio—. ¿Y tú, Ramiro? ¿Tú qué quieres en realidad?

Los ojos del niño oso chispearon, la lengua del mestizo se soltó y Best solo pudo responder con la verdad:

—Me gustaría encontrar una chica que me vea como soy y no me mire ni con pena, ni con asco, ni con miedo.

Laro chistó y Ramiro dejó de desnudar su alma.

—Cuidado con lo que pides, cachorro —le avisó—. Conocí a una mujer que no te miraría ni con pena, ni con asco, ni con miedo y una parte de ti me la recuerda, la parte que tienes quemada. Ella no tenía un solo poro en todo su cuerpo que no hubiese sido desfigurado por el fuego y, sin embargo, me enamoró como nadie antes lo había hecho.

Todos se quedaron callados, esperando a que Laro continuase la historia, pero el niño no lo hizo.

—Bueno, ¿y qué pasó? —se atrevió a preguntar Best.

Laro echó a andar por el sendero hacia la fragua y farfulló:

—No pasó nada, aún la quiero.

Héctor le dio un pescozón a su hermano, saltó fuera del vehículo y le

gruñó:

—¿Cómo le preguntas eso al abuelo, animal? Es inmortal, seguro que la chica palmó hace años. ¡Mira la cara que lleva!

—Joder —resopló Best—. ¿Y yo cómo iba a saberlo?

Los jóvenes mestizos bajaron uno a uno de la furgoneta, le llamaron bocazas entre dientes y se alejaron detrás del oso, todos ataviados con sus capas.

Isaac bajó por el lado del conductor y se acercó a Ramiro, que seguía cabizbajo y parecía bastante avergonzado.

—No sé si tus hermanos han entendido lo que quería decirte Laro antes — intentó animarle Isaac—, pero a ti te tiene que quedar claro que si el viejo oso te ha hablado de esa mujer, es para que entiendas que algún día tú también conocerás a una chica de la que te enamorarás, como le pasó a él, y no importará nada más. Para ti ella será perfecta y tú lo serás para ella.

—Esta noche me conformo con echar un polvo. —Best recuperó su sonrisa de bufón. Se retiró el pelo de la cara e inmediatamente se protegió con la capucha, ocultando su cicatriz. Salió de la furgoneta dando puñetazos al aire como un púgil y con cada puñetazo soltó un deseo—: Voy a pedir echar un polvo de los buenos, a ser posible con una chica que no cierre los ojos o evite rozarme la cicatriz, ¡o mejor dos! Voy a pedir un trío, sí, una morena y una rubia que me traten como a un dios del sexo, sin pena ni asco.

Isaac copió su tono burlón:

—Pide exactamente eso, que no me parece nada avaricioso: dos mejor que una.

Best dejó caer los brazos y susurró:

—A lo mejor lo hago.

La sombra del alfa se removía inquieta bajo el pantalón de Isaac y no contuvo su consejo:

«Dejad de bromear con esto. Tiene que tener claro lo que va a pedir cuando baje al Arca, si le viene a la cabeza algo que podría resultar peligroso, como meterse en orgías con los *mannaro*, tiene que controlarlo y ni pensarlo siquiera. Las máscaras nos eligen, no las elegimos nosotros; igual que no elegimos de quién nos enamoramos, solo ocurre».

Isaac repitió las últimas palabras del alfa y agregó algo de su propia

cosecha:

—¿Sabes lo que sentí la primera vez que vi a mi alma gemela? Miedo, pena y asco.

—¡Anda ya! Estás de coña.

—Es la verdad, sentí eso y mucho más, lo sentí todo. Acababa de tener el accidente de moto en el que perdí esta pierna. —Isaac acarició la sombra de Raúl bajo su rodilla—. Y sentí pena porque pensé que moriría solo; miedo, cuando vi al lobo convertirse en hombre; y asco cuando me marcó con su sangre. No te he mentado, eso fue lo que sentí: miedo, pena y asco, luego me enamoré. —Best sonrió con fiereza e Isaac lo rodeó con un brazo y lo estrechó contra él—. Hijo, la primera vez que nos vimos en la residencia, cuando te dije que había habido un cambio y que yo iba a ser tu tutor, me llamaste comecocos gilipollas.

—Yo no me acuerdo de eso.

—Da igual, lo clavaste. —Isaac sonrió con franqueza—. Pero quiero que entiendas que la primera impresión no es tan importante, lo que cuenta es el momento en el que miras a alguien y piensas: ¿cómo no he visto antes lo increíble que es? Y él te mira y sabes que piensa que tú también eres increíble, porque un alma gemela te quiere seas como seas, no es igual a ti, ni tu opuesto, ni te complementa de ningún modo, simplemente te ayuda a ser mejor y también el mundo es mejor a su lado... Anda, ve con tus hermanos.

Best corrió hasta la puerta de la fragua, Fran había sido el primero en bajar al Arca, Laro les repetía lo que debían hacer y uno a uno fueron realizando el ritual. Cuando regresaron a la furgoneta, todos llevaban en las manos pesadas bolsas de terciopelo con sendas máscaras de metal.

Isaac les esperaba en el asiento del conductor, Laro se sentó a su lado y los demás pasaron detrás.

—Bueno, ahora ¿cuál es el plan? —preguntó Isaac, encendiendo el motor.

Laro fue escueto y directo:

—Divertirnos, pimpollo.

—¡Cojonudo, me gusta ese plan! —aplaudió Best—. Es justo lo que he pedido esta noche: divertirme con un par de señoritas. ¡A ver si cueela!

Isaac tomó aire despacio y suspiró, cansado:

—¿En serio, después de lo que te he dicho, has pedido un trío?

—No —continuó Best—, he pedido que todos nos montemos una orgía, pero espero que sea cada uno por su lado y no entre nosotros, que somos hermanos. —Best metió la mano en la bolsa y sacó una máscara negra y plateada, con una mancha de bronce en el centro a modo de nariz. Era una máscara de babuino.

Fran sacó la suya, para que todos viesen lo que él ya sabía: que era otro babuino.

—¡Yo también tengo un simio de esos! —exclamó Héctor—. Best, tronco, ¿nos has metido en una orgía de verdad?

Isaac los vigilaba por el espejo retrovisor, con los ojos desorbitados, y estaba a punto de intervenir cuando Laro lo hizo por él:

—Tranquilo, lo de la orgía era una broma para ver qué cara ponías y ¡qué aburrido eres, pimpollo! Han pedido divertirse sin que se descubra que son mestizos y parece ser que la cosa va bien porque van a ir todos juntos, muy monos ellos.

Isaac exhaló con alivio, aunque no le duró mucho la sensación.

—¿Y tú, Darío? Tú también le has hecho caso a Laro, ¿no?

Darío se mantuvo en silencio, pero era evidente que su bolsa era mucho más voluminosa que la del resto.

—¿Qué llevas ahí? —inquirió Best, palpando la máscara de su hermano a través de la tela de la bolsa. Tocó algo largo y picudo y trató de adivinar—: ¿Es un rinoceronte?

Darío se encogió de hombros y murmuró:

—Creo que es un unicornio.

«Has pedido lo imposible y te ha tocado lo imposible, mi amor. Es una buena señal». Marta hablaba y brillaba en su hombro, era una esfera más brillante que nunca, llena de esperanza. «Y si nos conceden el deseo, esta noche estaremos juntos de verdad».

Darío asintió, con media sonrisa lánguida, y Laro sacudió la cabeza y les llamó locos en un susurro, era lo mismo que pensaba Isaac, pero los demás no habían oído nada y seguían sonriendo.

—¡Va a ser una noche épica! —gritó Best.

—Me vais a matar a disgustos —bromeó Laro, aunque sus ojos se encontraron en el retrovisor con los de Isaac, abrumados y pesarosos.

Ambos desearon a la vez que la noche no fuese épica en el más puro sentido de la palabra: una epopeya con batallas sangrientas de la que nacerían poemas en honor a su heroica muerte.

Eran las cinco y media de la tarde cuando Silvana y Paloma entraron en los túneles de Fronda a través de la fragua. Paloma iba a llevar a cabo el rito del Parlamento, pero no pensaba acudir a la Lupercalia. Se había puesto la capa para poder acceder al subsuelo; sin embargo, la máscara que le había tocado el día anterior seguía en su casa dentro de la bolsa de terciopelo y, en su lugar, había usado un pasamontañas.

Silvana había entrado en las cuevas como loba y en ese momento caminaba al lado de su amiga, desnuda. Su ropa la llevaba Paloma en una mochila, que bajo la capa parecía una joroba.

Llegaron a la fuente del beso de los leones, Silvana apretó el paso y tiró de su amiga, que miraba las estatuas perpleja por su belleza.

—Si Urso ha estado aquí toda la noche —aventuró Paloma—, lo mismo puedes notarlo con ese super olfato que tienes.

—Vamos, Lala —le instó Silvana—, sabes que no quiero hablar de eso.

No habrían atravesado por aquel cruce si hubiesen tenido otra opción, pero era una de las arterias principales en el corazón de Fronda, en él desembocaban seis túneles y uno de ellos era el principio de sendero más cómodo y rápido para llegar al anfiteatro. Lo tomaron presurosas y cuando alcanzaron las ruinas, Paloma se quedó sin aliento, de piedra como una estatua más.

—Es... —balbució y no fue capaz de encontrar un adjetivo que hiciese justicia a aquel lugar.

—Único —concluyó Silvana.

—Monumental —suspiró Paloma, girando sobre sí misma para no perderse detalle de la inmensa bóveda que albergaba el anfiteatro—. Gigantesco, increíble, fantástico, mejor aún: *fantabuloso*, no sé si existe o estoy soñando.

—Te hace sentir como una hormiguita, ¿verdad? —Entraron en el anfiteatro y Silvana declamó la frase que daba comienzo al rito—: Solicito parlamento.

Las antorchas se encendieron en uno de los umbrales de los arcos que había bajo las gradas y la sombra de una enorme loba apareció en una pared. Al seguirla, se fueron encendiendo más antorchas a su paso, no eran quinqués de gas ni había electricidad, aquella zona conservaba la iluminación clásica y las llamas se encendían y apagaban por voluntad de la Magna Umbra, como fuegos fatuos, conduciéndoles por el laberinto de grutas.

Llegaron a una encrucijada con cuatro túneles y la sombra de la loba se internó en uno tan angosto que las mujeres tuvieron que pasar de lado y una detrás de la otra, rozándose los hombros con las paredes. Caminaron en completa oscuridad, varios minutos, hasta que una luz azul apareció diminuta como un hada en el fondo del corredor y fue creciendo a medida que se acercaban.

Era la gran hoguera, la eterna celeste, el corazón de fuego y sombras de Fronda, fuente de toda su magia. Las llamaradas salían del suelo, azuladas como si fuesen propias de la combustión de algún gas que llevaba milenios filtrándose entre las piedras y olían a ozono, como las tormentas eléctricas.

La sombra de la loba se despegó de las paredes y saltó sobre las llamas. Paloma gritó por la sorpresa de ver la sombra en tres dimensiones, Silvana no se inmutó porque había visto sombras vivas antes y evitó pensar en la de Bosco.

—Haz tu pregunta —le susurró a su amiga y le propinó un suave codazo para sacarla de su asombro.

—Creo que no ha sido una buena idea venir —murmuró Paloma, sobrecogida—, no necesito saber nada.

—Ni oste, ni moste, Lala —le interrumpió Silvana.

Paloma asintió y empezó a farfullar:

—Yo... yo quería saber cómo... Yo...

No terminó de dar voz a su pregunta, ni hizo falta que lo hiciese. Hubo un largo silencio hasta que la loba de sombra, que miraba hacia el fuego, levantó la cabeza mirando a Silvana y dijo, tajante:

—La pregunta ha sido formulada y contestada. No tengo más respuestas ni para Paloma Ajenjo, ni para ti, Silvana, querida.

Silvana miró a Paloma y esta asintió, apenas perceptiblemente, entonces Silvana miró de reojo detrás de las llamas y de la sombra, con la esperanza de

atisbar el cuerpo de su tía Sabina en la penumbra, pero estaba demasiado oscuro y el fuego le deslumbraba.

Un gruñido lobuno desaprobó su curiosidad y la sombra le amenazó:

—Es mejor que no me veas. Soy como el futuro y el sol, muy difícil de mirar sin quemarte.

Silvana frunció los labios, compungida, e intentó sonreír.

—Olmo y Olivia te mandan todo su amor, tía —musitó como despedida.

La loba de sombra emitió un aullido sentido y corto que reverberó por los túneles.

—No te demores al marcharte, puedes sufrir un encuentro desagradable.

Fue su última profecía, Paloma tiró de la mano de Silvana y las dos abandonaron la cueva. Paloma iba en primer lugar y la oscuridad, junto con lo que acababa de decirle el oráculo, volvían pesados sus pasos y Silvana tenía que empujarla continuamente para que no se parase.

Al salir del angosto pasadizo, Paloma Ajenjo se encontró de bruces con Melisa Montenegro.

—Tú no puedes estar aquí —le dijo la vieja alfa, reconociéndola—. ¿Cómo...?

Silvana salió del túnel y contestó por su amiga:

—Yo le he cedido mi pregunta.

Melisa no dijo nada más, entró en el pasadizo angosto una vez libre y desapareció en las tinieblas.

—Vámonos, Sil —urgió Paloma—, ya lo has oído, si nos demoramos...

—No puede haber encuentro más desagradable que este —contestó Silvana, tentada de seguir a la antigua alfa y enterarse de lo que le decía a ella el fuego, aunque si la conversación era de pensamiento, como lo había sido con Paloma, el riesgo no tendría recompensa. Dudaba sobre si merecería la pena el intento de escuchar a escondidas, cuando sintió una mirada ardiente y se giró justo a tiempo de ver unos ojos en llamas. Alguien se había quedado rezagado en la oscuridad, alguien que seguía a Melisa.

Silvana supo que era Bosco, que estaba allí, a menos de tres pasos; su corazón lo reconoció y se saltó un latido.

Bosco, que no podía apagar su deseo, contuvo la respiración y cerró los ojos para evitar ser descubierto, temiendo una reacción negativa en la

hembra, incapaz de enfrentarse a ella.

Toda la zona olía al fuego azul de la Magna Umbra, era tan intenso que el resto de los olores se perdían en el aroma de la combustión, por lo que Silvana no podía confiar en su olfato para saber si él se había ido o seguía allí, del mismo modo que Bosco no la había percibido hasta tenerla delante.

—¿Qué pasa, Sil? —inquirió Paloma, observando el túnel que Silvana taladraba con los ojos encendidos—. ¿Es mejor ir por ahí?

—No —murmuró Silvana, su oído estaba centrado en los latidos acelerados que se escondían en aquel corredor, pero mintió con convicción—: Estaba pensando si sería mejor que probásemos a ir por ahí, pero no, nos volvemos por donde hemos venido.

No estaba preparada para hablar con Bosco, tampoco para hablar de él, y se alejaron.

Bosco tragó saliva y esperó con prudencia a que los pasos de las jóvenes se escuchasen lo suficientemente lejos; después, abrió los ojos y siguió su camino, aunque podría haber seguido adelante a ciegas. No había vuelto a entrar allí desde que tenía trece años, pero reconocía cada esquirla del suelo y cada grieta del sendero de piedra como si lo hubiera recorrido mil veces. Avanzó sin vacilar y pronto alcanzó las llamas celestes de la hoguera.

Su abuela lo esperaba expectante, frente a la sombra de la loba, separadas por el fuego místico y el profundo odio que sentían la una por la otra.

Bosco no perdió un segundo, tomó aire y fue conciso:

—¿Ganaré la pugna de sucesión?

La loba de sombra contestó en un susurro y sonó como un crepitar de huesos ardiendo:

—No, Bosco Montenegro. No ganarás.

Melisa dio un paso rabioso adelante, insatisfecha por la respuesta. Quería que Bosco escuchase los detalles de la predicción, que los temiese como ella los temía.

—¡Dile lo que perderá y cómo! —exigió.

—Eso son dos preguntas. —La voz de la Magna Umbra retumbó en la caverna—. Son dos preguntas en una orden y ya no acepto órdenes tuyas, Melisa Montenegro.

La vieja alfa se mordió los labios, airada. Había llevado allí a su nieto para

que escuchase la verdad y a cambio le permitiría ir a las Lupercalias. Había pagado un precio muy alto con ese trato y lo que esperaba era que la Suma Sacerdotisa le advirtiese a Bosco que perdería la vida si se atrevía a enfrentarse a su hermano. Quería que lo asustase y le amedrentase, que le quitase las ganas de luchar de un modo definitivo.

La loba de sombra no parecía dispuesta a colaborar, había sido escueta en demasía, pero Melisa aún podía preguntarle y se concentró en no malgastar aquella oportunidad, tenía que ser lo suficientemente precisa como para que la Magna repitiese su profecía delante de Bosco.

—Está bien —claudicó—, haré una sola pregunta al fuego: ¿qué le dijiste a mi hijo cuando te preguntó si uno de mis nietos sería el futuro alfa de Fronda?

La loba de tinieblas metió la cabeza en el fuego y contestó al instante:

—Lo que dije entonces, todavía prevalece: si los hijos de Raúl Montenegro luchan por convertirse en alfa, el más débil morirá en el intento.

—¿Cómo puedo impedirlo? —inquirió Melisa con la voz quebrada por el miedo y el dolor.

La Suma Sacerdotisa no contestó, el fuego no tenía más respuestas para la vieja alfa.

—Por favor —suplicó Melisa—. ¡Dime cómo puedo impedirlo, por favor!

—NO PUEDES —gritó la sombra y explotó en un millar de volutas oscuras, que revolotearon como un enjambre alrededor de Melisa y su nieto, empujándoles fuera de la cueva.

La loba gris y Paloma salieron de las cuevas por una de las brañas del monte. Mientras Paloma se quitaba la capa y el pasamontañas, Silvana recuperó su forma humana y comenzó a vestirse.

—Tenemos que ir a la Lupercalia —le espetó Paloma, de repente.

—¿Cómo que tenemos que ir? —repitió Silvana, sorprendida, poniéndose los vaqueros—. Yo no pienso ir y se supone que tú tampoco quieres. ¿Por qué has cambiado de idea?

—Porque... porque sí —titubeó Paloma—. Me pondré la máscara que me ha tocado y ya está, es lo que tengo que hacer y me da igual que se rían de mí.

Silvana la observó, recelosa.

—A ver, Lala, me has dicho antes que te tenías que poner el pasamontañas para entrar porque habías devuelto la máscara.

—Ya, perdona, era mentira.

Silvana bufó, molesta. Odiaba que su amiga mintiese por tonterías, lo hacía de pequeña y al parecer lo seguía haciendo.

—Si ni siquiera puedo confiar en ti, prefiero quedarme todo el día sola, encerrada en la casona.

Paloma continuó disculpándose, compungida:

—Lo siento, te he soltado una mentirijilla de nada y tampoco es mentira del todo. He intentado devolver la máscara, lo he pensado, pero cuando la toco o toco la bolsa, solo me dan ganas de ponérmela. Es muy raro.

—Lo que es raro es que no te la pongas. Dime qué pasa, Lala, y no me mientas.

—Es que... me da vergüenza.

—¿¡El qué!? —gritó Silvana, exasperada.

—Pues que me ha tocado un narval, ¿vale? —Paloma resopló y se sentó en el suelo de la braña, sin mirarlo antes siquiera.

Silvana la miraba sin entender nada.

—¿Y qué?

Paloma resopló, se enjuagó las lágrimas y se explicó:

—El destino tiene un sentido del humor asqueroso y por eso me ha tocado un narval.

—Hay animales peores.

Paloma se rio sin fuerzas.

—No sabes lo que es, ¿a qué no?

—¿Es un pájaro? —aventuró Silvana, recordando el volumen de la bolsa y la extraña forma del bulto que escondía—. ¿Es un pájaro con un pico muy grande?

—Déjalo, Sil, no tienes ni idea. Es una ballena.

—Ah. —Silvana entendió por qué se avergonzaba su amiga, pero intentó consolarla sin entrar en el tema de su peso—. ¿Y qué? ¿Cuántos animales horribles nos hemos cruzado entre hoy y ayer? ¿Tú crees que tendrían que

haberse quedado en su casa para que la gente no se ría de que les ha tocado ser hienas o buitres o ratas... o, como decían en *Grease*, amibas de los piojos de las ratas?

—No es lo mismo —Paloma seguía dolida, pero esbozó una sonrisa.

Silvana se sentó a su lado y se ató las deportivas al tiempo que ataba cabos:

—Da igual lo que diga la gente, Lala. Recuerda: lo que le importe a los que no nos importan, no es importante.

—Ya —Paloma sonrió, recordaba muchas de las frases que solían decirse de niñas para animarse y agregó otra—: Y *quíerome* mucho y *quíerote* mucho, como la trucha al trucho... —Paloma esperó un segundo y las dos terminaron diciendo—: habla chucho, que no te escucho.

—Pues eso —continuó Silvana, se puso de pie y tiró de su amiga para que también se levantase del suelo—, si ladran es porque cabalgamos.

Salieron de la braña y, a la luz del sol de la tarde, Paloma buscó la mirada esquiva de Silvana, achicando los ojos con suspicacia.

—Vale, yo me enfrento a mi miedo y que ladren todos, pero tú qué, Sil. ¿Por qué no quieres ir a la Lupercalia? ¿De qué tienes miedo?

—No es miedo.

—Sí que tienes miedo —resolvió Paloma. Habían llegado a la carretera y estaban tan concentradas la una en la otra que cuando un coche pasó despacio a su lado, ellas ni siquiera lo miraron—. Te cagas de miedo, *cagandando*, y por eso me has cedido tu pregunta. Has dicho que lo hacías para no desaprovecharla y te creo, pero también creo que te da tanto miedo lo que te pueda pasar en los próximos días ¡que no quieres ni saberlo!

—¡Es que ya lo sé! —rezongó Silvana—. ¡Voy a tener que ser la hembra alfa de las tres manadas y voy a tener hijos, quiera o no! Y no podré estar siempre con ellos, ¡solo a veces! Es horrible, ese es mi futuro y tienes toda la razón, el destino tiene un sentido del humor asqueroso: tú puedes tener un marido detrás de otro y custodia compartida de los niños, como la gente normal, yo tendré cuatro a la vez y se quedarán con la custodia de mis hijos y los veré cuando me toque, ¡de año en año!

Tras aquel estallido emocional, se quedaron calladas cerca de un minuto, siguiendo la carretera, hasta que Paloma cayó en la cuenta:

—¿Cómo que cuatro? —Empezó a contar con los dedos—. Has dicho cuatro, a ver: el rumano madurito interesante, el yogurín italiano, el buenorro de Urso... ¿Y?

—He contado con Bosco sin querer —completó Silvana en un bisbiseo como si fuese un secreto inconfesable—. Mi cerebro está frito y a veces se me olvida que le odio, no me hagas caso y olvídalo.

Paloma la abrazó con fuerza.

—Hazme caso tú a mí y acompáñame a la Lupercalia, por favor, por favor, por favor.

Silvana rechinó los dientes de pura frustración.

—¿Qué te ha dicho la Magna Umbra? Porque es eso, ¿no, Lala?

Paloma tragó saliva y sus ojos saltaron de árbol en árbol, evitando la mirada ardiente de su amiga.

—Me ha dicho que vayamos juntas a la Lupercalia de esta noche —confesó en parte, con un hilo de voz.

—Yo no voy a ir. Y menos ahora que sé que Bosco ha vuelto a Fronda. Creo que antes, en la cueva, iba detrás de su abuela y se ha escondido al vernos.

Paloma dejó de andar.

—¿Por qué no haces algo que tú quieras hacer, sin pensar en ningún tío, Sil?

—Es que ya te he dicho lo que quiero hacer: ¡yo no quiero ir!

—Pues si tú no vas, yo tampoco puedo ir... Eso me lo ha dejado muy claro el fuego.

Silvana se hartó, se encaró con Paloma y vio que tenía los ojos llorosos, lo que ablandó un poco sus palabras.

—Déjate de rollos, Lala. Cuéntame qué le has preguntado al fuego y qué te ha respondido porque estoy hartísima de mentiras y jueguecitos. Estoy muy harta, por favor, no me hagas tú lo mismo que todos los demás: no me utilices.

Paloma se encogió de hombros.

—Es que no sé cómo decírtelo, Sil. Te va a parecer un chantaje y lo es y lo siento. Va a sonar fatal, pero es la verdad. Vale, te lo digo y ya está. —Aspiró una bocanada y dijo de corrido—: yo no puedo ir si tú no vas porque si yo

voy, va a ser lo último que haga, pero quiero ir, así que por favor ¿vienes conmigo?

Los ojos de Silvana relampaguearon y su tono se volvió agudo y desquiciado:

—¿Por qué me haces esto?

Paloma bajó la mirada y la voz:

—Porque la Magna Umbra me ha dicho que, si voy a la Lupercalia y tú no vienes conmigo, moriré esta noche.

Se produjo el silencio elocuente que Paloma esperaba, pero lo que dijo Silvana no fue lo que había previsto.

—¿Que morirás? ¡Pues NO VAYAS! —Silvana estaba más enfadada que asustada y no se dejó impresionar por aquella revelación funesta—. ¡Es que no te entiendo, Lala! Primero me dices que haga lo que yo quiera sin pensar en los tíos, pero me da que es por un tío por lo que quieres que vayamos a la fiesta.

—¡No es eso! —le interrumpió Paloma.

—¿Pues por qué quieres ir? ¿Por qué quieres arriesgarte a morir?

Una lágrima escapó de sus ojos azules y Paloma se miró los pies, vio caer la lágrima en el asfalto y balbució:

—Porque si voy, se cumplirá mi mayor deseo, ese que también es el mayor deseo de mi padre.

—¿Cómo que el de tu padre? —repitió Silvana sin pensar, con sorna—. ¿Te vas a convertir en un chico?

—No, me voy a convertir en una loba... como tú.

En una de las brañas del monte, un grupo de encapuchados se preparaba para acceder a las cuevas de Fronda. Les hubiera gustado participar del baño multitudinario en las termas, pero su guardián lo desaconsejó y optaron por unirse a la fiesta en una apartada.

La braña estaba destartada por dentro, llena de telarañas, muebles rotos y hierbajos ácratas. La llama de una vela moribunda les alumbraba desde el vano de la ventana y por los múltiples agujeros del techo se veía la noche, pero apenas entraba luz, en el cielo no había luna y las estrellas dormían entre brumas.

Las baldosas del suelo, un puzzle desvencijado de piedras macizas, habían sido tomadas en sus fronteras por las malas hierbas y la más grande de todas era la zarza que escondía la entrada a Fronda; los mestizos tuvieron que arrancarla para despejar la grieta que comunicaba con los túneles.

La sombra de Raúl Montenegro les había guiado hasta allí a propósito porque hacía tiempo que nadie utilizaba ese acceso, que quedaba bastante lejos del anfiteatro y las zonas principales de la Lupercalia.

Laro se había transformado en oso y había entrado primero en la braña, para comprobar que estaba vacía y que era cierto que nadie había pisado allí en años.

Los jóvenes mestizos le siguieron, habían dejado toda su ropa en la furgoneta y estaban ataviados solo con las capas, las máscaras y un aura de anticipación ilusionada y temerosa.

Una vez despejaron el acceso a la gruta, Laro se colocó delante de la grieta y se aseguró de que le escuchasen antes de pasar. El osezo se levantó sobre sus patas traseras e incluso izado de aquel modo apenas alcanzaba un metro de altura, a los chicos les costaba no sonreír al mirarle. Él gruñó para llamar su atención y se comunicó mentalmente con el grupo, como un entrenador:

«No venimos solo a divertirnos, lo que pase esta noche puede marcar vuestro futuro en Fronda y os aseguro que lo hará para bien, si me hacéis caso. ¿Lo pilláis, cachorros?». Los mestizos asintieron y Laro continuó: «Podéis comer cuanto queráis, fornicar si se tercia la ocasión y beber lo que se os ponga por delante: hidromiel, ambrosía, vino... por mí como si os bebéis todo menos el agua de las fuentes, pero si veo que perdéis la cabeza y os ponéis en peligro, se acabó la excursión porque aquí mando yo, ¿os queda claro?».

—¡Sí, capitán, mi capitán! —exclamó Best e intentó acariciar la cabeza del osezo, pero Laro le amenazó dando una tarascada al aire, por lo que el joven se disculpó—: Perdona, fiera. Tú mandas y nada de achucharte, lo pillo, pero es que... Joder, eres adorable, pareces salido de una peli de Disney y me dan ganas de darte un abrazo.

El pequeño oso pardo se limó las uñas en la pared de piedra y los oídos sensibles de los cachorros se dolieron, después les regañó a todos:

«Mis uñas son fuertes y mis dientes serán pequeños, pero están afilados como agujas. No lo olvidéis u os daré un mordisco en el culo que os lo

recordará toda la noche».

—Vale, pero ¿me dejas que te ponga la capa? —insistió Best, sin dejar de sonreír, blandiendo la capa como un capote.

—¡Deja en paz al abuelo! —Héctor le arrebató de las manos la tela roja a su hermano y girándose hacia el oso, agregó—: Mejor te la guardo yo y cuando estemos dentro o cuando la quieras, me lo dices.

«Gracias, grandullón» masculló el osezno, al lado de Héctor parecía realmente de juguete porque no levantaba más de dos palmos del suelo, pero Héctor lo miraba con respeto y miedo, algo que Laro agradecía. «Voy a entrar como oso porque es la única manera, con mi cuerpo de niño humano esta noche tengo prohibido el paso, pero en cuanto lleguemos al banquete que os he dicho, me transformaré y me pondré la capa, sí, porque prefiero comer con las manos. Estas zarpas han roto muchos platos». Laro miró a Best con recelo y le mostró las garras de sus patas delanteras, abriéndolas como un juego de cuchillas. «Portaros bien, cachorros. Mantened la mente despierta y el corazón puro, el cuerpo que se ensucie cuanto quiera que estamos de fiesta».

Hubo una ovación y el osezno se internó en el oscuro corredor y les indicó que lo siguiesen, bajando hacia las entrañas de Fronda.

—Mejor pasa tú primero —le instó Fran a Darío y todos se hicieron a un lado.

—Eso, Pinocho —le increpó Best a su vez—, pasa tú primero que ese cuerno que llevas es peligroso. No sea que te despistes y nos lo claves en la espalda, tú delante *pa* que no te espantes.

Darío no replicó, estaba deseando entrar y no le importó tomar la iniciativa, se acercó y examinó los símbolos que había en las rocas, en lo alto de la grieta. Las guardas impedían que ningún cuerpo o rostro humanos accediesen a Fronda, a no ser que fuesen velados por capas y máscaras. Atravesó el umbral ungido, sintió el peso de la magia escudriñándolo y se arrebujo en su capa añil.

Durante unos segundos no pudo respirar, el aire era ferroso y pesado, sabía a sangre y tierra húmeda, estaba caliente y se deslizaba en su interior como un animal vivo; la poderosa culebra restalló en la boca de su estómago y con la siguiente exhalación desapareció. Darío percibió una corriente fresca, revitalizadora, y se sintió liviano y eufórico. Les mostró a sus hermanos el

pulgar hacia arriba y se internó en las tinieblas para seguir el rastro de las pisadas que dejaba el osezo sobre la tierra mojada.

El Teito de liebres era como se conocía en la zona a una antigua casona cuyo tejado desvencijado había sido reparado con una cubierta vegetal de planta de escoba. Su nombre se lo debía a las manchas de humedad de su fachada de cal, que se asemejaban a una reunión de conejos.

La casona abandonada aún pertenecía a los Montenegro, pero no guardaba su ganado desde principios del siglo XX. Tenía dos plantas con dos accesos diferenciados, por una escalinata exterior de piedra se accedía a la zona que habitaban los pastores y, a ras del suelo, una trampilla daba acceso al sótano donde se guardaban los animales.

En las últimas generaciones, los más jóvenes de Fronda se reunían allí durante las Lupercalias y celebraban su propia fiesta, ya que no podían acceder a las cuevas. Era parte de un particular rito de iniciación de los últimos veinte años que, al cumplir los diecisiete, los jóvenes de Fronda portasen pequeñas bengalas de fiesta y accediesen a las cuevas desde la entrada de aquella casona, aplaudidos por los que todavía no podían hacerlo.

Silvana conocía el lugar desde niña, había ido con once años junto con Bosco y Violeta para aplaudir a la hermana mayor de esta, Gema Ajenjo, y verla acceder a las cuevas por primera vez.

Paloma no había podido ir en aquella ocasión, pero no se había perdido la iniciación de su hermana Jara, ni la de Bosco, y en aquel momento no se podía creer que ella misma estuviese en un coche de camino al Teito y a punto de entrar en Fronda.

Olivia había accedido a llevar a su nieta y a su amiga en coche hasta el Teito de liebres y había contado con el beneplácito de Urso, que apenas podía creerse que Silvana fuese a acudir a la Lupercalia aquella noche.

Cuando las tres mujeres se metieron en el viejo coche de los omega, Silvana de copiloto y Paloma justo detrás, Urso salió a la puerta a despedirlas y lo hizo con una promesa.

—Nos vemos luego, *neña*.

—Yo te veré, pero tú a mí, no lo creo —le contestó Silvana.

La máscara de león, que Urso llevaba puesta y dejaba al descubierto su

labio inferior y parte de la barbilla, enmarcó la sonrisa altanera de los Montenegro.

Silvana sonrió con el deje sardónico de los Canedo y Paloma se despidió agitando la mano muy nerviosa por la ventanilla.

—¡A mí me verás, seguro! ¡Y Sil estará donde yo esté!

Urso asintió, caballeroso y agradecido, Olivia arrancó el motor y Silvana resopló con desdén, recriminándole a su amiga su licenciosa actitud:

—¡Pero a ti qué te pasa! ¿Por qué le animas?

Paloma sonrió.

—Porque es mejor tenerlo como amigo que como enemigo —respondió, recordándole lo que había dicho esa misma mañana y añadió con sinceridad —: Y porque, *cágume-en-diez*, me cae bien Urso, es más: me cae mejor que su hermano.

La referencia a Bosco tuvo el efecto deseado y Silvana enmudeció, apretó los labios y dejó que su vista y sus pensamientos se perdiesen por la vereda que iluminaban los faros del coche.

Olivia pisó el acelerador y aprovechó que al lado de la palanca del cambio de marchas estaba una rodilla de su nieta y se la apretó con cariño, infundiéndole ánimos.

Las *mannaro* se miraron y Paloma dudó de si estarían manteniendo una conversación telepática porque, durante más de veinte minutos, no mediaron palabra alguna. Sin embargo, al llegar al cruce del Teito de liebres, Olivia siguió recto por la carretera hacia Barrios de Luna y Paloma rompió el silencio:

—Creo que nos hemos pasado el desvío.

—Sí, es que he cambiado de idea —refunfuñó Silvana y se giró para explicárselo, aún algo molesta por su comentario anterior—: Primero vamos a la fragua a por una máscara para mí, porque lo de ir con un pasamontañas como tú has hecho antes, va a llamar mucho más la atención y paso.

Paloma no pudo contener una carcajada de júbilo y aplaudió la decisión con ganas.

—¡Bien, joder, muy bien! ¡Muy muy bien, Sil! Era de *tolais* perder la oportunidad de pedirle a las máscaras...

—¡Déjalo ya, Lala! —Silvana la interrumpió antes de que su amiga dijese

algo inapropiado—. Lo que le voy a pedir a las máscaras es para ti, no para mí.

La boca de Paloma se abrió desmesuradamente por la sorpresa y solo logró musitar:

—¿Qué vas a pedir?

Olivia carraspeó e intervino:

—Va a pedir que le ayuden a que no te mueras, ¿te parece poco?

Paloma escondió la mirada en las alfombrillas del coche.

—No pensé que se lo contarías a nadie, Sil —farfulló, avergonzada y enfadada a partes iguales—. Ya te vale.

Los ojos de Olivia brillaron ambarinos y terció:

—Mi nieta no me ha dicho nada, has sido tú, Paloma, porque es en lo único que piensas y lo piensas a todo volumen. Estoy segura de que cualquier *mannaro* que te cruces se va a dar cuenta y eso de repetir todo el tiempo *monjamonjamonjamon...* como estás haciendo ahora, no siempre funciona.

Silvana chascó la lengua con fastidio. Ella le había enseñado el truco de los trifelios a Paloma porque estaba tan nerviosa que sus pensamientos irradiaban palabras a su mente como una emisora de radio. Se dirigió a su abuela y le preguntó, directa:

—Entonces ¿sabes por qué vamos a la Lupercalia?

Olivia asintió y Paloma redobló sus esfuerzos por blindar su mente, pensó en palabras nuevas e incluso las repitió en voz alta sin cesar:

—Gatogatogatogatoga...

Olivia no hizo caso de la letanía silábica y continuó indagando:

—Lo que sé es que esta niña tiene miedo a morir esta noche y sé que tiene algo que ver con el fuego sagrado, porque lo he visto arder en su cabeza. Podría mirar más a fondo, pero prefiero que me lo contéis vosotras. ¿Qué está pasando?

Silvana respiró despacio.

—No lo sé, abuela, y solo hay una manera de saberlo: tengo que ir... ¡Lala, por dios, cállate!

—Perdón —musitó Paloma y dejó de hablar y pensar en un gato con toga.

Silvana prosiguió:

—No viene mal que lo sepas, abuela, y cuéntaselo al abuelo. Necesitaremos vuestra ayuda si la profecía se cumple. —Las pupilas de Paloma se dilataron con horror y también las de Olivia, aunque por motivos diferentes. Silvana se explicó mejor—: Me refiero a que te transformes en loba esta noche, Lala, no a que se cumpla lo de que te mueras.

—¿Transformarse en loba? —gruñó Olivia—. Eso es imposible.

—¡No lo es, lo ha dicho el fuego! —exclamó Paloma, con voz plañidera, teñida de esperanza y miedo—. Voy a ser como Silvana, es la verdad.

Olivia no esperó a escuchar nada más, paró el coche a un lado de la carretera y sus ojos en llamas pasaron de los de su nieta a los de Paloma, al tiempo que su gesto se volvía más y más adusto.

—Estás maldita, Lala —dijo al fin, tratando de ser lo más clara posible—. Da igual lo que te haya dicho el fuego, no eres como ni nieta, tú no puedes cambiar y menos aún en novilunio. Esta noche no hay *tintarella di luna* que te caliente la piel y te saque la loba... Además, no hay loba que sacar porque estás vacía. Nos volvemos a casa.

Paloma se lamentó en tono infantil y dolido:

—¡Pero lo ha dicho el fuego!

Olivia se humedeció los labios y masculló, quedamente:

—No lo ha dicho el fuego, lo ha dicho la Magna Umbra, y no es lo mismo, es su interpretación.

—¿Y? —Silvana no pudo contenerse y perdió las formas—: ¿Y qué, abuela? ¿Estás diciendo que TU HIJA se equivoca? Porque eso no es posible ¡y tampoco nos puede mentir y lo sabes!

Olivia se pasó despacio las manos por su coleta prieta y después las dejó caer sobre el volante con una confesión.

—Sabina no puede mentir, pero puede decir la verdad de muchas maneras y el riesgo de escuchar sus predicciones es muy alto. Hacedme caso, lo mejor es que no vayáis a la Lupercalia. Volvemos a la casona. YA.

Silvana fue rápida y sacó las llaves de la toma de contacto. No pensaba dejar que les llevase de vuelta, pero prefería convencerla e insistió:

—No lo entiendes, abuela. El fuego ha dicho que Paloma morirá si yo no voy esta noche, pero si voy ella podría cambiar y convertirse en loba. Y si ella cambia, ¡todo cambiará! Ya no seré la única y a lo mejor también pueden

cambiar otras chicas y no haría falta que hubiese un triple enlace o podría ser con otra y no...

—¡BASTA! —bramó Olivia y perdió la compostura y su eterna pose serena—. ¡No quiero oír más tonterías! Devuélveme las llaves, Silvana. Esto no es negociable, ¡marchamos de vuelta, YA MISMO!

Silvana le devolvió las llaves con un bufido resignado, pero al momento sus ojos brillaron sagaces y bajó del coche, dejó la puerta abierta y sentenció:

—Ahora voy a ir a la fragua y después a la Lupercalia y Paloma vendrá conmigo, aunque sea andando... No tenemos que negociar nada, abuela, tú tomas tu decisión de avisarme y yo la mía de no escucharte.

Silvana le indicó con un gesto que bajase del coche y Paloma obedeció, con el corazón latiéndole a mil por hora y saltando contra las costillas de su pecho como un animal enjaulado.

Olivia también salió del coche y se enfrentó a las jóvenes, manteniendo el capó como frontera, sin atreverse a acercarse a ellas. Encerraba las llaves del vehículo dentro de su puño con tanta fuerza que rasgó con ellas su piel, de pura frustración, y de su puño herido goteó algo de sangre sobre el arcén. Silvana lo olisqueó en el aire, pero permaneció indolente.

Olivia aprovechó la herida y se la mostró a su nieta.

—¿Ves mi sangre? Es la misma que corre por tus venas y es por lo que tú has cambiado. Paloma no comparte mi sangre y no cambiará... No sé lo que va a pasar esta noche, pero no es lo que vosotras pensáis.

Silvana no comprendía nada.

—¿Se supone que mi sangre también está maldita, no!?

—¡No! —confesó Olivia y rodeó el capó para enfrentarse a su nieta con una mirada apenada—. ¡Ni la tuya, ni la de mi hija Sabina, ni la de ninguna de tus hijas, si es que alguna vez tienes hembras, mi niña! —Decir en voz alta aquella verdad, que había silenciado tantos años, fue un alivio para Olivia y en parte una catarsis que le hizo sentir poderosa, por lo que continuó sin reparos—: Melisa Montenegro malogró el hechizo de fertilidad cuando mi sangre cayó en el caldero con la de tu abuelo. Siempre lo he sospechado, lo pensé cuando nació Sabina y, cuando tú cambiaste, lo tuve claro. La sangre de las tres manadas que se mezcló en el ritual provenía del dedo corazón de todos los demás *mannaro*, pero Melisa tomó nuestra sangre del pulgar. Lo

hizo para castigarnos y creo que eso fue lo que hizo a nuestro linaje diferente. ¿Lo entiendes, Silvana? Tu abuelo estuvo a punto de explicarte nuestra teoría de por qué tú y Sabina sois hembras *mannaro*, pero estaba Bosco delante y no se atrevió a acusar a su abuela en voz alta. Yo acabo de hacerlo y Melisa podría pedir mi cabeza si se enterase, pero espero que las sombras que siempre nos rodean y vosotras me guardéis el secreto.

—Abuela, yo... —Silvana cavilaba y cuadraba los datos, sobrecogida y arrepentida de haberle dicho aquellas cosas a su abuela y no haber querido escucharla—. Lo siento.

—Yo sí que lo siento, mi niña. Ahora escúchame, no voy a esconderte nada nunca más y por eso quiero que entiendas que no podemos fiarnos de todo lo que diga Sabina, por mucho que sea mi hija y tu tía... Sabina fue la que le dijo a tu padre que moriría de un ataque al corazón, él la creyó y así fue, pero no fue un infarto lo que le mató; el ataque al corazón fue literal: le atacaron y devoraron su corazón y no sé si Sabina sabía lo que pasaría y no le dijo la verdad o se la dijo de un modo que no le preparó para lo que ocurriría o si no podía evitarse, no lo sé. Puede que el fuego le engañase a ella también, no lo sé, pero eso ya no importa. —Olivia cogió una mano de Silvana, otra de Paloma y las juntó entre las suyas—. Ahora no penséis en lo que podéis ganar, pensad en lo que podéis perder.

—Pero podemos ganar... todo —masculló Silvana.

—O perderlo todo —adujo Olivia—. Marchemos de regreso, mi niña, porque de otro modo no creo que tu amiga vaya a sobrevivir a esta noche.

Silvana tragó saliva y bajó la cabeza.

—Sil, por favor —rogó Paloma, viendo la duda brillar en sus ojos llorosos. Se soltó de las manos de Olivia y suplicó—: Por favor, Sil, no me hagas esto. Ven conmigo, por favor, dame la oportunidad de ser... como tú.

Silvana levantó la vista al cielo para evitar que se le saltasen las lágrimas, no había luna que placase su dolor y las estrellas se escondían entre nubes grises, como su propia esperanza. No sabía qué hacer. Sabía que su abuela tenía razón, que su opción era la más sensata, pero también conocía el dolor que sentía Paloma, había compartido su mismo deseo y una vez cumplido, ya no lo quería, no quería ser la única hembra fértil de las tres manadas y, por pequeña que fuese la posibilidad de cambiar sus destinos, debía intentarlo. Estaba pensando en el mejor modo de explicárselo a su abuela, cuando

Paloma se echó a llorar.

—Vale, pues iré yo sola —sollozó—. ¡Es mi decisión y es mi vida la que está en juego! No tenéis derecho a robarme lo que siempre he querido tener, lo que vosotras ya tenéis.

Silvana la abrazó y le limpió las lágrimas.

—No voy a dejar que vayas sola, Lala. Nos arriesgaremos juntas. Ni oste, ni moste... pero nada de morirse, ¿vale?

—V-vale —hipó Paloma, reconfortándose en el abrazo y las palabras de su amiga—. Ni oste, ni moste, pero sin morir por dios, te lo prometo.

Olivia negó con la cabeza, apesadumbrada, pero lo aceptó porque sabía que nada de lo que les dijese podría hacerles cambiar de idea.

—Os acompañaré como prometí que haría —les dijo y lanzó las llaves del coche al aire para que Silvana las cogiese al vuelo—. Eso sí, yo no pienso llevaros. Me lleváis vosotras.

Paloma no había conducido en su vida y Silvana era la segunda vez que lo hacía, no entendía cómo iban las marchas y sobre la marcha aprendió a distinguir el acelerador del freno. El embrague no sabía para qué era, pero no le importaba, al volante sentía una emoción redentora que no había previsto. Decidió que se sacaría el carnet en cuanto pudiese y entretanto le pediría a su abuela que le enseñase a conducir. Saltar del copiloto al asiento del conductor era liberador y sentir la fuerza del motor a su disposición, embriagador.

Iban dando tumbos por la carretera y se alegró de que ningún cuartel de la guardia civil quedase cerca, aunque saltarse las normas de circulación y enfrentarse a una multa por ello era lo menos arriesgado que harían aquella noche y no le intimidaba en absoluto.

Paloma viajaba a su lado y Olivia en el asiento de atrás, sumida en sus recuerdos y aterrorizada por la incertidumbre de lo que les esperaba a las chicas cuando entrasen en Fronda, le daban ganas de rezar para tener un accidente que lo evitase, pero no lo hizo.

Cuando pararon en las inmediaciones de la Fragua, Silvana bajó sola, decidida, y regresó en menos de diez minutos. Se puso al volante de nuevo y les mostró, ufana, una bolsa de terciopelo.

—¿Y bien? —inquirió Paloma—. ¿Qué animal te ha tocado?

—No lo sé —respondió Silvana, despreocupada, y era cierto que no había mirado dentro de la bolsa, porque en realidad no quería saberlo.

—*Cagandando*, ¿cómo que no lo sabes? —reiteró Paloma—. ¿No sabes qué animal es o no lo has mirado siquiera?

Silvana dejó la bolsa en la parte de atrás junto a su abuela, que seguía mirándola con reprobación, y contestó:

—No lo he mirado, me da igual.

Se había concentrado en pedir algo muy concreto, pero su corazón tenía una duda tan intermitente como sus latidos y le había costado mucho formular su petición sin titubear.

—Pero, ¿qué has pedido? —preguntó Olivia, sintiendo su desasosiego.

—Lo que tú has dicho, abuela —contestó Silvana, girándose para buscar la mirada de Olivia y después volvió a dirigirse a Paloma—: Les he pedido a las máscaras que me ayuden a mantenerte a salvo, Lala.

—Esta noche podría cambiarlo todo —le animó Paloma.

—Pase lo que pase, tu abuelo y yo estaremos despiertos toda la noche —dijo al fin Olivia, que se había mantenido silente y perdida en sus pensamientos todo el trayecto—. Si nos llamas, te escucharemos y, sin importar en qué lugar de Fronda estés, te encontraremos. No apruebo lo que vas a hacer, pero lo entiendo. Siempre vas a poder contar con nosotros, no tengas miedo de llamarnos. ¿Me permites que...? —Silvana interpretó fácilmente el gesto inquisitivo de su abuela, señaló el bulto de la máscara y consintió, asintiendo. Olivia abrió la bolsa de terciopelo y echó un buen vistazo dentro, para suspirar después—: No puedo decir que esto me sorprenda.

—¿Qué es? —Paloma no cabía en sí de la curiosidad y casi ronroneó—: ¿Puedo verlo yo también?

—Bueno, sácala de la bolsa, abuela —convino Silvana—. No es como si vaya a poder ponérmela sin ver lo que es.

—En realidad —dijo Paloma, condescendiente—, sí que puedes. Si cierras los ojos y yo te ayudo a ponértela, no lo ves y, si no quieres saber lo que es, pues no te lo digo.

Olivia resopló hastiada y, antes de que su nieta pudiese ponderar aquel descabellado ofrecimiento, sacó la máscara y la puso en alto para mostrársela

a las dos a la vez.

—Joder —barbotó Paloma, medio atragantada por la visión.

—¡Cállate, por favor! —exclamó Silvana con un hilo de voz—. Ya te he dicho lo que he pedido, de verdad. No entiendo por qué...

Olivia se quedó esperando a que su nieta intentase explicarse, pero Silvana no se lo podía ni explicar a sí misma y se quedó así, ensimismada, en shock.

—Tranquila, cuando se meten de por medio las máscaras de Fronda —comenzó a decir Olivia, sonriendo a su nieta con inmenso cariño—, una suele entender las cosas justo después de que pasen, pero creo que eso es mejor que no entenderlo nunca.

Silvana no podía dejar de mirarse en el metal irisado de la máscara, que reflejaba sus ojos en llamas y así se sentía, ardiendo por dentro.

—Cambiaría tu máscara por la mía si pudiera, Sil —sugirió Paloma, tratando de restar tensión al momento—, pero ya sabes que hay reglas y no podemos intercambiar las máscaras, creo que nos quemarían la cara o algo así.

—Algo así —repitió Olivia, enseriada—. Hacedme caso al menos en esto: no juguéis con las máscaras porque lo lamentaréis, no son transferibles y tienen mucho más poder del que creéis.

Silvana encendió el motor del coche y también la radio, abandonaron la Fragua en silencio y retomaron la carretera hacia el Teito de liebres. Escuchaban una emisora local que aquella noche solo emitía canciones relacionadas con la luna, mezcladas con bases bailables de música electrónica, y en aquel momento, sonaba una remezcla del *Bad moon rising* de la *Creedance clearwater revival*. Su estribillo se impuso al silencio del coche con un ritmo tribal: «*don't go 'round tonight. It's bound to take your life. There's a bad moon on the rise...*».

Silvana pulsó el botón que encendía el reproductor de CD y eligió al azar uno de los discos favoritos de sus abuelos, pero ni siquiera las letras de *Vainica doble* consiguieron hacerle olvidar aquel estribillo que le había provocado mil escalofríos: «*no salgas esta noche, está destinada a quitarte la vida. Hay una mala luna alzándose...*».

Pararon a dos kilómetros del Teito, había demasiados coches aparcados en los alrededores y Olivia se ofreció a acercar a las jóvenes hasta la entrada de

la finca y llevarse el coche de vuelta a la casona, como habían planeado en un principio. Les deseó suerte, volvió a repetirles que ella y Olmo estarían alerta por si les necesitaban y se marchó.

Silvana se sintió rejuvenecer allí de pie, viendo el coche de sus abuelos desaparecer en la carretera y escuchando el sonido atronador de la música que salía de los altavoces de los coches.

Un trío de niñas de no más de trece años, vestidas con vaqueros y cazadoras de cuero, pasaron sonrientes a su lado. Las tres llevaban antifaces de gato, cada una de un color, y en las manos agitaban bengalas encendidas, chisporroteando.

El olor del azufre y la combustión del aluminio y el magnesio fueron el catalizador de nuevos recuerdos de su adolescencia y Silvana se vio bailando con Bosco y Violeta, agitando bengalas como aquellas chicas y envidiando a los mayores que entraban en Fronda a través de la cueva del Teito.

En la fachada de cal había varios balcones y en todos ellos se veían bidones en llamas, dentro no había focos ni otras luces artificiales, solo fuego vivo. La música provenía de todos los coches que había en las inmediaciones y que tenían las puertas abiertas y el volumen de sus radios a tope, sintonizando la misma emisora que Silvana había apagado unos minutos antes.

La canción que sonaba entonces no era desalentadora, era una versión *chill out* del clásico de Debussy, el *Clair de lune*.

—Gracias por quedarte conmigo y apoyarme —le susurró Paloma, abrazando a Silvana por la cintura—. Sé que es una locura, Sil, pero si tengo una posibilidad, por pequeña que sea de ser como tú, me da igual que...

—Ni lo digas —le interrumpió Silvana—, todo va a salir bien.

—Bien, super bien. Vamos, te invito a tomar la primera copa. ¡Ni oste, ni moste! —Paloma se puso la máscara y olvidó a propósito la coda del acostumbrado «a morir por dios».

—¡Ni oste, ni moste! —repitió Silvana y también omitió el final de su particular chascarrillo. Trató de sonar convencida y tuvo poco éxito porque se jugaban demasiado, en verdad iba a necesitar al menos una copa para dejar de sentir el frío antinatural y acongojante que le atería los músculos.

Paloma temblaba, pero en su caso era por llevar solo la capa de lana roja y

nada de ropa debajo, tal y como marcaba la tradición. Se contentaba pensando que una vez dentro de las cuevas, la temperatura se elevaría y hasta la capa le sobraría porque el agua subterránea hacía que en algunas zonas la piedra expulsase vapor, caldeando el ambiente. No obstante, a las afueras del Teito y tan cerca de la medianoche, los dientes de Paloma castañeteaban al compás espasmódico de la música techno. Se conformó con abrazarse a Silvana y frotarse los brazos por encima de la tela de la capa.

—No sé por qué no te querías poner la máscara que te ha tocado —le animó Silvana—, es muy bonita y no creo que la gente sepa lo que es un narval, puedes decir que eres un unicornio.

—Esto no es un cuerno. —Paloma acarició el cilindro de plata que le salía a la altura de la nariz y recalcó—: Esto es un diente, por eso sale de esta línea que es la boca de la ballena.

—También podrías ser un pez espada.

—¡O una *rinoceronta*, no te jode! Anda, Sil, entremos ya y deja de hablar de mi máscara, que me parece mucho más divertido hablar de la tuya.

—Vale, mejor no hablamos de las máscaras.

Subieron la escalinata de piedra y entraron en la planta superior del Teito de las liebres. Por dentro, el edificio estaba apuntalado con enormes columnas de madera. La segunda planta se había hundido en algunas partes y los escombros se habían retirado, pero los agujeros seguían en el suelo, solo se habían levantado barandillas a su alrededor para evitar caídas.

Poca gente bailaba alrededor de los agujeros, la mayor parte lo hacía alrededor de los bidones en llamas para mantenerse caliente y, para refrescarse la garganta, bebían sin parar.

Por todas partes se veían neveras portátiles y algunos estaban haciendo el agosto a su costa. Se podían comprar latas, combinados e incluso bocadillos precocinados, pero la mayoría de los grupos llevaban sus propias provisiones, como las peñas en las fiestas. Era un gigantesco *macrobotellón*.

Paloma pagó diez euros por un mini de vermú blanco con refresco de limón y otros doce por un tanque de ron con cola para Silvana.

—Hace una eternidad que no me tomo uno de estos —se sorprendió Silvana al ver lo que le traía su amiga. No pudo evitar recordar la primera vez que había probado el alcohol, a hurtadillas con Bosco, en su primera

Lupercalia furtiva en el Teito. Calculó que habría sido cuando tenían nueve años o diez años y recordó que habían cogido una bebida del suelo. No sabía exactamente lo que había bebido aquella vez, pero no le había gustado nada y para olvidarlo dio un trago de su bebida, intentando tragarse también los recuerdos y la insensatez de haber bebido de un vaso perdido que podía llevar incluso orina. En el Teito no había baños y no todo el mundo salía al bosque a aliviarse, algunos rincones realmente apestaban a orín.

—Gracias por el ron, Lala.

—Gracias a ti por venir conmigo.

Paloma sonrió con ganas y Silvana imaginó que lo hacía, porque la máscara de narval le tapaba toda la cara. La de Silvana le cubría las mejillas y dejaba al aire los labios y la barbilla por lo que podía beber sin problemas, pero Paloma tuvo que hacerlo con una pajita porque su máscara solo tenía un agujero minúsculo debajo del cuerno.

—Dicen que si bebes alcohol con pajita te sube antes —dijo Silvana, leyéndole el pensamiento—, pero no es verdad. Con pajita bebes más y más deprisa, por eso te parece que el efecto es más fuerte.

—Yo aguanto bien el alcohol. En serio, Sil, no es que suela beber mucho, pero te juro que podría meterme tu cubata de tres tragos y no lo notaría.

—Ya, seguro que sí, pero mejor nos lo tomamos despacito y disfrutándolo.

—Lo veo difícil, estoy nerviosa y tengo sed. —Para dar veracidad a su afirmación, Paloma se bebió media copa de dos sorbos y continuó—: Por cierto, ¿en Fronda hay retretes o vais marcando las esquinas como en este antro?

Silvana no pudo reprimir una carcajada.

—Allí no huele como aquí, pero tampoco hay baños, lo que hay son agujeros en el suelo por donde pasa el río, así se lo lleva todo. Mejor no bebas mucho porque no hay tacitas de porcelana esperando tu culito de princesa.

—Sí, sí, pues... —Paloma no terminó su réplica, escucharon un aplauso multitudinario y se sumaron al comprender que alguien acababa de cruzar hacia Fronda por primera vez.

Todos lo celebraban y vitoreaban a quien quiera que acabase de meterse en las cuevas. Paloma y Silvana caminaron hasta uno de los agujeros del

suelo y se hicieron un hueco entre la gente para observar lo que ocurría en el piso de abajo.

Cuando la mayoría regresó al candor del fuego de los bidones, ellas se quedaron apoyadas en la barandilla, brindaron y dieron un pequeño sorbo mientras sus ojos vigilaban la gruta oscura que se abría bajo sus pies, como una boca dispuesta a tragárselas.

—¿Nos tomamos otra? —inquirió Paloma, que sentía verdaderas ganas de entrar en las cuevas, pero también un profundo terror que la mantenía aferrada a aquella barandilla.

Del mini de vermú, apenas quedaban dos dedos de líquido entre los hielos, pero Silvana tenía aún la mitad de su ron y lo miró, despreocupada.

—No hace falta que pidas más, Lala, podemos compartir mi cubata y en Fronda hay de todo y gratis. ¿Te parece que bajemos ya?

Paloma inspiró hondo.

—No sé si estoy preparada.

Silvana bebió con avidez y se limpió la boca con la manga de la capa.

—A los *mannaro* el alcohol no nos afecta como a los humanos y yo no voy a dejar de sentir miedo por mucho que beba, Lala, y creo que tú tampoco, pero tú decides: o entramos en la Lupercalia ahora mismo o nos quedamos aquí mirando el agujero de la entrada y aplaudiendo a los demás toda la noche. Tú decides.

—Y una vez dentro ¿dónde vamos?

—Ni idea, supongo que al anfiteatro.

—¿No piensas ir a la fuente de los leones? —Paloma dejó caer aquella sugerencia como si no tuviese importancia.

Silvana le dedicó una mirada furibunda y, al encendérsele los ojos, la máscara adquirió un aspecto depredador, de auténtico animal salvaje.

—No me saques ese tema, Lala, por favor.

Paloma no le hizo caso y continuó:

—Seguro que Urso está esperándote en la fuente, ayer dijo que lo haría las tres noches y hoy sabe que vamos.

—Pues se va a cansar de esperar —concluyó Silvana y saltó por encima de la barandilla. Mantuvo el vaso en alto y cayó de pie sin derramar una gota. Un par de chicos, que la habían visto saltar, le aplaudieron y Silvana les

chistó, con chulería—: Eso cuando entre.

—Sil, ¿estás bien? —le chilló Paloma desde el primer piso.

Silvana dio un último trago y tiró su bebida dentro de un bidón en llamas, el fuego chisporroteó sin apagarse.

—¿Bajas o qué? —le instó y Paloma asintió, se terminó su bebida y la tiró en otro de los bidones según salía.

Tardó varios minutos en alcanzar la grieta hacia Fronda y no solo porque tuviese que salir fuera del Teito y acceder por la otra entrada, abriéndose paso entre el gentío, Paloma caminaba despacio porque los pies le pesaban y también el ánimo. Sabía que no habría vuelta atrás una vez entrasen en las cuevas.

Los que habían visto el salto de Silvana cuchicheaban sobre si aquella chica sería la joven hembra *mannaro*, la única fértil en las tres manadas, y ella escuchaba los murmullos como si le hablasen al oído, pero los sentía ajenos, como si no fuesen con ella, como si nada de lo que ocurría allí fuese real. La máscara tenía más poder del que ella imaginaba, su abuela lo había dicho y por fin ella entendía el verdadero alcance de aquellas palabras: se sentía invencible, sentía que tenía un propósito que cumplir y estaba decidida a cumplirlo, tenía que entrar en Fronda y la entrada de la cueva la atraía sin remedio.

Cuando por fin se acercó Paloma, Silvana le ofreció una mano y su amiga la aceptó.

—Entramos a la vez, ¿vale? —propuso Silvana—. Es como tirarse a una piscina, lo mejor es no pensarlo. Lo hacemos a la de tres, ¿vale? Uno, dos... ¡Tres! —dijeron al unísono y entraron en la gruta.

Fue como sumergir la cabeza en un cubo de agua caliente, los aplausos que recibieron se escuchaban lejanos y no tan altos como los latidos que martilleaban en sus tímpanos. Tras unos segundos de asfixia preternatural, con una bocanada de aire fresco, las dos recuperaron el aliento.

—Me pica toda la cara —se quejó Paloma, metiéndose una mano por debajo de la máscara para frotarse el rostro—, es como si me hubiesen rociado con spray de pimienta.

—Yo siento un poco de escozor, pero solo eso. Debe de ser resistencia de *mannaro* —dijo Silvana y se arrepintió al momento de lo que implicaban sus

palabras, pero solo pudo añadir—: A lo mejor no es eso, a lo mejor lo del picor tiene que ver con la máscara porque la mía no me tapa toda la cara como a ti la tuya, tiene mejor ventilación.

—O a lo mejor es porque yo no soy como tú, ni lo voy a ser —murmuró Paloma, temerosa—. No sé, Sil, ¿y si esta es una de esas señales que debería tener en cuenta? La verdad es que tengo una corazonada de las chungas.

—¿Quieres volver a casa? Estamos a tiempo.

Silvana lo dijo por decir, sentía que estaba donde tenía que estar y no pensaba marcharse, pero no iba a obligar a Paloma a quedarse con ella.

A Paloma le ocurría lo mismo, estaba asustada y al mismo tiempo tenía el espíritu de una amazona levantando sus pasos y su humor, en pos de un deseo irrefrenable de internarse en los túneles.

—Que sea lo que tenga que ser —le dijo a Silvana—, pero mejor vas tú delante porque la verdad es que yo no veo casi nada.

Había musgo luminiscente y también algunos quinqués de gas cada pocos metros, pero la iluminación era tenue e insuficiente para los ojos humanos y caminaban cogidas de la mano. Silvana le avisaba de dónde tenía que pisar y Paloma avanzaba despacio, trastabillando con las piedras del camino.

Tras unos quince minutos que le parecieron horas hablando de trivialidades varias, llegaron a una bifurcación, se pararon y Paloma se atrevió a preguntar:

—Sil, ¿queda mucho?

Silvana dejó libre una risilla irónica.

—No sé si queda mucho, Lala, depende de dónde quieras ir.

—¿Y dónde podemos ir que quede cerca?

—Pues donde lleguemos primero, yo que sé... Aquí estoy tan perdida como tú, pero no te preocupes que llegaremos a algún sitio muy pronto, seguro. Hace un momento podía escuchar música, pero no venía de la fiesta del Teito. ¿Quieres que vayamos hacia la música?

—Vale, tira a ver qué es. Ojalá sea uno de los banquetes, que no he comido ni cenado para hacer sitio para la bacanal.

—Espera... —Silvana inhaló en profundidad—. La música ha vuelto, pero estoy segura de que también puedo oler carne asada. *Mmm*, eso creo que está más lejos y a la derecha.

—Pues primero la música a ver qué hay, tira *pa* la izquierda. ¿Te imaginas que me encuentre un señor narval y bailamos un vals?

Durante las noches de Lupercalia, no solo las máscaras concedían deseos en Fronda, en algunos lugares de las cuevas se ofrecían recompensas únicas a aquellos que se atrevían a participar en los juegos de sombras.

Uno de los más antiguos y populares era el que se realizaba en la cueva del *Stagno*, que debía su nombre a las dos acepciones en italiano: «estanque» y «estaño». No era un estanque real porque no contenía agua, sino cientos de miles de esferas talladas en madera de nogal; entre ellas se escondía una sola de estaño, blanquecina y reluciente.

Quien por fortuna encontrase la pelotita de estaño, reinaría sobre las sombras durante toda la noche y pocos límites encontraría para cumplir sus deseos, incluso podría cruzar el cielo nocturno con alas prestadas.

Muy pocos lo lograban, muchos lo intentaban y todos pagaban el alto precio por participar: debían consentir que sus cuerpos fuesen a su vez juegos de sombras y permitir que las tinieblas entrasen en sus mentes como parásitos hedonistas, para compartir sensaciones y emociones.

El juego se había mantenido fiel a sus comienzos en la era romana en cuanto a su planteamiento, mas los recursos habían mejorado ostensiblemente en los últimos años: habían reemplazado la madera de las bolas por hidrogel, incrementando el placer de las sensaciones; los accesos estaban acondicionados con suaves peldaños para acceder a los pisos superiores de las balconadas y todo el suelo de la zona estaba pulido como una encimera de mármol; no había estalagmitas y tampoco estalactitas, la cúpula romana era igualmente lisa.

Sin embargo, la cueva del *Stagno* mantenía la iluminación primitiva de los primeros juegos y el fuego alimentaba únicamente un par de docenas de antorchas, diseminadas entre sus cientos de balcones y las bocas de las cuevas que llevaban hasta ella.

Tenía la iluminación justa para que la atención se centrara en el centro de la cueva, en el enorme socavón cuya superficie cóncava había sido pulida a conciencia para que fuese suave y resbaladiza como la parte interior de una cáscara de huevo, igual de lubricada.

Aquella grieta inmensa, que era el estanque, estaba a rebosar de sombras vivas como jirones de cielo nocturno, cuyas estrellas eran los cientos de miles de esferas luminosas. Eran del tamaño de pelotas de tenis, agradables al olfato por sus distintas esencias afrodisíacas, a la vista por sus llamativos colores fluorescentes y sobre todo al tacto. Gelatinosas, transparentes y perfumadas, parecían pompas, pero no estallaban y solo se deformaban un poco mientras se las sometía a presión, al ser liberadas retomaban su forma redonda.

La música se detuvo y, desde algún punto en la oscuridad, retumbó la voz del maestro de ceremonias, el *mannaro* que lo controlaba todo. Explicó las reglas de aquella particular fantasía y culminó con una advertencia:

—Las sombras os guiarán, os protegerán y respetarán vuestra voluntad. Dejad fuera las capas y las inhibiciones. Venís por vuestro propio pie buscando placer y placer encontraréis cuando regrese la música... ¡Podéis sumergiros!

Los cuerpos se lanzaron unos contra otros dentro del azar, algunos nunca llegarían a rozar piel y se limitaban a observar desde el límite, otros pronto encontraron con quien hundirse o salir a flote. Podían tocar o tocarse, yacer entre ellos o buscar el placer en las profundidades en soledad, pero el tiempo acuciaba.

Una única esfera de estaño esperaba en algún lugar entre todas las demás y, como la pelotita dorada del cuento de La princesa y la rana, si una mano afortunada la alcanzaba y la mostraba se convertía en príncipe o princesa con el beso de las sombras.

Muy pocas veces alguien daba con la llave del reino fosforescente, la música solo regalaba siete minutos de paraíso y cuando regresaba el silencio, el juego terminaba.

No había necesidad de hablar, las sombras comprendían, las sombras susurraban y las sombras se movían dentro, fuera y entre los cuerpos.

Tres encapuchados permanecían indecisos en una de las balconadas, vigilando a un cuarto que se acababa de despojar de su capa y descendía la escalinata hacia el estanque, decidido. Cuando llegó al borde, la iluminación era tan escasa que los tatuajes de sus brazos apenas se distinguían de las sombras brumosas que se movían por toda la cueva.

Sus hermanos ni siquiera apreciaban los rasgos de su máscara de babuino

y no tardaron en perderle la pista.

—Fran tiene razón —susurró Héctor, nervioso—, si Marta nos ha traído hasta aquí, será por algo importante. Deberíamos bajar todos.

—Fran es un vicioso —apostilló Best, con una risa traviesa—. En cuanto el abuelo le ha contado de qué iba el rollo y él ha visto a todas esas tías en pelotas entre las pelotas, no le ha importado que también haya maromos.

Darío les había arrastrado a través de los túneles siguiendo la luz de Marta, que aseguraba que las sombras les guiaban.

Primero habían llegado a un banquete, habían comido marisco y cochinillo asado hasta hartarse, en una sala llena de estalactitas que se asemejaban a medusas colgantes, y habían saciado su sed con un delicioso vino blanco. El niño se había metido entero en una barrica y los mestizos habían bebido de ella igualmente, lo suficiente como para andar achispados.

La cueva del *Stagno* fue el primer lugar licencioso que encontraron y al principio solo se acercaron a curiosear, pero Marta insistió en que esperasen allí hasta que las sombras les diesen nuevas instrucciones.

A la tercera vez que se paró la música, Fran se presentó voluntario para probar el juego. Ninguno más parecía atreverse a participar.

—¿Os imagináis que Fran encuentra la pelotita plateada? —aventuró Best y todos se rieron menos Héctor.

«Eso que estás pensando no es una buena idea, grandullón» le regañó Laro telepáticamente, leyendo en sus pensamientos su intención de saltar al estanque detrás de Fran.

Héctor observó a Laro con tristeza y le contestó con un gruñido, sin decir palabra alguna:

«Ha dicho que no le importa que haya hombres ahí abajo, a lo mejor...».

«No» insistió Laro. «Fran podría tener encuentros con otros hombres esta noche, eso te lo aseguro, pero no te lo digo para darte esperanzas, sino todo lo contrario. Escúchame, Héctor, si hubiese un incendio, él te salvaría a ti primero. Eso seguro, porque entre vosotros hay una conexión muy especial, pero es completamente fraternal. Os queréis muchísimo, pero no del mismo modo y vas a sufrir lo indecible en balde si no lo aceptas y te alejas un tiempo».

«¿Cómo me voy a alejar? ¡Vivimos juntos y El Matadero es el único lugar

seguro para nosotros!».

«De momento» replicó el niño y le guiñó un ojo.

La música volvió a sonar y Héctor se concentró en lo que ocurría entre las esferas, tratando de vislumbrar el paradero de Fran, al que había perdido la pista, sin conseguirlo.

Las estelas de sombra retozaban entre las luces y los cuerpos, se elevaban hacia el techo de la gruta y completaban la media circunferencia de luz con otra de sombras al ras de la primera, gracias a los lazos de tinieblas que giraban por encima del estanque.

—A ver... —Silvana echó un vistazo hacia abajo y vio que el estanque quedaba a unos seis metros, pero podía ver perfectamente lo que hacían entre las esferas y se apartó al momento de la balconada de piedra—. No, aquí no hay comida.

—¿Qué hay? —preguntó Paloma, curiosa y se asomó para averiguarlo—. No, no hay comida, pero se están poniendo las botas... Joder, Sil. me habían dicho que había juegos de estos, pero no esperaba que fuese lo primero que nos encontrásemos.

—A lo mejor es el destino —replicó Silvana, jocosa—. A lo mejor ahí abajo hay un narval que te está esperando para bailar un vals en horizontal, pero cuidado con el cuernecito a ver si te lo va a clavar.

Paloma no se amedrentó, se tocó el cuerno de la máscara con las dos manos y contrarrestó con guasa:

—Yo también se lo podría clavar. Puedo dar y recibir mucho amor con esto, no creas que no lo he pensado.

Silvana le dio un codazo, medio en broma, medio en serio.

—*Agh*, Lala, qué asco.

—Qué asco más rico, Sil. Tú mira que pedazo de cuerno tengo, aunque da un poco de miedo que está afilado, pero bueno, con cariño y vaselina...

—¡Cállate, Lala! No quiero imaginarte haciendo guarrerías ¡y no las pienses!

—Tú has empezado, ricura, no yo —se defendió Paloma, cruzándose de brazos y apoyándose en una de las estalagmitas—. Las damas no empezamos las peleas de gatas, pero sabemos cómo terminarlas. Lo aprendí en los

Aristogatos.

Silvana volvió a mirar hacia las esferas, las señaló y exclamó:

—¡Oye, ahí hay otro cuerno! ¿No?

Paloma sacó la cabeza por el hueco que quedaba entre las columnas de roca, sin conseguir ver nada.

—¿Dónde? ¿A la izquierda o a la derecha, Sil?

—Ah, no, nada. Creo que es el pico de un pájaro, perdona, Lala.

Paloma bufó, desilusionada.

—No tiene gracia.

—No era broma, lo siento —se disculpó Silvana y cambió de tono y de tema para animar a su amiga—. ¿Has pensado lo que le dirás cuando encontremos a tu narval?

Paloma asintió.

—Le voy a decir... —Carraspeó y empezó a cantar una peculiar y distorsionada versión de una canción pop—: *¿Qué hace un narval como tú en un sitio como este? ¿Qué clase de aventura has venido a buscar?* —Las dos se rieron con la ocurrencia y Paloma siguió improvisando, envalentonada y bailoteando—: *Tu cuerno te delata, estás buscando a mi menda...*

Paloma dejó de cantar porque le dio hipo, algo a lo que era bastante propensa cuando sus emociones se disparaban. Además, no recordaba el resto de la canción de los Burning, ni la letra, ni el ritmo. Estaba en blanco.

—Sigue, sigue —le alentó Silvana, desternillada.

—No puedo —logró decir Paloma entre carcajadas e hipidos. No se le ocurría nada que rimase con *menda más que lerenda* y se rio sola, repitiéndolo en bucle como si fuese un trifelio—: *Mi menda lerenda, mi menda lerenda...*

—¿Ya vas pedo? —inquirió Silvana, sorprendida.

—¿Mi menda lerenda? *Nooo.*

—Ay, que sí, ¡que estás moña! ¡Y decías que aguantabas bien el alcohol!

—Tengo el estómago vacío y me he tomado la copa con pajita, así sube más.

—Ya, ya.

Paloma se columpió en la balconada sacando medio cuerpo hacia el

estanque y como no recordaba la canción de la mujer fatal, empezó a entonar otra, ebria de alcohol e ilusión:

—«*Podré cantar una dulce canción a la luz de la luna y acariciar y besar a mi amor como no lo hice nunca...*». —Silvana conocía aquella canción de Raphael, porque la habían cantado muchas veces juntas y terminó por unirse a su amiga en el baile y en el estribillo—: «*Qué pasará, que misterio habrá, puede ser mi gran noche y al despertar ya mi vida sabrá algo que no conoce...*».

Paloma perdió el equilibrio intentando girar sobre sí misma como una bailarina y Silvana la cogió por los brazos para evitar que se cayese, reprendiéndola:

—Se acabó, vamos a buscar algo de comer, Lala, a ver si comiendo se te baja el pedo un poco. Lo de la carne asada quedaba a la derecha, solo tenemos que volver atrás y...

No terminó la frase, al otro lado de la balconada acababa de ver un imposible, saludándolas.

—¡Es verdad! —gritó Darío y siguió agitando los brazos como un naufrago en el agua, intentando llamar la atención de quien fuera que, entre las sombras del otro lado de la cueva, llevaba su misma máscara.

—Ya te he dicho que me ha parecido ver un narval —se alegró Héctor, el único de los mestizos que sabía lo que era el animal de Darío—. Por ahí resopla y más que asomarse, ha sacado toda la cabeza entre las columnas y luego se ha puesto a bailar. Creo que es una chica.

—Sí, seguro que lo es —supuso Darío—, tiene que serlo.

Le daba igual si la veía bailar, saltar o volar, lo importante era que estaba allí y había encontrado su imposible.

—¿Sabes cómo puedo llegar hasta allí? —le preguntó a Laro.

El niño echó hacia atrás la capucha de su capa roja para mostrarle una sonrisa enigmática y satisfecha, se encogió de hombros y respondió:

—La ruta más rápida entre dos puntos es una línea recta.

Darío se asomó y vio que no había forma de rodear el estanque, porque el borde no estaba completamente despejado y había piedras que impedían el paso. Lo vio muy claro, por poco que le gustase.

—Tendría que... —titubeó—. No, mejor no.

Marta lo convenció:

«*Sí, mejor sí. Tienes* que atravesar el estanque e intentar hacerlo en línea recta. Los túneles que lo rodean son muchos y se entrecruzan y van a otras partes de la cueva. Lo mismo coges un túnel y alcanzas a esa chica o lo mismo no, o ella también intenta venir hasta aquí y se pierde... y la perdemos».

—Está bien —se resignó Darío—. Lo haré.

—Alucino, Sil. Es verdad.

Paloma se quedó lívida porque estaba viendo una máscara de narval, al otro lado del estanque, en una de las balconadas superiores de lo que podría haber sido una tercera planta, aunque no todos los huecos que servían de balcón o ventana estaban al mismo nivel.

Era igual que mirarse en un espejo borroso que invertía el tamaño y los colores de las capas, la de Paloma era bermellón y la de su doble, azul. No obstante, no estaba realmente segura de que las máscaras fuesen idénticas, la luz era espectral por el extraño resplandor multicolor de las esferas, pero Silvana sí veía perfectamente y Paloma creía en ella.

—Nos hacen señas —constató Silvana, intentando que su amiga reaccionase—. Señala la piscina: o va a bajar para venir a verte o quiere que bajes en el siguiente turno.

—No creo que sea para que baje. —Paloma estaba lívida bajo la máscara y hablaba sin su tono burlón de costumbre, seria y circunspecta, incluso sobria después del susto—. Sil, no puede ser. No sabes lo que significa esto...

—Me hago una idea. —Silvana sofocó una carcajada—. Anda, baja y haz lo que te pida el cuerpo con ese cuerno, Lala. Yo no pienso mirar, no te preocupes.

—¡Estoy hablando en serio! No sabes lo que significa, no le pedí a las máscaras lo que piensas. No pedí nada de sexo, nada de amor, no... Aquel día en la fragua, después de verte con Urso, yo me moría de ganas de que alguien me mirase como él te mira a ti, y aún me muero, pero...

—No hables así, por favor —le interrumpió Silvana, angustiada—. Usa otro verbo, dime que tienes muchas ganas, ¿vale?

—Es que no puedo dejar de pensar en, ya sabes en qué y lo siento. Es como en los funerales, que me pasa igual, intento no decir nada relacionado con la muerte y se me escapa inconscientemente y digo cosas como: «no me esperaba que nos dejase el alfa, con lo joven que era. No somos nada, me quedo muerta». —Una de las piernas de Paloma temblaba sola, tan deprisa como si estuviese pisando el pedal que accionaba las máquinas de coser antiguas, hilando palabras de igual manera, sin apenas tomar aire—. Me quedo muerta, Sil, le miro y le veo ahí enfrente y ¡es para morirse! No puedo no decirlo tal cual, no pensé que encontrase a nadie, de verdad no creí que fuese...

—Piensa en la canción. —Silvana interrumpió el ataque de verborrea y trató de tranquilizarla—. Lala, puede ser tu gran noche. Me da igual lo que hayas pedido, ahí lo tienes.

Paloma sonrió, lánguida.

—Sí, supongo que sí, ahí lo tengo, ¿verdad? Pero, Sil, a las máscaras les pedí ser como tú y por eso cuando vi que me había tocado un narval me dio la llorera. Pensé que la gente se iba a reír de mí y que hasta el destino se estaba riendo de mí, que me daba un bofetón en la cara por pedir chorradas.

—¿Chorradas? —reiteró Silvana, enseriándose—. El fuego ha prometido que esta noche serás como yo, a mí no me parece que eso sea una chorrada. —Hizo un enorme esfuerzo por contener su propio miedo y le dio a su amiga un empujón verbal y físico—: Lala, vas a tener que tirarte a la piscina, si quieres cumplir tu deseo.

Paloma asintió, vehemente, y el cuerno del narval osciló en el aire como una varita mágica.

—Vale, me tiraré a la piscina —se autoconvenció, agitando las manos como si las tuviese entumecidas y dando pequeños saltos para despertar también sus piernas. De pronto, se quedó completamente inmóvil, aterrorizada y murmuró—: No, no puedo. Es imposible, no puedo ni andar. Me voy a caer.

—Lo tienes delante, Lala, déjate caer hacia delante. Imposible solo lo será si no lo intentas.

Paloma la miró como si estuviese escuchando un idioma extraño, pensó que sería el que debían de hablar en Groenlandia, por lo menos, que debían de haberse teletransportado allí sin notarlo porque lo que notaba era un frío

helador, igual que si en las venas ya no tuviese sangre, sino escarcha. La extraña sensación le hizo pensar también en un cadáver exangüe dentro del refrigerador de la morgue y se le erizó el vello de la nuca.

—No puedo bajar. NO PUEDO.

Silvana le cogió las manos entre las suyas.

—No tienes que hacerlo si no quieres, ¿vale? Pero no confundas poder con querer. —Paloma la observaba aterrorizada, Silvana inspiró hondo y continuó —: He venido a protegerte, ¿no? Así que, si quieres, tranquila, que puedes. Yo bajo contigo.

El maestro de ceremonias apagó la radio y los participantes fueron abandonando el estanque con las manos vacías y los sentidos exhaustos. Nadie había sido capaz de encontrar la pelota de estaño, pero una nueva tanda de *mannaros* y humanos se acercaban al borde del estanque para probar suerte en el siguiente juego.

Un joven *mannaro*, escondido tras una máscara de león, observaba la balconada con el corazón en un puño; así le había guiado como una brújula hasta el Teito de las liebres, con la esperanza de que Silvana fuese a su primera Lupercalia cumpliendo la tradición, y apenas había podido creer la buena suerte que había tenido cuando la vio saltar desde el piso de arriba y caer junto a la entrada de la cueva. Él había estado a punto de abordarla en ese mismo momento y estuvo pensando en cómo hacerlo, pero apareció la pequeña de los Ajenjo y perdió la oportunidad. Las dos entraron en Fronda, él las aplaudió con ganas y no tardó en entrar en los túneles tras ellas, siguiéndolas a hurtadillas.

Ver a Silvana saltar desde el primer piso del Teito le había sorprendido, pero no tanto como verla en aquel momento desprendiéndose de la capa y bajando hacia el estanque de las esferas de la mano de su amiga, las dos desnudas.

Era su segunda oportunidad y esa vez no pensaba desaprovecharla.

—*In bocca al lupo* —murmuró en italiano para atraer de nuevo la buena suerte, porque se iba a meter en la boca del lobo.

Se quitó la capa y caminó hacia el estanque.

Al regresar junto a sus hermanos, la piel de Fran brillaba y olía deliciosamente por la esencia de las esferas y su sonrisa permanecía reticente a abandonar su rostro cansado. El mestizo se sentó en un saliente de piedra y recuperó el aliento y el contacto con la realidad.

Héctor le había guardado la capa y respiró su aroma con disimulo por última vez, antes de ponérsela sobre los hombros.

—¿Estás bien, Fran? —le preguntó, asustado.

El joven no respondió. Tenía las pupilas dilatadas al máximo, le costaba fijar la vista y pensar con palabras, no se molestó ni en colocarse y abrocharse la capa. Si habían visto una pequeña parte de lo que había pasado en el estanque, ya habían visto de él mucho más de lo que podía tapar con tela en ese momento.

—¿Qué, campeón —le increpó Best, acercándose para apoyarse su hombro con cariño y curiosidad—, ha sido el polvo del siglo o no es para tanto?

Fran profirió una carcajada cansada, se tomó su tiempo y logró farfullar:

—No sé ni cómo... Es demasiado. No sé, es difícil explicar lo que se siente... ahí abajo.

—Pues si tienes algún consejo —continuó Best y señaló a Darío—, dáselo rápido que es el siguiente.

Fran vio cómo Darío se quitaba la capa, pero ni aun así podía admitir la posibilidad de que no fuese una broma. Marta debía de estar al lado de Darío y vería dónde le tocaban las manos y las sombras y cómo su cuerpo respondía.

—¿Vas a bajar de verdad? —masculló, incrédulo.

Darío asintió y le ametralló con preguntas nerviosas:

—¿Hacías pie dentro? ¿Te era difícil moverte? ¿Cómo avanzo?

Fran carraspeó.

—Lo de hacer pie, no lo sé —respondió con un guiño, centrándose en ser útil y olvidando la vergüenza—. No he tocado suelo en todo el tiempo que he estado allí, he estado más tiempo en horizontal que otra cosa. Es como flotar en el espacio, pero húmedo, sin llegar a ser agua, que podía respirar... Y no sentía la gravedad. Es como una piscina de bolas en el espacio... o algo así de raro.

Best silbó, emocionado y excitado por la perspectiva de probarlo él mismo.

—Después de Darío, bajo yo —anunció, dándose un golpe en el pecho, y continuó, con una risa jactanciosa—: ¡Bajo yo solo! Juntos, pero no revueltos, hermanos. ¡Nunca pensé que volvería a meterme en una piscina de bolas!

Fran chascó la lengua y se desdijo:

—No pienses en una piscina de bolas, es más como un parque acuático. Te metes y ¡*splash!* Te deslizas a otra parte entre las sombras y te llevan donde quieres ir y las sombras... Las respiré, fue... muy raro.

—Pero te gustó —insistió Best.

—Mucho. Estoy hasta arriba de adrenalina como si me hubiese subido en una montaña rusa y no sé si quiero repetir, necesito descansar un rato... ¿De verdad piensas bajar, Darío? —Este asintió, le explicó lo que se había perdido con la chica de la máscara de narval y Fran recalcó para el resto de sus hermanos—: Puede ser peligroso. ¿No vais a bajar con él, por si acaso?

Los mestizos intercambiaron miradas inquietas, negaron con la cabeza y miraron a Darío, expectantes; este bromeó en su estilo, sin perder su tono serio:

—Uno trabajando y cinco mirando, así va España.

El perímetro del estanque quedó cubierto por una formación de enmascarados desnudos, hombres y mujeres, *mannaros* y humanos, que salían de los huecos de las cuevas y eran tantos que, en algunas zonas, tenían que esperar en doble fila.

Darío había llegado por una escalinata desde su balconada y fue a parar junto a un grupo *mannaro* que hablaba en italiano. Él sabía que ellos podían oler el lobo que llevaba dentro y como no les entendía una palabra, se asustó de que también se dieran cuenta de eso.

Marta seguía en su hombro en forma de nebulosa ovoide y repitió las palabras que le decían las sombras:

«*No tengas miedo. Todo va a ir bien... Ahí vienen, prepárate*».

Silvana y Paloma alcanzaron el estanque, posicionándose rápidamente en el borde. Para las mujeres era más fácil acceder, los machos les abrían paso y

las seguían con la mirada.

A su vez, Paloma no le quitaba los ojos de encima al chico de la máscara del narval, era fácil porque el cuerno sobresalía entre las demás máscaras y brillaba como la punta de un faro, reflejando la luz de las esferas. No era fácil ver de un lado a otro del estanque porque las sombras vivas se movían muy deprisa en su superficie, como una madeja de lombrices kilométricas hambrientas y en celo, deseosas de darse un festín con la carne trémula de los jugadores.

Silvana también intentaba no perder de vista al narval, pero su instinto le avisó de que ella también estaba siendo vigilada, miró a un lado y vio al león, apenas a dos metros de ellas. Su melena era de bronce, su rostro de plata y su mirada de oro y fuego. Ella se quedó de piedra, como las leonas de la fuente de Bernini en la que estaba pensando, donde Urso debía haber estado esperándola, muy lejos de allí, pero lo tenía delante y no podía volverse atrás.

—Ni oste, ni moste —murmuró Paloma, para infundirse valor a sí misma.

El maestro de ceremonias seguía repitiendo las consignas, la música regresó y los jugadores, uno a uno, fueron saltando a la piscina hasta que solo quedaron en pie, en el borde, Silvana y el león.

Él cabeceó a modo de saludo cortés, sabiéndose descubierto, y saltó hacia el caos cálido de las esferas fluorescentes.

—Ni oste, ni moste —se dijo Silvana y dio un paso adelante, cayendo entre las sombras y las bolas de luz húmeda.

La oscuridad se cerró sobre su cuerpo como una sábana de satén negro, la izó en el aire y Silvana flotó como si no pesase nada. Conocía la sensación, Urso la había compartido con ella muchas veces, en sueños, y la luz de las esferas también le recordaba la corte de luciérnagas que siempre acompañaba a su rey en sus fantasías lúcidas.

La sábana oscura se convirtió en pupa, en una vaina cerrada que atrapó a Silvana y, al respirar, las sombras se le metieron dentro y embotaron sus sentidos, estaban hambrientas y tenían garras que se clavaron en su carne como anzuelos del infierno, tensando los músculos, tomándolos, rellenándolos, haciendo suyo cada nervio y volviendo a sentirse humanas porque alguna vez lo habían sido.

Fueron tres segundos de angustia plena y dolor lacerante y, después, como se abre al mundo el capullo de una mariposa, Silvana se liberó, se hundió

entre las esferas y todo fueron caricias lubricadas de luz tibia y fragante.

No distinguió el techo del suelo, ni sabía si estaba boca arriba o boca abajo, se mantenía ingrávida a cuatro patas, con la loba a flor de piel y los ojos en llamas.

Silvana vio amanecer entre sus piernas a una mujer con máscara de medusa, se movía contra ella como una sirena, sus pechos le rozaron los muslos y después el resto de su piel, en una caricia íntima y prolongada que terminó cuando los pies de la medusa dejaron de hacer tierra en el pubis de Silvana para desaparecer por encima de su cabeza en un pestañeo.

Nuevos cuerpos aparecían y desaparecían entre la fungosidad esponjosa de las esferas, piernas, manos, risas, torsos de mujeres y de hombres, máscaras de animales con bocas veladas por el metal y labios libres que sonreían, besaban y mordían.

Unas manos fuertes le agarraron por la cintura y sintió un pecho masculino pegándose a su espalda. Silvana giró la cabeza lo justo para encontrarse con la máscara del león junto a su cuello, él intentó hablar y ella le mordió los labios. Quería besarle y al mismo tiempo hacerle daño, le quería lejos de allí y también dentro de ella; su instinto venció con el apoyo de las sombras que deseaban lo mismo y Silvana movió sus caderas hacia atrás y con las manos facilitó el camino para que él entrase en ella, de un solo empujón, fácilmente, sin dejar de morderle y sin dejar de moverse contra él.

Las sombras se nutrían de su deseo y les movían como en los sueños, como mágicos columpios de circo para trapeceistas amantes. Les ayudaron a encontrarse de mil maneras distintas, todas placenteras, y el león y la leona terminaron cara a cara, extasiados, jadeantes y satisfechos.

—Me dijiste que estarías en la fuente —le reprendió Silvana.

Las palabras de Silvana fueron gruñidos silábicos, pero él lo comprendió y perdió la sonrisa con un solo susurro:

—No.

—¿No? Entonces esto tampoco ha pasado —reiteró Silvana—. Ha sido un sueño, el último sueño.

Pidió a las sombras que la sacasen a la superficie, su cuerpo giró 180° y se elevó hasta que pudo distinguir el techo de la cueva.

Veía cuerpos moverse a su alrededor, apareciendo y desapareciendo entre

las esferas. De pronto, las sombras formaron un anillo alrededor de una mano que surgía muy cerca de Silvana. Una mano vencedora que llevaba entre los dedos una esfera de estaño, a la mano la seguía un brazo y a su lado salió a la luz un cuerno de narval.

Fascinada y estupefacta, Silvana vio emerger el cuerpo desnudo de Paloma, reina de las sombras por una noche. Paulatinamente, las tinieblas sacaron a la superficie del estanque a todos los participantes y todos pudieron ver a la joven narval, sentada en un trono de tinieblas en el punto más alto de la cueva.

«Pide tu deseo, Paloma Ajenjo» exigieron las sombras dentro de su mente.

—Quiero... —Paloma miró hacia abajo y vio las máscaras que la observaban, algunas con ojos ambarinos, otros humanos, todos expectantes. Vio el otro narval justo debajo de sus pies y detrás de este estaba Silvana con su máscara de leona, también había un león detrás de ella, a menos de un paso, y los señaló. Le habría gustado decirle a su amiga que se diese la vuelta y viese lo que ella veía, pero su dedo no apuntaba en su dirección por eso, no todavía. Tomó aire y fue explícita, a pesar de los nervios—: Quiero ser como ella, una loba como ella, como Silvana Canedo.

«¿Cueste lo que cueste?» inquirieron las sombras, restañando como una carraca vieja.

—Cueste lo que cueste —contestó Paloma, incapaz de mentir porque su corazón, ahito de sombras, hablaba por ella.

«No tengas miedo. Todo va a ir bien» susurraron las sombras.

La oscuridad se dividió en dos formando unas gigantescas alas cartilaginosas, Paloma las sintió unirse a sus omóplatos y se dejó llevar, echando a volar en círculos por la cueva y cayendo en picado para introducirse a toda velocidad en uno de los túneles, como un cohete teledirigido.

Darío vio cómo las sombras se llevaban a la chica narval volando y no se lo pensó dos veces, se movió entre las esferas dejándose el alma y la piel, esforzándose por salir a tiempo del estanque para no perder su pista.

Al mismo tiempo, Laro convertido en osezo se lanzaba desde la balconada al suelo de piedra de la caverna, provocando un gran estrépito cuando sus patas golpearon el suelo. Se incorporó enseguida y a toda velocidad saltó sobre las esferas, pero no se hundía, las sombras eran

alquitrán bajo su peso, sólido como una carretera, permitiéndole avanzar.

«Vamos, cachorro» le increpó al llegar a la altura de Darío, que casi había alcanzado el borde. «¡Pídeselo a las sombras, no seas bruto!».

Darío obedeció y las tinieblas lo ayudaron a salir. Silvana estaba haciendo lo mismo en ese mismo instante y corrió detrás del mestizo y del osezno.

«Hijo, ve con ellos» dijo en la mente del león la voz de Raúl Montenegro.

Bosco no hizo caso, ni a su padre, ni a su corazón. No estaba seguro de lo que había oído y no quería despejar la duda de que Silvana lo hubiese confundido con su hermano al hacer el amor, le dolía demasiado solo de pensarlo.

Salió del estanque y se perdió en un túnel opuesto.

Paloma batía sus alas de tinieblas y atravesaba con celeridad túneles y bóvedas, atenta a cuanto acontecía antes sus ojos, capaces de distinguir el más leve movimiento en la oscuridad, gracias al influjo de las sombras.

Todas las almas que se cruzaban con ella, dejaban de hacer lo que estaba haciendo y la miraban, se olvidaban de bailar, de beber, de masticar, de tragar, de lubilubar, y solo podían observar el vuelo de aquella quimera viva, con sus gigantescas alas de cuervo, cabeza plateada de unicornio, pechos de mujer y cuerpo de medianoche.

Paloma Ajenjo rehilaba y zumbaba en el aire, volando tan deprisa que, para su extraño séquito de tres, el niño oso, el mestizo y la joven hembra *mannaro*, era difícil seguirla el ritmo. Ella dejaba pistas atrás, facilitando la persecución, al llegar a las termas, hundió los pies en el agua y dejó estelas a su paso y, después, gotas de agua en el suelo de los túneles por los que desaparecía.

Llegó al anfiteatro, sobrevoló los forniches y se acercó a una grieta que se abría a ras del suelo; así, sus alas se volvieron alfombra para ayudarla a entrar en la cueva de las maravillas, el lugar en el que se cumplirían sus sueños y la profecía de su muerte.

Paloma ascendió hasta la cúspide de la bóveda piramidal, forrada de musgo dorado, y esperó como araña en tela de alquitrán. Contó los *gours* del suelo y se vio reflejada en su mosaico de ocelos de artrópodo, sin saberse presa o depredador.

No tardó en aparecer en la oscuridad del arco de la entrada, un cuerno que rielaba dorado en la penumbra. Darío se había arrastrado por el angosto túnel y llevaba cientos de arañazos y rozaduras en la piel, pero no le dolían, sonreía de puro nervio y la adrenalina lo mantenía centrado en su objetivo.

Apenas le temblaron las rodillas al ponerse en pie, pero su sonrisa se esfumó al mirar alrededor porque no había ni rastro de su chica narval.

En una esquina brotaba un manantial, en otra se veía un jergón de grecas descoloridas, había pequeñas piscinas de agua en el suelo y poco más. No había agujeros por los que la mujer alada pudiese haber escapado y no podía haberse cruzado con ella al atravesar el túnel de acceso, apenas había espacio para un cuerpo.

—¿Hola? —preguntó por inercia. No obtuvo respuesta alguna, respiró hondo y exhaló todo el aire de sus pulmones, desesperanzado.

El suspiro calentó el metal de la máscara y escapó por los agujeros de los ojos en el mismo momento en el que estos miraban al techo de la cueva.

—Hola... —repitió el mestizo, sin saber qué más decir.

La chica narval le oyó, a pesar de estar semienterrada en las sombras, y movió una mano devolviendo el saludo. Fue un movimiento sutil porque las tinieblas estaban adheridas a su piel, no le dejaban movilidad y del mismo modo entumecían su mente.

Mover los dedos fue infinitamente más fácil que tomar aire para hablar, apenas podía respirar y se dio por vencida.

—¿Hablas mi idioma? —preguntó Darío y, al verla asentir, recuperó la confianza y la sonrisa—. ¿De dónde eres?

—De aquí —logró decir Paloma con un hilo de voz—. ¿Y tú?

—De aquí no —aclaró el mestizo—. Yo vivo en la ciudad.

Paloma sintió una punzada de desencanto, los *mannaro* no vivían en ciudades, y dejó escapar la decepción de su pecho en forma de queja:

—Creí que serías uno de ellos... un alma de luna.

Darío se cruzó de brazos.

—Estamos en paz, yo también creía que tú serías un alma de luna, pero no lo eres, ¿verdad? Tú no eres Silvana Canedo.

Paloma negó con la cabeza y frunció el ceño. La conversación no era lo que había imaginado: ella no era lo que él esperaba y tampoco él era lo que

ella pensaba, pero las sombras la mantenían en vilo, susurrando en su mente que todo iba bien.

—No soy una Canedo —dijo, con suficiencia—, soy una Ajenjo y si fueses de aquí, sabrías que es prácticamente lo mismo, excepto por lo de ser una loba y la única hembra fértil. —Sofocó una risilla burlona y prosiguió—: Me refiero a que soy casi una omega, así que lo siento, no has tenido mucha suerte con el sorteo de las máscaras.

Darío le devolvió el tono burlón:

—La misma suerte que has tenido tú, te lo aseguro. Tengo sangre de alfa, pero valgo mucho menos que un omega. —Darío rechinó los dientes y agregó—: Valgo más muerto.

Paloma no entendía a qué podría referirse, no había nada más bajo que ser un omega y entonces creyó entenderlo y pensó que aquel chico estaría desterrado, aunque eso tampoco explicaba que estuviese en la Lupercalia, a no ser que se hubiese colado aprovechando el anonimato de las máscaras. Decidió despejar la duda por completo y preguntó:

—¿Pero tú eres un lobo o no?

—A veces —contestó Darío, comedido—, esta noche soy un narval.

Paloma sonrió, satisfecha.

—¿Y qué hace un narval como tú en un sitio como este? —preguntó, sin entonar la melodía.

—¿Qué haces tú en el techo? —contrarrestó Darío, con voz igualmente relajada.

—No lo sé.

«Vamos, pregúntale qué pidió a las máscaras» terció Marta, que brillaba nerviosa junto a la telaraña de sombras, preguntándose por qué estaba allí esa mujer en lugar de Silvana Canedo.

Darío se mordió los labios, indeciso, no sentía que fuese el momento de dar ese paso. No habían hablado ni cinco minutos, pero no sabía si dispondría de mucho más tiempo.

Antes de entrar en el forniche, Laro le había prometido que vigilaría la entrada de cerca y acababa de avisarle de que alguien estaba entrando en la grieta y él iba justo detrás.

«Vamos, Darío» insistió Marta. «Ya lo has oído, se nos acaba el tiempo.

Pregúntaselo».

—Está bien —cedió el mestizo, en voz alta. Levantó la vista y, buscando la mirada de la mujer narval, preguntó—: ¿Tú qué le pediste a las máscaras?

Paloma no tuvo tiempo de contestar, las sombras lo hicieron por ella y la dejaron caer, soltando todos sus hilos oscuros a la vez.

Darío observó estupefacto cómo la mujer desnuda caía sobre él y no pudo moverse. Se mantenía en pie ajeno a su voluntad, todavía poseído por las sombras del estanque y estas le obligaron a mantener la frente alta, incluso después de que aquella mujer cayese sobre él para clavarse en el pecho el cuerno de su máscara de narval.

—¡Lala! —gritó Silvana, apareciendo en la cueva justo a tiempo de ver a su amiga empalada.

Percibió el olor de la sangre antes de verla en el cuerno enrojecido que había aparecido en la espalda de Paloma Ajenjo, atravesándola de lado a lado, mientras el dueño de la máscara se mantenía en pie, erguido. Paloma tampoco se movía, clavada en el cuerno, clavaba la postura en el aire con el cuerpo recto y horizontal, igual que dos bailarines en una exhibición de baile acrobático.

«Mantenla viva» le ordenaron las sombras a la nebulosa de luz, rodeándola. «Haz que su corazón no se pare y tendrás lo que tanto deseas, Marta Alborada».

Marta obedeció sin perder un segundo, entró en el cuerpo de Paloma con facilidad y volvió a sentir el dolor de la muerte. Las dos jóvenes compartieron la agonía mientras Marta tomaba el control de cada fibra para ralentizar una hemorragia imposible de detener. El cuerno le había atravesado un pulmón y el corazón de Paloma se había salvado por poco.

Darío permanecía de pie y Paloma sobre él, cientos de miles de hebras de sombra los mantenían estáticos igual que marionetas y solo los dejaron caer cuando Silvana abrazó a su amiga, entonces todas las sombras se retiraron y Silvana pudo cogerla en sus brazos y llevar a Paloma hasta el jergón.

La máscara de Darío se soltó de su rostro con un crujido seco y se fue con el resto del cuerpo de Paloma, Silvana no la sacó, ni la movió, temiendo que, si retiraba el cuerno de la herida, su amiga se desangrase más deprisa.

—Muérdele, ¿a qué esperas? —ordenó una voz infantil.

Silvana, con el fuego de sus ojos brillando entre lágrimas, distinguió al niño oso que desde la entrada de la cueva le insistía en que mordiese a Paloma.

—La... la mataré —terció Darío, creyendo que Laro se lo decía a él.

—¡Tú no, cachorro! —gritó Laro y señaló a Silvana, apremiante—: ¡Muérdele o morirá! ¡Hazlo ya!

Silvana no se paró a pensar, su cuerpo se deshizo en cenizas y la loba gris aulló hacia el techo dorado, desgañitándose, lastimera. Cuando bajó la cabeza, abrió las fauces sobre la carne tierna y mordió el costado con fuerza, dejando la marca de sus dientes en forma de dos medialunas rojas, en la espalda y en el estómago.

Paloma gritó, tenía los dientes teñidos de rosa por la hemorragia interna y los ojos inyectados en sangre por el dolor. Marta también gritó y su sufrimiento alcanzó a Darío, que observaba todo de rodillas, reviviendo su peor recuerdo.

Marta había sentido la mordedura y había recordado aquella que le había condenado a morir, el mordisco del macho alfa, a la vez revivió el frío del puñal entrando en su pecho y el que sobrevino a su cuerpo exangüe; sin embargo, Paloma no sentía frío alguno, su temperatura corporal se elevaba por momentos porque se estaba quemando viva, de dentro a afuera.

Laro arrancó el cuerno del pecho de la chica y un chorro de sangre le manchó las manos con violencia, incluso alcanzó a Silvana.

Eso fue todo.

—La herida se está cerrando —constató, limpiándose los dedos ensangrentados en la vieja tela del colchón.

—Pero eso significa... —balbució Silvana.

—Significa que le has salvado la vida —concluyó Laro.

—Y que está condenada —agregó Silvana, horrorizada, llevándose las manos ensangrentadas a la boca y retirándolas de prisa al sentir el sabor férreo y delicioso. Estremecida por el ansia de sangre.

Darío acarició la frente perlada de sudor de Paloma, sabiendo que Marta también podía sentir la caricia y susurró:

—Todo irá bien... pero no hemos usado la Hécate de sal y sangre, ¿seguro que no importa, Laro?

El niño se apoyó en el hombro del mestizo para ponerse en pie, sonriente y pagado de sí mismo.

—Ese es un error de Raúl que pagasteis todos —contestó— y no, esta zagala no necesita ser consciente del dolor que sufre su cuerpo. La marca se usa en los plenilunios, ahora no la necesita... Tendrá pesadillas y alucinaciones, seguro, pero no las recordará y es mejor así. Mírala, va a ser una mestiza preciosa.

—¡Pero está prohibido! —terció Silvana, en estado de shock—. Los mestizos son como los ferales, no tienen conciencia... Son máquinas de matar.

El niño frunció el ceño.

—Eso creía yo —aclaró Laro— y estaba equivocado. Hay una marca, la Hécate de sal y sangre, le permitirá mantener su humanidad cuando se transforme con la luna. Puedes estar tranquila, tu amiga no es un monstruo, Silvana, no más que nosotros. Tú no la has condenado, la has salvado... Y si las manadas la aceptan, que lo harán, entonces no podrán no aceptar a mis chicos —apuntó, sonriendo a Darío—. ¡El plan B va muy bien!



2007, sábado 13 de octubre.
Luna de cosecha, novilunio.

Con las luces del alba, algunos *mannaro* aprovecharon el fin de la segunda Lupercalia y el principio del último día de Parlamento y se acercaron a las ruinas del anfiteatro para preguntar a la Magna Umbra por su futuro. La mayoría no lo hacía pensando en presentarse candidatos a la pugna por la sucesión y solo querían atisbar la sombra de su futuro cercano. Tras atravesar los túneles y llegar a la hoguera que nunca se apaga, preguntaban cómo morirían, si se emparejarían alguna vez, si sus hijos cambiarían a lobos, si volvería a nacer alguna hembra... Las preguntas eran dispares, pero todas encontraban una respuesta certera.

Silvana salió de la cueva de las maravillas, bajo la protección de su capa encarnada, y se dio de bruces con Urso que parecía venir del fuego, también encapuchado. Lo reconoció por su olor y la sonrisa socarrona que enmarcaba con la máscara de león. Silvana llevaba su máscara de leona en las manos y se abrazó a ella como si pudiera proteger su corazón igual que con una coraza medieval.

—¿Qué llevas ahí, Caperucita? —inquirió Urso, señalando el metal de la máscara—. ¿No me la vas a enseñar?

—Ya lo sabes —gruñó Silvana.

Él la miró extrañado e impaciente.

—Sí, claro que lo sé, pero me gustaría verla. Llevo dos noches esperándote en la puñetera fuente para verla y nada, me estás matando, *neña*. ¿Me la enseñas... por favor?

Esa vez fue Silvana la que lo miró con extrañeza. Achicó la mirada, suspicaz, y aspiró el nerviosismo del macho.

No era fingido.

Ella no entendía a qué venía aquella absurda petición, pero aceptó y le plantó la máscara a tres centímetros de la cara, como si fuese una placa de policia.

—¿Contento?

Urso estaba realmente contento, sus ojos refulgían y su risa jactanciosa resonó por los forniches cercanos.

—Te lo dije, estamos predestinados. ¡Lo sabía, sabía que eras mi leona! Lo sabía, ya no te puedes esconder, ahora tú también lo sabes.

—¿A qué viene esto? —Silvana negó con ímpetu y le espetó—: No lo entiendo, ¿es otro de tus juegucitos? ¿Por qué hablas como si no me hubieses visto antes?

—¿Antes? ¿Cuándo? —Urso la miraba sin comprender, aunque la sonrisa se le iba difuminando igual que si fuese de acuarela y no aguantase los jarros de agua fría que Silvana le estaba echando a la cara.

—¿Tienes memoria de pez o lo haces solo para cabrearme? ¿Es porque quieres que hablemos de ello? ¿Te pone escucharlo o qué?

—¿Escuchar el qué?

—Perfecto, si ya lo has olvidado, yo también.

—No sé de qué cojones estás hablando, Silvana.

—Ah, ¿no? —Ella sonrió, descreída—. Eres un mentiroso y está claro que no puedo confiar en ti. A ver, ¿de dónde vienes, eh? Vienes del fuego sagrado, ¿verdad? No lo niegues que puedo olerlo en tu piel. ¿No dijiste que ya habías ido?

Urso se rascó la cabeza, malhumorado. Unos *mannaro* pasaron junto a ellos, dirigiéndose al anfiteatro, cogió a la hembra del brazo y se metieron en uno de los túneles que salían de la gran caverna, buscando privacidad.

—Me ha costado mucho decidirme, ¿vale? —se disculpó, quiso decirle que no le había mentado, que en realidad había maquillado un poco de la verdad y ocultado el resto, pero se calló a tiempo. No quería contarle que la sombra de su padre le había confesado que si luchaba con su hermano en la pugna, lucharían a muerte, ni había querido decirle que sabía que sus corazones estaban entrelazados desde niños por el hechizo que le costó la vida al padre de Silvana, él mismo hubiera preferido no saberlo nunca. Sus ojos relucían en la oscuridad y sus palabras se atropellaban, confusas—.

Tengo muchas preguntas en la cabeza y el fuego da una sola respuesta, *neña*, antes de ir tenía que elegir bien lo que iba a preguntar y llevo días pensándolo. Esperaba que las máscaras me ayudasen a despejar dudas o más bien que te ayudasen a ti a que vieses que deberíamos estar juntos, pero tú me has dejado tirado dos noches seguidas y hoy es el último día de Parlamento, no podía esperar más. He tenido que tomar una decisión, acabo de ir, he preguntado por mí y el fuego me ha dicho que seré alfa.

Silvana tragó saliva, inquieta. Una profecía había llevado a Paloma al borde de la muerte con una promesa malograda, convirtiéndola en lo que había pedido ser: en una loba igual que ella, exactamente igual. Sería una copia perfecta, pero solo durante las noches de luna llena.

—Lo que dice el fuego se puede interpretar de muchas maneras —masculló, evitando mirarle y asegurándose de que su mente se mantenía cerrada para que él no pudiese leer sus terribles recuerdos de aquella noche en la cueva de las maravillas—. Las profecías pueden ser engañosas.

Urso repuso al instante:

—Le he preguntado: «¿seré alfa?». Y el fuego ha dicho que sí, no veo cómo puede engañarme con eso.

Silvana le contradijo con igual rapidez:

—Pues, por ejemplo, porque no te ha dicho cuándo.

Se quedaron en silencio unos segundos. La duda incipiente afectó al macho, minando su confianza, pero no dejó que ella lo notase y contraatacó, burlón:

—¿Y qué? ¿Qué más me da cuándo? Voy a ser alfa y punto.

Silvana sonrió y le clavó una nueva duda:

—Podrían pasar años. Y si... ¿Y si no eres alfa hasta que la que gane esta pugna decida abdicar, como hizo tu abuela?

—¿La que gane? —repitió el macho, con entonación histriónica—. ¿Quién crees que me va a ganar, Silvana? ¿Tú? ¿TÚ?

Silvana se encogió de hombros, despreocupada.

—Yo solo digo que va a ganar una mujer... y punto. ¿Quieres apostar?

Urso no pudo evitar reírse, aunque era una risa nerviosa.

—Apostemos. ¿Qué quieres perder, mi reina?

Silvana se mordió el labio inferior con media sonrisa juguetona y no se

molestó por el apelativo, le tenía justo dónde quería y, si Urso iba a ser alfa, era crucial tenerle de su lado.

—Te voy a pedir algo importante, algo que creo que no harías de ningún modo, si yo no te obligo.

—Pide lo que quieras, me da igual. La apuesta es fácil de ganar porque, es cierto, tú eres la única con posibilidades en la pugna, las otras *mannaro* son demasiado viejas. ¡Ni siquiera mi abuela podría conmigo y tú...! —La miró de arriba a abajo, Silvana no resultaba amenazadora, pero él sabía que era poderosa, cada día que pasaba lo era aún más. Su mirada petulante desapareció y el macho bajó el tono de la voz—: Tú no sabes pelear.

—No me hace falta usar la fuerza, tengo la *natura vivente*. ¿Recuerdas el árbol que casi te parte el hocico con una rama? Pues puedo hacer eso y mucho más, puedo hundir el suelo bajo tus pies o enredártelos con una raíz y echarte de un empujón fuera del círculo.

Urso dejó de reírse, levantó un dedo y le apuntó como si fuese el cañón de una pistola.

—Hazlo y caerás conmigo, seguro que en ese mismo momento alguien aprovecha para empujarte a ti también, *neña*.

—Me arriesgaré, *neñu*, porque sé lo que va a pasar. Verás, me lo contó el fuego.

—Ya, ahora eres tú la que miente. Mi abuela me dijo ayer que le cediste tu pregunta a una de las Ajenjo, supongo que a Palomita, así que no te creo ni una palabra.

—¿Y qué? —Silvana le devolvió su mismo tono burlón—. ¿Y qué si le cedí mi turno a Lala? Yo sé lo que ella preguntó y tú no; es más, sé muchas otras cosas que ha dicho el fuego de las que tú no tienes ni idea, cosas que han preguntado otros, cosas que tú crees que son imposibles, pero ¿sabes qué? Lo imposible solo tarda un poco más en llegar. Aquí hay en juego muchos «y si», ni te imaginas cuántos. Te voy a regalar uno: ¿y si Lala fuese la próxima alfa de Fronda?

Urso profirió una carcajada y un pequeño aplauso irónico, asombrado a la par que divertido ante aquella revelación que le resultaba completamente descabellada y absurda.

—¿Estás de coña, Silvana? Los humanos no pueden cruzar el círculo de

sombras, así que daría igual que Palomita se presentase con una ametralladora o dentro de un tanque, no podría luchar y no podría ganar.

—Cuando la veas hacerlo, no digas que no te avisé.

Urso volvió a reírse.

—Tú lo has dicho, el fuego es engañoso. A lo mejor Paloma se convierte en alfa no porque gane la pugna, sino porque es una alfa consorte. —Silvana le miró con interés, alzando una sola ceja y Urso se encogió de hombros, con una sonrisa elocuente—. La chica me gusta, sí, y me gusta aún más que se pueda confiar en ella. Es de las que nunca traicionan y tiene una de las pocas almas fieles de verdad que he visto en Fronda... Mira, yo también te voy a regalar un «y si»: haz lo que quieras y si no quieres el triple enlace conmigo, haré a tu amiga muy feliz... A mi abuela le daría un infarto si tuviese nietos de una Ajenjo, pero como no tiene corazón, sobrevivirá. Puedo arriesgarme.

—Muy seguro te veo de que Lala querría algo contigo. —Silvana no siguió por ahí porque los dos sabían que era cierto—. Da igual, lo que yo te he dicho es que la pugna de sucesión la va a ganar una mujer y a lo mejor es Paloma o a lo mejor soy yo.

—O a lo mejor es mi abuelita, fijo que ganaría antes que una Ajenjo. —Urso volvió a reírse—. ¿De verdad quieres apostar?

—Apostemos.

—Vale, pide por esa boquita, Caperucita. ¿Qué quieres?

—Podemos apostarnos tu moto —le increpó Silvana, sin perder la calma y de modo igualmente casual añadió—: O a lo mejor te pido que hagas algo que está prohibido.

—Todo lo mío es tuyo —le interrumpió Urso, sin prestar mucha atención a la bravata sobre prohibiciones de Silvana porque estaba pensando cómo usar la apuesta a su favor—, todo lo mío es tuyo y yo mismo te pertenezco, lo han dicho las máscaras y, por eso, en realidad no me hace falta apostar nada, es cuestión de tiempo que me lo des todo.

—Me da igual lo que le hayas pedido a las máscaras y lo que creas que significa que las nuestras sean iguales, lo que yo les pedí me llevó al estanque del establo, porque era donde tenía que estar esta noche, que tú también estuvieses allí es secundario.

Urso echó la cabeza hacia atrás, como si en lugar de una reprimenda,

hubiese recibido un rechazazo. Se quitó la máscara y repuso, entre dientes:

—Yo no me he movido de la fuente de los leones.

Silvana, intrigada por su reacción y su insistencia en negar lo que había ocurrido, bromeó dando en el blanco por azar:

—¿Qué pasa, no eras tú? —Vio la duda y después la rabia crisar los nervios del macho y entonces lo comprendió y perdió el tono de humor, farfullando—: Joder, no eras tú.

No quiso seguir hablando. Echó a andar por el túnel, cabizbaja, e intentó recordar el encuentro y buscar en su memoria la boca que la máscara no tapaba, la única boca que podía confundir con la de Urso: la de su hermano Bosco. Imaginó una sonrisa mellada que no había visto en el estanque, porque no pensaba en ella y, sin embargo, era lo único en lo que no podía dejar de pensar en ese momento hasta que un exabrupto, a su espalda, dio un vuelco a sus suposiciones.

—¡Me cago en el puto italiano! ¡Dios, cómo le odio!

Silvana enarcó las cejas, se giró y volvió a acercarse a él, incapaz de contener su curiosidad.

—¿Qué italiano? —preguntó con un hilo de voz. El hombre de la máscara de león no se parecía al alfa italiano, pero estaba tan oscuro y brumoso que bien podría haberse tratado de él—. ¿Hablas de Ezio?

Urso asintió a regañadientes, seguía ensimismado mirando al suelo. Empezó a caminar hacia una de las salidas, avanzando tan deprisa como sus pensamientos.

—Me dijo que no pensaba ir a las Lupercalias —gruñó—, puto mentiroso de mierda.

—Explícame qué tiene que ver Ezio con...

—¡Su máscara es igual que la mía! —le interrumpió Urso y al momento frunció los labios como si se arrepintiese de lo que había dicho y se resistiese a decir nada más. Tras pensarlo unos segundos, cedió y lo soltó de corrido—: Me lo contó Velkan, él tiene un león blanco y no sabe que yo también tengo un león, no quise decírselo justo después de que él me contase que había intentado tirarse a Ezio y estaba cabreado porque el italiano pasaba de él.

—¿Y eso qué significa? —balbució Silvana, aturdida.

—¡Que a Ezio no le van los rabos, ni a mí tampoco! Velkan puede jugar

con mi hermano al *chucutrén* todo lo que quiera, pero a mí no me va a poner mirando a Cuenca. —Silvana se quedó perpleja, incluso dejó de caminar detrás del macho y este disfrutó del golpe bajo que había dado al azar y siguió hablando y avanzando—. Ah, ¿no lo sabías? Creía que Bosco y tú os lo contabais todo.

—¡Me da igual con quién haya follado Bosco! —Silvana le alcanzó de dos zancadas para devolverle el golpe sin paños calientes—. Lo que me importa ahora es saber con quién he estado yo esta noche en el estanque. Si no eras tú, ¿quién era?

Preocupado por cómo a ella pudiese afectarle que no tuviesen una respuesta segura para su pregunta, Urso se paró en seco y se miraron cara a cara.

—¿Qué más da, *neña*? ¿Te ha gustado, estuvo bien? ¡Perfecto! Las Lupercalias están hechas para eso, para disfrutar de los placeres terrenales. Y por la parte que me toca, si lo hiciste pensando que era yo, me hace inmensamente feliz. Anda, ven, a lo mejor puedo hacer algo por ti de verdad. —Urso se arrodilló a sus pies e inspiró hondo—. Hueles de maravilla...

—Levántate y deja de hacer el gilipollas —resopló Silvana, de pura frustración. Dio un paso atrás y clavó la espalda en una de las paredes del túnel.

—*Shh*, espera —le chistó el macho, inspiró hondo y siguió olfateando los muslos de la hembra, acercándose despacio—. Noto el aroma del estanque, lo tienes por toda la piel y por el pelo... No sé si distinguiré el olor de Ezio, hay demasiadas esencias, pero puedo intentarlo, lo conozco bien. ¿Me dejas?

Silvana aceptó. Quería disipar toda duda y acallar el murmullo en su pecho que le decía que no le hacían falta más pruebas que las que su corazón le daba. Por mucho que su cerebro dijese lo contrario, su corazón confiaba en que Bosco había estado en el estanque con ella y su cuerpo lo había alejado y abrazado al mismo tiempo, presa del hechizo, como rechazaba y deseaba que aquella idea fuese cierta en ese mismo instante.

Urso se pegó a sus piernas y empezó a olisquear la parte interna de sus rodillas a conciencia. Le hizo cosquillas cuando alcanzó la zona del ombligo y le robó la respiración cuando se levantó y metió la nariz detrás del lóbulo de sus orejas, elevando su temperatura al momento.

—El calor corporal es bueno —dijo el macho, complacido—, resalta los

aromas, pero, aun así, no percibo nada parecido al olor de Ezio. ¿Puedo volver a bajar?

Silvana asintió y Urso se arrodilló otra vez delante de ella y se centró en la piel de sus muslos y la tela de la capa que los tocaba.

—Hueles a oso —gruñó de repente y la máscara se le cayó de las manos. El ruido del metal se hizo eco en los túneles como preludeo del siguiente gruñido—. Y hueles mucho a sangre, a sangre humana.

Silvana se había metido más de diez minutos desnuda bajo la cascada de la cueva de las maravillas, lo había hecho con Paloma en brazos, para que ambas se limpiasen de la sangre y para intentar que a Paloma le bajase la fiebre, pero la temperatura de su amiga había seguido subiendo y su piel se había tornado encarnada por completo. El niño oso había dicho que era normal y Silvana había terminado por dejar a Paloma de nuevo sobre el jergón, murmurando palabras inconexas, completamente perdida en el cambio.

Silvana dedujo que el olor de Laro debía de provenir de su capa y supo que no podía arriesgarse a que Urso descubriese algo más, pero estando contra la pared y con él arrodillado delante de ella no podía escapar.

Dejó de escuchar las voces dispares de su corazón y su cerebro y se centró en los atractivos susurros de su carne, que temblaba por la cercanía del macho.

Dejó caer su máscara y el golpe también reverberó en la gruta, para Silvana fue como escuchar la campana de un *ring* que pone fin a una pelea, iba a dejar de luchar contra sí misma e iba a coger lo que la vida le ofrecía siempre que le apeteciese. Ver la muerte pasar tan cerca le había influido de maneras muy distintas: había acentuado su miedo a morir y anulado su miedo a vivir. Cogió la cabeza de Urso entre sus manos y la empujó entre sus muslos.

Sentir su respiración en el pubis fue cuanto Silvana necesitó para empezar a almizclar y Urso no necesitó mucho más para hacerlo también. Que ella tomase la iniciativa de aquel modo, despertó su libido con fuerza y, metido entre sus muslos, la levantó en el aire sentándola en sus hombros y entró en ella con la lengua.

Silvana se agarró a una de las pequeñas estalactitas que colgaban del techo y, poco después, la arrancó sin querer, en un arrebato de placer intenso y

varias piedras cayeron con estrépito junto a los pies de Urso, este la miró con ojos encendidos y una sonrisa burlona.

—¿Eso también ha sido la *natura vivente*?

Silvana se aferró al pelo del macho, no quedaban estalactitas vivas cerca y sus manos necesitaban asideros porque todo su cuerpo temblaba como la luna en el agua.

—No pares —gimió.

—Espera. —Urso la puso en pie, le quitó la capa y se quitó la suya para extenderlas juntas en el suelo—. No quiero que nos tiremos el techo encima y así estarás más cómoda. Ven...

Silvana se dejó tumbar boca arriba, Urso no tardó en volver a colarse entre sus piernas y siguió devorándola. Las sombras se movían a su alrededor y miraban a través de los ojos vacíos de las máscaras de los leones, olvidadas a un lado.

Cuando la hembra alcanzó el primer orgasmo, él se retiró y comenzó a besar su vientre y sus pechos, acariciándola gentil, muy distinto de la urgencia exigente del macho del estanque. Fue subiendo despacio hasta colocarse por completo sobre Silvana, sin entrar en ella, preparándola para hacerlo. Lamió su cuello y susurró en su oído:

—No quiero hacerte daño, dime si te duele.

—No me va a doler, no es la primera vez que... —Silvana dejó de hablar porque sus manos se habían movido rápidas como sus palabras y tenía el miembro del macho entre los dedos, el pulgar y el índice lo rodeaban, pero no se juntaban alrededor de su base.

—Es nuestra primera vez —concluyó Urso por ella, azorado y complacido por su reacción— y espero que sea mejor que en sueños, no quiero hacerte daño. A veces a otras chicas...

—*Shh*, me da igual.

—Tú dime si te duele.

Urso entró en ella apenas un centímetro y Silvana sintió la presión e inspiró hondo, relajándose para facilitarle el paso. Él se deslizó en su interior un poco más y produjo un ruido gutural que provocó que ella volviese a almizclar, entonces el macho empujó enterrándose en ella varios centímetros y se quedó muy quieto, esperando su reacción.

—¿Te duele?

—No. —Silvana sonrió y le acarició la cara, con cariño y deseo—. Qué ojos tan grandes tienes, *neñu* —bromeó, juguetona, moviendo las caderas y provocando que él se le clavase dentro un poco más, también en el alma—. Y qué boca tan grande tienes...

Urso la mordió los labios y le siguió el juego.

—Soy el lobo feroz, Caperucita, tengo todo grande, muy grande, para comerte mejor.

Siguió tomándola despacio, centímetro a centímetro, beso a beso, y cuando empezó a moverse, Silvana lo sintió en el estómago, retumbaba por todo su interior, era una sensación que no se parecía a ninguna otra que hubiese sentido nunca antes. En pocos minutos, cuando Urso aceleró el ritmo, ella tuvo un orgasmo descomunal y su cuerpo convulsionó contra el del macho. Urso sabía que ella no podría aguantar mucho tiempo en ese estado de sensibilidad extrema sin que empezase a dolerle y también se dejó ir, mordiéndole el cuello y gruñéndole que la quería.

Silvana disfrutó de las últimas oleadas de placer que abandonaban su cuerpo y se hizo a un lado para que él también pudiese tumbarse a descansar, lo abrazó, cerró los ojos y escuchó su corazón, poniendo el oído directamente sobre su pecho.

—No soy de los que dicen «te quiero» cuando eyaculan —se disculpó Urso, con una risa afectada, intentando justificar su estallido de sinceridad, restándole importancia y dándosela al mismo tiempo—. No ha sido el mejor momento para decírtelo, pero es la verdad.

Silvana le mordió el pecho, sin dejar de sonreír, tranquila y satisfecha.

—Yo siempre te he querido, mi rey de las luciérnagas —le susurró y escuchó cómo los latidos de Urso se aceleraban de nuevo.

—Entonces, ¿ya está? ¿Dejamos de perder el tiempo y lo hacemos público?

Silvana frunció el ceño.

—¿Hacemos público el qué?

—Que estamos juntos.

Urso tenía una expresión cándida, soñadora. Silvana lo observaba, cauta, pensando en las consecuencias que tendría para ambos empezar una relación.

—¿Y los alfa? —terció, recuperando el tema que más le preocupaba; al momento, pensó en Bosco y le sobrevino una oleada gélida que erizó el vello de su piel e hizo que le temblase la voz al preguntar—: ¿Crees que puede haber otras máscaras como las nuestras, aparte de las de los alfa? ¿Has visto más?

—No lo sé. —Urso se desarmó, con sinceridad—. Los únicos leones que he visto han sido los de la fuente. —Al recordar la fuente, concretamente el cuádruple beso de piedra, Urso cambió de expresión y su sonrisa angelical, se curvó altanera—. ¡Joder, eso es! Ya lo entiendo.

—¿Que entiendes qué?

—¡Lo de las máscaras! Es por el triple enlace, tiene que ser por eso. —Urso acarició la boca de Silvana, dibujando en sus labios tres lunas: una creciente, una llena y una menguante—. Te lo dije, estamos predestinados y lo estamos de verdad, los cuatro: Velkan, Ezio, tú y yo... Velkan tiene un león blanco, pero a saber lo que pidió, es un poco... yo no diría depravado, pero desde luego es especial. Cuando sellemos el triple enlace, no pienso darle la espalda. —Urso agregó un guiño y su tono se volvió dulce y divertido—: Vamos a ser todos para uno y uno para todos, como en D'artacán.

Silvana estaba demasiado cansada, física y mentalmente.

—No me hace gracia —se quejó, cerrando los ojos—, no quiero ni pensar en ello.

Urso la besó el pelo y la estrechó contra sí, permitiendo que ella usase de almohada uno de sus brazos.

—¿Y si dejamos de pensar un rato los dos?

—Vale.

Habían hecho el amor, perdiendo todos los sentidos el uno en el otro, hasta el sentido del tiempo, y del mismo modo se durmieron, casi a la vez, sobre las capas, desnudos y abrazados.

Silvana se despertó y vio estalactitas moviéndose sobre ella, las dejaba atrás y venían más. Urso llevaba su cuerpo en brazos, las máscaras colgaban de una de sus manos y las capas de la otra, avanzaba a buen paso y estaban a punto de abandonar las cuevas.

—¿Dónde me llevas?

—A casa —contestó el macho—. Mi padre dice que tus abuelos están como locos buscándote por las cuevas. Abre tu mente y diles que estás bien, por favor.

Silvana se desperezó. Había olvidado que tenía que avisar a sus abuelos de que todo iba bien con Paloma, aunque no sabía si eso era cierto, ni cuándo se lo podría contar. Le daba miedo abrirles su mente por lo que ellos pudieran ver, pero confió y lo hizo.

Su abuela estaba en algún lugar de la superficie de Fronda, cerca del río Luna, recorriendo las carreteras con el coche a toda velocidad. Su abuelo recorría los túneles subterráneos en forma de lobo, buscando el olor de su nieta en cada piedra del suelo.

Se enfadaron porque ella no les hubiese avisado antes de que todo iba bien, pero se alegraron aún más de que Silvana volviese a casa y quedaron en verse allí para comer juntos.

Eran las cuatro de la tarde y las tripas de Silvana rugieron al pensar en comida.

—Bájame, puedo andar sola.

Urso negó con la cabeza.

—No quiero dejarte ir todavía —refunfuñó—. Déjame que te lleve, un poco más.

Silvana podía ver luces artificiales al final del corredor y le llegaba el aroma de la casona de los Montenegro. Debía de ser la gruta que unía la casa con Fronda.

—Sé dónde estamos. ¿No pensarás subirme las escaleras también en brazos?

—Si me dejas, ese es el plan. Vamos a cruzar toda la casa y te voy a tumbar en tu cama y luego tú me echas, si quieres.

Silvana pensó en la posibilidad de pasar toda la tarde y toda la noche y toda la vida dejándose mimar por aquel macho. Era un buen plan y podía combinarlo con el plan B que había propuesto el niño oso: Silvana tenía que asegurarse de que nadie buscara a Paloma y que ningún *mannaro* siguiese su rastro hasta la cueva de las maravillas, la mestiza se escondería allí hasta que fuese seguro abandonar las cuevas, cuando terminasen las Luperkalias y no hubiese lobos por todas partes. En cambio, los mestizos abandonarían el

hostal ese mismo día y se instalarían en la casa de Laro, la misma en la que él había hibernado los últimos veinte años. Tenían mucho polvo por limpiar y mucha basura que tirar, pero allí estarían a salvo, dentro de los límites de Fronda.

Todo eso iba pensando la hembra mientras sus dedos jugueteaban con el pelo de la nuca de Urso, entonces cayó en la cuenta de lo primero que había oído al despertar y no supo si lo había soñado o si no lo había entendido bien.

—¿Tu padre te ha dicho que mis abuelos me estaban buscando o lo he soñado? —le preguntó, directa.

Urso rezongó y torció el gesto.

—Vas a pensar que estoy loco, pero ya lo sabes, estoy loco por ti y, sí, hablo con mi padre muerto —contestó Urso, campechano, como si fuese lo más normal del mundo—. Y también fue él quien me dijo que estábamos predestinados, bueno, más bien me lo dijo su sombra. Su sombra sigue conmigo... ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

Silvana tragó saliva.

—Vale, perdona.

Urso se sintió fatal por haberle hecho sentir mal, pero no quería contarle nada más, al menos no en ese momento.

—Perdóname tú, *neña*, podemos hablar de lo que quieras, es solo que... Es raro saber que él está conmigo siempre, intento no pensarlo.

Silvana miró alrededor buscando en la oscuridad el contorno de la sombra de Raúl Montenegro.

—¿Está con nosotros ahora? —inquirió, curiosa.

—Supongo. Hemos hecho un trato: él no me habla si yo no le hablo, a no ser que sea importante, como con lo de tus abuelos.

—Ojalá pudiese yo hablar con mi padre —suspiró Silvana y se abrazó a él con más fuerza, con miedo de perderle del mismo modo.

Urso se estremeció y tuvo que morderse la lengua para no hacerla daño con lo que estaba pensando. Compartir la carga de lo que él sabía no la ayudaría, pero quizá una pequeña parte sí le daría consuelo.

—Es mejor que no puedas hablar con tu padre, Silvana. Yo puedo oír al mío porque está condenado, estará aquí mientras vivan aquellos a los que dio en vida parte de su sombra y dice que está dividido en tres, así que supongo

que mi hermano tendrá otro pedazo y mi abuela el resto; ella lleva el manto hasta que se alce un nuevo alfa, ¿lo sabías? —Silvana no lo sabía, pero no preguntó nada más, se limitó a escuchar y Urso le dijo lo que ella ansiaba oír —: No puedes hablar con tu padre porque él es libre y ya no está aquí, *neña*, está en un plano superior. Somos en parte ángeles, no puedes no creer en el cielo y te aseguro que tu padre está allí... Lo sé porque eso también me lo ha dicho mi padre, te juro que es cierto.

Habían llegado a una pequeña antesala, llena de candelabros incrustados en las paredes de roca, todos encendidos. Urso los apagó del interruptor para que su abuela supiese que él había vuelto a casa y abrió la puerta que conectaba la antesala con la bodega de la casona.

—¿Podemos hablar de esto más tarde? —propuso, no pensaba contarle cómo su padre había visto ascender a Lorenzo Canedo justo antes de morir él mismo y buscó una excusa convincente—: No sé quién está dentro de la casa, cualquiera podría oírnos.

—Los alfa, por ejemplo —aventuró Silvana, con un suspiro cansado.

—O mi abuela —continuó Urso en su tono irónico peculiar— o tus abuelos. No creo que sea un tema agradable para la sobremesa.

—Mis abuelos tardarán en llegar, mi abuela ha ido con el coche a recoger a mi abuelo cerca del puente y están bastante lejos.

Urso la llevó en brazos todo el trayecto, la casa estaba vacía excepto por el ratón del alfa rumano, que les miró con intriga desde el pasamanos de la escalera principal.

Subieron los peldaños en silencio, entraron en el cuarto de Silvana y en cuanto Urso la dejó en el lecho, ella rodó hacia la mesilla y cogió su móvil para llamar al hostel de las Ajenjo.

Urso se sentó a su lado en la cama y escuchó conmocionado lo mismo que hizo que la que había contestado a la llamada perdiese los nervios al otro lado de la línea.

A Violeta lo primero que le afectó fue escuchar la voz de Silvana al descolgar, apenas le salió la voz para saludarla cuando se identificó y después tuvo que aceptar lo inaceptable: que Paloma había conocido a un chico italiano, uno que sin ser *mannaro* se moría por sus huesos como un perrito faldero y que la había convencido para que juntos se escapasen a pasar unos días a Barcelona.

Urso miraba a Silvana con la misma expresión incrédula que debía de tener Violeta.

—¿No me crees? —le repitió Silvana, vehemente—. ¿Te he mentado alguna vez?... Ya, ya sé que no es propio de Lala, pero me parece que no pasa nada porque tu hermana se tome unas vacaciones por una vez en su vida. Debe de ser la única de las Ajenjo que no hace lo que quiere cuando quiere... ¿Cómo que «y el restaurante qué»? Yo la cubriré en el salón y haré sus cuartos, ¿te parece? Y mi abuela se ocupará de la cocina, descuida. Urso Montenegro nos ha dado permiso... Sí, no hay problema. —Silvana cabeceó buscando el consentimiento del macho, que la miraba boquiabierto—. Vale, pues si no hace falta que vayamos hoy, mañana nos vemos. ¿Quieres hablar con Urso?... ¿No? Porque está aquí conmigo... Ya sé que no hace falta, pero te lo voy a pasar, ¿vale? Para que te quede clarito. Espera un momento.

Silvana le tendió el teléfono móvil a Urso y al mismo tiempo le abrió su mente.

«Por favor, di que he dicho la verdad».

Urso se puso al teléfono y confirmó la coartada.

Para Violeta, hablar con el que todas las apuestas apuntaban como futuro alfa de Fronda era aún más intimidatorio que hablar con su antigua amiga y no tardó en poner una excusa y colgar el teléfono.

—Ahora desembucha, *neña*. ¿Dónde está Palomita? —preguntó el macho tumbándose junto a Silvana—. He mentado por ti, me lo debes.

Silvana pensó en marcarle como él le había dicho que se dejaría hacer, para ahorrarse explicaciones y para que la obedeciese sin rechistar hasta el cambio de luna. Eso simplificaría mucho las cosas, sobre todo el plan B, pero habiendo sufrido una marca ella misma, de otra forma y por motivos muy distintos, no podía hacerle algo parecido a nadie y mucho menos a Urso.

Todo había cambiado entre ellos, aunque no lo suficiente como para ser completamente sincera respecto al tema de los mestizos y lo resolvió, mintiendo sin pestañear:

—Paloma está camino de Barcelona.

Urso se rio, vacilante.

—¿Quieres que me crea que un italiano, que ni siquiera es *mannaro*, no querría pasar aquí la última noche de Lupercalia en lugar de salir mañana

para Barcelona? Lo siento, pero no. No me lo trago.

—Yo tampoco me lo trago —zanjó Silvana con una sonrisa traviesa, dejándole muy claro a lo que se refería—. Y tienes razón, te debo una.

Sabía cómo zanjar el interrogatorio deprisa y lo hizo, se subió a horcajadas sobre el pecho de Urso y recorrió a besos el camino inverso que él le había mostrado horas antes en su propio cuerpo. En lugar de subir por los muslos, Silvana bajó a caricias por su cuello y le mordió uno de los pezones, jugueteando con la punta de la lengua, consiguiendo que Urso volviese a almizclar.

—Joder, *neña*, ¿ahora? ¿Otra vez?

—Mis abuelos no están —ronroneó Silvana—, a tu abuela que le den y los alfa... que se nos unan, si quieren, *neñu*.

Poco antes de las cinco de la tarde, llegaron los abuelos de Silvana y ella los recibió en la cocina, duchada, vestida y perfumada, pero no pudo evitar que sus abuelos distinguiesen en su piel el aroma del macho y se mirasen entre ellos, confusos.

—Luego os pongo al día, ¿vale? —adujo Silvana, con una sonrisa azorada.

—No sé si quiero detalles, mi niña —carraspeó Olmo. La voz de Urso les anunció desde el pasillo que les llevaba una sorpresa, a lo que Olmo contestó, murmurando—: Y creo que la sorpresa tampoco me va a gustar.

Olivia le calló con un gesto reprobatorio y los dos se sentaron a la mesa, dispuesta con uno de los manteles favoritos de Melisa Montenegro, platos con borde de oro y copas de cristal de Bohemia.

—Yo creo que sí que te va a gustar mi sorpresa, Olmo —le contradijo Urso, entrando en la cocina, aseado, bien peinado y vestido con un traje italiano, para darles buena impresión—. Vamos a abrir esta preciosidad y a finiquitarla juntos.

Urso dejó en la mesa una de las botellas de vino tinto más caras de toda la colección de los Montenegro y empezó a abrir cajones al azar, siempre le habían servido y no tenía ni idea de dónde se guardaban los sacacorchos.

Silvana respiró hondo y decidió que lo mejor sería dejar las cosas claras cuanto antes, se acercó al macho por la espalda y le llevó la mano al cajón correcto, después le besó en los labios y regresó a la mesa, observando la

reacción de sus abuelos.

La de Olmo no se hizo esperar.

—No sé si me puedo comer esto... Un bocadillo en un plato de porcelana y oro de dieciocho quilates, no pegan mucho la verdad.

Silvana se sentó enfrente de su abuelo y le preguntó, sin remilgos:

—¿Qué soy yo, el plato o el bocadillo?

Olmo sonrió.

—Depende de lo que sea el bocadillo, mi niña —repuso, igual de directo—. Este me lo habéis puesto de lomo y es mi favorito, me lo como y me callo, ¿vale? Y tú come lo quieras, que en tus gustos no me meto. —El viejo omega sonrió a su nieta, cogió el bocata con las manos y empezó a morderlo. Olivia le dio un codazo para que esperase a que estuviesen todos sentados y Olmo, la ignoró—: ¡Llevo corriendo horas y me muero de hambre, no estoy para protocolos!

Urso se rio, terminó de abrir la botella de vino y sirvió primero a Olivia y después al resto.

—Di que sí, Olmo —le animó, utilizando su nombre de pila en lugar de llamarle «omega» como solía hacer y, sonriendo inocentemente, se sentó junto a Silvana, le cogió las manos con cariño y agregó mirándola a ella—: No hace falta guardar las formas que estamos en familia.

Olmo casi se atragantó, pero asintió como pudo y tragó con vino.

—¿Y vais a ir a la Lupercalia de esta noche? —preguntó Olivia, cambiando de tema, temiendo que su *artiglio* hubiese tragado tan rápido solo para soltarle una fresca al joven Montenegro.

—Seguramente sí —contestó Silvana—. Me gustaría ver las termas y los rápidos, anoche los vi de pasada.

Olivia cogió un pedazo de pan de su bocadillo y comenzó a desmenuzar las migas sobre el mantel, haciendo pequeñas bolas y aplastándolas para relajarse.

—Las termas de Fronda son hermosas —dijo, rememorando algunas de sus primeras noches de Lupercalia. Entendía la fascinación que sentía su nieta porque podía recordar la suya propia—. No obstante, las mejores cuevas de agua son las de Sottomare, sin duda.

—Sin duda —convino Urso y levantó su copa de vino, inclinándola

ligeramente hacia la vieja omega para reforzar su afirmación brindándole el trago. Bebió deprisa y agregó—: ¿Echas de menos Sottomare, Olivia?

—Mucho.

Olmo y Olivia se miraron un segundo y Silvana supo que se estaban comunicando mentalmente.

—Bien —prosiguió Urso—, cuando sea alfa, podréis ir a Sottomare siempre que queráis y no tendréis que trabajar en la casa, contrataremos personal y nos servirán a todos.

Olmo le miró, enarcando una ceja y fue a decir algo, pero Olivia se adelantó:

—Muchas gracias, será estupendo volver a Italia.

—Iremos juntos, abuela —terció Silvana.

Olmo se bebió el vino de dos tragos, se limpió con la mano y dejó la copa en la mesa, bruscamente.

—¿Iremos primero a Italia o a Rumania? —le preguntó a su nieta, afilado y frío—. ¿Lo has pensado ya? Supongo que esperarás al cortejo para decidirte, ¿has pensado en eso también?

Urso cogió la mano de Silvana, besó el dorso y bromeó:

—Nosotros ya hemos empezado el cortejo y, la verdad, espero que Silvana me elija a mí primero y que quiera quedarse aquí, en Fronda.

—¿Has dicho que habéis empezado el cortejo? —Olmo se rio, con deje sarcástico—. Es obvio que no tenéis ni idea de lo que es cortejar.

—Sé que es un rito —aclaró Urso—, un rito de sexo.

—Un rito de sexo, amor y muerte —le corrigió el omega—. Mi nieta huele a ti y a lo mejor te crees que basta con eso, pero tú no eres un alfa y no puedes cortejar como un alfa, lo que habéis hecho es solo sexo. No sabes cómo crear la conexión profunda que se forma con el cortejo, no tienes ni idea de lo que es.

—Cuando sea alfa... —comenzó a decir Urso y Olmo le interrumpió:

—¿Eso cuándo será? Con suerte, en la próxima luna llena, pero el cortejo empieza este viernes, con el cuarto creciente, y como no eres alfa, no estás invitado. Mi nieta sí y, después, ya veremos si decide ir primero a Italia o a Rumania.

La mesa tembló y Olmo cerró los ojos, adolorido. Olivia le acababa de

propinar una patada, levantó el mantel, miró debajo y disimuló diciendo:

—Creo que esta mesa está un poco coja.

—Cojo me has dejado tú a mí —gruñó el viejo omega.

Urso les miraba divertido y no perdió la sonrisa ni cuando contestó la pregunta que había quedado en el aire:

—Me gustaría reclamar el derecho de pernada, pero si ella prefiere ir a Italia o a Rumania primero, lo aceptaré.

—Lo aceptarás si eres alfa, quieres decir —apuntó Olmo y se preparó para recibir otro golpe por hablar de más, pero Olivia se había quedado de piedra, intuyendo lo que el omega pensaba decir después, no hubo castigo y él cumplió las expectativas—. Si tu hermano gana la pugna, tendremos que ver qué opina Bosco de esto.

Urso sonrió altivo, lobuno, con todos los dientes. Sus ojos grises resplandecieron amarillos, desafiantes.

—Lo único que importa es lo que opine Silvana, ¿no? —replicó, con sorna, y se giró para dirigirse a ella—: Es más, a lo mejor hasta ganas la pugna y nos sorprendemos todos, mi reina.

Olmo no se acobardó y sus ojos también se encendieron.

—No importa quién sea alfa de Fronda, mi nieta todavía puede elegir muchas cosas antes.

Urso volvió a llenar la copa de Olmo y todas las demás.

—Brindemos por ello —propuso y alzó su copa.

Olivia levantó la suya casi al mismo tiempo, Silvana tardó un poco más y lo hizo manteniendo la mirada de su abuelo y la cabeza alta.

«Por favor, no me hagáis esto aún más difícil» rogó mentalmente.

«Por favor, mi amor» se sumó Olivia.

Olmo claudicó, levantó su copa, hicieron el brindis y los cuatro bebieron a la vez.

«Urso es como su padre» se defendió el viejo omega mientras bebían. «Ten cuidado con él, ni niña. No es de fiar, no tiene escrúpulos y hace lo que sea por conseguir lo que quiere».

«Bueno, parece que la quiere» apuntó Olivia.

«Eso es exactamente lo que más me preocupa» concluyó Olmo y antes de que Urso se diese cuenta de que había en la mesa una conversación paralela

y privada para tres, empezó a elogiar el vino en voz alta.

Capítulo XI

EL CORTEJO

«Los romanos no veían la historia de Rómulo y Remo como un dulce cuento; pretendían mostrar que habían mamado el apetito lobuno y la ferocidad en su leche materna».

Terry Jones



2007, domingo 14 de octubre.
Luna de cosecha, creciente.

Silvana no había asistido a la última noche de Lupercalia, Urso había tratado de convencerla de acudir primero a las termas para después recorrer los banquetes, observar a las parejas del lupanar de las cascadas y, quizá, incluso disfrutar de alguno de los juegos de sombras, pero a ella lo único que le interesaba era saber lo que estaría ocurriendo con Paloma en la cueva de las maravillas y no podía ir allí con Urso, no todavía.

Pasaron la noche juntos, en el cuarto de Urso y el domingo amaneció con una visita inesperada que Silvana agradeció infinitamente.

Laro se pasó por la casona de los Montenegro con la excusa de pasar el día con su ahijado Urso, al que Raúl había bautizado como prueba de su peculiar humor, poniéndole oso de nombre y de padrino.

El niño apareció sobre una moto *trail* negra que habría sido difícil de llevar para él por su tamaño sin la fuerza interior del osezno. El rugido del motor fue lo que les despertó y Urso salió de la cama de un salto, comprobó por la ventana que se trataba de Laro aparcando en la misma puerta principal de la casona y bajó a recibirle entusiasmado, sin molestarse en vestirse siquiera.

—¿Vienes a ajustar cuentas, padrino? —bromeó abrazando al niño.

—Te prometí que lo haría, ¿no? —contestó Laro, zafándose del abrazo con facilidad, a pesar de lo mucho que apretaba el macho—. ¿Dónde está la tuya?

—Esperándote —respondió Urso y le indicó con la cabeza que caminasen entre los arbustos que llevaban al garaje. El camino era de asfalto y estaba flanqueado por dos altas hileras de hermosos Red Robin, una de las plantas favoritas de Melisa Montenegro. Los arbustos estaban en uno de sus

momentos de mayor belleza, con la mayor parte de sus hojas de color escarlata bajo el sol del otoño. Era el mismo color de la moto trail que sacó Urso del garaje.

—La has cuidado bien —le aduló el niño, complacido al ver que la motocicleta estaba en perfecto estado y acicalada para la ocasión—. A lo mejor te regalo una de las mías, cuando seas alfa.

Urso sonrió, emocionado.

—¿La chopper que trajiste a la fiesta?

—Esa me la quitarás de mis manos frías y muertas —bromeó el niño—, pero tengo una Kawasaki ZZR 600 que ha dormido lo mismo que yo y está deseando conocerte.

—Tuve una Kawasaki, blanca y roja —dijo Urso, subiéndose en su moto trail y acariciando el manillar, con ojos soñadores—. Me la regaló mi padre.

Laro gruñó, suspicaz.

—¿Blanca y roja? ¿Qué matrícula? —preguntó y antes de que Urso terminase de recitar los números, el niño bramó—: ¡Qué cabrón, tu padre se aprovechó de mi sueño profundo! ¡Esa era la mía!

—Bueno, padrino, si me la ibas a dar de todos modos, ¿qué más da?

Los dos se rieron y Urso, sin arrancar el motor, llevó la moto hasta la entrada de la casa. Prefería las de carretera, pero a aquella de *trail* le tenía especial cariño porque había sido el último regalo de Laro.

Todavía recordaba que cuando se la dio, Urso no alcanzaba a subirse sin ayuda y en ese momento era al oso al que le quedaba grande, de todo lo que había hibernado. Laro le había llevado la moto el mismo día que le explicó que tendría que dormir unos años y que no sabía cuándo podría despertar, pero que cuando lo hiciese podrían correr juntos.

El oso estaba allí para cumplir su promesa y retó a su ahijado a una carrera. Urso no pudo negarse, los desafíos eran su debilidad y no solo le gustaba ganar, lo necesitaba como respirar, su padre le había criado así, pendenciero como él.

Silvana se les unió en el desayuno y Laro la invitó a la justa, sentándola media hora después en el sillín de su moto, justo detrás de él.

Eligieron una de las carreteras que llevaban a la presa de Los Barrios de Luna y desde allí entraron en uno de los senderos del monte. Urso llevaba

una ligera ventaja y pronto Laro permitió que la ventaja se incrementase y en susurros le contó a Silvana lo que había ocurrido al marcharse ella de la cueva.

Urso ganó la carrera con facilidad y sin sospechar que para cuando Laro y Silvana le alcanzaron, ella ya estaba al día de todo lo que necesitaba saber del plan B: que Paloma estaba bien, inconsciente y febril según lo esperado, y que le llevaría unos días despertarse; en cuanto lo hiciese, la sacarían de las cuevas y la llevarían a la casa de Laro.

Raúl Montenegro le había cedido al oso la propiedad en su testamento y Melisa había respetado su última voluntad, la casa ya era oficialmente suya y con la ayuda de los chicos Alborada la reformaría y quedaría habitable y disponible para los mestizos.

Silvana no sabía cuántos había y Laro tampoco se lo explicó, ni le contó que Marta seguía dentro del cuerpo de Paloma y que no parecía capaz de abandonarlo. Lo habían descubierto al azar, cuando Darío trató de salir del fornico para traer comida de los banquetes y Marta no pudo acompañarlo.

Finalmente, fue Isaac y la mayor parte de la sombra de Raúl Montenegro los que llevaron comida al fornico y se encargaron del siguiente turno para vigilar a la nueva mestiza y lo último que escuchó Laro antes de marcharse fue que el alfa no perdía la oportunidad de jactarse, medio en broma medio en serio, de que siempre conseguía lo que deseaba y había logrado que Isaac regresase a la cueva de las maravillas, donde se enamoraron.

Silvana pasó los siguientes días muy atareada trabajando por Paloma en el hostel, codo a codo con su abuela.

A Melisa Montenegro no le hizo ninguna gracia que la omega se fuese a cocinar para los Ajenjo, pero viendo lo feliz que estaba su nieto Urso, no pudo negarse. Le veía correteando detrás de la hembra todo el día y, al parecer, ella había aceptado no solo su compañía durante el día, los dos compartían cama al llegar la noche, lo que no quería decir que durmiesen mucho.

Silvana estaba desatada, dichosa, disfrutando de una relación que no había esperado y que le ayudaba a no pensar en las anteriores, en todas esas que no había tenido por estar marcada; tampoco se permitía pensar en la que aún

tenía con Bosco, aunque no se viesan, y no se dejaba intimidar por la cercanía de la relación que se vería obligada a tener pronto con los alfa rumano e italianos.



2007, viernes 19 de octubre.
Luna de cosecha, cuarto creciente.

La tarde del cortejo estaba oscureciendo y Silvana aún no había terminado de limpiar el último cuarto del hostel que le tocaba, lo acababan de desocupar y tenía que dejarlo preparado por si alguien volvía a alquilarlo al día siguiente o esa misma noche, algo que no parecía probable porque gran parte de la clientela se había marchado al terminar las Lupercalias y los pocos que quedaban eran los más cercanos al círculo familiar de los alfa y se alojaban en lugares menos modestos.

Acababa de terminar de hacer la cama y tenía que bajar a ayudar a su abuela a preparar las cenas, cuando recibió en su móvil una llamada de un número desconocido y descolgó con cautela.

—¿Diga? —preguntó escueta.

—¿Diga melón? —se burló Paloma, imitando el acento del humorista Millán Salcedo.

—¡Lala! —Silvana miró la cama, que le había quedado perfecta y prefirió sentarse en el suelo, tenían mucho de lo que hablar y les iba a llevar tiempo—. ¡¿Estás bien?!

—Atocinada —respondió Paloma con sinceridad—, es como si me hubiese comido un ácido. Llevo despierta desde anoche y te juro que me tiré las primeras, no sé, una o dos horas mirándome las manos. Nunca me las había visto así, con todos los poros y las venas y los pelitos diminutos... ¿Cómo lo haces tú? ¿Cómo consigues no quedarte gilipollas mirándolo todo? ¡Es como si toda mi vida hubiese estado viendo el mundo a través de una venda de gasa, te lo juro! Lo flipo en colores, Sil, y con los sonidos y los olores que me llegan a las napias, igual. ¡Qué bien huele Darío! *Mmm*, me lo comía y lo digo en serio, de las dos maneras. ¿Cómo aguantas tú sin comerte

a nadie?

—Te acostumbrarás —contestó Silvana, feliz de escucharla y no notar ningún cambio realmente significativo en su amiga.

—¿A la voz de la loba también me voy a acostumbrar?

Silvana frunció el ceño.

—¿Qué voz?

—La loba que llevo dentro me habla, le habla a Darío también y...

—No te entiendo, Lala —le interrumpió Silvana, preocupada y confusa—. A lo mejor todavía tienes alucinaciones, no sé. No tendrías que escuchar ninguna voz dentro de ti, la loba eres tú: Paloma Ajenjo.

—No, no, que me ha dicho que se llama Marta.

Silvana llevaba unos segundos mordiéndose los labios inconscientemente y se arrancó un pellejo, lastimándose. Se lamió la sangre, voraz, y preguntó igual de ansiosa:

—¿Le has contado a Laro lo de la voz?

—Sí y el *jodío* niño me ha dicho que me explicará todo cuando esté más tranquila y pueda entenderlo. Se supone que no debo preocuparme porque es normal, pero si tú dices que no lo es, Sil, me preocupo y mucho.

—Yo no soy... —Silvana evito pronunciar la palabra «mestiza» y bajó la voz hasta susurrar—: No soy como tú y no sé qué es lo normal para los que son como tú. Lo que sí sé es que tu trabajo es un rollo, Lala. ¿Sabes dónde estoy ahora? —inquirió para despistarla y se contestó a sí misma al momento —: Estoy en el hostel, haciendo un cuarto.

—Ya, lo sé. —Paloma se desternilló, traviesa—. Mil gracias por echarme ese cable. Por cierto, ¿puedes hacer otra cosita por mí? Es un favorcito de nada.

Silvana sonrió, reconocía el tono y sabía que mentía, debía de ser algo importante.

—A ver, ¿qué quieres?

—¿Puedes traerme ropa? Solo tengo capas, Sil, y ropa de hombre y, aunque esté limpia, me huele todo a oso que tira *patrás*.

—Lala, yo no puedo, lo siento. No puedo ir y ponerte en peligro si alguien me sigue, ni siquiera sé dónde estás y, además, no tengo tiempo de hacerlo porque de aquí salgo con mi abuela, que todavía no sabe lo tuyo, y en la

casona me está esperando Urso, que tres cuartas de lo mismo.

Paloma pareció reaccionar y le interrumpió:

—Perdona, Sil, ¿tú cómo estás? ¿Qué tal llevas lo tuyo?

—Estoy bien, Lala. —Tomó aire y le dio la noticia a las bravas, medio en broma—: Estoy con Urso, llevamos juntos unos días.

—Juntos-juntos y *arrejuntaos* —le corrigió Paloma, que conocía la noticia por Laro. Nada más despertarse había preguntado por su amiga y el niño le había puesto al día de todo, para tranquilizarla—. Vives con él, ¿no? Seguro que también duermes con él, ¿eh, pillina?

—Dormimos poco —bromeó Silvana—, pero juntos-juntos. Esta noche no, esta noche tengo que bajar a las cuevas con los alfa... Es el cortejo.

—Lo sé, estoy preocupada por ti y me han dejado llamarte por eso... ¿No te da cague?

—¿Cague? —repitió Silvana, sorprendida.

—A ver, yo me acojonaría si fuese tú.

—Bueno, es que no sé de qué va lo del cortejo, exactamente. Creo que es algo sexual, un ritual especial para ayudarme a decidir si accedo al triple enlace, aunque está claro que tengo que acceder, Lala, es lo mejor para las manadas y para mí, para no volverme loca.

—¿Eso es lo que crees de verdad?

—Yo ya no sé qué creer. Eso es lo que dice mi abuela, pero mi abuelo no opina igual. Él no quiere que haga el amarre, pero está a favor del cortejo. Me ha dicho que le vino bien para saber lo que no quería cuando Melisa Montenegro le cortejó. Fuese lo que fuese lo que pasó, le convenció de que prefería estar con mi abuela.

—Si quieres saber lo que es el cortejo —dijo Paloma, seria como nunca—, Laro me lo ha contado y yo te lo cuento, si quieres... pero creo que tu abuelo no te ha dicho nada justo por eso que tú has dicho, porque quiere que lo hagas. A lo mejor si lo sabes, no lo haces. Yo no lo haría.

Se quedaron en silencio.

Silvana había terminado con aquel cuarto hacía rato y seguía sentada en el suelo, encajada entre el armario y una mesilla, escondiéndose hasta de sí misma en la esquina más oscura de la habitación, un rincón que parecía oscurecerse todavía más por momentos.

Sopesó la oferta y masculló:

—Vale, cuéntamelo. ¿Qué es lo que sabes?

—¿Seguro? —La voz de Paloma era trémula—. Cuando bajamos al fuego me dijiste que no querías saber las cosas antes de que pasasen.

—Ahora prefiero saberlo, me quedan unas horas para que pase —afirmó Silvana. Era cierto que su forma de no preocuparse en demasía por lo que se le venía encima había sido siempre vivir en la feliz ignorancia de los detalles.

—Laro tampoco me ha dado un cursillo —empezó a decir Paloma—, pero creo que es un rito con sombras como las que había en el estanque, algo parecido... Se te meten dentro y te hacen ver cosas, Sil, realidades paralelas, un montón de ellas, y las vives como si estuviesen pasando. Si haces el amor, es como si fuese de verdad y Laro usó ese y otro ejemplo que me puso los pelos de punta: si hay un posible futuro en el que un feral te ataca, vas a sentir cómo te arranca los ojos y cómo te abre en canal de arriba a abajo.

—Lo pillo, déjalo ya —le cortó Silvana, que prefería evitar las descripciones escabrosas porque lo que había escuchado ya le asustaba bastante.

—Lo importante es que —prosiguió Paloma— el que corteja, da igual que sea alguien que no conoces de nada, te muestra los mejores y los peores momentos que podríais tener juntos y tú los vives, pero los vives sola y solo tú los recuerdas después. El que corteja no ve nada y no siente nada, tú lo haces por los dos. Es para acojonarse... ¿Sigues ahí?

—Sí —musitó Silvana—. ¿Puedes llamarme mañana otra vez?

—Creo que sí —respondió Paloma, meditabunda.

—Vale, pues mañana hablamos. Gracias, hermanita. Te tengo que dejar ya.

—Mucha suerte, decidas lo que decid...

Silvana no terminó de escuchar la última palabra, colgó la llamada y dejó el móvil boca abajo a su lado, en el suelo. Después, levantó las rodillas y las abrazó, acongojada, encogiéndose en aquella esquina cuanto pudo.

La oscuridad se cernió sobre ella y Silvana dejó escapar el primer suspiro del llanto, profundo y derrotado, el que llamaba a las lágrimas y las preparaba para caer.

Necesitaba desahogarse y llorar a gusto, pero el móvil vibró de nuevo,

insistente. Pensó que sería Paloma que quería contarle algo más del cortejo, algo importante que se le habría olvidado, y dudó de querer saberlo. No necesitaba que su amiga le escuchase derrumbarse, dio la vuelta al teléfono con la intención de colgar la llamada y lo que leyó en la pantalla terminó de saltarle las lágrimas.

—Bosco —susurró y el nombre le quemó los labios.

Puede que él fuese la última persona del mundo con la que quería hablar, pero en ese momento era la voz que más echaba de menos escuchar y descolgó, sin decir una palabra.

Al otro lado de la línea también había silencio.

Silvana lloró y tocó las letras del nombre en la pantalla, como si pudiese tocarle a él.

—Déjame hablar contigo, Sil —pidió Bosco, con ternura.

—Habla —contestó ella, a media voz.

—Así no.

Silvana sintió la presión en su mente, le reconoció, volvió a abrazarse las rodillas y le dejó entrar.

«Gracias» susurró Bosco en su cabeza.

La llamada se cortó.

Ella inspiró despacio, exhaló como si pudiese sacar todo el aire y todo el miedo fuera de su cuerpo y le preguntó:

«¿Eras tú, el del estanque?».

«Sí» respondió Bosco, igualmente directo.

Silvana sonrió a medias.

«¿Por qué no me lo dijiste?»

«Creía que lo sabías».

«Y yo creía que no podría tocarte nunca más».

«Estamos unidos, Sil, y ese amarre no se puede romper. No hablo del que hicimos nosotros con el beso de sangre, hablo del que hizo mi padre cuando sacrificó al tuyo para unirnos... Mi padre mató a tu padre... Joder, lo siento, suena como una película de terror de las malas, pero es la verdad, mi zanna: te robó el corazón y nos lo dio a mi hermano y a mí... El espíritu de tu padre estuvo ligado al mío hasta que murió y entonces se liberó. Es cierto lo que te dijo Urso de que tu padre está en el cielo y el mío condenado en la tierra a ser

una sombra».

Silvana ya sabía lo que le había hecho Raúl Montenegro a su padre, sus abuelos le habían contado sus sospechas hacía días y aquello solo lo confirmaba, lo que le escamó fue que Bosco supiese lo de su hermano.

«¿Cómo sabes que Urso me ha dicho eso?».

«Porque estaba allí, con vosotros, cuando te lo dijo».

Las pupilas de Silvana se dilataron por la sorpresa.

«¿Estabas escondido?»

«No exactamente. Estaba a tu lado como lo estoy ahora».

Silvana miró alrededor, levantó la colcha y comprobó que debajo de la cama no había nadie. Estaba tentada de abrir el armario para mirar dentro cuando sintió el roce eléctrico de una sombra que le acariciaba la mejilla.

Asustada, chilló y la sombra se estiró volviéndose grisácea y translúcida para taparle la boca como una mordaza, sofocando el grito.

«No grites, por favor. Escúchame».

Bosco liberó su boca y la mordaza regresó a la oscuridad, aleteando.

Silvana respiró agitada y sus ojos brillaron amarillos, buscando la sombra entre las sombras, sin resultado.

«¿Dónde estás, Bosco?» farfulló.

«¿Te refieres a mi cuerpo o a mi sombra?».

«Las dos cosas».

«Estoy en una de las cavernas del anfiteatro, cuidando de la carne que hemos traído para la caza. Es una mujer y mi abuela me ha encerrado con ella para que la vigile».

«¿Y tu sombra? ¿Has vuelto a quemarte cómo hiciste en el motel?».

«No, no... La verdad es que no sé cómo lo he hecho, Sil. Cuando te fuiste del estanque y me di cuenta de que no sabías que era yo... cuando me confundiste con mi hermano, me destrozaste, Sil, pero lo entendí y lo entiendo ahora. Quise volver y correr detrás de ti, regresé al estanque, te seguí el rastro y llegué al anfiteatro a tiempo de verte entrar en un forniche. Esperé a que salieses para poder hablar contigo, esperé toda la noche y al final, te vi aparecer y Urso se me adelantó. Mi sombra te siguió desde ese momento. He estado esperando para hablarte y cuando te he visto llorar...».

«¿Me has seguido todo este tiempo?» inquirió Silvana, horrorizada.

«¡No puedo evitarlo! No sé ni cómo lo he hecho, ya te lo he dicho. No sabía que podía hacer algo así hasta que te vi meterte con Urso en ese túnel... Creo que te he dado una parte de mí, como mi padre hizo con mi hermano y conmigo. Voy a enseñártelo, Sil, de una manera que no te asuste». De la esquina oscura, una pequeña mariposa negra salió aleteando, se posó en las rodillas alzadas de Silvana y Bosco continuó, suplicante. «¿Me perdonas? Por favor, sé que me odias, pero perdóname».

Silvana levantó un dedo y tocó las alas de la mariposa de sombra. Su tacto era frío y aterciopelado. La mariposa revoloteó y se subió en su uña, sin dejar de batir sus alas lenta y mecánicamente, como si fuese un ojo que pestañeara.

«Yo no te odio, Bosco» le confesó y agregó algo que había estado pensando durante mucho tiempo. «Soy una gran mentirosa, como la luna, ¿recuerdas lo que nos decía mi abuelo de la luna?».

«Sí» respondió él, ilusionado y aterrado de lo que ella pudiese decirle después, aun así, continuó: «Olmo siempre decía que nos fiásemos de la gente tanto como de la luna, que solo nos muestra una cara, pero tiene dos».

Silvana asintió y añadió:

*«Y la que vemos nos miente siempre que puede: cuando la luna parece una C, es decreciente; cuando parece una D, es creciente... Pues yo funciono igual contigo, miento a todos los que me miran y finjo que te odio, pero cada día que pasa te echo más y más de menos, mi *artiglio*. Nunca he dejado de quererte y no creo que pueda dejar de hacerlo».*

«Yo tampoco, mi zanna, y me mata verte triste y me mata ver que mi hermano te hace feliz y yo no puedo, pero lo prefiero. Prefiero que seas feliz, aunque sea con otro».

Silvana sonrió con el alma rota e intentó bromear:

«No sé qué es el cortejo, pero si consiste en convencerme, lo estás haciendo muy bien».

La mariposa dejó de aletear, se quedó paralizada un instante y al siguiente voló hasta la boca de Silvana y se posó en sus labios, la risa de Bosco sonó como si le hubiese robado un beso.

«Puedo hacerlo mucho mejor, si me dejas» propuso el macho. «¿Quieres que lo intente? Me refiero a cortejarte, a cortejarte de verdad, Sil».

«Pero no eres un alfa...».

«¿Quieres que lo intentemos o no? Soy yo, Canedo, nos conocemos de siempre, tenemos un pasado y no creo que ver mil futuros conmigo te vaya a asustar».

«Está bien, Montenegro. Inténtalo».

Bosco volvió a reírse, pero su voz sonó poderosa y concentrada cuando le urgió:

«Abre la boca».

Ella obedeció, la mariposa se coló entre sus labios y se posó en su lengua.

Bosco susurró:

«Ahora, trágame».

Silvana lo hizo, sus ojos se cerraron y el mundo se detuvo.

2007, viernes 19 de octubre.
Luna de cosecha, cuarto creciente.

Tragarse la mariposa fue como caer por la madriguera del conejo blanco y Silvana aterrizó en el país de las maravillas de Bosco. Veía lo que él veía y sentía lo que él sentía, mucha hambre e incertidumbre, miraba a su alrededor y todo era exageradamente grande. Estaban en la cocina de los Canedo, aunque tenía sillas descomunales, una mesa alta como un castillo y el techo se veía a años luz.

En una de las sillas, Silvana vio sentada a una mujer gigante y la reconoció, acongojada. Era Marisa, su madre, y se la veía feliz, joven y lozana, no consumida como ella la recordaba.

Marisa tenía un bebé en sus brazos y le estaba dando de mamar, la criatura no debía de tener mucho más de un día de vida, estaba arrugada y despeluchada, apenas lucía un par de mechones rubios y su cara era todo ojos, unos enormes ojos grises curiosos.

El mundo giró y alguien puso a Bosco junto a Silvana para que también mamase, colocando a los bebés a caballito, uno en cada rodilla. Marisa los rodeó con sus brazos protectores y los dos bebés se miraron por vez primera y al momento se tocaron, Bosco alargó una de sus manitas para acariciar los dedos de Silvana y ella, por reflejo prensil, le atrapó el pulgar.

—Míralos, igual que Rómulo y Remo —bromeó Olmo Canedo, terminando de acomodar a los niños sobre Marisa—, solo que aquí es al revés y tenemos a una humana alimentando dos lobos.

—Silvana no es una loba, las niñas no cambian —objetó Marisa— y tampoco cambian todos los niños, no sabemos si Bosco...

—Claro que lo sabemos. —Olmo perdió el tono divertido—. Él es un Montenegro y de seguro lleva el lobo negro dentro. Y Silvana es una Canedo, ella cambiará. Ya lo verás.

Marisa besó la coronilla de su hija con infinita ternura y después besó

también la del niño. Fue un beso de madre, una bendición desconocida para Bosco, que le llenó de paz y alcanzó también a la Silvana adulta dentro de él y sintió el calor de la caricia y cómo la leche materna aplacaba su hambre. El pequeño Bosco cerró los ojos y en la oscuridad, Silvana supo que se sentía cómodo y querido, en paz.

Cuando regresó la luz, Silvana y Bosco seguían juntos en la cocina de los Canedo, pero habían crecido y estaban escondidos en su peculiar fortaleza de faldones rojos, sentados bajo la mesa camilla en el hueco redondo del brasero.

El tiempo había consumido siete años en un pestañeo y Silvana supo exactamente a qué momento le había arrastrado Bosco.

—A ver, yo soy Bulma —dijo la niña, recogiendo el pelo detrás de la oreja— y tú eres Goku y estamos casados y lo tenemos que hacer y ya está. ¿Vale?

—Vale. —A Bosco le tembló la voz al sellar el trato, se miraron en silencio y como ninguno de los dos se movía hacia el otro, el niño repuso—: ¿A la de tres?

—Uno, dos y tres. —Silvana contó deprisa y sus labios tropezaron con los de Bosco. Al segundo, se apartaron y repuso quedamente—: Ya está.

Bosco se rascó la cabeza, no había sido para nada lo que él esperaba. No entendía qué tenía de especial besarse y por qué todo el mundo lo hacía tanto si solo se sentía eso, un golpe suave.

—Vamos a jugar a otra cosa —aventuró.

—No. —Silvana tampoco estaba convencida con el resultado, pero era tozuda—. Vamos a practicar hasta que nos salga bien... ¡Pero no me mires así!

—¿Y cómo quieres que te mire, Sil?

—Mejor no me mires.

—Sí, mejor no te miro. Me voy a imaginar a Bulma. —Bosco cerró los ojos, pero no dejó de pensar en Silvana. Pasaron diez segundos y le increpó—: Venga, no seas cobarde. A la de tres. Uno, dos...

La niña no esperó a escuchar el tres, repitió el movimiento y esa vez su boca encontró unos labios entreabiertos por lo que fue un roce, húmedo y

tibio y suave. Fue dulce e inocente porque no hubo deseo, pero sí curiosidad y mucha diversión. Fue tan delicioso que le supo a poco a pesar de que estuvieron más de diez segundos.

Ella se apartó, Bosco abrió los ojos y la vio sonreír satisfecha.

—Ahora vamos a buscar las bolas de dragón, Goku.

Con un nuevo pestañeo, el escenario volvió a cambiar. Seguían juntos, bajo la lluvia, y Silvana sintió una angustia aterradora. Estaban a punto de volver a besarse, pero por última vez, eso pensaba Bosco que ocurriría, temía que la perdería para siempre y le dolía en el pecho, físicamente.

La esperanza y la diversión de los primeros recuerdos se diluía y enfriaba con las gotas que caían a su alrededor en un carnaval de luces de colores. Bosco cerró los ojos y no hubo beso; al abrirlos de nuevo, estaban dentro de un círculo de sombras y aquello no era un recuerdo, era una profecía.

Bosco era el lobo negro y un lobo blanco se le echaba encima a la carrera. El lobo negro tuvo el tiempo justo de esquivarlo, estaba bien entrenado porque su padre le había enseñado a usar cuanto tuviese a su alcance y para los Montenegro sobrevivir era la única regla que había que respetar, por lo que no se lo pensó y sus patas arrancaron tierra del suelo y algunos trozos de mosaico, echándolo al hocico de su enemigo para cegarlo. Con esa ventaja, desgarró la garganta nívea y la sangre manchó a borbotones el blanco pelaje de su oponente. La herida era profunda, mortal si la hemorragia no se detenía a tiempo, por lo que los lobos italianos aullaron a coro pidiendo clemencia. Bosco cambió a su forma humana, cogió al lobo blanco en brazos y lo lanzó fuera del círculo, donde los lobos de su manada cerrarían sus heridas a base de saliva.

Al momento se giró y recibió un puñetazo en la nariz. Se lo había dado Urso que, con sus manos desnudas, acababa de deshacerse de otros dos lobos italianos. Urso se lamió los arañazos, saboreando su propia sangre y buscó la mirada de su hermano, con desprecio y altivez.

Los dos Montenegro caminaron en círculos alrededor de la hoguera azul, midiéndose, esperándose, jugando a matarse como habían hecho tantas veces antes. Había más lobos luchando, pero ninguno se acercaba a ellos.

—Sal del círculo, hermano —le ordenó Urso—. Sabes cómo va a acabar

esto si te enfrentas a mí. No quiero hacerte daño de verdad, no me obligues.

Bosco asintió, el puñetazo a traición había hecho que le sangrase la nariz y se relamió, desafiante.

Él no tenía miedo, pero Silvana dentro de él estaba aterrorizada e intentó gritarle que saliese del círculo. Era como en sus peores pesadillas, ella no tenía voz porque su voz era la de Bosco y este dijo:

—Que te jodan. —Escupió al fuego azul y saltó por encima de las llamas cayendo sobre su hermano.

—¡Silvana! —la voz de Olivia la sacó del trance—. ¡Respira, por dios, respira!

Silvana sintió los golpes sobre su corazón, volvió en sí y vio que su abuela le golpeaba repetidamente el pecho, arrodillada a su lado en aquel dormitorio del hostel.

—Abu... —intentó decir, tosió y la mariposa negra salió de su boca y se difuminó en una neblina grisácea, regresando cauta a las sombras del armario.

—Tenías el pulso muy débil —balbució Olivia, abrazando a Silvana con los ojos llenos de lágrimas—. Cielo santo, creí que te perdía.

Silvana quería volver al círculo de sombras, necesitaba saber qué pasaría después para poder evitarlo.

—Estaba... Era el cortejo. Estábamos... practicando.

—¿Cómo? —Olivia no entendía nada. Se miró en las pupilas dilatadas de su nieta, tan anchas que no dejaban espacio al iris, creyó que entendía lo que había pasado y se desahogó soltando una sarta de quejas con el puño en el aire—: ¡Esos puñeteros alfas! ¿Cómo vais a practicar aquí? Es una idea pésima, no puedes entrar en ese estado comatoso tú sola. Seguro que ha sido cosa del rumano, dice que odia las trampas para disimular, pero seguro que es un fullero. Ha sido él, ¿verdad?

—Ha sido Bosco —musitó Silvana.

Olivia se tragó sus palabras con espanto.

—No. —Sus manos se le fueron a la boca por la sorpresa y por el miedo a decir lo que pensaba de verdad. Le tomó unos segundos replicar a su nieta y lo hizo con calma, para convencerse también a sí misma—: Bosco no puede invocar el cortejo.

Silvana se incorporó, se sentía muy bien y susurró por precaución, no por falta de fuerzas:

—Sí puede y lo ha hecho, pero no digas nada, por favor.

Olivia asintió.

—¿Y estás bien, mi niña? —En su mirada preocupada brilló un cariz suspicaz—. ¿Qué has visto?

—No lo sé. Algo que... Creo que a Bosco le va a pasar algo malo, abuela.

Olivia la abrazó, la estrechó contra su pecho y la besó el pelo.

—El Cortejo no es como el fuego del parlamento, lo que hayas visto solo es una posibilidad entre muchas y puede cambiar.

—Eso espero.

—Mejor olvídale, ni lo pienses. Tienes que centrarte en esta noche, tienes que pensar en los alfa y prepararte para el cortejo real. Ojalá pudiésemos ir contigo, mi niña, como debe ser; es tu familia más cercana la que debería acompañarte, pero como tu abuelo y yo no podemos entrar en la cueva de la Magna Umbra... —Olivia tomó aliento, apenada, y estrechó a su nieta con más fuerza contra sí—. No me gusta la idea, pero al menos sé que no vas a estar sola ahí abajo y que Melisa Montenegro velará por ti durante el ritual, como antigua alfa y líder en funciones.

—Urso me ha dicho que vendría él conmigo —se quejó Silvana, asqueada por la idea de que Melisa la pusiese un solo dedo encima, estando o no consciente.

Olivia se encogió de hombros.

—Volvamos a la casona, háblalo con ella y veremos si le cede el puesto a su nieto solo porque lo es. Eso no le haría quedar bien delante de los otros alfa, es favoritismo.

Silvana se puso en pie y tiró de su abuela para levantarla a su vez, alzando también la voz:

—No tengo que decirle nada a esa vieja bruja, se lo voy a dejar muy claro a los alfa yo misma: si vosotros no podéis venir conmigo y Urso tampoco, prefiero ir sola. —Silvana pensó en Bosco y en Paloma, no podía pedir que ninguno de los dos fuese con ella, sería levantar las cartas y ponerles en riesgo antes de tiempo, así que se reafirmó—: Y prefiero ir sola.

Para cuando regresaron a la casona, era noche cerrada y Silvana no pudo hablar con los alfa porque ambos estaban en las cuevas, preparándose para el cortejo. Sin embargo, tampoco tuvo que tener aquella conversación indeseada con Melisa porque Urso lo había hecho por ella y tenían el beneplácito de la vieja alfa.

Silvana fue escoltada por sus abuelos hasta la entrada a Fronda del sótano de la casona.

—Cuida de mi nieta, Montenegro —le interpelló Olmo y le ofreció una mano a Urso.

—Podéis confiar en mí —dijo Urso, ufano, aceptando el apretón de manos—. Estaré pendiente de cada latido y si veo que puede ser peligroso, la traeré de vuelta y me da igual lo que digan los alfa.

—Bien. —El viejo omega se enfrentó a su nieta, le cogió la cara entre sus manos y la besó en la frente—: Y tú no tengas miedo de nada, mi niña. Estamos muy orgullosos de ti y estaremos siempre, aunque no nos veas, contigo hasta el final.

Dicho esto, Olmo dejó caer su frente sobre la de Silvana y presionó para entrar en su mente, ella se abrió para él.

«Este es mi último consejo: recuerda que solo tú recordarás lo que veas y eso significa que les puedes mentir, mi niña. Puedes decirles lo que quieras sobre el futuro y se lo puedes poner muy negro, que ellos decidan después. Ese es nuestro as bajo la manga».

«¿Y me lo dices ahora?».

«No sabía si sería capaz de contártelo... porque ese es mi mayor secreto, mío y de Melisa. Yo le dije la verdad, le dije que juntos seríamos muy muy felices, pero que nuestros hijos se matarían el uno al otro por convertirse en alfa. A ella no le importó, exigió el triple enlace de todos modos y ahora ya sabes por qué yo elegí a tu abuela. Miente si es necesario, mi niña. Sé lista».

Para Olivia y Urso, era obvio que Silvana y su abuelo estaban manteniendo una conversación paralela. El joven macho no quería que el viejo omega lo estropease todo en el último momento y consiguiese que Silvana se echase atrás, creándoles más problemas, así que carraspeó:

—Vamos a llegar tarde.

—No pueden empezar sin mí, ¿no? —bromeó Silvana.

Urso le siguió el juego con una sonrisa maliciosa.

—A Velkan no le importaría empezar sin ti, pero al italiano no creo que le guste la idea de que se le insinúe un tío sin que estés tú en medio. —Silvana le miró sin comprender y Urso continuó, divertido—: Creía que era eso lo que te estaba contando tu abuelo, que empezará el cortejo el primero que te haga almizclar, pero ya veo que pensaba echarte a los lobos a ciegas.

Olmo se rio sin ganas y le espetó:

—Ya conoces el dicho y mi nieta lo cumple bien: échala a los lobos y volverá liderando la manada.

Urso no contestó, se quemó con una sonrisa altanera y sacó al lobo negro con un gruñido. Silvana también se transformó en la loba gris y juntos entraron en las cuevas.

Silvana tenía mucho en qué pensar y no dejó que Urso le hablase mentalmente durante todo el camino hacia la cueva de la Suma Sacerdotisa. Una vez dentro, Silvana se sorprendió al no encontrar la sombra de la loba custodiando el fuego azul, solo estaban los dos alfa esperando de pie, desnudos, bajo el resplandor celeste.

Silvana volvió a su forma humana, al igual que Urso.

—Gracias por venir. —Velkan les recibió con un gesto galante y les indicó que se acercasen.

El alfa italiano sonrió y cabeceó a modo de saludo. Silvana tampoco habló, era la primera vez que veía a los alfa desnudos y estaba algo cohibida por la situación. Ambos tenían un físico digno de contemplar a conciencia y, mejor aún, de cerca.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Urso, nervioso.

Velkan alzó una ceja, inquisitivo.

—Tú no tienes que hacer nada —le contestó tajante; después, sonrió y suavizó el tono para dirigirse a la hembra—: Silvana, querida, tienes que acercarte más.

El italiano le tendió una mano y Silvana la aceptó, entonces, con una fuerza que ella no esperaba de él, Ezio tiró y la atrapó por la cintura. Fue un movimiento vertiginoso que contrarrestó con un giro lento de su cabeza hacia un lado para mostrarle la yugular, sumiso. Ezio se relamió y fue levantando la

mirada, parsimonioso; su boca se movió a un milímetro de la piel de Silvana y subió hacia los labios de la hembra, sin llegar a tocarlos y sin dejar de mirarla a los ojos, viendo cómo estos se encendían.

—Oye —se quejó Velkan—, que yo también estoy aquí, tramposo. —El alfa dio un paso y su pecho se pegó a la espalda de Silvana—. Mucho mejor así. —Se pegó por completo a Silvana, mostrándole cuánto la deseaba y gruñó ronco en su oído—: Y así, mejor todavía.

Urso chascó la lengua hastiado y dejó de mirales durante unos segundos; a su juicio, Velkan era demasiado directo mientras el italiano se lo tomaba con calma, rogando tan solo un primer beso. Miró de reojo y vio cómo las manos de Ezio abandonaban la cintura de la hembra para acariciar su rostro y tomar su boca con un beso consentido que empezó lento y se aceleró, apasionado. El aroma intenso del deseo de Silvana se mezcló con el ozono del fuego y, en lugar de desaparecer en favor de este último, se intensificó de tal modo que hasta Urso pudo notarlo.

—Tú ganas —masculló Velkan y se separó de la hembra; por contra, Ezio siguió besándola sin prisa alguna por dar el siguiente paso. Velkan se tumbó en el suelo de la cueva y silbó para llamar la atención del italiano, tratando de contener la rabia que le provocaba perder—. ¿Ezio, me oyes? Podemos empezar el cortejo, ¡vamos!

Urso se rio y disimuló su descontento mejor que el alfa rumano.

—Creo que él ya ha empezado.

—Ya lo veo —convino Velkan—. Anda, ven aquí y prepárate para hacer tu parte.

Urso caminó hasta ellos y levantó una mano en el aire para coger a Silvana del brazo; Ezio, sin abrir los ojos, supo que Urso se aproximaba y le cogió por la muñeca con un gesto muy rápido.

—¡Joder! —Urso no pudo evitar el exabrupto—. ¿Qué tiene este, rayos x en los ojos?

Velkan negó despacio, con media sonrisa, y señaló hacia la esquina de la cueva en la que el ratón compañero del alfa italiano los observaba muy atento.

—Lo que tiene —aclaró Velkan— es muchos ojos abiertos.

—Pero ¿cómo...? —Urso no terminó la pregunta y Velkan no la contestó.

Si el alfa italiano empastaba con animales o cabalgaba sus almas no era asunto suyo, aunque a Urso le habría encantado saber de dónde sacaba la sugándara y no precisamente para denunciarlo, él tenía cierto control sobre los animales, pero no podía entrar en ellos a voluntad y era algo que siempre le había atraído. Dejó de pensar en ello porque Ezio le llevó la mano hasta el brazo de Silvana y Urso supo que le tocaba cogerla en brazos.

Ezio se fue separando de la hembra despacio, pero una cuerda de sombras les mantenía unidos por los labios y era tan larga que tardó varios segundos en salir del todo de la boca de Ezio para entrar en la de Silvana.

Cuando la hembra se hubo tragado la sombra del alfa por completo, perdió el sentido y el equilibrio. Urso la sujetó y la dejó gentilmente en el suelo, pero nadie sujetaba a Ezio y el italiano se desplomó, golpeándose duramente contra las rocas.

Velkan se rio, vengativo, pero su risa se cortó en el momento en el que una voz cantarina surgió del fondo de la cueva y le instó a que no perdiese tiempo y le diese su sombra a la hembra. El alfa rumano obedeció, una brizna oscura salió de su aliento en forma de espiral y también entró por la boca de Silvana; al momento, Velkan perdió el sentido y la Magna Umbra dio una última orden, esa vez al fuego, pidiéndole en italiano que protegiese los corazones de los tres amantes.

La hoguera azul brilló con intensidad, estalló en un fognazo cegador y tres pequeñas llamaradas azules saltaron entre las chispas, bailotearon en el aire y se colaron por las fosas nasales de Velkan, Ezio y Silvana.

A su izquierda estaba el mar; a su derecha, un pueblo costero.

—Y ahí está el Gigante de Monterroso —dijo Ezio, señalando una estatua de catorce metros de altura, construida con cemento y hierro. Era un hombre que sostenía en su espalda parte del jardín de una villa enclavada en el acantilado—. Ya no tiene brazos, ni el tridente, pero es Neptuno. Para nosotros es nuestro padre; en Sottomare, somos lobos de mar.

—Yo soy loba de bosque —dijo la Silvana del futuro y el alfa italiano la miró encandilado, ella era la que llevaba el timón de aquel lujoso yate y parecía saber lo que hacía, lo que sorprendió a Silvana que se vio a sí misma con la piel tostada, la sonrisa ancha y una gorra marinera a juego con el traje

blanco de Ezio.

—Aquí tenemos mar y también tenemos bosque —la contrarió el alfa.

—Tu bosque no es tan grande como el de la comarca de Cuatro Valles, de Fronda.

Ezio la mordió en el cuello y la rodeó con sus brazos, por la espalda.

—Sottomare reina bajo las *Cinque Terre* y tú lo harás sobre todos nosotros, Fronda y Vizuinã incluidas, mi bella *raggaza di luna*.

—Estás muy contento hoy —repuso, risueña—, dices mucho que eres un lobo de mar, pero después de quince días en el agua creo que te hace tanta ilusión pisar tierra como a mí.

—No es eso —carraspeó Ezio—. ¿Quieres ver por qué hoy es el día más feliz de mi vida?

—Vale, dímelo.

Ezio frenó el barco, giró a Silvana y le dijo muy serio:

—Yo no te lo voy a contar, mira... —Ezio conectó con la mente de la hembra y los dos dejaron de ver por sus ojos humanos y sobrevolaron Monterroso a vista de pájaro, mirando desde los ojos del halcón compañero de Ezio, que se disculpó enseguida—. Perdona, eso no es lo que quiero que veas, pero me vale para que vayas calentando.

—Ya estás fanfarroneando otra vez, metiéndome en la cabeza de tu halcón.

—No, ahora ha sido sin querer. Es que tengo muchas ventanas abiertas en mi cabeza y me siento raro, es como si hubiese alguien más aquí dentro. —Ezio se golpeó la cabeza y el pecho—. Eres tú y no eres tú. *Es muy extraño*.

—Lo que sientes soy yo —dijo la Silvana del futuro y Silvana sintió un escalofrío al escucharlo, el mismo que hizo que al italiano se le pusiese todo el vello de punta—. Esto es lo que vi en el Cortejo, Ezio. Este es nuestro momento feliz y lo que notas es mi yo pasado que está dentro de ti ahora mismo.

Ezio dio un respingo y farfulló:

—Si quieres que me estalle la cabeza, lo vas a conseguir.

—No es una broma, sé lo que me vas a decir —continuó Silvana—, lo recuerdo, aunque aún no haya pasado porque lo vi en el cortejo. Es de locos ¿verdad?

—Pues si ya lo has visto —repuso Ezio no muy convencido—, entonces no hace falta que te lo enseñe.

—Oh, por favor, déjame verlo ahora, por favor —suplicó Silvana—. Y dime esas palabras tan hermosas que nunca olvidaré... Dime que al principio somos solo corazón y cerebro.

Ezio asintió, creyéndola a pies juntillas y volvió a concentrarse. El mar desapareció en favor de la oscuridad absoluta y él susurró lo que tenía pensado decirle:

—Al principio somos solo corazón y cerebro. —No veían nada y tampoco escuchaban, pero se sentían en el paraíso, cómodos y serenos, en paz. Ezio desveló el misterio como le habría gustado hacerlo—. Estamos dentro de nuestro bebé y tiene unas cinco semanas, no sé si es un niño o una niña, pero ya mide seis milímetros y noto su latido desde hace días. No quería decirte nada por si lo perdíamos, pero es muy fuerte, no lo vamos a perder... Por eso he podido entrar en su corazón y llevarte dentro de su mente conmigo para que lo sientas.

Ezio volvió a abrir los ojos y juntos miraron al cielo, las gaviotas les vigilaban y el halcón jugaba a perseguirlas gritando y compartiendo la alegría de la pareja *mannaro*.

—Velkan va a perder la apuesta —se rio Silvana.

—Ahora lo entiendo y lo recuerdo, mi amor.

Se besaron sin dejar de reírse y abrazarse. Silvana volvió a arrancar el motor y Ezio le contó su secreto máspreciado:

—Para mí, todos los seres vivos son puertas y, cuando las abro, siento emociones y controlo sentidos. Así me convertí en alfa, eché a todos mis competidores del círculo a la vez, salieron solos, sin tocarles si quiera.

—¿Y cómo lo explicaste?

—Nadie me preguntó, estaban cagados de miedo.

Ezio le contó entre risas cómo había descubierto su don y se puso serio al hablar de su madre, que fumaba mucha sugándara cuando estaba embarazada y que en uno de sus muchos viajes, no volvió. La abuela materna de Ezio siempre estaba alerta y en cuanto sospechó que su hija había muerto en otro cuerpo y el suyo propio sería el ataúd de su nieto, la abrió en canal y sacó al pequeño Ezio, que se crío con su padre y sus cuatro abuelos.

Silvana cambió de tema al ver que él se entristecía:

—Me encantaría tener tu don —suspiró.

Ezio sonrió.

—Tienes algo mejor que mi don, me tienes a mí y puedes cabalgar las almas conmigo siempre que quieras, sin riesgos. Sin embargo, cada vez que yo lo hago, dejo una parte de mí dentro de esos animales; saben de mí más que nadie en el mundo y nuestra conexión es tan fuerte que si estoy dentro de ellos cuando les llegue el momento, no podré cabalgar su cadáver de vuelta, moriré con ellos. Lo sé, eso fue lo que le pasó a mi madre.

Silvana le cogió la cara entre las manos y acarició con sus pulgares su sonrisa lánguida.

—Prométeme que volverás a mí siempre —le rogó.

—Siempre, mi *ragazza di luna* —prometió Ezio y volvieron a besarse.

El tiempo voló rápido y lo siguiente que vio Silvana fue su pecho agitado demasiado cerca de los ojos desde los que miraba, los ojos del halcón. No podía ver nada más que su blusa ensangrentada y se escuchó aullando, llorando sin consuelo; la sensación duró menos de un segundo, pero fue suficiente para comprender que su peor momento juntos llegaría cuando Ezio no fuese capaz de mantener su promesa.

Silvana exhaló la sombra de Ezio, que regresó furtiva a su dueño.

—Todo va bien —le susurró Urso, sosteniendo la cabeza de la hembra y limpiándole las lágrimas que caían de sus ojos. Ella seguía en trance y gemía adolorida por lo que Urso insistía—: No es real, mi reina. Solo son posibilidades y las puedes cambiar, todo irá bien.

Ezio se incorporó y preguntó con voz trémula:

—¿Qué la pasa? ¿Está bien? ¿Ha dicho algo?

Urso enarcó las cejas sorprendido de que el macho italiano le dirigiese más de dos palabras.

—Está bien —le contestó, igual de nervioso— y no sé qué ha dicho porque lo que decía no se entendía bien. Bueno, ha habido un momento que ha murmurado algo raros sobre corazones y cerebros. —Ezio no pudo disimular una sonrisa enigmática, por lo que Urso inquirió—. ¿Qué pasa? ¿Significa algo importante?

El alfa italiano se encogió de hombros y regresó a su mutismo habitual.

—Mohamed Alí —masculló Silvana y recuperó al instante la atención de ambos.

—Creo que ha dicho Mohamed Alí —repitió Urso, pasmado—. Eso lo he entendido claramente, ¿verdad? —Ezio asintió y Urso suspiró—: Alucino con Velkan, a saber lo que está viendo.

Dentro de la alucinación del Cortejo, Silvana reía dichosa, tumbada en una cama de matrimonio junto a dos bebés. Uno era rubio y el otro, pelirrojo; ambos rollizos y fuertes. Silvana los acariciaba y mimaba mientras vetaba todos los nombres que Velkan le iba diciendo.

Estaban en un dormitorio muy lujoso y desde la ventana se veía un bosque frondoso como sacado de un cuento de hadas, al igual que el castillo en el que se encontraban.

En la pared, sobre la cama, había un retablo que mostraba el exterior del castillo de Vizuinã y, a pesar de que la pintura era excepcional, la realidad era mucho más hermosa y mejoraba todavía más a la luz de aquel amanecer, pero Velkan solo tenía ojos para sus hijos y su mujer. Silvana, desde su interior, apenas podía distinguir los detalles porque su vista saltaba de un rincón a otro y el macho no hacía más que moverse alrededor de la cama, intentando convencer a la hembra de que Mohamed Alí era un gran nombre para los pequeños.

—Por favor, Mohamed y Alí ¡son nombres geniales para dos hermanos inseparables! ¡Nadie puede compartir un nombre mejor que ese!

—Me da igual que para ti sea lo más, Velkan. No pienso bautizar a nuestros hijos con el nombre de un boxeador y mucho menos compartido, por mucho que sea tu ídolo de infancia.

Velkan se puso de rodillas.

—Por favor, por favor, por favor... te doy lo que quieras, todo lo que quieras.

—Ni de coña, perdiste esa apuesta. ¿Recuerdas? Podrías haber elegido el nombre de nuestro hijo si hubiese sido mi primer hijo, pero no has sido el primero, ni siquiera el segundo. He parido tres antes de que llegasen tus gemelos, Velkan. Perdiste la apuesta a lo grande.

Velkan rumió las palabras y se las tragó, era un mal perdedor y más todavía si intuía que la lucha no había sido justa.

—No sé cómo, mi amor, pero creo que me has hecho trampas. —Silvana no dejaba de reírse y tampoco negaba que no fuese cierto que le había engañado, lo que sacaba de quicio al macho y no le ayudaba a cambiar de idea, seguía rogando sin resultado hasta que de repente pareció tener una revelación luminosa—. ¿Cassius y Marcellus te gustan más?

Silvana se lo pensó, arrugó el ceño y le increpó:

—Espera un momento, Mohamed Alí no era su verdadero nombre. Me lo has dicho muchas veces. Espera, que creo que puedo adivinar cómo se llamaba...

—Cassius Marcellus Clay —confesó Velkan, resoplando.

—Lo sabía. —Silvana se levantó de la cama y le dio uno de los bebés, el de pelo rubio y ojos pardos. La cara del macho cambió por completo, perdió su mohín desilusionado y miró a su hijo exultante de felicidad, por lo que finalmente Silvana claudicó—: Vale, si te hace tan feliz, dime a quién tienes en los brazos, ¿es Cassius o Marcellus?

Velkan sonrió lobuno, con todos los dientes.

—Este es Cass —decidió y mirando a su mujer con ojos soñadores, susurró—: ¿Y si tenemos otro podemos ponerle Clay?

—Es un buen nombre... Pero ¿y si es una niña?

—Has dicho que es un buen nombre, dejémoslo ahí. —Velkan besó la frente del bebé, cerrando los ojos con fuerza y deseándole una vida larga y llena de triunfos.

Al abrir los ojos, el dormitorio se había convertido en un aeropuerto. Era de noche y había pocos viajeros, algunos dormitaban y se giraban molestos porque Silvana no dejaba de gritar.

—¡Marcellus! —Silvana se vio corriendo detrás de un niño pelirrojo de apenas seis años—. ¡Marcellus, ven aquí!

Se veía de espaldas, desde los ojos de Velkan que corría detrás de ella. El macho no podía seguirle el paso porque ella era realmente rápida y porque él debía tener cuidado de que Cassius, el pequeño que iba sobre sus hombros, no se cayera al suelo.

Por contra, a Marcellus le gustaba caminar solo y era tan rápido como su

madre, mucho más nervioso. Se colaba por todos los huecos que veía y les ganó terreno fácilmente, en su afán de llegar a la puerta que se había abierto al fondo para embarcar un pasaje con dirección a Montreal, Canadá.

—¡Te pillé! —chilló un hombre cogiendo al niño al vuelo, con rapidez felina—. *Marcel*, deberías haberle hecho caso a tu mamá.

El hombre sonrió y sus dientes brillaron afilados, acostumbrados a desgarrar carne de muchos niños.

Silvana olió al *giaguaro* antes de verlo. Su don de la *natura vivente* no le serviría para proteger a su familia allí, en el aeropuerto no había naturaleza que pudiese ayudarla, era una jungla de plástico, cristal y metal, solo pudo gritar:

—¡No, por favor!

El corazón de Velkan dio un vuelco en su pecho. Habían asegurado el aeropuerto, habían tomado todas las medidas posibles y, sin embargo, lo imposible ocurría ante sus ojos: su hijo estaba en las garras de un feral y su mujer corría hacia la muerte segura de uno de los dos.

El feral rugió:

—¿Crees que voy a matarlo ahora, loba?

—Por favor, por favor no lo hagas —susurró Silvana y no dio un paso más porque el feral había cogido a su hijo por el cuello y lo levantaba en el aire delante de una veintena de testigos humanos estupefactos.

—Este niño es muy rápido, me gusta. Y tú también eres rápida, *ma chérie*, pero no me gustas nada y no eres tan rápida como yo. —El feral olisqueó el aire y percibió a Velkan, dos alfa era un reto interesante, pero le pareció mucho más divertido un juego a largo plazo y así lo decidió—. Me quedo con Marcel y a lo mejor cuando crezca te lo devuelvo y si puedes, lo matarás tú y si no, él te matará a ti.

El feral se giró y saltó veinte metros hacia delante con el niño en brazos, desapareciendo por el túnel de embarque. Silvana corrió detrás y Velkan también, con el corazón roto, y la mandíbula desencajada, por primera vez en su vida era incapaz de sonreír, ni siquiera con ironía.

—Por favor, por favor, no —balbució Silvana, llorando de nuevo.

Urso le limpió las lágrimas y controló su pulso. Estaba demasiado agitado.

Por mucho que el fuego azul pudiese reanimar su corazón si se paraba, en caso de que Silvana estuviese viviendo la predicción de su propia muerte o la de Velkan, Urso prefirió no esperar a ver cómo ocurría y la zarandéo, llamándola por su nombre hasta que consiguió traerla de vuelta.

Por eso estaba él allí y no su abuela, la invocación del despertar de emergencia debía hacerla alguien que la quisiese y por eso no tardó en surtir efecto. Silvana se despertó aullando y al mismo tiempo lo hizo Velkan. Ella, todavía imbuida de las emociones del ritual, gateó hasta los brazos del alfa rumano y se abrazó a su pecho, desmadejada y llorosa.

Velkan miró interrogante a los otros machos.

—¿Tan malo ha sido? —inquirió y trató de bromear—. ¿Has conocido a mi madre y ya no quieres que cerremos el lazo? Te prometo que si no te cae bien, ella no tiene por qué vivir con nosotros en el castillo de Vizuină.

Silvana se serenó, poco a poco, y fue apartando el recuerdo de la mirada ambarina del feral y su sonrisa de guadaña. Necesitaba pensar en cualquier otra cosa y lo hizo deprisa, con una sonrisa traviesa y una mentira en los labios:

—Lloro porque he visto que si alguna vez tenemos un hijo, tú le vas a querer poner un nombre horrible —dijo entre hipidos— y eso me va a matar del susto.

Velkan la miró incrédulo.

—Me estás vacilando, pero me gusta. Háblame de ese hijo que podríamos tener.

Silvana se limpió las lágrimas y respiró hondo.

—No sé si alguna vez tendremos hijos —dijo apuntándole con un dedo amenazante—, pero lo que tengo clarísimo es que ninguno de mis niños se va a llamar Mohamed Alí. Grábatelo en tu dura mollera, Velkan.

Ezio y Urso cruzaron una mirada cómplice, más tranquilos, y Velkan se llevó las manos a la cabeza, bastante nervioso; cuando habló, lo hizo sin un atisbo de humor:

—Pues Mohamed Alí es un nombre excelente y a cualquier cachorro le gustaría llamarse así.

Silvana se levantó, muy digna, se atusó el pelo y repuso sin que le temblase la voz:

—Hagamos una apuesta: si tengo mi primer hijo contigo, le pondremos como tú quieras, pero si no, yo elegiré el nombre.

Velkan se afiló la lengua entre los dientes y reformuló la cuestión:

—¿Quieres decir que si obtengo el derecho de pernada contigo, podré ponerle a mi primogénito Mohamed Alí? —Silvana asintió y Velkan, se puso en pie, gallardo y resuelto—. Acepto la apuesta y si te parece bien, podríamos empezar a encargar un par de bebés esta noche, aquí mismo junto al fuego.

—Silvana no es fértil y tú tampoco —arguyó Urso, que no sabía cómo entrar en la conversación y ponerle freno—. No estamos en febrero por mucho que acabemos de celebrar una Lupercalia, Velkan, estás mayor y se te va la pinza.

El alfa rumano lo miró como si Urso fuese estúpido.

—Bajo la bendición del fuego sagrado, lobato —le dijo—, todos los *mannaro* podemos ser fértiles, sobre todo los alfa.

Urso no se amedrentó y replicó:

—El ritual del cortejo ha terminado, debemos dejar descansar a la Magna. ¿No crees?

—Supongo que podríamos ir a las termas —convino Velkan, reconduciendo la idea— podríamos empezar allí el cortejo no oficial. Es una cosa de alfas, tú no puedes entenderlo, Ursito.

Silvana inspiró hondo, con tedio, harta de tener que presenciar otra trifulca de los dos machos, ellos parecían disfrutar en demasía de las peleas verbales, pero a ella solo le provocaban el mismo sopor que a Ezio.

El alfa italiano la miraba intrigado y no podía dejar de pensar en el cortejo, quería saber qué habría visto Silvana a través de él, pero no tuvo oportunidad de preguntárselo porque la hembra se convirtió en la loba gris y les dejó allí a los tres.

Capítulo XII

CÍRCULO DE SOMBRAS

«Hay noches en las que los lobos están en silencio y solo la luna aúlla».

George Calin



2007, viernes 26 de octubre.
Luna de cosecha, plenilunio.

—¿Preparados para el plan B? —preguntó Laro y los seis mestizos, cinco lobos negros y una loba gris, aullaron a coro desde la parte trasera de la furgoneta—. Bien, vamos allá.

El niño colocó un cojín en el sillín del conductor, se sentó, comprobó que llegaba cómodamente a los pedales y arrancó.

Después de escabullirse en el hostel toda la semana, Silvana se reencontró con los alfa en las ruinas del anfiteatro. Le habían reservado una de las mejores posiciones en las gradas, entre Ezio y Velkan, sobre la entrada de la caverna de la Magna Umbra. Además, los alfa se habían preocupado de invitar personalmente a los omega, Olivia se sentaba junto a Ezio y Olmo al lado de Velkan.

Todos tenían la mirada fija en el centro de la pista del anfiteatro; allí, una loba negra reposaba regia sobre sus cuartos traseros y esperaba inmóvil, con los ojos cerrados y la mandíbula tensa, sobre un montón de troncos secos.

Paulatinamente y en silencio, las gradas se fueron llenando de lobos de las tres manadas y, al mismo tiempo, todas las sombras vivas de la caverna se dispusieron en círculo alrededor de la loba, como una gigantesca corona de espinas, delimitando el terreno en el que tendría lugar la pugna por la sucesión.

Un rayo de luna llena cruzó la bóveda de la caverna e incidió directo entre los ojos de la loba, que abrió los párpados y miró alrededor un segundo antes de transformarse en humana.

Melisa Montenegro, completamente desnuda, se puso en pie y su melena

se desplegó en el aire formando un abanico de tinieblas.

—Ha llegado el momento: Hécate nos bendice —dijo la vieja alfa y todas las sombras se soltaron de su pelo y salieron disparadas hacia el círculo exterior—. Así sea.

Melisa saltó de la pira de troncos y la luz de la luna cayó directamente sobre la madera, la vieja alfa sopló y de su aliento salió una llama azul que bailó sobre el rayo de luna e hizo que los troncos comenzasen a humear.

Pronto, en el centro del círculo de sombras se elevaba una hoguera de llamaradas azules mientras Melisa caminaba por el perímetro exterior, desafiando con la mirada a todos los *mannaro*, declamando la primera de las reglas de la batalla:

—El que atraviese el círculo, lo hará para luchar. —Todos asintieron, los lobos aullaron y los que permanecían como humanos aplaudieron. Melisa prosiguió—: Una vez empiece la pugna, nadie podrá entrar y quien lo desee podrá abandonar voluntariamente. —Melisa rozó las sombras con su dedo índice como quien acaricia el borde de una copa y las tinieblas rechazaron su ademán, repeliendo su mano con fuerza. Tras la demostración, ella continuó —: Se podrá luchar bajo cualquier forma, pero no habrá armas, ni alianzas, ni lugar para el débil.

Las llamaradas azules alcanzaron casi veinte metros de altura con un resplandor y al momento retomaron su tamaño normal, de aproximadamente un metro y medio, la hoguera redobló su intensidad y las tinieblas su cerrazón, agitándose en el perímetro del círculo, a unos treinta centímetros del suelo.

Melisa se alejó del fuego y se colocó en el umbral del túnel que llevaba a la caverna de la Suma Sacerdotisa, justo debajo de Silvana y los alfa, desde allí alzó la voz:

—Que los más fuertes den un paso al frente y se preparen para la batalla.

Un lobo negro saltó de su posición en las primeras gradas y cayó de pie como hombre, era Urso y cruzó la frontera de las tinieblas en primer lugar. Le siguieron tres lobos pardos, uno blanco de la manada italiana y otro, también blanco, que era uno de los muchos hermanastros de Velkan.

En unos minutos, había más de veinte lobos dentro del círculo y todos estaban preparados para la pugna; la mayoría sabía que no tendrían éxito alguno, pero disfrutaban de la sensación de invencibilidad que les dominaba

al atravesar el círculo, cuando respiraban las sombras y las albergaban en su interior, deseosas de luchar, sedientas de sangre.

Melisa debía gritar la consigna que iniciaría la pugna, pero las tinieblas que formaban el círculo se mantenían bajas, facilitando la entrada a aquellos que ellas sabían que aún debían esperar.

La vieja alfa no pudo reprimir un grito de sorpresa cuando sintió la caricia de un pelaje oscuro rozar su muslo izquierdo y vio que pertenecía a un lobo negro, uno exacto al que había sido Raúl Montenegro, idéntico en cada pelo de su cuerpo lobuno. Supo que no era Bosco porque su nieto se parecía al difunto alfa tanto como su hermano Urso, pero no era una copia perfecta como aquel lobo que salía de las sombras a su espalda. Melisa hubo de llevarse las manos a la boca para reprimir un grito cuando vio que aquel lobo venía seguido de otros cuatro lobos igual de parecidos a su hijo.

Los cinco pasaron deprisa junto a Melisa, paralizada de espanto, y saltaron dentro del círculo sorprendiendo al resto del anfiteatro.

Las sombras se mantenían bajas, aún esperando.

—Ojalá los *urso mannaro* pudiésemos conectar telepáticamente con vosotros, los *lupo mannaro* —carraspeó Laro, apareciendo detrás de Melisa y quedándose de pie, desnudo, junto a ella—. Nos vendría muy bien esa conexión en la lucha contra los ferales, pero sobre todo lo digo ahora porque me encantaría saber lo que se te está pasando por la cabeza, Melisa.

La vieja alfa lo miró entre lágrimas.

—No entiendo nada... —confesó, escueta.

—Entender nunca ha sido tu fuerte. —Laro se cruzó de brazos y agregó—: Digamos que tienes más nietos de los que crees y, hablando de tus nietos, mira quién viene a luchar.

Laro señaló hacia el círculo y Melisa distinguió el lobo negro de Bosco.

—No —musitó—, él no puede...

Las palabras se atascaron en su garganta, ateridas por el miedo de perder a su nieto y por el absurdo de lo imposible aparecido, hecho garras y colmillos, aquella pequeña manada de clones de su propio hijo.

—Y aún no has visto lo mejor. —Laro se giró hacia las sombras y gritó—: Querida, no te hagas esperar demasiado o te quedarás fuera.

Una loba, joven y temerosa, salió del túnel rozándolos a ambos con su

pelaje gris. Llevaba las orejas gachas, el rabo entre las piernas y era idéntica a Silvana Canedo, tanto que Melisa salió de debajo del soportal de piedra solo para comprobar que la verdadera Silvana seguía sentada en las gradas.

Silvana la devolvió la mirada sin un atisbo de sorpresa en sus ojos y sonrió a la vieja alfa con suficiencia y desprecio.

—Ni oste ni moste —dijo al tiempo que se ponía en pie, saltó de la grada y cayó como loba junto a Melisa.

Las dos lobas grises atravesaron juntas las sombras, la primera acongojada y la segunda resuelta, con la frente lobuna alta y buscando el beso de la luna, resiliente, moviendo el rabo en el aire con ímpetu y clavando las garras en la tierra a cada paso.

El anfiteatro se quedó mudo, petrificado, los lobos parecían gárgolas, algunos incluso tenían la boca abierta como si en verdad tuviesen que desaguar un tejado.

—Mi *artiglio* —le azuzó Olivia a Olmo, poniéndose en pie—, ¿vamos?

Olmo cabeceó con una sonrisa traviesa.

—Tú primero, mi *zanna*.

Olivia no podía cambiar de forma y Olmo decidió que tampoco lo haría, juntos saltaron hacia la pista del anfiteatro y juntos caminaron como humanos hasta atravesar el círculo de sombras.

Melisa Montenegro ante todo era práctica, sabía recomponerse y escalar los problemas por prioridad. No entendía qué estaba pasando, pero no mostraría debilidad ni confusión, tampoco perdería tiempo intentando comprender lo que ocurría, tan solo le importaba salvar la vida de su nieto y se acercó al círculo de sombras con paso decidido. Iba a entrar para sacar a Bosco como fuese, incluso arrastrándolo de la cola; sin embargo, no pudo siquiera intentarlo porque las sombras, que compartían sus pensamientos y no su intención, crepitaron como un osario bajo el fuego de la cremación y se elevaron un metro y medio cerrando filas. La vieja alfa chocó contra ellas y, con la misma fuerza que habían repelido su mano mientras explicaba las normas, las tinieblas rechazaron su cuerpo y lo lanzaron hacia atrás.

Melisa cayó de rodillas y, sin levantarse, dio inicio al rito con un grito rabioso:

—¡In bocca al lupo!

—¡Crepí il lupo! —exclamaron en respuesta los *mannaro* que observaban como humanos.

«¡Crepí il lupo!» contestaron las voces telepáticas de todos los lobos.

—*Crepí il lupo* —repitió Melisa a su pesar, entre dientes—. Que muera el lobo, el lobo débil, hasta que solo un *mannaro* quede victorioso.

Y la pugna comenzó.

—Ahí abajo hay dos Silvanas, ¿verdad? —comentó Velkan, sentándose junto al alfa italiano—. Tú las ves mejor que yo, ¿son iguales?

Ezio frunció el ceño.

—Yo veo lo mismo que tú —contestó—, veo que hay otra hembra joven y que también es gris.

Velkan se rio, tenaz y descreído.

—¿Y tu halcón qué es lo que ve con esos ojos avizores? —Velkan señaló a las dos lobas que caminaban dentro del círculo, la una junto a la otra, custodiadas por la pareja de omegas humanos que iban a pie y rodeadas de cinco lobos negros, e insistió—. ¿Se parecen o son iguales?

«¿Me estás preguntando si una de las dos lobas es una mestiza?» repuso Ezio, directo y escueto, sin que nadie más los escuchase.

«¿Quién ha hablado de mestizos?» rezongó Velkan. «Los mestizos bajo la luna son depredadores sin conciencia y esa hembra ha dado muestras de tener conciencia, ¿no crees?».

Ezio asintió, removiéndose incómodo en su asiento de piedra.

«No puede ser una mestiza» admitió, «pero es lo que parece».

«Y si lo es» continuó Velkan, «si es una mestiza, aquí está en juego mucho más que el liderazgo de la manada de Fronda».

El alfa rumano hizo sonar sus nudillos, entrechocando los dedos sin quitar ojo de lo que pasaba dentro del círculo.

Algunos lobos caminaban alrededor del fuego midiendo a sus oponentes, otros esperaban a un lado, unos formaban tríos o cuartetos, otros estaban solos, todos preparaban una estrategia y esperaban.

Finalmente, un lobo pardo se enfrentó a otro de su mismo pelaje, aunque de menor tamaño, también solitario. Ambos se revolcaron, soltando

dentelladas y zarpazos, hasta que el que había iniciado la pelea gimoteó y el otro lo dejó marchar magullado, para que abandonase cojeando a través de la línea de sombras.

—Es difícil perder y sobre todo en primer lugar —dijo Velkan—, ahora irá todo mucho más rápido.

No había terminado de vaticinar cómo se desarrollaría la pugna cuando varias peleas se iniciaron a la vez y muchos lobos se vieron fuera del círculo, lamiéndose las heridas, vitoreados igualmente por aullidos y palmas.

Los dos lobos italianos se enfrentaron a Urso, el lobo blanco se enzarzó con Bosco y hubo un corrillo que involucró a varios lobos, pero ninguno del grupo de Silvana, que se mantenía a la defensiva y al acecho, gruñendo a cuantos se les acercaban.

«Lo estáis haciendo muy bien» les felicitó Laro desde fuera del círculo, acercándose a su posición como lo haría un entrenador junto a un *ring* de boxeo. «Ya hay sangre en el suelo y os mantenéis cuerdos, estoy muy orgulloso de vosotros».

Uno de los lobos negros lo miró a través de las sombras y Laro pudo leer el miedo en sus ojos sin necesidad de escucharlo en su cabeza. Era Isaac, el único que había probado la sangre, el mismo que había perdido la conciencia en su frenesí por devorar a Lorenzo Canedo.

«Lo estás haciendo muy bien, pimpollo» lo animó Laro. «Tranquilo que, de entre todos, eres el que menos debe temer perder el control, tú tienes la sombra de Raúl para ayudarte».

«Estoy deseando atacar» confesó Isaac, arañando el suelo con una pata.

«Lo sé, pero ese no es el plan» le regañó Laro. «Si crees que no vas a poder ceñirte al plan, es mejor que salgas del círculo y dejes que los chicos...»

El niño perdió el hilo de sus pensamientos porque una de las dos lobas grises acababa de saltarse el plan y la barricada de mestizos y corría hacia la hoguera azul, seguida de los viejos omega en su forma humana, rompiendo la formación.

Uno de los lobos italianos mordió el polvo de un rechazazo de Urso, que luchaba con sus manos desnudas. El lobo salió despedido, atravesó las sombras y cuando atacó el segundo, Urso, con su izquierda lo mandó rodando

hacia los mestizos. Olmo Canedo pisó el lomo del lobo herido, mientras mil hilos de sombra lo arrastraban inconsciente fuera del círculo, y se propulsó hacia delante para coger el cuello de su nieta, la loba gris.

Olivia había usado la *natura vivente*, hundiendo parte del suelo y frenado a Silvana lo suficiente como para que Olmo la alcanzase y pronto Olivia se unió al forcejeo. Entre los dos omega contuvieron a Silvana que aullaba aterrorizada porque un lobo blanco acababa de atacar a Bosco.

Los mestizos también se adelantaron, pero cuando Bosco desgarró la garganta de su oponente y les llegó el dulce olor de la sangre, salieron del círculo por su propia voluntad, temiendo perderla y terminar convertidos en ferales. Incluso la loba gris que era Paloma Ajenjo salió del círculo, aún con el rabo entre las piernas, deseaba correr junto a Silvana y protegerla, pero podía más el miedo que sentía. Verse entre lobos, percibir su hambre de sangre y su sed de violencia no era tan idílico como lo había imaginado en un principio, era primitivo, visceral y le helaba las entrañas, ni siquiera el hálito de las sombras había conseguido infundirle valor suficiente para quedarse porque lo que le atemorizaba no era luchar ni morir, era perder el control y hacer daño a Silvana o despedazar a cualquiera de los otros *mannaro*.

Entretanto, la manada italiana pedía clemencia y Bosco, con ojos humanos y encendidos, fue piadoso y lanzó al lobo herido fuera del círculo con sus propias manos.

Silvana sabía lo que ocurriría después y quiso evitarlo a toda costa, se transformó en humana y sus abuelos no tuvieron más remedio que soltarla.

—¡Bosco, cuidado! —chilló Silvana a pleno pulmón.

El grito no evitó el golpe, Bosco ni siquiera llegó a oírlo, el chasquido de su nariz al fracturarse bajo el puño de Urso fue todo cuanto escuchó y sus ojos tampoco vieron a Silvana porque estaban fijos en la sonrisa de su hermano.

Urso se lamió los arañazos de los nudillos, riéndose altanero, manteniendo su mirada fija en Bosco mientras los dos se medían y caminaban alrededor de la hoguera azul.

—Sal del círculo, hermano. Sabes cómo va a acabar esto, si te enfrentas a mí. —Urso le apuntó con un dedo y lo amenazó, sin dejar de sonreír—. No quiero hacerte daño de verdad, no me obligues.

Bosco sangraba por la nariz y se relamió. El dolor era conocido, un viejo

amigo, no le asustaba. Nada podía asustarle, toda su vida se había preparado para ese momento.

—Que te jodan —farfulló despreciativo, escupiendo al fuego, y saltó la hoguera para caer sobre Urso.

Silvana cayó encima de los dos.

Aprovechando la confusión, un lobo pardo se transformó en un joven rubio y gallardo, tomó a Olivia en sus brazos y la lanzó fuera del círculo, sin mucho esfuerzo. Olmo se lanzó contra él, propinándole una patada en el pecho con una fuerza que el joven no esperaba de un omega. A puñetazo limpio, adelantándose a todos los movimientos ofensivos y defensivos del chico, Olmo lo llevó hasta el límite de las sombras y lo hizo salir con un gancho de izquierda, casi hermoso, directo al mentón.

Las gradas estallaron de júbilo ante la hazaña del omega, alentadas por el beneplácito de los alfa que también aplaudían.

—¡Bravo! —le gritó Ezio, poniéndose en pie y aplaudiendo.

Olmo sonreía tomando el aire a bocanadas, por un segundo disfrutó del momento y se permitió soñar que había viajado en el tiempo y que aquella era la pugna que se celebró para suceder a su tía, Rocío Canedo, la pugna en la que no había querido participar para favorecer a Melisa... Aquel segundo que se permitió malgastar para saborear la gloria le costó caro, una cabeza lobuna y blanquecina se estrelló contra su espalda y le empujó lo suficiente como para que una de sus manos entrase en el círculo de sombras. Las tinieblas lo absorbieron y, al segundo siguiente, Olmo apareció al otro lado del círculo.

—¡*Vine, vine*, Dragos! —exclamó Velkan poniéndose en pie para aplaudir a su hermanastro y felicitarle en rumano; después, volvió a su asiento y murmuró en dirección a Ezio—: Mi madre me obliga a animarle, no es que yo considere una hazaña atacar a un omega por la espalda.

Ajena a la suerte que habían corrido sus abuelos, Silvana se abrazaba a la espalda de Bosco mientras este se mantenía sobre Urso, que yacía boca arriba.

Urso no sabía muy bien de dónde había salido Silvana de repente y se

quedó paralizado. Ella apenas tenía aliento, les suplicó que dejaran de luchar con un hilo de voz, pero Bosco no escuchaba ni sus propios pensamientos y le propinó un cabezazo en la nariz a su hermano, partiéndosela e igualando la lucha.

El dolor cegó a Urso junto con la rabia y las lágrimas que acudían a sus ojos por acto reflejo, del mismo modo sus brazos se levantaron para protegerse y se quitó a los dos *mannaro* de encima.

Bosco se encogió y rodó sobre sí mismo, controlando el impacto porque conocía ese ardid de su hermano; en cambio, Silvana salió despedida y cayó muy cerca del borde de las sombras, junto al lobo blanco que había vencido a Olmo, el único que quedaba dentro del círculo además de ellos, el hermanastro de Velkan.

—¡Sal del círculo, Dragos! —le chilló el alfa rumano, temiendo que pudiese hacer daño a Silvana—. ¡SAL DEL CÍRCULO!

—No puedes obligarle —dijo Ezio—, ni siquiera como alfa, y lo sabes. Las sombras lo controlan, no tú.

—Si estuviese aquí mi madre —le corrigió Velkan—, ella le sacaba de un grito. Te lo aseguro.

Ezio se rio con la broma mientras observaba la situación con una doble visión: desde las gradas, veía a Silvana a merced del lobo blanco que se acercaba a ella preparado para atacarla; desde los ojos del halcón, podía ver cómo Urso acababa de ponerse en pie y, en lugar de enfrentarse a Bosco, se dirigía hacia el lobo blanco.

Velkan tardó un poco más en ver lo mismo que el italiano: cómo unas manos fuertes cogían a su hermanastro del rabo y lo lanzaban fuera del círculo como un guiñapo.

—¿Estás bien? —le preguntó Urso a la hembra.

—Por favor, sal del círculo —contestó Silvana en un nuevo intento desesperado por parar la pelea entre los hermanos.

Urso profirió una carcajada herida.

—¿Me lo pides a mí y no a él? —inquirió, dolido.

—Os lo pido a los dos.

Urso miró a Bosco, que estaba de pie al otro lado de la hoguera, y lo señaló gritando:

—¡Sal de círculo y yo saldré detrás de ti, hermano!

Bosco les mostró los dientes ensangrentados en una sonrisa cínica.

—Desde pequeño solo hablabas del día en que serías alfa —replicó, calculando la distancia entre ellos y el alcance de sus heridas; ambos estaban magullados por igual, por lo que continuó—: Ganar es lo único que te importa y no vas a abandonar, Urso, no mientas. Si salgo, vas a empujar a Silvana fuera y vas a ser alfa. —Bosco miró las llamas azules entre ellos e inquirió, sarcástico—: ¿No fue eso lo que te dijo el fuego?

Urso se encogió de hombros y miró a Silvana de soslayo.

—Lo siento, no hay trato, pero no digas que no lo intenté, mi reina —se disculpó, aunque no lo sentía en absoluto porque estaba deseando enfrentarse a Bosco. Abrió los brazos, gallardo, y le indicó que fuese hacia él, silbándole como si fuese un perro pastor—. ¡Esto es entre tú y yo, hermano! ¡¿Nos matamos o qué?!

Melisa Montenegro se internó en las sombras de la caverna. La loba negra corría por el laberinto, sin dejar de jadear, sabía que aquella lucha sería a muerte, lo sentía en cada latido.

Cuando alcanzó la hoguera de las llamas azules, cambió de forma, se arrodilló e imploró:

—¡Detén la lucha!

La enorme sombra lobuna apareció en la pared de la cueva y su voz le recordó las normas:

«Nadie puede detener la lucha, nadie puede atravesar el círculo».

—¡Tú sí puedes! —le interrumpió Melisa—. ¡Puedes cruzar todas las líneas, todos los planos! ¡Las sombras te obedecen y ningún alfa te domina en este momento, eres libre de ayudarme! Te lo ruego, saca a Bosco del círculo y haré cuanto me pidas.

«No puedo intervenir».

Lágrimas de dolor y rabia escaparon de los ojos encendidos de la vieja alfa.

—Por favor...

—¡Por favor, parad! —Silvana les gritaba sin conseguir nada.

No podía ni acercarse a ellos, no había modo de separarles. Bosco y Urso eran como dos siameses unidos por el ansia de destruirse, en un momento eran dos lobos negros lanzándose dentelladas al cuello y al siguiente eran un lobo y un hombre forcejeando para imponerse el uno sobre el otro; después, dos hombres intentando asfixiarse, dándose cabezazos, puñetazos, mordiscos de pura rabia con incisivos que pasaban a caninos y de nuevo eran dos lobos desgarrándose, revolcándose sin que ninguno de los dos quedase más de tres segundos debajo del otro.

En el mismo instante en que su abuela caía de rodillas frente a la Suma Sacerdotisa, uno de los lobos negros consiguió alcanzar el cuello del otro, que aulló helando la sangre en las venas de cuántos lo escucharon.

El lobo vencedor se retiró unos pasos, preparado para cambiar y lanzar a su hermano fuera del círculo, donde podrían curarlo antes de que se desangrase.

—Por favor, por favor, detén la lucha —suplicaba Melisa.

Un aullido intenso y adolorido les alcanzó de pleno, las llamas azules crepitaron y la Suma Sacerdotisa, sentenció con frialdad:

«Es demasiado tarde».

Bosco se transformó y, a sus pies, Urso hizo lo mismo y se llevó las manos a la garganta para presionar sobre la herida. No podía creer que su hermano le estuviese venciendo, jamás había ocurrido y jamás ocurriría. La herida sangraba y le dolía, pero no era mortal. No obstante, se comportó como si lo fuese y dejó que Bosco se confiase, simuló desmayarse y cuando su hermano se agachó para sacarle del círculo, Urso le dio una patada en el pecho con los dos talones, lanzándolo dentro de la hoguera.

Silvana presenció horrorizada cómo Bosco entraba en las llamas y caía al otro lado de la hoguera convertido en una bola de fuego azul. Corrió hacia él y Urso se movió en dirección contraria, sin levantarse del suelo, arrastrándose hacia atrás, empujándose con los mismos talones con los que había golpeado a su hermano hasta salir fuera del círculo.

Silvana invocó la tierra a su alrededor con la *natura vivente* e hizo que una lluvia de arena cayese sobre Bosco para apagar las llamas, llorando sobre él, llamándole a gritos, aullando su nombre y maldiciendo a la luna.

«Su corazón se ha parado y lo tienen las sombras» explicó la Suma Sacerdotisa, «lo reclaman y les pertenece. Corazón por corazón».

—Dios mío, Bosco... —se lamentó Melisa.

«¿Bosco? Bosco está bien, pero no puedo decir lo mismo de Urso. No es más fuerte el que levanta más peso, sino el que se levanta una y otra vez a pesar de todo».

Melisa abrió la boca, pero no salió de su garganta más que un crujido seco. Se había preparado para la muerte de Bosco y la coronación de Urso, pero no

al revés. No entendía nada y la Suma se lo hizo entender:

«Tú y tu hijo os encargasteis de entrenar a Urso para ser alfa, yo me encargué de Bosco».

«La luna es una mentirosa». Silvana escuchó la voz de Bosco en su mente nítida y serena, igual que la noche en que tomaron la luna juntos por primera y última vez. «*Tú me lo recordaste hace poco, Sil: cuando la luna parece una C no es creciente, está menguando. Y cuando parece una D, es que queda poco para la luna llena... Yo tengo los labios tan quemados que no sé si te parecen una C o una D, pero te juro que estoy sonriendo*».

—¿Bosco?

La sombra de Bosco Montenegro salió por la boca de Urso como un lobo de tinieblas, había cabalgado el alma de su hermano para sacarlo fuera del círculo y estaba exhausto, pero trotó hacia Silvana, su Silvana, convirtiéndose en un hombre de tinieblas a su lado.

«Parece que la suerte está de mi lado» le dijo y acarició los hombros de Silvana, suavemente, «dicen que favorece a los audaces».

Ella sintió la oscuridad muy tangible, tanto como la cabeza que reposaba en sus manos, la que ella no dejaba de mesar y besar.

—¿Te duele mucho?

«No siento nada» contestó Bosco. «Bueno, siento tu piel en mis manos de sombra, pero mi cuerpo real está apagado».

Silvana no necesitó oír más, dejó de besar la piel chamuscada, se levantó y besó su boca oscura. La energía le erizó todo el vello del cuerpo o quizá fue el alivio o el deseo; por lo demás, la sombra de Bosco se sentía tan corpórea como la propia Silvana.

—¿Sabías que podías...?

«¿El qué, Sil? ¿Convertirme en la antorcha humana? No, no se me había ocurrido pegarme fuego antes».

Silvana se rio aliviada, con lágrimas todavía cayendo por sus mejillas.

—Pues no quiero que vuelvas a intentarlo nunca. Prométemelo, Montenegro.

La sombra negó, con un movimiento de cabeza.

«No puedo prometerte eso, Canedo, porque vas a ser alfa y vas a reinar en las tres manadas y pasarás mucho tiempo fuera de Fronda; yo le prometí a mi abuela que sería tu sombra siempre y esa es la promesa que pienso mantener, mi *zanna*».

—Entonces, ¿Urso sigue vivo y Bosco será alfa? —balbució Melisa, sobrecogida por la noticia e intentando encontrar un rayo de luz al que aferrarse.

La Magna Umbra aplacó su duda y su esperanza.

«Bosco no será alfa» repuso con sorna. «La nueva alfa será mi sobrina, Silvana. Ahora mismo, Bosco acaba de salir a rastras del círculo por propia voluntad; en cuanto a Urso, él seguirá vivo mientras yo quiera que las sombras mantengan su corazón latiendo».

—¡Por favor, no dejes que muera! —imploró Melisa.

—No es su corazón el que me interesa, pero hay una deuda pendiente. Tu hijo ofreció el suyo antes de morir, pero las sombras esperan un verdadero sacrificio, un corazón valiente y lleno de vida, no atemorizado y moribundo. Robasteis el corazón de mi hermano y ahora Urso pagará la deuda de sangre, a no ser que tú pagues por él».

Melisa recordó el plenilunio de plata, la noche en que murió Lorenzo Canedo, y comprendió cómo su hijo se había asegurado de que la única hembra les pertenecería y por qué sus nietos la veneraban de aquel modo.

—Está bien —concluyó—, yo pagaré por todo. Mi corazón es tuyo.

«Así sea».

La sombra de la loba tomó forma de serpiente y rodeó a Melisa, engulléndola por los pies con facilidad hasta que de la vieja alfa solo quedó libre la cabeza. Ella sonrió y pensó en la chica de la profecía, la que cambiaría el futuro de las manadas, pronunciando las palabras en voz alta como epitafio final:

—De la sangre de una estirpe imperial, llegará una hembra cuyo poder devolverá la prosperidad a todos los manaros...

«¿Crees que esa estirpe imperial sois los Montenegro? ¿Crees que este es el sacrificio que cambiará el rumbo de nuestra lucha contra los ferales? ¿Crees que tú eres la chica de la profecía?». Las sombras se rieron y las

llamas azules danzaron y se replegaron, mostrando el fondo de la cueva.

—Mírame —dijo la Suma Sacerdotisa con su verdadera voz, una voz cantarina—. Yo seré lo último que veas, tal y como tú me hiciste: soy Sabina Canedo, la chica de la profecía, bendecida por la muerte.

Con los ojos desorbitados por el horror, Melisa contempló aquel cuerpo desfigurado por su continua exposición al fuego. La mujer parecía sonreír, pero era difícil de decir porque sus labios estaban derretidos sobre los dientes.

—Jamás hubo una Magna Umbra tan poderosa como yo, todas morían en pocos años porque al bajar aquí sus cuerpos ya eran viejos, pero tú me lanzaste al fuego siendo un bebé y ahora yo voy a disfrutar devorando tus entrañas.

—Yo... yo lo siento.

Esas fueron las últimas palabras de Melisa Montenegro, la oscuridad entró por su boca sin darle tiempo a decir nada más.

«Vas a tener que ayudarme a salir del círculo» se lamentó Bosco, arrodillándose junto a su propio cuerpo e inspeccionándolo, contrito. «No creo que sea buena idea que regrese ahí dentro e intente salir por mi propio pie, huelo a churrasco y esas ampollas que me están saliendo por todas partes deben de doler cosa mala».

Silvana sonrió, agradecida y ahíta de amor.

—¿No quieres que luchemos por ver quién de los dos se convierte en alfa, Montenegro?

«Canedo, creo que podría entrar en ti como he hecho con mi hermano, puedo hacerlo, aunque no sé cómo lo hago. Veo tu corazón como una puerta entreabierta y sé que por ahí puedo entrar, por decirlo de algún modo».

—Lo entiendo —dijo Silvana, omitiendo que sabía cómo funcionaba aquel don gracias al alfa italiano—. Puedes cabalgar almas, es lo que quieres decir, ¿no?

«Sí, aunque nunca lo había hecho antes» confesó Bosco «y con mi hermano no lo he hecho bien, le he provocado un infarto». Silvana miró hacia Urso, horrorizada, y Bosco la tranquilizó. «No está muerto, su corazón vuelve a latir, pero no pienso arriesgarme a hacer lo mismo contigo solo por ganar la pugna».

—Y yo no pienso dejar que abandones, mi *artiglio*. No me parece justo y, además, no quiero que te arrepientas con el tiempo o me echés en cara que me dejaste ganar. Podemos luchar o podemos echarlo a suertes... —Silvana agitó un puño cerrado en el aire, decidida, y lo incitó—: ¿Piedra, papel o tijera?

La sombra de Bosco se rio, atrapó el beligerante puño de Silvana entre sus manos oscuras y sin soltarlo se lo llevó al pecho, hablando con voz seductora y serena:

«Ya no somos niños, mi *zanna*. No vamos a decidir quién se convierte en alfa aguantando la respiración hasta desmayarnos, ni con un pulso de atraparnos los pulgares, ni mirándonos a los ojos para ver a quién se le escapa

una sonrisa primero».

—No me extraña —le interrumpió la hembra, con sorna—, a todos esos juegos sabes que te gano. Y por eso lo mejor es que lo echemos a suertes, venga: ¿pares o nones? ¿Qué eliges?

«A ti».

—¿De verdad?

«Siempre».

La sombra de Bosco le robó un beso y se quedaron abrazados, trémulos por el contacto, hasta que el macho añadió, travieso:

«No quiero ser alfa, pero no me importaría ser alfa consorte. ¿A quién vas a elegir tú?».

Silvana no dudó.

—A ti, siempre. Con mis dos almas, ¿recuerdas?

Bosco se deshizo en una risa deliciosamente enamorada y volvió a besarla en la boca, en la frente, en el pelo... con toda su alma, con sus dos almas.

«Vamos, Sil, sácame del círculo. Yo me cojo de la cabeza y tú de los pies, pero yo salgo primero, ¿eh?».

Con cuidado de no tocar las zonas de su piel más quemadas, no tardaron en sacar el cuerpo de Bosco fuera del círculo de sombras. En cuanto Silvana se quedó sola, como vencedora, las llamas azules de la hoguera crecieron en altura, con intensidad cegadora, iluminando cada recodo de la cueva y la silueta de la joven se recortó sobre el fuego azul hasta que la hoguera implosionó, dejando solo una llamarada diminuta sobre la cabeza de la nueva alfa y un montón de cenizas humeantes a su espalda.

Las sombras del círculo se replegaron y cayeron como un manto regio sobre los hombros de Silvana. Ella sintió los zarcillos entrar por todos los poros de su piel y recibió su poder como si acabase de descubrir un sexto sentido. Se sintió invencible y se supo tan poderosa como Velkan y Ezio, tanto como la propia Magna Umbra.

Todos los lobos aullaron a la vez, celebrando su triunfo y Silvana, aún atónita por lo ocurrido, miró en rededor con los ojos tomados por el fuego azul. Enseguida, su mirada recuperó su brillo dorado preternatural y vio que sus abuelos estaban junto a la sombra de Bosco y su cuerpo abrasado, cuidando los tres de este; los lobos mestizos permanecían a la espera junto al

niño oso, que cuidaba de Urso, aún aturdido; y en las gradas, Velkan y Ezio se habían transformado y también aullaban, como el resto de los lobos.

Silvana buscó la mirada derrotada de la vieja alfa para saborear su peculiar ajuste de cuentas, pero Melisa Montenegro había desaparecido. No obstante, olvidó su necesidad de venganza y se centró en resarcir otras deudas más urgentes.

Las sombras tomaron la forma de un trono sobre los restos humeantes de la hoguera y allí se sentó la nueva alfa de la manada de Fronda, dispuesta a tomar sus primeras decisiones.

—Olmo Canedo y Olivia Martos, acercaos —ordenó, resuelta. Sus abuelos se arrodillaron ceremoniosamente ante los pies descalzos de Silvana y ella no tardó en decir las palabras que ellos habían soñado escuchar durante años—: Os devuelvo vuestra voluntad. Ya no sois ni seréis nunca omegas y en cuanto podamos revertir el hechizo que te mantiene bajo forma humana, abuela —agregó, cabeceando hacia Olivia—, no dudes de que lo haremos. Ahora, marchad, podéis ver a la Magna cuando lo deseéis. Ella os está esperando.

Olmo y Olivia asintieron agradecidos, dichosos como nunca. Cogidos de la mano se retiraron hacia el soportal bajo la grada de los alfa y desaparecieron en el laberinto de cavernas del anfiteatro.

—Paloma Ajenjo, acércate —ordenó Silvana, tajante, y el anfiteatro volvió a quedarse en silencio, expectante.

La loba mestiza avanzó, todavía con el rabo entre las patas, parándose frente a Silvana.

—Paloma Ajenjo, yo te convertí en una mestiza y por eso eres mi fiel reflejo. —La confesión de la nueva alfa produjo un gran tumulto en las gradas, pero ella no se amedrentó y continuó—: Hermana, muestra que tu conciencia prevalece, alza la frente y no tengas miedo.

Paloma obedeció, se sentó sobre sus cuartos traseros, golpeó el suelo con su rabo nervioso repetidas veces y finalmente alzó la cabeza, digna y sentida. Los murmullos cesaron al momento y se convirtieron en susurros de asombro.

Silvana prosiguió:

—Yo te convertí en una esclava de la luna y yo te libero, Paloma. No serás perseguida, nadie osará hacerte daño y podrás vivir aquí en Fronda, si lo

deseas, al igual que el resto de los mestizos. Por favor, acercaos. —Laro cabeceó y los lobos negros le abandonaron, a él y a Urso, para rodear a la joven alfa, que siguió con el plan dictando las nuevas normas—: Vosotros sois el fiel reflejo de Raúl Montenegro, antiguo alfa de Fronda, mi predecesor y vuestro protector; esta noche yo tomo su liderazgo y retomo su labor de cambiar el destino de las tres manadas, del modo en que él lo hubiera deseado. No seguiremos escondiéndonos y temiendo el encuentro con los ferales, lucharemos más allá de nuestras fronteras y vosotros seréis nuestros aliados, creceremos en número como ellos crecen, pero sin corrompernos, protegidos por la luna de sal y sangre que mantiene vuestras conciencias después del cambio. —Silvana miró alrededor y clamó, triunfante—: ¡Todos aquellos que deseen convertirse en mestizos serán bien recibidos en Fronda! ¡Todos aquellos que tomen la luna podrán cambiar si así lo desean y nuestra manada los protegerá! —Silvana caminó, seguida de los mestizos, hacia la grada de los alfa y alzando la mirada les desafió—: ¿Alguna objeción? ¿Vizuinã? ¿Sottomare?

Velkan fue el primero en responder, templó sus nervios y le contradijo:

—¡Los mestizos son una abominación! Ese rito que mantiene sus conciencias durante el cambio fue desechado hace siglos ¡porque no siempre es efectivo!

Silvana no se amilanó, la Magna Umbra hablaba por sus labios y tenían la partida ganada de antemano, porque conocían todos los posibles resultados de aquella apuesta.

—Está bien —cedió, ladina—, comprendo que existe un riesgo y parece mucho mayor que escondernos en nuestras fortalezas y cazar un alma oscura durante una luna al año, pero eso no es lo que yo elijo para Fronda y no me uniré a una estirpe de cobardes. —Silvana se giró hacia Bosco, le sonrió fugazmente y retomó el tono solemne—: Bosco Montenegro, ¿aceptas ser mi alfa consorte y enlazarnos para siempre bajo el influjo de Hécate?

«Acepto» convino Bosco, comunicando su decisión a través de la mente de enjambre de las manadas.

—¿Y tú, Urso Montenegro? —continuó Silvana, dirigiéndose a Urso que seguía recostado en el suelo junto a Laro—. ¿Aceptas ser alfa de la manada de los mestizos de Fronda y traspasar nuestras fronteras para cazar ferales como mi alfa consorte, enlazándonos para siempre bajo el influjo de Hécate?

Urso la miraba impertérrito, atónito y seducido a partes iguales. Laro le apretó el hombro, paternalmente y le susurró:

—Es lo que siempre has querido. Serás alfa de tu propia manada, una manada de guerreros, y yo te acompañaré: juntos veremos el mundo, juntos cazaremos y por la noche... soñarás con ella.

Urso sonrió, audaz.

—¡Acepto! —gritó sin perder más tiempo.

Velkan se puso en pie, miró a Ezio contrariado y, aún con dudas, exclamó:

—¡Yo también acepto! —El alfa rumano miró a Silvana, vehemente, y agregó—: Protegeré a los mestizos como alfa consorte de Fronda y alfa de Vizuinã.

—¡Sottomare también acepta! —terció Ezio, levantándose sin perder un segundo más.

Los murmullos y las conversaciones cruzadas entre mentes regresaron, en todos la duda era unánime y todos se preguntaban a quién elegiría la hembra para el triple enlace: si rechazaría a uno de los hermanos Montenegro o en cambio sería uno de los dos alfa el que se quedaría fuera.

Silvana no tardó en poner fin al misterio.

—Os acepto a ambos, Velkan y Ezio —resolvió, apoyándose en las palabras que le dictaba la Magna Umbra—. Puedo elegir cuantos consortes desee y ya lo he hecho. La triple Hécate que marcará nuestros labios y nuestras almas no simboliza las tres manadas, sino las fases de la vida: primero se dibuja con sangre la luna creciente porque crecemos para alcanzar la plenitud, la fase del plenilunio debemos disfrutarla a conciencia porque la juventud no es eterna y nos lo recuerda la tercera marca, la luna decreciente. Por ley de vida, menguamos hasta que desaparecemos y entonces renacemos, como la luna nueva, invisibles. El triple enlace une corazones y vidas en todas sus fases y también las almas.

La Suma Sacerdotisa de Fronda había esperado durante décadas aquel reencuentro. Su pensamiento ayudaba a Silvana a cambiar el rumbo de las tres manadas con su discurso triunfal mientras su sombra lobuna devoraba el cadáver de Melisa Montenegro, saboreando la venganza, y su cuerpo de mujer esperaba que en cualquier momento sus padres entrasen en la cueva.

Deseaba con toda su alma atravesar las llamas azules para abrazarlos, pero no podía. La primera vez que había atravesado el fuego se había vuelto muy poderosa, casi inmortal, pero si volvía a atravesarlo las sombras le habían avisado de que las llamas la destruirían como había destruido a todas sus predecesoras, aquellas sacerdotisas presas de un cuerpo menguante que decidían el día de su muerte cansadas de ver cómo morían todos sus seres queridos. Ninguna había ocupado aquel cargo tantos años como Sabina Canedo, ninguna había tenido nunca tanto poder.

Existían tres fuegos similares a aquel en todo el mundo: el que custodiaba la manada de Rumanía, el de Italia y uno perdido en África, en las ruinas de la fabulosa ciudad de Kôr, una ciudad cuya localización desconocían y de la cual solo quedaba la leyenda.

La Magna Umbra escuchó los pasos presurosos en el corredor de acceso y se preparó para encontrarse con sus padres y dejarse ver, algo que le aterraba profundamente.

Olivia fue la primera en emerger de la grieta y sus ojos buscaron entre las sombras a su hija, Olmo no tardó en aparecer tras ella, pero ninguno de los dos logró ver nada más que sombras al otro lado del fuego.

—¿Sabina? —se atrevió a susurrar Olivia.

La Magna Sacerdotisa salió de la oscuridad.

—Dios mío, Sabina... —fue todo cuanto pudo decir su padre.

Aquella mujer al otro lado de las llamas azules tenía los ojos de Olmo y la sonrisa de Olivia, pero su piel estaba quemada y ondulada, convirtiéndola en una aparición difícil de mirar.

No obstante, sus padres no bajaron la vista, solo querían abrazarla al fin. Olivia intentó dar un paso, pero su hija le pidió con un gesto abrupto que no lo hiciese. Olmo y Olivia permanecieron de pie, sobre los restos de algún tipo de animal de los que solían traer para alimentar a la Magna. Eso pensaron que eran aquellas vísceras renegridas y Sabina no les sacó del error, aunque le resultaba fascinante que sus padres, al fin, tuviesen a Melisa Montenegro bajo sus pies.

—Ojalá pudiese cruzar al otro lado, hija mía —suspiró Olmo.

La sombra de Sabina dejó de ser una loba, se transformó en una silueta humana y saltó el fuego para abrazar a sus padres. Sabina sentía como suyos

aquellos brazos y la sensación la inundó de felicidad, era mucho mejor que hacerlo desde dentro de Bosco, sin duda.

Allí mismo les explicó que el día que Bosco Montenegro se había convertido en la sombra de Silvana, por orden de Melisa, ella se había convertido en la sombra de su sombra. Desde los ojos de Bosco había podido abrazar a sus padres muchas veces, aunque al principio nunca poseía al muchacho más de un par de minutos, porque se quedaba exhausta y no quería levantar sospechas. La hembra alfa podría haberlo descubierto si su nieto empezaba a tener pérdidas de memoria, por lo que más que cabalgar su alma, empastaba con él y le fue dejando una impronta que fue la causa de que Bosco se volviese tan poderoso. Sabía cómo realizar ciertos hechizos antiguos porque Sabina los conocía, por eso había sabido cómo sellar el beso de sangre con Silvana la primera vez y por eso había sabido cómo desdoblarse y practicar el ritual del cortejo.

—Entonces —comprendió Olmo—, si estuviste con nosotros todo el tiempo y eras tú la que empujabas a Bosco en nuestra dirección, ¿es culpa tuya que haya tenido que aguantar a ese cachorro sarnoso todos estos años! —agregó con una carcajada y las risas de los tres retumbaron en el laberinto, mientras permanecían unidos en un triple abrazo.

Sabina también les explicó cómo Melisa Montenegro había malogrado el ritual de la fertilidad al desobedecer a la antigua Magna, que le había indicado que la sangre de dedo corazón de los *mannaro* de las tres manadas debía hervir en el crisol bajo la luna. Al cortar a Olmo y Olivia en el pulgar, el único dedo humano, la magia se había torcido, invirtiendo su efecto: nacerían machos y serían poderosos, podrían fecundar vientres humanos, pero no nacerían hembras *mannaro* de esa luna impía y la sangre se iría diluyendo hasta que no naciesen lobos bajo pieles humanas.

Los únicos ajenos a la maldición fueron, precisamente, los que Melisa había apartado del influjo: Olivia y Olmo Canedo.

Al nacer la primera generación tras el rito, todos los bebés resultaron ser machos menos la hija de los Canedo y Melisa malinterpretó la señal. La vieja alfa creyó que los malditos eran los Canedo y no dudó de que la siguiente camada traería más hembras por lo que, despechada y dolida, eligió a esa única niña como sucesora de la Magna Sacerdotisa de Fronda.

Melisa jamás imaginó que estaba sellando su destino, y el de las tres

manadas, al echar a aquel bebé al fuego azul. Lo hizo con una sonrisa de triunfo y murmuró un fugaz «lo siento» al ver cómo la antigua Magna Umbra atravesaba las llamas azules y se convertía en polvo ante sus ojos.

Melisa salió de allí sin volver la vista atrás, sin querer escuchar los llantos de la pequeña que acababa de sacrificar, por lo que nunca supo que la niña no tardó en callarse y susurrar con cientos de voces antiguas:

—No lo sientes, pero lo sentirás.

Bendecida por la muerte, el fuego y las sombras, Sabina Canedo recibió todo el conocimiento y todo el poder de sus predecesoras y de la teluria de Fronda y, en ese mismo momento, empezó a urdir su plan, desentrañando los hilos del destino y disponiéndolos en favor de su venganza.



2007, viernes dieciséis de noviembre.
Luna del cazador, luna creciente.

Muchos hombres de Fronda, Vizuină y Sottomare se alistaron en la manada de mestizos bajo el liderazgo de Urso, pero sobre todo lo hicieron mujeres, tantas que pronto comenzaron a llamarlas las Sabinas.

Algunas hacía muchas décadas que habían dejado de ser niñas, pero nunca habían dejado de soñar con convertirse en lobas, la sangre de Silvana Canedo les daba la oportunidad de hacerlo, aunque tenía un precio: como toda magia, se pagaba con dolor.

La luna de sal y sangre que se dibujaba en las frentes mestizas en cada plenilunio no permitía que perdiesen la consciencia ni la conciencia y sufrían el inefable infierno de la transformación de principio a fin, sintiendo cómo se les quemaba la piel para que la luna salvaje les sacase el lobo.

De todas las mestizas, Paloma Ajenjo era la más poderosa porque en su interior albergaba también el alma de Marta Alborada, ambas habían quedado unidas por la magia y el espíritu de Marta, a su vez, permitía que Paloma se comunicase mentalmente con Darío. Eran un trío inaudito, a veces Marta empastaba con Paloma y otras veces cabalgaba su alma con el consentimiento de la mestiza.

Isaac sufría por su sobrina, pero se abstenía de dar su opinión, no creía que aquella extraña relación que tenían entre los tres pudiese funcionar a largo plazo, pero al fin y al cabo él vivía enamorado hasta los huesos de una sombra y tampoco necesitaba que nadie opinase al respecto.

Aquella noche de cacería, cuatro manadas corrían por los bosques de Fronda. Las almas de luna como lobos y los mestizos tan desnudos como la

carne a la que daban caza. Era una mujer que Bosco había elegido personalmente porque disfrutaba envenenando animales y fantaseaba con hacer daño a los hijos de su hermana del mismo modo.

La Magna Umbra certificó que así sería y que aquella mujer acabaría con la vida de sus tres sobrinos si las manadas no terminaban con la suya antes y, el primer viernes de luna creciente, se celebró la caza. La misma noche que los alfa eligieron para celebrar el triple enlace.

La gloria de la primera sangre, cuando hirieron a la mujer cerca del río luna, se la llevó un mestizo, mas fue Olivia Martos la que cazó aquella alma oscura.

Su hija se había esforzado mucho en encontrar el modo de liberar su doble forma y cuando lo logró, la loba de Olivia desatada con la fuerza de la *natura vivente* resultó imposible de vencer.

Mientras en los bosques las manadas disfrutaban de la luna y de la caza, en el tejado de los Montenegro Silvana se preparaba para el triple enlace.

Había elegido el lugar por ser el más cercano a Hécate y por el simbolismo de sus recuerdos. Allí desnuda sobre las tejas, sentada sobre el manto extendido de las sombras, vio caer el crepúsculo con su mágica penumbra, una luz que los franceses llamaban entre perro y lobo.

Ella misma se sentía así, a medio camino y entre luces, a punto de dejar atrás la libertad de su corazón por haber accedido a someterlo al triple enlace. Sin embargo, no se arrepentía de su decisión porque un amarre anterior ya la había atado a los hermanos Montenegro y necesitaba el apoyo de los dos alfa sin en verdad quería mantener a Paloma con vida, a ella y a los otros mestizos.

Además, desde que había vislumbrado la posibilidad de que uno de sus hijos desapareciese en brazos de un feral, tras el cortejo de Velkan, se había prometido impedirlo y luchar contra aquellos monstruos en lugar de esconderse.

«A menudo» le dijo la Magna Umbra en su mente, «encontramos nuestro destino en el camino que elegimos para evitarlo».

«No me digas eso ahora, me has prometido que me ayudarás a evitarlo» rezongó Silvana, abrazándose las rodillas y buscando el filo de la luna con sus ojos amarillos.

«Te ayudaré, lo intentaré con todas mis fuerzas» repuso Sabina.

«Elegiremos juntas el camino y juntas lo recorreremos, pero ahora debes cumplir con tu parte del trato. Ya vienen».

El halcón de Ezio se posó en la veleta, Silvana se miró en sus ojos de medianoche y no tuvo ninguna duda de que el alfa italiano le devolvía la mirada, le sonrió y buscó en los recovecos entre las tejas los ojillos nerviosos del ratón, pero en su lugar se dio de bruces con la sonrisa altanera de Urso Montenegro, seguida de la mellada y traviesa de Bosco. A pesar de que los días pasaban, el fuego azul le había marcado de por vida, pero sus nuevas cicatrices no le hacían menos hermoso a ojos de Silvana.

—No me parece un lugar muy cómodo para cerrar el lazo —se quejó Urso, sentándose junto a la hembra.

Antes de que Silvana pudiese contestar, Bosco lo hizo por ella, con un guiño:

—Yo creo que es el lugar perfecto.

Bosco se sentó detrás de Silvana, ella se dejó abrazar por la espalda y le sonrió cómplice. Urso prefirió no preguntar por qué era tan perfecto aquel tejado, saludó a los dos alfas que acababan de aparecer tras la chimenea y, en unos segundos, los cuatro machos se dispusieron alrededor de la hembra: Bosco, a su espalda; Urso, sentado a su derecha; Velkan, sentado a su izquierda, y Ezio, arrodillado a sus pies.

Los cinco sabían lo que tenían que hacer y lo hicieron en silencio, ni siquiera se comunicaron de pensamiento. Silvana sacó bajo la luna un pequeño crisol de grafito, se mordió el dedo corazón de la mano izquierda y sangró sobre el recipiente. Los cuatro machos la emularon sin dilación, sin cruzar una mirada, sin dudar.

Cuando la sangre de los cinco brilló bajo la luna, empezó a burbujear. A pesar del calor que emanaba del crisol, Silvana lo mantuvo en sus manos y los cuatro machos introdujeron a la vez el dedo corazón de la mano derecha en el crisol y pintaron con la sangre sobre la boca de Silvana, dando forma a las tres Hécatas del amarre.

Cada uno de ellos pintaba una parte y repasaba la parte que habían pintado los otros, pasando y repasando sus dedos por los labios de la hembra con aquel unguento de luna tan poderoso.

Una vez terminada la marca en los labios de Silvana, los cinco se pusieron en pie y fue ella quien ungió su dedo y marcó la boca de los machos,

empezando por Bosco y terminando por Urso.

Era el orden en el que sellarían el amarre, una decisión de Silvana que los machos acataron, con mayor o menor decepción.

El halcón se soltó de la veleta y voló hasta la chimenea, para verles de cerca. Libre de las garras, el hierro giró un par de veces y del mismo modo Silvana giró sobre sus talones mirándose en los ojos encendidos de sus cuatro puntos cardinales hasta detenerse en la mirada de Bosco.

Ella abrió la boca y él le besó el labio superior, atrapándolo entre sus dientes, saboreando el poder de la mezcla de sangre y el intenso aroma del almizcle de Silvana.

Ella se giró hacia Velkan e inclinó el cuello ligeramente, ofreciéndole al macho una de las comisuras de su boca. Velkan aceptó gustoso y Silvana se volvió con postura simétrica hacia Ezio para que este besase la comisura contraria. El labio inferior lo reservó para Urso, que lo tomó con pleitesía.

En cuanto el beso de sangre quedó sellado, los cinco sintieron su fuerza y todos sus sentidos se dispararon, erotizados. La luna calentaba su piel y su deseo, moviéndose como un solo cuerpo en perfecta sincronía. En un segundo, los cuatro machos mordían y lamían la piel de la hembra mientras ella correspondía con caricias y besos; al segundo siguiente, era ella la que mordía y lamía y ellos quienes besaban y acariciaban.

El frenesí era salvaje y el caos, natural. Tenían una profunda conexión espiritual y trascendía a los placeres de la carne. Se deseaban tanto que Silvana yació con los cuatro a la vez, en posturas imposibles gracias a la ayuda de las sombras. Los machos se turnaron para amarla primero de uno en uno, después de dos en dos, haciéndola bailar entre sus cuerpos, Velkan con Bosco y Urso con Ezio; los cuatro llevaron a Silvana al éxtasis varias veces hasta que ellos mismos se dejaron llevar y los cinco terminaron exhaustos, acurrucados unos sobre otros en el manto de sombras.

Las primeras palabras que se pronunciaron tras aquella experiencia orgiástica, que les había sorprendido a todos, fueron igual de sorprendentes:

—Reclamo el derecho de pernada —dijo Silvana, tan cansada que le costaba incluso abrir los ojos—, el primer año me quedaré en Fronda, con mis dos Montenegro.

—Déjame que te cuente un cuento popular. Hace muchos años, cuando en la iglesia de Mirantes de Luna aún ardían cirios blancos sobre el altar en la misa mayor, vivía en su espadaña un palomo cojo y negro al que todos llamaban Perdigón, porque era negro como el tizón y porque de un perdigonazo le habían volado una pata cuando no era más que un polluelo.

»En la época de celo, las otras palomas nunca le rondaban, pero a Perdigón no le importaba porque tenía un secreto, estaba enamorado de una blanca paloma, tan solitaria como él. Era la más hermosa de cuantas habitaban el Sabinar de Mirantes y también la más altiva, rechazaba a cuantos palomos se le acercaban porque quería tener crías tan níveas como ella y no veía posible conseguirlo si se mezclaba con los palomos de la zona, cuyo plumaje difería del negro absoluto al gris plumizo.

»Perdigón no perdía la esperanza de conquistar a su blanca paloma y una noche se llenó de valor y lo intentó, metiéndose en harina para cubrir sus plumas. Así, blanco y rebozado, voló hasta ella y llamó su atención lo suficiente como para que la paloma sintiese curiosidad y accediese a iniciar el cortejo.

»Perdigón era humilde y gracioso, de corazón noble y valiente. Con su traje blanco y su pico de oro, su alma luminosa y su ingenio sagaz, enamoró a la paloma blanca, pero el día en el que empezaban a crear su nido juntos, cayeron chuzos de punta que se llevaron su disfraz de harina y el palomo tuvo que cambiar de estrategia.

»Dispuesto a arriesgar su vida por cambiar lo que era, se metió en la iglesia y se puso bajo los cirios encendidos, exponiendo su cuerpo a la cera caliente para cubrirse por completo de aquel manto blanco que resistía la lluvia. Allí se quedó el pobre Perdigón, bajo los cirios, sufriendo gota a gota, pensando en su amor para mantenerse inmóvil, quemándose vivo y sin darse cuenta de que la cera lo aprisionaba y era incapaz de moverse.

»Allí le encontró su paloma blanca y, comprendiendo lo que había perdido, solo pudo llorar sobre su cuerpo.

—¡Vaya cuento! —se quejó la Magna Umbra—. El final es horrible.

—No he terminado —continuó Laro, con una sonrisa risueña—. El cuento tiene un final feliz: las lágrimas de la paloma blanca eran lágrimas de amor y derritieron la cera. Perdigón se liberó y aunque estaba desplumado y desfigurado, para la Paloma no había ser más hermoso y lo ayudó a volar

hasta su nido para juntos tener crías de corazones fuertes y valientes, sin importar el color de sus plumas.

—Eso ya me gusta más —convino Sabina.

Laro escudriñó las llamas azules y le pareció verla sonreír al otro lado, con su boca semiderretida.

—Te cuento esto porque lo hemos conseguido. Por fin tenemos nuestras propias crías, Sabina. La manada de mestizos es el fruto de todo nuestro esfuerzo, de todo nuestro amor, y pronto salvarán muchas vidas... Y ahora deja de esconderte detrás de las llamas, cuando te miro me pasa como a la paloma blanca: te veo como eres y no hay mujer más hermosa que tú. Si me dejases, besaría todas y cada una de tus cicatrices.

—He cambiado mucho, Laro. La última vez que me viste yo estaba igual de quemada, pero al menos era joven, ahora...

—Ahora el niño soy yo, pero cuando tú me conociste era un viejo pellejo. ¿Y eso que importa? ¿Cuándo nos hemos comido el envoltorio y mirado el bombón, mi loba? Tú y yo somos harina de otro costal.

Sabina profirió aquella risa cantarina con la que Laro soñaba dormido y despierto.

La mujer respiró profundamente, suspiró con resignación y se acercó a las llamas.

—¿Contento? —masculló, dejándose ver.

—Mucho —replicó Laro— y ahora dime qué te ha parecido el cuento.

—Déjate de cuentos, que no eres nada sutil y sé a qué has venido esta noche.

—Soy tan sutil como un golpe de mi hacha, ya lo sabes, pero dudo que sepas a lo que he venido; las sombras te ciegan, mi amor... —Laro carraspeó y escondió las manos en su espalda para evitar que ella notase que le temblaban—. Después de todo lo que hemos pasado, mientras las manadas sellan el enlace en los tejados, yo vengo a las profundidades a luchar por nuestro final feliz porque nosotros también nos lo merecemos de sobra. ¿No crees?

Sabina lo miró sin comprender. Ella nunca le había preguntado al fuego por su relación con el oso, que se enamorasen había sido una agradable sorpresa, un guiño inesperado del destino. Se encontraba con él como sombra

o bien en sueños lúcidos y eso era cuanto podían tener, ella no se permitía aspirar a más, ni siquiera lo pensaba para no sufrir por lo imposible.

La sombra de Sabina atravesó el fuego y se acercó a Laro como una mujer de tinieblas, pero él negó con la cabeza ante su sensual ofrecimiento.

—No me refiero a ese tipo de final feliz, mi amor —le espetó.

La sombra de Sabina se deshizo en volutas oscuras y ella preguntó, con voz trémula:

—Entonces, ¿qué es lo que quieres, Laro?

—Te quiero a ti y lo quiero todo. Quiero tocar tu piel, quiero envejecer contigo y quiero que vivas por ti misma y no a través de otros, Sabina. Quiero que vengas conmigo y con nuestros mestizos a América, salimos mañana mismo. Quiero que veas el mundo, empezando por el Nuevo Mundo.

Sabina cerró los ojos para contener las lágrimas.

—No puedo cruzar el fuego por segunda vez —le interrumpió—. Si lo hago, moriré.

Laro se cruzó de brazos, testarudo.

—Las sombras te necesitan aquí y el fuego también, nunca os han contado la verdad por eso, pero yo he vivido lo suficiente como para saber que lo que has dicho no es del todo cierto y te lo pienso demostrar.

Antes de que la sombra pudiese impedirselo, Laro cruzó el fuego y cayó sobre Sabina. Ella lo recibió acongojada, apenas había espacio para los dos entre las llamas y la pared de la cueva.

—¿Qué has hecho, viejo loco? —sollozó.

Laro sonrió, humeante, se puso de puntillas y besó los labios quemados de Sabina con sus propios labios adoloridos.

—Ver para creer, mi amor. Mírame, solo tengo que cruzar de vuelta y lo haré como oso y, al hacerlo, me cuidaré mucho de no desear la muerte como todas esas Sumas Sacerdotisas que se inmolaron cansadas de vivir. He pasado una vez como humano, no dos veces, las llamas no me consumirán, me harán más fuerte. Nosotros somos *mannaro*, tenemos dos cuerpos.

Laro se transformó en oseño y cruzó el fuego ante la mirada aterrorizada de Sabina.

El oseño se revolcó por el suelo de la cueva entre gruñidos de dolor hasta apagar las llamas, pero no se deshizo en cenizas como ella esperaba que

ocurriese.

Pasados unos minutos angustiosos, Laro recuperó su forma humana. El dolor era lacerante, pero soportable y con una buena siesta de un par de días se repondría.

—¿Lo ves? —farfulló—. No tengas miedo, tú cruzaste el fuego como una niña la primera vez. Si fueses humana como otras pobres sibilas y profetisas, como la gran Ayesha de la cuál aprendí el secreto del fuego antes de que cayese la ciudad de Kôr, estarías condenada a vivir pegada a esa pared, pero no, Sabina. Tú eres una *mannaro* y ahora vas a cruzar el fuego como una loba, solo tienes que desear vivir con todas tus fuerzas cuando lo hagas.

Sabina asintió, dos lágrimas agradecidas recorrieron las cicatrices de su rostro y humearon al convertirse sus mejillas en el hocico de una loba grisácea.

La loba cruzó las llamas sin miedo y el niño oso le ayudó a apagar las que prendieron en su pelaje.

Sabina Canedo no se convirtió en cenizas, no murió y, de hecho, jamás se había sentido tan viva. Se tomó unos minutos para apaciguar el dolor, recuperó su forma humana y se abrazó a Laro con fuerza.

—Ahora sí puedo decirlo: el plan B ha sido un éxito —murmuró Laro, satisfecho y dichoso, aunque adolorido.

—No me puedo creer que sea libre de verdad —suspiró Sabina.

—Tendremos que volver de vez en cuando, no nos viene mal saber de antemano lo que podría pasar, pero por lo demás, las sombras pueden cuidar de Fronda. Todos somos libres.

—¿Crees que también podré ver el futuro desde este lado de las llamas? —inquirió, dubitativa.

Laro chascó la lengua, sin saber qué decir.

—Solo hay un modo de saberlo, mi amor, hazle una pregunta al fuego.

Sabina asintió, se puso en pie y se concentró en las llamas.

Tras unos minutos de espera, Laro no lo aguantó más y le preguntó, nervioso:

—¿Y bien?

Sabina dejó de mirar el fuego y le miró a los ojos, sin dejar de sonreír.

—El fuego dice que en América seremos felices, comeremos perdices y

mataremos un montón de ferales por el camino.

—Es un buen destino —adujo Laro, también sonriente.

Sabina asintió con un guiño:

—Y eso que solo te he contado el final.

Si te ha gustado

Almas de luna

te recomendamos comenzar a leer

Luchando contra sus fantasmas

de Marian Arpa

Selección RNR



Luchando contra
SUS FANTASMAS

MARIAN ARPA



Romance Actual

PRÓLOGO

«La justicia es algo difícil de alcanzar», pensaba Sandra Molina, la ayudante del fiscal, al ver que cada día se encontraba en su mesa demasiados casos de mujeres maltratadas. Ella se había especializado en esos casos y eran pocos los que perdía, pero las sentencias que los jueces les imponían a los violadores le parecían ridículas. Esos hombres se merecían penas mucho más duras, que se les quitaran las ganas de pegar y forzar a ninguna mujer.

Con frecuencia había hablado con su jefe al respecto, y este siempre le decía que para eso tendrían que cambiar las leyes, que a muchos jueces les gustaría encerrar a esos tipos y tirar la llave, pero no podían hacerlo.

A menudo, pensaba que las leyes protegían a los delincuentes, y eso la ponía de pésimo humor. Sus compañeros, los investigadores que colaboraban con ella, eran muy buenos en su trabajo, sabían lo exigente que era y no le presentaban ningún caso que no tuvieran bien documentado. Sabían que si dejaban algún cabo suelto, ella se los reprocharía, y no era plato de buen gusto que alguien más joven que ellos les echara la bronca.

A pesar de lo desagradable que era la mayoría de las veces su trabajo, eran un grupo bien avenido que de vez en cuando salían a tomarse unas copas.

Esa noche se habían reunido en un local de moda. Sandra se iba de vacaciones, eran las primeras desde que había empezado a trabajar. Ella no quería hacerlas, sabía que cuando volviera, tendría muchos casos esperándola. Pero su jefe se lo había impuesto, la amenazó que o se iba y desconectaba unos días, o la destinaría a otros casos.

Andrés Cruz, el fiscal, se había dado cuenta desde el principio que ella se tomaba todos los casos como si fuera algo personal, y sabía que acabaría quemada si no se lo tomaba de otra forma. Había llegado a apreciar a aquella mujer que, siendo tan joven, se había labrado un futuro dentro de ese entorno lleno de delincuencia; que trabajaba cada día por hacer del mundo un lugar mejor. Sandra era muy buena en lo que hacía, su interés y constancia era algo que admiraba; ningún otro de sus ayudantes ganaba los casos que ella, y por

eso le había ordenado que se tomara unos días de vacaciones.

Capítulo 1

Era un día gris, afuera llovía a mares, los densos nubarrones no presagiaban que la tormenta fuera a amainar. Sandra Molina estaba detrás de los cristales de su despacho, mirando la calle. Desde el segundo piso del edificio donde se encontraba podía ver a la gente caminar deprisa por las aceras, cobijándose debajo de sus paraguas. Se los veía molestos, «nunca llueve a gusto de todos», pensó.

Ella sabía por qué la deprimía la lluvia. Fue en un día como ese que su vida había cambiado por segunda vez, sus padres habían muerto en un accidente de tráfico cuando iban a verla a la ciudad para su graduación, después de que ella hubiera acabado el bachillerato. Los agentes de carreteras le habían dicho que su padre había perdido el control del coche debido a la lluvia intensa, y se habían precipitado al vacío; los dos murieron en el acto. Ese día había quedado grabado en su memoria, se había quedado sola en el mundo. ¡Cuánto los echaba de menos! A pesar de que ella estudiaba en la ciudad, hablaba a diario con sus padres por teléfono. A partir de ese momento se había acabado las conversaciones, el amor y las risas que compartían.

Suerte tuvo de poder contar con su casera, una mujer mayor que la había ayudado a superar su pena, la acompañó a los mejores psicólogos de la ciudad para que curaran su alma y corazón heridos. Gracias a ella, aceptó lo ocurrido años atrás y la pérdida de sus progenitores. Desde ese momento se había convertido en lo más parecido a una madre; su confianza era absoluta; su amor, incondicional y correspondido.

Su humor era tan gris como el día. Hacía escasas horas que se había puesto a trabajar después de pasar una semana de vacaciones. Y esa mañana, al sentarse en su mesa, se había encontrado con un buen número de carpetas apiladas delante de ella. Casos que requerían de su atención. «Demasiados», pensó angustiada. Ella era ayudante del fiscal y se había especializado en los casos de violaciones y malos tratos. Era meticulosa, no dejaba nada al azar,

deseaba terminar con todos esos monstruos. Sabía que nunca lo lograría, cada vez que encerraban a uno en la cárcel, pensaba «uno menos», pero su trabajo no acababa nunca, siempre tenía más de un caso por resolver. Todos la afectaban. Su superior le había propuesto en más de una ocasión que los dejara para alguno de sus compañeros, pero para ella era una cosa personal, no podía.

Esa mañana estuvo ojeando las carpetas. Los agentes que trabajaban con ella sabían lo exigente que era, que debían tener todas las pruebas antes de presentarle los casos. Al principio, habían tenido problemas, no entendían por qué les exigía tanto, pero pronto se dieron cuenta de que perdía muy pocos casos. Cuando llevaba a un violador ante el juez, este terminaba en prisión.

Las carpetas que ahora tenía ante ella estaban todas suficientemente documentadas, todas menos una. En una de ellas faltaban pruebas, o bien sobraban; era un caso extraño. La dejó a un lado y se dedicó a estudiar las otras.

Al mediodía, se tomó una ensalada de pollo, que le sirvieron en la cafetería del mismo edificio donde trabajaba, la que se encontraba en el ático y que tenía una vista fenomenal de la ciudad. Había días que esa panorámica la relajaba, pero ese en particular no se sacaba de la cabeza todos aquellos casos que la estaban esperando. Cuando terminó, pidió un café para llevar y volvió a su oficina.

Por la tarde, había dejado de llover y estaba empezando a asomar, entre las nubes, un tímido sol. Sandra cogió su maletín y se fue a comisaría. Al llegar allí, se encontró con los detectives David Nieto y Ernesto Valle, que estaban tomando café. La invitaron, bromeando sobre el trabajo que tenía ella acumulado debido a las vacaciones.

—Cuando quieras hacer vacaciones, deberías poner un anuncio en el periódico para que los violadores también se tomaran unos días de descanso —bromeó Valle.

—No estaría nada mal —terció Nieto.

—Si así consiguiera que a esos monstruos se les pasaran las ganas, te aseguro que estaría todo el tiempo de vacaciones —les contestó ella sorbiendo de su taza.

—Menuda vida. —Observó uno de ellos—. Podemos probar, así nosotros tampoco tendremos trabajo.

—Nos destinarían a otro departamento, zoquete.

Los tres rieron.

Su oficio no era agradable, muchas veces se sentían frustrados por no poder terminar con todos esos desalmados que detenían y entonces fingían locura pasajera. Cuántas horas de sueño perdían pensando en sus mujeres, hermanas y amigas, que iban tan tranquilas por las calles sin saber si en la próxima esquina se encontrarían con un lunático que las agrediera sexualmente. Ellas, y todas las mujeres, eran la razón por la cual no pedían el traslado a otra unidad. A menudo pensaban que mientras ellos estuvieran al pie del cañón, ese tipo de delincuencia disminuiría. Eran un buen equipo, trabajaban todos por un fin común y no les importaba la falta de horarios; lo que tenían que hacer lo hacían fuera la hora que fuera.

Su manera de sobrellevar la presión era bromeando entre ellos, que era lo que estaban haciendo en esos momentos; tratar de relajarse y poner un poco de distancia entre su amistad y su desagradable tarea.

Sandra entendía sus motivos, y por eso no se ofendía cuando se guaseaban, sabía que ninguno de ellos conocía por qué ella se había volcado en aquellos casos. Si lo supieran... no, no quería pensar en ello. Era algo del pasado, y por mucho que hubiera condicionado su vida, tenía que mirar hacia delante y seguir, aunque sabía que nunca sería una mujer como todas las demás. Las heridas de su alma nunca desaparecerían del todo, las llevaría siempre consigo.

Ahora, gracias a las sesiones con varios psicólogos, se tomaba la vida como cualquier otra joven de su edad, intentaba no pensar en el pasado y poner toda su atención en el presente y el futuro. A pesar del trabajo que hacía, empezaba a conseguir poner distancia con los recuerdos; reconocía que sus compañeros, con bromas y risas, y su casera, con su cariño, eran los que más la habían ayudado, aún sin saberlo.

Les estuvo contando el viaje que había hecho, y ellos se mostraron encantados. Les describió los bellos paisajes de los que había disfrutado, descansando en una casita de madera al lado de un lago espectacular de los Pirineos. Cuando acabó su relato, la acibillaron a preguntas, querían saber si había ido sola, dónde estaba ese rincón tan maravilloso...

Ellos conocían la vida que ella llevaba, la sabían solitaria y siempre se preguntaban por qué. Era una mujer muy bella, y no entendían cómo era

posible que en el tiempo que llevaban trabajando juntos, nunca hubiesen sabido de algún hombre en su vida. Al principio de conocerla, llegaron a pensar que era lesbiana, pero con el tiempo se dieron cuenta de que no era así. Entonces pensaron que los casos que llevaba la afectaban tanto que era incapaz de confiar plenamente en ningún hombre.

Aún le estaban haciendo preguntas cuando llegaron los agentes Olga Tejedor y Adam Guerrero. A este último, Sandra no lo conocía, pues se había incorporado al equipo mientras estaba de vacaciones.

—Te presento al agente Adam Guerrero. —Olga hizo la presentación después de darle un beso en cada mejilla, en señal de bienvenida—. Ha venido desde Madrid para trabajar con nosotros.

Ella le tendió la mano y se la estrechó. Adam pudo darse cuenta de la enérgica mujer que tenía delante.

—Llámame Adam. —Su voz era profunda—. Me han hablado muy bien de ti.

Era mentira, sus nuevos compañeros le habían pintado a una arpía quisquillosa. ¡Serían mamones! A pesar de eso, quizás por la manera que ella lo miraba, supo que sería puesto a prueba.

Sandra pudo apreciar que él era un hombre muy seguro de sí mismo.

—Detective... ¿No estaba a gusto trabajando en Madrid?

Adam había oído comentarios de lo reservada que era; su compañera, Olga, le había dicho que tal vez le costara un poco ganarse su confianza, que era muy exigente. Él se dio cuenta de que aquella pregunta no era de rechazo, ella lo miraba con unos increíbles ojos color miel, como si quisiera conocer todos sus secretos.

A ninguno de ellos les pasó por alto el formalismo que ella había empleado al dirigirse a Guerrero. A él tampoco.

La observó durante unos instantes antes de responder y pudo apreciar a la hermosa mujer que tenía ante sí.

—Necesitaba nuevos retos y me dijeron que aquí, en Barcelona, la justicia es más meticulosa.

—¿Me está diciendo que en Madrid los jueces no hacen cumplir la ley como en todas partes? —Sandra lo estaba evaluando.

—Depende del caso y del juez.

—¿No será que los jueces no tienen suficientes pruebas condenatorias?

¿Le estaba indicando que era negligente en su trabajo? Adam no se molestó, sus compañeros se lo habían advertido, y supo al instante lo que ella pretendía.

—No, señorita, de lo que se trata es de las diferentes maneras que tienen algunos jueces de interpretar las leyes.

Él recurrió al mismo formalismo que ella.

—¿Quiere decir que aquí los jueces las interpretan mejor? —Una ceja castaña se levantó mientras le hacía la pregunta.

—Eso se lo podré contestar dentro de algún tiempo.

A Sandra le gustó el comentario.

—Cuando tenga la respuesta, hágamela saber. —Hizo una mueca con los labios, cosa que le encantó a Adam. En su cara apareció una sombra de sonrisa; «he superado la primera prueba», pensó.

Olga sirvió más café para todos y estuvieron hablando de las recientes vacaciones de Sandra. Mientras tanto, Adam la observaba. Por los comentarios de sus compañeros, esperaba encontrarse a una vieja gruñona, no a esa mujer tan joven. La fiscal tenía el pelo castaño claro, que le rozaba los hombros, y llevaba una especie de despeinado muy a la moda, que le hacía resaltar sus facciones. Los ojos color miel lo habían traspasado; la boca de labios generosos y la nariz respingona le resultaban sumamente sensuales, era muy guapa. Su cuerpo estaba muy bien proporcionado, había curvas donde debía. No se parecía en nada a aquellas jóvenes anoréxicas que se veían por todas partes.

Su meticuloso examen se vio interrumpido por Sandra, que dándose cuenta de la observación a la que estaba siendo sometida por ese nuevo miembro del equipo, se sentía incómoda. Cuando le había estrechado la mano, sintió la fuerza de ese hombre, estaba segura de que se hallaba ante un carácter y una personalidad fuera de lo común. En los años que llevaba interrogando a personas, había desarrollado un sexto sentido, algo en su interior le decía que ese agente estaría a la altura de sus exigencias.

—Bueno, ya está bien de hablar de mis vacaciones, he venido por trabajo.

—Pero si te mandamos todos los casos bien documentados —exclamó Nieto.

—No, todos no, este... —Señaló, sacó la carpeta de su maletín y se la mostró.

—El del señor Jorge Romero —afirmó Olga mirando a Adam—. Sí, es un caso extraño.

Sandra miró a la agente de forma interrogativa.

—Una trabajadora de su empresa lo acusó de haberla violado. Él dice que fue sexo consentido. Que ella no paraba de insinuarse.

—¿A esa mujer le habrán hecho algún examen médico? —Sandra lo miró exasperada.

—Sí, y mostraba signos de haber sido violada.

—¿Entonces?

—El señor Romero nos confirmó que habían hecho el amor salvajemente, que cuando él trataba de ser atento, ella lo arañaba y lo incitaba a la violencia, que por eso tenía esas señales y los hematomas.

—¿Señales y hematomas? ¿Qué tipo de magulladuras? —exclamó Sandra.

—Tengo las fotos en mi mesa. —Guerrero esperaba que fueran a la sala de conferencias para hablar del caso, no que lo hicieran allí, tomándose cafés.

Sandra lo miró como queriéndole decir: «¿a qué esperas para traerlas?». Él fue a buscarlas y cuando se las tendió a ella, sus ojos se abrieron como platos.

—¿Esto es sexo consentido? —casi gritó Sandra al ver las fotos del cuerpo de la víctima.

—Eso dice él —afirmó el agente—. Pero yo no lo creo. —Ella lo miró con ceño—. Ese tipo no me gusta. Su cara me resulta familiar, pero no consigo recordar dónde lo he visto antes.

—No me puedo presentar ante el juez porque a usted no le guste. Supongo que tendrá algo más que eso.

—No, no tenemos nada más. Cuando lo interrogamos, nos aseguró que a ella le gustaba el sexo duro.

—Y solo tenemos la palabra del uno contra la del otro —sentenció Sandra—. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca.

—¿Esa mujer está casada?

—Sí —contestó Olga.

—¿Le habéis preguntado al marido? Él sabrá los gustos de su mujer.

—¿Cómo puede ser tan ingenua? —exclamó Adam. Lo que le valió una mirada furibunda—. Hay señoras que en su casa son una cosa y fuera de ella, otra.

—Por ese motivo —razonó ella—. Puede ser que esa mujer busque fuera de su casa lo que no encuentra dentro. ¿Saben si tenían problemas? Es posible que el matrimonio no funcione... o que cada uno se busque la vida por ahí. Hay parejas muy liberales.

Adam la miró durante unos segundos.

—Mis dudas no son infundadas, lo sé, estuvimos hablando con ella, con los médicos y las enfermeras del hospital que la atendieron, es una víctima.

Sandra miró a Olga esperando qué tenía que decir, imaginaba que ella también había estado en el interrogatorio.

—Estoy de acuerdo con él; además, me imagino que, si tienes gustos raros, luego no lo vas denunciando —concluyó la aludida—. Estuvimos hablando con el marido, me pareció que estaba realmente trastornado por lo que le había pasado a su mujer. También interrogamos a algunos vecinos, a veces estos saben más de lo que deberían, y todos nos dijeron que era una pareja ejemplar, que tienen dos hijos y que nunca han tenido problemas. Son un referente en la comunidad, tanto ellos como los niños. Créeme, he tratado con suficientes personas que a la mínima ponen los vecinos a parir, sé cuándo exageran, estos nos decían la verdad.

—Tal vez ella... —Sandra estaba pensativa mientras hablaba, tal vez la mujer había querido experimentar algo nuevo—. ¿Sabéis si fueron descubiertos por alguien? Quizás alguien los vio y ella trató de salvar la cara ante el marido.

—No, no hay testigos.

—¿Lo habéis hablado con el psicólogo?

—Sí, y él está de acuerdo con nosotros —intervino Adam—. Ese hombre no es lo que parece. Cuando fuimos a verlo para preguntarle lo ocurrido, ya tenía un abogado a su lado, como si nos hubiera estado esperando. Luego va y nos dice que nos ayudará en todo lo posible, nos proporciona su ADN y en ningún momento niega el haber tenido relaciones sexuales con ella. Parecía como si se hubiese aprendido de memoria lo que nos tenía que decir. Es todo

control. —Sandra frunció el ceño, nunca se había encontrado con un caso parecido—. Luego está su prepotencia —siguió diciendo Adam—. Cuando habla... lo hace con un aire de superioridad... Ese tipo se cree el dueño del mundo. Se muestra condescendiente cuando le preguntas algo, te habla con una calma, como si estuviese instruyendo a un niño.

Sandra lo escuchaba con atención, desde luego ese no era el comportamiento de alguien sospechoso de violación.

—Quiero ver a ese hombre. Decidle que necesitáis hablar con él para corroborar alguna declaración, quiero ver cómo se maneja. Y también quiero hablar con la señora... —Miró el expediente—. Collado, cuidado de no citarlos a la misma hora, no quiero que ella se sienta incómoda.

Durante los años que Sandra llevaba trabajando en aquellos casos, había ido desarrollando como un sexto sentido. Estudiaba los movimientos corporales, la forma de hablar, si la miraban a los ojos mientras hablaban; era su manera de saber si le estaban diciendo la verdad o si le mentían.

Adam había podido observar el cambio en aquella mujer. Mientras estuvo hablando de sus recientes vacaciones, se había mostrado divertida, locuaz y pícaro; pero al preguntarles por el caso, era como si hubiese cambiado de chip. Delante de él tenía a la ayudante del fiscal, la que no les dejaba pasar ni una, la que ganaba la mayor parte de los casos que presentaba ante el juez.